

Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister

Goethe



Advertencia de Luarna Ediciones

Este es un libro de dominio público en tanto que los derechos de autor, según la legislación española han caducado.

Luarna lo presenta aquí como un obsequio a sus clientes, dejando claro que:

- 1) La edición no está supervisada por nuestro departamento editorial, de forma que no nos responsabilizamos de la fidelidad del contenido del mismo.
- 2) Luarna sólo ha adaptado la obra para que pueda ser fácilmente visible en los habituales readers de seis pulgadas.
- 3) A todos los efectos no debe considerarse como un libro editado por Luarna.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

LA representación tardaba en acabar. La vieja Bárbara se había asomado varias veces a la ventana para ver si se dejaba oír el traqueteo de los coches. Esperaba a Mariana, su bella señora, que hoy en el sainete fascinaba al público vestida con uniforme de oficial. La esperaba con más impaciencia de la habitual, a pesar de que sólo le tenía preparada una cena frugal, pues esta vez iba a sorprenderla con un paquete que Norberg, un joven y próspero comerciante, le había enviado por correo como muestra de que, aun lejos de su amada, no la olvidaba.

Su condición de antigua criada, confidente, consejera, mediadora y gobernanta le otorgaba a Bárbara el derecho de abrir la correspondencia. Aquella tarde había resistido menos que nunca la curiosidad, porque estaba más

interesada que la propia Mariana en los favores del generoso pretendiente. Para la más grande de sus alegrías había encontrado en el paquete no sólo una pieza de muselina y las más novedosas cintas para Mariana, sino también una pieza de indiana, pañuelos para el cuello y un rollo con dinero para ella. ¡Con cuánta simpatía y agradecimiento se acordó del ausente Norberg! ¡Con cuánta resolución se propuso ponderarlo ante Mariana, y recordarle lo mucho que le debía y lo merecedor que era éste de su fidelidad!

Extendida sobre la mesita, la muselina, cuyo tono era avivado por las cintas medio enrolladas, parecía un regalo de Navidad. La disposición de las luces realzaba el brillo del obsequio; todo estaba en orden cuando la vieja oyó los pasos de Mariana subiendo la escalera y corrió a recibirla. Pero cómo retrocedió sorprendida cuando aquel pequeño oficial femenino, sin reparar en sus carantoñas, pasaba de largo y, con una prisa y una agitación inusua-

les, penetraba en el cuarto, arrojaba su sombrero de plumas y su espada sobre la mesa y se ponía a pasear de un lado a otro del cuarto y no le dedicaba ni una sola mirada a las luces que habían sido dispuestas y encendidas con solemnidad.

-¿Qué ocurre, corazoncito? -exclamó la vieja sorprendida-. Por el amor de Dios, ¿qué te pasa, hijita? ¡Mira estos regalos! ¿Quién puede habértelos enviado sino el más entrañable de tus amigos? Norberg te ha mandado esta pieza de muselina para que te hagas ropa de dormir. Muy pronto lo tendrás a él mismo aquí; me parece más solícito y más entregado que nunca.

La vieja se giró para mostrarle aquello con lo que también ella había sido obsequiada, pero en esto Mariana, apartándose de los regalos, exclamó con vehemencia:

-Deja, eso!, ¡déjalo! Hoy no quiero oír nada de todo ese asunto. Yo te obedecí, tú lo quisiste y bien está. Si vuelve Norberg, seré otra vez suya; tuya es mi voluntad; haz de mí lo que

quieras; pero hasta entonces quiero ser dueña de mí misma, y, aunque tuvieras mil lenguas no lograrías disuadirme de mi empeño. Quiero entregarme al que me ama y al que yo amo. ¡No frunzas el ceño! Quiero abandonarme a esta pasión como si fuera a durar eternamente.

A la vieja no le faltaban objeciones ni consideraciones en contra; pero, como las anteriores discusiones se habían tornado violentas y agrias, Mariana se abalanzó sobre ella y la abrazó. La vieja rió con ganas.

-Tendré que procurar que venga de traje largo si quiero mantenerme con vida. ¡Suélteme! Espero que la muchacha me pida perdón por el mal trago que me ha hecho pasar el brioso oficial. Fuera la guerrera y todo lo demás. Es un traje muy incómodo y por lo visto, peligroso para usted. A usted las charreteras la trastornan.

La vieja había apoyado la mano sobre Mariana, ésta se zafó.

-No tan rápido -exclamó-. Todavía espero

visita esta noche.

-Eso no esta nada bien -repuso la vieja-. ¿No se tratará de ese muchacho joven, blando y poco refinado que es hijo de un comerciante?

-De ése se trata precisamente.

-Parece como si la generosidad empezara a ser su pasión dominante -respondió con retintín la vieja-, porque usted carga con entusiasmo con los inmaduros y faltos de patrimonio. Tiene que ser muy agradable que a una la adoren como benefactora desinteresada.

-¡Haz las burlas que quieras! ¡Le amo!, ¡le amo! ¡Con qué fascinación pronuncio por primera vez estas palabras! Ésta es la pasión que tanto tiempo me he imaginado, pero que no podía concebir. Sí, quiero abrazarlo, quiero arrojarme a sus brazos como si fuera a estar rodeada por ellos toda una eternidad. Quiero demostrarle todo mi amor, quiero gozar de toda la inmensidad de su amor.

-¡Cautela! -dijo la vieja con calma-, ¡cautela! He de interrumpir su alegría con unas pala-

bras: Norberg viene. En catorce días estará aquí. He aquí la carta que venía acompañando a los regalos.

Aunque el sol de la mañana quisiera arrebatarme a mi amado, lo ignoraría. ¡Catorce días! ¡Eso es una eternidad! ¿Qué no puede pasar en catorce días?, ¿qué no puede cambiar en tanto tiempo?

En esto entró Wilhelm. ¡Con cuánta viveza corrió ella a su encuentro!, ¡con cuánto entusiasmo abrazó él aquel uniforme rojo y apretó contra su pecho aquel chaleco de raso blanco! ¿Quién se atrevería a describir, quién sería capaz de expresar la alegría de dos amantes? La vieja se apartó rezongando, nosotros también nos marchamos para dejar a la pareja a solas con su dicha.

CAPÍTULO SEGUNDO

A la mañana siguiente, al saludar Wilhelm a su madre, ésta le reveló que su padre estaba muy disgustado y que en breve iba a

prohibirle sus visitas diarias al teatro.

-Aunque yo misma voy a veces al teatro -continuó-ahora debo maldecirlo, pues tu desmedido apasionamiento por esta afición perturba la tranquilidad de mi hogar. Tu padre me repite siempre: ¿qué utilidad tiene? y ¿cómo se puede perder así el tiempo?

-Ya he tenido que oírsele decir -repuso Wilhelm- y tal vez le haya contestado con vehemencia; pero, por el amor de Dios, madre, ¿es inútil todo aquello que no llena rápidamente la bolsa de dinero, todo aquello que no nos procura una posesión inmediata? ¿No teníamos espacio suficiente en nuestra casa antigua? ¿Acaso era necesario que mandásemos construir una nueva? ¿No emplea mi padre anualmente una sensible parte de sus ganancias comerciales para el embellecimiento de las habitaciones? ¿No son inútiles también esta tapicería de seda y estos muebles ingleses? ¿No podríamos contentarnos con menos? Al menos yo confieso que estas paredes con franjas, con es-

tas flores mil veces repetidas, estas guirnaldas, cestitos y figuras me producen una impresión plenamente desagradable. No me parecen más atractivas que el telón de nuestro teatro. Pero, ¡qué diferente es estar sentado ante él! Aunque haya que esperar mucho, se alzaré y entonces veremos los más variados objetos que nos entretienen, ilustran y ennoblecen.

-Pero modera tu pasión por él -dijo la madre-. Tu padre también quiere compañía por la noche y cree que el teatro te dispersa y, al final, cuando se disgusta, me echa a mí la culpa. Cuántas veces tengo que reprocharme haberte regalado aquella Navidad de hace doce años el teatro de marionetas que fue el que os despertó el gusto por el espectáculo.

-No maldiga el teatro de marionetas, ni se lamente por su amor y sus cuidados. Aquellos fueron los primeros momentos felices que disfruté en nuestra nueva y vacía casa. Todavía tengo presente aquel momento, recuerdo la especial sensación que tuve cuando, después de

haber recibido nuestros habituales regalos de Navidad, nos hicieron tomar asiento delante de una puerta por la que se entraba a otro cuarto. Ésta se abrió, pero no como otras veces para entrar o salir, la entrada estaba sumida en una inesperada solemnidad. A cierta altura se fue formando un pórtico cubierto por un velo misterioso. Primero nos pusimos todos de pie manteniéndonos a distancia, pero cuando fue en aumento nuestra curiosidad por ver aquello que brillaba y rechinaba detrás de aquella cubierta translúcida, nos asignaron a cada uno una sillita y se nos ordenó que esperásemos pacientemente.

Nos sentamos y todo estaba en silencio. Un silbato dio la señal, el telón fue elevado y enrollado y dejó a la vista el rojo chillón del interior de un templo. Apareció el sumo sacerdote Samuel acompañado de Jonatán, y sus prodigiosas voces alternadas me parecieron llenas de dignidad. Poco después entró en escena Saúl, muy turbado por la impertinencia de

un guerrero gigante que había desafiado a los suyos. Fue muy agradable para mí que el diminuto hijo de Isaí irrumpiera con su cayado, su zurrón y su honda y dijera: «¡Poderoso rey y señor, que no decaiga el ánimo de nadie. Si vuestra majestad lo permite, iré a luchar contra ese violento gigante!» Ya había acabado el primer acto y los espectadores estábamos profundamente deseosos de saber qué era lo que iba a ocurrir y todos queríamos que la música dejase de sonar. Finalmente el telón volvió a levantarse. David ofrecía la carne del monstruo a las aves que volaban bajo el cielo y a los animales que poblaban la tierra; el filisteo se mofaba y pateaba el suelo con los pies. Mas finalmente cayó como un leño y dio a la acción un magnífico final. Cuando después las vírgenes cantaban: Saúl mató a mil, pero David a diez mil», y la cabeza del gigante era presentaba por el pequeño vencedor y éste tomaba como esposa a la bella hija del rey, a mí me atribulaba, a pesar de toda la alegría, que el afortunado príncipe tu-

viera una constitución de enano, pues conforme a la idea del gran Goliat y el pequeño David, se había caracterizado a los dos de manera exagerada. Dígame, ¿dónde han ido a parar las marionetas? Le había prometido enseñárselas a un amigo, a quien le gustó mucho el relato que le hice sobre ese juego infantil.

-No me extraña que te acuerdes tan bien de esto, ya que desde el primer momento te produjo el mayor de los intereses, y hasta llegaste a hurtarme el librito que contiene la obra y te la aprendiste de memoria. De todo ello me di cuenta cuando hiciste un Goliat y un David de cera a los que hiciste declamar uno frente a otro. Al final le diste un golpe al gigante y ensartaste su deforme cabeza en un alfiler con empuñadura de cera que adheriste a la mano de David. Sentí una gran alegría de madre al comprobar tu buena memoria y tu dicción llena de patetismo. Tanta que ese mismo día te hice cargo de aquella compañía de cómicos de madera. Nunca creí yo que aquello fuera a darme

tantos malos ratos.

-No se lamente usted -repuso Wilhelm-, pues esta diversión nos ha proporcionado buenas horas de disfrute.

Y diciendo eso pidió la llave a su madre, fue rápidamente en busca de las marionetas, las encontró y por un momento se vio transportado a aquella época en el que le parecían dotadas de vida, aquella época en la que las creía animadas por la viveza de sus voces y por el dinamismo de sus manos. Se las llevó con él a su cuarto y las guardó cuidadosamente.

CAPÍTULO TERCERO

SI, como he oído decir habitualmente, el amor es lo más bello que más tarde o más temprano puede sentir un corazón, debemos felicitar tres veces a nuestro héroe por haberle sido concedido gozar en toda su plenitud del deleite de ese instante único. Hay pocos humanos que hayan sido tan preferentemente favorecidos,

pues a la mayoría de ellos sus primeras emociones los llevan a una dura escuela en la que, tras un miserable goce, se ven obligados a renunciar a sus mejores deseos y a prescindir para siempre de lo que consideran la suprema felicidad.

Llevado por las alas de la imaginación, el deseo de Wilhelm se había elevado hacia aquella joven. Después de un breve trato, él la había conquistado y se encontró en posesión de una persona a la que no sólo amaba, sino que adoraba, porque se le apareció iluminada por las propicias luces de las candilejas y así su pasión por la escena se unió a su primer amor por una criatura femenina. Su juventud le permitía disfrutar de enriquecedoras alegrías intensificadas y mantenidas por una poesía vivificadora. Incluso la situación de su amada daba lugar a una conducta que alimentaba los sentimientos de Wilhelm, El miedo de que su amante descubriera antes de tiempo sus otras relaciones hacía que ella emanara una deliciosa apariencia

de preocupación y vergüenza. Su pasión por él era muy fuerte y la inquietud parecía aumentar su ternura. Él tenía a la más amorosa de las criaturas en sus brazos.

Cuando despertó de la primera embriaguez de la alegría y echó la vista atrás, pensó en su vida y sus circunstancias. Entonces todo le pareció nuevo, sus deberes más sagrados, sus aficiones más auténticas, sus conocimientos más dotados de claridad, sus talentos más capaces, sus principios más resueltos. Por eso le resultó fácil encontrar un medio para evitar los reproches de su padre y tranquilizar a su madre y así poder disfrutar de Mariana con toda tranquilidad. Durante el día atendía escrupulosamente a sus asuntos, prescindía por regla general de ir al teatro, entretenía a su padre durante las veladas y, cuando todos estaban acostados, enfundado en su capa, se escabullía, iba de hurtadillas al jardín y corría, sintiendo en su pecho el amor de todos los Lindoros y Leandros, en busca de su amada.

-Qué trae consigo? -preguntó Mariana cuando una noche se presentó allí con un paquete en el que la vieja reparó con mucha atención esperando agradables regalos.

-Seguro que no lo adivina -respondió Wilhelm.

Qué asombro se adueñó de Mariana y qué estupor sintió la vieja cuando al quedar desatado el paquete se dejaron ver un revoltijo de marionetas de un palmo de largo. Mariana rompió a reír cuando Wilhelm empezó a desenredar los alambres y a mostrarle por separado cada una de las figuras. La vieja se apartó malhumorada.

Se necesita muy poco para entretener a dos enamorados. Por eso nuestros amigos disfrutaron de lo lindo aquella noche. Se pasó revista a la pequeña compañía, cada una de las figuras fue examinada con detenimiento y regocijo. El rey Saúl con su túnica de terciopelo negro y su corona de oro no le gustó a Mariana; le parecía que tenía un aspecto muy rígido y en-

golado. En cambio le complacía el barbilampión Jonatán, con su vestimenta amarilla y roja y su turbante. La joven supo hacerlo girar de acá para allá con los alambres, lo puso a hacer reverencias y declaraciones de amor. Por el contrario no le prestó la menor atención al profeta Samuel cuando Wilhelm quiso que reparara en su pechera, diciéndole que el multicolor tafetán de la túnica procedía de un viejo vestido de su abuela. David la parecía demasiado pequeño y Goliat demasiado grande; ella seguía manifestando sus preferencias por Jonatán. Sabía manejarlo con mucha habilidad y transmitir sus caricias a través del muñeco a nuestro amigo, de tal manera que en esta ocasión un inocente juego fue el preludio de horas más felices.

Un estrépito que procedía de la calle los despertó de la dulzura de sus tiernos sueños. Mariana llamó a la vieja, que, como acostumbraba, todavía estaba recogiendo laboriosamente los variados materiales del vestuario teatral para la próxima obra. La vieja informó

de que se trataba de una pandilla de alegres camaradas que salían de la bodega italiana donde junto a aquellas ostras frescas, que acababan de llegar, no se les había escatimado el champán.

-Lástima -dijo Mariana- que no se nos hubiera ocurrido antes, pues podríamos haber-nos dado un festín.

-Todavía es tiempo -repuso Wilhelm, dándole a la vieja un luis de oro-. Consíganos lo que deseamos y podrá comer con nosotros.

La vieja se apresuró y poco después ante los enamorados estaba una mesa muy bien puesta sobre la que había una ligera cena. La vieja fue obligada a sentarse; se comió, se bebió y se paso un buen rato.

En estos casos nunca falta conversación. Mariana volvió a tomar en sus manos a su Jonatán y la vieja supo hacer que la charla versara sobre el tema preferido de Wilhelm.

Ya nos habló en una ocasión de la primera función de marionetas en una velada de Na-

vidad y resultó entretenido. Pero usted dejó el relato en el momento en el que iba a salir el ballet. Ahora conocemos ya al excelente personal que provocó aquellos magníficos efectos.

-Sí -dijo Mariana-, sigue contándonos lo que sentiste.

-Es una hermosa emoción, querida Mariana -respondió Wilhelm-, recordar los viejos tiempos y los errores inocentes, especialmente si esta evocación se produce en un momento en el que hemos alcanzado felizmente una altura desde la que podemos ver el camino que ya hemos recorrido. Es tan agradable, cuando estamos contentos con nosotros mismos, recordar algunos obstáculos que nosotros, poseídos de un patético sentimiento consideramos insuperables. Es tan agradable comparar lo que hoy somos, llenos de madurez, con nuestra inmadurez de entonces. Pero yo me siento ahora extraordinariamente feliz hablando del pasado, porque al mismo tiempo avisto la encantadora tierra que podemos recorrer cogidos de la ma-

no.

Pero, ¿qué fue del ballet? -le inquirió la vieja-. Me temo que no todo salió como debiera.

-¡Oh sí! -replicó Wilhelm-. Todo salió muy bien. De aquellas maravillosas cabriolas de los moros y las moras, de los pastores y las pastoras, de los enanos y las enanas me ha quedado un vago recuerdo para toda la vida. Luego cayó el telón, se cerró la puerta y los pequeños nos fuimos ebrios y trastornados a la cama. Recuerdo que no me podía dormir, que deseaba que me hicieran nuevos relatos, que hice muchas preguntas y que sólo a regañadientes dejé que la criada que nos había llevado a la alcoba se marchara. A la mañana siguiente todo aquel dispositivo mágico había desaparecido, el velo misterioso había sido retirado, se podía pasar sin problemas de un cuarto a otro por la puerta y todas aquellas aventuras no habían dejado ninguna huella. Mis hermanos pululaban de acá para allá con sus juguetes, yo andaba errante y solitario. No podía creer que

ahora sólo hubiera dos jambas donde anoche había tanta magia. ¡Ah!, quien busca a un amor perdido no puede ser más infeliz de lo que yo lo era en aquel instante.

Una mirada embriagada de felicidad a Mariana la convenció de que él no temía verse jamás en esa desgraciada situación.

CAPÍTULO CUARTO

-A PARTIR de aquel momento -prosiguio Wilhelm- mi único deseo fue ver una segunda función de marionetas. Se lo pedí a mi madre, que buscó el momento propicio para decírselo a mi padre; pero su esfuerzo fue en vano. El contestó que los seres humanos sólo conceden valor a los placeres cuando se les ofrecen de tarde en tarde y que ni los niños ni los ancianos saben apreciar los beneficios que diariamente se les brinda.

Habríamos esperado mucho tiempo, tal vez hasta la Navidad siguiente, si el creador y

director secreto del espectáculo no hubiese tenido el antojo de repetir la representación y de presentar en un sainete un nuevo Hanswurst obra de sus manos.

Un joven oficial de artillería, dotado de gran talento y diestro sobre todo en trabajos de mecánica, que había prestado valiosos servicios a mi padre durante la construcción de mi casa y había recibido de éste generosas recompensas, quiso en muestra de su agradecimiento regalar por Navidad a la familia de su protector este teatro que él mismo había armado, tallado y pintado en sus ratos de ocio.

Era él, el que con ayuda de un criado movía los muñecos y dando diversas inflexiones y tonos a su voz recitaba los papeles. A él no le resultó difícil convencer a mi padre que, por atención a un amigo, accedió a lo que por principios les había negado a sus hijos. En resumidas cuentas, el teatro se montó otra vez, varios niños de la vecindad fueron invitados y la obra volvió a representarse.

Si la primera vez sentí el gozo de la sorpresa y el asombro, también en esta segunda ocasión fue grande el placer por la observación de los detalles y el análisis del espectáculo. Mi interés era ahora saber cómo se podía hacer todo aquello. Ya sabía que los muñecos no eran los que hablaban; también suponía que no se movían por sí mismos. Pero, ¿por qué todo esto era tan bello?, ¿por qué parecía que ellos hablaban y que se movían con vida propia?, ¿dónde podían estar las luces y la gente?... Todos estos misterios me inquietaban tanto que deseaba cada vez más ser a la vez el encantado y el encantador, deseaba esconder mis manos bajo el telón participando en la representación de la obra y al mismo tiempo disfrutar de la ilusión.

La obra principal se había acabado y ya se hacían los preparativos para el sainete. Los espectadores entre tanto se habían levantado y charlaban animadamente. Me acerqué a la puerta y el ruido que había indicaba que estaban recogiendo, alcé la colgadura que adornaba

la parte inferior del tablado y me metí por entre los caballetes. Mi madre me vio y me hizo retroceder, pero yo ya había visto bastante. Había visto cómo amigos y enemigos, Saúl, Goliat y como quiera que se llamaran habían sido depositados en un cajón. De esa manera mi curiosidad, sólo parcialmente satisfecha, se hizo más intensa. También pude reconocer al teniente que para mi sorpresa era el director de aquel templo. Desde ese momento ya no me entretuvo el Hanswurst por muchas cabriolas que hiciera. Me puse a cavilar ensimismado; después de mi descubrimiento estaba más tranquilo y más intranquilo que antes. Ahora, cuando ya sabía algo, me sobrevino la impresión de que no sabía nada y tenía razón pues me faltaba comprender el sentido de todo aquello, que es principalmente de lo que se trata.

CAPÍTULO QUINTO

-LOS niños de las casas bien amuebladas y ordenadas -prosiguió Wilhelm- tienen unos sentidos muy similares a los que pudieran tener las ratas y los ratones: están atentos a todos los agujeros y grietas que puedan conducirlos hacia cualquier golosina prohibida. Cuando la alcanzan, la saborean con un temor furtivo y placentero, en el que consiste gran parte de la dicha infantil.

De entre todos mis hermanos yo era el primero en reparar si se quedaba alguna llave puesta en una cerradura. El respeto que mi corazón profesaba a las puertas cerradas era grande; pasaba semanas y meses ante ellas y sólo les lanzaba una mirada furtiva cuando mi madre abría el santuario para recoger algo. Pero cuanto más grande era el respeto, más rápido era yo en aprovechar el momento de colarme por ellas siempre que un descuido de la servidumbre me lo permitiera.

Como puede fácilmente suponerse, la puerta de la despensa era la que más aguzaba

la atención de mis sentidos. Hay pocas alegrías en la vida comparables a la sensación que experimentaba cada vez que mi madre me pedía que entrara para ayudarle a sacar algo y salía de allí con unas ciruelas pasas que obtenía por su gratitud o por mi astucia. Aquellos tesoros apilados unos encima de otros se apoderaban de mi imaginación por su abundancia e incluso el maravilloso olor que despedían las especias tenía un efecto sobre mí que intentaba, siempre que andaba por allí, alimentarme con la atmósfera que se creaba. Una mañana de domingo aquella ilustre llave se había quedado puesta en la cerradura, mi madre se había ido presurosa al oír el toque de las campanas y toda la casa estaba dominada por una profunda calma sabática. Apenas lo hube advertido, me pegué a la pared, me fui acercando a hurtadillas a la puerta, la abrí y dando un paso me encontré ante aquel cúmulo de venturas tanto tiempo codiciadas. Eché una rápida y dubitativa ojeada a los cajones y sacos, a las cajitas, a los botes y a

los frascos en busca de lo que quería elegir. Finalmente eché mano de mis predilectas ciruelas pasas, cargué con unas cuantas manzanas secas y un puñado de cortezas de naranja confitadas. Con este botín me disponía a desandar sigilosamente mi camino, cuando llamaron mi atención dos cajas que estaban una junto a otra y de las que por la tapa mal cerrada sobresalía un alambre provisto de unos pequeños ganchos. Un presentimiento hizo que me acercara a ellas, qué sensación sobrenatural me inundó al ver allí empaquetado mi mundo de héroes e ilusiones. Quería sacar los de encima para verlos y luego extraer los que estaban más abajo; pero muy pronto enredé aquellos finos alambres y sentí inquietud y temor que se hizo aún mayor cuando oí a la cocinera pulular por la contigua cocina. Por eso volví a meterlo todo en su sitio en la medida que pude y cerrando la caja sólo me llevé un librito que estaba en la parte superior y en cuyo interior estaba escrita la comedia de David y Goliat. Con este botín

subí por las escaleras y me refugié en la buhardilla.

A partir de aquel día dedicaba mis horas furtivas y solitarias a recitar el drama, a aprenderlo y a imaginar qué maravilloso sería si también pudiera mover las figuras con mis propias manos. Con mi pensamiento yo me convertía en David o en Goliat. En todos los rincones del granero, de la cuadra y del jardín, bajo cualquier circunstancia, me estudiaba la obra, me adjudicaba todos los papeles y me los aprendía de memoria. Es cierto que la mayoría de las veces me identificaba con los protagonistas y a los demás los dejaba arrinconados en la memoria como meros comparsas. Así día y noche pasaban por mi mente las valerosas palabras con las que David retaba al gigante Goliat. Frecuentemente las recitaba entre dientes sin que nadie lo notara excepto mi padre, que a veces lo percibía alabando para sus adentros la buena memoria de su hijo, que, con sólo haber escuchado el drama dos veces, había retenido

tan buena parte del mismo.

Esto me fue haciendo más osado y una velada recité la mayor parte de la obra ante mi madre con ayuda de unas figuritas de cera que había modelado y hacían las veces de actores. Ella se dio cuenta de todo, me abrumó a preguntas y al final confesé.

Afortunadamente su descubrimiento se produjo en el momento en que el teniente había expresado su deseo de iniciarme en estos misterios. Mi madre le dio noticia de los sorprendentes talentos de su hijo y él supo procurarse dos cuartos que estaban vacíos en el piso superior. En uno de ellos se sentarían los espectadores, en el otro estarían los actores y el proscenio sería el hueco de la puerta. Mi padre había permitido a su amigo organizar todo esto haciendo la vista gorda y sin tener en cuenta su principio de que no hay que mostrar a los niños lo que se les quiere, pues entonces se propasaban en sus demandas. Él pensaba que se debía poner cara seria a su alegría y que a veces había

que aguarles la fiesta para que su contento no los hiciera abusivos y arrogantes.

CAPÍTULO SEXTO

-EL teniente preparó el teatro y dispuso todo lo necesario. Me di cuenta de que a lo largo de aquella semana llegaba a casa a horas desacostumbradas e intuí cuáles eran sus intenciones. Mi curiosidad aumentaba de un modo increíble, pues sabía que no me contaría nada hasta el sábado. Por fin llegó el día tan señalado. A las cinco de la tarde vino mi director y me hizo acompañarle a las habitaciones de arriba. Temblando de alegría entré y vi a ambos lados del tablado las marionetas suspendidas y colocadas en el orden en el que iban a aparecer en escena. Las miré con mucha atención, me subí al escalón desde el que dominaba todo el escenario de tal manera que me parecía estar flotando por este pequeño mundo. Miraba por

entre las tablas no sin cierto respeto, porque se apoderaron de mí el recuerdo de la magnífica impresión que desde fuera hacía sentir todo aquello y la conciencia de los misterios en los que había sido iniciado.

Al día siguiente en que estaba invitado un grupo de niños, cumplimos perfectamente nuestro cometido sin percances hasta que en el fragor de la acción dejé caer mi Jonatán y me vi obligado a servirme de la mano para recogerlo. Fue un suceso que interrumpió la ilusión, provocó grandes risas y me dolió sobremanera. Mi padre pareció ser uno de lo más que se congratuló de ello, pues le permitió ocultar el gran placer que le produjo observar el talento de su hijito. Una vez que acabó la función se concentró en los defectos y dijo que todo hubiera sido maravilloso si no hubiera pasado por alto esto o lo de más allá.

Aquello me dolió en el alma durante toda la noche, pero a la mañana siguiente el sueño me había hecho superar todas las tribulaciones

y tenía tranquila la conciencia, pues estaba seguro de que, aparte de aquel percance, había hecho una magnífica interpretación. A eso se añadió el aplauso de los espectadores que opinaban unánimemente que, aunque sin duda el teniente se había lucido haciendo voces graves y agudas, recitaba con cierta afectación y rigidez. Por el contrario el novato había recitado estupendamente a sus David y Jonatán. Mi madre alabó sobre todo la soltura con la que desafié a Goliat y cómo luego presenté al vencedor ante el monarca.

Para gran satisfacción mía el teatro quedó montado. La vuelta de la primavera permitió prescindir del fuego en las habitaciones. Por eso en mis horas libres y de juego me metía en aquella habitación y hacía representaciones con los muñecos. A veces invitaba a mis hermanos y a mis camaradas de juegos; cuando éstos no venían, yo permanecía en solitario allí arriba. Mi imaginación se inflamaba en aquel pequeño mundo que pronto iba a tomar otra forma.

Poco después de haber dirigido la primera obra para la que previamente monté el teatrillo y busqué actores, perdí el interés. Por el contrario, de los libros del abuelo llegaron a mis manos la *Escena alemana* y varias óperas alemanas en italiano en las que me embebí y, sin más cambios que la reducción del número de los personajes, procedí a representar una obra tras otra. Entonces el rey Saúl con su túnica de terciopelo negro hubo de hacer de Chaumigrem, Catón y Darío. Hay que decir que yo nunca representaba las obras completas, sino la mayoría de las veces sólo los quintos actos donde había una estocada mortal.

También era natural que la ópera con sus múltiples peripecias me atrajese más que todo lo otro. En ésta encontraba mares tempestuosos, dioses que se acercaban volando por las nubes y lo que a mí más feliz me hacía, los rayos y los truenos. Me serví de cartón, colores y papel para presentar la noche, la aparición del rayo conseguía dar miedo, el trueno era lo úni-

co que no estaba muy conseguido; pero esto no tenía mucha importancia. Además las óperas me brindaban la ocasión de recurrir a mi David y a mi Goliat, lo que no ocurría con los dramas que seguían la regla. Cada día fui sintiendo más apego por aquel reducido espacio donde gocé tanto, y confieso que el olor que los muñecos trajeron de la despensa contribuyó mucho a ello.

Los decorados de mi teatro alcanzaban cada vez cotas más altas de perfección, pues desde pequeño siempre tuve una gran capacidad para trabajar con el compás, recortar papel y colorear dibujos que ahora venía en mi ayuda. Sin embargo, me seguía resultando doloroso que la escasez de personajes me impidiera hacer representaciones más ambiciosas.

Mis hermanas al vestir y desvestir a sus muñecas me dieron la idea de hacerle a los personajes trajes de quita y pon. Los despojamos de aquellos andrajos que estaban pegados a su cuerpo, los recompuse tan bien como pude.

Ahorré algo de dinero y compré cintas y lentejuelas, mendigué algo de tafetán y fui haciendo un vestuario de teatro en el que no se escatimaron los guardainfantes de las señoras.

La compañía ya estaba provista de vestimenta para la más magnífica de las representaciones que pudiera pensarse y todo parecía anunciar que a una nueva representación le seguiría otra. Mas me ocurrió lo que suele ocurrirle a los niños: afrontan vastos planes, hacen grandes proyectos e incluso tientan algún ensayo pero luego abandonan todo a su suerte. He de hacerme este reproche. Mi gran placer lo hallaba en el ejercicio de la imaginación y las invenciones que ésta producía. De cada una de las obras sólo me interesaba una escena y una vez representada me ponía a hacer trajes para otra nueva. De esta manera las piezas del vestuario de mis personajes llegaron a estar en tal desorden que ya no pude volver a representar ni siquiera la primera obra grande. Me abandoné a la fantasía, probé y ensayé indefinidamen-

te e hice miles de castillos en el aire sin darme cuenta de que había destrozado aquel pequeño edificio.

Durante este interminable relato Mariana hubo de apoyarse en toda la simpatía que sentía hacia Wilhelm para disimular su somnolencia. Y es que, aunque él creía que todo aquello era muy chistoso, a ella le parecía muy simple y las consideraciones que hacía muy serias. Ella puso tiernamente su pie junto al de su amante y le dio aparentes muestras de su atención y su aplauso. Bebió del vaso de él y Wilhelm tenía la convicción de que ninguna de sus palabras había caído en saco roto. Después de una breve pausa él exclamó:

-Ahora, Mariana, te toca contarme tus primeras alegrías infantiles. Hasta ahora hemos estado demasiado ocupados del presente como para contarnos mutuamente nuestro modo de entender la vida. Dime, ¿en qué circunstancias fuiste educada? ¿Cuáles son las impresiones más fuertes que recuerdas?

Estas preguntas hubieran azorado mucho a Mariana si la vieja no hubiera terciado inmediatamente saliendo en su ayuda.

-Cree usted -dijo la sabia mujer- que estamos tan pendientes de lo que nos ocurre en nuestros primeros tiempos que tenemos para relatar experiencias tan interesantes como las tuyas y podemos referirlas con tanta maestría como usted las ha contado.

-¡Como si hicieran falta esas cosas! -exclamó Wilhelm-. Amo tanto a esta tierna y bondadosa criatura llena de amor que deploro todos los instantes que no he pasado con ella. Déjame, al menos con la imaginación, tener parte en tu vida pasada. Cuéntamelo todo, que yo también quiero contártelo todo. En la medida de lo posible imaginémonos que podemos conquistar los años de amor que perdimos.

-Si usted es tan obstinado, le complaceremos -dijo la vieja-. Pero cuéntenos usted antes cómo fue creciendo paulatinamente su afición al teatro, cómo la cultivó, cómo llegó a tan feliz

desarrollo como para convertirlo a usted en el gran actor que es ahora? Seguro que tiene un relato entretenido que hacernos. Ya no merece la pena que nos acostemos, tengo todavía una botella guardada. ¿Quién sabe si no tardaremos mucho en volver a estar tranquilos y felices juntos?

Mariana hizo una mueca de desconsuelo, Wilhelm no la advirtió y prosiguió su relato.

CAPÍTULO SÉPTIMO

-¡COMO el tamaño de mi pandilla aumentó, las distracciones infantiles hicieron mella en mis solita varias y tranquilas distracciones. Era sucesivamente cazador, soldado, jinete según lo requirieran nuestros juegos, sin embargo, siempre llevaba ventaja sobre cualquier otro, pues era capaz de crear los artefactos apropiados. Así por ejemplo: las espadas eran de mi fabricación, yo adornaba y doraba los patines y un instinto interno no me dejó des-

cansar hasta que nuestra milicia no tuviera un aspecto antiguo. Hicimos yelmos, los adornamos con penachos de papel; fueron elaborados escudos e incluso corazas. Estos eran trabajos con los que las costureras y aquellos criados de la casa que tenían alguna noción de sastrería rompieron bastantes agujas.

Ya podía ver bien equipados a parte de mis jóvenes camaradas; los otros fueron pertrechándose poco a poco, aunque no de modo tan completo, y al final formamos una magnífica guarnición. Desfilábamos por los patios y los jardines, nos golpeábamos decididamente en los escudos y en las cabezas, lo que dio lugar a algunas discordias que pronto se resolvieron.

No habíamos repetido muchas veces este juego, que entretenía mucho a los otros, cuando ya me aburrí de él. La visión de tantos muchachos armados hubo de avivar en mí necesariamente las ideas caballerescas, que, desde hacia algún tiempo, inundaban mi cabeza, pues ya había sucumbido ante las novelas antiguas.

La Jerusalén liberada , que traducida por Kopp cayera en mis manos, le dio a mis dispersos pensamientos una dirección concreta. Por supuesto que no pude leerme el poema entero, pero había pasajes que me sabía enteros y cuyas imágenes parecían flotar ante mis ojos. Especialmente me cautivaba Clorinda y todo lo que le acontecía. Su naturaleza andrógina y la serena plenitud de su ser hicieron más efecto en un espíritu que empezaba a desarrollarse que los refinados encantos de Armida aunque tampoco dejaba de reparar en su jardín. Pero cientos y cientos de veces, cuando estaba en mi azotea situada entre los remates de las casas, y miraba a los alrededores y divisaba el trémulo fulgor del sol poniente, cuando entonces se empezaban a dejar ver las estrellas y de todos los rincones y honduras surgía la noche, y cuando el canto de los grillos turbaba el imponente silencio, entonces recitaba para mí el triste combate entre Tancredo y Clorinda.

Aunque sin duda yo era muy partidario

del bando cristiano, apoyaba con todo mi corazón a la heroína pagana cuando intentaba incendiar la gran torre de los sitiadores. Y cuando después Tancredo encuentra al supuesto guerrero en la noche bajo cuyo oscuro manto comienza la lucha y ellos combaten encarnizadamente; nunca lograba decir aquello de: «El vaso de la vida de Clorinda se colmó; ahora le toca morir.» Y es que entonces las lágrimas venían a mis ojos, de los que empezaban a manar profusamente cuando el infeliz enamorado hundía la espada en su pecho, el casco de la vencida caía y él, al reconocerla, iba corriendo en busca de agua para bautizarla.

Pero mi corazón no daba más de sí cuando en el bosque encantado Tancredo hendía el árbol con la espada, de allí empezaba a manar sangre y una voz le decía al oído que también aquí estaba hiriendo a Clorinda, pues estaba condenado por su destino a herir inconscientemente todo aquello que amase.

Esa historia se apoderó de tal modo de

mi imaginación que de todo lo que leí del poema se formó en mí una imagen general que me sentí impulsado a representar. Quena hacer los papeles de Tancredo y Reinaldo y me encontré con dos armaduras completas que anteriormente había preparado. La primera, de papel gris oscuro con escamas, debía ser la del adusto Tancredo, la otra, fabricada con papel plateado y dorado, debía adornar al brillante Reinaldo. Con mi vehemente imaginación le conté la escena a mis camaradas, que quedaron fascinados con mi proyecto, aunque no podían concebir que eso pudiera ser representado, ni mucho menos representado por ellos.

Ignoré aquellas reservas con cierta frivolidad. Dispuse en seguida de dos habitaciones de la casa de un compañero de juegos. Eso sí, lo hice sin tener en cuenta que su anciana tía no tenía intención de cedérnosla. Lo mismo ocurrió con el teatro del que apenas tenía otra idea aparte de que había que montarlo con unos postes, que los bastidores había que hacerlos

con biombos y que al fondo había que poner un gran lienzo. Si embargo, no había pensado de dónde podríamos sacar los materiales y los artefactos.

Para hacer el bosque contamos con una ayuda inesperada; le encargamos a un criado de una de las casas que nos consiguiera abedules y pinos jóvenes que trajo mucho antes de lo pensado. Ahora estábamos muy preocupados por poner en marcha la obra antes de que los árboles se secaran. Necesitábamos un asesor, no teníamos lugar para representar, también nos faltaban el teatro y el telón, lo único que teníamos eran los biombos.

Tan atribulados como estábamos tuvimos que recurrir al teniente, al cual le hicimos una amplia descripción de las maravillas que queríamos obtener. A pesar de no comprendernos bien, fue muy servicial: acumuló en un pequeño cuarto todas las sillas y mesas que pudo conseguir a modo de tablado, dispuso los biombos sobre éstas, puso de fondo una cortina

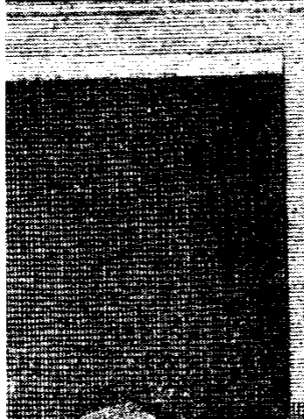
verde y agrupó los árboles en hileras.

Entretanto ya había atardecido, las luces habían sido encendidas, las criadas y los niños estaban en sus asientos, la representación podía empezar pues la guarnición de los héroes ya estaba equipada; pero de pronto nos dimos cuenta de que nadie se sabía sus papeles. El fragor del montaje y la obsesión que me produjo me habían hecho olvidar que cada cual debía saber lo que tenía que decir y cuándo y cómo hacerlo. Por la vivacidad de la representación, los otros tampoco habían caído en ello. Creían que podrían presentarse fácilmente como héroes y hablar como los personajes en cuyo mundo les había introducido. Estaban perplejos y me preguntaban quién debía empezar. Yo que me había asignado el papel de Tancredo, salí en solitario y empecé a recitar algunos versos del poema heroico, pero al pasar a la parte narrativa en que se hablaba de mí en tercera persona, no habló Godofredo, a quien corres-

pondía el pasaje, por eso hube de retirarme a los bastidores. Esto provocó carcajadas, lo que me dolió en el alma. La expedición había fracasado, pero los espectadores estaban allí sentados y querían ver algo. Estábamos vestidos, me recogí un momento para pensar y resolví que improvisáramos la función de David y Goliat. Algunos de mis camaradas me habían ayudado alguna vez a representar la obra con las marionetas y todos la habían visto repetidas veces. Se repartieron los papeles y cada cual prometió hacerlo lo mejor posible. Un pequeño y travieso muchacho se pintó una barba negra y, asumiendo el papel de Hanswurst, prometió hacer una bufonada cada vez que un compañero tuviera alguna laguna en su papel. El recurso me pareció muy inapropiado para la gravedad del drama. Eso sí, me prometí que si salía airoso de aquello, no volvería a aventurarme a la representación de una obra sin habérmelo pensado mucho con anterioridad.



Long Story



CAPÍTULO OCTAVO

DERROTADA por el sueño, Mariana dejó reposar su cabeza sobre su amante, que la estrechó con fuerza y prosiguió su relato; entretanto la vieja había dado buena cuenta del vino que quedaba.

-El apuro en el que nos habíamos visto mis amigos y yo al intentar representar una obra que no existía fue pronto olvidado. La pasión que me había entrado por representar todas las novelas que leía y todas las historias que me habían contado provocó que ni el menos manejable de los materiales me hiciera retroceder. Estaba completamente convencido de que todo lo que resultaba cautivador en una narración debía hacer un efecto mucho mayor representado. Todo había de estar ante mis ojos, todo tenía que discurrir en el escenario.

Cuando en la escuela se nos hablaba de la historia mundial, me figuraba muy detalladamente cómo alguien era envenenado o apuñalado y mi imaginación pasaba por alto la exposición y el nudo y se iba inmediatamente al quinto acto. De esa manera comencé a escribir varias obras empezando por el final sin conseguir darle principio ni a una sola.

Al mismo tiempo, leía, a veces por mi propio impulso, otras por consejo de mis buenos amigos que habían adquirido el gusto por la representación, multitud de obras cuando éstas llegaban por casualidad a mis manos. Me encontraba en la edad feliz en la que todo agrada y se cree que la dicha consiste en la cantidad de acontecimientos y su cambio. Pero desgraciadamente mi juicio estaba errado de una manera muy clara. Me gustaban especialmente las obras en las que yo podría lucirme y fueron muy pocas las que leí no dejándome llevar de ese agradable engaño. Mi encendida imaginación, como me hacía verme en todos los

papeles, me llevó a pensar que también los podía representar. Esta fue la causa por la que al asignarlos elegía aquellos que me venían mal e incluso, si alguna vez se terciaba, elegía dos.

En sus juegos los niños saben convertir una cosa en cualquier otra: un palo en una escopeta, un pequeño trozo de madera en una espada, cualquier atillo en un muñeco y cualquier rincón en una choza. Así se fue formando nuestro teatro. Con un absoluto desconocimiento de nuestras fuerzas lo emprendíamos todo, no percibíamos ningún *quid pro quo*, estábamos convencidos de que todos debían tomarnos por aquello que presumíamos ser. Por desgracia todo siguió un camino tan mostrenco que no recuerdo que dejáramos sin hacer ninguna de las tonterías que se pudieran pensar. Primero representamos las pocas obras en las que había exclusivamente papeles masculinos; luego algunos de nosotros empezamos a disfrazarnos y finalmente incluimos a nuestras hermanas en la

compañía. En algunas de nuestras casas tomaron aquello por una diversión instructiva e invitaban a otras personas a vernos. Nuestro teniente de artillería tampoco nos abandonó. Nos mostró cómo debíamos entrar y salir, cómo declamar y gesticular, sólo que no recibió mucho agradecimiento por ello, pues nosotros creíamos comprender el arte teatral mucho mejor que él.

Pronto pasamos a cultivar la tragedia, pues habíamos oído con frecuencia y hasta nos habíamos llegado a creer que escribir y representar una tragedia era más fácil que alcanzar la perfección en la comedia. También desde el primer momento que intentamos hacer una tragedia sentimos que estábamos en nuestra salsa. Intentamos aproximarnos a la dignidad de los grandes y la perfección de los caracteres mediante la rigidez y la afectación. Aunque no sólo con eso nos quedábamos satisfechos; sólo nos contentábamos cuando podíamos delirar, patear y arrastrarnos llenos de ira por los sue-

los. En las chicas y los chicos no tardaron mucho tiempo en aflorar los sentimientos naturales y por eso en la compañía surgieron pequeñas historias de amor. Por eso la mayoría de las veces se representó una comedia dentro de la comedia. Las felices parejas se tomaban tiernamente de la mano entre bastidores, se ex-tasiaban de júbilo al verse con un aspecto tan ideal con tantas cintas y tan adornadas. Al mismo tiempo los rivales, roídos por la envidia, les hacían la vida imposible con determinación y saña.

Esos juegos, aunque habían sido emprendidos sin mucho conocimiento y sin objetivos claros, no dejaron de tener cierta utilidad para nosotros. Ejercitamos nuestra memoria y nuestros cuerpos y obtuvimos más soltura en el habla y en las maneras de la que habíamos podido esperar en aquella edad temprana. Para mí aquel período de tiempo fue todo un acontecimiento. Mi espíritu se encaminó al teatro y no encontré mayor alegría nunca que leyendo,

escribiendo y representando obras de teatro.

Entretanto mi formación continuaba. Se me había destinado a ser comerciante y se me había colocado en el establecimiento de un vecino nuestro. Mas precisamente en aquel momento mi espíritu se alejaba abruptamente de todo aquello, lo cual era considerado por mí una ocupación indigna. Quería hacer del escenario mi única ocupación y encontrar en éste mi felicidad y mi alegría.

Me acuerdo todavía de un poema que debe encontrarse entre mis papeles en el que la musa de la poesía trágica y otra figura de mujer en la que estaba personificada la industria se disputaban mi persona. La idea es muy vulgar y ya no me acuerdo de 'si aquellos versos valían algo, pero os los tengo que leer alguna vez como muestra del miedo, de la repugnancia, del amor y la pasión que contenían. Qué timorata dibujaba yo a aquella anciana madre de familia, con su falda arremangada, con las llaves en el costado, con las gafas sobre la nariz,

siempre trabajando, siempre inquieta, tacaña, mezquina y gruñona. ¡Qué lamentable era para mí la situación de aquellos que se inclinaban para recibir los golpes de su vara y que tenían que ganarse su esclavizada vida con el sudor de su frente!

-¡Qué aspecto tan diferente tenía aquella otra! ¡Qué visión ofrecía al corazón afligido! Con unas hechuras magníficas, era una hija de la libertad en su esencia y su comportamiento. El sentimiento que tenía de sí misma le daba dignidad sin orgullo. Su vestido le iba muy bien, se ajustaba a su cuerpo sin oprimir sus miembros y los ricos pliegues del material de que estaba hecho repetían como un eco múltiple los atractivos movimientos de lo divino. ¡Qué contraste! Puedes suponer fácilmente hacia qué lugar se inclinó mi corazón. Tampoco olvidé nada para que mi musa fuera más reconocible. La dejé provista de corona, daga, cadenas y máscaras, tal y como la habían mostrado mis predecesores. La disputa era viva, los dis-

cursos de ambas contrastaban claramente, pues a los catorce años a uno le gusta colocar en la medida de lo posible lo blanco junto a lo negro. La vieja hablaba como una persona que se inclina para recoger un alfiler del suelo y aquélla como alguien que regala reinos. Desprecié las amenazas de la vieja y así me dieron la espalda las riquezas que me prometía. Desheredado y desnudo me entregué a la musa, que me cubrió con su manto de oro y ocultó mi desnudez.

-Querida mía -exclamó mientras apretaba fuertemente contra sí a Mariana-, si hubiera sabido que iba a aparecer una diosa muy diferente, mucho más llena de encanto que fortalecería mi resolución, que sería mi compañera en el camino que iba a escoger... De haber sido así, qué bello hubiera sido mi poema, qué interesante hubiera sido su remate. Pero esto no es un poema, lo que encuentro entre tus brazos es la verdad y la vida. ¡Disfrutemos de esta dulce felicidad con plena consciencia!

Por la intensidad de su abrazo y por la

viveza de su voz, Mariana se despertó y escondió con dulces caricias su turbación. No había escuchado ni una sola palabra de la última parte de aquel relato y es de desear que las anécdotas favoritas de nuestro héroe encuentren en el futuro lectores más atentos.

CAPÍTULO NOVENO

ASÍ Wilhelm dejó transcurrir las noches en el disfrute íntimo de su amor y dejó transcurrir los días a la espera de horas felices. Ya desde el momento en que sus anhelos y esperanzas empezaron a estar dirigidas a Mariana, se sintió reanimado, notó que empezaba a convertirse en otro hombre. Ahora, que estaba unido a ella, la satisfacción de sus propios deseos se había convertido en una deliciosa costumbre. Su corazón luchaba por ennoblecer el objeto de su pasión, y su espíritu aspiraba a elevar consigo a su querida joven. Bastaba una

breve ausencia para que empezara a recordarla. Si anteriormente le resultaba necesaria, ahora le parecía indispensable, pues él se había unido a ella con todas las ligaduras con las que se pueden unir los humanos. Su alma pura sentía que ella era la mitad o más de la mitad de sí mismo. Él estaba agradecido y se entregaba sin límites.

También Mariana pudo engañarse a sí misma por un tiempo; pudo compartir la sensación de intensa dicha de Wilhelm. Mas pronto la fría mano del remordimiento se posó sobre su corazón. Ni apretada contra el pecho de Wilhelm se sentía segura, ni siquiera dejándose llevar por las alas de su amor. Y cuando estaba sola y caía de las nubes a las que la había remontado su apasionamiento y empezaba a tomar conciencia de su estado, era digna de compasión. La ligereza de espíritu la ayudó mientras vivió en un desorden vulgar, mientras se engañó acerca de sí misma o más bien no quiso conocerse. Por entonces vivía cada una de sus experiencias aislada de las demás: el placer y el

dolor se fundían, la humillación tenía como contrapartida la vanidad, las carencias eran compensadas por breves períodos de abundancia y podía ver todo como una consecuencia de la necesidad y la costumbre. De esta manera pudo mitigar el efecto de sus sensaciones desagradables hora tras hora y día tras día. Sin embargo, la pobre muchacha se había visto ahora transportada momentáneamente a un mundo mejor, había mirado desde aquel cielo de luz y alegría hacia abajo y había visto la depravación y la esterilidad de su vida, había comprendido qué mísera criatura es una mujer que además de deseo no inspira también amor y respeto. Al mismo tiempo ella se daba cuenta de que estos remordimientos no la habían mejorado lo más mínimo ni por dentro ni por fuera. No había nada que pudiera enderezarla. Cuando buscaba y miraba en su interior, su espíritu estaba vacío y ningún eco salía de su corazón. Cuanto más triste era su estado, tanto más fuerte se hacía el cariño por su amante. La

pasión fue creciendo día a día de igual modo que día a día aumentaba el peligro de perder a su amado.

Por el contrario Wilhelm flotaba alegremente por regiones más elevadas. Ante él se abría un mundo nuevo y lleno de magníficas perspectivas. Poco después de que hubiera pasado la exaltación de las primeras alegrías, le pareció claro y nítido lo que hasta entonces era vago y oscuro para él. «¡Es tuya!, ¡se te ha entregado! Ella la criatura amada, buscada y ansiada te ha confiado a tu fidelidad y a tu fe; pero no ha tropezado con un ingrato». Allá por donde quiera que estuviese hablaba consigo mismo; su corazón estaba lleno y se decía a sí mismo brillantes palabras para expresar sus más sublimes emociones. Creía ver un claro aviso del destino que por medio de Mariana le tomaba la mano para que se sustrajera a la enmohecida y rastrera vida burguesa, de la que hacía mucho tiempo había intentado huir. Abandonar a su padre y a los suyos le parecía

muy fácil. Era joven y nuevo en el mundo y sus ánimos por encontrar el amor y la satisfacción se veían aumentados por el amor. Su elección del teatro era también firme; el alto fin que se había propuesto le parecía más cercano al tener a Mariana. Al mismo tiempo en su ufana modestia veía en sí un excelente actor, el creador de un futuro teatro nacional por el que había oído suspirar a todo el mundo. Todo lo que hasta entonces había permanecido aletargado en el interior de su alma se despertó. Pintó con todas estas ideas y colores un cuadro de fondo vago cuyas formas se confundían, pero cuyo conjunto producía un atractivo efecto.

CAPÍTULO DÉCIMO

AHORA estaba sentado en casa rebuscando entre sus papeles y preparándose para su partida. Iba apartando a un lado lo que tenía que ver con lo que le había ocupado hasta aho-

ra pues, durante su peregrinación por el mundo, quería estar libre de todo recuerdo desagradable. Sólo las obras de arte, los poetas y los críticos fueron elegidos en calidad de viejos conocidos. Como hasta ahora había leído muy poco a los que juzgan sobre arte, se renovó su deseo de saber cuando volvió a revisar sus libros y vio que los escritos teóricos estaban prácticamente intactos. Convencido de la conveniencia de leer esas obras, había comenzado muchas, mas, aun con su mejor voluntad, no había conseguido llegar hasta la mitad de ninguna de ellas. Por el contrario sí que se había atenido a muchos ejemplos y en consecuencia había ensayado todos los géneros que conocía.

Werner entró en el despacho y cuando vio a su amigo ocupado con aquellos cuadernillos, exclamó:

-¿Otra vez con estos papeles? Seguro que no tienes la intención de concluir ninguno de esos dramas. No acabas un trabajo cuando ya te pones a empezar uno nuevo.

-No es competencia del alumno dar fin a nada, es suficiente con que se ejercite.

Pero debe terminarlás lo mejor que pueda.

Sin embargo, es posible hacerse la siguiente pregunta: puede esperarse algo bueno de un joven que cuando rápidamente advierte lo indebido de un camino, interrumpe el trabajo y no quiere gastar su esfuerzo ni su tiempo en algo que nunca tendría valor?

Yo sé muy bien que nunca fue tu fuerte acabar algo. Siempre te cansabas antes de llegar hasta la mitad. ¡Cuántas veces se hicieron nuevos trajes y nuevos decorados cuando eras el director de nuestro teatro de marionetas! Tan pronto se iba a representar esta como aquella tragedia. Sin embargo, lo máximo que lográbamos hacer era el quinto acto en el que las escenas eran más rápidas y llenas de colorido y los personajes se apuñalaban.

Ya que hablas de aquella época, ¿quién tuvo la culpa de que tuviéramos que arrancar a

nuestros personajes los trajes que tan bien les sentaban y estaban tan pegados a sus cuerpos?, ¿quién tuvo la culpa de que hiciéramos un buen gasto en un enorme y superfluo vestuario? ¿No eras tu siempre el que ofrecías una nueva tela encendiendo mi imaginación calenturienta y aprovechándote de mi pasión?

Werner riéndose exclamó:

-Todavía recuerdo con satisfacción que siempre supe sacar partido de vuestras campañas teatrales como lo saben sacar los proveedores en tiempos de guerra. Cuando os equipé para la conquista de Jerusalén obtuve tantos provechos como los venecianos en circunstancia análoga. No encuentro que haya nada más útil en el mundo que sacar ventaja de las tonterías que hacen otros.

Me pregunto si no sería un placer más noble salvar a los hombres de sus estupideces.

Por lo que sé de ellos, sería un esfuerzo vano. Ya basta con que un solo individuo sea listo y la mayoría de las veces a costa de los

demás.

Precisamente ahora ha llegado a mis manos *El adolescente en la encrucijada* -repuso Wihelm mientras sacaba el cuadernillo de entre los otros papeles-, esta obra ya sea mala o buena sí que está acabada.

Déjala aparte, échala al fuego -contestó Werner-. El argumento no tiene nada de valor; desde el principio me irritó aquella obra y con ella le creaste desazón a tu padre. Es posible que tenga algunos versos buenos, pero la idea es totalmente errónea. Todavía me acuerdo de tu personificación de la industria, de aquella mísera sibila engurruñida. Seguro que el modelo lo encontraste en alguna cacharrería. Por aquella época no tenías ni idea de lo que era el comercio. Yo por mi parte no conozco un espíritu que haya de ser más abierto que el de un verdadero comerciante. ¡ Qué panorama nos abre el orden con el que debemos llevar nuestros negocios! Nos permite obtener una visión general de las cosas sin que necesitemos aden-

trarnos en las intrincadas sendas de lo particular. ¡Qué grandes ventajas le proporciona al comerciante llevar sus libros por partida doble! Esta es una de las mejores invenciones del género humano y todo el que aspire a administrarse bien debiera adoptarla.

Perdóname -dijo Wilhelm riéndose-, empujas por la formal y lo tomas por lo real. Con tanto sumar y presupuestar olvidáis la cuenta de la vida.

Desgraciadamente, amigo, no te das cuenta de que la realidad y la forma son aquí lo mismo, una no puede existir sin la otra. El orden y la claridad estimula el deseo de ahorrar y de obtener riquezas. Para un hombre que se administra mal la mejor situación es la turbia, a él le disgusta hacer la cuenta de lo que debe. Para el hombre ordenado no hay nada más agradable que hacer todos los días el recuento de sus crecientes ganancias. Ni cuando le sorprende un percance siente temor pues sabe inmediatamente poner en el otro platillo de la

balanza sus ganancias adquiridas. Estoy convencido, querido amigo, de que si alguna vez pudieras encontrarle algún gusto a los negocios, te convencerías de que en ellos también tienen cabida las actividades espirituales.

-Es posible que el viaje que estoy preparando me haga cambiar de idea.

-¡Claro que sí! Créeme que sólo te falta ver una gran actividad para hacerte uno de los nuestros. Cuando vuelvas te unirás con mucho gusto a aquellos que expidiendo y exportando saben quedarse con una parte del dinero y el bienestar que sigue en el mundo su curso necesario. Échale un vistazo a los productos naturales y artificiales de todas las partes del mundo. Mira como cada uno de ellos se ha ido haciendo necesario. ¡Qué agradable e ingeniosa ocupación es procurarse a veces sin esfuerzo y a veces a fuerza de trabajo los objetos más codiciados y de los que o bien hay carencia o bien son difíciles de conseguir! ¡Qué bien está poder proveer a cada cual lo que necesita para que

pueda depositarlo con confianza en su almacén y luego poder disfrutar de los beneficios de esta gran circulación! Me parece que esto es lo que más debe agradar a alguien que esté en su sano juicio.

Wilhelm no parecía desagradado y por ello Werner prosiguió.

-Basta que visites algunas grandes ciudades comerciales y algún que otro puerto y seguro que te verás arrastrado por el torbellino. Cuando veas a todos los hombres ocupados, cuando comprendas dónde va cada cosa y de dónde viene, desearás tomar parte en todo eso. Entonces comprenderás que la mercancía más insignificante tiene una relación con el comercio en general, y gracias a ello no despreciarás nada, porque todo aumenta la circulación de la que tu vida obtiene su alimento.

Werner, que había desarrollado su correcta inteligencia en contacto con Wilhelm, se había acostumbrado a considerar sus industrias y sus negocios desde un punto de vista eleva-

do. Además estaba convencido de que actuaba de forma mucho más razonable que su otrora sensato y apreciado amigo, que ahora, al parecer, le otorgaba a lo más irreal del mundo un gran valor e importancia. A veces no podía resistir el impulso de reprimir aquel falso entusiasmo para poder llevar a aquella buena persona a la senda adecuada. Con esa esperanza prosiguió.

-Los poderosos del mundo se han apoderado de la tierra. Viven en el poder y la abundancia. La más pequeña parcela tiene dueño y toda posesión está garantizada. Por otra parte, están muy mal remunerados los trabajos en puestos de la administración pública y en otras ocupaciones burguesas. ¿Dónde se puede conseguir un patrimonio más legalmente y una conquista más sencilla que en el comercio? Si los príncipes se han hecho dueños de los ríos, de los caminos, de los puertos y, haciéndoles pagar a los que pasan por ellos, obtienen pingües beneficios, ¿no es justo que nosotros

hagamos pagar una cantidad adicional por aquellos artículos que en parte por la necesidad y en parte por el exceso se han hecho necesarios? Te puedo asegurar que si orientaras tu imaginación poética hacia ello, harías a mi diosa vencedora imbatible por la tuya. Es posible que le guste empuñar más la rama de olivo que la espada; ella no conoce ni la daga ni las cadenas; pero también reparte coronas entre sus elegidos, que, dicho sea sin ofender a nadie, están hechas de oro extraído de las minas y de perlas recogidas de la profundidad del mar por sus siempre activos servidores.

A Wilhelm aquella exposición le produjo cierto enojo, pero supo disimularlo. Y es que él sabía que Werner también escuchaba con paciencia sus apóstrofes. Además era suficientemente tolerante como para comprender que cada cual tenía derecho a entusiasmarse con su profesión, eso sí, sin que nadie osara atacar a la que él se había consagrado con pasión.

-Para ti -exclamó Werner-, que tanto te

interesas por los hombres, será un bello espectáculo ver la dicha que acompaña a sus animosas empresas comerciales. ¿Qué es más agradable que un buque cuando vuelve al puerto después de una feliz singladura y con un rico cargamento? No sólo el pariente, también el conocido o el sólo interesado e incluso todo espectador anónimo se siente conmovido cuando ve la alegría del intrépido marino al saltar a tierra incluso antes de que su navío la haya alcanzado. Entonces él se siente libre y goza pensando que puede confiar a la fiel tierra lo que le arrebató al incierto medio acuoso. No sólo en números se muestra nuestra ganancia, amigo, la felicidad es la diosa de los hombres vitales y para lograr el disfrute de sus favores se ha de vivir y se ha de ver a hombres que se esfuerzan con intensidad y gozan con todo placer.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

YA es hora de que vayamos conociendo

mejor a los padres de nuestros dos amigos. Dos hombres con un modo muy diferente de pensar, pero en cuya principal convicción coincidían, pues tomaban el comercio por la ocupación más noble que se podía tener. Además ambos estaban extremadamente atentos a cualquier ventaja que pudiera reportarles esta o aquella especulación. El viejo Meister, poco después de haber heredado de su padre una valiosa colección de cuadros, dibujos, grabados en cobre y antigüedades, se había apresurado a convertirla en dinero contante y sonante. Entonces había reedificado y amueblado su casa según las últimas tendencias de la moda y había hecho todo lo posible por sacarle partido al resto de su capital. Buena parte de este capital lo había invertido en el comercio del viejo Werner, que era famoso como diligente negociante y cuyas especulaciones se veían normalmente favorecidas por la fortuna. Sin embargo, no había nada que desease tanto el viejo Meister como infundir a su hijo cualidades que a él le faltaban y

legar a sus hijos bienes que valoraba profundamente. Él sentía una especial inclinación por lo lujoso, por todo aquello que entraba por la vista y al mismo tiempo tenía un valor intrínseco y duradero. En su casa todo debía ser sólido y macizo, los víveres numerosos, la cubertería de plata pesada, el servicio de mesa caro. Por el contrario eran muy pocos los huéspedes, pues cada vez que se invitaba a una comida había una fiesta que, tanto por el coste como por la incomodidad, no podía repetirse muy a menudo. De esta manera la administración de su casa seguía un ritmo confiado y regular y todo aquello que allí se había modificado y renovado tenía que ver con lo que no producía a nadie un gozo inmediato.

Era una vida contrapuesta la que llevaba el viejo Werner en un oscuro y lóbrego caserón. Después de haber atendido sus negocios sentado al viejísimo escritorio de su angosto despacho, deseaba comer bien y si era posible beber mejor. Pero él no podía disfrutar solo de todo

esto, junto a su familia habían de estar sentados a su mesa sus amigos y cuantos tuvieran relación alguna, por pequeña que fuera, con su casa. La buena comida atraía la atención de los huéspedes y nadie percibía que fuera servida en una vajilla corriente. En su bodega no había mucho vino, pero el que se bebía era siempre repuesto por otro mejor.

Así vivían aquellos dos padres que se reunían frecuentemente para hablar de sus negocios comunes y que precisamente aquel día acababan de decidir que Wilhelm se dedicara a los negocios.

-Tiene que ver mundo -dijo el viejo Meister- y al mismo tiempo llevará algunos de nuestros negocios en el extranjero. No puede hacerse mayor bien a un joven que iniciarle temprano en lo que va a ser su profesión. Su hijo salió tan bien parado del último viaje y supo hacer tan buenos negocios que tengo curiosidad de cómo se portará el mío. Me temo que habrá de pagar la novatada más que el suyo. El

viejo Meister, que tenía un alto concepto de su hijo y sus facultades, dijo estas palabras con la esperanza de que su amigo lo contradijera y ponderara las excelentes cualidades del joven. Pero aquél se engañaba, el viejo Werner, que en asuntos prácticos no se fiaba nada más que de aquel a quien había probado previamente, repuso serenamente:

Hay que intentarlo todo; podemos mandarle que siga el mismo camino, le daremos unas instrucciones que tendrá que seguir. Se trata de que cobre ciertas deudas, que avive viejas amistades y haga otras nuevas. También puede ayudar a promover ese negocio del que anteriormente le he hablado a usted, pues sin datos en la mano y recogidos en el momento y lugar debido no se puede hacer mucho.

-Pues que se prepare -dijo el viejo Meister- y parta lo antes posible. ¿Dónde podríamos encontrarle un caballo apto para un viaje tan largo?

No tenemos que buscar mucho. Hay un

tendero en H... que todavía nos debe algún dinero, pero que por lo demás es un hombre honrado y me ofreció un caballo en pago de la deuda. Mi hijo lo conoce, debe ser un animal muy útil. -Pues que vaya el mismo Wilhelm en persona a recogerlo. Con la diligencia puede estar de vuelta pasado mañana.

Entretanto prepararemos su equipaje y las cartas pertinentes para que pueda salir la semana próxima.

Wilhelm fue llamado y se le dio a conocer la decisión que se había tomado respecto a su destino. Nadie podía estar más alegre que él, pues le ponían en sus manos los medios para cumplir sus planes sin que él hubiera hecho nada por ello. Su pasión era tan grande que le llevaba a pensar que actuaba correctamente, pues se liberaba de la opresión de la vida que había llevado hasta entonces y daba a ésta una nueva y más noble dirección. Por eso no le remordió la conciencia, no sintió ninguna preocupación e incluso creyó que aquel engaño era

lo justo. Estaba seguro de que con el tiempo sus padres y sus familiares valorarían que hubiera sido capaz de dar ese paso y lo elogiarían por ello. El reconoció un signo del destino en aquella constelación de circunstancias.

Qué largas se le hicieron las horas hasta que llegó la noche, hasta que llegó la hora en que volvería a ver a su amada. Él estaba sentado en su cuarto y maquinaba su plan de huida, como un hábil ladrón o un mago que en prisión libera varias veces sus pies de los grilletes para hacer más fuerte su convicción de que su fuga es posible.

Finalmente sonó la hora de su cita, salió de su casa, disipó todas sus dudas y fue andando por las estrechas callejuelas. Cuando llegó a la Plaza Mayor alzó sus brazos en dirección al cielo; sintió que todo estaba detrás y debajo de él; había conseguido librarse de todo. Tan pronto pensaba que estaba junto a su amada, como que estaba acompañado de ella en las brillantes tablas del teatro. Flotaba en un mar

de esperanzas y sólo a veces el canto del ruiseñor *le* recordaba que todavía estaba en esta tierra.

Su amada fue a su encuentro bajando la escalera. ¡Qué bella!, ¡qué encantadora estaba! Lo recibió con su nueva bata blanca y él creía no haber visto nunca nada más cautivador. De esa manera estrenaba el regalo del amante ausente en los brazos del presente. Con auténtica pasión prodigó a Wilhelm caricias con toda la ternura que le había dado la naturaleza y con toda la dulzura que la experiencia le había enseñado a tener. ¿Es necesario preguntarse si él se sentía feliz y dichoso?

Él le reveló lo que iba a hacer y le contó su plan y sus deseos. Dijo que buscaría empleo, que luego volvería a recogerla y que esperaba que no le negase su mano. La pobre joven calló, ocultó sus lágrimas abrazándose al pecho de su amigo, que, a pesar de que interpretó favorablemente su silencio, hubiera preferido una respuesta. Especialmente la hubiera preferido

cuando luego, en tono quedo y con toda ternura, le preguntó si podría esperar ser pronto padre. Pero tampoco contestó a esta pregunta más que con un suspiro y un beso.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

A LA mañana siguiente Mariana se despertó abrumada. Se sentía muy sola, no quería ver la luz del día y se quedó en la cama llorando. La vieja se aproximó a ella y quiso consolarla, pero no consiguió sanar tan rápidamente aquel herido corazón. Se acercaba aquel instante que ella consideraba el último de su vida. ¿Podía haber una situación más desesperada? Su amado se alejaba de ella, un incómodo amante amenazaba con venir y se iba a producir la mayor de las catástrofes si ambos se encontraban.

-Tranquilízate, pequeña -le dijo la vieja-, no llenes de lágrimas tus bellos ojos. ¿Es tanta desgracia tener dos amantes? Si tú sólo deseas

dar tu ternura a uno de ellos, al menos ten gratitud con el otro, que, conforme a cómo se ha portado contigo, merece tu amistad.

-Mi amado tiene el presentimiento -repuso Mariana entre lágrimas- de que nos vamos a separar. Un sueño le ha revelado lo que tan cuidadosamente hemos intentado ocultarle. Él estaba durmiendo serenamente junto a mí. De pronto empezó a gemir y a decir cosas incomprensibles. Tuve miedo y lo desperté. Con qué ternura y qué pasión me abrazó. «Mariana -exclamó-, ¡de qué horrible situación me has librado!, ¿cómo podré agradecerte que me hayas sacado de ese infierno? Estaba soñando -prosiguió- que estaba alejado de ti en un lugar desconocido, pero tu imagen flotaba ante mí. Yo te veía sobre una bella ladera, el sol lo iluminaba todo, ¡qué aspecto tan atractivo tenías! Pero aquello no duró mucho, vi cómo tu imagen se hundía, extendí mis brazos hacia ti, pero no te alcanzaba. Tu imagen se seguía hundiendo y se aproximaba a mí un gran lago, mejor

dicho un pantano. De pronto un hombre te daba la mano, parecía querer auparte, pero te iba atrayendo hacia él y llevándote consigo. Yo gritaba porque no podía alcanzarte, pero confiaba en que mis gritos te servirían de advertencia. Quería ir hacia ti, pero el suelo me mantenía apresado y cuando conseguía andar, me impedía avanzar el agua, e incluso mis gritos quedaron apresados en mi oprimido pecho.» El pobre me relataba todo esto recostado sobre mí, expresando su horror y sintiéndose feliz por haber topado tras un pavoroso sueño con la dulce realidad.

La vieja con su prosa hizo todo lo posible por llevar la poesía de su amiga al dominio de la vida cotidiana. Al igual que el cazador de pájaros que imita sus cantos para atraer a las piezas que desea ver con prontitud y en gran cantidad presas en su red, la vieja comenzó a alabar a Wilhelm, elogió su porte, sus ojos y su amor. La pobre muchacha la escuchó complacida, se levantó, dejó que la vistiera y ya parecía

más tranquila:

-Mi niña querida -prosiguió zalamera la vieja-, no quiero angustiarte ni ofenderte ni quiero robarte tu alegría. No debes olvidar que siempre me he preocupado más de tu felicidad que de la mía. Dime lo que desees, haremos todo lo posible para conseguirlo.

-Qué es lo que podría desear? -repuso Mariana-. Me siento desgraciada, desgraciada de por vida. Amo al que me ama, veo que tengo que separarme de él y no sé cómo voy a sobrevivir a ello. Vuelve Norberg al que debemos todas estas comodidades de las que no podemos prescindir. Las posibilidades de Wilhelm son mucho más limitadas y no puede hacer nada por nosotros.

Sí, desgraciadamente los amantes que no traen consigo más que su corazón son los que suelen tener más pretensiones.

¡No te mofes! El desgraciado quiere dejar su casa, dedicarse al teatro y ofrecerme su mano.

Ya tenemos bastante con cuatro manos vacías.

-No tengo elección -prosiguió Mariana-. Decide tú. Empújame aquí o allá, pero sé algo. Es posible que tenga en mi seno una prenda que nos puede encadenar mucho más el uno al otro. Piensa en ello y decide: ¿a quién debo dejar?, a quién debo seguir?

Después de un rato de silencio, la vieja contestó:

-Por qué a la juventud le gustarán tanto los extremos? Yo no encuentro nada mejor que unir todo aquello que nos proporciona placer y ventajas. Si amas a uno, que el otro pague; todo depende de lo hábiles que seamos para conservar a los dos.

Haz lo que quieras, ya no puedo pensar más; yo te obedeceré.

Tenemos una ventaja: la manía del director que está orgulloso de proteger las buenas costumbres de los miembros de su compañía. Tus dos amantes la conocen y por eso están

habituados a visitarte en secreto y con todas las precauciones. Yo buscaré el momento y la hora, tú representarás el papel que yo te indique. Quién sabe, tal vez las circunstancias nos sean halagüeñas. De momento, ahora que Wilhelm está fuera es cuando viene Norberg. ¿Quién puede impedirte pensar en éste cuando te encuentres en los brazos de aquél? Deseo que tu hijo sea feliz y por eso ha de tener un padre rico.

Mariana sólo se consoló ligeramente con esta exposición. No podía poner en armonía su estado con sus sentimientos y sus convicciones. Intentaba olvidar esta dolorosa situación, pero cualquier detalle insignificante se la hacía recordar a cada momento.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

ENTRETANTO Wilhelm ya había terminado su corto viaje. Como el socio comercial no estaba en casa, le dejó a su mujer la carta de

presentación. Ella contestó a sus preguntas con mucha vaguedad ya que estaba muy excitada y en su hogar reinaba un gran revuelo.

No hubo de pasar mucho tiempo antes de que ella le confesara (pues no tenía por qué ocultarlo) que su hijastra se había escapado con un actor. Con un hombre que se había separado hacía poco de su compañía, se había establecido en la ciudad y ahora se ganaba la vida dando clases de francés. Su marido que estaba fuera de sí por el dolor y el enojo, había salido para solicitar a la autoridad que persiguiera a los fugitivos. La mujer censuraba duramente a la joven e insultaba al amante de tal manera que no encontraba nada digno de alabanza en ninguno de los dos. Igualmente lamentaba la vergüenza que aquel acto suponía para la familia y con ello dejó bastante atribulado a Wilhelm pues al mismo tiempo él vio su secreto plan proféticamente reprobado y castigado por aquella sibila. Sin embargo hubo de sentirse más conmovido aun cuando el padre, que

había regresado de dar parte a la autoridad, le contó a media voz a su esposa el resultado de sus gestiones y luego, después de haber leído la carta, mandó que le entregaran a Wilhelm el caballo sin poder disimular su inquietud y su desazón.

Wilhelm se proponía montar inmediatamente el caballo y alejarse de una casa en la que le resultaba de todo punto imposible sentirse bien, pero aquel buen hombre no quiso dejar de atender al hijo de una familia a la que tanto debía y no permitió que el muchacho se marchara sin haber pasado una noche bajo su techo.

Nuestro amigo asistió a una triste cena y pasó una noche intranquila. Se levantó muy temprano para alejarse cuanto antes de aquella gente, que sin saberlo, lo habían torturado con la mayor de las intensidades con sus relatos y sus quejas.

Llevaba su caballo al paso y estaba sumido profundamente en sus pensamientos, cuan-

do divisó un grupo de gente armada cruzando la landa. Por sus largos capotes, sus grandes bocamangas, sus sombreros desiguales, sus toscas armas y sus ademanes relajados, parecían un comando de la milicia popular. Hicieron alto bajo un viejo roble, apoyaron en éste sus armas y se sentaron cómodamente sobre la hierba para fumarse una pipa. Wihelm se quedó un rato con ellos y entabló una conversación con otro hombre que acababa de llegar allí montado en su caballería. Nuestro héroe hubo de oír, una vez más y muy a pesar suyo, la historia de los dos fugitivos que tan bien conocía, eso sí, aderezada por comentarios nada favorables ni para los jóvenes ni para los padres. Inmediatamente supo que la partida se había reunido allí para hacerse cargo de la joven pareja, que había sido interceptada y detenida en un término municipal aledaño. Después de algún tiempo se avistó una carreta escoltada menos terrible que ridículamente por un cuerpo de guardia. Un obeso escribano iba presidiendo el

cortejo y en la frontera entre las dos demarcaciones cumplimentó las formalidades con el funcionario de la otra parte (que era el joven con el que había hablado Wilhelm). Lo hicieron tan concienzudamente y con unos ademanes tan extraños que parecían un espíritu y un mago, respectivamente fuera y dentro de su círculo de acción, haciendo peligrosas operaciones en la noche.

Entretanto la atención de los espectadores se concentró en la carreta. Sin duda, aquellos pobres desgraciados despertaban compasión. Estaban sentados sobre una paca de heno, se miraban con ternura y no parecían reparar en todos los que les rodeaban. El azar era el responsable de que se les hubiera de transportar de un modo tan indecoroso, pues tras la rotura del viejo coche en el que se llevaba a la bella, ésta había solicitado ir en compañía de su amigo, al cual, con la convicción de que había cometido un crimen horrible, se le había obligado a marchar cargado de cadenas. Por cierto,

las cadenas contribuían a dar a la pareja un aspecto interesante. Especialmente porque el joven las movía con mucha elegancia cuando besaba repetidas veces la mano de su amada

-Somos muy desgraciados -exclamó ella ante los presentes-, pero no tan culpables como parecemos. Éste es el pago que dan unos crueles hombres a un fiel amor. Y los padres, indiferentes a la dicha de sus hijos, los arrancan violentamente de los brazos de la alegría que lograron después de largos y penosos días.

Mientras los presentes iban tomando partido ora en pro ora en contra de la pareja, los funcionarios judiciales ya habían resuelto sus trámites. La carreta fue puesta en marcha y Wilhelm muy interesado por la suerte de la pareja, se apresuró a tomar un atajo para conocer al juez de paz antes de que llegara la comitiva. Apenas llegó al juzgado, en el que todo estaba conmocionado por la inminente entrega de los fugitivos, le interceptó un actuario que le hizo una prolija narración de cómo había su-

cedido todo, especialmente para alabar a un caballo que ayer había conseguido trocar por otros bienes con un judío. Esta charla le impidió a Wilhelm tratar cualquier otro asunto.

Mientras tanto la desgraciada pareja había sido llevada al patio que colindaba con el juzgado, al que se accedía por una pequeña puerta y que estaba libre de la curiosidad ajena. Por este trato atento, el actuario recibió la alabanza de Wilhelm, aunque en realidad lo que aquel pretendía era darle un chasco a la muchedumbre que se había congregado allí e impedirles que vieran el placentero espectáculo de la humillación de una conciudadana.

El juez de paz no era nada amigo de los asuntos que se salían de lo rutinario, pues la mayoría de las veces cometía errores al emitir sentencias sobre ellos, y eso normalmente le reportaba duras reprimendas por parte de la administración principesca, entró con pesados andares en la sala del tribunal acompañado del actuario, de Wilhelm y de varios notables ciu-

dadanos.

En primer lugar fue citada la bella joven, que entró con distinción, con confianza y con seguridad en sí misma. La forma en la que iba vestida y cómo se comportó mostró claramente que se trataba de una muchacha que tenía un alto concepto de sí misma. Sin ser preguntada comenzó elegantemente a describir su situación.

El actuario le pidió silencio y posó su pluma sobre una hoja de papel. El juez se puso circunspecto, carraspeó y preguntó a la pobre niña cómo se llamaba y qué edad tenía.

-Dispéñseme -repuso ella-, pero me extraña que pregunte por mi nombre y por mi edad, pues sabe usted bien cómo me llamo y que soy tan mayor como su primogénito. Todo aquello que quiera usted saber de mí y aquello que sea preciso que sepa se lo diré sin rodeos. Desde el segundo matrimonio de mi padre mi situación en casa no es la ideal. Habría podido casarme con buenos partidos si mi madrastra

no lo hubiera impedido por temor a desprenderse de mi dote. He conocido al joven Melina, lo amo y, temiéndonos los obstáculos que iban a ponérsele a nuestra unión, nos decidimos a buscar juntos por el mundo la felicidad que se nos negaba en nuestras casas. No me llevé conmigo más que las prendas que me pertenecen; no hemos huido como ladrones y bandidos y mi amado no se ha hecho merecedor a las cadenas y a las ligaduras que se le han puesto. El príncipe es justo y no tolerará este trato tan duro. Tal vez seamos merecedores de castigo, pero no del que se nos ha infligido.

El viejo juez de paz estaba doble y hasta triplemente atribulado. Ya se figuraba a sus superiores echándole reprimendas y la fácil palabra de la muchacha había destrozado el esquema que había pergeñado para el interrogatorio. Por si esto fuera poco, la acusada se negó a contestar las preguntas con arreglo al formulario y dijo que se atenía a lo que ya había declarado. -No soy una criminal -dijo-.

Para mi vergüenza se me ha traído hasta aquí sentada sobre una paca de heno. Mas hay instancias superiores que repararán esta afrenta.

El actuario, que había ido haciendo acta de todo, le susurró al juez de paz que siguiera la vista, pues ya habría tiempo para luego recomponer el acta.

El viejo recuperó su presencia de ánimo y empezó a inquirir sobre los dulces secretos del amor con secas palabras y áridas fórmulas.

Wilhelm estaba enrojecido de indignación y al mismo tiempo las mejillas de aquella linda criminal se sonrojaron de vergüenza. Se mantuvo callada y balbuceó hasta que la misma tribulación pareció de pronto acrecentar su ánimo.

-Esté usted seguro -exclamó- de que seré suficientemente fuerte para confesar la verdad aunque tenga que declarar en contra de mí. ¿O acaso ha de hacerme titubear y balbucear una acción de la que me enorgullezco? Desde el momento en que estuve segura de su afecto y

su fidelidad consideré a Melina mi esposo; le brindé todo lo que el amor demanda y lo que un corazón decidido no puede rehusar. Haga usted conmigo lo que quiera. Si durante un momento titubeé en mi confesión, se debe a que temí perjudicar con mi franqueza a mi amante.

Mientras escuchó esta confesión Wilhelm se hizo un alto concepto de los sentimientos de la muchacha. Mas los ministros de la justicia la tomaron por una descarada y los ciudadanos allí presentes dieron gracias a Dios por no haber permitido que se dieran casos iguales en sus familias o al menos por evitar que éstos fueran conocidos.

Wilhelm colocó mentalmente a su Mariana delante del estrado del juez, puso palabras aun más bellas en su boca, hizo que su confianza fuera mayor y su confesión incluso más noble. El deseo más intenso de ayudar a aquellos dos amantes se adueñó de él. No se contuvo y en voz baja le pidió a aquel inseguro juez de paz que acabara la vista, pues ya se había escla-

recido todo lo más posible y no era necesaria ninguna pesquisa más.

Aquello sirvió para que se permitiera retirarse a la joven. Acto seguido compareció su amante al que antes de entrar se le habían retirado las cadenas. Se notaba a éste más preocupado por su destino que a ella y sus respuestas fueron más moderadas y aun cuando no demostró la heroica sinceridad de la muchacha, se distinguió por la prudencia y el orden de su declaración.

Este interrogatorio había terminado. Y concordó en todo con el anterior salvo en que, para proteger a la muchacha, él negó lo que ella había reconocido. Por ello se la hizo entrar de nuevo. Entonces se produjo una escena entre ambos que cautivó el corazón de nuestro amigo.

Eso que sólo se ve en las novelas y las comedias estaba ahora ante sus ojos en aquella lóbrega sala de tribunal: la lucha de dos seres orgullosos, la fortaleza del amor en la desgra-

cia.

-¿Es verdad pues -dijo para sí- que la ternura tímida, que se esconde al fulgor del sol y a los ojos de los hombres y que sólo en soledad disfruta de secretos placeres, tiene más coraje, más fuerza y más valor que otras pasiones exaltadas y fanfarronas?

Para su consuelo la vista acabó pronto. Los dos acusados fueron confinados en celdas decentes y si hubiera sido posible, Wilhelm habría llevado a la joven junto a sus padres. Pues se había propuesto hacer de mediador y apoyar la feliz y noble unión de ambos amantes.

Le pidió permiso al juez de paz para hablar a solas con Melina, lo cual le fue concedido sin el más mínimo problema.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

LA conversación de los dos nuevos conocidos se caracterizó por la confianza y la viveza, pues cuando Wilhelm confió a aquel desventurado muchacho su relación con los padres de la muchacha, se ofreció como mediador y mostró las mejores esperanzas, se reconstituyó el ánimo del prisionero, hasta entonces entristecido y abrumado. El se sintió de nuevo liberado, reconciliado con sus suegros y ya vio la hora de hablar de la herencia y de sus nuevos recursos.

-No se preocupe por eso -repuso Wilhelm-, pues me parece que la naturaleza le ha destinado a ser feliz en la profesión que ha elegido. Tiene usted una figura agradable, una voz armoniosa y un corazón lleno de buenos sentimientos. ¡Qué puede pedirse más para ser actor? Me congratularía mucho que alguna recomendación mía pudiera serle útil.

-Se lo agradezco de corazón -repuso el otro-, pero difícilmente podría sacarle partido a alguna de ellas, pues en cuanto me sea posible dejaré el teatro.

-Hace usted muy mal -dijo Wilhelm después de una pausa en la que se repuso de su estupefacción, pues se figuraba que aquel actor, tan pronto como se encontrara libre, querría volver a su teatro. Le parecía algo natural y necesario como el que la cabra tirase al monte. Ni un solo momento dudó de ello, sin embargo y para su sorpresa hubo de ver una reacción contraria a la esperada.

-Sí -contestó Melina-, me he propuesto no volver al teatro. Prefiero encontrar un empleo en cualquier dependencia o administración sea el que fuere.

Esa es una peculiar decisión que no puedo aplaudir, pues sin una causa especial que lo justifique nunca es aconsejable mudar el tipo de vida que se ha adoptado. Por otra parte no conozco una profesión que depare más experiencias agradables y abra más ricas expectativas que la del actor.

Se ve que usted no lo ha sido nunca.

A esto replicó Wilhelm:

-Muy señor mío, qué raro es que un hombre esté contento con su situación. Siempre desea estar en la del prójimo que a su vez está deseando salir de aquella en la que se encuentra.

Pero siempre hay una diferencia entre lo malo y lo peor. Es la experiencia y no la impaciencia la que me impulsa a obrar. ¿Hay un pedazo de pan más amargo, más inseguro y más costoso que el ganado por el actor? Es casi igual que ir mendigando puerta por puerta. ¿Y qué decir de la envidia de los colegas, la parcialidad del director y los caprichos del público? La verdad es que para dedicarse al teatro hace falta tener la piel de un oso que, en compañía de monos y perros, es encadenado y golpeado para que baile ante los niños y la plebe al son de una gaita.

Wilhelm pensó para sí todo lo que podía decirle a aquel hombre a la cara. Por lo tanto siguió la conversación con cierta distancia. A raíz de esto su interlocutor fue expresándose

cada vez con más sinceridad y sirviéndose de más y más palabras.

-¿No es vergonzoso que un director tenga que ponerse de rodillas ante un edil sólo para obtener un permiso y así en los períodos de feria circulen en la localidad algunos ochavos más? Con frecuencia he compadecido a nuestro director, que aunque es un buen hombre tiene a su vez cosas que me desagradan. Un buen actor tiene exigencias elevadas y a los malos no hay cómo quitárselos de encima. Por eso, cuando un director intenta equilibrar los gastos y los ingresos, al público le parecen muy caras las entradas y el teatro se queda vacío. En ese caso hay que seguir representando aun con pérdidas y quebrantos si es que no se quiere ir a pique. No, amigo mío, si como dice está interesado por mi suerte, le pido que hable cuanto antes con los padres de mi amada. Que me den un empleo aquí, que me consigan un puesto de escribano o de recaudador y me consideraré un hombre feliz.

Después de haber intercambiado algunas palabras, Wilhelm se despidió con la promesa de ir a casa de los padres de su amada para ver que es lo que podía arreglar. Apenas estuvo solo se desahogó con las siguientes exclamaciones.

-¡Infeliz Melina! No es en tu profesión sino en ti donde residen las miserias de las que me has hablado. El que se consagra a una profesión a un arte o a cualquier modo de vida sin una vocación no puede encontrar más que sufrimientos. A aquel que ha nacido con un talento y para ese talento su ejercicio le proporcionará la más hermosa de las existencias. En el mundo no hay nada libre de dificultades. Sólo la fuerza interior, el deseo y el amor nos ayudan a superar los obstáculos, a abrirnos camino, a salir del círculo donde otros se debaten angustiosamente por salir. Las tablas no son más que tablas para ti, tomas los papeles por la lección que tiene que aprender el estudiante, ves a los espectadores como hombres corrientes

en un día de trabajo. Por eso anhelas sentarte a un escritorio delante de libros de contabilidad imponiendo intereses y apremiando a morosos. No sientes la plenitud coherente que sólo puede ser sentida, concebida y realizada por el espíritu; no presientes que en el alma del hombre hay una chispa que, si no recibe alimento ni es avivada, queda cubierta por las cenizas de las ocupaciones cotidianas y la indiferencia, a pesar de que tarda mucho en extinguirse o no lo hace casi nunca. No sientes en tu alma fuerza para avivarla, en tu corazón no encuentras riqueza para, una vez despierta, alimentarla. El hambre te abruma, las incomodidades te resultan demasiado insoportables y parecen haberte hecho olvidar que en cualquier profesión se está acechado por enemigos que sólo pueden ser vencidos con confianza y ecuanimidad. Haces bien en querer refugiarte en los límites de una ocupación vulgar, ¿pues cómo podrías desempeñar alguna de las que requieren genio y valentía? Dale a un soldado, a un hombre de

Estado

o a un sacerdote tus ideas y con el mismo derecho se quejarán de lo lamentable de su situación. Y ¿no hay hombres tan lejanos a todo sentimiento vital que toman toda la vida y la esencia de lo mortal como si fuera nada, como si fuera un tránsito lastimoso e insignificante? Si tu alma fuera capaz de apoderarse de la imagen de los hombres activos, si en tu pecho ardiera un fuego vivificador, si por todo tu ser se extendiera esa fuerza que sale de dentro, serían los más dulces los sonidos de tu garganta y las palabras de tus labios, te sentirías complacido en ti mismo, encontrarías ocasión y posibilidad de poderte percibir también en los otros.

Mientras se decía estas palabras y tenía estos pensamientos nuestro amigo se había ido desvistiendo y con un sentimiento de máxima satisfacción interior se acostó. En su alma se estaba desarrollando una novela sobre lo que habría hecho él en lugar de aquel indigno joven. Unas fantasías agradables lo acompañaron

al reino del sueño y lo entregaron a sus hermanas, las visiones oníricas, que lo recibieron en sus brazos y rodearon la durmiente cabeza de nuestro amigo con un aura celestial.

Al día siguiente se levantó temprano y pensó en el plan que iba a seguir. Regresó a la casa de los padres abandonados en la que se lo recibió con sorpresa. Explicó cuál era el motivo de su visita y tropezó más o menos con las mismas dificultades que pensaba encontrar. Lo pasado pasado está y aunque, en casos extraordinarios, gente extremadamente estricta y tozuda sigue luchando contra un pasado invariable no consiguiendo otra cosa que aumentar sus males, lo ocurrido ejerce sobre la mayoría de las almas un poder irresistible y aquello que parece imposible, una vez que ha ocurrido, es aceptado por las almas comunes. Pronto se dio el consentimiento a que Melina y la muchacha se casaran. Sin embargo, debido a su mala conducta ella no llevaría ajuar consigo y mantendría en el negocio de su padre durante algún

tiempo y percibiendo intereses mínimos una suma que le había legado una tía suya. El segundo punto referido a la obtención de un empleo para Melina se topó también con dificultades. Los padres no querían ver a la hija descarriada; no deseaban que quedase constancia de la unión de un vagabundo con una familia tan respetable, que incluso estaba emparentada con un superintendente; por otra parte, era poco probable que los colegios de la autoridad principesca le pudieran confiar un puesto. Ambos cónyuges estaban totalmente en contra y Wilhelm que había abogado con mucha pasión por los novios porque no podía permitir que un hombre al que apreciaba tan poco se dedicara al teatro y porque estaba convencido de que no merecía tal suerte, no pudo lograr su objetivo a pesar de todos los argumentos que empleó. Si él supiera los entresijos de la situación, no se hubiera tomado el esfuerzo de intentar convencer a los padres. Y es que el padre, que quería mantener a su hija a su lado, odiaba a aquel

hombre porque su mujer había puesto en él sus ojos. Por otra parte ella no soportaba que su hijastra fuera su rival triunfante. Por eso Melina, muy a pesar suyo y después de su matrimonio, hubo de marcharse con su esposa, que quería ver mundo y dejarse ver en el mundo, a buscar empleo en cualquier compañía teatral.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

DICHOSA juventud. Dichosos los días de las primeras relaciones amorosas. El hombre en esa época es como un niño que juega horas enteras con el eco, lleva todo el peso de la conversación y se considera feliz con que su interlocutor invisible repita las últimas sílabas de las palabras pronunciadas.

Ése era el estado de Wilhelm en su relación con Mariana, especialmente en los últimos tiempos, pues le prodigaba a su amada toda la riqueza de sus sentimientos y al mismo tiempo se tenía por un mendigo que vivía de la limos-

na. Y al igual que un lugar nos parece más atractivo, o sencillamente se hace atractivo, cuando el sol lo ilumina, ante sus ojos se embellecía y ennoblecía todo lo que rodeaba a Mariana y todo lo que ella tocaba.

¡Con cuánta frecuencia estaba entre bastidores para lo que había pedido permiso al director de la compañía! El encanto de la perspectiva desaparecía, pero entonces la mucho más poderosa magia del amor hacía su efecto. Él podía pasarse las horas sobre el sucio carro de luces y sufrir las molestias del humo de las candilejas para poder contemplar constantemente a su amada. Y cuando ésta salía de escena y le dedicaba tiernas miradas, él, enajenado por el júbilo, se sentía transportado al paraíso allí, entre aquellos armazones de madera y lata. Los corderitos de trapo, las cascadas de gasa, los rosales de cartón y las cabañas de paja de una sola pared le produjeron bellas imágenes de un remoto mundo pastoril. Incluso las bailarinas que vistas de cerca eran feas, no le des-

agradaban mucho por estar en un tablado junto a su amada. No hay duda de que el amor, que sabe darle vida a las rosaledas silvestres, a los pequeños bosques de mirtos y a la luz de la luna, puede también darle el aspecto de naturaleza viva a virutas de madera y recortes de papel. Es una especia tan sabrosa que hace una delicia de las salsas más insípidas y menos apetitosas.

La verdad es que Wilhelm tenía que echar mano de esta especia para hacer soportable el estado en el que se encontraba el cuarto de su amada y a veces ella misma.

Educado en una fina familia burguesa, el orden y la limpieza eran el elemento que había respirado y, como había heredado algo del gusto de su padre por el lujo, ya desde niño había ido equipando magníficamente su cuarto, al que tomaba por un pequeño reino. Las colgaduras de su cama eran de grandes pliegues y estaban fijadas con borlas tal y como era lo

normal en los tronos. Había colocado una alfombra muy grande en el centro de la habitación y un tapete fino sobre su mesa. Él disponía y situaba sus libros con tal precisión que un pintor holandés habría encontrado en su habitación varios motivos para sus naturalezas muertas. Al ponerse su gorro blanco le daba forma de turbante y llevaba cortas, al estilo oriental, las mangas de su bata de dormir. La razón de esto era que las mangas largas le dificultaban la escritura. Cuando por la noche estaba solo y no temía ser molestado, se ceñía una faja de seda y ponía en ella una daga que había conseguido en una vieja armería. De esta suerte se ponía a estudiar y a ensayar los papeles trágicos que se le habían asignado y así también arrodillado sobre la alfombra rezaba sus oraciones.

Por eso creía que era tan feliz el actor al que veía en posesión de mayestáticos trajes y armas y siempre ejercitando actitudes nobles.

Él consideraba que el espíritu del actor era un espejo que presentaba las más magníficas y nobles situaciones, pensamientos y pasiones que se podían dar en el mundo. Igualmente Wilhelm imaginaba la vida en el hogar de un cómico como un cúmulo de dignos actos y ocupaciones, del que su aparición en el teatro era su culminación. Algo parecido a la plata que, después de sometida por largo tiempo a la acción del crisol, finalmente aparecía con unos bellos colores ante los ojos del orfebre, advirtiéndole a la vez que el metal estaba ya libre de impurezas.

Imaginémonos pues cómo se asombró cuando, aun a través de la nube de felicidad que le cegaba, dirigió una mirada a la mesa, a las sillas y al suelo de la habitación de su amada. Los restos de un atavío efímero y postizo estaban por el suelo como si se tratara de las brillantes escamas de un pez recién limpiado esparcidas con un gran desorden acá y allá. Las huellas de los útiles de higiene humana, como

los peines, el jabón, las toallas no habían sido ocultadas, ni tampoco las huellas de su uso. Partituras, zapatos, mudas, flores artificiales, estuches, horquillas, botecitos de colorete, cintas, libros y sombreros de paja... Cada uno de estos objetos agraviaba la vecindad de los otros, pero había un elemento que todos compartían: el polvo. Sin embargo, estando allí Wilhelm apenas percibía nada de eso, de hecho todo lo que a ella le pertenecía, todo lo que ella había tocado, se hacía adorable. Por eso en aquel batiburrillo él encontraba un atractivo que nunca le había producido su ordenado lujo. Cuando tenía que retirar un corsé para abrir el piano, cuando desplazaba sus vestidos sobre la cama para poder sentarse, cuando ella se ocupaba de ciertos detalles sobre los que por pudor se suele hacer silencio, era para él como si la sintiera más cercana a cada instante y a través de estos lazos invisibles se fuera formando una vida en común entre ellos.

No le resultaba tan fácil disculpar las ac-

tuaciones de los otros actores a los que encontró en sus primeras visitas a Mariana. Ocupados en la holganza parecían mucho menos preocupados por su arte y su misión. Nunca les oyó hablar del valor poético de las obras, ni enjuiciarlas positiva o negativamente. Sólo se escuchaban estas preguntas: ¿será productiva la obra?, ¿es una obra de éxito?, ¿cuántas representaciones alcanzará?, así como otras preguntas y observaciones de ese tipo. Luego solían arremeter contra el director de la compañía que era muy tacaño con la paga y a veces injusto con éste o aquél. Seguidamente le tocaba al público que muy pocas veces aplaudía al que lo merecía. También afirmaban que el teatro alemán cada vez era mejor y que cada vez al actor se le consideraba más aunque todavía no estaba suficientemente valorado. Más tarde se hablaba mucho *de* cafés y tabernas, de lo que ocurría en aquellos locales, de las deudas de algún compañero por las que tenía que haber sufrido presión. También comentaban la desproporción de

los sueldos semanales, las insidias de una compañía rival y finalmente volvían a ponderar la importancia del público y la influencia del teatro para la formación de la nación y de la humanidad.

Estos asuntos, que le habían dado a Wilhelm muchos quebraderos de cabeza, venían a su memoria mientras su caballo se aproximaba lentamente a su casa y él estaba pensando en todo lo que le había ocurrido. Había visto la conmoción que había producido la huida de una joven en una respetable familia burguesa, más aun, en toda una pequeña ciudad. El recuerdo de las escenas del camino comarcal, de las del juzgado de paz, de las opiniones de Melina y de todo lo que había ocurrido le produjeron en su vivaz e inquisitivo espíritu una sensación de inquietud que no pudo soportar por mucho tiempo, por ello espoleó a su caballo para que fuera al galope a la ciudad.

Mas en este camino también hubo de encontrar sorpresas desagradables. Werner, su

amigo y futuro cuñado, estaba aguardándole para mantener con él una seria, importante e inesperada conversación.

Werner era uno de esos hombres rectos y con las ideas claras a los que habitualmente se llama gente fría porque no demuestran su entusiasmo o éste no aflora al exterior. Su relación con Wilhelm era una continua controversia por medio de la que su afecto mutuo crecía. Y es que, a pesar de sus diferencias de ideas, cada uno de ellos encontraba en el otro su complemento. Para Werner era beneficioso ponerle bridas al cultivado pero extravagante espíritu de Wilhelm. Este por su parte creía obtener un triunfo cuando conseguía cautivar a su mesurado amigo en su torbellino de emociones. De esta manera ejercitaban sus fuerzas uno contra el otro, estaban acostumbrados a verse todos los días y podría decirse que la voluntad de encontrarse y de hablar se veía incrementada por la imposibilidad de entenderse. Sin embargo al final, como ambos eran buenas personas,

acababan tan amigos y ninguno de los dos podía concebir por qué no conseguían convertir al otro a su forma de pensar.

Desde hacía un buen tiempo Werner se había dado cuenta de que las visitas de Wilhelm eran cada vez menos frecuentes y que ya no se entregaba tan apasionadamente en la discusión de sus temas favoritos, que ya no se afanaba tanto en tener ocurrencias extrañas, lo cual era un desahogo que Werner interpretaba como una muestra de confianza. El formal y sesudo Werner creyó al principio que la culpa era suya, hasta que algunos rumores que se oían por la calle lo pusieron sobre la pista correcta y algunas indiscreciones de Wilhelm lo aproximaron a la verdad. Inició las investigaciones y descubrió muy pronto que desde hacía algún tiempo era de dominio público que Wilhelm visitaba a una actriz, hablaba con ella en el teatro y la acompañaba a su domicilio. Sin embargo, se sintió desconsolado cuando supo lo de las visitas nocturnas, pues había oído que

Mariana era una muchacha a la que gustaba seducir a los hombres y que probablemente estaba con su amigo por dinero y que casi seguro al mismo tiempo se entregaba al amante más indigno.

Tan pronto como elevó su sospecha a la categoría de certeza, resolvió hacer una ofensiva contra Wilhelm y estaba preparado para ella cuando éste regresó turbado y triste de su viaje.

Aquella misma noche Werner le contó a Wilhelm todo lo que sabía, primero con calma, luego con la apremiante seriedad de una bienintencionada amistad. No omitió ningún detalle y le hizo sentir a su amigo toda la amargura que tan pródigamente y con virtuosa complacencia saben depararles los hombres tranquilos a los enamorados. Pero como se podrá suponer, no tuvo ningún éxito. Wilhelm, algo cariacontecido pero con seguridad, respondió:

-Tú no la conoces. Tal vez su apariencia no sea la mejor, pero estoy tan seguro de su fidelidad y su virtud como lo estoy de mi amor.

Werner continuó con sus acusaciones y le ofreció a Wilhelm pruebas y testigos. Los rechazó y se apartó de su amigo atribulado y hundido como alguien a quien un mal dentista ha desgranado una muela sin conseguir arrancársela.

Wilhelm estaba profundamente desazonado por ver la imagen de Mariana oscurecida, primero por los acontecimientos del viaje, luego aun más por las acusaciones de Werner. Por eso consideró que el camino más seguro para rehabilitar la claridad y la belleza era ir a verla por la noche. Ella lo recibió con expresiva alegría, pues ya estaba advertida de su visita ya que lo esperaba esta noche. Como cabía suponer, ella hizo que todas las dudas de su corazón se disiparan. Su ternura despertó otra vez su confianza y él le contó cómo la gente y cómo su amigo la inculpaban.

Hablaron con animadas palabras de los primeros tiempos de su relación, cuyo recuerdo es uno de los más bonitos temas de conversa-

ción para dos amantes. Los primeros pasos que nos conducen al laberinto del amor son tan agradables y las primeras perspectivas son tan seductoras que siempre gusta recordarlos. Cada parte busca obtener ventaja sobre la otra asegurando haber amado de forma más intensa y desinteresada y en esta lucha es mayor el deseo de ser vencido que el de vencer.

Wilhelm le contó a Mariana lo que ella ya había escuchado repetidas veces, de tal manera que ella pronto perdió la atención por el discurso y se concentró en él. Le dijo que su figura, sus movimientos y su voz lo cautivaron hasta el punto de sólo ir al teatro cuando actuaba ella. Le dijo que él se acercaba a hurtadillas hasta el escenario, donde más de una vez estuvo a su lado sin que ella lo advirtiera. Luego recordó aquella tarde en que encontró la ocasión de decirle una galantería y entablar una conversación con ella.

Mariana por su parte no estaba dispuesta a aceptar que no se había fijado en él y afirma-

ba que ya lo había visto en un paseo, y para demostrarlo describió el traje que llevaba aquel día. Ella aseguraba que ya entonces le gustaba más que ninguno y deseaba conocerlo.

¡Con qué satisfacción creía Wilhelm en sus palabras!, ¡con qué placer la oyó decir que al verla que se acercaba a ella se sintió irresistiblemente arrastrada hacia él! También le gustó oír la decir que entre bambalinas se había acercado intencionadamente para estar cerca de él y conocerlo y que, como vio que él no podía superar su timidez y su torpeza, ella propició la ocasión pidiéndole una limonada.

En medio de su encantadora disputa, que continuaron siguiendo paso por paso los diferentes episodios de su corta novela, las horas pasaron muy rápido y Wilhelm dejó, lleno de tranquilidad, a su amada, con el firme propósito de poner inmediatamente en marcha su plan.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

EL padre y la madre de Wilhelm habían preparado todo lo necesario para el viaje de su hijo; sólo algunos objetos que faltaban para completar el equipaje retrasaron algunos días su partida. Wilhelm utilizó este lapso de tiempo para escribirle una carta a Mariana que la obligara a contestar aquellas cuestiones que le había formulado pero ella siempre había eludido. He aquí lo que decía la carta:

«En medio de la oscuridad de la noche en la que tantas veces estuve en tus brazos, estoy sentado y te escribo, porque todo lo que hago y pienso tiene que ver contigo. Mariana, a mí, el más feliz entre los hombres, me pasa como a ese esposo que presintiendo qué mundo nuevo va a revelarse en él y por medio de él, se detiene ante el solemne velo, y, durante la sagrada ceremonia, no deja de pensar en esa cortina misteriosa, detrás de la cual se encuentran todo el encanto del amor.

He conseguido imponerme el no verte durante algunos días. De todos modos me ha

resultado fácil, pues a esta separación la compensa la esperanza de estar para siempre contigo y ser totalmente tuyo. ¿Habré de repetir lo que deseo? Y sin embargo es necesario, pues da la impresión de que hasta hoy todavía no me has comprendido.

¡Cuántas veces con los tímidos tonos de la fidelidad, que, aunque aspiran a obtenerlo todo, no se atreven a decir mucho, he sondeado tu corazón demandándote una unión eterna! Seguro que me has entendido, pues ese mismo deseo tiene que germinar en tu corazón. Tú has comprendido mis deseos en cada beso, en la dulce serenidad de aquellas noches felices. Entonces pude aprender a conocer tu discreción y mi amor fue creciendo. Si otra cualquiera se habría comportado artificialmente, para mediante superfluos rayos de sol producir una resolución en el corazón del amante, obtener de él una declaración y asegurarse una promesa, tú diste un paso atrás, cerraste el pecho entreabierto de tu amante y trataste de encubrir tus

sentimientos mediante una aparente indiferencia. Pero yo te comprendo. Sería un miserable si en esos signos no quisiera reconocer un amor puro, desinteresado y que sólo piensa en el objeto amado. Ten confianza en mí y mantén la serenidad. Nos pertenecemos el uno al otro y ninguno de los dos perdemos nada si vivimos para el otro.

Acepta mi mano, este testimonio solemne aunque entre nosotros ocioso. Hemos disfrutado de toda la dicha, pero hay otras venturas en la perspectiva de la duración. No me preguntes cómo, no te preocupes. El destino vela por el amor y lo llevará por caminos seguros porque nuestro amor es de buen conformar.

Hace ya mucho tiempo que mi corazón abandonó la casa de mis padres, ahora está contigo, al igual que mi espíritu que flota por la escena. Amada mía, ¿puede haber otro hombre que vea sus deseos cumplidos como yo? Mis ojos no conocen ya el sueño y como una eterna aurora se alzan ante mí tu amor y tu dicha.

Me cuesta mucho no ir hacia ti, arrancar tu consentimiento, y mañana temprano estar por el mundo luchando por mis objetivos. No quiero dar un paso irreflexivo, loco o temerario; he diseñado mi plan y quiero realizarlo con tranquilidad.

Conozco al director Serlo y el viaje que emprendo es para reunirme con él. Hace ya un año que desea entre su gente algo de mi vivacidad y mi amor al teatro. Seguro que seré bien recibido por él y además hay muchos motivos que impiden mi integración en tu compañía. Por otra parte, Serlo suele trabajar en lugares tan apartados de éste que así podré mantener mis primeros pasos en el anonimato. Ganaré lo necesario para vivir, me familiarizaré con el público, conoceré la compañía y luego te recogeré.

Mariana, ya ves lo que puedo llegar a hacer para conseguirte definitivamente. Y es que no llego a imaginarme bien lo que será no verte por tan largo tiempo y saberte muy aleja-

da de mí. Pero siempre que venga a mí la imagen de tu amor que lo asienta y asegura todo, siempre que tú no rechaces mi petición y me des tu mano ante el pastor en el altar, yo podré irme tranquilo. Eso sólo sería una fórmula para nosotros, pero una bella fórmula: la bendición del cielo que confirma la bendición en la tierra. En las cercanías, en los territorios vecinos de las órdenes militares, podremos casarnos fácilmente y en secreto.

Para empezar tengo dinero suficiente, lo compartiremos y bastará para los dos. Antes de que se nos acabe, el Cielo proveerá.

Sí, querida, no tengo miedo. Lo que ha empezado con tanta dicha debe tener un final feliz. Nunca he dudado de que siempre prospere aquel que es serio y tiene bastante ánimo para ganar lo suficiente para dos o más. Muchos dicen que el mundo es ingrato, pero yo todavía no he encontrado que lo sea cuando se hace algo por él de manera correcta. Toda el alma me hierve cuando pienso en salir por fin a

las tablas y hablarles a los hombres al corazón como hace tanto tiempo que anhelan. Mil veces yo, que tan fascinado estoy por la magnificencia del teatro, me he sentido horrorizado cuando he visto a individuos groseros imaginar que podían dirigir grandes y bellas palabras a nuestro corazón. Una voz en falsete suena mucho mejor y es más pura. Es inaudita la tosca torpeza en la que se zambullen estos tipejos.

El teatro ha mantenido durante mucho tiempo una lucha contra el púlpito, aunque a mí me parece que no deberían reñir así. Sería deseable que desde ambos lugares los hombres nobles adoraran a Dios y a la naturaleza. No son sueños, querida. Al igual que por tu corazón he sabido que me amas, de la misma manera me he apoderado de pensamientos luminosos y digo... No quiero decirlo, pero confío en que un día habremos de aparecer ante los hombres como dos espíritus que vienen a abrir sus corazones, a conmoverlos y a depararles goces celestiales. Y estoy tan seguro de ello por haber

encontrado en tu seno alegrías que merecen ser llamadas celestiales ya que en todo momento, al sentirnos fuera de nosotros mismos, nos sentíamos elevados.

No puedo terminar, ya he escrito demasiadas cosas y no sé si ya he dicho todo lo que te concernía, porque no hay palabras que puedan expresar el movimiento de la rueda que gira en mi corazón.

Toma esta hoja de papel, mi amor. La he releído y me parece que sería necesario empezar de nuevo aunque contiene todo lo que necesitas para prepararte para cuando vuelva a tu dulce seno lleno de felicidad. Me imagino ser un prisionero que va limando su cadena y está presto para la fuga. Deseo la buena noche a mis padres que duermen despreocupadamente. ¡Adiós!, amada, ¡adiós! Ya se me han cerrado dos o tres veces los parpados, pues es noche cerrada.»

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

EL día aún no había concluido, cuando ya Wilhelm, con su carta bien doblada y guardada en el bolsillo, ardía en deseos de ver a Mariana. Así, apenas comenzó a oscurecer, dirigió sus pasos a su habitáculo como era costumbre. Su plan consistía en anunciarse al principio de la noche, estar un breve rato con ella, dejarle en la mano su carta y a su vuelta, en la oscuridad de la noche; obtener su consentimiento o ganárselo a fuerza de caricias. Él voló a sus brazos y cuando sintió su pecho apenas pudo contenerse. La vehemencia de sus emociones le impidió percibir que no respondía a sus muestras de amor con la ternura habitual. Sin embargo, ella no supo disimular un estado de turbación; pretextó una enfermedad, una indisposición y se quejó de dolor de cabeza, para no acceder al deseo de su amado de volver a verla aquella noche. Él no presintió nada malo, no insistió, pero comprendió que aquel no era el mejor momento para darle su carta y se la

guardó. Como vio que ella con sus gestos y sus palabras lo invitaba a marcharse, él, en uno de sus arrebatos de amor tomó uno de sus pañuelos para el cuello, lo escondió en su bolsillo y abandonó muy a disgusto el calor de sus labios y su morada. Volvió a casa de sus padres, pero le resultó imposible quedarse por mucho tiempo, se volvió a vestir y buscó de nuevo el aire fresco.

Había recorrido algunas calles de un lado para otro cuando se encontró a un desconocido que le preguntó por cierta posada. Wilhem se ofreció a llevarlo al local. El desconocido le preguntó por el nombre de la calle, por los propietarios de ciertos grandes edificios que fueron dejando a su paso, así como por ciertas dependencias policiales de la ciudad. Ya estaban en animada conversación cuando se encontraron delante de la posada. El desconocido instó a su guía a entrar y a tomarse con él un vaso de ponche. Le dijo su nombre, su lugar de nacimiento y los asuntos que lo habían traído a

aquella ciudad. Luego le pidió a Wilhelm que tuviera con él la misma confianza. Este le dijo su nombre y le indicó cuál era su familia.

-¿No es usted nieto del viejo Meister -volvió a preguntarle-, que llegó a ser dueño de una magnífica colección de pintura?

-Lo soy -respondió Wilhelm-. Yo tenía diez años cuando murió mi abuelo y me dolió en el alma que se pusieran a la venta todos aquellos bellos objetos.

-Su padre obtuvo una gran suma de dinero por la venta.

-Pero, ¿está usted enterado?

-Oh, sí, ya pude ver aquel tesoro en su casa. Su abuelo no era solamente un coleccionista, él entendía de arte. En sus años juveniles estuvo en Italia y trajo consigo tesoros de allí que ya no se pueden adquirir a ningún precio. Él poseía excelentes cuadros de los mejores maestros, apenas daba uno crédito a sus ojos cuando se miraba su colección de dibujos, entre sus mármoles había algunos fragmentos de

valor incalculable, tenía una muy interesante serie de bronces, también había reunido sistemáticamente sus monedas según criterios artísticos e históricos y las pocas piedras talladas que había logrado acopiar eran dignas de todo elogio. Además estos objetos en su conjunto estaban perfectamente expuestos aunque los cuartos y las salas de la vieja casa no habían sido sometidos a una distribución simétrica.

-Podrá usted imaginarse sin dificultad lo mucho que de niños perdimos cuando todo aquello fue embalado y llevado de allí. Aquellos fueron los primeros días tristes de mi vida. Todavía recuerdo lo vacíos que nos parecieron los cuartos cuando ya no estuvieron allí, aquellos objetos que tanto nos habían distraído desde nuestra juventud y que nosotros tomábamos por tan inamovibles como la casa y la ciudad.

-Si no estoy equivocado su padre invirtió el capital obtenido en el comercio de un vecino con el que formó una especie de sociedad mercantil.

-Cierto, y sus operaciones comerciales han tenido mucho éxito. Su patrimonio ha aumentado mucho en estos doce últimos años y también se ha hecho más intenso su deseo de hacer negocio. Por otra parte el viejo Werner tiene un hijo mucho más capaz que yo para esos menesteres.

-Siento mucho que esta ciudad se haya visto privada del ornamento que era la colección de su abuelo. La pude ver poco antes de que se vendiera y, en buena medida, yo fui artífice de su compra. Un aristócrata rico y buen aficionado, pero que no se atrevía a decidir por sí solo una adquisición de tal importancia, me mandó aquí a examinarla y siguió mi consejo. Tardé seis días en ver la colección y al séptimo le aconsejé a mi amigo pagar sin dudarlo la suma que se le exigía. Usted por aquella época era un muchacho muy despierto y me fue exponiendo los asuntos de los lienzos y supo explicarme muy bien cómo era la colección.

-Recuerdo una situación y una persona

similares, pero a ésta no la he reconocido en usted.

-Es que ya ha pasado mucho tiempo y todos cambiamos de apariencia en mayor o menor medida. Si no recuerdo mal, había un cuadro que era su preferido y del que usted no quería desprenderse bajo ningún concepto.

-Es cierto. Representaba la historia de cómo un príncipe enfermo se consumía de amor por la prometida de su padre.

-No era la mejor pintura, ni destacaba por su composición, su colorido no tenía nada especial y la representación era muy amanerada.

Ni entendía, ni entiendo de eso. Lo que me atraía de aquel cuadro era su motivo, no su arte.

Sin embargo su abuelo parecía pensar de otra manera, pues la mayor parte de su colección estaba formada por piezas magníficas, en las que se admiraba el talento de su creador, fuese el que fuese el asunto. Aquel cuadro esta-

ba colgado en el vestíbulo, lo que indicaba el poco aprecio en que lo tenía.

-Precisamente era en el vestíbulo donde nos dejaban jugar a los niños y donde aquel cuadro dejó en mí una huella indeleble, la cual, si estuviéramos ahora ante la pintura, no podría disipar su crítica, que, por cierto, me parece admirable. Cómo me apenaba y me apena aquel muchacho que tuvo que encerrar en sí mismo sus dulces impulsos, el mejor legado que nos da la naturaleza, y que, viéndose obligado a esconder en su pecho el fuego que tenía que dar calor y avivar a él y a otros, se produjo un gran quebranto en sus entrañas. Cómo compadezco también a aquella desdichada que, habiendo encontrado un objeto digno de su afecto, hubo de entregar su amor a otro.

-Estos sentimientos están muy apartados de las observaciones con las que los aficionados al arte valoran las obras de los grandes maestros. Probablemente, si la colección hubiera seguido en poder de su familia, usted hubiera adquirido la capacidad de valorar las obras por

sí mismas y de esa manera podría ver en ellas algo más que a sí mismo y a sus inclinaciones.

-Sin duda alguna que la venta de la colección me dolió muchísimo y aún hoy, pasado mucho tiempo, la sigo echando de menos. Pero si pienso que aquello tuvo que ocurrir para desarrollar en mí una afición y un talento que hubo de tener un efecto muy superior en mi vida que aquellos lienzos muertos, entonces me consuelo y le agradezco al destino que me supo procurar, como sabe procurar a todos, lo mejor.

-Desgraciadamente vuelvo a escuchar la palabra «destino» salir de los labios de un joven. La escucho pronunciar por alguien que se encuentra en una edad en la que se atribuye la vehemencia de las inclinaciones a la voluntad de seres superiores.

-Entonces, ¿no cree usted en el destino?, ¿no cree en un poder superior que nos lleva hacia lo mejor?

-Aquí lo importante no es lo que yo crea. Además este tampoco es el lugar de explicar cómo interpreto cosas que a todos nos parecen incomprensibles para poder pensarlas de algu-

na manera. Aquí la cuestión sólo es la siguiente: cuál es la manera más ventajosa de representarse todo eso. La trama de este mundo se compone de azar y necesidad; la razón de los hombres se sitúa entre ambas y sabe dominarlas. Toma a lo necesario por su fundamento y sabe rectificar, dirigir y utilizar lo azaroso. Sólo en la medida en que el hombre sepa mantenerse imperturbable, merece ser llamado el dios de la tierra. Ay de aquel que desde su juventud se acostumbra a ver cierta arbitrariedad en lo necesario. Ay de aquel que ve en lo causal la huella de la razón y eleva el seguimiento de lo azaroso a una suerte de religión. ¿Supone esto otra cosa que renunciar al propio entendimiento y concederles a las propias inclinaciones un espacio ilimitado? Creemos ser piadosos abandonándonos sin reflexión, dejándonos determinar por circunstancias casuales agradables y dando el nombre de designio divino a lo que esa vida vacilante da de sí.

-¿No se vio usted nunca en la situación de que cierta circunstancia le diera la posibilidad de tomar un camino determinado, por el

que le surgió una agradable ocasión y entonces una serie inesperada de sucesos le hicieron marcarse un objetivo que apenas usted había sospechado tener? ¿Y esto no debería inspirar sumisión al destino y confianza en sus designios?

-Con esos principios no habría muchacha que pudiera mantener su virtud, ni hombre que pudiera mantener dinero alguno en su bolsillo, pues hay muchas posibilidades para desprenderse de una y de otro. Sólo puedo admirar al hombre que sabe lo que beneficia a otros y sabe dominar sus caprichos. Todos tienen su propia suerte en sus manos, al igual que el artista que tiene ante sí un material en bruto al que ha de dotar de forma. Mas ocurre con este arte como con todos: que sólo nacemos con la capacidad para él, pero esta capacidad quiere que la estudiemos y ejercitemos cuidadosamente.

Hablaron de esto y de otros muchos asuntos. Finalmente se separaron sin que ninguno de ellos hubiera convencido al otro, pero quedaron citados para el día siguiente.

Wilhelm anduvo vagando por varias ca-

lles. De pronto oyó clarinetes, trompas de caza, fagotes; se sintió henchido. Eran unos músicos ambulantes que daban un agradable concierto nocturno. Wilhelm trató con ellos y por unas monedas consiguió que lo acompañaran al lugar donde habitaba Mariana. La plaza en la que se encontraba su vivienda estaba adornada de árboles. Bajo ellos, hizo el enamorado situarse a sus cantantes. Él se sentó en un banco que estaba a cierta distancia y se dejó llevar por las melodías que flotaban en torno a él en la frescura de la noche. Elevando la vista a las claras estrellas, sintió como si su existencia fuera un sueño dorado.

«Ella también oye estas flautas -se decía-. Ella siente de quien es el pensamiento y el amor que llena de armonía la noche. Incluso en la distancia, estas melodías nos unen, al igual que en cualquier ausencia nos une el más sutil vínculo amoroso. Dos corazones llenos de amor son como dos relojes imantados. Lo que se mueve en uno produce movimiento en otro, pues hay algo que actúa en ambos, una fuerza que los penetra. Cuando estoy en sus brazos

apenas puedo imaginarme la posibilidad de una separación. Sin embargo, voy a estar muy lejos de ella, pero será para buscar un santuario para nuestro amor y para que esté siempre conmigo. ¡Cuántas veces me ha ocurrido que estando ella ausente, me he abandonado a su recuerdo! Tocando un libro, un vestido o un objeto cualquiera creía estar acariciando su mano y me encontraba envuelto en su presencia. Recordar aquellos momentos, que rehuyen la luz del día y la mirada del frío espectador, es algo por cuyo disfrute los dioses abandonarían su indoloro estado de pura satisfacción en la que se encuentran. ¿Recordarlos? Como si se pudiera evocar la delirante embriaguez de un filtro que nos enajena los sentidos anudándolos a lazos celestiales. Y ¿qué decir de su belleza?...»

Sus pensamientos seguían disparándose y su tranquilidad se transformó en deseo. Se abrazó a un árbol contra cuya corteza refrescó sus mejillas ardientes y la brisa de la noche se llevó consigo el aliento que exhalaba su conmovido pecho lleno de pureza. Buscó con sus

dedos el pañuelo del cuello de Mariana que le había arrebatado en secreto. No lo encontró, lo había dejado en el traje que llevaba puesto antes. Sus labios estaban sedientos y sus miembros temblaban de deseo.

En aquel instante se dejó de escuchar la música. Era como si cayera a tierra desde el cielo al que sus emociones lo habían elevado. Su inquietud aumentó pues sus sentimientos ni eran suscitados ni aliviados por la suave música. Se sentó bajo el dintel de la entrada de la casa de Mariana y quedó algo más tranquilo; besó el aro de latón que servía de llamador, besó el umbral que los pies de ella habían pisado y su pecho se enardeció. Luego volvió a sentarse otro rato e imaginó cómo estaría ahora detrás de sus cortinas, descansando con su bata blanca y los cabellos recogidos por una cinta roja. Igualmente se imaginó a sí mismo tan cerca de ella que pensó que no tenía sino que estar pensando en él. Sus pensamientos estaban llenos de dulzura igual que los espíritus de la oscuridad; la serenidad y el deseo se fundían en uno; los mil trémulos dedos del

amor tañeron todas las cuerdas de su alma y le parecía que el eterno canto de las esferas había cesado para escuchar las suaves melodías de su corazón.

Si hubiera tenido en sus manos la llave que habitualmente utilizaba para entrar en la casa de Mariana, nada lo habría detenido, habría irrumpido en el santuario del amor. Sin embargo se fue alejando entre ensueños y bajo los árboles, con la intención de regresar a casa, pero volviendo siempre sobre sus pasos. Finalmente, dominándose a sí mismo, se dispuso a marcharse, mas cuando se volvió al doblar la esquina, le pareció como si la puerta de Mariana se abriera y de ella saliera una oscura figura. Estaba demasiado alejado como para distinguirlo todo bien y, antes de poder reponerse y aguzar la vista, aquella sombra se había perdido en la noche, si bien a Wilhelm le pareció verlo pasar por delante de la blanca fachada de una casa. Wilhelm se quedó parado y sus pupilas se contrajeron, mas antes de tomar fuerzas para ponerse a perseguirlo, el fantasma había

desaparecido. ¿Qué dirección tomar?, por qué calle se había ido aquella persona, suponiendo que fuera persona?

Igual que aquel al que un relámpago le ilumina repentinamente su camino y, con los ojos cegados, busca luego en vano las figuras que vio por un instante y a continuación el ansiado sendero, Wilhelm sintió una enorme oscuridad ante sus ojos y en su corazón. Cuando en la medianoche vemos un espectro que nos provoca terror, nos complacemos en creerlo hijo de nuestro miedo, pero la horrible aparición deja dudas sin número en nuestra alma. Así Wilhelm estaba sumido en la mayor de las inquietudes cuando, apoyado sobre un muro, no se percató ni de que la claridad de la mañana ya había llegado ni de que el canto del gallo la anunciaba hasta que empezaron a dejarse ver los trabajadores más madrugadores y esto lo hizo marchar a casa.

Una vez allí, ya había expulsado a aquel espectro de su alma apoyado en las razones menos consistentes posibles, pero también aquellas dulces sensaciones que lo invadieron

por la noche, y ahora tomaba por una aparición, se habían disipado igualmente. Para aliviar su corazón y sellar la confianza en ella que ya se había reestablecido, extrajo el pañuelo del bolsillo de su otra chaqueta. El roce de una hoja que cayó del pañuelo hizo que apartara sus labios de aquél. Era un billete y decía lo siguiente:

«Así es como te quiero, loquilla. ¿Qué era lo que te ocurría ayer? Esta noche me paso otra vez por tu casa. Comprendo que no quieras marcharte de aquí, pero para la feria volveré a estar contigo. Por cierto, no vuelvas a ponerte esa chaqueta de tonos verdes, marrones y negros, que con ella pareces la bruja de Endor. ¿No comprendes que te había mandado aquella bata para luego tener en mis brazos un corderillo blanco? Mándame tus cartas por mediación de la vieja Sibila, y es que el mismo diablo la eligió para hacer de Iris».

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

TODO el que ante nuestros ojos lucha por un objetivo siempre despierta nuestro interés, independientemente de que alabemos o deploremos su meta. Mas cuando ya su lucha ha alcanzado un desenlace definitivo, apartamos de él la vista. Todo lo que ha acabado y rematado difícilmente puede volver ya a cautivar nuestra atención, especialmente si le augurábamos un fin desastroso a su empresa.

Por eso no queremos detallar a nuestros lectores lo mísero y desconsolado que se encontró nuestro desafortunado amigo cuando vio destruidas de un modo inesperado sus esperanzas y sus deseos. En consecuencia daremos un salto de algunos años e iremos a buscarlo a una época en que ojalá podamos encontrarlo en una suerte de actividad y de placer, si bien, sólo en la medida en que sea necesario para la ilación

de la historia, referiremos previamente algún suceso de su vida.

La peste y las fiebres malignas hacen estragos más rápidos y severos cuanto más sano sea el cuerpo que ataquen. Cuando un castillo de fuegos artificiales, hábilmente dispuesto para ir ardiendo según un plan y trazar altísimamente diversas figuras en el aire, se incendia por accidente, sus cohetes empiezan a dispararse de forma desordenada y peligrosa. Algo así le ocurría a Wilhelm. En su pecho quedaron frustradas a la vez la dicha y la esperanza, el goce y las alegrías, lo real y lo soñado. En aquellos instantes tan tristes, el amigo que acude a ayudar se queda paralizado y para el que sufre sería una bendición perder el sentido.

A aquella conmoción la siguieron días de dolor que una y otra vez retornaba y siempre era voluntariamente renovado, sin embargo éstos resultaron ser un favor de la naturaleza.

Tampoco trataba precisamente con dulzura a su talento de actor. Se recriminaba por

no haber podido desenmascarar la vanidad que había servido de exclusiva base a sus pretensiones. Su figura, su forma de caminar, sus movimientos y su declamación eran pasto de sus iras. Se denegaba enérgicamente la posesión de cualquier ventaja que pudiera elevarlo sobre la vulgaridad y llevaba su callada desesperación hasta lo absoluto. Pues si es duro renunciar al amor de una mujer, no es menos doloroso abandonar el favor de las musas, declararse para siempre indigno de su trato y renunciar al más bello e íntimo aplauso que puede recibir nuestra persona, nuestra figura y nuestra voz.

Así nuestro héroe se había resignado totalmente y al mismo tiempo se había dedicado con gran ardor a los negocios. Para asombro de su amigo y máxima satisfacción de su padre, nadie era más activo que Wilhem en el mostrador y en la bolsa, en la tienda y en el almacén. La correspondencia, las cuentas y todo aquello que se le encargaba lo atendía con una laboriosidad y una diligencia enormes. Sin em-

bargo, no trabajaba con la alegre solicitud que es la dicha de todo hombre activo cuando ejecuta con orden y lógica aquello para lo que ha nacido, trabajaba con la serena diligencia del deber fundada en las mejores intenciones, alimentada por la convicción y premiada por una íntima satisfacción consigo mismo. Sin embargo, cuando la conciencia más pura le otorga a esta diligencia la corona, no puede reprimir un suspiro.

De esta manera Wilhelm había vivido muy activamente y se convencía de que aquella dura prueba del destino le había servido de provecho. Estaba contento de haber sido advertido, aunque fuera demasiado duramente, en mitad del camino. Al fin y al cabo eso lo había preservado de verse expuesto a expiar en años posteriores las faltas de su juventud. Pues generalmente el hombre se resiste todo el tiempo que le es posible a despedirse del tonto que habita en su pecho, a reconocer un error capital y a confesar una verdad que lo desespera.

A pesar de lo decidido que estaba a renunciar a sus ilusiones más preciadas, necesitó algún tiempo para estar plenamente convencido de su desdicha. Al final concluyentes razones lo llevaron a destruir de tal forma en su alma toda esperanza de amor, de creación literaria y de expresión personal, que cobró ánimos para borrar totalmente las huellas de su locura y de todo aquello que pudiera recordársele. Así, cierta fría tarde, encendió la chimenea y sacó el cofrecillo de sus reliquias en el que había cientos de pequeñeces que habían sido donadas por Mariana o arrebatadas a ella en momentos significativos. Cada flor marchita le recordaba el tiempo en que todavía adornara lozana sus cabellos; cada nota a las agradables horas para las que sirviera de invitación; cada cinta a la cálida almohada de su cabeza que eran sus bellos pechos. ¿No era natural que de esta manera volvieran a despertarse todas las sensaciones que él creía muertas? ¿Al mirar esas pequeñeces, no habría de recuperar su

fuerza aquella pasión que ya creía dominada? Pues sólo percibimos lo triste y desapacible de un día, cuando un solo rayo de sol que se filtra por las nubes nos recuerda el alegre fulgor de una hora clara.

No sin emoción vio consumirse en el humo y las llamas todas estas reliquias tanto tiempo conservadas. A veces se detenía tembloroso y aún tenía un hilo de insertar perlas y un pañuelo de crespón, cuando decidió volver a alimentar el fuego, que empezaba a sofocarse, con las tentativas poéticas de su juventud.

Hasta ahora había conservado cuidadosamente todo lo que había salido de su pluma en los primeros tramos de su juventud. Sus escritos estaban empaquetados en el fondo de un baúl donde los había introducido cuando esperaba llevárselos consigo en su huida. ¡Qué diferente estado de ánimo era el que tenía ahora al deshacer los paquetes de aquel que lo invadiera cuando los ató!

Quando, bajo ciertas circunstancias,

abrimos una carta que hemos escrito y sellado pero que no llegó a su destinatario, nos sobreviene una sensación especial al romper nuestro propio sello. Como hemos renovado ya nuestra forma de ser, tratamos a nuestro propio yo como si fuera una tercera persona. Un sentimiento similar se apoderó de nuestro amigo cuando abrió el primer paquete y arrojó al fuego los cuadernillos desbaratados que empezaron a prender violentamente cuando Werner entró en la habitación y, asombrado por la viveza de las llamas, preguntó qué estaba ocurriendo.

-Doy muestras -dijo Wilhelm- de que renuncio con toda seriedad a un oficio para el que no he nacido.

Y diciendo estas palabras arrojó a las llamas el segundo paquete. Werner quiso detenerlo, pero fue demasiado tarde.

-No me parece bien que llegues a estos extremos -dijo Werner-. ¿Por qué destruir estos trabajos aun cuando no sean perfectos?

-Porque un poema o es perfecto o no tie-

ne derecho a existir, pues aquel que no tiene ninguna capacidad para hacer lo mejor debe abstenerse de practicar el arte y no debe dejarse seducir por él. En todo hombre se despierta cierto indefinido deseo de imitar aquello que ve, mas este deseo no asegura que en cada uno habite la fuerza para lograr aquello que se propone. Mira, si no, a los niños después de que la ciudad haya sido visitada por volatineros: van de un lado a otro de las tablas y las vigas haciendo equilibrio, hasta que un nuevo ali-ciente los induce a otros juegos similares. ¿No has observado lo mismo en el círculo de nues-tros amigos? Tan pronto como escuchan a un virtuoso, empiezan a aprender a tocar el mismo instrumento. ¡Cuántos equivocan su camino así! Dichoso aquel que se da cuenta de que sus deseos no están en consonancia con sus facul-tades.

Werner lo contradijo, la conversación se animó y Wilhelm, no sin emoción, pudo repe-tirle a su amigo los argumentos con que tan

frecuentemente se torturara a sí mismo. Werner afirmaba que no era razonable renunciar a un talento para el que se tienen cierta inclinación y aptitud, por la sola razón de no poder ejecutarlo nunca con perfección. Siempre se encuentran momentos de ocio que se pueden emplear en producir poco a poco algo que nos puede deparar un disfrute a nosotros y a nuestros semejantes.

Nuestro amigo cuya opinión al respecto era la opuesta, se apresuró a replicar con vehemencia a Werner.

-Cómo te equivocas, buen amigo, si crees que una obra cuya primera idea debe ocupar toda el alma puede realizarse en horas perdidas. No, el poeta debe embeberse en los objetos amados. Él, que ha sido dotado por el Cielo con el mejor de los dones, que guarda en su pecho un tesoro que siempre crece, debe vivir en serena dicha junto a sus preciosos bienes, que un rico intenta en vano adquirir con el dinero que ha acumulado. Mira cómo los hombres corren

tras la felicidad y el placer. Sus deseos, sus esfuerzos, su dinero se ponen en persecución, ¿de qué? De aquello que el poeta obtiene por la naturaleza, del placer por el mundo, del sentimiento de compenetración de uno mismo con otros, de una armónica comunidad con otras cosas frecuentemente inconciliables.

¿Qué es lo que intranquiliza más a los hombres? No poder conectar sus conceptos con las cosas. Que el placer les sea arrebatado de entre las manos. Que lo deseado llegue muy tarde. Y que todo lo conseguido y obtenido no llenen el corazón de aquello que el deseo intuye en la lejanía. El destino ha elevado al poeta por encima de todo esto. El ve agitarse sin sentido y sin objeto el tumulto de las pasiones, las familias y los imperios, ve las falsas interpretaciones que hacen insolubles enigmas de acertijos que se podrían resolver con monosílabos. Al poeta le atañe todo lo triste y lo dichoso del destino humano. Mientras que el hombre de mundo deja pasar sus días torturándose por el pesar de

alguna pérdida o se apresura con desahogada alegría a abrazar su destino, la sensible y emotiva alma del poeta y las modulaciones de su lira, al igual que el sol pasa de la noche al día, hacen armónicos tránsitos de la alegría a la pena. En el centro de su corazón crece la bella flor de la sabiduría y mientras los demás sueñan despiertos y se asustan por las monstruosas representaciones de sus sentidos, él vive despierto el sueño de la vida y lo más raro que pueda ocurrir es para él al mismo tiempo presente y futuro. Y de esa manera el poeta es a la vez maestro, profeta y amigo de los dioses y de los hombres. ¿Cómo quieres pues que se dedique a un miserable negocio? Él, que ha sido hecho al modo de las aves, para ir sobrevolando el mundo, para anidar en las altas cumbres y para obtener su alimento de yemas y frutos yendo de rama en rama, ¿habría de ser uncido al yugo como el buey?, ¿habría de habituarse como un perro a seguir rastros o a que se le pusiera una cadena al cuello para cuidar con

sus ladridos de la seguridad de una granja?

Como bien se podrá pensar Werner lo había estado escuchando con sorpresa.

-Si los hombres fueran como los pájaros - le replicó-, que sin hilar ni tejer pudieran vivir días felices en constante goce... Si, nada más llegar el invierno, pudieran ir a lejanas regiones para eludir la escasez y cobijarse del frío...

-Así vivían los poetas en las épocas en que se apreciaba mucho más lo digno de admiración y así quieren seguir viviendo. Eran suficientemente ricos en su interior como para necesitar mucha aportación externa; el don de expresar bellos sentimientos, de representar magníficas imágenes con palabras y melodías dulces y cercanas a cada uno de los objetos, llenó desde entonces el mundo de encanto. Aquel don fue para los elegidos una preciosa riqueza. En las cortes de los reyes, en las mesas de los ricos y ante las puertas de los enamorados se dejaban oír sus cantos y se cerraban el oído y el alma a cualquier otro sonido, del

mismo modo que nos consideramos dichosos y nos sentimos fascinados cuando por los matorrales entre los que caminamos se escucha penetrante, poderosa y cautivadora la voz del ruiseñor. Así los poetas encontraron un mundo hospitalario y su talento realzaba su aparente baja condición. El héroe seguía con atención sus cantos, él, vencedor del mundo, alababa al cantor porque sentía que, sin la ayuda del poeta, su rica existencia pasaría como una tormenta, sin dejar rastro. El amante deseaba sentir sus deseos y sus placeres con tantos matices y tan armónicamente como sabían reflejarlos los labios inspirados. Incluso el rico no podía ver mejor apreciados sus posesiones y sus ídolos que a la luz de los cantos del espíritu que todo valora y realza. Sí, ¿quién nos ha elevado hasta los dioses, quién nos los ha hecho accesibles sino el poeta?

-Amigo mío -dijo Werner tras ciertas reflexiones-, más de una vez he lamentado que intentes expulsar de tu alma aquello que has

amado profundamente. Creo que harías bien si te dejaras llevar algo por tus inclinaciones, en lugar de torturarte con las contradicciones de una dura renuncia y así, privándote de una alegría inocente, renunciar al disfrute de todas las demás.

-Debo reconocer, amigo, y no me encontrarás ridículo por ello, que, por más que huyo de todas aquellas imágenes, éstas me persiguen por donde voy y cada vez están más arraigados en mi corazón mis antiguos anhelos. Mas, ¿qué otra cosa me cabe esperar en mi desdicha? Ah, si alguien me hubiera avisado con antelación que las alas de mi espíritu ya cercanas al infinito, esas alas que me hacía intuir que iba a lograr algo grande, se fueran a quebrar tan pronto... Si alguien me hubiera predicho todo eso, me hubiera sumido en la desesperación. Sin embargo, ahora que ya se ha dictado sentencia contra mí, ahora que ya he perdido a aquella que al igual que una divinidad iba a hacer que se cumplieran mis deseos, ¿qué puedo hacer

más que abandonarme a los dolores más amargos? ¡Oh, hermano! -prosiguió-, no puedo negártelo. Ella era para mis planes secretos la anilla que sostiene una escala de cuerda; el aventurero esperanzado queda suspendido en el aire, pero el hielo se quiebra y él yace estrellado al pie de la montaña. Ya no hay consuelo ni esperanza para mí. No dejaré sin quemar -exclamó levantándose- ninguno de estos desdichados papeles.

Tomó unos cuantos cuadernos, los rasgó y los arrojó al fuego. Werner quiso detenerlo pero fue en vano.

-Déjame -exclamó Wilhelm-. ¿Para qué he de guardar estas míseras hojas? A mí no me sirven ni de preparación ni de estímulo. ¿Acaso debo dejarlas aquí para que me torturen hasta el final de mi vida? ¿O tal vez deberán servir de mofa al mundo en lugar de producir compasión y dolor? ¡Ay de mí y de mi destino! Ahora comprendo la queja del poeta, las lamentaciones de los desventurados a los que las

circunstancias hicieron sabios. Durante cuánto tiempo me consideré invulnerable e indestructible, mas ahora veo dentro de mí una vieja herida que no podrá ser jamás restañada, siento que tendré que cargar con ella a costas hasta mi sepultura. No, ni un solo día de la vida me abandonará el dolor que me acabará matando. Su recuerdo debe permanecer conmigo, debe vivir y morir conmigo; el recuerdo de una indigna. Aunque, si hablo de corazón, amigo, no me parece tan indigna. Su posición y su suerte la han disculpado miles de veces ante mis ojos. He sido demasiado cruel, me has comunicado algo de tu frialdad y tu dureza; has contenido los impulsos de mi alma herida y me has impedido pagar la deuda que tenía contraída con ella y conmigo. ¿Quién sabe en qué situación la he dejado? Y es que sólo después poco a poco me he dado cuenta de en qué desesperación y en qué desamparo la he dejado. ¿No era posible que luego se hubiera disculpado? ¿Acaso no era posible...? ¡Cuántas equivocaciones pueden

desorientar al mundo! ¡Cuántas circunstancias pueden hacer disculpables los errores más graves! Muchas veces me la imagino solitaria y sentada llena de pesar con la cabeza sobre sus brazos y los codos apoyados en la mesa. «Esos eran -me parece oírle decir- el amor y la fidelidad que me había jurado. De un solo golpe él quebró toda la bella vida que nos unía.»

Estalló en sollozos, se desplomó sobre la mesa y sus lágrimas fueron regando los papeles que, esparcidos sobre aquélla, todavía no habían ido al fuego.

Werner presenciaba todo esto lleno de perplejidad. No se esperaba este vehemente arranque de pasión. Varias veces intentó contener a su amigo pero fue en vano. No pudo detener aquel torrente. Entonces dio muestra de su perenne amistad. Dejó que se desatara aquel violento ataque de dolor, mas demostrando con su silencio lo mucho que sentía la aflicción de su amigo y permaneciendo junto a él el resto de la tarde. Durante la misma, en

Wilhelm se mantuvo la huella del dolor y en Werner la del estremecimiento por la violenta reaparición de una pasión que él creía haber dominado y vencido por medio de buenos consejos y solícitas exhortaciones.

CAPÍTULO TERCERO

TRAS esas recaídas, Wilhelm se consagraba aun más a los negocios y actividades cotidianas, siendo ése el mejor modo de eludir aquel laberinto que amenazaba con tragárselo. Las buenas maneras que mostraba al tratar a los visitantes y su facilidad para escribir cartas en casi todas las lenguas vivas hicieron que su padre y sus socios comerciales abrigaran más esperanzas y dejaran de preocuparse de aquella enfermedad, cuya causa ignoraban, y del aplazamiento que aquélla supuso para sus planes. Se decidió por segunda vez que Wilhelm viajara, y ya lo tenemos montado a su caballo, con su hato a la grupa, revitalizado

por el aire libre y el ejercicio y cercano a una región montañosa donde debía resolver unos asuntos que se le habían encargado.

Él cruzaba lentamente valles y montañas con una sensación muy placentera. Por primera vez veía peñas cortadas, riachuelos rumorosos, paredes cubiertas por el musgo y profundas gargantas, mas ya sus primeros sueños habían discurrido por paisajes similares. Él se sintió rejuvenecido al ver todo esto, de su alma huyeron todos los sufrimientos que había pasado y lleno de ánimo se recitaba a sí mismo pasajes de diversos poemas, sobre todo del *Pastorfidio*, que en aquellos solitarios parajes acudían en tropel a su memoria. También recordó algunos pasajes de sus propias poesías, que recitó con especial dicha. Con las imágenes del pasado daba vida a su mundo y cada paso que daba hacia el futuro era para él un presentimiento de importantes acciones y significativos sucesos.

Algunos hombres que seguían su mismo camino, le saludaban al pasar a su lado y conti-

nuaban, acelerando el paso, su camino por un escarpado sendero de montaña. De vez en cuando ellos interrumpían el tranquilo monólogo de Wilhelm sin que, por lo demás, él les prestara mucha atención. Finalmente se acercó a él un expresivo viajero que le explicó las razones de aquella gran peregrinación.

-Esta noche en Hochdorf -le dijo- se representa una comedia y por ello toda la gente de los alrededores se dirige allí.

-¡Cómo! ¿Por estos solitarios montes y estos impenetrables bosques ha conseguido abrirse camino el arte teatral y ha logrado hacerse un templo? ¿Acaso debo unirme a esta peregrinación?

-Más se maravillará usted cuando sepa quien es el que ha querido que se montara la obra. En el lugar hay una gran fábrica que da de comer a mucha gente. El empresario que, por así decirlo, vive aparte de todo contacto con sus semejantes, ha creído que lo mejor que podía proponerles a sus trabajadores en invierno

era que representaran comedias. Él no tolera que jueguen a los naipes y quiere refinar sus costumbres. Así emplean las largas veladas en el teatro y hoy, que es el cumpleaños del viejo, celebran una gran fiesta en su honor.

Wilhelm llegó a Hochdorf, donde pensaba pernoctar, y pasó a visitar al dueño de la fábrica que figuraba en su lista de deudores.

Al dar su nombre, el viejo exclamó sorprendido:

-Ah, caballero, ¿usted es el hijo de ese hombre excelente al que estoy tan agradecido y al que hasta el día de hoy debo dinero? Su padre ha tenido tanta paciencia conmigo que sería un ingrato si no le pagara con presteza y diligencia lo que le debo. Precisamente llega usted en un momento adecuado para ver lo muy en serio que me tomo este compromiso.

Llamó a su mujer que estaba también muy contenta de conocer al joven afirmando que se parecía mucho a su padre y dijo que sentía no poder ofrecerle albergue esta noche

debido a la gran afluencia de forasteros.

El asunto quedó rápidamente liquidado, Wilhelm depositó un paquete de oro en su bolsa y deseó para sus adentros que todas las otras gestiones fueran tan rápidamente resueltas.

Se acercaba la hora de la función, se esperaba al inspector general de montes, que llegó por fin en compañía de varios cazadores y fue recibido con grandes muestras de respeto.

Los espectadores entraron en la sala de teatro que había sido dispuesta en un granero que daba al jardín. La casa y el teatro, aun sin ser de un gusto perfecto, habían sido arreglados con gran acierto. Uno de los pintores que estaba empleado en la fábrica había trabajado en el teatro de la Residencia principesca y ahora había sido el encargado de decorar unos telones que representaban, no sin cierta tosquedad, un bosque, una calle y una habitación. La obra tomada del repertorio de una compañía de cómicos de la legua había sido adaptada a sus necesidades. La trama presentaba a dos hom-

bres enamorados de la misma muchacha que intentaban arrebatársela a su tutor y se disputaban sus favores. Se trataba de un argumento que daba lugar a situaciones interesantes. Era la primera obra que nuestro amigo veía después de mucho tiempo y no dejó de hacer sobre ella varias observaciones. La obra tenía mucho movimiento, pero en la misma no había auténticos caracteres. Gustaba y entretenía, pero éstos sólo eran los primeros pasos del arte dramático. El hombre vulgar queda satisfecho al ver que ocurren cosas, el formado quiere sentir, la reflexión sólo es agradable para el de formación superior.

En cuanto a los actores, a Wilhelm le hubiera gustado darles algunos consejos, pues veía que les faltaba poco para lograr un grado de perfección mucho mayor en su trabajo.

Sus tranquilas consideraciones se vieron interrumpidas por el humo del tabaco que cada vez se hacía más intenso. El inspector general de montes había encendido su pipa, y poco a

poco fueron tomándose cada vez más personas esta libertad. Por su parte los perros del citado hicieron una desagradable irrupción en la sala. Los había dejado fuera, pero rápidamente encontraron las puertas traseras, penetraron en el teatro, empezaron a corretear entre los actores y, saltando por encima de la orquesta, fueron a situarse junto a su señor sentado en el lugar preferente del patio de butacas.

El sainete final era un homenaje al dueño de la fábrica. Sobre un altar y adornado por guirnaldas se puso un retrato que lo representaba tal y como estaba vestido el día de su boda. Todos los actores le hacían respetuosas reverencias. El niño más pequeño, vestido de blanco, entró, con lo que tanto toda la familia como el inspector general se pusieron a llorar al recordar a sus hijos. Así terminó la función y Wilhelm no se contuvo de ir a bastidores para ver de cerca a las actrices, felicitarlas por su trabajo y darles algunos consejos para el futuro.

Los otros asuntos que hubo de resolver

nuestro amigo en pequeñas y grandes poblaciones de montaña no se arreglaron tan feliz ni tan satisfactoriamente. Algunos deudores le pidieron una moratoria, otros fueron descorteses, otros negaron la deuda. Siguiendo las instrucciones, hubo de demandar a algunos, buscar a un abogado y ponerlo en antecedentes, presentarse a juicio y pasar por todos esos desagradables trances.

Tampoco le fueron mucho mejor las cosas cuando le rindieron honores. Encontró a muy poca gente cuya compañía le sirviera de provecho y muy pocas con las que pudo entablar una provechosa relación comercial. Además para su desgracia vino una racha de días lluviosos, lo que hizo absolutamente insufrible un viaje a caballo por aquellos parajes. Por eso, le dio gracias al Cielo cuando se aproximó a terreno llano y al pie de las montañas, en una llanura bella y feraz cruzada por un río cuyas aguas fluían tranquilas, vio iluminada por los rayos del sol una bonita y pequeña ciudad. No

tenía que resolver ningún asunto en ella, pero precisamente por eso, decidió detenerse un par de días para descansar él y darle descanso a su caballo que tanto había sufrido por los malos caminos.

CAPÍTULO CUARTO

CUANDO Wilhelm entró en una posada situada en la plaza mayor, en ésta reinaba mucha alegría, al menos había mucha animación. Allí se alojaba, con sus niños y mujeres, una gran compañía de equilibristas, acróbatas y prestidigitadores, a la que se había unido un forzudo. La compañía estaba haciendo los preparativos para una gran función y armando con éstos un ruido inmenso. Tan pronto reñían con la dueña de la posada como entre sí; y si sus peticiones eran insufribles, sus muestras de alegría eran absolutamente insoportables.

Indeciso entre quedarse o marcharse, Wilhelm permaneció junto a la entrada y desde allí vio cómo unos braceros empezaban a levantar un tablado en la plaza.

Una muchacha que iba de un lado a otro con rosas y otras flores, le mostró su cestillo a Wilhelm. El compró un bonito ramo y luego cambió con gusto la colocación de las flores que lo componían. Lo estaba contemplando con satisfacción cuando en una posada del otro lado de la plaza se abrió una ventana por la que se asomó una mujer joven y bonita.

A pesar de la distancia, Wilhelm pudo distinguir la agradable gracia presente en el rostro de aquélla. Sus cabellos rubios caían sueltos en torno a su cuello mientras parecía mirar al forastero. Poco después se acercó a él un joven ataviado con un mandil de peluquero y una chaquetilla blanca, lo saludó y le dijo:

-La dama de la ventana me envía a preguntarle si podría disponer de parte de esas bonitas flores.

-Están todas a su disposición -contestó Wilhelm, entregando el ramo al mensajero al tiempo que saludaba a la bella que le dio réplica con un gesto amistoso y se retiró de la ventana.

Pensando en esta agradable anécdota, Wilhelm subió la escalera que conducía a su habitación cuando de pronto topó con una figura juvenil que enseguida acaparó su atención. Un corto chalequillo de seda con mangas acuchilladas a la española y unos largos pantalones prietos, pero abullonados en su parte superior, le sentaban de maravilla. Sus largos cabellos rizados estaban recogidos en bucles y trenzas en torno a su cabeza. Wilhelm miró sorprendido aquella figura sin poder determinar si era un muchacho o una muchacha. Sin embargo, resolvió rápidamente que era lo último y, cuando ella pasó por su lado, le dio los buenos días y le preguntó con quién vivía, aunque ya había supuesto que ella era miembro de la compañía de saltimbanquis y acróbatas.

Sus ojos negros lo miraron de soslayo, ella se desprendió de sus brazos y corrió a la cocina sin responderle.

Cuando llegó al final de la escalera encontró en una sala dos personas que se ejercitaban haciendo esgrima o que más bien parecían probar su destreza uno contra el otro. Uno tenía toda la traza de pertenecer a la compañía alojada en la casa, el otro tenía un aspecto menos tosco. Wilhelm los miró y tuvo ocasión de admirarlos. Y, cuando poco después el nervioso tirador de barba negra abandonó la sala de combate, el otro le ofreció el florete con mucha corrección a Wilhelm. Éste repuso:

-Si es su deseo aceptar a un discípulo, con mucho gusto tiraré con usted.

Se batieron y, aunque sin duda el extraño era mucho mejor tirador que el recién llegado, fue también tan educado como para asegurarle que todo dependía del ejercicio y realmente Wilhelm le había demostrado que había recibido lecciones de un buen y metódico maestro de

esgrima alemán.

Su conversación fue interrumpida por el estrépito que armó la variopinta compañía que se hospedaba en la posada para anunciar por las calles su función e incitar a los habitantes de la ciudad a verla. Un tamborilero precedía al empresario que iba montado a caballo. Detrás de éste iba una bailarina sobre un jamelgo parecido al anterior que llevaba montado por delante de ella a un niño adornado con cintas y lentejuelas. A continuación venía a pie el resto de la compañía, muchos de cuyos individuos llevaban sobre sus hombros con facilidad a niños en arriesgadas y fantásticas posturas, entre las cuales reconoció a la niña morena que antes le llamara la atención.

El payaso iba y venía correteando por entre la multitud y repartía programas haciendo bromas muy toscas, besando acá a una muchacha o dándole allá un coscorrón a un muchacho y provocaba en el gentío un deseo irresistible de conocerlo mejor.

En aquellos pasquines impresos se exponían las múltiples destrezas de la compañía. Se mencionaba especialmente a Monsieur Narciso y a Demoiselle Landrinette, los cuales, como primeras figuras, habían tenido la astucia de no concurrir al desfile para darse más importancia y despertar más curiosidad.

Durante el desfile la bella vecina se dejó ver asomándose por la ventana y Wilhelm no dejó de preguntar a su compañero por ella. Este, a quien daremos el nombre de Laertes, se ofreció a presentársela.

-Esa mujer y yo -dijo sonriendo- somos los restos de una compañía de teatro que hace poco fue a pique. Lo vistoso del lugar nos hizo quedarnos aquí para podernos gastar tranquilamente nuestra escasa ganancia mientras que un amigo ha ido a buscar un nuevo contrato para nosotros y para él.

Laertes llevó a su nuevo conocido a la puerta de la posada de Filina, donde lo dejó esperando, pues entró a recoger pasteles de una

confitería aledaña.

-Tendrá usted que agradecerme que le proporcione tan buena amistad.

La joven se presentó calzando un par de zapatos de tacón alto que dejaban al descubierto sus talones. Se había puesto una mantilla negra sobre una bata blanca, que no estaba muy limpia pero le daba un aspecto casero y cómodo, su pequeña faldita dejaba ver los pies más tiernos del mundo.

-¡Bienvenido sea a mi casa! -dijo a Wilhelm- y muchas gracias por las bonitas flores.

Tomó su mano y lo introdujo en el cuarto mientras con la otra estrechaba el ramo contra su pecho. Mientras estaban sentados en el cuarto y mantenían una conversación intrascendente a la que ella supo dar tintes encantadores, Laertes le llenó el regazo de almendras tostadas de las que ella empezó a dar buena cuenta.

-Vea usted lo niño que es este joven -exclamó ella-, quiere convencerse de que soy

muy amiga de estas chucherías cuando es él quien no puede pasarse sin ellas.

Confiésenos -repuso Laertes- que tenemos gustos muy afines. Hoy por ejemplo hace muy bien día, podríamos ir de paseo y comer junto al molino.

-Muy buena idea -dijo Filina-, así distraeremos a nuestro nuevo conocido.

Laertes se fue a saltos, pues nunca iba andando, y Wilhelm dijo que quería ir su posada un momento para peinarse pues tenía los pelos un poco revueltos por el viaje.

-Eso puede hacerlo usted aquí -dijo y, acto seguido, llamó a su criado.

De la forma más natural y educada, le pidió a Wilhelm que se quitara la levita, se pusiera el peinador y se dejara arreglar el pelo en su presencia.

-No hay un minuto que perder -dijo ella-, pues nunca se sabe el tiempo que se puede estar junto a alguien.

El muchacho, más tozudo y desgano

que torpe, llevó a cabo a disgusto su cometido, tiraba del pelo a Wilhelm y no parecía que fuera a acabar nunca su tarea. Filina le reprochó varias veces su desmaña, lo golpeó llena de impaciencia y lo fue persiguiendo hasta la puerta. Entonces ella asumió la tarea y empezó a rizar el pelo de nuestro amigo con mucha facilidad y destreza. Lo hizo sin precipitarse, rectificando su tarea en este o aquel mechón, sin dejar de tocar la rodilla de él con la suya y acercando el ramo y sus pechos tanto a sus labios que más de una vez sintió la tentación de besarlos.

Una vez que le había despejado la frente a Wilhelm con ayuda de una pequeña navaja, le dijo:

-Quédesela y acuérdesese de mí.

Era una bonita navaja en cuyo mango estaba incrustado en acero un amigable mensaje «Pensad en mí». Wilhelm se la guardó, le dio las gracias y le pidió permiso para hacerle un regalo en contrapartida.

Llegó Laertes con el coche y entonces comenzó un divertido viaje. A cada pobre que encontraban, Filina le daba una limosna y al mismo tiempo le decía unas amables palabras.

A poco de haber llegado al molino y estando sentados a la mesa, sonó una musica ante la puerta. Eran unos mineros que acompañados de cítaras y triángulos cantaban con voces estentóreas. No pasó mucho tiempo sin que se formara un corro alrededor de ellos. Por su parte nuestros amigos hicieron desde la ventana señales de aprobación. Cuando notaron la atención que despertaban, ensancharon el círculo y parecieron disponerse a ejecutar lo mejor de su repertorio. Un minero se adelantó pico en mano y, mientras sus compañeros entonaban una grave melodía, imitó los movimientos de quien cava galerías en una mina.

No tardó en aparecer un labrador que, a modo de pantomima y con gestos de amenaza, le hizo ver al minero que tenía que marcharse de allí. El grupo se quedó sorprendido hasta

que descubrió cuando él abrió la boca que se trataba de un minero disfrazado de labrador. Este, con una especie de recitativo, empezó a reprocharle al otro por ponerse a excavar en sus tierras.

El del pico no se inmutó, sino que empezó a explicarle al rústico que él tenía derecho a trabajar allí y le expuso los rudimentos de la minería. El labrador, que no comprendía aquella terminología extraña, le empezó a hacer preguntas llenas de simpleza, lo que provocó las sinceras carcajadas del público. El minero se empeñaba en informarlo y le aseguró lo ventajoso que sería para aquél que se extrajeran de allí riquezas subterráneas. El labrador, que al principio había amenazado al otro con golpearlo, se había ido suavizando poco a poco hasta que finalmente ambos se despidieron como buenos amigos, si bien era el minero quien mejor había salido parado de esta disputa.

-En este pequeño diálogo -dijo Wilhelm-, vemos el más vivo ejemplo posible de cómo

para todos los estamentos puede ser de utilidad el teatro y las ventajas que podría obtener el Estado si hiciera representar, en su forma más noble y en cuanto útiles para el propio Estado, las acciones, obras y empresas de los hombres. Hasta ahora sólo se ha representado la faceta ridícula y cómica del hombre. El autor de comedias viene a ser un malévolo vigilante con un ojo diestro en la observación de los errores de sus semejantes que parece muy alegre cuando ve cometerlos a alguien. ¿No sería una buena ocupación para un hombre de Estado estudiar el influjo mutuo que ejercen entre sí los diferentes estamentos y guiar en su trabajo a un comediante, que tuviese suficiente sentido del humor? Estoy convencido de que así se podrían idear muchas obras entretenidas, instructivas y divertidas.

-Yo también -dijo Laertes- por dondequiera que he ido he notado que tan sólo se sabe prohibir, obstaculizar y rechazar y que rara vez se legisla, se promueve y se premia. Se

deja que todo siga su curso hasta que se produce un efecto no deseado y entonces se produce el enojo y se esgrime el palo.

-Dejen ustedes de hablar del Estado y los estadistas -dijo Filina-, no puedo imaginármelos de otra forma que tocados con sus pelucas, y a mí una peluca, cubra la cabeza que cubra, me crispera los nervios. Cuando veo una, siento deseos de quitársela al honorable caballero que la lleva, para, acto seguido, reírme de su cabeza calva.

Con ligeras canciones que entonaba muy bien, Filina cortó la conversación e instó a sus dos compañeros a emprender el viaje de regreso y así no perderse la función que aquella tarde daban los equilibristas. Desenfadada a más no poder, continuó dando muestras de su generosidad hacia a los pobres. Como a ella y a sus compañeros de viaje se les había acabado el dinero, dio de limosna a una muchacha su sombrero de paja y a una anciana el pañuelo que llevaba al cuello.

Filina invitó a sus acompañantes a pasar a su habitación, porque como ella decía, desde su ventana se veía mejor que desde la otra posada la función pública que iba a tener lugar.

Cuando llegaron, encontraron ya montado el escenario. El fondo estaba formado por tapices colgados. Los trampolines ya estaban colocados, los extremos de la cuerda floja atados a dos postes y la maroma tendida sobre los caballetes. En la plaza había un buen número de gente y a las ventanas estaban asomados espectadores de toda índole.

El payaso hizo entrar en calor al público y predisponerlo para la atención y el buen humor con algunas bufonadas de esas que suelen hacer reír a todos. Unos niños que empezaron a hacer las más raras contorsiones con sus cuerpos despertaron sorpresa y horror a la vez. Wilhelm no pudo dejar de sentir compasión cuando vio a la niña, que tanto lo había cautivado desde el primer momento, hacer los ejercicios más complicados. Sin embargo, el entre-

tenido número de los acróbatas lo disiparon de aquel estado de ánimo, proporcionándole un vivo placer cuando primero en solitario, luego uno detrás de otro y finalmente en conjunto, fueron haciendo pi-metas hacia delante y hacia detrás. Los aplausos y los gritos jubilosos resonaron entre el gentío.

Sin embargo, repentinamente otro objeto atrajo la atención. Los niños, en hilera, hubieron de ir de un lado a otro de la cuerda floja y, en primer lugar, le tocó a los novatos, para que la función se prolongara en el tiempo y quedaran de manifiesto las dificultades de su arte. También pasaron por la cuerda floja, con mucha destreza, otros hombres y mujeres y ya sólo faltaban Monsieur Narciso y Demoiselle Landrinette.

Finalmente éstos salieron de una especie de tienda de campaña situada tras un telón rojo. Con su bien torneada figura y su lujoso atavío, colmaron las expectativas del público que hasta entonces habían sido alimentadas con

entretenimientos previos. Él, un muchacho despierto, de mediana estatura, ojos negros y cabellos recogidos en una gruesa coleta. Ella era de no menos fuerte y notable complexión. Ambos ejecutaron sobre la cuerda ágiles movimientos y saltos y extrañas contorsiones. La facilidad de movimiento de ella, la osadía de él y la precisión con la que ambos completaron las partes de su número, hicieron más intenso, con cada salto y cada ejercicio, el disfrute general. Por la distinción con la que se comportaban y el trato que los otros les dispensaban, parecía como si fueran los señores y directores de toda la compañía y todo el mundo los consideraba dignos de tal jerarquía.

Los espectadores de las ventanas compartían el entusiasmo del gentío. Las damas miraban fijamente a Narciso, los señores a Landrinette. Entre el gentío se escuchaban exclamaciones de admiración y el público más selecto no se abstuvo de aplaudir. La admiración fue tal que luego apenas se rieron las bromas fina-

les de los payasos. Sólo unos pocos se escabulleron cuando algunos miembros de la tropa empezaron a pasar platillos de estaño por entre la multitud.

-Me parece que han hecho muy bien su número -dijo Wilhelm a Filina que estaba junto a él apoyada en el poyo de la ventana-. Admiro mucho el buen sentido con el que han conseguido ir mostrando poco a poco hasta las más nimias muestras de arte en el momento preciso. También ha estado muy bien como, con la impericia de los niños y la virtuosa ejecución de sus estrellas, han dado lugar a un todo que ha despertado nuestra atención y nos ha entretenido y agradado.

El gentío se había ido dispersando y la plaza se había ido quedando vacía mientras Laertes y Filina disputaban acerca de la destreza de Narciso y Landrinette haciéndose mutuamente burla. Wilhelm vio a aquella chiquilla que le fascinaba jugando con otros niños. Le llamó a Filina la atención al respecto y ella, con

su vivaz proceder, llamó a la niña haciéndole señas. Como no quiso venir, bajó la escalera haciendo ruido con sus tacones y se la llevó consigo.

-He aquí el enigma -dijo penetrando en la posada con la niña. Ésta permaneció a la entrada y como queriendo marcharse, puso la mano derecha sobre su pecho, colocó la izquierda sobre su frente y se inclinó realizando una profunda reverencia.

-No temas, pequeña -dijo Wilhelm acercándose a ella. La niña lo miró con inseguridad y anduvo hacia él unos pasos.

-Cómo te llamas? -preguntó él.

-Me llaman Mignon.

-Cuántos años tienes?

-Nadie los ha contado.

-¿Quién fue tu padre?

-El *Gran Diablo* ha muerto.

-Menudas rarezas! -exclamó Filina.

Le hicieron unas cuantas preguntas más, respondió en un mal alemán y con una especial

solemnidad, al contestar puso sus manos en el pecho y la cabeza e hizo profundas inclinaciones.

Wilhelm no se cansaba de mirarla. Sus ojos y su corazón se veían irresistiblemente atraídos por la misteriosa naturaleza de esta criatura. Calculaba que tendría doce o trece años, su cuerpo estaba bien formado, mas sus miembros anunciaban un desarrollo mayor o indicaban que causas externas lo habían detenido. Sus facciones no eran regulares pero sí llamativas, su frente estaba llena de misterios, su nariz era extraordinariamente bella, y la boca era graciosa y sencilla, aunque tal vez demasiado pequeña para su edad y ella tendía a levantarla por las comisuras. El maquillaje hacía que apenas pudiera distinguirse su bronceado color de piel. Su figura le produjo una honda impresión a Wilhelm, que volvió a mirarla mientras callaba y, sumido en sus pensamientos, se olvidaba de todo lo demás. Filina lo despertó de su ensueño, ofreciéndole a la niña al-

gunas de las chucherías que habían quedado y haciéndole un gesto para que se retirara. Ella hizo una reverencia como las anteriores y, como un rayo, se marchó de la habitación.

Cuando llegó el momento en que nuestros nuevos conocidos hubieron de separarse, quedaron para hacer una excursión al día siguiente. Tenían la intención de almorzar ese día en otro pueblo en una casa de cazadores cercana. Wilhelm dijo palabras elogiosas de Filina a las que Laertes contestó breve e intrascendentemente.

A la siguiente mañana, después de haberse ejercitado aproximadamente durante una hora haciendo esgrima, fueron hacia la posada de Filina, delante de la que tenía que estar el coche que iba a llevárselos. Pero, ¡cuál no sería su sorpresa al ver que el coche había desaparecido y Filina ya no estaba en casa! Les dijeron que se había marchado con dos forasteros llegados aquella mañana y había tomado el coche con ellos. Nuestro amigo, que presumía pasar unas

horas agradables en su compañía, no pudo ocultar su disgusto. Por el contrario, Laertes riéndose exclamó:

-¡Así es como me gusta! ¡Esto es muy propio de ella! Vayamos a la casa de cazadores; esté donde esté, no vamos a perdernos nuestro paseo por su culpa.

Cuando, de camino, Wilhelm reprochó la inconsecuencia de la conducta de la joven, Laertes le dijo:

-No me parece inconsecuente que alguien sea fiel a su carácter. Cuando ella tiene algún propósito o le promete algo a alguien, lo hace siempre con la tácita condición de que le resultará fácil cumplir el plan o mantener la promesa. Es muy dada a prodigarse, pero el agraciado debe estar dispuesto a devolverle sus favores.

-i Qué carácter tan raro!

No es nada rara, sino que no es hipócrita. Le tengo cariño y soy su amigo porque representa magníficamente a un sexo al que tengo

múltiples razones para odiar. Para mí ella es la auténtica Eva, la madre de toda \mujer. Ella es como todas las demás, lo que pasa es que éstas no quieren evidenciar su naturaleza.

En esta conversación en la que Laertes expresó vivamente su odio contra el sexo femenino sin explicar en ningún momento los motivos de éste, llegaron al bosque. Wilhelm penetró en éste muy malhumorado, pues Laertes había reavivado en él el recuerdo de Mariana. Cerca de una umbría fuente situada bajo unos magníficos árboles, encontraron a Filina sola y sentada a una mesa de piedra. Les cantó una divertida cancioncilla y cuando Laertes le preguntó qué había sido de sus acompañantes, ella exclamó:

-Me he librado de ellos, es decir, los he tratado como se merecían. Ya de camino puse su generosidad a prueba, y cuando comprobé que eran golosos pero mezquinos, decidí castigarlos. Al llegar preguntaron al camarero qué había de comer. Este con su habitual soltura

les refirió lo que había y no había. Vi cómo vacilaban inseguros, cómo se miraban entre sí y preguntaban por los precios. «¿ Para qué piensan tanto -exclamé-, lo que va a la mesa es siempre cuestión de las mujeres? No se preocupen». De esa manera pedí una comida extravagante, algunos de cuyos ingredientes hubieron de ser buscados por criados en las proximidades. Le hice un par de guiños al camarero que accedió a prepararnos un magnífico banquete para asustar a mis compañeros, que ante la perspectiva de pagar tanto, decidieron ir a dar un paseo por el bosque del que dudo que vuelvan. Me he estado riendo sola durante un cuarto de hora y a partir de ahora me reiré cada vez que piense en las caras que pusieron.

Ya sentados a la mesa, a Laertes le vinieron a la memoria casos similares, lo que propició que los tres amigos empezaran a contarse anécdotas divertidas, equívocos y picardías.

Un joven al que habían conocido en la

ciudad venía paseando por el bosque con un libro en la mano. Se acercó a ellos, se sentó a su lado y se puso a alabar el paisaje. Les pidió que se fijaran en el rumor del manantial, en el movimiento de las ramas, en los rayos de sol que se filtraban por la espesura del bosque. Filina empezó a imitar el canto del cuco, lo cual no pareció agrandar al recién llegado, puesto que se apresuró a despedirse.

-Ojalá no vuelva a oír nada más acerca de la naturaleza ni de sus escenas =exclamó Filina cuando el joven se fue-. No hay nada más insoportable que ponerse a describir placeres al mismo tiempo que se está gozando de ellos. Cuando hace buen tiempo, uno va de paseo, al igual que se baila cuando suena la música. ¿Quién puede fijarse en la música o en el buen tiempo? En un baile nos interesa nuestra pareja, no el violín que suena al fondo, pues a un par de ojos azules le gusta mirar unos bonitos ojos negros. ¿Qué importancia tienen entonces las fuentes, los manantiales y

los delicados tilos?

Mientras decía esto su mirada se cruzó con la de Wilhelm, que estaba sentado frente a ella y no supo evitar que llegara al menos al umbral de su corazón.

-Tiene usted razón -repuso con cierto azoramiento-. El hombre es lo más interesante para el hombre y tal vez debiera ser su único interés. Todo lo que nos rodea es o puro elemento en el que vivimos o herramienta de la que nos servimos. Cuanta más importancia concedamos al entorno, más débil será nuestro sentimiento de valía y nuestro apego a lo social. Los hombres menos sociables y amables son los que más valor otorgan a sus jardines, monumentos, vestidos, joyas o cualquier otra posesión. Estos pierden de vista a los hombres, ya que conseguir satisfacer y aglutinar a muchos sólo es privilegio de unos pocos. ¿No es esto algo que se ve muy frecuentemente en el teatro? Un buen actor nos hace olvidar un decorado pobre e inadecuado, mientras que un buen

teatro pone de manifiesto la carestía de buenos actores.

En la sobremesa, Filina se tumbó sobre la hierba, a la sombra. Sus dos amigos hubieron de buscarle flores. Ella se hizo una corona con éstas, lo que le dio un aspecto increíblemente atractivo. Sobraron flores suficientes para tejer otra corona. Emprendió este cometido con los dos jóvenes sentados a sus flancos. Cuando, después de todo tipo de bromas y alusiones, acabó la tarea, se la puso a Wilhelm con mucha gracia sobre su cabeza, mas tuvo que moverla varias veces hasta que encontró la posición adecuada.

-Parece que hoy me he de ir de vacío -dijo Laertes.

-De ninguna manera. No tendrás motivo de queja -diciendo esto, se quitó la corona y se la puso a Laertes sobre la cabeza.

-Si fuéramos rivales -dijo éste-, probablemente lucharíamos para ver cuál de nosotros dos merece tus favores.

-En ese caso, seríais un par de consumados estúpidos -replicó y acto seguido rozó con sus labios los de Laertes. Mas, acto seguido, se volvió, rodeó a Wilhelm con su brazo y le dio un sonoro beso. -Cuál sabe mejor?- se preguntó con guasa.

-¡Increíble! -exclamó Laertes-, lo dice como si nadie pudiera tener un sabor amargo.

-No puede saber así lo que se disfruta sin envidia ni egoísmo. Bueno, ahora me gustaría bailar un rato y después podemos ir a ver a nuestros acróbatas.

Cuando pasaron junto a la casa del bosque, sonaba música. Filina, que bailaba muy bien, se puso a jalear a sus acompañantes. Wilhelm no era torpe, pero le faltaba práctica artística. Sus dos amigos se propusieron instruirlo.

Todo ello hizo que se retrasaran. Los equilibristas habían comenzado a ejecutar su número. Aunque al llegar en la plaza había un buen gentío, a nuestros amigos les llamó la

atención un gran tumulto que había llevado a un numeroso grupo de gente a las puertas de la posada donde se hospedaba Wilhelm. El se acercó a toda prisa al lugar para ver qué ocurría y observó horrorizado cómo el director de la compañía de equilibristas llevaba de los pelos a la niña que tanto le había interesado e intentaba con grandes dificultades llevarla a casa golpeándola inmisericordemente con el látigo.

Wilhelm cayó como un rayo sobre el hombre y lo agarró por las solapas.

-Deja en paz a la niña! -gritó como un enajenado-. ¡Déjala o uno de los dos no sale vivo de aquí!

Agarró la garganta de aquel tipo con una fuerza que sólo la ira confiere. El individuo creyó que se ahogaba, soltó a la niña e intentó hacer frente al agresor. Algunos testigos que habían sentido pena por la niña, pero que no se habían atrevido a enfrentarse al equilibrista, cayeron sobre él, le aprisionaron

los brazos y lo imprecaron. Este, que tan sólo se vio provisto ya del arma de su boca, empezó a lanzar horribles amenazas y maldiciones. Según dijo, aquella niña era una haragana que no quería cumplir con su obligación, pues se había negado a hacer la danza de los huevos que él había anunciado al público. Quería matarla y nadie iba a impedirselo. Forcejeaba con el propósito de soltarse y apresar a la niña que se había cobijado entre la multitud.

-No vas a volver a ver ni a tocar a esta niña hasta que comparezcas ante un juzgado para declarar dónde la has robado. Voy a hacerte pasar un mal trago y no voy a cejar hasta conseguirlo.

Este discurso que Wilhelm pronunció acaloradamente, sin plan previo y de manera inconsciente, tranquilizó a aquel hombre, que exclamó:

Qué me importa a mí esa inútil criatura? Págueme lo que valen sus vestidos y es suya; esta noche cerramos el trato.

Dicho esto, se apresuró a continuar la función que había quedado interrumpida y a aplacar la intranquilidad del público con unos números especiales.

Una vez que todo se hubo calmado, Wilhelm buscó a la niña, pero no la encontró en ningún sitio. Algunos la habían visto refugiarse en una bodega, otros corretear por los tejados. Después de largo rato de buscarla en vano, Wilhelm hubo de serenarse y esperar a que ella viniera por sí misma.

Entretanto Narciso había llegado a la posada y Wilhelm le pidió información acerca de la niña y su pasado. El artista no sabía nada, pues no llevaba mucho tiempo contratado en la compañía, mas se puso a hablarle con toda desenvoltura y descaro acerca de su propia vida. Cuando Wilhelm lo felicitó por los aplausos que había recibido y le dijo que debía sentirse orgulloso de ellos, el artista le contestó con indiferencia:

-Estamos acostumbrados -dijo- a que la

gente haga escarnio de nosotros o a que admire nuestro arte, pero un aplauso extraordinario no nos produce beneficio alguno. El empresario nos paga, lo demás es asunto suyo.

Se despidió y se dispuso a marcharse.

Al preguntarle Wilhelm adónde iba con tanta prisa, el hombre joven sonrió y confesó que su figura y su talento le habían procurado cierta admiración mucho más provechosa que la de los aplausos de la plaza. Había recibido billetes de varias damas que querían conocerlo más de cerca y no creía que fuera a acabar antes de medianoche con todas las visitas que pretendía hacer. Comenzó a contar con detalle algunas de sus aventuras amorosas y hubiera referido los nombres, las calles y las casas si Wilhelm no hubiera rechazado esa indiscreción y no lo hubiera invitado gentilmente a retirarse.

Entretanto Laertes estaba manteniendo una conversación con Landrinette en la que le aseguraba que debía sentirse orgullosa de ser toda una mujer.

Luego empezaron las negociaciones con el empresario para la adquisición de la niña que quedó tasada en treinta táleros, a cambio de los cuales aquel vehemente italiano renunció a todos sus derechos sobre ella. Sin embargo no quiso confesar nada acerca de la muchacha. Sólo dijo que él se había hecho cargo de la niña desde la muerte de su hermano, al que, por su extremada habilidad, llamaban el *Gran Diablo*.

La mayor parte de la mañana siguiente fue empleada en la búsqueda de la niña. En vano nuestros amigos registraron todos los rincones de la casa y la vecindad. Había desaparecido y se temía que hubiera caído al agua o hubiera sufrido un accidente semejante.

Los encantos de Filina no bastaron para aplacar la intranquilidad de nuestro amigo. Pasó un día triste y preocupado y todos los esfuerzos que por la tarde hicieron los acróbatas y equilibristas para despedirse lo mejor posible del público no pudieron disipar la ne-

grura de su ánimo.

La afluencia de gente de las poblaciones cercanas hizo que el número de los concurrentes aumentara extraordinariamente. De esta manera los aplausos se convirtieron en una bola de nieve que alcanzó un enorme tamaño. Los saltos salvando las espadas y a través de barricadas de fondo de cartón causaron una gran sensación. El forzudo provocó el horror, el espanto y el asombro generalizados cuando, sosteniéndose sobre dos sillas separadas entre sí y apoyando en éstas la cabeza y los pies, hizo que pusieran un yunque sobre su cuerpo y que unos herreros forjaran en el mismo una cerradura.

En el número de *La fuerza hercúlea*, unos hombres formados sostenían a otra fila de hombres, éstos a mujeres y éstas a niños, de tal manera quedaba construida una pirámide viviente, en la que el niño estaba situado a modo de remate o veleta. Jamás se había visto por aquellos alrededores un número semejante, el

cual dio un digno final al espectáculo. Narciso y Landrinette, sentados sobre literas, fueron portados a hombros por sus compañeros y llevados por las principales de la ciudad entre las aclamaciones del público. Les lanzaron serpentinas, ramos de flores y pañuelos de seda y la gente se agolpaba en las primeras filas para verles las caras. Todos los presentes parecían felices de poder verlos y ser honrados por una de sus miradas.

-Qué actor, qué escritor o qué hombre en general no vería colmados sus deseos si una bella palabra o una acción suya consiguiera producir un efecto semejante? ¡Qué sensación más deliciosa debe ser difundir entre los hombres sentimientos nobles y buenos con la rapidéz de una descarga eléctrica y así producir entre la gente una fascinación parecida a la que ha conseguido causar esta gente con la destreza de su cuerpo! ¡Si alguien pudiera inculcar en los hombres la comprensión por lo humano!... ¡Si alguien supiera enardecerla con la represen-

tación de la dicha y el infortunio, de la sabiduría y la necedad, del delirio y la simpleza!... ¡Si alguien tuviera capacidad para conmoverlos y hacer que su enmohecida intimidación pudiera expresarse libremente!...

Así habló nuestro amigo y, como ni Filina ni Laertes parecían estar de humor para continuar ese discurso, siguió haciéndose esta serie de reflexiones en solitario. Vagando sin rumbo por la ciudad, volvió a dejar que su mente se inundara, con toda la viveza, la libertad y un sinnúmero de desbocadas imágenes, de su antiguo deseo de conseguir dar vida a lo bueno, lo noble y lo grande en el teatro.

CAPÍTULO QUINTO

AL día siguiente, cuando los equilibristas emprendieron su marcha con un gran alboroto, Mignon reapareció presentándose en la sala en la que Wilhelm y Laertes proseguían con sus ejercicios de esgrima.

-¿Dónde te habías escondido? -dijo Wil-

helm en tono amistoso-. Nos habíamos preocupado mucho por ti. La niña no respondió, sólo se quedó mirándolos.

-Ahora eres nuestra -exclamó Laertes-, te hemos comprado.

-Cuánto has pagado por mí? -preguntó la niña con sequedad.

-Cien ducados -contestó Laertes-. Si nos los devuelves, serás libre.

-Eso debe ser mucho dinero, ¿verdad?

-¡Oh sí!, por eso ahora tendrás que portarte bien. -Os serviré.

Desde ese momento se puso a observar con toda atención los servicios que el mozo de la posada les hacía a los dos amigos y al día siguiente ya no toleró que éste entrara en la habitación de ambos. Quiso hacerlo todo por sí misma y, aunque hacía sus labores con lentitud y torpeza, siempre las llevaba a cabo con pulcritud y cuidado.

Se colocaba con frecuencia ante un recipiente lleno de agua y se lavaba la cara con tal

afán y vehemencia, que casi se deshollaba las mejillas. Laertes por medio de preguntas y bromas, descubrió que pretendía quitarse el maquillaje y que tomaba el rubor que se hacía en sus mejillas de tanto frotarse por los más indelebles restos de colorete. Le explicaron su error, abandonó su empeño y pronto volvió a reaparecer su bonito cutis bronceado realzado por un leve arrebol.

Más cautivado de lo que él creía por los picarones encantos de Filina y por el misterio de la niña, Wilhelm pasó unos días en aquella singular compañía y se justificó a sí mismo atribuyendo su permanencia en la ciudad a su deseo de perfeccionar su esgrima y su danza, algo para lo que difícilmente iba a tener otra ocasión.

Su sorpresa y su alegría no fueron poca cuando un buen día vio llegar al señor Melina y a su esposa, que, después de los primeros saludos, pidieron noticias acerca de la compañía de teatro y se enteraron con horror de que

ésta se había disuelto.

La joven pareja que, como sabemos, debía su matrimonio a la mediación de Wilhelm, había intentado ser contratada en diferentes compañías. No habían conseguido nada y se dirigieron a aquella ciudad, donde según aseguraban algunas personas había un buen teatro.

Ni Filina simpatizó con la mujer, ni Laertes con Melina. Ambos querían librarse cuanto antes de los dos y Wilhelm no consiguió modificar su opinión aun cuando les asegurara que eran dos magníficas personas.

De hecho la vida despreocupada de los tres aventureros se vio bastante perjudicada por la ampliación del grupo. Melina, que se había alojado en la misma posada que Filina, empezó en seguida a dar la nota y a armar camorra. Quería una habitación mejor por menos dinero, una comida más abundante y un servicio más diligente. Poco tiempo después el posadero y el mozo empezaron a mostrar caras

de disgusto. Mientras que los demás para vivir felices, aceptaban de buen grado todo lo que se les ofrecía y pagaban sin pensar ni por un momento en el gasto que hacían, la comida que le servían a Melina nunca era de su agrado y siempre había que devolverla a la cocina para darle algún retoque. Por ello Filina empezó a llamarlo rumiante.

Menos simpática le caía aun a la muchacha la señora de Melina. Esta joven mujer no sólo estaba privada de formación, sino que le faltaba por completo vida espiritual. No declamaba mal, pero quería declamar a toda costa y en todo momento además se percibía que su fraseo era mecánico, que en algunos momentos fallaba y no conseguía transmitir la intención de conjunto. Con todo esta mujer lograba dar una buena impresión, sobre todo a los hombres. Aquellos que la trataban le solían atribuir buen sentido, pues era lo que podríamos denominar una mujer intuitiva. Cuando deseaba obtener un favor de un ami-

go, sabía adularlo, sabía penetrar en sus ideas hasta donde le era posible. Si éstas iban más allá del horizonte de su comprensión, tomaba éstas como si fueran una revelación. Sabía hablar y callarse y, aunque no era malévola, tenía una gran penetración para intuir por dónde flaqueaban los otros.

CAPÍTULO SEXTO

ENTRETANTO Melina se había informado con precisión de qué había sido de los restos de la anterior compañía. Tanto los decorados como el vestuario habían sido dejados en depósito a algunos comerciantes y un notario había recibido carta blanca de la directora para proceder a la venta si es que había interesados y se cumplían ciertas condiciones. Melina quiso echarle un vistazo a aquellos objetos y se llevó consigo a Wilhelm. Cuando se abrió la sala y la tuvo ante sus ojos, sintió cierto im-

pulso que no pudo llegar a confesarse. Por muy en mal estado y llenos de manchas que estuvieran los decorados, por muy deslustradas que estuvieran aquellas vestimentas turcas y paganas, las levitas para papeles grotescos y las casullas para magos, judíos y papas, Wilhelm no pudo eludir la sensación de estar pasando el instante más feliz de su vida rodeado de aquellos trapos. Si Melina hubiera podido ver en el interior de su corazón, habría puesto mayor afán en pedirle una cantidad de dinero para el rescate, la restauración y el reavivamiento de aquel desmembrado conjunto de partes de un todo.

-¡Qué feliz sería -exclamó Melina- si tuviera doscientos táleros para adquirir estos artículos necesarios para montar un teatro! Entonces podría formar de inmediato una compañía con la que podríamos ganarnos el sustento trabajando en esta ciudad y por esta comarca.

Wilhelm calló y ambos abandonaron

pensativos los tesoros que fueron de nuevo encerrados.

Desde ese momento Melina no habló de otra cosa que de proyectos y propuestas para crear un teatro y obtener beneficios. Quiso implicar en sus planes a Filina y a Laertes y le instó a Wilhelm a aportar dinero con las consiguientes garantías. A éste le vino muy bien no poder quedarse por más tiempo en la pequeña ciudad. Se disculpó diciendo que ya estaba haciendo los preparativos para proseguir su viaje.

La figura y el ser de Mignon se hacían cada vez más atractivos para Wilhelm. En todo lo que hacía y dejaba de hacer se veía en la niña algo especial. Ella no subía ni bajaba andando las escaleras, sino que iba dando saltos por ellas, a veces se subía a las balaustradas del corredor o, antes de que se hubiese reparado en ello, se encaramaba a un armario y permanecía ahí un buen rato. Wilhelm también se había dado cuenta de que tenía un sa-

ludo especial para cada persona. Desde hacía algún tiempo a él lo saludaba con los brazos cruzados sobre el pecho. Ciertos días parecía completamente muda y en ocasiones contestaba a algunas preguntas de tal modo que no se podía distinguir muy bien si sus respuestas eran fruto del deseo de hacer una broma o del desconocimiento de la lengua, pues hablaba entre cortadamente alemán con añadidos de francés e italiano. En su dedicación al servicio de Wilhelm la niña era incansable y madrugadora, por el contrario por la noche desaparecía con rapidez y dormía sola en una cámara sobre el suelo. No se pudo conseguir que aceptara una cama o un saco de paja. Wilhelm la sorprendía muchas veces lavándose. También llevaba muy limpia la ropa, a pesar de que ya la tenía dos o tres veces remendada. Le dijeron a Wilhelm que todas las mañanas ella iba muy temprano a misa, por eso una vez él la siguió allí y la vio en un rincón de la iglesia con un rosario entre las manos arrodillada y rezando

con devoción. Ella no se dio cuenta de su presencia, Wilhelm volvió a casa pensando en la niña sin poderse sacar una conclusión clara sobre su persona.

Hubo una nueva ofensiva de Melina en demanda de dinero para la adquisición del material más necesario para montar un teatro. Esto determinó a Wilhelm a pensar en su partida. Quería escribir a sus allegados de los que hace tiempo no tenía noticias y empezó una carta dirigida a Werner contándole sus aventuras, relato en el que, sin él notarlo, hubo de apartarse de la verdad más de una vez. Ya llevaba un buen número de líneas escrito, cuando se dio cuenta con mucho fastidio que, en la otra cara de la hoja había escrito un poema copiado de su cuaderno y destinado a la señora de Melina. Malhumorado, rasgó la carta y aplazó la reescritura de sus confesiones para la partida del próximo correo.

CAPÍTULO SÉPTIMO

NUESTROS amigos estaban otra vez reunidos, y Filina,

que estaba atenta al paso de todo caballo y de todo coche, exclamó con gran vivacidad: - Ya está aquí nuestro pedante, aquí viene nuestro queridísimo pedante. ¿Qué traerá consigo?

Sus gritos y los gestos que hizo al asomarse por la ventana hicieron que el coche se detuviera.

Un lamentable pobre diablo, que, por su raída levita de tonos marrones y grisáceos y sus deteriorados pantalones, podría haber sido tomado por uno de esos licenciados que enmohecen en las universidades, se apeó del coche y, descubriéndose para saludar a Filina, dejó a la vista una peluca muy deficientemente empolvada pero de pelos muy crespos. Filina le besó mil veces las manos.

Si ella cifraba su felicidad en amar a parte de los hombres y en disfrutar de su amor, no

era menor el placer que experimentaba al hacer frívolamente carantoñas a aquellos a los que no amaba.

El alboroto que armó, saludando a aquel viejo amigo, hizo que pasara inadvertida la llegada de los otros. Sin embargo, Wilhelm creyó reconocer a dos mujeres y a un hombre de avanzada edad que con ellos entraron en la posada. Pronto descubrió que hacía algunos años había visto frecuentemente a los tres trabajando en la compañía que actuara en su ciudad natal. Las hijas habían crecido mucho desde entonces; sin embargo el aspecto del viejo no se había modificado en absoluto. Este solía hacer papeles de viejo bonachón, que son no poco frecuentes en el teatro alemán y tampoco son escasos en la vida cotidiana. Pues, siendo la condición de nuestros compatriotas la de hacer el bien sin ostentación, rara vez piensan que se pueda ser justo con elegancia y amabilidad. De esa manera, inducidos por el espíritu de la contradicción, caen en el error de practicar las me-

jores virtudes con desabridas maneras.

El citado actor encarnaba magníficamente este tipo de papeles. Hacía con tanta frecuencia su único papel, que en la vida real adoptaba conductas similares.

Al reconocerlo Wilhelm se estremeció, pues recordó las muchas veces que había visto a aquel hombre junto a Mariana. Creyó oírle a él disputar con su amada y las réplicas que al rudo ser del viejo daba ella con su dulce voz.

La primera pregunta a los recién llegados fue si veían posible encontrar empleo. La contestación desgraciadamente fue «no». Les dijeron que las compañías donde habían pretendido entrar estaban completas y otras muchas estaban a punto de disolverse por la perspectiva de inminente guerra. Aburridos y llevados a causa de su gusto por la novedad, el viejo y sus hijas habían renunciado a un ventajoso contrato y alquilado un coche en compañía del pedante, al cual encontraron de camino. Habían llegado a esta ciudad donde por lo visto tampoco había

muy buenas expectativas.

Durante aquel intervalo de tiempo, en el que los cómicos hablaron con vehemencia de su situación, Wilhelm se sumió en reflexiones. Quería hablar a solas con el viejo, pues deseaba y temía a la vez escuchar noticias de Mariana. Esto le hacía sentir intranquilidad.

La coquetería de las dos jóvenes recién llegadas no lo disiparon de sus cavilaciones, pero un intercambio de palabras atrajo su atención. Friedrich, el joven rubio sirviente de Filina, se negaba airadamente a poner la mesa y a servir la comida.

-Yo tengo la obligación -exclamó- de servirla a usted, pero no a todo el mundo.

Con este motivo se enzarzaron en una agria disputa. Filina insistió en que tenía que cumplir sus obligaciones y, como él tozudamente se negara, ella le dijo que, sin más, podía marcharse.

-¿Acaso cree usted que me es indispensable?

Lleno de hosquedad se retiró, hizo su hatillo y se marchó de la posada.

-Vamos, Mignon -dijo Filina-, encarga lo que necesitamos, díselo al mozo y ayúdalo a poner la mesa.

Mignon se acercó a Wilhelm y, con su habitual parquedad de palabras, preguntó:

-¿Debo hacerlo?, ¿puedo hacerlo?

Y Wilhelm respondió:

-Tú, pequeña, haz todo aquello que Mademoiselle disponga.

La niña procuró todo lo necesario y sirvió con mucha atención y cuidado a los clientes. De sobremesa Wilhelm quiso dar un paseo con el viejo. Consiguió quedarse a solas con él y, después de una serie de preguntas acerca de cómo le había ido, la conversación empezó a versar sobre la antigua compañía. Finalmente Wilhelm se atrevió a preguntar por Mariana:

-No me diga usted nada de esa repugnante criatura -exclamó el viejo-, me he jurado

no volver a pensar en ella.

Wilhelm se estremeció al escuchar esta opinión y estaba todavía lleno de azoramiento cuando el viejo prosiguió reprochando su carácter frívolo y casquivano. ¡Cómo le hubiera gustado a nuestro amigo interrumpir la conversación! Sin embargo tuvo que seguir escuchando los exabruptos de aquel singular hombre.

-Me avergüenzo de haberle tenido tanto afecto. Si usted hubiera tenido más contacto con la muchacha, excusaría mi ceguera. ¡Era tan cariñosa, tan natural, tan bondadosa, tan encantadora en general! Nunca me hubiera imaginado que frescura y la ingratitud fueran los principales rasgos de su carácter.

Wilhelm ya se había hecho a la idea de oírle decir lo peor que pudiera imaginarse, cuando de pronto percibió con sorpresa que el tono del viejo se hacía más suave. Su discurso se fue ralentizando, sacó de su bolsillo un pañuelo que empleó para secarse las lágrimas que le afloraron y dejó de hablar.

--Qué le ocurre? -preguntó Wilhelm-. ¿Qué varió tan violentamente el rumbo de sus sentimientos? ¡ No me lo oculte!, estoy más interesado en el destino de esa muchacha de lo que usted cree. ¡Cuéntemelo todo!

-Tengo poco que decir -repuso el viejo recuperando su tono grave y algo enojado-. Jamás le perdonaré lo que me ha hecho sufrir. Ella siempre tuvo una especial confianza conmigo. Cuando mi mujer todavía vivía, yo me había propuesto adoptarla y arrancarla de las garras de la vieja Bárbara, cuya tutela no me parecía la más aconsejable. Mi mujer murió y el proyecto quedó frustrado.

Cuando estábamos a punto de marcharnos de su ciudad natal, noté en ella una pena especial, yo le pregunté qué le pasaba, pero ella me eludió. Finalmente emprendimos el viaje. Iba en el mismo coche que yo y al observarla me di cuenta de lo que pasaba y no tardó en confesarme: estaba embarazada y temía que el director fuera a despedirla. A poco de enterarse, el

director rescindió inmediatamente su contrato, que, por lo demás, sólo tenía seis semanas más de vigencia, hizo la liquidación y, sin tener en cuenta más consideraciones, la dejó en una posada de mala muerte en una insignificante ciudad.

-¡Que el diablo se lleve a todas las zorras!
-exclamó el viejo con amargura-. Y que especialmente se lleve a ésta, que ha arruinado tantas horas de mi vida. ¿Para qué voy a contarle cuántos desvelos me causó, todo lo que he hecho por su bien y cómo me he desvivido por ella incluso cuando estaba ausente? Hubiera sido mejor arrojar mi dinero a un estanque y emplear mi tiempo en el adiestramiento de perros sarnosos que haber concedido un solo momento de atención a esa criatura. Qué fue lo que pasó? Al principio recibí algunas cartas de agradecimiento y noticias de los lugares donde iba mudando de paradero, pero luego, nada, ni una palabra, ni una muestra de gratitud por el dinero que le mandé para el sobreparto. La

hipocresía y la frivolidad están perfectamente unidas en las mujeres para procurarse una vida muelle y, de paso, proporcionarle a cualquier hombre honrado muchos quebraderos de cabeza.

CAPÍTULO OCTAVO

ES bien imaginable el estado de ánimo de Wilhelm cuando se dirigía a la posada después de aquella conversación. Todas sus viejas heridas se le habían vuelto a abrir y la idea de que ella no había sido enteramente indigna de su amor volvía a revivir en su ánimo. Y es que en el interés que había manifestado el viejo, en las alabanzas que, muy a su pesar, hizo, reapareció ante nuestro amigo todo lo adorable que había en ella. Incluso, en las vehementes quejas de aquel hombre apasionado, no había nada que pudiera rebajarla a ojos de Wilhelm. Porque éste se reconocía cómplice de sus descarríos y

tampoco su silencio le parecía reprochable, sino que le inducía a tener tristes pensamientos sobre su destino. La veía recién parida, vagando como madre sola por el mundo y sin contar con ayuda alguna. Todas estas figuraciones le provocaban los más dolorosos sentimientos posibles

Mignon, que lo había estado esperando, le iluminó la escalera mientras la subía. Cuando dejó la luz en su sitio, le pidió que aquella misma noche le dejara lucir una de sus habilidades. Él hubiera preferido decirle que no, especialmente porque no sabía en qué consistía el número, pero él se sentía incapaz de negarle algo a aquella criatura. Al cabo de un rato ella volvió, traía una pequeña alfombra bajo el brazo y la dejó en el suelo. Wilhelm la dejó hacer. A continuación vino con cuatro candelabros que dispuso en cada una de las cuatro esquinas de la alfombra. Finalmente el cesto de huevos que trajo le hizo adivinar a nuestro amigo cuáles eran las intenciones de la niña. Con pasos me-

didos se fue desplazando por la alfombra y disponiendo los huevos en ciertas posiciones. Luego llamó a un hombre que servía en la posada y tocaba el violín. El músico entró con su instrumento y fue a situarse en un rincón; ella se vendó los ojos y, como un mecanismo de relojería, empezó a hacer sus movimientos acompañando el ritmo y la melodía al son de castañuelas.

Su danza era ágil, rápida y precisa. Sus pies se movían con tal exactitud y seguridad entre los huevos, que, aunque en cualquier momento se pensaba que iba a aplastar alguno o a derribarlos con sus rápidas vueltas, no lo hacía nunca. Ni siquiera llegaba a tocar ninguno, aun cuando daba toda suerte de pasos, ya fueran largos o cortos, saltos y finalmente se deslizara entre ellos medio de rodillas.

Sin parar, como un reloj, siguió con su ejecución. Aquella música especial infundía cada vez nuevo ardor a los movimientos de la danza que, una vez acabada, comenzaba otra

vez. Wilhelm estaba totalmente cautivado por el espectáculo. Éste le hizo olvidar todas sus preocupaciones. Seguía todos los movimientos de su adorada criatura admirándose de cómo, en aquella danza, expresaba con soltura su carácter.

Ella se mostraba seria, rotunda, seca, enérgica y, en los pasos más suaves, más solemne que tierna. De un golpe, él comprendió todo lo que sentía por Mignon. Anhelaba abrirle su corazón a aquella niña, acogerla en sus brazos y, con amor paternal, despertar en ella la alegría de vivir.

La danza llegó a su fin. Reunió los huevos desplazándolos con los pies, formó un montoncito con ellos, sin olvidarse de ninguno y sin dañarlos, se quitó la venda de los ojos y acabó su número con una reverencia.

Wilhelm le agradeció que, de una manera tan gentil e inesperada, hubiera ejecutado ante él aquella danza que deseaba ver hacía tanto tiempo. La acarició y lamentó que

se hubiera tomado tantas molestias. Le prometió que iba a encargarse de que le hicieran un vestido nuevo, a lo que ella contestó con vehemencia:

-¡De tu color!

Él también se lo prometió, aun sin saber muy bien qué quería decir con esto. Ella recogió los huevos, se puso la alfombra bajo el brazo, preguntó si tenía algo más que ordenarle y se marchó.

Por el músico supo Wilhelm que la niña había tomado mucho empeño en tararearle la melodía de la danza, que era un conocido fandango, hasta que él pudo tocarla. Incluso ella le había ofrecido dinero por su trabajo, el cual había rechazado.

CAPÍTULO NOVENO

NUESTRO amigo pasó una noche intranquila, en parte en vela y en parte atemorizado por pesadillas. En éstas se le aparecía

Mariana, ya en todo su esplendor, ya con un aspecto lamentable, ora con el niño en los brazos, ora sin él, porque se lo habían arrebatado. Apenas había amanecido, Mignon apareció en su cuarto acompañada de un sastre. Ella traía paño gris y tafetán azul y, a su modo, le explicó que quería que le hicieran un chalequito y unos pantalones de marinero con solapas y ribetes azules y tal y como había visto que vestían algunos niños de la ciudad.

Desde la pérdida de Mariana a Wilhelm no le gustaban los colores alegres. Él se había acostumbrado al gris, la vestidura de las sombras, adornando y avivando de vez en cuando sus sobrios trajes con un forro azul celeste o con un cuello de ese color. Mignon, deseosa de ir vestida con sus colores, apremió al sastre, que prometió terminar y entregarle muy pronto el resultado de su labor.

Anduvo muy torpe nuestro amigo en sus prácticas de esgrima con Laertes. Además, pronto fueron interrumpidos por la llegada de

Melina que les expuso detalladamente cómo había conseguido reunir una compañía con la que se podían hacer bastantes obras. Volvió a pedirle algo de dinero a Wilhelm para que aportara una cantidad destinada a los primeros proyectos y éste volvió a mostrarse dubitativo.

Poco después llegó Filina acompañada de las dos jóvenes que reían y armaban mucho alboroto. Habían planeado un pequeño paseo, pues siempre ansiaban disfrutar del placer de cambiar de lugar y de ocupaciones. Su deseo más intenso era comer todos los días en un sitio diferente. En esta ocasión habían resuelto una excursión acuática.

La embarcación con la que querían seguir el curso de los meandros de un río de agradable curso les había sido procurada por la mediación del pedante. Filina insistió en marcharse, el resto no titubeó y pronto todos estuvieron embarcados.

-Qué hacemos ahora? -dijo Filina, después de que todos se hubieran acomodado en

los bancos.

-Lo mejor sería -propuso Laertes- que improvisáramos una obra, que escoja cada cual el papel que más se adapte a su carácter y ya veremos lo que resulta.

--Magnífico! -exclamó Wilhelm-. Pues en una compañía en la que nadie finge y todos siguen sus propias inclinaciones las alegrías y la confianza duran poco, pero, allá donde todos fingen, nada se puede sacar en claro. Por eso no está nada mal la propuesta. Pongámonos la máscara desde el primer momento y seamos tan sinceros con la misma como sea posible.

-Precisamente -dijo Laertes-, resulta muy placentero estar en compañía de mujeres, porque nunca muestran su ser verdadero.

-Es que las mujeres -repuso Filina- no incurren en la vanidad de los hombres, los cuales creen que para resultar agradables les basta mostrar el ser verdadero.

Entretanto nuestros amigos habían ido

navegando por entre agradables bosquecillos y suaves montículos, por entre jardines y laderas llenas de viñedos. Las mujeres, sobre todo Madame Melina, estaban fascinadas por el paisaje. La citada hasta se puso a recitar solemnemente una poesía de género descriptivo, una loa de un paisaje similar. Sin embargo, Filina la interrumpió bruscamente y propuso una ley por la cual se prohibiera hablar de objetos inanimados y defendió con calor la idea de improvisar una obra. El viejo gruñón escogió el papel de un oficial retirado, Laertes, el de un maestro de esgrima sin alumnos, el pedante decidió encarnar a un judío, Filina, a una tirolesa, y se dejó a los otros que eligieran sus personajes. Se decidió que eran un grupo de personas desconocidas entre sí que habían coincidido casualmente en una embarcación de transporte de viajeros.

Inmediatamente Filina empezó a representar su papel con el judío y el regocijo se hizo general.

No habiendo avanzado mucho, el bar-

quero detuvo la nave para, con permiso de los embarcados, recoger a un hombre que había estado haciendo gestos desde la orilla.

-¡Qué bien!, ¡el personaje que nos faltaba!
-exclamó Filina-, ¡un polizón!

Montó en la embarcación un hombre de buena planta al que, por su vestimenta, bien podría habersele tomado por un clérigo. Saludó al grupo que, a su modo, se lo agradeció y le puso al tanto de la farsa que se estaba representando. El asumió el papel de un cura de aldea, que, para sorpresa de todos, desempeñó magníficamente, alternando sermones con pequeñas anécdotas. Y aunque dejó al descubierto algunas flaquezas, en ningún caso llegó a perder el decoro.

Habían convenido que aquel que se saliera de su papel tendría que pagar una prenda. Filina las había ido reuniendo cuidadosamente, y al señor clérigo lo amenazó con muchos besos al primer error que tuviera, a pesar de que todavía no había incurrido en ninguno. Por el

contrario a Melina lo habían expoliado, pues Filina lo había ido despojando de botones, hebillas y todo objeto de quita y pon que tenía sobre su cuerpo, pues no había logrado adaptarse bien al papel de viajero inglés por él elegido.

Así el tiempo pasó de la forma más agradable posible; todos habían llevado su imaginación y su ingenio hasta donde habían podido y todos habían realizado su papel intercalando bromas en el mismo. De esta manera llegaron al lugar donde pensaban pasar el día y Wilhelm entabló una interesante conversación con el clérigo, al que seguimos llamando así por su aspecto y por el papel que había escogido.

-Me parece muy útil este ejercicio -dijo el desconocido- entre actores o incluso en círculos de amigos y conocidos. Es el mejor modo de hacer que los hombres salgan de sí mismos y, mediante un rodeo, vuelvan luego a su ser. Debería practicarse en todas las compañías y el público saldría ganando si todos los meses se representara una obra no escrita para la que los

actores tendrían que hacer muchos ensayos.

-La obra improvisada -repuso Wilhelm- debería ser entendida no como una obra totalmente libre en su representación, sino como una obra en la que el plan, la trama y la división de escenas estén dados de antemano y sólo se dejara en manos del actor la forma de representarlos.

-Estoy totalmente de acuerdo -dijo el desconocido-, precisamente en lo que más ganarían las obras sería en la representación si los actores se acostumbraran a este tipo de procedimiento. No me refiero a la representación por medio de palabras, pues es al escritor reflexivo a quien le corresponde adornar su trabajo, sino a la representación por medio de gestos, ademanes, exclamaciones y demás, en resumen la representación muda o semimuda que entre nosotros parece haberse perdido por completo. Es cierto que hay algunos actores en Alemania cuyos cuerpos dan a entender bien lo que piensan y sienten en su interior y al callar, al titu-

bear, al hacer visajes y movimientos armónicos y graciosos, preparan sus discursos y, mediante una agradable pantomima, saben combinar los silencios con el resto de la representación; pero un ejercicio como ese, que ayudara a que una buena disposición natural pudiera desarrollarse e hiciera que el actor pudiese competir con el escritor, no ha sido cultivado en la medida en que sería de desear para bien de los que amamos el teatro.

-A mí me parece que para el actor, como para cualquier artista e incluso para cualquier hombre, unas buenas condiciones naturales son el medio primero y último de alcanzar altas cotas.

-Es posible que estas condiciones sean lo primero y lo último, el principio y el final, pero en el medio habría muchas cosas que le faltasen al actor si la formación no fuera haciendo de él lo que tiene que ser y, además, esa formación tendría que ser temprana. Y es que en ocasiones

le va mucho peor al que tiene eso que llamamos genio que al sólo dotado de una capacidad normal, pues el primero corre el peligro de estar expuesto a peores deformaciones en su desarrollo y a tomar caminos equivocados.

-Pero, ¿no se basta el genio para salvarse y para curarse las heridas que se ha hecho a sí mismo?

-i De ninguna manera! -replicó el otro-, o en todo caso sólo podría hacerse una cura de urgencias para sobrevivir; pues no son tan fáciles de superar las primeras impresiones de la juventud. Si se ha crecido en admirable libertad, rodeado de objetos bellos y nobles, en contacto con hombres buenos, si los maestros han enseñado bien aquello que hay que aprender en primer lugar para comprender mejor lo que habrá que aprender luego, si se ha retenido bien lo que nunca se debe olvidar y, si las primeras acciones que se realizan permiten hacer luego lo bueno con más facilidad y comodidad sin tener que desprenderse de ningún mal hábi-

to, entonces se llevará una vida más pura, más perfecta y más feliz que otro que ha desperdiciado las primeras fuerzas de su juventud en luchas contradictorias y se ha empeñado en errores. Se habla y se escribe mucho de educación, pero veo a muy pocos hombres que puedan poner en práctica el sencillo y gran concepto en el que se encierran todos los demás.

-Es cierto -dijo Wilhelm- que todos los hombres son demasiado limitados como para pretender educar a los otros según su propia imagen. Por eso son felices aquellos que el destino educa, el cual siempre educa a cada cual a su manera.

-El destino -contestó sonriendo su interlocutor- es un magnífico preceptor, pero cobra muy caros sus servicios. Siempre preferiré confiarme al buen entendimiento de un maestro de carne y hueso. El destino, cuya sabiduría respecto profundamente, tiene en el azar, por medio del cual obra, un órgano de muy torpe funcionamiento, pues es muy raro que el azar obre

como el destino ha dispuesto.

-Me parece un tanto extraña la idea que acaba de expresar.

-En absoluto, la mayor parte de los sucesos que ocurren en el mundo confirman mi opinión. ¿No hay muchos acontecimientos que parecen tener mucho sentido al principio, mas luego acaban de una manera absurda?

-Usted bromea?

-Acaso no les ocurre lo mismo a los individuos? Supongamos que el destino eligió a alguien para ser un gran actor (¿por qué el destino no ha de pensar en dotar al mundo de grandes comediantes?), desgraciadamente el azar llevó a este muchacho a estar en contacto con un teatro de marionetas y esto hizo que el joven no evitara una diversión de mal gusto, ni dejara de tomar por interesante algo estúpido, recibiendo de una manera inadecuada las impresiones infantiles que nunca se borran y por las que forzosamente sentimos simpatía.

-¿Por qué precisamente ha puesto usted

el ejemplo del teatro de marionetas? -inquirió Wilhelm no sin cierta turbación.

-Fue tan sólo un ejemplo casual, si no le gusta, pondremos otro. Supongamos que el destino proveyó a otro de cualidades para ser un gran pintor y el azar hizo que su infancia discurriera por sucias cabañas, establos y graneros, ¿cree usted que un hombre así llegará a remontarse hasta la pureza, hasta la nobleza, hasta la libertad? Cuanto mas penetrado esté de la impureza con la que convivió en su niñez, más fuerte será la venganza de ésta en el resto de su vida, pues, sus intentos de superarla harán más intensa la sensación de estar íntimamente unido a ella. Aquel que ha vivido acompañado de gente de mala calidad humana o insignificante, aunque luego se codee con gente mejor, siempre tenderá a recordar a aquellos con quienes vivió las mejores horas de su infancia que difícilmente han de repetirse.

Como bien se podrá pensar, conforme

avanzaba su conversación, los miembros del grupo se fueron alejando poco a poco de ellos. La que especialmente se cuidó de desaparecer cuanto antes fue Filina. Un tiempo después los demás volvieron a encontrarse con los dos interlocutores acercándose a ellos por un camino lateral. Filina sacó las prendas que había reunido y que hubieron de rescatarse de diversos modos. En estos menesteres destacó el desconocido, que encantó a todo el grupo, especialmente a las damas, con distinguidas ocurrencias y una espontánea simpatía y así las horas de aquel día transcurrieron agradablemente entre bromas, cantos, besos y todo tipo de guasas.

CAPÍTULO DÉCIMO

UNA vez que se disponían a emprender la vuelta a la ciudad, buscaron al clérigo, mas fue en vano, había desaparecido. -Es muy sor-

prendente que un hombre de tan gentiles maneras -dijo Madame Melina- abandone sin despedirse la compañía de quien tan amistosamente lo ha recibido.

-No dejo de pensar -dijo Laertes- dónde he visto antes a ese hombre. He estado a punto de preguntárselo poco antes de que desapareciera.

-Tengo la misma sensación -afirmó Wilhelm- y no tendría que haberle dejado partir antes de haber indagado más acerca de él. O mucho me equivoco o ya he hablado con él en otra ocasión.

Y sin embargo podríais estar perfectamente equivocados -repuso Filina-. Ese hombre produce la falsa sensación de ser un conocido, porque ante él se encuentra una ante todo un hombre y no ante un Fulano cualquiera.

-Qué significa eso? -protestó Laertes-. ¿Acaso nosotros no damos la impresión de ser unos hombres?

-Yo sé lo que me digo -contestó Filina- y

si no me entendéis, allá vosotros. No voy a ponerme a interpretar mis propias palabras.

Llegaron dos coches y se alabó la previsión de Laertes por haberlos encargado. Filina se sentó junto a Madame Melina y frente a Wilhelm y los otros se acomodaron tan bien como pudieron. Laertes montó en el caballo de Wilhelm, que los había acompañado a la excursión, y emprendió el camino de vuelta a la ciudad.

Nada más acomodarse en el interior del coche, Filina empezó a entonar graciosas canciones e hizo que la conversación versara sobre historias que, a su juicio, podrían recibir un excelente tratamiento dramático. Mediante este hábil giro, Filina consiguió poner a su joven amigo de muy buen humor y con toda la riqueza de su viva imaginación, empezó a idear toda una obra de teatro con sus actos, escenas, personajes y situaciones. Todos creyeron oportuno intercalar en la obra algunas arias y romanzas; procedieron a componerlas y la participativa Filina, adaptándolas a melodías conocidas, se

puso a improvisarlas.

Ella tenía uno de sus días encantadores, muy encantadores. Con todo tipo de bromas supo animar a nuestro amigo, que se sintió mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Desde que aquel cruel descubrimiento lo arrancara de los brazos de Mariana, se había mantenido fiel al voto de cuidarse de volver a caer en la trampa de un abrazo femenino y de evitar al infiel sexo, guardándose para sí mismo su dolor, sus afectos y sus dulces deseos. La observancia estricta de este voto, hizo que su ser se viera dominado por una fuerza oculta, y, como su corazón no podía permanecer insensible, estaba necesitado de cariño. Volvió a andar por el mundo acompañado de la niebla de su juventud, sus ojos miraban con gozo toda figura atractiva y nunca su juicio sobre algo bello había sido tan benévolo. Es bien imaginable lo peligrosa que en esa situación podía resultar aquella osada joven.

Al llegar a la posada, en el cuarto de Wil-

helm encontraron todo dispuesto para recibirlos, las sillas perfectamente colocadas para una lectura y en el centro la mesa sobre la que fue puesta una ponchera.

Los dramas sobre caballeros alemanes eran por aquella época una novedad y se habían atraído la atención y el afecto de público. El viejo gruñón trajo uno de estos consigo y decidieron leerlo. Una vez que tomaron asiento, Wilhelm abrió el ejemplar y comenzó a leerlo.

Los caballeros y sus corazas, las viejas fortalezas, la fidelidad del corazón, la rectitud, la probidad y especialmente la independencia de los personajes recibieron una gran acogida. El lector puso un gran empeño y arrebató al auditorio. Entre el segundo y el tercer acto trajeron el ponche en un gran recipiente y como en la misma obra se bebía y se brindaba mucho, en esas circunstancias no había nada más natural que los reunidos ocuparan de buena gana el lugar de los héroes y brindaran a la salud de sus personajes favoritos.

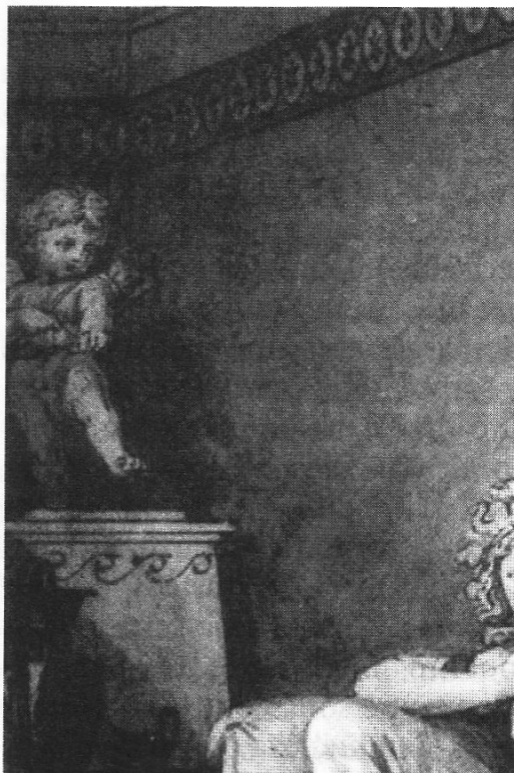
Todos se sintieron inflamados por el fuego del noble espíritu nacional. ¡Cómo les gustó a aquel grupo de alemanes disfrutar de una poesía compuesta con su propio espíritu y sobre la tierra que pisaban! Especialmente producían una honda impresión las bóvedas y las bodegas, los castillos derruidos, el musgo y los árboles de tronco hueco, pero sobre todo les conmocionó la escena nocturna de los gitanos y la del tribunal secreto. Todos los actores se sentían provistos de yelmo y arnés, todas las actrices con sus gorgueras daban fe de ser alemanas. Todos querían adoptar un nombre del drama o de la historia alemana y Madame Melina, quería bautizar al hijo o a la hija que esperaba con el nombre de Adelbert o Mechthilde.

Hacia el quinto acto el aplauso se fue haciendo más ruidoso y más intenso, finalmente, cuando el héroe conseguía huir de su opresor y el tirano recibía su merecido, la fascinación era tal que se podía jurar que no se había pasado una hora mejor. Melina, inspirado por

la bebida, era el que más alborotaba y, como ya se había agotado la segunda ponchera y la medianoche se acercaba, Laertes juró a voz en grito que no había ningún hombre digno de volver a poner sus labios en aquellas copas y arrojó la suya que, rompiendo los cristales de la ventana, cayó en el callejón. Los demás secundaron su acción y, a pesar de las protestas del posadero, que intentó evitarlo con presteza, la ponchera, que, después de aquella solemnidad, no podía volver a ser contaminada por un licor profano, quedó hecha mil pedazos. Mientras las dos jóvenes estaban tumbadas en el canapé en posturas no muy decorosas, Filina era la que mejor disimulaba su embriaguez y alborotaba a los otros con malignas intenciones. Madame Melina empezó a recitar sublimes poemas y su marido, que borracho perdía los papeles, empezó a quejarse de lo mal hecho que estaba el ponche, aseguró que él entendía la organización de una fiesta de un modo muy distinto y, cuando Laertes le pidió que se callara, se puso

mucho más hosco e hizo mucho más ruido, y, sin pensárselo mucho, le lanzó los restos de la ponchera a la cabeza armando un estruendo mucho mayor.

Entretanto vino una patrulla de la guardia y exigió entrar en la casa. A Wilhelm enardecido por la lectura, aunque poco bebido, le costó mucho tranquilizar a la patrulla, consiguiéndolo con ayuda del posadero, buenas palabras y unas monedas. Mayor trabajo le costó llevar a sus casas a los borrachos dado el lamentable estado en el que se encontraban. Cuando volvió se tumbó, rendido por el sueño y descontento por lo ocurrido, vestido en la cama. No encontró nada comparable a la desagradable sensación que experimentó cuando, al abrir los ojos el día siguiente, vio los desperfectos producidos el día anterior, el desorden y los efectos perniciosos causados por una obra llena de ingenio, pasión y nobles intenciones.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

TRAS una breve reflexión, Wilhelm llamó al posadero y le dijo que cargara a a su cuenta los perjuicios y los gastos causados. Al mismo tiempo supo, no sin fastidio, que Laertes había tratado con tan poca consideración a su caballo, que probablemente lo había dejado cojo, por lo que el herrero tenía muy pocas esperanzas de recuperarlo.

Un saludo de Filina desde su ventana, le hizo recobrar algo su buen humor. Así, se apresuró a aproximarse a la tienda más cercana para comprarle el regalo que le debía en compensación por la navajita que ella le dio, y hemos de decir que no se mantuvo en los límites de un trueque equitativo de regalos. No sólo le regaló dos graciosos pendientes, sino que añadió a ellos un sombrero, un pañuelo y otras pequeñeces de las que los primeros días le viera a ella

derrochar pródigamente.

Madame Melina, que precisamente entró en el momento en el que Wilhelm le entregaba los regalos, quiso antes de comer hablarle muy en serio acerca de sus sentimientos por esa muchacha. Él se quedó muy sorprendido porque no creía merecer aquellos reproches. Juró y perjuró que no se le había ocurrido en modo alguno poner sus ojos en una muchacha tan veleidosa. Se disculpó en la medida que pudo por su amistoso y fino trato hacia ella, pero no tranquilizó a Madame Melina, más bien ésta se puso más disgustada porque comprobó que sus lisonjas, con las que se había ganado cierta preferencia por parte de nuestro amigo, no le habían bastado para vencer los ataques de una persona con más vitalidad y juventud y más agraciada por la naturaleza que ella.

Su marido se encontraba de pésimo humor desde que estuvo sentado a la mesa y estaba empezando a quejarse por nimiedades

cuando entró el posadero y les presentó a un arpista.

-Seguro que les complacerá la música y los cantos de este hombre; nadie que lo ha oído ha dejado de alabarlo ni de darle alguna cosa.

-Échelo usted -repuso Melina-, no estoy para que me cante un organillero, además entre nosotros hay cantantes que con gusto se ganarían algunas monedas.

Acompañó esas palabras con una mirada maliciosa a Melina. Ella entendió la indirecta, pero para su fastidio, salió en defensa del cantante. Se volvió hacia Wilhelm y dijo:

-¿Por qué no hemos de escuchar a este hombre? ¿Acaso no vamos a hacer nada para evitar este aburrimiento?

Melina iba a replicarle y se hubiera armado una buena gresca si Wilhelm no hubiera saludado al cantor que en este momento entraba.

La facha de este hombre extraño produjo sorpresa en todo el grupo. Y él tuvo tiempo de

sentarse antes que alguien se atreviera a preguntarle o a ofrecerle algo. Un cerco de canas rodeaba su calva cabeza. Tenía unos ojos grandes, azules y de mirada agradable bajo sus blancas cejas. A la altura de una nariz bien formada se cerraba una luenga barba blanca que no llegaba a cubrir una bonita boca y un largo gabán marrón cubría su esbelto cuerpo desde el cuello hasta los pies. El empezó a templar el arpa que ya había colocado delante de sí.

Los armoniosos sonidos que conseguía producir con el instrumento, agradaron a la concurrencia.

-¿Canta usted también, buen anciano? -dijo Filina.

-Cántenos algo que cautive el corazón y el espíritu y al mismo tiempo encienda los sentidos -dijo Wilhelm-. El instrumento sólo debe acompañar a la voz; pues las melodías, los acordes y las escalas sin palabras, me parecen mariposas o bellos pájaros de colores que revolotean a nuestro alrededor que deseamos apre-

sar y tener en nuestro poder. Por el contrario, el canto es como un genio que nos eleva al cielo e invita a lo mejor de nuestro yo a acompañarlo.

El viejo miró a Wilhelm, luego dirigió su mirada a las alturas, hizo algunos rasgueos en el arpa y comenzó a cantar. Se trataba de una loa del canto, que celebraba la dicha de los cantores e invitaba a los hombres a honrarlos. Cantó con tanta viveza y autenticidad que parecía haber compuesto la canción en aquel instante y para aquella ocasión. Wilhelm apenas pudo reprimir su deseo de abrazarlo; sólo lo mantuvo sentado en su silla el temor a provocar enormes risotadas entre los otros, que a media voz estaban haciendo estúpidos comentarios y discutiendo acerca de si el desconocido era un fraile o un judío.

Cuando se le preguntó acerca del compositor de la canción, no dio ninguna respuesta concreta; tan sólo aseguró que tenía un rico repertorio y deseaba agradecerlos. La mayor parte de la compañía estaba contenta y feliz, pues

hasta Melina había vuelto a ser franco a su modo. Mientras los miembros del grupo reían y bromeaban, el viejo empezó a cantar una ingeniosa loa de la vida en sociedad. Empezó alabando la armonía y la concordia con agradables acordes, mas de pronto su canto se hizo seco, brusco y confuso; la letra empezó a censurar la odiosa cerrazón y la mezquina enemistad, a lamentar la peligrosa discordia. De buen grado arrojaron todas aquellas almas lejos de sí aquellas cadenas, cuando el viejo, llevado por las alas de una penetrante melodía, cantó en honor de aquellos que apaciguan los ánimos ajenos y ponderó la dicha de las almas que están en armonía consigo mismas.

Apenas hubo acabado, Wilhelm exclamó:

-Quien quiera que seas tú, que llegas a nosotros como un espíritu protector con una voz que nos bendice y nos aviva, recibe mi elogio y mi agradecimiento. Sabe que todos te admiramos y ten confianza de decirnos todo lo que necesites.

El viejo calló, hizo deslizar los dedos por las cuerdas, después empezó a tañerlas con más energía y empezó a cantar:

«¿Qué es lo que oigo ante el portón?

Qué son viene del puente?

Deseo que ese cantar
se escuche en mis salas.

A ese viejo lo quiero aquí»

Y el paje corrió a cumplir
aquel regio mandato.

«Nobles caballeros, salud,
salud, bellas señoras.

Rico firmamento formáis
con un sinfin de estrellas.

Lleno de lujo el salón.

Ojos, cerraos, no dejéis
que me quede extasiado».

Cerró los ojos el cantor
y alcanzó bellos tonos.
En los nobles admi-

ración

y embeleso en las
damas.

El rey, al que el canto
gustó,

le concedió con grati-
tud una cadena de oro.

«La cadena no me donéis,
que es don de caballeros
ante cuya valiente faz
caen lanzas enemigas.
Concédesela al canciller,
que con el oro cargará
así como con todo.

Mi canto es como el trinar
de las aves del bosque.

De mi garganta la canción
que sale ya es premio.
Os pido sólo un favor
Quiero de ese vino sin par
beberme una copa».

El viejo la copa apuró,
«¡Bebida, dulce unguento!,
¡casa llena de honor
en la que se te ofrece!

Cuando gocéis, pensad en mí
y dad gracias siempre a Dios
por tener este vino»

Terminada la canción, el viejo tomó el vaso de vino que le habían dado y se lo bebió con un amable gesto a la salud de sus benefactores. La reunión estaba muy alegre. Se aplaudió y expresaron sus deseos de que el vino revitalizase sus miembros. Cantó algunos romances más y fue elevando el ánimo de los

congregados.

-Viejo -dijo Filina-, ¿conoces la melodía de *El pastor se arregló para el baile?*

-Claro que sí, si usted quiere cantarla, por mí no va a quedar.

Filina se levantó y se dispuso a cantar. El viejo entonó la melodía y empezó la canción cuya letra no reproduciremos a nuestros lectores porque podrían encontrarla de mal gusto e incluso indecente.

Entretanto el grupo se había bebido ya unas cuantas botellas de vino y empezó a hacer mucho ruido. Como para nuestro amigo todavía estaba fresco el recuerdo de las malas consecuencias de sus alegrías, trató de cortarlas, dándole al viejo una generosa recompensa por su trabajo. Los demás también le dieron algo y le rogaron que se fuera a descansar, pues por la noche deseaban volver a disfrutar con sus destrezas.

Después de que el viejo se hubiera retirado, le dijo Wilhelm a Filina:

-Lo que ha cantado no tiene ningún mérito poético ni moral, pero si usted representara algo digno en el teatro con la misma ingenuidad, propiedad y gracia, obtendría un fuerte y general aplauso.

-Sí -dijo Filina-, debe ser una sensación muy agradable calentarse en el hielo.

-Pero, sobre todo -dijo Wilhelm-, cómo hubiera avergonzado este hombre a unos cuantos actores. ¿Ha notado usted la precisión del tono dramático de sus romances? Sin duda alguna había más vida en su canto que en nuestros envarados personajes de la escena; hay algunas obras que no son más que un mero relato, mientras que en las narraciones musicales de ese hombre habita una presencia viva.

-Es usted injusto -repuso Laertes-, yo no me las doy de gran actor ni de cantante, pero sé que cuando la música dirige los movimientos del cuerpo, los aviva y les da su ritmo, cuando ya me vienen dadas la declamación y la expre-

sión que el autor quiso poner en su obra, me siento un hombre muy distinto de cuando tengo que representar un drama en prosa en el que yo mismo he de construir el ritmo y la declamación, corriendo además el peligro de que mis compañeros puedan estropear mi labor.

-Por lo que yo entiendo -dijo Melina- el viejo nos supera claramente en un aspecto, que, por lo demás, es un aspecto fundamental. La fuerza de su talento se manifiesta en que obtiene provecho de él. Nosotros, que quizás dentro de poco nos veamos en apuros para comer, hemos compartido una comida con él. Con una cancioncilla logra sacarnos el dinero que debíamos emplear en conseguir cierto acomodo. Parece tan agradable derrochar el dinero con el que debíamos asegurarnos nuestra existencia y la de otros...

Esta observación hizo que la conversación experimentara un giro no muy agradable. Wilhelm, al que iba en realidad dirigido el reproche, contestó con cierto ardor y Melina,

que no entendía mucho de refinamiento, le expuso unas cuantas quejas, con secas palabras:

-Ya hace catorce días -dijo- que vimos aquel teatro y aquel vestuario empeñados, y podríamos haberlos conseguido por un precio módico. Me hizo concebir esperanzas de que nos iba a conceder un crédito y hasta ahora no he visto que usted haya seguido pensando en su propuesta o que se haya acercado usted a una decisión. Si usted se hubiera decidido, ya nos podríamos haber puesto en marcha. Tampoco se ha decidido a marcharse, mas entretanto tampoco parece haber estado ahorrando precisamente el dinero y además se lo da a personas que siempre saben darse prisa en gastarlo.

Estos reproches no del todo injustos hicieron mella en nuestro héroe, quien replicó con vehemencia e incluso con cólera, y, mientras los reunidos se levantaron alborotados, él salió de la habitación dando a entender que no

quería permanecer por más tiempo con aquella gente tan ingrata e ineducada. Salió a la calle malhumorado, se sentó sobre un banco de piedra situado delante de su posada sin comprender que, en parte por alegría y en parte por fastidio, había bebido más de lo que acostumbraba.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

POCO después de que Wilhelm se sentara inquieto por ciertos pensamientos y absorto en ellos, Filina salió de la posada y se sentó junto a él, casi se podría decir sobre él. Tan pronto como se puso a su lado, apoyó las manos sobre sus hombros, empezó a jugar con sus cabellos, lo acarició y le dijo las mejores palabras que supo. Le pidió que se quedara y que no la dejara sola en aquella compañía junto a la que podía morir de aburrimiento. Además le dijo que no podía soportar por más tiempo vivir bajo el mismo techo que Melina y por eso se había cambiado de alojamiento.

En vano él intentó deshacerse de ella y hacerle ver que ni podía, ni debía seguir allí más tiempo. Ella siguió en su empeño y, de manera imprevista, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con viva expresión de deseo.

-Está usted loca, Filina? -exclamó Wilhelm intentado zafarse de ella-. No ponga por testigos a los viandantes de unas caricias que no merezco en absoluto. Suélteme, ni debo quedarme aquí ni lo haré.

Pues no te voy a soltar -dijo- y te seguiré besando en la calle hasta que me prometas lo que deseo. Me muero de risa -prosiguió-, después de tomarme estas confianzas, todo el mundo nos tomará por recién casados, y los maridos que vean estas escenas me mostrarán ante sus mujeres como modelo de ingenuidad y ternura.

Efectivamente pasaron por delante algunas personas, mientras siguió acariciándolo con toda la ternura, y él para evitar un escándalo, se vio obligado a adoptar el papel de paciente

marido. Ella hacía muecas a las espaldas de la gente e hizo tal cantidad de extravagancias que consiguió la promesa de Wilhelm de quedarse en la ciudad hoy, mañana y pasado mañana.

-Eres todo un leño -le dijo al despedirse- y yo una tonta por haberte prodigado mis caricias.

Se levantó haciéndose la disgustada, se volvió sonriendo y exclamó:

-Creo que es por eso por lo que me vuelves loca. Voy a por los útiles de punto para hacer algo y guardar las apariencias. Pero tú quédate aquí, que quiero encontrar a mi hombre de piedra en el banco de piedra.

En esta ocasión el juicio de Filina era erróneo, pues de haberse encontrado en un bosquecillo solitario, pese a sus esfuerzos de Wilhelm por no dejarse seducir, las caricias de ella no habrían quedado sin contestación.

Después de haberle echado una mirada llena de descaro, Filina se dirigió a la posada.

Él no tenía ninguna intención de seguirla, pues el comportamiento de la joven le provocaba cierta repulsión, pero, a pesar de ello, se levantó del banco y fue tras ella sin saber por qué.

Estaba a punto de traspasar el umbral, cuando Melina lo interceptó y le suplicó con ademanes de humildad que lo perdonara por las palabras demasiado duras que le había dicho.

-No me tome a mal -le dijo- si, dadas las circunstancias en las que me encuentro, me muestro muy angustiado. Pero la preocupación que me produce tener una mujer, y tal vez muy pronto un niño, me impide, cada día más, vivir con tranquilidad y pasar mi tiempo gozando de sensaciones placenteras, algo que a usted todavía le está permitido. En la medida de lo posible, recapacite y hágame poseedor de los útiles y aperos teatrales que hay aquí. Pronto dejaré de ser su deudor y le estaré a usted eternamente agradecido.

Wilhelm, al que no había gustado ser de-

tenido ante el umbral de la casa, pues en aquel instante la atracción por Filina le impulsaba a cruzarlo, le dijo a Melina con distraído asombro y precipitada generosidad:

-Si puedo hacerlo feliz y dejarlo satisfecho, no tengo nada más que pensar. Vaya usted a arreglarlo todo. Esta tarde o mañana a primera hora podré pagar el dinero.

Acto seguido le dio a Melina la mano confirmando su promesa y se puso muy contento cuando lo vio cruzar la calle. Desgraciadamente fue detenido por segunda vez de un modo que le resultó muy desagradable antes de entrar en la casa.

Un hombre joven, que iba a paso rápido por la calle con un hatillo sobre su espalda, se acercó a Wilhelm. Este lo reconoció y vio que se trataba de Federico.

-Aquí estoy de nuevo -exclamó mientras con sus ojos azules echaba un vistazo a todas las ventanas-. ¿Dónde está la señora? ¿Quién diablos puede vivir sin verla?

El posadero que llegaba precisamente en aquel momento, le dijo:

-Está arriba.

El joven subió a grandes trancos las escaleras y Wilhelm se quedó parado junto al umbral, como si hubiera echado raíces allí. En el primer impulso estuvo tentado de coger al muchacho por los pelos; pero luego los mismos celos le impidieron seguir sus impulsos y cumplir sus ideas y, como poco a poco se fue recobrando de su inmovilidad, se sintió invadido por una inquietud y una desazón como nunca antes había sentido.

Cuando llegó a su cuarto, se encontró a Mignon escribiendo. La muchacha, desde algún tiempo a esta parte, se afanaba en referir todo lo que sabía y le entregaba sus escritos a su amigo y señor para que los corrigiera. Ella era incansable y comprendía bien todo, pero las letras le salían desiguales y hacía torcidos los renglones. Aquí también el cuerpo parecía estar en oposición al espíritu. Wilhelm, al que agra-

daba mucho el interés que ponía la niña cuando estaba tranquilo, no hizo mucho caso en esta ocasión de la plana que le mostraba. Esto le dolió y deprimió a la criatura especialmente, pues esta vez creía haber hecho muy bien sus deberes.

La inquietud de Wilhelm lo hizo ir de un lado a otro por los pasillos de la casa y asomarse de nuevo a la puerta de la entrada. En aquel momento un jinete bajaba de su caballo. Se trataba de un hombre que mostraba mucha vida y animación aunque tenía ya muchos años. El posadero se acercó a él, le dio la mano como a un antiguo conocido y le dijo:

-Cuadrillero mayor, ¿otra vez por aquí?

-Tan sólo me acercaba para alimentar al caballo -dijo el desconocido-. Pronto he de ir a la finca y prepararlo todo con suma rapidez. El Conde viene mañana con su esposa y permanecerán un tiempo allí para recibir de la mejor forma posible al Príncipe de que probablemente establecerá aquí su cuartel general.

-Es una lástima que no pueda usted quedarse con nosotros -dijo el posadero- ahora tenemos aquí hospedada a una buena clientela.

El lacayo que acto seguido llegó, se ocupó del caballo de su señor, el cual seguía hablando con el posadero y mirando de soslayo a Wilhelm.

Como éste notó que hablaban de él, se fue de allí y se puso a vagar por las calles.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

EN aquel fastidioso estado de inquietud en que se encontraba, a Wilhelm se le ocurrió ir a ver al anciano, con cuya arpa tenía la esperanza de ahuyentar a los malos espíritus. Al preguntar por él, le indicaron la dirección de una posada de mala muerte situada en un extremo de la pequeña ciudad. Una vez allí, lo enviaron a un desván del que salían los dulces sonidos del arpa. Eran sonidos tranquilizadores

y armónicos acompañados de un canto triste y angustiado. Wilhelm se acercó a hurtadillas hasta la puerta de la habitación, mas no entró en ésta. Como el viejo ejecutaba una especie de fantasía con estrofas repetidas tanto recitadas como cantadas, poco tiempo después de estar allí, nuestro amigo pudo entender que decía lo siguiente:

Quien comió sin llanto su pan,
quien, en noches llenas de espanto,
nunca roto se despertó,
ése no te conoce, Cielo.

Tú decides nuestro vivir.
Tú haces deudor al pobre
pues le procuras dolor
y penitencias en la tierra.

Aquella triste queja hizo mucha mella en el alma del oyente. Le pareció que a veces las lágrimas le impedían al viejo continuar su canto y entonces, durante unos instantes, las cuerdas vibraban solas, hasta que de nuevo el tenue canto volvía a mezclarse con la música. Wilhelm permaneció apoyado en el quicio, su alma estaba muy conmovida, la tristeza del viejo se apoderó de su corazón y, sin hacer nada por contrarrestar su compasión, ni pudo, ni quiso contener las lágrimas que le hizo verter el sentido lamento del anciano. Todos los dolores que apesaban su alma se desencadenaron, abrió la puerta del cuarto y vio al anciano quien, por necesidad, estaba sentado en su cama, ya que era el único mueble de aquella mísera habitación.

¡Qué sensaciones has provocado en mí, viejo! -exclamó Wilhelm-. Has permitido que saliera de mi corazón todo lo que lo acongojaba. Pero no quiero interrumpirte, continúa, mientras alivias tu dolor, haciéndole bien a un

amigo.

El viejo quiso levantarse y decirle algo; Wilhelm lo contuvo, pues aquel mediodía había comprobado que no le gustaba hablar y prefirió sentarse junto a él en aquel saco de paja que le servía de lecho.

El viejo secó sus lágrimas y le preguntó con una amable sonrisa:

-¿Cómo es que usted ha venido aquí? Yo tenía intención de ir a visitarlo esta noche.

-Aquí estamos más tranquilos -repuso Wilhelm-. Cántame lo que quieras, algo que se amolde a tu estado de ánimo y compórtate como si yo no estuviera aquí. Parece como si hoy nunca pudieras fallar. Me pareces afortunado por poder entregarte en soledad a algo tan grato, además, como en todas partes eres un desconocido, puedes encontrar en tu corazón la compañía más preciada.

El viejo pulsó las cuerdas con sus manos y, tras un breve prelude, cantó:

Quien a la soledad se dio,
pronto solo está.
Al que vivió y al que amó
dejadlo en su pesar.
¡Sí!, no me obliguéis
a dejar mi dolor.
Así yo mantendré
mi digna soledad.

Como el que quedó
espió si su amor era fiel,
en la noche y a pleno sol
de mí se apoderó
una tortura cruel.
Por eso, hasta mi fin
en una tumba gris,
¡dejadme en soledad!

Por muchas palabras que empleáramos,
no conseguiríamos expresar adecuadamente el

encanto de la charla que sostuvo nuestro amigo con aquel extraño. A todo lo que el joven decía, contestaba el viejo con acordes de arpa, que despertaban sensaciones afines y abrían un amplio campo a la imaginación.

El que ha asistido a una reunión de hombres piadosos que, separados de la iglesia, creen alcanzar mayor pureza, intimidad y espiritualidad, podrá imaginarse bien la escena que estaba teniendo lugar. Recordará cómo el oficiante recita el versículo de un canto que eleva el alma hasta el punto que el orante desea que alcance en su vuelo. También recordará cómo otro de los miembros de la comunidad añadirá, con otra melodía, un versículo diferente de otro cántico. Un tercer cantante acompañará este verso de otro. De todo eso resulta que se obtenga una impresión general del libro del que se extrajeron los versículos y, al mismo tiempo, cada uno de los pasajes adquiere al unirse a otros novedad e individualidad, como si hubieran sido inventados en ese momento. Para estas

comunidades, una serie de ideas expresadas en cantos y proverbios configura un todo especial cuyo disfrute las aviva, las fortalece y las consuela.

De la misma manera el anciano suponía un acicate para Wilhelm: aquellos cantos y pasajes conocidos y desconocidos ponía en circulación sentimientos cercanos y lejanos, despiertos y dormidos, agradables y desagradables, que, en el estado anímico de nuestro héroe, produjeron felices resultados.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

VOLVIENDO a la posada, Wilhelm empezó a pensar en su situación mucho más seriamente de lo que lo había hecho hasta entonces. Estaba decidido a marcharse de aquel lugar y volver a casa cuando el posadero le dijo que Mademoiselle Filina había conquistado al Cuadrillero mayor del Conde, el cual, después de haber cumplido con su encargo y haber vuelto

con la mayor premura, había ordenado que le prepararan una cena, que ahora disfrutaba en compañía de ella en su cuarto.

Precisamente en aquel instante apareció Melina con el notario. Ambos fueron al cuarto de Wilhelm, donde éste, tras un breve titubeo, cumplió su palabra, entregando a Melina, a cambio de una letra aceptada, la cantidad de trescientos taleros. Éste se los entregó a su vez al notario y recibió de éste el documento que acreditaba la compra de todo el utillaje teatral, que le sería entregado al día siguiente por la mañana.

Apenas se hubieron ido, Wilhelm oyó un horrible alarido que procedía del interior de la casa. Una voz juvenil iracunda y amenazante se oía fundida con llantos y sollozos. Esta voz venía de abajo y, dejándose percibir en su cuarto, pasaba de largo y se perdía en el patio.

Cuando nuestro amigo no pudo resistir más la curiosidad, vio a Federico sumido en un furibundo ataque. El muchacho lloraba, rechi-

naba los dientes y cerraba los puños con ademán amenazante, y estaba totalmente descompuesto por la ira y el disgusto. Mignon lo observaba con sorpresa. El posadero trató de explicar la escena.

Después de su llegada el muchacho se sintió muy contento y había estado muy dispuesto y despierto, porque Filina lo había recibido muy bien. Desde entonces todo había sido coser y cantar para él, hasta que Filina conoció al Cuadrillero mayor. A partir de ese momento ese muchacho, a medio camino entre niño y hombre, empezó a mostrar su disgusto, a golpear las puertas al cerrarlas y a vagar de acá para allá. Filina le había mandado que sirviera la cena esa noche y, por eso, se puso más mohíno e insolente. Finalmente, al servirles una fuente de ragú, en lugar de posarla sobre la mesa, la dejó caer entre mademoiselle y su huésped, que estaban sentados muy juntos. Acto seguido, el Cuadrillero mayor le dio un par de bofetadas y lo echó de la habitación. El

mismo posadero hubo de ayudar a los dos clientes a limpiar su ropa, que había quedado bastante malparada.

Cuando el muchacho reparó en el éxito de su venganza, se puso a reír sin que las lágrimas dejaran de correr por sus mejillas. Estuvo riéndose con ganas durante un tiempo, hasta que recordó la humillación a la que le había sometido un individuo más fuerte que él, lo que hizo que empezara a sollozar y a proferir amenazas.

A Wilhelm la escena lo dejó pensativo y abochornado, porque vio en la misma un reflejo de sus propios pensamientos llevado a la máxima exageración. El también estaba enardecido por los celos; él, si el decoro no se lo hubiera impedido, también habría dado rienda suelta a su ira, habría sido cruelmente irónico con el objeto de su amor y se habría enfrentado a su rival; a él le hubiera encantado deshacerse de todas las personas que parecían estar allí sólo para fastidiarlo.

Laertes, que también estaba allí y se había enterado de lo ocurrido, le siguió la corriente al muchacho cuando dijo que el Cuadrillero mayor le tenía que dar una satisfacción, pues no iba a permitir que lo ofendiera y, además, en caso de que el Cuadrillero se negara, ya sabría él cómo vengarse.

Laertes se sintió en su salsa y subió a la habitación para anunciarle al Cuadrillero que el muchacho lo había retado.

-Es muy divertido -dijo éste-. No me había imaginado que me fueran a hacer esta noche una broma semejante.

Bajaron y Filina los siguió.

-Hijo mío -dijo el Cuadrillero a Federico-, eres un valiente muchacho y no rehusaré batierte contigo, más como el desequilibrio de nuestras edades y nuestras fuerzas puede hacer que el asunto se tome muy arriesgado, en lugar de otro tipo de armas, propongo que utilicemos dos floretes sin punta, que frotemos los botones de los extremos con tiza y que el primero que

consiga marcar un golpe en el traje del otro, o, si te place, el que consiga marcar más golpes, sea considerado ganador e invitado por el otro al mejor de los vinos que pueda tomarse en la ciudad.

Laertes decidió que esta propuesta era aceptable y Federico accedió, pues aquella era la decisión de su maestro. No tardaron mucho en traerles los floretes. Filina se mantuvo sentada haciendo punto y con gran serenidad de espíritu.

El Cuadrillero, que era un gran espada-chín, tuvo la gentileza de dejarse hacer varias marcas por el muchacho, después de lo cual, se abrazaron y les fue servido vino. El Cuadrillero quería saber cuál era el origen de Federico y cómo había transcurrido su vida. Federico le contó un cuento que ya había repetido en muchas ocasiones y que ya referiremos a nuestros lectores en otra ocasión.

Aquel duelo fue culminando la representación en el alma de Wilhelm de sus propios

sentimientos, pues no podía negar que hubiera deseado atacar al Cuadrillero con un florete o mejor con un puñal, pues había podido ver cómo aquél le superaba con creces en esgrima. Sin embargo, no le dedicó a Filina ni una sola mirada, se cuidó de expresar cualquier opinión que pudiera revelar su estado de ánimo, y, después de haber brindado por los combatientes, se apresuró a irse a su cuarto, donde le asaltaron miles de pensamientos desagradables.

Recordó la época en que su espíritu se veía elevado por un incondicionado y esperanzado impulso y en que, estaba sumido, como en su propio elemento, en los más vivos placeres de todo tipo. Veía claramente que ahora había caído en una holgazanería en la que todavía de vez en cuando sorbía un poco de aquello que antes tomaba largos tragos. Sin embargo, no acertaba a ver qué necesidad le había impuesto la naturaleza y cómo las circunstancias hacían más intensos los efectos de esta necesidad, pues sólo la habían satisfecho a medias y luego la

habían inducido a descarriarse.

Por eso a nadie debe extrañar, que la labor de observación de su estado y de reflexión sobre el mismo lo llevara a la confusión más grande que se pudiera imaginar. Por una parte su amistad por Laertes, la atracción que sentía por Filina y el afecto que lo unía a Mignon lo habían retenido más de lo deseado en un lugar y en compañía de unas personas que le permitían alimentar sus anhelos más queridos, satisfacer sus deseos aunque fuera a escondidas y, sin proponerse ningún fin concreto, recuperar sus viejos sueños. De todos modos, él se creía con entereza suficiente para romper aquellos lazos. Sin embargo, por otra parte, hacía poco tiempo que había empezado una relación comercial con Melina y acababa de conocer a aquel misterioso viejo, y el intento de resolver su enigma se había convertido para él en un deseo enormemente fuerte. Después de darle a todo esto muchas vueltas en la cabeza, resolvió no tomar en consideración ninguno de estos

motivos, y se dijo decidido o creyendo estarlo:

Me iré, debo marcharme.

Y se dejó caer en un sillón pues estaba muy conmovido. En esto entró Mignon para preguntarle si debía rizarle el pelo. Había venido sin hacer mucho ruido y parecía muy afectada porque él le hubiera concedido tan poca atención aquella mañana.

No hay momento tan conmovedor como el de la muestra externa de un cariño que se ha mantenido en silencio y se ha ido alimentando en secreto para el que no ha reparado en él. El brote que tanto tiempo había estado cerrado ya estaba maduro y el corazón de Wilhelm no podía estar en una situación más receptiva. Ella estaba ante él y percibía su inquietud.

Señor –exclamó- si tu estás triste, ¿qué será de Mignon?

¡Adorable criatura! -dijo mientras le tomaba la mano-, tú también eres uno de mis pesares. Debo marcharme.

Ella lo miró a sus ojos en los que había

lágrimas mal contenidas y se puso de rodillas ante sus pies. El tomó sus manos, ella posó su cabeza a la altura de una de sus rodillas y se sintió tranquila. El jugó con sus cabellos durante unos momentos y fue muy tierno. Finalmente él sintió en ella cierto estremecimiento que poco a poco fue apoderándose de todos sus miembros.

-Qué te pasa, Mignon? -inquirió-, .qué te sucede?

Ella enderezó su cabecita y lo miró y de pronto señaló al corazón con un gesto de dolor. Wilhelm la levantó y ella se estrechó contra su vientre y él la abrazó y la besó. Ella no le contestó con ningún gesto: ni le apretó con fuerza las manos, ni hizo ningún movimiento. Puso la mano con más fuerza en su corazón y profirió un grito acompañado de convulsivos movimientos de su cuerpo. Se incorporó y en seguida cayó ante él como si todas sus articulaciones se hubieran roto en un momento.

-Mi pequeña -exclamó tomándola en sus

brazos y abrazándola-, mi pequeña, ¿qué te ocurre?

Aquellos temblores continuaron y se propagaron a sus miembros. Ella colgaba de sus brazos. Él la oprimió contra su pecho y la regó con lágrimas. De pronto una nueva convulsión se apoderó de ella haciéndole soportar un dolor extremo, repentinamente sus miembros volvieron a cobrar vida y se echó al cuello de Wilhelm como un resorte que salta, en tanto en su interior pareció quebrarse algo y un torrente de lágrimas empezó a bajar de sus ojos cerrados a su pecho. Él la abrazó y ninguna palabra podría explicar la amargura y la fuerza de aquellas lágrimas. Sus cabellos se le habían soltado y parecían caerle a lo largo; todo su ser pareció sumergirse en un arroyo de lágrimas. Sus rígidos miembros fueron relajándose, su interior se derramó afuera y, en la confusión del momento, Wilhelm pensó que ella se fundiría en sus brazos y no quedaría nada de la niña. Él la apretó cada vez con más fuerza.

-Pequeña, mi pequeña -exclamó-. Tú eres mía. Ojalá estas palabras te calmen. Tú eres mía, te quedarás conmigo, no te abandonaré.

Sus lágrimas siguieron corriendo durante un rato hasta que se enderezó. En el rostro de la niña resplandecía una tierna serenidad.

-Padre mío -exclamó-, no quieres abandonarme, quieres ser mi padre, yo soy tu pequeña.

Tras la puerta empezó a sonar dulcemente el arpa, el viejo homenajeó a su amigo con sus canciones más sentidas. Wilhelm, apretando cada vez con más fuerza a su pequeña, disfrutó de la ofrenda con la más indescriptible de las dichas.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

En el país del limonero en flor,
se ve a las naranjas resplandecer,

la brisa baja del cielo azul
y el mirto y el lauro en sazón están.

¿Lo conoces tú?

¡Allí!, ¡allí!,

¡quisiera contigo, mi amada, ir!

En la casa donde abunda el pilar,

las salas no cesan de refulgir,

las estatuas nos quieren escrutar

y a veces nos hacen sentir terror.

¿La conoces tú?

¡Allí!, ¡allí!,

¡quisiera ir contigo, mi protector!

En la niebla espesa del monte aquel,

la mula lucha por no tropezar.

En las quebradas habita el dragón

y cae sobre la roca el manantial.

¿Lo conoces tú?

¡Allí!, ¡allí!,

¡buen padre, por favor, déjanos ir!

Cuando, a la mañana siguiente, Wilhelm buscó a Mignon por la casa, no la encontró, pero le dijeron que había salido muy temprano de allí con Melina, el cual había madrugado para hacerse cargo del vestuario y el utillaje teatrales.

Pasadas unas horas, Wilhelm oyó música delante de su puerta. Pensó en un principio que se trataba del arpista, sin embargo, pronto distinguió el sonido de una cítara y la voz que cantaba era la de Mignon. Wilhelm abrió la puerta y la niña entonó la canción que hemos transcrito.

A pesar de que no entendió algunos de los versos, la melodía y la expresión le gustaron a nuestro amigo sobremanera. Le pidió a la niña que le repitiera y explicara las estrofas, él las copió y las tradujo al alemán. Sin embargo, nuestro amigo sólo pudo imitar muy lejanamente la originalidad de los giros, pues la ino-

encia infantil de la expresión desapareció al convertir la lengua correcta en regular y lo incoherente en ordenado. Mas nada podía compararse con el encanto de la melodía.

La niña comenzaba cada verso con aire solemne y suntuoso, como si quisiera llamar la atención sobre algo prodigioso y muy importante. Al llegar al tercer verso de cada estrofa, el canto se hacía más grave y sombrío; luego pronunciaba «¿Lo conoces tú?» con aire de misterio y tono quedo; en el «¡Allí!, ¡allí!» había mucha nostalgia contenida; sin embargo, el «déjanos ir» final era pronunciado de manera diversa cada vez que repetía la canción: unas veces el tono era de súplica apremiante, otras apasionado y lleno de esperanza.

Después de haber repetido la canción por segunda vez, guardó un momento de silencio, miró penetrantemente a Wilhelm y le preguntó:

-Conoces ese país?

-Debe ser Italia. ¿Dónde oíste esa canción?

-¡Italia! -dijo Mignon expresivamente-. Si vas a Italia, llévame contigo, aquí me muero de frío.

-¿Es que ya has estado allí, pequeña?

La niña permaneció callada y no se le pudo sacar nada más.

En esto llegó Melina, que se congratuló de que la cítara hubiese sido arreglada con tal presteza. El instrumento era una pieza del inventario del antiguo teatro. Mignon le había pedido esta mañana que se lo dejara, el arpista lo había provisto de cuerdas y la niña mostró un talento que, hasta entonces, nadie había sospechado que tuviera.

Melina ya se había hecho cargo de todo el vestuario y el utillaje teatral. Algunos miembros del ayuntamiento le prometieron inmediatamente el permiso para hacer representaciones en la localidad. Volvió a la posada con alegre corazón y cara de alivio. Parecía un hombre diferente, pues estaba amable y cortés con todo el mundo, incluso solícito y encantador. Se sen-

tía muy afortunado de poder ofrecerles trabajo a sus amigos, que hasta ahora habían estado apurados y ociosos. Eso sí, todavía lamentaba de que durante algún tiempo no podría remunerar como se merecían por sus capacidades y talentos a los miembros del grupo a los que su suerte le había llevado a conocer, pues, ante todo, se sentía obligado a saldar su deuda con Wilhelm, un amigo que se había mostrado tan generoso.

-No puedo expresar con palabras -le dijo Melina- mi agradecimiento por la prueba de amistad que me da al posibilitar que asuma la dirección de un teatro. Recuerdo que, cuando lo conocí, estaba en una situación muy extraña. Seguro que no ha olvidado la vehemencia con la que expresé mi aversión por el teatro. Sin embargo, tan pronto como me casé, impulsado por mi mujer, que deseaba el calor y el aplauso del público, empecé a buscar un contrato de trabajo en este mundillo. No obtuve ninguno o, al menos, no disfruté de trabajo estable, sin

embargo, afortunadamente, encontré a unos hombres de negocios que, en casos extraordinarios, necesitaban alguien que supiese manejar la pluma, conociese la lengua francesa y no anduviera mal en cálculo. Así me fue bien durante algún tiempo, cobraba un sueldo decente, podía adquirir objetos que me aseguraban ciertas comodidades y mi situación no me resultaba en absoluto vergonzosa. Pero los contratos esporádicos de mis benefactores se acabaron y mi mujer me apremió para que me dedicara al teatro, justo en una época que desgraciadamente no es la mejor para presentarse decorosamente al público por medio de este arte. Ahora confío en que la compañía que me ha ayudado usted a montar pueda ser para los míos el comienzo de un tiempo dichoso y así podré agradecerle mi futura felicidad, de cualquier manera que esta pueda venir.

Wilhelm escuchó estas palabras con agrado. También todos los actores quedaron conformes con las explicaciones del nuevo di-

rector. En su fuero interno, estaban muy contentos por haber obtenido tan rápidamente trabajo y se mostraron dispuestos a cobrar un sueldo muy modesto en principio, pues la mayoría vio aquello como una oportunidad que se les brindaba y que iba mucho más allá de sus expectativas actuales. Melina pudo aprovecharse de esta buena disposición de los cómicos, buscó hábilmente el modo de hablar con cada uno por separado y supo convencer a unos con ciertos argumentos y a otros con razones distintas. De esta manera todos se apresuraron a firmar los contratos sin reparar en el compromiso que asumían, pues creyeron que, trabajando seis semanas bajo las condiciones estipuladas, su situación se regularía.

Ya sólo faltaba especificar formalmente las condiciones. Por su parte, Melina estaba pensando ya en la primera obra con la que pretendía atraer al público, cuando llegó un correo que le anunció la llegada del Conde al Cuadrillero mayor y éste ordenó al momento que se

prepararan los caballos de relevo.

No tardó en hacer alto ante la posada el coche, que iba muy cargado y de cuyo pescante bajaron dos lacayos. Como era habitual en ella, Filina fue la primera que se asomó, colocándose ante la puerta de la posada.

-Quién es usted? -preguntó la Condesa al entrar.

-Una cómica para servir a su Excelencia - y al proferir esta respuesta, la picarona hizo una reverencia con cara de respeto y humildes gestos y le besó la falda.

El Conde, que se vio también rodeado de unas cuantas personas que decían ser actores, preguntó por el número de miembros de la compañía, los últimos lugares donde había actuado y la identidad del director.

-Si fueran franceses -le dijo el Conde a su esposa-, podríamos darle al Príncipe una alegría inesperada, procurándole bajo nuestro techo su diversión favorita.

-Aunque desgraciadamente este grupo

está formado sólo por alemanes -repuso ella-, tal vez nos convendría llevarnos a esta gente para que actuara en nuestro palacio durante una vista del Príncipe. Seguro que no son malos actores. No hay mejor distracción para la alta sociedad que el teatro y seguro que el Barón no dejaría de prestarnos su apoyo para formarlos.

Mientras conversaban así, fueron subiendo la escalera y una vez arriba, Melina se presentó como director.

-Convoque a su gente -dijo el Conde- y preséntemelos para que pueda conocerlos. También me gustaría que me indicaran su repertorio, por si alguna vez deseara que me representaran algo.

Melina salió de la estancia haciendo una profunda reverencia y se acercó a sus actores. Se apresuraron a presentarse, unos lo hicieron mal por su deseo de agradar, los otros lo hicieron no mucho mejor por lo descuidado de sus maneras. Filina presentó a la Condesa, que era extraordinariamente generosa y amable,

todos sus respetos; entretanto el Conde fue pasando revista a los demás. Le preguntó a cada uno de ellos cuál era su especialidad y le dijo a Melina que había que atenerse estrictamente a estas especialidades, propuesta que Melina acogió con el mayor de los beneplácitos.

El Conde fue aconsejando a cada uno de ellos lo que tenían que estudiar, qué debían mejorar en su figura y actitud. También les explicó aquello en lo que habitualmente fallaban los alemanes y mostró tal caudal de conocimientos en la materia, que todos escucharon con el máximo respeto a tan perspicaz crítico e ilustre mecenas, sin apenas atreverse a respirar.

-Quién es ese hombre que está allí en ese rincón? -preguntó el Conde, mirando en dirección a un individuo que aún no había sido presentado. En el acto se adelantó hacia él una escuálida figura con una raída levita remendada por los codos y con la cabeza cubierta por una lastimosa peluca.

Este individuo al que conocemos por el

libro anterior como favorito de Melina solía hacer los papeles de pedante, maestro y poeta. En general todos estos papeles lo obligaban a recibir bastonazos, puntapiés y a que sobre él se dejaran caer jarros de agua. Por eso se había acostumbrado a encorvarse de forma rastrera, ridícula y pavorosa, además su tartamudez natural, que estaba en consonancia con sus papeles, hacía reír al público, por lo que se le consideraba un miembro útil para la compañía, especialmente teniendo en cuenta que, además, era muy servicial y complaciente. Se acercó de este modo al Conde y contestó a sus preguntas con los ademanes que solía emplear en escena. El Conde lo observó con complacida atención, recapacitó durante un rato y le dijo a la Condesa:

-Querida, mira a ese hombre con detenimiento, puedo asegurarte que es un gran actor o puede llegar a serlo.

El hombre hizo con toda su alma una estúpida reverencia que le hizo al Conde reír y

exclamar:

-Actúa excelentemente. Apuesto a que ese hombre podría representar lo que quisiera, es una pena que no se le utilice para nada mejor.

Aquel elogio tan extraordinario no agradó a los otros. Sin embargo, Melina no tuvo tal sensación, más bien asintió a las palabras del Conde y respondió con sumo respeto.

-Ah, ya lo creo. A él y a la mayoría de nosotros nos ha faltado un conecedor del arte como usted y un estímulo como el que hemos encontrado en su excelencia.

-¿Es ésta toda la compañía? -preguntó el Conde.

-Tal vez falte algún miembro para completarla -respondió el hábil Melina-, pero si tuviéramos dinero, podríamos reclutarlos por la comarca.

Entretanto le dijo Filina a la Condesa:

-Arriba hay un joven muy guapo, que podría calificarse como primer galán.

-¿Por qué no se deja ver por aquí? -dijo la Condesa. -Iré a buscarlo -exclamando esto, Filina se dirigió a la puerta de salida.

Encontró a Wilhelm entretenido con Mignon y lo convenció para que la acompañara. Él siguió aunque de mala gana, sin embargo sentía cierta curiosidad por conocer a personas distinguidas. Entró en el cuarto e inmediatamente su mirada se cruzó con la de la Condesa que también la había dirigido a él. Filina lo llevó ante la dama, después que el Conde hubiera acabado de departir con todos los demás. Wilhelm la saludó con una reverencia y dio contestación, no sin cierto apuro, a diversas preguntas que la encantadora dama le hizo. Su belleza, su juventud, su gracia y su delicadeza le hicieron la mejor de las impresiones, tanto más porque sus palabras y ademanes iban acompañadas de cierta timidez e incluso se podría decir que de azoramiento. También fue presentado al Conde, que apenas reparó en él y se llevó a su mujer ante la ventana, donde pareció que le pre-

guntaba algo. Se pudo comprobar cómo su opinión coincidía plenamente con la de su marido. Ella parecía estar implorándole algo y reforzándolo luego en su decisión.

Se volvió hacia la compañía y dijo:

-En este momento no puedo prolongar mucho mi estancia aquí, pero mandaré aquí a un enviado y, si las exigencias de ustedes no son desmedidas y muestran mucho interés y tesón en su trabajo, no tendré ningún problema en invitarlos a actuar en mi palacio.

Todos mostraron una gran alegría, especialmente Filina, que besó las manos de la Condesa con devoción.

-Mira, muchacha -dijo mientras le acariciaba la mejilla a aquella picarona joven-, cuando me visites, cumpliré mi promesa, pero habrás de venir mejor vestida.

Filina se disculpó por no poder permitirse gastar mucho en vestuario e inmediatamente la Condesa les ordenó a sus doncellas que trajeran una pamelita y un pañuelo de seda para su

cuello. La misma Condesa vistió a Filina, que continuó comportándose con ademanes de aparente santidad e inocencia.

El Conde pidió a su mujer que le diera la mano y la condujo abajo. Al marcharse fue despidiéndose amigablemente de toda la compañía, en un momento, se dirigió a Wilhelm al que dijo:

-Pronto nos volveremos a ver.

Aquellas buenas perspectivas animaron a la compañía, todos dejaron correr libremente sus esperanzas, deseos y fantasías. Hablaron de los papeles que esperaban representar, de los aplausos que deseaban recibir. Melina pensó cómo podría sacarle con rapidez y, mediante un número limitado de funciones, algo de dinero a los habitantes de aquella ciudad y así, al mismo tiempo, estimular a la compañía. Mientras tanto otros fueron a la cocina para pedir un almuerzo mejor del que estaban acostumbrados a comer.

CAPÍTULO SEGUNDO

UNOS días después vino el Barón, el cual fue recibido por Melina no sin cierto temor. Siempre que había hablado de él, el Conde lo había considerado un entendido y era probable que descubriera rápidamente los puntos flacos del pequeño grupo y comprendiera que aquella no era una compañía bien organizada, puesto que apenas estaba capacitada para representar una obra correctamente. Sin embargo, tanto el director como el resto de la compañía dejaron de preocuparse, pues encontraron en el Barón un hombre que contemplaba con entusiasmo el teatro patrio y al que todas las compañías y todos los cómicos le parecían excelentes. Saludó con solemnidad a todos, dijo que se consideraba muy afortunado de haber conocido una compañía alemana, de entrar en contacto con ella y de poder llevar a sus musas patrias al palacio de un pariente suyo. Sacó un cuaderno del bolsillo en el que Melina supuso se encon-

trarían las condiciones del contrato, sin embargo se trataba de algo bien diferente. El Barón les enseñó un drama que había compuesto él mismo y que deseaba fuera representado por ellos y lo leyó pidiéndoles que lo escucharan con cuidado. De muy buen grado ellos formaron un círculo y se sintieron contentos por poder ganarse el favor de un hombre tan importante con tan poco esfuerzo, a pesar de que, por lo abultado del cuaderno, la lectura parecía que iba a prolongarse durante largo tiempo. La obra estaba escrita en cinco actos y era de esas que parecían no acabar nunca.

El protagonista era un hombre distinguido, virtuoso y magnánimo, mas incomprendido y perseguido, aunque al final salía vencedor de sus enemigos, sobre los cuales se había ejercido la más estricta justicia poética, no habiéndoseles perdonado en absoluto .

Mientras se leía la obra, cada uno de los oyentes había tenido tiempo suficiente de pen-

sar en sus asuntos y remontarse de la humildad que hacía poco tiempo sentían a una suerte de feliz engreimiento que les hizo concebir las mejores esperanzas para el futuro. Aquellos que no encontraron en la obra ningún papel apropiado para ellos, consideraron para sus adentros que ésta era de baja calidad y que el Barón era un mal autor. Entretanto los otros, para alegría de su compositor, alabaron vivamente aquellos fragmentos de la obra donde esperaban ser aplaudidos.

La cuestión económica fue resuelta rápidamente. Melina supo cerrar favorablemente para sus intereses el contrato con el Barón y mantener estas condiciones ocultas al resto de los actores.

Melina le habló de Wilhelm al Barón y le aseguró que tenía inmejorables condiciones de autor y que no las tenía malas para llegar a ser actor. El Barón quiso conocer inmediatamente a su colega y Wilhelm le mostró alguna pequeña obra que junto a ciertos objetos de recuerdo se

habían salvado casualmente del fuego aquel día que todos conocemos. El Barón elogió tanto sus obras como su declamación y dio por seguro que él iría con todos al palacio. Al despedirse les aseguró que allí tendrían la mejor acogida, cómodas habitaciones, buena comida, aplausos y regalos y además a Melina le aseguró una gratificación especial.

Se puede sospechar el buen humor que la visita infundió en la compañía, pues sus miembros se encontraron de pronto con esperanzas de honor y comodidad después de haber vivido en la penuria. Se alegraban por anticipado de todo aquello y, por eso, les parecía de mal gusto que en el bolsillo les quedara un céntimo sin gastar.

A todo esto Wilhelm dilucidaba si debía ir con la compañía a aquel palacio, y por más de una razón le pareció adecuado hacerlo. Con este contrato, Melina esperaba reducir, aunque sólo fuera parcialmente, la deuda que con él había contraído, y nuestro amigo, que estaba

ansioso de profundizar en el conocimiento de los hombres, no quería perder la oportunidad de conocer el gran mundo, en el que esperaba encontrar la clave de muchas cosas referentes a la vida, a sí mismo y al arte. Todo ello sin reconocerse a sí mismo que tenía grandes deseos de ver de nuevo a la bella Condesa. Más bien intentó convencerse de cuáles eran las grandes ventajas que le reportaría conocer a personas importantes y ricas. Pensó en el Conde, en la Condesa, en el Barón, pensó en la seguridad, la serenidad y la gracia de su modo de comportarse, y, cuando se halló a solas, decía con fascinación:

-¡Tres veces felices son aquellos a los que ya su nacimiento los eleva por encima de los niveles más bajos de la humanidad! Qué dichosos son ellos, que no tienen que luchar con esas circunstancias que atormentan a algunos hombres buenos y ni siquiera tienen que sufrir transitoriamente su efecto. ¡Su mirada puede ser

general y correcta desde los puntos de vista más altos y fácil cada paso de su vida! Desde que nacen son embarcados en una nave, en la que durante la travesía que todos hemos de hacer, pueden servirse siempre del viento cuando es favorable y eludirlo cuando lo tienen en contra, mientras otros han de desplazarse a nado sacando provecho de rachas de viento propicio y están a expensas de morir extenuados cuando llega el temporal. ¡Qué comodidad, qué holgura propicia un patrimonio heredado! ¡Con cuánta facilidad florece un negocio cuando ha sido fundado contando con un buen capital, lo cual permite que éste siga en marcha a pesar de algún contratiempo o mala inversión! ¿Quién podría distinguir mejor lo valioso de lo no valioso de las cosas terrenas que aquel que ha podido disfrutarlas desde su niñez? ¿Quién puede orientar su ser con más facilidad a lo necesario, a lo útil y a lo verdadero sino aquel que, convencido de sus errores, ha podido empezar una nueva vida en una edad en la que

todavía hay fuerzas para ello?

Así valoraba nuestro amigo la suerte de los que habitan las más altas esferas; pero también la de aquellos que se aproximan a ellas y pueden beber en sus fuentes, y, por eso, alabó su propio espíritu que le hacía estar decidido a subir todos esos peldaños.

A todo esto Melina, después de haberse devanado los sesos para clasificar a los actores según su categoría para que cada uno hiciera su propia aportación a la compañía, tal y como había recomendado el Conde así como siguiendo sus propias intuiciones, se sintió muy satisfecho al ver como, a pesar de tener una compañía muy reducida, todo el personal estaba dispuesto a adaptarse a este o aquel papel. Sin embargo, los papeles de galán se solían encargar a Laertes, los de doncella a Filina, los de muchachas ingenuas y tiernas a las jóvenes y el papel de viejo gruñón tuvo la más adecuada de las asignaciones. Por su parte, Melina creía hacer muy bien los de caballero y Madame Me-

lina, muy a su pesar, recibió los de dulce madre, y, como en las obras más recientes no eran muy comunes los papeles de pedante o de poeta, que hacían habitualmente reír al público, el preferido del Conde que todos conocemos tuvo que hacer los papeles de presidente o de ministro, que eran malvados y solían recibir su merecido en el quinto acto. Melina también gustaba de hacer de gentilhomme y chambelán y soportaba las injurias que en muchas ocasiones les dirigían a éstos en las obras los leales alemanes, porque hallaba ocasión de vestirse elegantemente y de darse aires de gran señor, que creía le iba que ni pintado.

No pasó mucho tiempo para que, desde distintos rincones, afluyeran muchos actores que fueron aceptados sin superar pruebas especiales, aunque tampoco las condiciones de sus contratos fueron muy ventajosas.

Wilhelm, al que Melina ofreciera en varias ocasiones el papel de galán en vano, se puso por completo al servicio de la empresa,

sin que el director le reconociera en absoluto sus desvelos, pues ya creía aquel, por haber asumido el puesto de director, haber alcanzado las cualidades que se deben exigir al que ocupa este cargo. Una de sus ocupaciones favoritas era hacer cortes a las obras, reduciéndolas a la duración conveniente sin tener en cuenta más consideraciones. Atrajo mucho público al teatro y los ciudadanos más escogidos de aquella pequeña población aseguraban que el teatro de la residencia principesca no era ni mucho menos mejor que el suyo.

CAPÍTULO TERCERO

FINALMENTE llegó el día que se había fijado para el viaje, en el cual la compañía debía ser recogida por los coches y carruajes que la condujeran al palacio del Conde. Ya de antemano habían tenido lugar muchas disputas sobre quién debía ir con quién y qué lugar ocuparían. Se consiguió hacer el orden y el reparto

de los asientos con muchos esfuerzos, pero desgraciadamente los intentos fueron en vano, pues en el día señalado vinieron menos coches de los que se esperaban. El Barón, que iba montado a caballo no mucho más atrás, disculpó la escasez de carruajes por la agitación que, por aquel entonces, reinaba en el palacio. Esta no sólo se debía a que el Príncipe se hubiera presentado algunos días antes de lo esperado, sino porque también había venido una visita sorpresa. En consecuencia, el espacio disponible para huéspedes en el palacio se había reducido, por lo que ellos no iban a estar alojados tan cómodamente como se pensaba, y esto lo sentía el Barón en el alma.

Se repartieron los coches lo mejor que pudieron y, como hacia buen tiempo y el palacio no distaba mucho de allí, los más animosos prefirieron emprender el camino a pie, antes que esperar el regreso de los coches. La caravana partió dando gritos de júbilo, experimentando por primera vez la sensación de no estar

preocupados por arreglárselas para pagarle al posadero. El palacio del Conde les parecía como un castillo encantado. Se sentían los hombres más dichosos y satisfechos del mundo y todos, a su modo, asociaban ese día a una variada suerte de motivos de felicidad, honores y bienestar.

Ni siquiera un inesperado chaparrón les sacó de aquel agradable estado de ánimo; sin embargo, como la lluvia empezó a arreciar, algunos de ellos empezaron a tener cierta sensación de incomodidad. Vino la noche y nada les pareció más placentero que ver, desde una colina, el palacio del Conde profusamente iluminado en todos sus pisos, lo que permitió que pudieran contar sus ventanas.

Al irse acercando, se dieron cuenta de que también las ventanas del alzado lateral estaban iluminadas. Todos pensaron para sus adentros que aquellos eran los aposentos que habían dispuesto para ellos, y la mayoría se hubieran contentado con recibir un pequeño

cuarto en la buhardilla o en los laterales del edificio.

Los llevaron atravesando la aldea y pasando de largo por la posada. Wilhelm mandó parar para apearse allí, con la intención de alojarse en la misma, pero el posadero le dijo que no le podía dar ni el menor resquicio, porque el señor Conde, que acababa de recibir unos invitados por sorpresa, había alquilado toda la posada y en la puerta de cada cuarto había sido marcado con tiza quién debía ocuparlo. Contra su voluntad, Wilhelm hubo de ir con el resto de la compañía hasta el palacio.

Alrededor del fuego de un edificio lateral vieron a varios cocineros moviéndose de acá para allá y la escena les produjo alivio. Pronto llegó allí un grupo de servidores con candelabros bajando a saltos las escaleras del edificio principal y a nuestros buenos viajeros se les ensanchó el corazón. Pero qué decepción sintieron al ver que aquel recibimiento se convertía en una lluvia de imprecaciones. Los lacayos

insultaban a los cocheros por haber llevado hasta allá los carruajes y les gritaban instándoles a que salieran de allí y fueran al palacio viejo, pues aquí no había lugar para tales huéspedes. A tan descortés e inesperada acogida se unieron todo tipo de burlas, pues se reían a carcajadas de que, por haber cometido ese error, se hubieran calado hasta los huesos. Seguía arreciando, no se divisaba ninguna estrella en el cielo, la compañía fue conducida, por un camino lleno de baches trazado entre dos muros, al viejo palacio situado detrás del nuevo, aquél había sido habitado hasta que el padre del Conde había mandado construir el que estaba en primer plano. Los coches hicieron alto en parte en el patio y en parte en una abovedada y larga entrada para carruajes. Allí los cocheros, aldeanos dedicados al oficio de carretero, desengancharon y emprendieron su camino de vuelta.

Como nadie salió a recibirles, los viajeros se apearon, gritaron para hacerse notar y bus-

caron a otros; fue en vano. Todo estaba oscuro y silencioso. El viento se filtraba por la carcomida puerta y el aspecto de las viejas torres y el patio era imponente, pues en la oscuridad apenas se distinguían sus siluetas. Por el cuerpo de los comediantes, llenos de temor, corría un escalofrío, las mujeres estaban asustadas, los niños empezaron a llorar, su impaciencia iba en aumento a cada instante; aquel giro de la fortuna, que nadie había esperado, los había sumido en el desconcierto.

Como en todo momento esperaban que viniera alguien para abrirlas, como tanto la lluvia como el ruido de la tormenta los engañaba y, más de una vez, creyeron oír los pasos del esperado portero, se mantuvieron durante un tiempo con el ánimo mortecino e inactivos. A nadie se le ocurrió ir al palacio nuevo a pedir ayuda a un alma compasiva. No comprendían dónde había ido a parar su amigo, el Barón. Estaban en una situación extremadamente peñosa.

Finalmente oyeron acercarse a personas, por sus voces, supieron que eran los compañeros que habían ido a pie y se habían rezagado de los coches. Les contaron que el Barón se había caído del caballo y se había lesionado seriamente el pie y que, una vez se presentaron en el palacio, los habían recibido con brutalidad y los habían mandado aquí.

La compañía al completo estaba llena de perplejidad, se deliberaba sobre qué actitud debía adoptarse, mas no se tomó ninguna decisión. Finalmente vieron aproximarse una linterna hacia ellos y esto propició que tomaran resuello. Sin embargo, las esperanzas de una rápida solución se difuminaron una vez más cuando las figuras se aproximaron y se hicieron más nítidas. Un caballero iluminaba la figura del ya conocido Cuadrillero mayor del Conde y éste se informó con mucho interés por dónde estaba Mademoiselle Filina. Ella tardó poco en adelantarse al resto del grupo y él le pidió que lo acompañara al palacio donde se le había

habilitado un pequeño cuarto en los aposentos de las damas de compañía de la Condesa. Ella no se pensó mucho aceptar llena de gratitud aquel ofrecimiento, tomó del brazo al Cuadrillero y, después de haber confiado la custodia de sus baúles a sus compañeros, se dispuso a alejarse de allí. Sin embargo, el grupo, cerrándole el paso a la pareja, pidió, suplicó e imploró de tal forma la intercesión del Cuadrillero, que sólo pudo marcharse de allí con la bella bajo la promesa de que, en breve, se les abriría el palacio y serían alojados en su interior lo mejor que se pudiera. Desapareció la luz de la linterna y durante mucho tiempo esperaron la aparición de una nueva, que, por fin, después de mucho esperar, censurar e injuriar, se dejó divisar, animándolos con cierto consuelo y esperanza.

Un viejo servidor abrió las puertas del viejo edificio en el que penetraron en tropel. Cada cual se preocupó sólo de sus pertenencias, de ponerlas bajo techo y desempacarlas. La mayoría de los efectos estaban tan calados

como las personas. Con la ayuda de una sola luz, la operación fue muy lenta. En el interior del castillo chocaron unos con otros y tropezaron frecuentemente. Pidieron más luces y solicitaron que les encendieran la chimenea. Aquel sirviente tan amigo de los monosílabos les dejó su linterna por estricta necesidad, se marchó y no volvió a aparecer.

Luego empezaron a revisar la casa; las puertas de los cuartos estaban abiertas; enormes estufas, tapices y suelos taraceados conservaban todavía su pasada magnificencia, pero del restante mobiliario no quedaba nada: no había mesas, ni sillas, ni espejos, apenas si quedaban algunos enormes armazones de camas sin colchón ni ropas; todos los objetos y su ornato habían sido retirados. Los cómicos no tuvieron más remedio que sentarse preferentemente sobre sus baúles y sacos, aunque también los hubo que escogieron el suelo. Wilhelm estaba sentado en una escalera con el cuerpo apoyado en varios peldaños, Mignon se había

puesto sobre su regazo. La niña estaba muy intranquila y, a la pregunta de que le faltaba, ella contestó: «Tengo hambre.» No tenía nada que ofrecer para calmar la demanda de la niña, el resto de la compañía también había agotado sus provisiones y la pobre criatura hubo de quedarse insatisfecha. Durante todos aquellos acontecimientos, Wilhelm se había quedado inactivo, sereno y encerrado en sí mismo, aunque en realidad estaba fastidiado e iracundo por no haber seguido su primer impulso y haberse quedado en la posada, aunque sólo le hubieran ofrecido un desván.

En cuanto a los otros viajeros, cada cual se comportó como solía. Hubo algunos que apilaron un montón de madera vieja en una enorme chimenea y, con gritos de júbilo, lo encendieron para calentarse. Desgraciadamente también esta esperanza de secarse y calentarse se vio frustrada de la forma más horrible. Esta chimenea era un adorno del salón y en consecuencia, carecía de hueco para dar salida al

humo. Este empezó a inundar las habitaciones. La madera seca empezó a arder en llamas chispeantes, que se empezaron a extender. La corriente, que entraba por las grietas de los cristales de las ventanas que estaban rotos, le dio a las llamas una dirección incierta. Temían que el palacio fuera a incendiarse y por eso intentaron calmar, sofocar y apagar las llamas. El humo era cada vez más intenso, la situación se hizo insoportable y estuvieron a punto de desesperar.

El humo hizo huir a Wilhelm a un cuarto apartado al que le siguió Mignon, la cual sirvió de guía a un bien vestido criado que traía un linterna larga, luminosa y doble. Éste se dirigió a Wilhelm y, ofreciéndole un bello plato de porcelana lleno de confites y frutas, le dijo:

-Esto se lo envía la joven dama que se ha alojado allí, con el ruego de que me lo lleve a usted conmigo para que le haga compañía. Me dijo -afirmó el sirviente con una expresión picaresca- que le iba muy bien y que quería compar-

tir su alegría con sus amigos.

Lo que menos deseaba Wilhelm era recibir aquella invitación, pues, desde el asunto del banco de piedra, miraba a Filina muy desdeñosamente y estaba tan decidido a no tener con ella ningún contacto, que estuvo a punto de rechazar el dulce obsequio que le mandaba. Sin embargo, la mirada implorante de Mignon hizo que lo aceptara y lo agradeciera en nombre de la niña, sin embargo no aceptó la invitación. Le pidió al sirviente que hiciera algunas gestiones a favor de la recién llegada compañía y preguntó acerca del Barón. Éste guardaba cama y, por lo que sabía el sirviente, había dado instrucciones a otros para que se ocuparan de los míseros huéspedes.

El sirviente se fue y le dejó a Wilhelm una de sus luces, que teniendo en cuenta la falta de un candelabro, hubo de adherir con su propia cera a la repisa de la ventana. Al menos así consiguió que su vista alcanzara las cuatro paredes de la habitación. Todavía se hicieron

esperar las comodidades que les dieron tranquilidad a nuestros huéspedes. Poco a poco, fueron llegando luces, aunque sin candeleros; después trajeron sillas, una hora después, ropa de cama y almohadas, todo ello mojado, y ya era medianoche cuando, por fin, aparecieron con sacos de heno y colchones que, de haberse recibido antes, se habrían acogido con alegría.

En los intervalos llevaron también algo de comida y bebida, que fue consumida sin muchas quejas, aunque todo tenía el aspecto de ser sobras de otras comidas, lo que hablaba del poco aprecio que se les dispensaba allí a estos huéspedes.

CAPÍTULO CUARTO

LA impertinencia y las bromas pesadas de algunos atolondrados miembros de la compañía aumentaron la intranquilidad y la desazón que se sufrió aquella noche, en la que se divertieron despertando a los otros con pelliz-

cos o haciéndose todo tipo de jugarretas. El grupo abrió el día siguiente con una larga serie de insultos contra su amigo, el Barón, que los había engañado de aquella manera y les había hecho concebir una imagen muy diferente del orden y las comodidades que les esperaban. Sin embargo, para su sorpresa y su consuelo, muy temprano vino a visitarlos el Conde con algunos servidores y les preguntó cómo se encontraban. Se sintió muy enojado cuando oyó lo mal que lo habían pasado, y el Barón que había sido llevado allí y andaba cojeando, se quejaba de la desobediencia del mayordomo, que, sin duda, había querido hacerle una faena contraviniendo sus órdenes.

El Conde ordenó inmediatamente que, en presencia suya, se procuraran a los huéspedes las mejores comodidades que pudieran disponerse. En seguida vinieron unos oficiales que demostraron gran interés por conocer a las actrices. El Conde pidió a los miembros de la compañía que se le presentaran, llamó a todos

por su nombre e intercaló algunas bromas en las pequeñas conversaciones que sostuvo con cada uno, de tal manera que todos quedaron encantados con su señor. También Wilhelm hubo de formar en aquella fila y a él se adhirió

Mignon. Wilhelm pidió perdón por la libertad que se había tomado, sin embargo el Conde lo saludó como a un conocido.

Un caballero, que estaba junto al Conde y al que se hubiera tomado por un oficial, aunque no vestía uniforme, habló especialmente con nuestro amigo. Su aspecto hacía que se distinguiera de los demás. Sus grandes ojos zarcos brillaban bajo su amplia frente, llevaba descuidados sus cabellos rubios y su estatura mediana daba a entender que se trataba de un hombre despierto, seguro de sí mismo y de rápida resolución. Preguntaba muy enérgicamente y parecía entender de todo sobre lo que inquiría.

Wilhelm le preguntó al Barón por la identidad de este hombre. Tenía el grado de

mayor y era el preferido del Príncipe, pues estaba encargado de los asuntos secretos de éste, que le consideraba su brazo derecho, e incluso se tenían motivos para pensar que se trataba de un hijo natural suyo. Había realizado misiones diplomáticas en Francia, Inglaterra e Italia, en general había destacado en todas partes, lo que lo hacía un tanto presuntuoso. Alardeaba de conocer plenamente la literatura alemana, contra la cual se permitía decir todo tipo de bur-las sin gracia. El Barón eludía conversar con él y aconsejaba a Wilhelm mantenerlo a distancia, pues aquel hombre era de los que acababan haciéndole a cualquiera una mala jugada. Se le llamaba Jamo, sin que nadie supiera a ciencia cierta a cuenta de qué recibía aquel nombre.

Wilhelm no contestó nada a aquello, pues el extraño le inspiraba cierta simpatía, aunque había algo frío y repelente en él.

La compañía fue distribuida por el palacio y Melina les instó severamente a que llevaran una vida de modo ordenado, les dijo que

las mujeres debían vivir separadas de los hombres y todos debían dedicar todo su interés y su pasión a sus papeles y al arte. Estableció prescripciones y normas que constaban de muchos puntos y las hizo fijar en las puertas de todos los cuartos. Allí también se indicaban las cantidades que, en calidad de multas, debían aportar los infractores a la caja común.

Estas normas fueron poco respetadas. Los jóvenes oficiales entraban y salían, bromeaban no muy caballerosamente con las actrices, se burlaban de los actores y arruinaron aquel pequeño orden policial antes que éste empezara a echar raíces. En las habitaciones se jugaba al escondite, a las persecuciones y se hacían mascaradas. A Melina, que al principio quiso mostrarse estricto, lo sacaron de sus casillas con todas las travesuras que le hicieron, y cuando el Conde lo llamó para ver el lugar dónde se había de colocar el escenario, todo fue de mal en peor. Aquellos jóvenes oficiales idearon todo tipo de bromas vulgares que, con la

ayuda de algunos actores, alcanzaron mayor grado de vulgaridad. Parecía que todo el palacio hubiera sido tomado por un furibundo ejército. Sólo a las horas de comer no había tanto escándalo.

El Conde hizo llevar a Melina a una gran sala que todavía pertenecía al palacio viejo y que estaba comunicada con el nuevo por un corredor y en la que se podía montar muy bien un pequeño teatro. El ingenioso señor de la casa señaló cómo había de organizarse todo.

Desde ese momento se inició el trabajo a toda prisa, se armó y adornó el andamiaje, se utilizaron todos los efectos de decorado que habían traído en el equipaje y lo restante fue elaborado por diestros servidores del Conde. El propio Wilhelm participó en la tarea, ayudó a determinar la perspectiva y a trazar los diseños, para evitar que estos fueran equivocados. El Conde, que a menudo venía a echar un vistazo, estaba muy contento; indicaba cómo debían hacer de un modo efectivo lo que estaban

haciendo, revelando un muy poco común conocimiento de todas las artes.

Entonces empezaron seriamente los ensayos. Para realizarlos habrían tenido margen y ánimos suficientes, si no hubieran sido constantemente importunados por los extraños. Y es que diariamente venían nuevos invitados y todos querían ver a los comediantes.

CAPÍTULO QUINTO

DURANTE varios días el Barón le dio esperanzas a Wilhelm de ser presentado, por segunda vez, y más en privado que la primera, ante la Condesa. -Le he hablado -dijo- a esa excelente dama tanto de sus ingeniosas y emotivas obras que siente extrema impaciencia por hablar con usted y dejar que le lea una tras otra. Esté preparado para venir al primer aviso que le haga, pues, la primera mañana que ella tenga

libre, usted será llamado con toda seguridad.

Le señaló el sainete que debía leerle en primer lugar, y con el que conseguiría agradarla. Le dijo que la dama lamentaba profundamente que hubiera llegado en un momento de tanta agitación y se hubieran visto obligados a alojarlo tan incómodamente en el palacio viejo junto al resto de la compañía.

Wilhelm empezó a examinar minuciosamente la obra que le iba a ayudar a hacer su entrada en el gran mundo.

-Hasta ahora -se dijo- has trabajado en silencio y para ti mismo y sólo has obtenido el aplauso de tus amigos. Durante mucho tiempo has dudado plenamente de tus talentos y aún tienes que cerciorarte si vas por buen camino y si tienes tanto talento para el teatro como afición por él. Ante los oídos de los expertos, en el gabinete donde no caben ilusiones, toda prueba es mucho más arriesgada que en ningún otro lugar, pero ahora no quiero echarme atrás y desistir de unir este placer a mis anteriores ale-

grías y orientar mi esperanza hacia el futuro.

Tomó, pues, alguna de sus obras, las leyó con máxima atención, las corrigió en este o aquel punto, las recitó de viva voz, para que su dicción y su expresión fueran las adecuadas y guardó en su bolsillo la que había ensayado más y con la que esperaba ganar más honores, cuando, a la mañana siguiente, fue llamado por la Condesa.

El Barón le había asegurado que la encontraría acompañada sólo por una de sus amigas. Cuando entró en la habitación, acudió a recibirlo muy amigablemente la Baronesa de

C..., le dijo que se alegraba de conocerlo y lo presentó ante la Condesa, a la que, en aquellos instantes, estaban peinando y lo saludó con amables palabras y miradas. Para su disgusto en la silla de al lado estaba Filina arrodillada y haciendo todo tipo de tonterías.

-Esta bella muchacha -dijo la Baronesa- nos ha cantado muchas cosas. Acaba la cancioncilla que has empezado, que no queremos

perdernos nada.

Wilhelm escuchó pacientemente aquella pieza, deseando que se fuera el peluquero antes de que él empezara su lectura. Le sirvieron una taza de chocolate y fue la misma Condesa la que le ofreció unos bizcochos. No le agradó mucho desayunar, pues deseaba profundamente leerle a la Condesa algo que la agradara. También le resultaba incómoda la presencia de Filina que, en más de una ocasión, había resultado una oyente muy incómoda. Con fastidio vio cómo el peluquero seguía trabajando con sus manos y esperaba que acabara. cuanto antes su labor.

Entretanto penetró el Conde en el aposento y dijo qué huéspedes se esperaba recibir hoy, a qué se iban a dedicar en palacio las horas del día y qué labores domésticas pensaba emprender. Poco después de marcharse, varios oficiales pidieron permiso para presentarse ante la Condesa, pues pensaban irse antes de la comida. El peluquero había acabado ya su labor

y ella mandó que pasasen los caballeros.

La Baronesa se encargó de conversar con Wilhelm y de tratarlo con suma atención, lo cual él acogió muy respetuosamente pero algo distraído. Buscó su manuscrito en el bolsillo y abrigaba más esperanzas por momentos. Sin embargo, casi perdió la paciencia cuando se dio entrada en la habitación a un comerciante de artículos de fantasía que fue abriendo, implacablemente y uno tras otro, sus cartones, sus cajas y sus paquetes y mostrando su mercancía con la labia y la desenvoltura que es propia de este gremio.

La concurrencia aumentó. La Baronesa miró a Wilhelm y habló en voz baja con la Condesa. Él lo notó sin saber cuáles eran sus intenciones. No supo de éstas hasta cuando se encontró en casa después de una hora de ansiosa e inútil espera. Encontró una pequeña cartera inglesa en su bolsillo. La Baronesa había sabido introducirla allí sin que él se diera cuenta. Acto seguido, vino el pequeño moro servidor

de la Condesa que le trajo un chaleco magníficamente bordado, sin decirle claramente cuál era su procedencia.

CAPÍTULO SEXTO

LA mezcla de sensaciones de fastidio y agradecimiento le arruinó el resto del día, hasta que por la noche encontró ocupación, pues Melina le contó que el Conde le había propuesto representar un prólogo en honor del Príncipe el día de su llegada. El Conde deseaba que en el mismo quedaran bien reflejadas las cualidades de este héroe y filántropo. Estas virtudes deberían aparecer juntas en escena, a lo que se añadiría un recitado de su loa y finalmente la coronación de su busto con guirnaldas de flores y coronas de laurel, mientras que sus iniciales y su sombrero principesco serían iluminados. El Conde le había encargado a Melina la versificación y la preparación de la obra y éste esperaba que Wilhelm, el cual componía poemas

con facilidad, tuviera a bien ayudarlo.

-¡ Cómo! -exclamó éste fastidiado-. ¿No hay mejor forma de honrar a un príncipe que servirse de bustos, nombres en pancartas iluminadas y personajes alegóricos? A mi entender los príncipes merecen otro tipo de elogios. ¿Cómo puede gustarle a un hombre razonable verse representado *in effigie* y contemplar cómo resplandece su nombre escrito sobre un papel aceitado? Me temo mucho que estas alegorías darían lugar a equívocos y a bromas, sobre todo teniendo en cuenta el estado de nuestro vestuario. Haga usted la obra o encárguela, no tengo nada en contra, pero sólo le pido algo: prescinda de mí.

Melina se disculpó diciendo que ésas habían sido las inexpertas indicaciones del Conde, quien, por lo demás, le había dado libertad completa para acabar la obra como quisiera.

-Con mucho gusto -dijo Wilhelm- contribuiré al disfrute de esta sobresaliente persona-

lidad, de hecho, mi musano ha tenido todavía un encargo tan agradable como, aunque sea con torpeza, dejarse oír en la loa de un príncipe que merece tanta admiración. Meditaré bien todo; quizás consiga hacer que nuestra pequeña compañía despierte cierta emoción.

Desde ese momento Wilhelm se embebió en el encargo. Antes de dormirse, ya había hecho un esbozo y a primera hora de la mañana siguiente ya había culminado el plan, había pergeñado las escenas y había escrito en verso los principales fragmentos y cantos.

Aquella misma mañana se apresuró a hablar con el Barón para comentarle algunos detalles y presentarle su plan. Éste le agradó, sin embargo mostró cierta sorpresa, pues le había oído hablar al Conde de una obra muy diferente que debía ser versificada.

-No puedo creerme -repuso Wilhelm- que la intención del Conde haya sido que se le diera acabado a la obra que me presentó Melina. Si no me equivoco, lo que quería él era mos-

trarnos algunas pautas. Los aficionados y los entendidos muestran al artista lo que hay que hacer y le dejan a éste la responsabilidad de hacer la obra.

-¡ De ninguna manera! -repuso el Barón-. El Conde quiere que la obra se realice tal y como él ha dispuesto. Su obra tiene un lejano parentesco con su idea y si queremos apartarnos de ésta, tendremos que valernos de la ayuda de las damas. La Baronesa está especialmente avezada en estos menesteres. Todo depende de que a ella le guste el plan como para aceptarlo y defenderlo. En ese caso, no tendremos ningún problema.

-No sólo necesitamos la ayuda de las damas para eso -dijo Wilhelm-, pues es posible que no basten para la representación ni los actores, ni el vestuario del que disponemos. Cuento con la participación de algunos niños guapos que pululan por la casa y pertenecen a las familias del asistente de cámara y del mayordomo.

Acto seguido, suplicó al Barón que diera a conocer sus planes a las damas. Este volvió y le dijo que ellas querían hablar con él en persona. Aquella noche, cuando los señores se sentaran al juego, que, por la llegada de cierto general, se haría más serio de lo habitual, ellas, pretextando cualquier indisposición, se retirarían a sus aposentos, donde él podría explicarlo todo con detalle. El misterio que envolvía esta aventura le daba un doble atractivo y la Baronesa estaba ilusionada con aquel *rendez-vous* y le hacía especial gracia que todo hubiera sido secreta y astutamente urdido sin el consentimiento del Conde.

Al atardecer, a la hora fijada, Wilhelm fue llamado y conducido con sigilo y precaución. El modo en que llegó la Baronesa a una pequeña cámara le recordó por un instante felices tiempos pasados. Ella lo llevó a la habitación de la Condesa y, entonces, empezaron las preguntas y las pesquisas. Él expuso su plan con la mayor pasión y viveza posible, de tal

manera que las damas quedaron cautivadas. Si nos lo permiten nuestros lectores, haremos un resumen del mismo.

Ante un decorado que representa un paisaje campestre, unos niños abren la obra con un baile que recuerda el juego en el que uno intenta quitarles el sitio a los demás. A reglón seguido, los niños hacen diversas travesuras y, en seguida, en hilera y sin dejar de bailar, entonan una alegre canción. Sale luego el arpista y Mignon que atraen la curiosidad de muchos rústicos; el viejo entona diversas canciones en honor de la paz, la armonía y la felicidad, mientras Mignon baila la danza de los huevos.

Llenos de inocente contento, son perturbados por una marcha militar y sobre la concurrencia cae una tropa de soldados. Los hombres se disponen a defenderse y son abatidos, las muchachas huyen, pero son apresadas. Todo parece hundirse en aquel tumulto, cuando un personaje, cuya identidad aún no había perfilado el poeta, acude y restablece la tranquilidad

con la noticia de la llegada del comandante en jefe del ejército. Entonces es representado con los más hermosos rasgos el carácter del héroe, quien promete seguridad bajo el dominio de las armas y pone coto a la jactancia y a la violencia. En honor del generoso comandante se organiza una fiesta.

Las damas estaban muy satisfechas con el plan, sólo manifestaron que se debía incluir en la obra algo alegórico, para que el conde la aceptara. El Barón propuso presentar al jefe de los soldados como el genio de la discordia y la violencia y que luego apareciera Minerva atán-dolo, dando noticia de la llegada del héroe y cantando sus méritos. La Baronesa asumió la misión de convencer al Conde de que se representara al plan que Wilhelm había trazado, si bien con ciertas modificaciones. Ella exigió que al final aparecieran el busto, los nombres en pancartas y el sombrero principesco, porque, en caso contrario, la negociación sería en vano.

Wilhelm, que ya se había imaginado lo

delicadamente que de los labios de Minerva iban a brotar las alabanzas, tan sólo cedió en este punto después de una larga resistencia, pero se sintió dulcemente violentado. Los bellos ojos de la Condesa y sus deliciosos ademanes bastaron para que renunciara a sus mejores ocurrencias, a la deseada unidad de la composición y a todos los detalles de la trama y a obrar contra su conciencia de poeta. Además su conciencia burguesa fue sometida a una dura prueba cuando, en el reparto de los papeles, las damas le exigieron que interpretara un papel.

Laertes encarnaría al poderoso dios de la guerra. Wilhelm debía hacer el papel de aldeano principal, que debía recitar versos elegantes y llenos de sentimiento. Después de haberse defendido con encono, hubo de claudicar. No pudo encontrar ninguna escapatoria, sobre todo cuando la Baronesa le hizo comprender que el teatro del palacio no era público, sino destinado a la alta sociedad, y que ella misma podría trabajar allí si alguien ideara un elegante

prólogo para que lo interpretara. Después de esto, las damas despidieron a nuestro amigo con grandes muestras de afecto. La Baronesa le aseguró que era un hombre incomparable, acompañándolo a la pequeña escalera, donde le dio las buenas noches con un apretón de manos.

CAPÍTULO SÉPTIMO

ENARDECIDO por el sincero interés que las damas habían demostrado por su causa, Wilhelm sintió que su plan había ido cobrando vida, pues el argumento se fue haciendo más claro para él a medida que lo narraba. Dedicó la

mayor parte de la noche y toda la mañana siguiente a una cuidadosa versificación de los diálogos y los cantos.

Estaba a punto de acabar, cuando fue llamado al palacio nuevo, donde le dijeron que el señor Conde, que estaba desayunando, quería hablar con él. Al entrar en la sala, la Barone-

sa vino a su encuentro y, con el pretexto de darle los buenos días, le susurró:

-No diga usted nada de su obra si no le pregunta.

-He escuchado -le dijo el Conde- que está usted trabajando con mucho empeño en la composición del prólogo que quiere que se represente en honor del Príncipe. Acepto que usted saque a escena a Minerva, pero, al mismo tiempo, me pregunto cómo habrá de ir vestida la diosa para no romper las reglas del decoro. Por eso he mandado traer de mi biblioteca todos los libros en los que aparece una imagen de ella.

En ese momento llegaron muchos criados con grandes cestos llenos de libros de todo tipo de formatos en la sala.

Montfauçon, las colecciones de estatuas antiguas, piedras preciosas y monedas; fueron consultadas muchas obras de mitología y fueron comparadas todas las figuras. Pero eso no bastaba. El Conde que tenía una estupenda

memoria le describió todas las Minervas que había visto en grabados en cobre, viñetas y similares. Un libro tras otro hubieron de ser sacados, hasta que el Conde acabó sentado sobre una pila de libros. Al final, como no le vino a las mientes ninguna Minerva más, exclamó sonriente:

-Apostaría a que ya no hay más Minervas en la biblioteca y puede que ésta sea la primera vez en que una colección de libros se ve privada de su diosa tutelar.

Todos los presentes rieron la ocurrencia, especialmente Jarno que había estado animando constantemente al Conde a sacar más y más libros.

-Ahora -dijo el Conde dirigiéndose a Wilhelm- se nos plantea una cuestión fundamental: ¿A qué diosa se refiere usted? ¿A Minerva o a Palas? ¿A la diosa de la guerra o a la de las artes?

-No sería lo más adecuado -dijo Wilhelm- que no especificásemos ese personaje, y que

ella, precisamente porque la mitología le concede doble personalidad, aparezca aquí con ese atributo doble. Es cierto que ella anuncia a un guerrero, pero sólo para tranquilizar al pueblo. Alaba a un héroe, pero con la intención de resaltar su humanidad; así supera la violencia y rehabilita la alegría y la paz entre el pueblo.

La Baronesa que temía una equivocación de Wilhelm, se dio prisa en hacer intervenir en la conversación al modisto de la Condesa, que debía expresar su opinión sobre qué corte se debía dar a una túnica antigua. Este hombre era muy experto en la confección de disfraces para mascaradas y resolvió rápidamente la cuestión. Como, por otra parte, Madame Melina, a pesar de estar muy avanzada en su embarazo se había empeñado en hacer el papel de la divina doncella, le pidió al modisto que le tomara medidas, y la Condesa, con no muchas ganas ordenó a sus sirvientas que sacasen de sus armarios los trajes que debían arreglársela a la cómica.

De un modo elegante, la Baronesa supo conseguir que Wilhelm se apartara y le hizo saber que ella se encargaría de lo que restaba por hacer. Le envió acto seguido al músico que dirigía la orquesta de cámara del Conde, para que éste, por una parte, compusiera las piezas necesarias y, por otra, utilizara elegantes melodías de su repertorio para darle música a otros fragmentos. A partir de ese momento, todo fue a pedir de boca. El Conde no volvió a preguntar por la obra, sino que se ocupó principalmente de los decorados translúcidos que debían sorprender a los espectadores al final de aquélla. Su inventiva y la habilidad de su repostero consiguieron poner en marcha una muy agradable iluminación. Pues, en sus viajes, había tenido oportunidad de ver grandes fiestas de este tipo y había consultado muchos grabados y dibujos, en consecuencia, supo, con muy buen gusto, hacer lo que pretendía.

Entretanto Wilhelm acabó su obra, dio a cada cual su papel, asumió el suyo y el músico,

que entendía mucho de danza, dirigió el ballet y todo iba saliendo a las mil maravillas. Sólo se le interpuso un inesperado acontecimiento, que amenazó con crear un vacío en la obra. Él se había ilusionado pensando en el gran impacto que podía producir la danza de los huevos de Mignon, por eso se sintió muy sorprendido cuando la niña, con su habitual sequedad, se negó a bailar, afirmando que ahora se pertenecía a sí misma y que no volvería a pisar un teatro. Intentó persuadirla de mil maneras, pero hubo de desistir, porque la niña empezó a llorar amargamente y, arrojándose a sus pies, le dijo:

-¡Padre querido!, tú también huye de las tablas.

Él no hizo caso del consejo y buscó otro modo de dar interés a la escena.

Filina, a la que se había encargado un papel de aldeana, debía cantar como solista en la danza del corro y dar pie a los recitados del coro. Ella estaba ilusionada con la representa-

ción. De hecho, últimamente todo iba para ella viento en popa, ya tenía su cuarto propio, estaba siempre junto a la Condesa, a la que divertía con sus cucamonas y, a cambio, recibía un regalo a diario. Le habían arreglado un traje y como su naturaleza era frívola y gustaba de la imitación, no tardó en copiar de las damas aquello que le convenía y, en poco tiempo, adquirió el sentido del saber estar y los buenos modales. El interés que había despertado en el Cuadrillero mayor, lejos de ir a menos, se hacía más intenso y, como, por lo demás, los oficiales revoloteaban en tomo suyo, había empezado a darse cuenta de lo ventajoso que le resultaba hacerse la esquivia y adoptar, de forma sutil, un aire distinguido. Fría y astuta como era, le bastaron ocho días para conocer las debilidades de todos los habitantes de la casa, de tal manera que, de haberse comportado con discreción, se hubiera asegurado un brillante porvenir. Sin embargo, sólo aprovechó las circunstancias propicias para divertirse, pasar unos buenos

días y comportarse con impertinencias siempre que intuía poder hacerlo sin peligro.

Los papeles fueron aprendidos y ya se había anunciado el ensayo general. El Conde quiso asistir, lo que causó temor a su esposa, pues le empezó a preocupar cómo se lo tomaría. La Baronesa se citó en secreto con Wilhelm, pues, cuanto más se acercaba el día de la representación, más aumentaba la inquietud, y es que ya no quedaba en la obra nada de la idea del Conde. A Jamo, que en aquel momento penetró en la estancia, le fue revelado todo. Esto lo alegró y se mostró dispuesto a ofrecerles sus servicios a las damas.

-Muy mal tendrían que ir las cosas -dijo él- para que usted, muy señora mía, no pudiera salir sola del apuro, pero, de todas maneras, estaré atento por si necesita mi ayuda.

La Baronesa dijo que le había contado al Conde toda la obra, pero, por fragmentos y desordenadamente. Así él se había mostrado de acuerdo con los pormenores, pero siempre

convencido de que el conjunto seguía guardando fidelidad a su idea.

-Esta tarde -dijo la Baronesa- me sentaré junto a él durante el ensayo. Ya he prevenido al repostero para que disponga muy bien la decoración final, pero dejándose algún detalle.

-Sé de una corte -dijo Jarno- en la que son muy necesarias personas tan activas y tan astutas como usted. Si todas sus artes no le bastan para triunfar, hágame una seña, que yo reclamaré la presencia del Conde y conseguiré que no vuelva a entrar, hasta que Minerva aparezca en escena y la iluminación venga en nuestro auxilio. Desde hace tiempo tengo que contarle algo sobre su primo, que, por distintas razones, no le he referido todavía. Esto le procurará una ocupación, aunque no la más agradable posible.

Algunos contratiempos le impidieron al Conde llegar al comienzo del ensayo. Cuando llegó, la Baronesa empezó a entretenerlo. Por eso no fue necesaria la ayuda de Jarno. Pues el Conde tuvo suficiente con supervisar, corregir

y ordenar los detalles, se olvidó del conjunto. Como Madame Melina le bailó el agua y la iluminación funcionó muy bien, él se mostró muy satisfecho. Sólo cuando hubo acabado el ensayo y se entró al salón de juego, pareció percibir cierta diferencia y preguntó si la obra era en realidad de su invención. Una seña de la Baronesa sirvió para que Jarno acudiera en su auxilio. La velada terminó. Se confirmó la noticia de la llegada del Príncipe. Del palacio salieron muchos para ver la avanzadilla acampada en los alrededores y en el interior de la casa todo eran ruidos e intranquilidad. Por su parte nuestros cómicos, no siempre bien atendidos por los negligentes servidores, hubieron de dejar que el tiempo discurriera en el palacio viejo entre la espera y los ensayos, sin que nadie se acordara especialmente de ellos.

CAPÍTULO OCTAVO

FINALMENTE llegó el Príncipe con sus generales, su estado mayor y el resto de su séquito. Vinieron numerosas personas, en parte a visitarlo, en parte a resolver asuntos concretos, convirtieron el palacio en una colmena de abejas a punto de que en ella se formara un enjambre. Todo el mundo anhelaba ver a tan excelente Príncipe, todo el mundo admiraba su condescendencia y su afabilidad, todo el mundo se maravillaba de ver en el héroe y en el guerrero al cortesano más amable.

Todos los ocupantes de la casa debían formar situados con arreglo a su categoría, para ser revistados por el Príncipe, pero ningún cómico debía dejarse ver, porque el ilustre invitado debía ser sorprendido por la fiesta. El secreto se mantuvo hasta que en la tarde penetró en una sala muy bien iluminada, con tapices procedentes del último siglo y que no parecía estar en absoluto destinada a ser marco de una obra de teatro, ni mucho menos de un prólogo en su honor. Todo fue magníficamente, y la compa-

ña, una vez acabada la representación, hubo de presentarse al Príncipe, que supo preguntarles algo a todos de la forma más amigable y a decirles algo de la forma más agradable. Como autor Wilhelm hubo también de presentarse y le correspondió una porción de los aplausos.

Luego se dejó de hablar de aquello. Unos días después nadie se acordaba del prólogo, era como si no se hubiera representado, excepto Jamo que hizo comentarios de éste con Wilhelm y lo alabó con muchos argumentos, sin embargo le decía:

-Lástima que actúe usted con nueces huecas y para nueces huecas.

Durante varios días Wilhelm se acordó de esta frase, no sabía ni cómo interpretarla, ni qué conclusión sacar de ella.

Mientras tanto los cómicos hacían una representación todas las noches e intentaban con todas sus fuerzas atraer la atención de los espectadores. Un éxito que no debía atribuírsele a ellos los animó, y llegaron a imaginar que

por ellos se había reunido en el palacio la brillante sociedad que asistía a las representaciones y que éstas eran el centro alrededor del que todo se movía y giraba.

Wilhelm era el único que, con gran fastidio, percibía lo contrario. Pues aunque, en las primeras representaciones, el Príncipe seguía con la mayor de las atenciones las obras de principio a fin, poco a poco fue excusándose de ir a verlas con las mejores maneras. Wilhelm notó que los aparentemente más entendidos en teatro a tenor de sus conversaciones, siendo Jamo el que ocupaba el puesto principal, eran precisamente los que con menos frecuencia entraban en la sala, soliendo permanecer en el vestíbulo para jugar o permanecer ocupados en sus asuntos.

A Wilhelm le disgustó profundamente tener que renunciar al aplauso por sus constantes desvelos. En la elección de las obras, la transcripción de los papeles, los numerosos ensayos y en todo lo que pudiera surgir, le

ayudaba Melina, el cual, reconociendo en silencio sus propias limitaciones, le dejaba a Wilhelm plena libertad. Este se aprendía laboriosamente los papeles y los recitaba con calor, vivacidad, y con todo el decoro que le permitía la escasa formación que había conseguido procurarse.

La constante colaboración del Barón disipaba al resto de la compañía sus dudas, pues les aseguraba que le hacían un gran impacto, especialmente cuando representaban obras suyas, si bien lamentaba que el Príncipe fuera exclusivamente aficionado al teatro francés, mientras que una parte de sus súbditos, entre los que se encontraba Jarno, sentía una apasionada preferencia por el monstruoso teatro inglés.

Aunque el arte de nuestros amigos no fuera apreciado y admirado como era debido, sus personas no les eran indiferentes a las espectadoras y espectadores. Ya hemos dicho anteriormente que desde el primer momento

las actrices despertaron la atención de los jóvenes oficiales. Más tarde ellas fueron más afortunadas e hicieron conquistas más importantes. Sin embargo, callémoslas y pongamos nuestra atención en que Wilhelm le resultaba cada día más interesante a la Condesa, al igual que en él iba germinando una callada atracción por ella. Cuando estaba en el teatro no podía apartar los ojos de él, y él no parecía interpretar y recitar para nadie más que para ella. Intercambiarse miradas era para ellos un placer indecible, al que abandonaban totalmente sus inocentes almas, sin alentar deseos más vivos y sin pensar en consecuencias posteriores.

Al igual que los centinelas de dos ejércitos enemigos que, separados por un río, charlan amigablemente sin pensar en la guerra en la que están enzarzados sus respectivos bandos, así se intercambiaban expresivas miradas la Condesa y Wilhelm sin reparar en el enorme abismo que separa a los individuos por su nacimiento y su clase y ambos creían sinceramen-

te en que podían seguir sus inclinaciones.

La Baronesa se había quedado prendada de Laertes, que le agradaba por ser un joven despierto y jovial. Un joven que, a pesar de ser un misógino, no le hacía ascos a una aventura ocasional. Además esta vez él habría caído contra su voluntad en las redes de la encantadora Baronesa si el Barón no le hubiera hecho un buen servicio, o malo, según se mire, advirtiéndole de las intenciones de la dama.

Un día que Laertes la alababa, destacándola entre los demás seres de su sexo, el Barón fue hacia él sonriendo y le dijo lo siguiente:

-Ya veo cómo va todo. Compruebo que nuestra amiga ha hecho otra adquisición para su piara.

Esta desafortunada comparación, que aludía muy claramente a las seducciones y carantoñas de Circe, desazonó sobremanera a Laertes, que hubo de seguir escuchando no sin disgusto al Barón, que proseguía inmisericorde:

-Todo aquel que es nuevo cree ser el pri-

mero que ha conseguido una conquista tan agradable, pero se equivoca totalmente, pues todos hemos sido llevados alguna vez por ese camino. Durante un tiempo cada uno de nosotros, ya se tratara de un muchacho, de un joven o de un hombre maduro, quedó encandilado y se desvivió por ella.

El afortunado que ha entrado en el jardín de una hechicera está tan embebido en los encantos de la primavera, que nada le puede desagradar más que escuchar un inesperado consejo, cuando tiene atentos los oídos al canto del ruiseñor.

Laertes se sintió profundamente avergonzado al hacer este descubrimiento, pues su vanidad le había llevado una vez más a tener un pensamiento bueno sobre una mujer, aunque hubiera sido mínimo. Así que se olvidó plenamente de la Baronesa y frecuentó la compañía del Cuadrillero mayor, con quien disfrutaba practicando esgrima y yendo de caza. Sin embargo, ante los ensayos y las representacio-

nes se comportaba como si se trataran de algo secundario.

El Conde y la Condesa hacían llamar de vez en cuando a alguien de la compañía por las mañanas, con lo que todos encontraron motivos para envidiar el inmerecido trato de favor que recibía Filina. Mientras lo aseaban, lo vestían y le hacían la manicura, el Conde gustaba de tener a su lado durante horas a su actor favorito, el pedante. Así, poco a poco, nuestro hombre fue haciéndose un vestuario en el que no faltaron ni el reloj ni su lata de tabaco.

También algunos miembros de la compañía o toda en su conjunto eran llamados a compartir mesa con los nobles. Los cómicos tomaban esto por un gran honor sin reparar en que, al mismo tiempo, llevaban allí los cazadores sus jaurías y reunían sus caballos en el patio del palacio.

Le habían dicho a Wilhelm que aprovechara cualquier oportunidad para elogiar en presencia del Príncipe a su favorito, Racine.

Encontró ocasión de hacerlo cierta tarde en que lo invitaron a palacio. Entonces el Príncipe le preguntó si gustaba de leer con interés a los grandes dramaturgos franceses, a lo que Wilhelm contestó con un rotundo sí. No notó que el Príncipe, casi sin escuchar su respuesta, estaba a punto de dirigirse a otro, por eso se interpuso en su camino y prosiguió diciéndole que apreciaba mucho el teatro francés y que leía con fascinación las obras de los grandes maestros. Especialmente le agradaba haber oído decir que el Príncipe hacía justicia al gran talento de Racine:

-Puedo imaginarme muy bien -continuó- cómo las personas principales y distinguidas valoran tanto a un autor que ha conseguido representar tan correcta y apropiadamente las circunstancias de su alta posición social. Por así decirlo, Corneille ha representado a grandes hombres y Racine a personas distinguidas. Cuando leo sus obras tengo ante mí a un escritor que ha vivido en una esplendorosa corte, ha

podido ver a un gran Rey, se ha codeado con los mejores y ha podido profundizar en los grandes secretos de la condición humana que se esconden tras costosos tapices. Cuando leo con detenimiento su *Britannicus* o su *Berenice*, me imagino perfectamente que estoy en la corte y que no ignoro nada de la grandeza y las pequeñeces de las mansiones de estos dioses terrenos. Y veo, a través de los ojos de un perspicaz francés, a reyes a los que adora toda una nación, a cortesanos envidiados por millares de personas que muestran sus errores y sus cuitas ante mí. La anécdota de que Racine murió de pena por haber perdido el favor de Luis XIV es para mí una clave para comprender todas sus obras. Y es que no puede ser que un escritor de tanto talento, cuya vida y cuya obra dependían tanto de la consideración de un Rey, no se ganara los aplausos reales y principescos.

Entretanto Jamo se había acercado allí y se puso a escuchar a nuestro amigo con admiración. El Príncipe, que no le había contestado y

sólo le había mostrado su aprobación con una afable sonrisa, se apartó a un lado. A Wilhelm, que no había comprendido la inconveniencia de prolongar tanto un discurso y pretender agotar una materia, le hubiera gustado seguir hablando para mostrarle al Príncipe que había leído, no sin provecho y sin sensibilidad, las obras de su autor favorito.

-¿No ha visto nunca representada una obra de Shakespeare? -dijo Jamo llevándolo aparte.

-No -respondió Wilhelm-; pues, en la época en que empezó a ser famoso en Alemania, yo me había desentendido del teatro y, la verdad, no sé si he de alegrarme ahora de renovar una vieja afición de mi juventud. Sin embargo, todo lo que he escuchado acerca de estas obras no ha despertado en mí la curiosidad de conocer a un monstruo que transgrede todas las reglas de la verosimilitud y el decoro.

-Pues yo le recomendaría que hiciese un intento. No puede hacer daño a nadie ver lo

extraño con los propios ojos. Le prestaré un par de volúmenes. Usted no puede emplear mejor su ocio en nada mejor que en desligarse de toda atadura y, en la soledad de su vieja casa, adentrarse en el mundo, todavía desconocido para usted, que es alumbrado por esa linterna mágica. Es una auténtica atrocidad que desperdicie su tiempo en intentar darle a estos monos compostura de hombres y en esforzarse en que estos perros bailen. Sólo le pido una cosa: no repare en la forma, el resto lo confío a su sensibilidad.

Los caballos estaban a la entrada del palacio y Jarno montó en uno de ellos para ir con algunos señores de cacería. Wilhelm lo vio marcharse con tristeza. Le hubiera gustado seguir hablando un buen rato con aquel hombre, que, aun si bien de un modo no muy amable, le estaba dando ideas, algo de lo que él andaba muy necesitado.

Cuando un hombre llega a un desarrollo determinado de sus fuerzas, aptitudes y con-

ceptos, suele sumirse en una perplejidad de la que puede sacarle un buen amigo. En esos casos se parece a un viajero, que, estando cerca de su albergue, cae al agua. Si en ese momento alguien llega y lo ayuda a salir, todo queda en un remojón. En caso contrario, es probable que él mismo sepa salir, pero lo haría en la orilla contraria, y esto lo obligaría a dar un inmenso rodeo para alcanzar su destino.

Wilhelm empezaba a presentir que el mundo funcionaba de un modo distinto al que él suponía. Al ver de cerca la vida de las personas grandes y distinguidas, se admiraba del modo en que sabían infundir a ésta de una desenvuelta distinción. Aquel ejército en marcha con un príncipe a su mando, con tantos guerreros unidos y tantos decididos admiradores, exaltó su fantasía. Enardecido de este modo, recibió los libros que le habían prometido, y en breve, como bien puede suponerse, la corriente de aquel genio lo empezó a arrastrar y lo llevó a un inmenso mar en el que pronto se olvidó de

todo y se perdió.

CAPÍTULO NOVENO

LA relación del Barón con los miembros de la compañía había experimentado diversos cambios. En un principio ésta había sido satisfactoria por ambas partes. Por primera vez el Barón veía una obra suya, que ya había servido de distracción en el teatro de nobles, en manos de una compañía de actores de verdad, que estaban en camino de darle a su representación la forma que se merecía. Esto lo ponía de buen humor y lo hacía ser generoso y comprarles a las cómicas artículos de fantasía en los puestos que allí se habían montado y procurarles a los cómicos botellas de champán. Ellos por su parte se aplicaron lo más posible en la representación de sus obras y Wilhelm no escatimó esfuerzos en aprenderse de memoria las enormes tiradas de versos del magnífico héroe, cuyo papel le había correspondido.

Pero, entretanto, habían ido surgiendo algunos motivos de descontento. Día a día se fue haciendo más manifiesta la predilección del Barón por algunos actores, y esto hubo de fastidiar irremediablemente a los demás. El Barón ensalzaba exclusivamente a sus favoritos y provocaba los celos y la discordia en la compañía. Los elogiados aceptaban las alabanzas sin mucho agradecimiento, mas los postergados mostraban en todo momento y de todas las formas posibles su descontento y de un modo u otro supieron amargarle la estancia entre ellos a su antes venerado protector. Su afán de escarnio se vio no poco alimentado cuando un epigrama cuyo autor permaneció desconocido provocó un buen revuelo en palacio. Hasta entonces se había ironizado, eso sí, con bastante finura, acerca de las relaciones del Barón con los cómicos, se habían ideado todo tipo de historias al respecto y a ciertas anécdotas se les había dado una forma jugosa y entretenida. Sin embargo, en los últimos tiempos se había em-

pezado a difundir el rumor de que existían ciertas envidias entre el Barón y algunos actores, que también pretendían ser autores, y sobre esta habladuría trataba la composición poética a la que nos referimos y cuya letra decía así:

Yo, pobre diablo, mi Barón,
envidio su importancia social,
el favor que su majestad le dispensa,
su heredad, su gran palacio paternal
y sus cotos para cazar.

A mí me envidia usted Barón
porque ya desde que nací
la naturaleza eligió
ser mi madre y darme el don
de un ingenio pronto y sagaz y,
aun pobre, no soy un gañán.

Por eso pienso, mi Barón,
que es mejor seguir así: vos,
en posición principal, yo,

hijo de cuna vulgar.
No vale la pena envidiar
lo que nunca se conseguirá:
ni llegar al Parnaso usted,
ni a las altas esferas yo.

Andaban muy divididas las opiniones respecto al epigrama, que en copias casi ilegibles iba de mano en mano. Nadie se atrevió a aventurar quién era el autor y, cuando con cierta malevolencia se empezó a hacer mofa a costa de él, Wilhelm se manifestó en contra.

-Nosotros, los alemanes, mereceríamos que nuestras musas permanecieran en el desprecio, pues no sabemos apreciar a los hombres de buena posición que de uno u otro modo saben entregarse a la literatura. El nacimiento, la posición y el patrimonio no tienen por qué estar reñidos con el genio y el gusto. Esta enseñanza nos la han hecho ya naciones extranjeras, entre cuyas mejores cabezas se encuentra gente

de la nobleza. Si era un milagro que en Alemania un hombre de buena cuna se dedicara a la ciencia y pocos fueron los nombres ilustres que obtuvieron más fama dedicándose a la ciencia y al arte, es cierto que algunos salieron de la oscuridad y se convirtieron en nuevas estrellas en el horizonte. Pero esto no ha de ser siempre y, si no me equivoco, la clase más distinguida de la nación se ha puesto en camino de servirse de sus ventajas para granjearse el favor de las musas y merecer de ellas su corona. Por eso nada me resulta más desagradable que dos cosas: escuchar cómo el burgués se mofa del noble que sabe apreciar a las musas y también ver cómo personas de alta alcurnia intentan apartar a sus semejantes de un camino que sólo procura honor y contento.

Estas últimas palabras parecían estar destinadas contra el Conde, del cual Wilhelm había oído que le había parecido bien el epigrama. En realidad, el Conde, que siempre deseaba burlarse del Barón, había aprovechado aquella

oportunidad para escarnecer a su pariente. Todos hacían cábalas acerca de quién había sido el autor del epigrama, y al Conde, al que no gustaba verse superado en ingenio por nadie, se le ocurrió una hipótesis cuya veracidad estaba dispuesta a jurar: el epigrama sólo podía proceder de su pedante, que era un muchacho muy sagaz y en el cual él había descubierto ya vetas de genio poético. Así que con la intención de divertirse mucho, mandó llamar una mañana a ese actor, que, en presencia de la Condesa, la Baronesa y de Jamo, recitó a su modo la composición y se ganó la alabanza y el aplauso comunes y un obsequio del Conde, y, además, eludió con habilidad la pregunta del Conde sobre si poseía otros epigramas de tiempos anteriores. Así el pedante obtuvo fama de poeta, de hombre de ingenio, y a los ojos de los partidarios del Barón de satírico y de mala persona. A partir de aquel día el Conde le aplaudía cada vez con más fuerza, ya representase bien o mal sus papeles. Por eso el hombre empezó a envane-

cerse y hasta enloquecer tanto que pensó en que le dieran un cuarto en palacio al igual que a Filina.

Si su pretensión se hubiera cumplido de inmediato, podría haber evitado un grave incidente. Un día en que a avanzada hora volvía al palacio antiguo e iba caminando a tropezones por la estrecha senda, fue asaltado por unos cuantos individuos que, apresándole, le dieron tal paliza al abrigo de la oscuridad que fue extraño que no lo mataran. El, con mucho esfuerzo, consiguió ir arrastrándose hacia donde moraban sus compañeros. Estos se fingieron indignados por el incidente, pero en el fondo sintieron alegría y apenas pudieron contener la risa cuando lo vieron tan magullado y con su nueva levita marrón tan llena de blanco que parecía haber sido empolvada y manchada por el trabajo en un molino.

El Conde, quien recibió acto seguido la noticia, tuvo un indescriptible ataque de ira. Consideró aquel acto el crimen más espantoso

posible, lo tomó por un atentado contra la tranquilidad del palacio y mandó que se iniciara una severa investigación. De indicio para ésta podía servir la levita con manchas blanquecinas. Todos los que en el palacio trabajaban con polvos o con harina fueron interrogados, sin embargo, esto fue en vano.

El Barón aseguraba solemnemente y por su honor que esa forma de bromear le había desagradado sobremanera, que, aun si bien la conducta del Conde con respecto a él no había sido la más correcta, él había sabido estar a la altura de las circunstancias y no había tenido parte en la agresión a aquel poeta, aquel satírico o comoquiera que se le llamase.

Las continuas idas y venidas de forasteros y la intranquilidad de la casa hicieron que el asunto se olvidara pronto y que el desafortunado favorito pagara caro que le fueran atribuidas por cierto tiempo las glorias de una pluma ajena.

La compañía, que regularmente repre-

sentaba todas las noches, y en general era muy bien tratada, empezó, a medida que el trato fue siendo mejor, a hacer mayores exigencias. Pronto a sus miembros la comida, la bebida, el servicio y las habitaciones les fueron pareciendo deficientes. Por eso hicieron presente al Barón, su constante protector, que debía hacer más por ellos y procurarles todos los gustos y comodidades que les había prometido. Sus quejas eran cada vez más ruidosas y los esfuerzos de su amigo por satisfacerles más estériles.

Wilhelm se dejaba ver lo menos posible y se limitaba a hacerlo en ensayos y representaciones. Recogido en uno de los cuartos más apartados al que sólo tenían acceso Mignon y el arpista, vivía flotando por el mundo de Shakespeare de tal modo que ni reconocía ni sentía algo que a éste no perteneciese.

Se dice que hay encantadores que, por medio de fórmulas mágicas, son capaces de invocar multitud de espíritus en una habitación. Los conjuros son tan efectivos que rápi-

damente los espíritus inundan el cuarto entero, se agolpan y se apiñan en círculo sobre la cabeza del mago estando en transformación y multiplicándose en un movimiento giratorio perpetuo. Cada rincón está inundado, cada cornisa atestada. Los huevos se expanden, los gigantes toman el tamaño de hongos diminutos. Pero a veces desgraciadamente el maestro en magia negra olvida el ensalmo para que esa marea de espíritus refluya. Esto le ocurría ahora a Wilhelm, en él habían despertado miles de sensaciones y facultades de las que jamás había tenido noción alguna. Nada podía sacarlo de aquel estado y le desagradaba mucho que alguien viniera a contarle lo que sucedía fuera del mismo.

Por eso apenas se enteró cuando le dieron la noticia de que en el patio del palacio iba a tener lugar un castigo por el que se azotaría a un muchacho que había realizado una sospechosa incursión nocturna. Además, debido a que llevaba levita de empolvador de pelucas,

probablemente fuera uno de los agresores del pedante. El muchacho negó rotundamente estar implicado en los hechos y por eso no se le pudo acusar formalmente. Sin embargo, como era un vagabundo, querían darle un escarmiento y expulsarlo de allí, pues se le había visto en los últimos días pulular por los alrededores, pasando la noche en los molinos y también habiendo salvado la tapia de uno de los jardines de palacio con ayuda de una escala. Wilhelm no encontró nada de particular en aquellas acciones hasta que Mignon irrumpió bruscamente asegurando que el apresado era Federico, el cual después de su litigio con el Cuadrillero mayor se había alejado de la compañía y había desaparecido de nuestra vista.

Wilhelm, que se interesó por la suerte del muchacho, se levantó presuroso y vio que en el patio se estaban haciendo todavía los preparativos, pues al Conde le gustaban las solemnidades incluso en aquellos casos. El muchacho fue conducido al patio, Wilhelm se interpuso y

rogó que no se ejecutara todavía el castigo, pues él conocía al muchacho y quería decir algo a su favor. Le costó convencer a aquella gente, pero al final consiguió que le dieran permiso para hablar a solas con el delincuente. Este le aseguró que no sabía nada acerca de la agresión que había sufrido el actor. El sólo había estado merodeando por los alrededores de palacio para encontrarse con Filina. Se había informado previamente de la situación de su alcoba, y seguro que habría dado con ella de no haber sido apresado antes.

Wilhelm, que no quería desvelar la relación que había entre ambos para mantener el buen nombre de la compañía, fue presto a ver al Cuadrillero mayor y le pidió que utilizara sus influencias sobre las personalidades de la casa para que liberaran al muchacho.

Este jovial hombre, con ayuda de Wilhelm, urdió una pequeña fábula: el muchacho había pertenecido a la compañía, de la que se había escapado. Luego se había arrepentido y

había deseado ser admitido de nuevo. Para ello había intentado reunirse por la noche con uno de sus protectores para que lo favorecieran.

Como algunos cómicos testificaron a su favor y las damas intercedieron por él, fue liberado.

Wilhelm lo tomó a su cargo. Era ya la tercera persona de aquella singular familia que, desde hacia algún tiempo Wilhelm consideraba como suya. El viejo y Mignon recibieron amigablemente al retomado y los tres se aliaron desde entonces para procurar a su amigo y protector atenciones y hacerle la vida agradable.

CAPÍTULO DÉCIMO

FILINA sabía día a día mejor cómo adular a las damas. Cuando estaban a solas, la mayoría del tiempo la charla versaba sobre los hombres que iban y venían, no siendo Wilhelm el más infrecuente motivo de conversación. A

aquella lista muchacha no se le ocultaba que él había causado una profunda impresión en el corazón de la Condesa, por eso le contaba a ésta todo lo que sabía acerca de aquél. Sin embargo, se cuidaba mucho de referir aquello que pudiera perjudicarlo y alababa la nobleza de su alma, su generosidad y especialmente su comportamiento caballeroso hacia el sexo femenino. A todas las demás preguntas que le hacían contestaba con astucia y cuando la Baronesa notó la inclinación que sentía su bella amiga, se alegró mucho del descubrimiento. Y es que la Condesa no ignoraba nada acerca de sus relaciones con otros hombres, especialmente con Jamo, y su alma pura no podía ver sin disgusto y sin reprocharle levemente una liviandad tal.

Por eso tanto la Baronesa como Filina tenían especial interés en aproximar a nuestro amigo a la Condesa. Además Filina esperaba que esta oportunidad la favoreciera y le permitiera recuperar el favor del joven.

Un día en el que el Conde había salido de

caza y no se esperaba que él y los otros señores volvieran a palacio hasta la mañana siguiente, la Baronesa ideó una broma muy propia de ella. Le encantaba disfrazarse para sorprender a sus amistades y tan pronto aparecía vestida de campesina como de paje o de montero. Así había adquirido la fama de ser como una pequeña hada que aparecía allí donde menos se la esperara. No había nada que más la divirtiera que servir a sus amistades pasando por una desconocida entre ellos para luego descubrir su identidad llena de guasa.

Ese día hizo llamar a Wilhelm a sus aposentos y, como ella todavía estaba ocupada, lo recibió Filina.

No sin sorpresa, él se topó con aquella pizpireta joven en lugar de tener ante sí a la generosa dama. Ella lo recibió con una distinguida jovialidad que había practicado últimamente, lo que obligó a Wilhelm a comportarse con corrección.

En primer lugar ella bromeó acerca de lo

afortunado que él era por ser llamado allí. Luego le reprochó con agradables maneras la actitud hacia ella que tanto la había hecho sufrir, más tarde se vituperó y se inculpó a sí misma, confesó merecer aquel trato de su parte, le hizo una descripción muy sincera del estado en que antes se encontraba y terminó añadiendo que sería merecedora de toda censura si no conseguía cambiar y hacerse digna de su amistad.

Wilhelm se sintió conmovido por aquel discurso. Sabía demasiado poco del mundo como para saber que precisamente las personas más frívolas e incapaces de mejora alguna son las que más suelen recriminarse, reconocer y referir sus faltas con franqueza, a pesar de que dentro de sí no tienen la menor fuerza para apartarse de un camino al que su naturaleza, imbatible para ellas, les impele. En consecuencia, él no pudo comportarse de modo enemistoso con aquella dulce pecadora, se complicó en una conversación con ella y oyó de sus labios cierta rara invitación a ponerse un extraño dis-

fraz para sorprender a la bella Condesa.

Wilhelm sentía ciertos reparos y se los explicó a Filina, pero la Baronesa, que entró acto seguido, no le dio opción a la duda, se lo llevó consigo, asegurándole que aquél era el momento preciso.

Había oscurecido, lo arrastró al ropero del Conde, lo instó a desvestirse y le encajó la bata de seda del Conde, lo tocó con su gorro de la franja roja, lo condujo al cuarto y le mandó que se sentara en el gran sillón y tomara un libro. Ella misma encendió la lámpara argándica que estaba delante de él y lo aleccionó acerca de lo que debía hacer y qué papel debía desempeñar.

Ella dijo que le iban a anunciar a la Condesa la inadvertida llegada de su marido lleno de disgusto. Ella iría al cuarto donde daría vueltas de un lado a otro, se sentaría sobre el brazo del sillón, se apoyaría sobre los hombros de su marido y le diría algunas palabras. El debía mantenerse en su papel de esposo lo me-

jor que supiera y el más largo tiempo posible; mas, cuando descubriera su identidad, debía comportarse con delicadeza y galantería.

Wilhelm permaneció sentado con este singular disfraz y en estado de intranquilidad. La propuesta le había sorprendido y la ejecución de la misma se anticipó en el tiempo. Apenas salió la Baronesa, notó lo peligroso de la situación en la que estaba inmerso. No se negaba a sí mismo que la belleza, la juventud y la gracia de la Condesa le habían hecho cierta impresión, pero como por naturaleza era muy ajeno a toda galantería vacua y no permitiéndole sus principios concebir un plan de conquista más serio, en aquel momento se sentía no poco apurado. El miedo a no gustar a la Condesa así como el de agradarla más de la cuenta eran igualmente grandes en él.

Evocó en su imaginación todos los encantos femeninos que le habían hecho mella. Mariana se le apareció en bata blanca pidiéndole que no la olvidara. El encanto de Filina, sus

bonitos cabellos y sus zalameros ademanes recobraron fuerza renovada por su último encuentro. Mas todo esto fue cubierto por el velo del olvido cuando pensó en la noble y esplendorosa Condesa, cuyos brazos rodearían en breve su cuello, cuyas caricias inocentes demandarían respuesta.

Él no sospechaba la extraña resolución que iba a tener la apurada experiencia que estaba teniendo. Pues, ¡cuál no sería su sorpresa y su espanto cuando se abrió la puerta tras él y, al dirigir una mirada perdida hacia el espejo, encontró al Conde que entró en la sala llevando una luz en la mano. Su duda fue ahora qué hacer: quedarse sentado o ponerse de pie, huir o confesarlo, negarlo o pedir perdón. El Conde, que había permanecido inmóvil en el umbral de la puerta, retrocedió cerrando silenciosamente ésta. Acto seguido la Baronesa irrumpió por la puerta lateral, apagó la lámpara, arrancó a Wilhelm del sillón y se lo llevó consigo al gabinete. Rápidamente se quitó la bata que

volvió de inmediato a ocupar su lugar habitual. La Baronesa tomó las ropas de Wilhelm con su brazo y, recorriendo presurosa en compañía de aquél varios cuartos, pasillos y salones, alcanzó con Wilhelm su habitación, en la que ella, después de haber recuperado él el resuello, le contó que había ido a darle a la Condesa la falsa noticia de la llegada del Conde. «Ya lo sé -dijo la Condesa-, ¿qué habrá sucedido? Lo acabo de ver entrar por una de las puertas laterales de palacio.» Conmociónada al oír esto, la Baronesa se había dirigido a toda prisa al cuarto del Conde para sacar de ahí a Wilhelm.

Desafortunadamente ha llegado usted muy tarde -exclamó Wilhelm-, el Conde entró antes que usted en su cuarto y me vio allí sentado.

-¿Lo reconoció a usted?

No lo sé. Me vio reflejado en el espejo al igual que yo lo vi a él y, antes de que supiera si se trataba de un fantasma o de él mismo, se fue del cuarto y cerró la puerta.

La preocupación de la Baronesa se multiplicó cuando vino a llamarla un servidor y le dijo que el Conde se hallaba junto a su esposa. Con el corazón oprimido se presentó allí y encontró al Conde tranquilo y absorto, pero con un trato más suave y afectuoso de lo habitual. Ella no sabía qué pensar, él habló de los avatares de la caza y de la causa de su precipitado regreso. Mas la conversación languideció. El Conde se mostraba tranquilo y lo que más chocó a la Baronesa fue que preguntara por Wilhelm y manifestara el deseo de que éste le leyera algo.

Wilhelm, que en el cuarto de la Baronesa ya había vuelto a ponerse sus ropas y ya había descansado, fue a cumplir la orden no sin temor. El Conde le dio un libro en el que leyó azorado un relato de aventuras. Su lectura revelaba inseguridad y su voz era trémula, pero por suerte este tono era muy adecuado a la historia narrada. El Conde dio muestras de su aprobación y, alabando la especial expresión de

la lectura de nuestro amigo, lo despidió.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

TAN fuerte impresión produjeron en Wilhelm algunas de las obras de Shakespeare, que apenas leyó algunas, hubo de abandonarlas, sintiéndose incapacitado para continuar. Buscó la ocasión de hablar con Jarno y no pudo agradecerle suficientemente los goces que le había procurado.

-Ya preveía -dijo éste- que usted no iba a permanecer indiferente ante la magnificencia del más extraordinario y admirable de los escritores.

-Sí -exclamó Wilhelm-. No recuerdo ningún libro, ninguna experiencia y ningún hombre que hayan causado impresión más honda en mí que los excelentes dramas que, gracias a usted, he conocido. Parecen la obra de un genio celestial que se aproxima a los hombres para

que ellos aprendan a conocerse del modo más dulce posible. Uno no encuentra ahí obras literarias. Uno ve abierto ante sí el libro inmenso del destino, en el que el huracán de la vida arrecia y hace pasar una página tras otra. Su fortaleza y su ternura, su poder y su serenidad me sorprenden y me desconciertan tanto, que espero con impaciencia el momento de estar en condiciones de volverlo a leer.

-¡Bravo! -dijo Jamo mientras alargaba la mano hacia nuestro amigo y la estrechaba con la suya-, esto era lo que quería y el resultado no se dejará esperar.

-Quisiera poder revelarle todo lo que está sucediendo en mi interior. En los dramas de Shakespeare encuentro desarrollados y culminados todos los presentimientos que he tenido acerca del hombre y su destino que inadvertidamente me han acompañado desde la juventud. Parece como si él nos revelase los misterios sin que pueda decirse que ésta o aquélla es la clave del enigma. Sus personajes tienen las tra-

zas de hombres de carne y hueso y, sin embargo, no lo son. Estas misteriosas y complejas creaciones de la naturaleza se mueven como relojes cuyas esferas y cajas fueran de cristal: ellos, como es su cometido, van mostrando la hora y al mismo tiempo dejan ver los engranajes que los ponen en funcionamiento. Esta breve ojeada que he echado al mundo de Shakespeare me impele más que nada a avanzar en el mundo real, a mezclarme en la marea de los destinos que lo inundan y a sacar algunos vasos de esa verdadera naturaleza y ofrecérsela desde la escena al sediento público de mi patria.

-Qué alegría me da ver el estado de ánimo en que lo encuentro -repuso Jamo poniendo la mano sobre el emotivo joven-. No abandone usted el propósito de llevar una vida activa, y apresúrese a aprovechar los años buenos de los que ahora va a disponer. Si puedo serle de utilidad, le brindo mi ayuda de corazón. Todavía no le he preguntado cómo ha ido a parar usted

a esta compañía para la que usted ni ha nacido ni ha sido educado. Aun si bien creo intuir, y confío en que así sea, que usted desea librarse de ella cuanto antes. No sé nada de su ascendencia y de sus circunstancias familiares, pero piense bien por lo tanto lo que quiera revelarme. Creo poder decirle que los tiempos de guerra en que nos hallamos pueden dar lugar a importantes cambios de fortuna. Si usted desea consagrar sus fuerzas y su talento a nuestro servicio, si usted tiene coraje y, llegado el caso, no rehuye el peligro, tengo ahora la oportunidad de ofrecerle un puesto que pasado un tiempo no se arrepentirá de haber aceptado.

Wilhelm no pudo expresar suficientemente lo agradecido que se sentía y se apresuró a contar a su amigo y protector la historia de su vida.

Enfrascados en la conversación se perdieron por el parque y fueron caminando por el camino que lo cruzaba. Jarno se detuvo un momento y dijo:

-Reflexione sobre mi propuesta, decídase, déme su respuesta dentro de unos días y bríndeme su confianza. Le puedo asegurar que me parece incomprensible verlo unido a esta gente. He visto con repugnancia y hasta con disgusto, cómo usted, para sentirse vivo, se ha unido a un cantor ambulante y a una criatura estúpida y de origen incierto.

No había acabado su discurso, cuando un oficial llegó a caballo acompañado de un criado que llevaba de las riendas otra montura. Jamo lo saludó con efusión. El oficial echó pie a tierra y ambos se abrazaron y hablaron animadamente. Mientras tanto Wilhelm, afectado por las palabras de su beligerante amigo, permaneció absorto y algo apartado. Jamo revisó algunos papeles que le había traído el recién llegado. Éste se acercó a Wilhelm, le dio la mano y dijo con énfasis:

-Le encuentro a usted en una excelente compañía; siga usted los consejos de su amigo y cumplirá a su vez los deseos de un descono-

cido que se interesa vivamente por usted.

Y, tras decir esto, abrazó a Wilhelm y briosamente lo estrechó contra su pecho. En ese momento Jamo le dijo al desconocido.

-Lo mejor es que cabalgue con usted durante algún tiempo para darle las órdenes precisas. Así podrá regresar antes de que anochezca.

Ambos desaparecieron cabalgando y dejaron a Wilhelm sumido en sus pensamientos.

Las últimas palabras de Jamo todavía resonaban en sus oídos. Le resultaba insoportable que dos seres humanos que tan inocentemente se habían ganado su cariño fueran despreciados por un hombre al que tanto admiraba. Aquel extraño abrazo del desconocido oficial lo había impresionado poco, pero las palabras de Jamo le habían llegado al alma. Lo habían herido y de vuelta a casa se reprochó a sí mismo por no haber tenido en cuenta y haber olvidado la frialdad y la dureza del corazón de Jamo que se evidenciaba en sus ojos y se distinguía en sus

gestos.

-No -exclamaba-. Tú, sepulcral hombre de mundo, crees poder alcanzar la categoría de amigo. Mas no me compensa trocar todo lo que tú puedas ofrecerme por los sentimientos que me ligan a esos desdichados. ¡Qué suerte haber descubierto a tiempo quién eres tú!

Cuando al llegar Mignon salió a recibirle, él la estrechó en sus brazos y le dijo:

-No, nada nos separará, pequeña criatura. La aparente sabiduría del mundo no me obligará a abandonarte ni a olvidar lo que te debo.

Como normalmente él intentaba zafarse de las caricias de la niña, ella se alegró profundamente de esta inesperada muestra de ternura y se estrechó contra él tan vigorosamente que sólo con esfuerzo lograra soltarse.

Desde este momento prestó más atención a las acciones de Jamo y no todas le parecieron dignas de elogio e incluso había cosas que le causaban disgusto. Así por ejemplo tenía serias

sospechas de que el poema dedicado al Barón, que tan caro le había costado al desgraciado pedante, era obra de Jarno. Comoquiera que éste se había reído del suceso en presencia de Wilhelm, nuestro amigo creía que ahí había un indicio de hallarnos ante un corazón corrompido; pues, ¿qué podía ser peor que reírse de un pobre hombre al que se le había causado sufrimientos y no haber pensado en ningún momento ni en satisfacerlo ni en reparar el mal hecho? Wilhelm hubiera podido hacer esta buena acción, pues una casualidad le puso sobre la pista de los agresores nocturnos.

Habían conseguido ocultarles que, en una sala de la planta baja del palacio viejo, algunos oficiales pasaban divertidas noches enteras junto a actores y actrices. Una mañana en la que, según su costumbre, se había levantado temprano, llegó por casualidad a este cuarto y encontró a los señores dispuestos para un singular aderezo: habían disuelto tiza en una escudilla y con la pasta se embadurnaban las

chaquetas y las perneras sin quitárselas y recuperaban así el lustre de sus indumentarias. Nuestro amigo al que sorprendieron estos extraños manejos, recordó la levita del pedante manchada de polvo. La sospecha se hizo aun más fuerte pues él descubrió que algunos parientes del Barón se encontraban en aquel grupo.

Para cerciorarse aun más de sus sospechas, invitó a los jóvenes a un desayuno. Estaban muy animados y contaban historias muy divertidas. Especialmente uno elogió la astucia y capacidad del capitán para atraer hacia sí a todos los hombres y manejarlos a su antojo. Contó detalladamente cómo jóvenes de buena familia y esmerada educación se habían dejado embaucar con promesas de empleos ventajosos y se burló a placer de los simples que se habían sentido orgullosos por merecer así el aprecio y el elogio de tan bravo, audaz y generoso oficial.

Cómo agradeció Wilhelm a su genio que le hubiera advertido del abismo al que se pre-

cipitaba. Él no vio que Jarno era el que ofrecía todo aquello y así se le hizo comprensible el abrazo del extraño oficial. Él rechazó la conducta de aquellos hombres y evitó desde ese momento todo contacto con alguien que llevara uniforme. De no haber temido verse para siempre separado de su bella amiga, le hubiera resultado muy agradable la noticia de que el ejército avanzaba.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

MIENTRAS tanto la Baronesa había pasado los días llena de preocupación y de una inquietud no apaciguada. Y es que la conducta del Conde desde la conocida aventura era para ella un enigma. Éste se comportaba de modo poco habitual. Ya no se oía ninguna de sus frecuentes bromas. Sus exigencias a sus acompañantes y a sus servidores se habían moderado.

Apenas se percibían sus manías y su talante imperioso, más bien se había convertido en un hombre sosegado y taciturno; en una palabra: era otro hombre. Cuando tenía oportunidad ocasional de leer, reclamaba libros de tema grave o religioso, y la Baronesa, que temía constantemente que detrás de esta serenidad se escondiera una ira secreta o un taimado proyecto de vengarse de la ofensa que se le había hecho y había descubierto casualmente. Él decidió hacer a Jamo su confidente, confianza que podía dispensarle especialmente a él, pues ambos mantenían una relación en la que no era posible ocultarse nada. Jamo se había hecho su amigo íntimo desde hacía algún tiempo; sin embargo, ambos eran lo suficientemente sagaces como para mantener ocultas sus simpatías y sus placeres al bullicioso mundo que los rodeaba. Sin embargo, ante los ojos de la Condesa no permaneció oculta esta novela de amor y era más que probable que la Baronesa quisiera mantener a su amiga ignorante de todo para

sustraerse a los reproches que con frecuencia le hacía con su noble alma.

Apenas la Baronesa le contó a su amigo la historia, él respondió riendo:

-El viejo cree haberse visto a sí mismo y teme que esa aparición ha sido un aviso de infortunio e incluso de que le va a llegar la muerte. Ahora se ha puesto mohíno como todos los semihombres cuando piensan en el desenlace del que nadie ha escapado ni escapará. Pero, silencio, pues espero que, de ahora en adelante, aunque vaya a vivir por mucho tiempo, no vuelva a molestar a su mujer ni a los que vivimos en su casa. Por eso con astucia empezaron a hablar en presencia del Conde sobre presentimientos, apariciones y similares. Jarno se fingía escéptico, la Baronesa también, y hacían tan a la perfección sus papeles, que el Conde mandó llamar aparte a Jarno para reprobarle su librepensamiento y para intentar persuadirle de la verosimilitud y la realidad de estas historias por la veracidad de su caso. Jarno se fingió el

afectado, el dubitativo y finalmente el convencido, pero por la noche con su amiga se rió de este débil hombre de mundo que había corregido todos sus errores gracias a un espantajo. Por otra parte, se trataba de un hombre digno de elogio porque siendo débil esperaba con resignación un infortunio o incluso la muerte.

-Es probable que no haya comprendido las consecuencias naturales que esa aparición ha tenido -exclamó la Baronesa con ese buen humor habitual que solía recuperar cuando su corazón estaba libre de preocupaciones. Jamo se sentía muy recompensado por todo aquello y entre los dos idearon nuevas tretas para trastornar aun más al Conde y reforzar la simpatía de la Condesa por Wilhelm.

En consecuencia a la Condesa le contaron toda la historia del suceso. A ella no le gustó el asunto al principio, pero luego se puso a cavilar y en soledad pensó en la escena que le habían preparado, en cada uno de sus momentos e imaginó otro posible desenlace.

Los preparativos que se estaban haciendo no dejaban dudas de que el ejército iba a ponerse en marcha y de que el Príncipe iba a cambiar la ubicación de su cuartel general. Además se decía que el Conde iba a abandonar sus tierras para volver a la ciudad. Los cómicos ya podían imaginarse qué les iba a deparar el destino. Mas sólo Melina tomó las medidas oportunas, los demás se dedicaron a gozar lo más posible del momento presente.

Entretanto Wilhelm estaba ocupado en una tarea propia de su forma de ser. La Condesa le había pedido una copia de sus obras y el joven consideró el deseo de aquella admirable dama la mejor de las recompensas.

Un autor joven, que todavía no ha visto sus escritos impresos pone, en un caso semejante, el mayor esmero en hacer una copia pulcra y hermosa de su obra. Esa es por así decirlo la edad de oro del escritor, el cual se ve remontado a aquellos siglos en que la imprenta todavía no había llenado el mundo de tantos escritos

inútiles. En aquellos siglos sólo se copiaban dignos frutos del espíritu procedentes de los hombres más nobles. Por eso es muy fácil caer en el error de que un manuscrito concienzudamente elaborado es un digno fruto del espíritu, merecedor de ser poseído y custodiado por un mecenas lleno de erudición.

Se había anunciado un gran banquete en honor del Príncipe, que muy pronto tendría que marcharse. Fueron invitadas muchas señoras de la vecindad y la Condesa se había preocupado con suficiente antelación de su arreglo. Aquel día llevaba un vestido más vistoso de lo que acostumbraba. Su peinado y su postizo fueron más escogidos de lo habitual y, además se puso todas sus joyas. También la Baronesa hizo todo lo posible por presentarse con todo gusto y riqueza.

Cuando Filina notó que a ambas damas se les hacía muy largo el tiempo de espera de sus huéspedes, les propuso que llamaran a Wilhelm que deseaba darles su manuscrito ya

acabado y leerles unas cosillas. Cuando llegó, se quedó impresionado con la figura y la gracia de la Condesa, las cuales quedaban realzadas por sus adornos. A deseo de las damas leyó algo, pero tan distraídamente y tan mal, que si las oyentes no hubieran sido tan benévolas, habría sido inmediatamente despedido de allí.

Cada vez que miraba a la Condesa era como si un chispazo eléctrico saltara de sus ojos, por eso no sabía de dónde obtener el aliento para seguir su recitado. Siempre le había gustado aquella bella dama; pero ahora le parecía no haber visto nada más perfecto jamás y de los miles de pensamientos que inundaban su mente entrecruzándose, el contenido debía ser el siguiente:

«¡ Qué insensatos son los poetas y los llamados hombres sensibles cuando se rebelan contra el adorno y el lujo y exigen ver vestidas a las mujeres con vestidos sencillos y apropiados a las mujeres de cualquier clase! Rechazan el adorno sin pensar en que no es el deficiente

arreglo lo que nos desagrada cuando vemos a una persona fea o no muy bella bien y escogidamente vestida. Mas me gustaría reunir aquí a todos los concedores de la belleza del mundo y preguntarles si desearían suprimir uno de esos pliegues, una de esas cintas, uno de esos encajes o de esos abullonados, uno de esos rizos o una de esas piedras preciosas, si no temerían quitarle fuerza a la agradable impresión que de un modo tan natural y generoso se les ofrece. Sí, se puede decir «natural», pues Minerva nació de la cabeza de Zeus perfectamente armada y esa diosa, a pesar de todo su arreglo, parece como si hubiera salido con leves pasos del cáliz de una flor.»

Leyendo la contemplaba sin cesar, como si esta impresión fuera a permanecer viva en él para siempre. En algunas ocasiones leía incorrectamente sin llegar nunca a desconcertarse plenamente por ello, aunque de ordinario a un cambio de palabra o a la confusión de una letra las consideraba una mácula imperdonable para

una lectura.

El falso rumor de que los huéspedes estaban llegando hizo que la reunión se acabara. La Baronesa salió corriendo y la Condesa, que estaba a punto de cerrar su escritorio, tomó un pequeño cofrecito y añadió algún anillo más a los que ya adornaban sus dedos.

-Pronto nos separaremos -le dijo ella con la mirada fija en el cofrecito-. Tome usted un recuerdo de una buena amiga que no desea otra cosa tanto como su bienestar.

Acto seguido, ella tomó un anillo que bajo un cristal dejaba ver un escudo trenzado con cabellos y adornado con piedras. Se lo dio a Wilhelm que al tenerlo en sus manos no supo ni qué hacer ni qué decir, sino que se quedó inmóvil como una planta cuyas raíces crecían bajo sus pies. La Condesa cerró su escritorio y se sentó en un sofá.

-Y yo me he de ir de vacío -dijo Filina arrodillándose a la derecha de la Condesa-. Vea usted a ese hombre que dice tantas palabras a

destiempo y que ahora es incapaz de pronunciarlas para dar un mísero agradecimiento. Vamos señor, cumpla su deber y, si no se le ocurre nada, imíteme al menos, haga una pantomima.

Filina tomó la mano derecha de la Condesa y la besó con devoción. Wilhelm cayó de rodillas, tomó la izquierda y estrechó sus labios contra ella. La Condesa parecía turbada, pero no descontenta.

-En muchas ocasiones he visto joyas, pero nunca he visto una dama que las llevara con tanta distinción. Qué preciosas pulseras, pero también qué delicada mano. Qué vistosos collares, pero también qué bellos pechos.

-A callar, aduladora -exclamó la Condesa.

-¿Es éste un retrato del Conde? -preguntó Filina señalando un rico medallón que la Condesa llevaba colgado de una valiosa cadena en el costado izquierdo.

-Sí, es un retrato de cuando éramos no-

vios -repuso la Condesa.

-¿Y tan joven era por aquel entonces? -preguntó Filina-. Según creo, no hace muchos años que ustedes están casados.

-La mayor parte de ese aspecto juvenil hay que ponerlo en el haber del pintor -dijo la Condesa.

-Es el retrato de un hombre bien parecido -dijo Filina-. Sin embargo -prosiguió-, ¿nunca se deslizó en este medallón otra imagen?

-Eres muy descarada, Filina -exclamó-. Por esta vez te perdono, pero no quiero volver a oír nada de eso una segunda vez.

-Sus enojos son disgustos para mí -dijo Filina y se marchó saliendo por la puerta.

Wilhelm todavía tenía la más bella de las manos en las suyas. Miraba fijamente al brazalete, que, para su sorpresa, llevaba grabadas con bonitos caracteres las iniciales de su nombre.

-Son cabellos suyos los que encierra este anillo?

-Sí -dijo a media voz la Condesa. Pero en seguida se dominó y, estrechándole la mano, le dijo: Levántese y adiós.

-Pero aquí, por una extraña casualidad, está grabado mi nombre -dijo él señalando la pulsera.

No, es el nombre de una amiga -exclamó ella.

-Son mis iniciales. No me olvide usted. Su imagen permanecerá imborrable en mi corazón. ¡Adiós!, ¡déjeme huir!

Besó su mano y quiso levantarse, cuando, sin advertirlo, al igual que en un sueño lo más extraño nos sorprende y se apodera de nosotros, tenía en sus brazos a la Condesa y besaba sus labios. Los besos que intercambiaron les hicieron sentir una felicidad que sólo se tiene al sorber la espuma de la recién escanciada copa del amor.

La cabeza de la Condesa se posó sobre el hombro de Wilhelm sin reparar en los bucles y en las cintas. Ella lo rodeó con su brazo, lo

abrazó con fuerza y lo apretó repetidas veces contra su pecho. ¡Momentos como ese debían ser eternos!, pero el envidioso destino vino a interrumpir a nuestros amigos.

¡Qué sobresaltado, qué confuso salió de aquel feliz sueño Wilhelm, cuando la Condesa se liberó de él dando un grito y se llevó la mano al corazón!

Él estaba allí desorientado; ella puso la mano libre delante de los ojos y, después de una pausa, dijo:

-Váyase, dése prisa.

Él no se movió.

-Déjeme -exclamó mientras quitaba la mano de delante de los ojos y miraba a Wilhelm de un modo indescriptible y le decía con voz encantadora:

-Huya si es que me ama.

Wilhelm había salido del aposento y ya estaba de nuevo en su cuarto antes de saber muy bien dónde se encontraba.

¡Desdichados! ¿Qué aviso del azar o del

destino los había separado?

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

LAERTES estaba pensativo con los codos apoyados sobre el alféizar de la ventana y mirando al campo. Filina cruzó a hurtadillas el gran salón, se apoyó sobre su amigo y se burló de su expresión grave.

-No te rías -dijo él-, pero cree que es espantoso ver cómo pasa el tiempo, cómo todo cambia y llega a su fin. Mira, hace pocos días había aquí un estupendo campamento, qué buen aspecto tenían todas las tiendas, qué animación reinaba en su interior, con qué denuedo eran vigilados los contornos. Ahora todo eso se ha acabado. La paja pisoteada y los hoyos abiertos para la instalación de las cocinas darán

durante algún tiempo señales de su presencia, pero el arado no tardará en hacerlas desaparecer y la presencia de tantos millares de recios hombres en estas tierras tan sólo permanecerá en la mente de algunos viejos.

Filina empezó a cantar y sacó al salón a su amigo para hacerle bailar.

-Ya que no podemos recuperar el tiempo, honrémoslo con alegría y lujo mientras pasa, como si se tratara de una divinidad llena de belleza.

Ya habían dado algunas vueltas cuando Madame Melina cruzó el salón. Filina fue lo suficientemente malévola para invitarla a bailar para recordarle la mala figura que tenía estando embarazada.

-Ojalá no vuelva a ver a ninguna mujer en estado de buena esperanza -dijo Filina a sus espaldas.

-Pero ella espera -repuso Laertes.

-¡Qué mal se viste! ¿No has visto el bajo de la parte delantera de su falda que siempre la

precede en su marcha cuando empieza a andar? No tiene maneras ni elegancia para arreglarse un poco y disimular su estado.

-Déjala, que ya el tiempo vendrá en su ayuda.

-Pero sería más agradable que bastara sacudir los árboles para que los niños vinieran al mundo.

Entró el Barón y les dijo palabras agradables en nombre del Conde y la Condesa, que se habían ido muy de madrugada, y les trajo algunos regalos. Luego fue a ver a Wilhelm, que estaba entretenido con Mignon en el cuarto contiguo. La niña era ahora amigable y solícita y le había preguntado a Wilhelm por sus padres, hermanos y parientes y, de esa manera, le había recordado a éste el deber de dar noticias de su vida a sus allegados.

El Barón, además de transmitirle las palabras de despedida de los señores, le aseguró a Wilhelm que el Conde estaba muy contento con sus trabajos poéticos y sus proyectos teatrales.

Como prueba de su gratitud, le había encargado al Barón que le diera una bolsa, cuyo buen trenzado dejaba que se trasluciera el atractivo brillo de unas cuantas piezas de oro. Wilhelm retrocedió negándose a aceptarla.

-Entienda usted -dijo el Barón- este regalo como una compensación por el tiempo que ha pasado aquí, como un reconocimiento a sus esfuerzos, no como una recompensa a su talento. Si éste nos reporta un buen nombre y el apego de los hombres, es justo que por nuestro trabajo y esfuerzo obtengamos al mismo tiempo los medios para satisfacer nuestras necesidades, pues no somos exclusivamente espíritu. Si estuviéramos en la ciudad, donde hay de todo, podríamos haber invertido esta suma en un reloj, un anillo o cualquier otra cosa; pero, en estas circunstancias, me veo en la obligación de entregarle esta varita mágica, obtenga por ella la joya que le resulte más bella y más útil y guárdela en recuerdo nuestro. Conserve también la bolsa en nuestro honor. Las damas mis-

mas la han bordado y su intención era que el continente le diera la forma más agradable posible al contenido.

-Perdóneme usted -repuso Wilhelm- mis apuros y mis dudas para aceptar este regalo, pues éste reduce a la nada lo poco que he hecho e impide un recuerdo feliz y espontáneo. El dinero es un buen medio para olvidar y yo no quiero ser borrado del recuerdo de esta casa.

-Ése no es el caso -contestó el Barón-, pero ya que usted da muestras de tal delicadeza, supongo que no deseara que el Conde se sienta siempre en deuda con usted, pues él es hombre que siempre se ha preciado de ser atento y justo. A él no le ha pasado inadvertido cuántas molestias se ha tomado usted y cómo ha dedicado plenamente el tiempo a realizar sus planes y, además, él sabe que para agilizar la realización de ciertos montajes usted no reparó en recurrir a su propio bolsillo. ¿Cómo podría aparecer yo ante él sin poder asegurarle que este reconocimiento que quiere hacerle le ha

resultado a usted agradable?

-Si sólo pensara en mí mismo, si sólo siguiera mis propios sentimientos -repuso Wilhelm-, me negaría obstinadamente, sin considerar razón alguna, a aceptar este ofrecimiento, a pesar de todo lo bueno y honroso que es. Sin embargo no niego que ahora, al ponerme usted en este aprieto, me ofrece la oportunidad de quitarme otra preocupación, la de hacer una reparación a mi familia, lo cual me ha causado muchos pesares secretos. He empleado, tan mal como mi tiempo, el dinero del que tengo que dar cuenta a mi familia, mas ahora la generosidad del señor Conde me permitirá transmitirle a los míos nuevas noticias propiciadas por este afortunado giro del destino. Sacrifico pues a un deber de más rango la delicadeza que siempre actúa como tierna conciencia en casos de este tipo. Para aparecer ante mi padre con la cabeza alta, me resigno a sonrojarme ante usted.

-Es curioso qué reservas se tienen para recibir dinero de amigos y protectores de quie-

nes sin reparos se reciben otro tipo de regalos. La naturaleza del hombre está llena de estas peculiaridades y tiende a generar y alimentar estos escrúpulos.

-¿No ocurre lo mismo en las cuestiones de honor? -preguntó Wilhelm.

-Sí, y siempre que hay prejuicios por medio. No queremos arrancarlos de raíz porque tememos echar a perder de paso otras plantas valiosas. Pero siempre me ha alegrado que ciertas personas perciban de lo que se puede prescindir y lo que se debe superar, y siempre recordaré con gusto la historia de un ingenioso dramaturgo que escribió varias obras para el teatro de una corte que obtuvieron el aplauso del monarca.

«Quiero recompensarle considerablemente», dijo el generoso Príncipe. Al escritor le preguntaron si le apetecía una joya o si no rechazaba que le dieran dinero. Con su habitual sentido del humor, el poeta respondió al cham-

belán encargado de hacerle la oferta: «Gracias de todo corazón por la delicadeza de la pregunta. Mas, si el Emperador toma todos los días dinero nuestro, no comprendo por qué nos habríamos de avergonzar por tomarlo de él.»

Apenas hubo salido el Barón de su alcoba, Wilhelm empezó a contar la suma que había ganado de modo inesperado y, según él creía, inmerecido. Cuando vio salir de aquella vistosa bolsa las relucientes monedas de tan buen aspecto, le pareció intuir por primera vez el valor y la dignidad del oro, que sólo se llega a apreciar de manera debida a la edad madura. Hizo sus cuentas y resultó que, sumando el reembolso que le había prometido hacer Melina, tenía en efectivo más dinero que aquel día que mandó comprarle a Filina el primer ramo. Con satisfacción íntima pensó en su talento y con cierto orgullo en la fortuna que le había guiado y acompañado. Tomó con confianza la pluma para escribir una carta que disipara todos los temores de su familia acerca del comporta-

miento que había tenido hasta el presente y expusiera éste a la mejor de las luces. Evitó dar detalles y procuró darles a sus frases un revestimiento de solemnidad y misticismo, dejando adivinar qué le había ocurrido. El buen estado de su caja y sus ganancias que atribuyó a su talento, el favor de los grandes, la simpatía de las mujeres, el haberse dado a conocer en un amplio círculo, el perfeccionamiento de sus facultades físicas y espirituales y sus esperanzas respecto al futuro crearon un espejismo tal que ni la misma Fata Morgana hubiera logrado superar.

Continuó exaltado de este modo incluso después de acabar la carta y entabló una conversación consigo mismo en el que recapituló el contenido de lo que acababa de escribir y se figuró un futuro lleno de actividad y dignidades. El ejemplo de tan nobles guerreros lo había enardecido, la poesía de Shakespeare le había abierto un nuevo mundo y de los labios de la Condesa había salido una tormenta de fuego

que lo había succionado. Todo esto no podía y no debía quedar sin efecto.

El Cuadrillero mayor vino y preguntó si ya habían hecho el equipaje. Desgraciadamente, aparte de Melina, nadie había pensado en eso. Era apremiante emprender la marcha, porque el Conde había prometido acompañar a los cómicos durante cierto tramo de su viaje, estando los caballos ya preparados y no siendo posible dilatar la partida. Wilhelm preguntó por su baúl, pero Madame Melina se lo había apropiado; exigió su dinero, pero el señor Melina lo había introducido con mucho cuidado en el fondo de su baúl. Filina le dijo a Wilhelm que tenía espacio en el suyo, tomó la ropa de Wilhelm y pidió a Mignon que trajera las suyas. Wilhelm hubo de dejarles hacer no sin cierta repugnancia.

Mientras se empacaba y preparaba todo, dijo Melina: -Me fastidia sobremanera trabajar y viajar como equilibristas o charlatanes de feria; deseo que Mignon vista ropas femeninas

y que el arpista se afeite esa barba.

Mignon se estrechó contra Wilhelm y dijo con vehemencia:

-Yo soy un niño, no quiero ser una niña.

El viejo calló, pero Filina aprovechó la ocasión para hacer algunas divertidas observaciones sobre la originalidad del Conde, su protector.

-Si el arpista se afeita la barba -dijo-, convendrá que la cosa a una cuerda y la conserve con cuidado, para que pueda ponérsela si vuelve a encontrarse con el Conde, pues fue su barba lo que le procuró el favor de su señoría.

Cuando la instaron a dar una explicación de esta extraña costumbre del Conde, ella se expresó así:

-El Conde cree que la ilusión aumenta si el actor sigue representando su papel en la vida cotidiana y mantiene su carácter. Por eso apreciaba tanto al pedante y quería que el arpista llevase su barba postiza no sólo en el teatro sino constantemente, admirándose así de la natura-

lidad del disfraz. Mientras que los otros se movían de este error y de las singulares opiniones del Conde, el arpista llamó aparte a Wilhelm, se despidió de él y le pidió con lágrimas en los ojos que le permitiese marchar inmediatamente. Wilhelm trató de disuadirle diciéndole que lo defendería de cualquier otro, que nadie se atrevería a tocarle un pelo y ni mucho menos a cortárselo.

El viejo estaba muy emocionado y en sus ojos había un fulgor especial:

-No es esto lo que me impulsa a marcharme. Lo que ocurre es que hace tiempo que me reprocho en silencio haberme quedado con usted. No debo permanecer junto a nadie, pues el infortunio me persigue y daña a los que se unen a mí. Téngase usted lo peor si no me deja marchar, pero no me pregunte por qué, pues yo no soy dueño de mí; debo marcharme.

-¿A quién perteneces?, ¿quién puede tener tal poder sobre ti?

-Señor, déjeme con mi pavoroso secreto y

déjeme libre. La venganza que sobre mí ha caído no la ha dictado un juez terreno; mi dueño es un destino implacable, por eso ni puedo ni debo quedarme aquí.

-De ninguna manera te permitiré marcharte de aquí en el estado en que te encuentras.

-Sería una traición a usted que yo vacilara, a su lado yo estoy seguro, pero usted corre peligro si me tiene en su proximidad. Yo cargo con una culpa, pero mi infortunio es mayor que mi culpa. Mi presencia ahuyenta la dicha y mis buenas acciones son impotentes si yo estoy implicado en ellas. Debería andar fugitivo y sin detenerme en ningún lugar, para que mi genio del infortunio no me alcanzara, pues me sigue a paso lento y sólo me sorprende cuando apoyo mi cabeza para descansar. Con ninguna otra cosa podría demostrarle mejor mi agradecimiento que abandonándolo.

-i Hombre singular!, no podrás quitarme la confianza ni privarme de la esperanza de

verte feliz. No deseo penetrar en los secretos de tu superstición; pero si vives con el temor de extrañas coincidencias y malos presagios, te diré algo para tu consuelo y tu alivio: une tu suerte a la mía y veremos cuál de las dos es más fuerte, la de tu genio negro o la de mi genio blanco.

Wilhelm aprovechó la oportunidad para decirle al viejo muchas frases de consuelo, pues desde hacía tiempo veía en su singular acompañante un hombre al que el azar o el destino había abrumado con una culpa que era arrastrada por su memoria. Pocos días antes Wilhelm había estado escuchando sus cantos y se había fijado especialmente en este pasaje:

Si la luz del amanecer
le ilumina el puro horizonte,
la culpa le hace penar
y arruina toda belleza.

Por mucho que dijo el viejo, Wilhelm tenía un argumento muy fuerte: quería darle a todo un giro y un cambio favorable. Habló tan bien, con tanto corazón y con expresión tan consoladora que el viejo pareció recuperar su ánimo y renunciar a su obsesión.

CAPÍTULO SEGUNDO

MELINA tenía esperanzas de asentarse con su compañía en una pequeña pero próspera ciudad. Ya estaban en el lugar al que los habían llevado los caballos del Conde y ahora precisaban otros carruajes y caballos para continuar. Melina, que se encargó de procurarlos, se comportó con su habitual remolonería. En cambio Wilhelm tenía en los bolsillos los buenos ducados que le había dado la Condesa y se creía con derecho a gastarlos alegremente, olvidándose de que los había incluido en el balance de cuentas que, muy ufano, había enviado a su familia.

Su amigo Shakespeare, al que ahora reconocía como su patrón, y que le hacía sentirse más orgulloso de llamarse Wilhelm, le había permitido conocer a un Príncipe que vive durante algún tiempo con vulgares e incluso malas compañías, y que, a pesar de su nobleza natural, goza con la rudeza, la grosería y la necedad de sus camaradas. Este ideal le vino como anillo al dedo para compararlo con su actual estado y le facilitaba engañarse a sí mismo con unas ilusiones por las que sentía una especial afinidad.

Empezó por pensar en su indumentaria. Le pareció que un chaleco, sobre el cual, en caso de necesidad, se pondría una capa, era el atuendo adecuado para alguien que viajaba. Los calzones de punto y un par de botas eran el atuendo indicado para alguien que andaba mucho. Se compró además una faja de seda que mantuvo bajo sus ropas para conservar el calor de su cuerpo; por otra parte liberó su cuello del yugo de la corbata e hizo que le colocaran unas

cuantas tiras de muselina a modo de holgado cuello antiguo. El bonito pañuelo de seda, el único recuerdo que le quedaba de Mariana, lo llevaba anudado no muy prieto bajo el cuello de muselina. Un sombrero redondo, adornado con una cinta, completaba el disfraz.

Las mujeres aseguraron que aquel traje le sentaba estupendamente. Filina se mostró fascinada y le pidió que le diera sus cabellos, los cuales él, para asemejarse más al ideal que perseguía, se había cortado inmisericordemente. La petición no le resultó desagradable a nuestro amigo y él, que por su generosidad se había ganado, a modo del Príncipe Harry, el derecho a tratar con los demás, se aficionó a hacer y a fomentar locuras. Los cómicos hacían esgrima, bailaban e inventaban todo tipo de juegos y, con alegría en el corazón, bebían grandes cantidades del mediocre vino que podían conseguir. En esta desordenada vida, Filina acechaba a nuestro esquivo héroe, el cual era protegido por su buen hado.

Una de las principales diversiones de los comediantes era representar obras grotescas en las que imitaban a los que poco antes habían sido sus protectores. Uno de ellos sabía imitar muy bien los ademanes de distinción externa de diversas personalidades y sus remedos eran aplaudidos por los otros miembros de la compañía. Por su parte Filina sacaba de su archivo secreto algunas declaraciones de amor que le habían escrito, las leía y, entonces, las risas malévolas no se podían contener.

Wilhelm censuró la ingratitud de los cómicos, pero éstos replicaron que todo lo que habían recibido en el palacio se lo habían ganado con su trabajo y que tampoco el comportamiento de los condes había sido el que se debía dispensar a gente tan meritoria como ellos. Se quejaban de los pocos miramientos que se tuvo con ellos a la llegada y cómo entonces se los había relegado.

Por eso las bromas, las ironías y las imitaciones continuaron cobrando cada vez más

acidez y tornándose más injustas.

-Yo desearía -les dijo Wilhelm- que de vuestras expresiones no se trasluciera tanta envidia y tanto orgullo y que fuerais capaces de ver a las personas desde el punto de vista adecuado. Es algo singular verse elevado por el nacimiento a un lugar principal en la sociedad humana. Aquel al que un rico patrimonio le permite hallarlo todo fácil, aquel que desde su infancia se ve rodeado de todas las comodidades externas, se acostumbra a ver estos bienes como lo más imprescindible e importante de todo y, en consecuencia, reconoce mucho menos el valor de alguien bien dotado por la naturaleza. El trato que dispensan las personas de la alta sociedad a las de esferas más bajas y el que se dispensan entre sí se adecua a las ventajas externas que son las que permiten hacer valer su título, su rango, sus vestimentas y sus adornos, todo menos sus méritos.

La compañía aprobó vivamente estas palabras. Les parecía absolutamente deplorable

que un hombre de mérito siempre fuera postergado y que en el gran mundo no se encontrara ni rastro de un trato natural y cordial. Al describir esta situación se perdieron en mil detalles.

-No los censuréis por ello -exclamó Wilhelm-, más bien debéis compadecerlos, pues rara vez experimentan esa suerte que reconocemos como suprema y que mana de la riqueza interna de la naturaleza. Sólo a nosotros, los que poseemos poco o nada, nos está permitido disfrutar intensamente de la dicha de la amistad. A aquellos que amamos no podemos elevarlos por nuestra gracia, ni podemos favorecerlos con nuestras decisiones, ni tampoco podemos enriquecerlos con regalos. No tenemos nada más que a nosotros mismos. Por eso debemos entregarnos por entero, para, si le resulta de valor, brindarle al amigo este bien para la eternidad. Qué goce y qué alegría para el que da y el que toma. A qué dichoso estado nos lleva la fidelidad. Esta da a la transitoria vida la

certidumbre del cielo y es la parte más importante de nuestro capital.

Al oír estas palabras, Mignon se aproximó, rodeó a Wilhelm con sus delicados brazos y apoyó su cabeza contra su pecho. Él posó la mano sobre la cabeza de la niña y continuó:

-i Qué fácil le resulta a un grande ganar la adhesión de otros!, ¡con qué solvencia se gana los corazones! Con modales afables y espontáneos e incluso con los sólo en cierta medida naturales hace milagros, y, además, ¡de cuántos medios dispone para retener a los que ya han sido atraídos! En muy raras ocasiones tenemos nosotros esa posibilidad, todo nos resulta más difícil, por eso es normal que concedamos un gran valor a todo lo que obtenemos y conseguimos. ¡Cuántos emotivos ejemplos hay de fieles servidores que se sacrificaron por sus señores! ¡Qué bien ha reflejado estos Shakespeare! En este caso la fidelidad es el esfuerzo de un alma noble por igualarse a otra más grande. Gracias a su afecto y a su cariño, el servidor se

equipara a su amo, el cual, en caso contrario, sólo lo vería como un lacayo a sueldo. Sí, estas virtudes son sólo válidas para las personas de baja extracción, que no pueden prescindir de ellas porque las adornan. Quien sin esfuerzo puede valerse por sí mismo cree fácilmente que está dispensado de ser agradecido. En este sentido puedo asegurar que un grande puede tener amigos, pero no ser amigo de nadie.

Mignon se apretaba más y más a él.

-Bien -repuso un miembro de la compañía-, no tenemos ninguna necesidad de la amistad de los grandes ni la hemos buscado nunca, pero aquellos que quieren ser protectores de las artes deben entender de ellas. Cuando hacíamos nuestras mejores representaciones, nadie nos atendía. Todo era partidismo arbitrario: si se agradaba, se gustaba, mas no gustaba el que lo merecía. Además era lamentable como con frecuencia lo estúpido y lo de mal gusto eran lo que atraía la atención y el aplauso.

-Si se prescinde -dijo Wilhelm- de lo que

puede y debe atribuirse a la malevolencia y a la ironía, creo que en el arte ocurre como en la vida. ¿Cómo puede el hombre de mundo, tan habituado a llevar una vida desordenada, obtener la concentración en sí mismo que requiere un artista cuando pretende hacer algo grande? Esta actitud no puede ser extraña a aquellos que aspiran a prestarle a la obra la atención que el artista desea y espera. Creedme, amigos, el talento es como la virtud. Hay que amarlo por sí mismo o renunciar a ello para siempre. Y sin embargo, son ante todo reconocidos cuando se practican de forma oculta, como si de peligrosos secretos se tratase.

-Mientras se espera que alguien sensible nos descubra -dijo alguien desde un rincón-, podemos morir de hambre.

-¡Poco a poco! -exclamó Wilhelm-. He comprobado que, mientras uno vive y se mueve, encuentra su subsistencia, aunque no sea la más lujosa posible. Y, la verdad, ¿de qué os quejáis?, ¿no fuimos bien acogidos y albergados

inesperadamente y cuando peor pintaba todo para nosotros? Y ahora que no nos falta de nada, ¿a alguno de nosotros se le ha ocurrido hacer algo para ejercitarse y perfeccionarse? Tenemos ocupaciones extrañas a nuestro trabajo y, al igual que los niños en edad escolar, nos apartamos de todo lo que nos recuerde nuestra lección.

-Realmente -dijo Firma- es una actitud irresponsable. Elijamos una obra y representémosla. Cada cual dará lo mejor de sí, como si estuviera ante un gran auditorio.

No hizo falta mucha deliberación. La obra fue escogida. Se trataba de una obra que en su tiempo había tenido una gran acogida en Alemania y ahora había sido olvidada. Algunos silbaron una obertura, todos se concentraron en su papel, comenzó la representación, se ejecutó con la mayor de las precisiones y resultó mejor de lo que se esperaba. Se aplaudieron recíprocamente y con toda justicia, pues pocas veces habían hecho tan buen trabajo.

Cuando terminaron sintieron un placer excepcional, en parte por haber empleado bien el tiempo, en parte porque todos tenían derecho a sentirse especialmente contentos consigo mismos. Wilhelm los alabó mucho y la conversación se hizo más animada y alegre.

-Veríais los progresos que podríamos hacer si continuáramos de esa manera los ejercicios y no nos limitásemos a aprender de memoria, ensayar y representar de forma mecánica y por obligación. ¡Cuántas alabanzas merecen los músicos, cómo disfrutan, qué precisos son al hacer sus ejercicios conjuntos! Primero tienen necesidad de poner a tono sus instrumentos y con qué exactitud llevan el compás, con qué delicadeza saben expresar los momentos intensos o lentos de la melodía. Si uno de ellos ejecuta un solo, a nadie se le ocurre distinguirse exagerando el acompañamiento. Todos se esfuerzan por amoldarse al espíritu del compositor y a interpretar lo mejor posible la parte que le corresponde, sea o no importante. ¿No

deberíamos nosotros ser tan precisos y tan prudentes ya que practicamos un arte mucho más delicado que toda música porque estamos llamados a representar las expresiones más comunes y más raras de la condición humana con gusto y de forma atrayente? ¿Puede haber algo más despreciable que chapucear en los ensayos y así abandonarse en la representación a las veleidades del humor y la suerte? Hemos de considerar nuestra mayor alegría y placer el que nos podamos poner de acuerdo para agradarnos mutuamente y sólo apreciar el aplauso del público cuando sea el resultado de la acción común. ¿Por qué el director de orquesta está más seguro que el director escénico? Porque en una orquesta el que corneta un error que ofenda a la audición deberá avergonzarse, pero qué raras veces he visto a un actor reconocer errores perdonables o imperdonables que ofenden gravemente la sensibilidad y avergonzarse por ellos. Me gustaría que el escenario fuera tan estrecho como la cuerda de un equilibrista, pa-

ra que ningún incapaz osara entrar en él, pero hoy, por desgracia, todo el mundo se siente con suficiente capacidad para hacer alarde de ella.

La compañía dio buena acogida a este discurso, pues cada cual estaba convencido de que no se refería a él ya que en breve había trabajado muy bien en cooperación con los otros. Acordaron que, mientras durase el viaje y en el futuro, si seguía en funcionamiento la compañía, se seguirían haciendo ejercicios en común. Eso sí, como se trataba de algo dictado por el buen humor y la libertad individual, no se dejaría a ningún director mezclarse en ello. Se estableció que entre gente de bien lo mejor era comportarse al estilo republicano; se pensaba que el cargo de director tendría que pasar de unos a otros, que había de ser electivo y que la compañía entera debía formar una especie de senado para asesorar al director. Estaban entusiasmados con el proyecto y deseaban ponerse inmediatamente manos a la obra.

-No tengo nada que objetar-dijo Melina- si durante el viaje hacemos esa prueba. Dejaré con gusto de ser director mientras llegamos al lugar donde nos estableceremos.

Melina pensaba así ahorrar, cargando muchos gastos a la pequeña república o al director interino. Inmediatamente se empezó a pensar cómo se podría organizar la forma del nuevo estado.

-Será un reino itinerante -dijo Laertes-, al menos no tendremos ninguna disputa de fronteras.

Se pusieron manos a la obra y eligieron a Wilhelm como primer director. Se constituyó el senado en el que las mujeres tenían voz y voto y fueron propuestas, rechazadas y aprobadas varias leyes. El tiempo pasó en estos entretenimientos y como transcurría de un modo agradable, los actores pensaron que habían hecho algo útil y con su nueva organización le abrían nuevas perspectivas al teatro nacional.

CAPÍTULO TERCERO

AHORA Wilhelm confiaba en que al ver a la compañía en tan buena disposición, podía hablar con ellos acerca del mérito poético de las obras. -No es suficiente -les dijo al día siguiente una vez que se habían reunido- con que el actor lea sin más una obra, la juzgue según su primera impresión y la declare, sin ningún ensayo, algo que le gusta o no. Esa actitud le está perfectamente permitida al espectador, que, siendo entretenido o conmovido, no desea juzgar. El actor, por el contrario, debe dar cuenta de la causa de su alabanza y su censura. Y, ¿cómo podrá hacerlo si no ha penetrado en el espíritu y en las intenciones del autor? Yo mismo, en estos últimos días, he tenido oportunidad de comprobar claramente el error que se comete al juzgar una obra por un papel, por un papel aislado, y no en relación con el conjunto del

drama. Lo he visto con tal claridad, que os expondré el caso si estáis dispuestos a escucharme. Ya conocéis, por algunas lecturas que hemos hecho en el palacio que os resultaron muy agradables, al incomparable

Hamlet de Shakespeare. Nos habíamos propuesto representar la obra, y yo, sin saber lo que hacía, elegí el papel del príncipe. Creía estudiar bien el papel, pues empecé a memorizar los pasajes más difíciles, los monólogos y también todas las intervenciones en las que la fuerza del alma, la elevación del espíritu y la vitalidad tenían el campo abierto, allá donde, conmovido, se mostraba con una expresión llena de sentimientos.

Creí penetrar en el espíritu del papel cuando dejaba que sobre mí cayera el peso de la profunda melancolía y, bajo esta presión, intentaba seguir mi modelo transitando por aquel complejo laberinto de caprichos y extravagancias. Así memoricé, así ensayé y creí identificarme más con el personaje.

Pero cuanto más avanzaba, más difícil me resultaba comprender la totalidad de la obra e incluso me resultaba imposible hacerme una idea general de ella. Entonces leí la obra sin interrupciones y aun así había cosas que no me complacían. A veces eran los personajes, en otras ocasiones la expresión y, entonces, dudaba de que pudiera encontrar el tono adecuado para representar el papel con todas sus inflexiones y matices. Por largo tiempo me fatigué en vano errando por estos caminos, hasta que de un modo muy curioso logré acercarme a mi objetivo.

Intenté seguir el rastro de todos los rasgos del carácter de Hamlet antes de la muerte de su padre; observé cómo se había conducido este interesante joven, independientemente de este triste suceso e independientemente de los horribles acontecimientos que se derivaron de éste, y pensé qué hubiera sido de él si este suceso no hubiera tenido lugar.

Llena de ternura y de nobleza había bro-

tado aquella flor regia que crecía bajo el influjo de la majestad: el concepto de justicia y de dignidad principesca, el sentimiento de lo bueno y lo distinguido y la conciencia de su alta cuna se desarrollaban a la vez en ella. Él era un príncipe, había nacido príncipe y sólo deseaba reinar para que se pudiera hacer el bien sin ningún obstáculo. Con una figura agradable, con sensibilidad, y corazón generoso, estaba destinado a ser modelo de la juventud y alegría del mundo. Sin tener otras pasiones, su amor por Ofelia era un presentimiento de otras necesidades más dulces. Su interés por los torneos no era innato en él, más bien era despertado y alimentado por el elogio que se hacía del rival. Como tenía sentimientos puros, sabía apreciar la rectitud y valorar la calma de la que disfruta un hombre honesto cuando un amigo le abre su corazón. Hasta cierto punto él reconocía lo bello y lo bueno de las ciencias y las artes. Lo falto de gusto le repugnaba y, aunque en su noble alma no podía tener cabida el odio, consideraba ab-

solamente preciso despreciar a los cortesanos veleidosos y falsos así como burlarse de ellos. Él era confiado y sencillo de trato, ni dado en exceso al ocio, ni entregado en demasía a la actividad. Parecía continuar en la corte la vida relajada de la universidad. Era más alegre de humor que de corazón, se comportaba de modo desenvuelto en sociedad, era tolerante, discreto y solícito. Podía olvidar y perdonar una ofensa, pero no podía transigir con quien traspasara los límites de lo bueno y lo conveniente.

Si volviéramos a leer la obra, juzgaréis con conocimiento de causa si estoy o no en lo justo. Mas al menos en algunos pasajes creo que mis opiniones se ven plenamente confirmadas.

La compañía aplaudió vivamente esta semblanza y consideraron que así estaba perfectamente explicada la conducta de Hamlet. También apreciaron este modo de penetrar en el espíritu del poeta y se propusieron leer cualquier obra que fueran a representar adentrán-

dose en el pensamiento de su autor.

CAPÍTULO CUARTO

NO hubieron de pasar muchos días para que algunos miembros de la compañía protagonizaran ciertas aventuras no exentas de atractivo. Laertes estuvo a punto de caer rendido bajo las seducciones de una señora que era dueña de una propiedad en los alrededores, pero se había comportado con tan extremada frialdad y tanta grosería con ella, que había merecido los duros reproches de Filina. Ella aprovechó la oportunidad para contarle a Wilhelm la desdichada historia de amor vivida hacía mucho tiempo por Laertes, que lo había convertido en el enemigo más encarnizado del sexo femenino.

-Quién puede condenarle -dijo ella- por

odiar a un sexo que lo trató tan mal y le dio a beber de un solo trago todas las amarguras que un hombre teme que le deparen las mujeres? Imagínese usted: en el espacio de veinticuatro horas él fue amante, novio, esposo, burlado, herido y viudo. No sé cómo uno puede sobreponerse a tal disgusto.

Laertes salió, mitad risueño, mitad enojado, de la habitación y Filina prosiguió su historia con su gracia habitual. Contó cómo él, cuando tenía dieciocho años y poco después de haber entrado a formar parte de una compañía de teatro, había conocido a una encantadora muchacha de catorce. Ésta se disponía a marcharse de allí, por unas diferencias que habían surgido entre su padre y el director. El se enamoró perdidamente de la chiquilla, suplicó al padre que permanecieran allí y la pidió en matrimonio. Después de unas agradables y breves relaciones, tuvo lugar el matrimonio. Pasadas unas horas de disfrute de su nueva condición de casado, él gozó con una deliciosa noche de

bodas. Mas, a la mañana siguiente, cuando él estaba realizando un ensayo, su mujer, asumiendo su nuevo estatus, adornaba al actor la cabeza con unos buenos cuernos. Como, lleno de ternura, volvió antes de tiempo a casa, encontró a un antiguo amante de su mujer ocupando su lugar. Cegado por la pasión, tomó la espada, atacó al amante y al suegro y salió del trance gravemente herido. El padre y la hija huyeron aquella noche de allí y el muchacho quedó doblemente herido y abandonado. Además su infortunio lo puso en manos del peor cirujano sangrador del mundo, lo cual provocó que el pobre acabara con los dientes renegridos y los ojos legañosos.

-Todo esto -remató ella- es especialmente lamentable, porque es el muchacho más estupendo que conozco. Por otra parte, es una pena que odie a las mujeres, pues ¿cómo puede vivir bien quien las odia?

Melina les interrumpió dándoles la noticia de que todo estaba dispuesto para el trans-

porte y de que partirían al día siguiente de madrugada. También les comunicó cómo había dispuesto que fueran sentados en los coches los miembros de la compañía.

-Si un buen amigo quiere llevarme sobre su regazo -dijo Filina-, me alegrara que vayamos apretados e incómodos. La verdad es que me da igual.

-Es totalmente indiferente -dijo Laertes que acababa de llegar.

-Pues a mí me parece un fastidio -dijo Wilhelm y se marchó. Con su dinero se procuró un coche muy cómodo al que Melina había renunciado. Se hizo otra distribución y era general el contento por poder viajar más cómodos. Sin embargo, en ese momento se empezó a rumorear que por el camino que tenían que tomar se había visto una tropa de voluntarios, lo cual no auguraba nada bueno.

Esta noticia, aun siendo dudosa e incierta, hizo que la población de la ciudad donde se encontraban estuviera en alerta. Por la posición

del ejército parecía imposible que una avanzada enemiga hubiera llegado tan lejos o que una tropa amiga hubiera quedado tan retrasada. Todos describían a nuestros amigos el peligro al que se exponían y les recomendaban que tomaran otro camino.

La mayoría sentía intranquilidad y miedo y cuando, siguiendo los nuevos estatutos republicanos, se convocó al senado para discutir esta excepcional situación, eran casi unánimes las voces que preferían evitar todo perjuicio y quedarse en el lugar o incluso tomando otro camino.

Sólo Wilhelm, que no estaba dominado por el miedo, consideró vergonzoso renunciar a un plan muy bien meditado por un mero rumor. Intentó inspirar valor a sus compañeros y sus argumentos resultaron viriles y convincentes.

-Se trata de un rumor -dijo- y ¿cuántos rumores hay en la guerra? Las personas razonables dicen que se trata de una noticia infun-

dada, casi imposible. ¿Hemos de dar pábulo a lo incierto cuando dirimimos una cuestión tan importante? La ruta que el Conde nos indicó y para la que tenemos salvoconductos es la más directa y la que nos lleva por mejores caminos. Nos lleva a una ciudad donde veréis a conocidos y amigos y donde se os va a dar una buena bienvenida. El rodeo que podríamos dar también os lleva allí, pero por qué malos caminos nos lleva, cuánto nos aleja de nuestro destino. Dado lo avanzado de la estación, ¿estáis seguros de que llegaríamos?, y, en todo caso ¿no nos veríamos obligados a despilfarrar el dinero al hacer este rodeo?

Siguió enumerando razones y exponiendo las ventajas que tenía el camino que pensaban dejar, así el temor de la compañía remitió y cobró fuerza su valor. Supo ponderar tanto la disciplina de las tropas regulares, ofreció una imagen tan innoble de los merodeadores y de la chusma que iba en busca del botín, tuvo la habilidad de reflejar tan bien el peligro como

algo excitante y atrayente, que consiguió serenar el ánimo de todos sus compañeros.

Desde el primer momento Laertes se puso de su parte y aseguró que no sería él quien dudase o vacilase. El veterano actor que representaba los papeles de gruñón expresó su acuerdo a su manera; Filina se mofó de todos; Madame Melina, que no había perdido su coraje a pesar de su avanzado embarazo, consideró heroica la propuesta de Wilhelm; tampoco Melina, que esperaba ahorrar mucho por el camino más corto, pudo oponerse y apoyó plenamente el plan.

Con la intención de afrontar cualquier posible eventualidad, se equiparon para la defensa. Compraron enormes cuchillos de monte, que colgaron de sus hombros con ayuda de bien adornados tahalíes; Wilhelm, además, se puso en el cinturón dos tercerolas; Laertes por su parte ya poseía una buena escopeta. Con alegría, los cómicos empezaron la marcha.

El segundo día de viaje, los conductores

de los coches, que conocían perfectamente el camino, propusieron hacer alto al mediodía en un claro del bosque, pues la aldea más próxima se encontraba a una distancia considerable y, cuando hacía buen tiempo, todo el mundo prefería seguir ese camino.

El tiempo era muy agradable y todos estuvieron de acuerdo en aceptar la propuesta. Wilhelm fue a pie, atajando por la montaña y llenando de estupor, con su singular atuendo, a los que con él se cruzaban. Iba montaña arriba satisfecho y a paso ligero, Laertes lo seguía y sólo las mujeres seguían en los coches. Mignon corría a su lado y llevaba orgullosa su cuchillo que él no le negara cuando la compañía se había armado. Alrededor de su sombrero había colocado el collar de perlas que Wilhelm conservaba como única reliquia de su hermana. Federico, el muchacho rubio, empuñaba la escopeta de Laertes y el arpista ofrecía el aspecto más pacífico que pudiera concebirse. Se había atado los bajos de su larga túnica con un cintu-

rón y así marchaba con más comodidad. Andaba apoyándose en un nudoso bastón y había dejado en el coche su instrumento.

Después de haber coronado, no sin esfuerzo, aquel altozano, reconocieron el sitio que les habían indicado los conductores por unas bonitas hayas que rodeaban y ocultaban el lugar. Aquella pradera amplia de suave pendiente invitaba a detenerse, una fuente allí situada proporcionaba el más agradable de los alivios, por otra parte, más allá de los barrancos y las laderas se divisaba un bello y prometedor panorama. Se veían pueblos y molinos en el valle y ciudades en la llanura, y otros montes lejanos daban al panorama un aspecto todavía más esperanzador al darle un suave contorno.

Los que primero llegaron tomaron su lugar, unos se tendieron a la sombra, otros hicieron fuego y todos esperaron ocupados y cantando al resto de la compañía, que fue llegando poco a poco. Fueron unánimes los elogios del lugar, del buen tiempo y del paisaje.

CAPÍTULO QUINTO

Si entre cuatro paredes los cómicos habían disfrutado de horas muy agradables, es natural que ahora se sintieran mejor aquí, donde el cielo abierto y la belleza del paisaje parecían purificar los ánimos. Todos se sintieron más unidos, todos desearon que en semejante lugar transcurriera el resto de su vida. Sintieron envidia de los cazadores, carboneros y leñadores que realizaban su trabajo en un marco tan agradable, pero sobre todo valoraban las atractivas colectividades gitanas. Se envidiaba a esos seres, a los que su serena ociosidad capacitaba para disfrutar de todos los fantásticos encantos de la naturaleza y celebraban parecerse en cierto modo a ellos.

Entretanto las mujeres habían empezado a cocer patatas y a desempaquetar y cocinar las

vituellas que habían traído. Ya algunas marmittas estaban al fuego y los miembros de la compañía formaban grupos a la sombra de los árboles y los matorrales. Sus extrañas vestimentas y sus armas les hacían ofrecer un extraño aspecto. Los caballos fueron alimentados aparte, y si hubiera sido posible ocultar los coches, nuestros amigos hubieran alcanzado una traza romántica a más no poder.

Wilhelm se deleitaba con un placer del que nunca había gozado. Podía figurarse ser el cabecilla de aquella colonia errante. En este sentido, hablaba con todos y procuraba darle a la situación los tintes más poéticos que pudiera. Los ánimos de la compañía iban en aumento, se comía, se bebía, se alborotaba y se reconocía no haber vivido nunca unos momentos más bellos.

No se habían solazado mucho tiempo, cuando se despertó la actividad de la tropa. Wilhelm y Laertes empuñaron sus floretes y empezaron a tirar, haciendo sus ejercicios con cierta intención teatral. Querían representar la

escena en la que Hamlet y su antagonista tenían tan trágico final. Ambos amigos habían comprobado que, en escenas tan importantes y en las representaciones al uso, era muy habitual ver un intercambio de golpes sin orden ni concierto. Por eso querían ofrecer ahora una lucha que fuera atractiva para los entendidos en esgrima.

De pronto, en los alrededores se oyó un tiro y, poco después, otro, lo que hizo a la compañía desperdigarse presa de pánico. De entre la maleza salieron unos hombres armados que se dirigieron raudos a donde pacían los caballos.

Todas las mujeres soltaron un grito al unísono. Nuestros héroes soltaron los floretes, tomaron las pistolas, fueron al encuentro de los salteadores y les pidieron cuenta de su ataque.

Como recibieron dos tiros por toda respuesta, Wilhelm apuntó con su pistola a uno de los bandidos que se había encaramado a un coche y se afanaba en desempacar bultos.

Hizo blanco y el individuo rodó por tierra. Tampoco erró su tiro Laertes, y ambos se disponían a echar mano de sus cuchillos de monte, cuando parte de los maleantes arremetieron contra ellos entre juramentos e imprecaciones. Nuestros amigos les hicieron frente con bravura y pidieron ayuda a sus compañeros para hacer una defensa de los bienes comunes. Sin embargo, poco después, Wilhelm empezó a perder paulatinamente la visión y el sentido. Un tiro, que lo hirió entre el pecho y el brazo izquierdo, y un espadazo, que le rompió el sombrero y llegó a alcanzarle en el cráneo, hicieron que diera con sus huesos en tierra, y sólo más tarde y por el relato de otros supo de lo desdichado de su aventura.

Al abrir de nuevo los ojos, se encontró en la más extraña de las situaciones. Lo primero que vio a través del velo neblinoso que dificultaba su vista fue el rostro de Filina que se inclinaba sobre su cabeza. Se sentía muy débil, y cuando hizo un movimiento para levantarse, se

dio cuenta que estaba apoyado en el regazo de su amiga, donde volvió a dejarse caer. La joven estaba sentada en la hierba, estrechando con ternura contra su pecho la cabeza del herido, que estaba tumbado delante de ella y al cual hacía un lecho con sus brazos. Estrechando sus pies y rociándolos de lágrimas, estaba arrodillada Mignon con el pelo suelto y manchado de sangre.

Al ver sus ropas ensangrentadas Wilhelm, preguntó dónde estaba y cuál había sido la suerte de sus compañeros. Filina le rogó que se serenase, diciéndole que los demás estaban a salvo y que los únicos heridos eran él y Laertes. No quiso contarle nada más e insistió en que se tranquilizara, pues le habían vendado las heridas como habían podido y tal vez estuviera mal curada. En esto, Wilhelm señaló con la mano a Mignon y preguntó si la niña también estaba herida al ver que sus cabellos estaban llenos de sangre.

Para tranquilizarlo Filina le refirió que

Mignon totalmente desesperada había intentado taponarle su herida con su cabello, aunque hubo de desistir de su empeño al ver lo inútil del remedio. Luego le cerraron las heridas con yesca y musgo y Filina dio, para que se las vendaran, su pañuelo de cuello.

Wilhelm observó que Filina estaba recostada sobre su baúl, que permanecía perfectamente cerrado e intacto. Le preguntó si todos los demás habían conseguido salvar sus efectos y ella, encogiéndose de hombros, dejó vagar su mirada por la pradera, en la que por aquí y por allá se veían cajas rotas y baúles rajados, zurroneados hechos jirones y un sinnúmero de útiles desperdigados. No se divisaba a nadie en las cercanías y el singular grupo que ya hemos descrito se hallaba en soledad.

Ya Wilhelm sabía más de lo que deseaba saber. Los otros hombres, que hubieran podido oponer resistencia a los bandidos, sintieron muy pronto pánico y fueron rápidamente arrojados. Una parte de ellos huyó y la otra per-

maneció allí, limitándose a ser desesperados testigos del desastre. Los carreteros lucharon con encono en defensa de sus caballos, pero fueron vencidos y maniatados, y rápidamente todo fue robado y saqueado. Los temerosos viajeros, una vez que supieron su vida a salvo, empezaron a lamentarse por sus pérdidas, corrieron a la aldea vecina, llevándose consigo a Laertes, que había sido levemente herido y sólo algunos restos de sus posesiones. El arpista dejó apoyado su dañado instrumento sobre un árbol y fue con los demás a la aldea en busca de un médico que procurara el socorro que fuera posible a su protector, al que daban por muerto.

CAPÍTULO SEXTO

NUESTROS tres desdichados aventureros permanecieron un buen rato en aquella situación, nadie llegó para ayudarlos. Atardecía,

la noche amenazaba con caer sobre ellos; la tranquilidad de Filina empezó a convertirse en inquietud, Mignon iba y venía y su impaciencia aumentaba a cada instante. Finalmente, cuando sus deseos fueron atendidos y se aproximó un grupo de hombres, tuvieron un nuevo sobresalto. Escucharon como se acercaban unos cuantos caballos por el camino que habían tomado ellos y temieron que se tratara de una partida de huéspedes no deseados que vinieran a hacer rapiña de lo que los otros dejaran.

Qué sorpresa más agradable experimentaron cuando, de entre la maleza y montada a un caballo blanco, apareció una dama acompañada de un viejo señor y de algunos caballeros. Les seguían mozos, criados y unos cuantos húsares.

Filina, que ante semejante aparición quedó en un principio sorprendida, estaba a punto de gritar para implorar la ayuda de la amazona, pero ya la dama había dirigido su atónita mirada a ese grupo singular y guiaba el caballo en

dirección a ellos. Con muestras de interés preguntó por el estado del herido, cuya postura sobre el regazo de aquella frívola samaritana le pareció sorprendente.

-¿Es su marido? -le preguntó a Filina.

-No, es sólo un buen amigo -respondió ésta con un tono que fastidió a Wilhelm.

Había puesto sus ojos en el rostro suave, distinguido y compasivo de la recién llegada; creía no haber visto rostro más noble y agradable. Un holgado traje de hombre ocultaba su talle; parecía haberlo tomado de sus compañeros para paliar los efectos del inclemente aire de la noche.

Entretanto también se acercaron los caballeros; algunos pusieron pie en tierra, la dama hizo otro tanto y preguntó llena de compasión por las desventuras de los viajeros, y particularmente de la herida del joven allí tendido. Dio rápidamente media vuelta y se apartó a un lado en compañía del viejo señor hacia los coches que habían venido subiendo por el monte y se

habían detenido en aquel claro del bosque.

Después de que la dama permaneciera durante algún tiempo de pie junto a uno de los coches y estuviese hablando con los ocupantes, un hombre rechoncho salió de éste y se dirigió hacia nuestro herido amigo. Por el maletín que llevaba y por su bolsa de cuero llena de instrumentos se reconocía claramente que se trataba de un cirujano. Sus modales eran más rudos que amables, pero su mano era desenvuelta y su ayuda bienvenida.

Hizo un minucioso reconocimiento, expuso que ninguna de las heridas era peligrosa y que deseaba vendarlas inmediatamente y que entonces se podría llevar al paciente hasta la aldea más cerca.

La inquietud de la joven dama parecía ir en aumento:

-Mire -dijo yendo de un lado para otro y llevando consigo al anciano-, mire cómo lo han dejado. ¿No seremos nosotros la causa de sus sufrimientos?

Wilhelm escuchó estas palabras sin comprender su significado. Iba de acá para allá, como si no pudiera dejar de mirar al herido y como si temiera al mismo tiempo perturbar su bienestar permaneciendo allí. Mientras tanto los hombres habían conseguido con bastante esfuerzo desvestirlo. El cirujano estaba cortando la manga izquierda de su camisa cuando el anciano señor recordó en tono serio la conveniencia de proseguir el viaje. Wilhelm tenía los ojos puestos en ella y estaba tan fascinado por su mirada, que apenas se daba cuenta de lo que él mismo hacía.

Filina se había levantado y besado la mano de la generosa dama. Cuando nuestro amigo las vio juntas, no creyó haber visto jamás un contraste tan acusado. Filina nunca se le había aparecido bajo una luz más desfavorable. A él le parecía que no debía acercarse a aquella naturaleza tan noble y, ni mucho menos, debía tocarla.

La dama le hizo varias preguntas a Filina,

pero en voz baja. Finalmente se dirigió al anciano que, siempre con ademanes graves, permanecía a su lado y le dijo:

-Querido tío, ¿puedo ser generosa a tu costa?

Mientras formulaba su pregunta, se quitó la capa, dejando clara su intención de entregársela al herido, que tenía las ropas rasgadas.

Wilhelm, al que hasta ahora sólo con su mirada salvadora había cautivado, se quedó sorprendido cuando al caer la capa, se dejó ver la bonita figura de aquella mujer. Ella se acercó a él y lo tapó con suavidad. En ese momento, cuando nuestro amigo quiso abrir la boca y decir algunas palabras de agradecimiento, la presencia de ella tuvo un efecto tan singular en sus sobreexcitados sentidos, que imaginó que su cabeza estaba aureolada de rayos y que, sobre toda su figura, se extendía una brillante luz. El cirujano le produjo una impresión más ruda cuando le extrajo la bala incrustada en la herida. La imagen celestial que había ante el pos-

trado desapareció. Él perdió el sentido, y, cuando lo recobró, los jinetes, los coches, la dama y sus acompañantes ya no estaban allí.

CAPÍTULO SÉPTIMO

DESPUÉS de que nuestro amigo estuviera vendado y vestido, el cirujano emprendió su marcha, en el preciso instante en que llegaba el arpista con un grupo de aldeanos. Éstos con dos ramas y con desbrozo entrelazado hicieron unas parihuelas, sobre las que colgaron al herido y lo llevaron lentamente y monte abajo a la aldea, escoltados por un guarda a caballo perteneciente a la comitiva de la dama que se había quedado cuidando a Wilhelm. El arpista, tranquilo y ensimismado, portaba su dañado instrumento, algunos cargaban con el baúl de Filina, que los seguía con un hatillo, Mignon iba saltando ora delante, ora a los lados; explo-

raba el bosque y la maleza, mirando con cierta melancolía a su protector.

Este, arropado por la capa, iba tranquilamente tendido sobre la litera. Un calor que se extendía como la electricidad parecía transmitirse de la lana a su cuerpo. En definitiva, él tenía la sensación más agradable que pudiera imaginarse. La bella poseedora de aquella prenda le había producido una poderosa impresión. El todavía estaba viendo cómo la capa caía por sus hombros, todavía veía ante sí aquella nobilísima figura rodeada de rayos y su alma corría tras la ausente por riscos y bosques.

Sólo al caer la noche el grupo llegó a la aldea y paró ante la posada donde se había alojado el resto de la compañía, que, llena de desesperación, se quejaba por la irreparable pérdida. La única habitación de la casa estaba llena de gente: algunos estaban tumbados sobre heno, otros habían ocupado los bancos y otros se agolpaban tras la estufa y la señora de Melina, en una vivienda anexa, esperaba angustio-

samente el momento del parto. El susto lo había acelerado y la asistencia de la posadera, mujer joven e inexperta, no hacía presagiar nada bueno.

Cuando los recién llegados solicitaron acomodo, se oyeron murmuraciones. Los cómicos decían que sólo por la propuesta de Wilhelm se habían aventurado por aquel peligroso camino y se habían expuesto a aquel percance. Se le culpaba de lo mal que habían salido parados, por eso a la entrada de la posada se negaban a acogerlo y decían que debía buscarse alojamiento en otro lugar. A Filina la trataban con más dureza y también el arpista y Mignon hubieron de oír lo suyo.

No pudo oír por mucho tiempo sin impacientarse esto el guarda, al que la dama, su señora, había encomendado el cuidado de Wilhelm. Lanzó improperios y amenazas a la compañía y obligó a sus miembros a retroceder y a hacerles sitio a los recién llegados. Los ánimos empezaron a calmarse. El guarda improvisó a

Wilhelm una cama arrimando una mesa a una de las esquinas de la habitación, Filina colocó junto a ésta su baúl y se sentó sobre el mismo. Todos se apretujaban como podían y el guarda se retiró para ver si encontraba un mejor alojamiento para el matrimonio.

Apenas se hubo retirado, el malestar volvió a manifestarse abiertamente, y cada reproche se sucedía a otro. Todos mencionaban sus pérdidas y exageraban su cuantía; censuraban la audacia que tan cara les había costado y ni siquiera escondían la ruin alegría que le producían las heridas de nuestro amigo, todos abochornaban a Filina y consideraban un crimen contra el compañerismo la habilidad con la que había conseguido salvar su baúl. De todas las indirectas y alusiones que se le hacían se deducía que había conseguido salvar el baúl camelándose al jefe de la banda de malhechores, eso sí, quién sabe mediante qué artes y favores. Decían que Filina había desaparecido durante un buen rato. Ella no contestaba nada, sólo de

cuando en cuando dejaba que el candado de su baúl golpeará contra éste, para recordarles a los envidiosos su presencia y para aumentar la desesperación del grupo a la vista de su propia suerte.

CAPÍTULO OCTAVO

WILHELM, aunque inmediatamente debilitado por la severa pérdida de sangre, aunque suavizado y dulcificado por la aparición de aquel ángel protector, no pudo dejar de indignarse ante las duras e injustas imprecaciones de los miembros de la compañía, que se envalentonaron con su silencio. Finalmente se sintió suficientemente restablecido como para incorporarse y reprocharles la hostilidad con la que le trataban a él, su amigo y director. Alzó su vendada cabeza y, apoyándose en la pared, les habló así:

-Perdono las ofensas que me habéis hecho, pues sé que las perdidas que habéis tenido han sido considerables, y también disculpo que me rechazéis la primera vez que necesito ayuda de vosotros. Siempre me he contentado con vuestro agradecimiento y vuestro trato amigable por los servicios que os he prestado y por los favores que os he dispensado, pero no me induzcáis, no me obliguéis a que reconsidere y lamente lo que he hecho por vosotros; sería para mí muy penoso hacer ese balance. El azar me ha llevado hasta vosotros. Las circunstancias y una íntima simpatía me han hecho permanecer junto a vosotros. He tenido parte en vuestro trabajo y en vuestros placeres, he puesto mis escasos conocimientos enteramente a vuestra disposición. Si bien me culpáis amargamente a mí de vuestra desgracia, os recuerdo que la primera propuesta de tomar aquel camino vino de extraños y que la idea fue discutida y aprobada por todos. Si el viaje hubiera tenido un buen final, seguro que ahora os alabaríais

por la decisión que os indujo a tomar esta ruta, a elegirla, os congratularíais por vuestras deliberaciones y por haber hecho tan buen uso de vuestro derecho al voto. Sin embargo, me hacéis responsable de una culpa que asumiría si no tuviera la conciencia tranquila, más aún, si no pudiera remitirme a la decisión que tomásteis. Si tenéis algo contra mí, exponedlo en toda la regla. Si no tenéis nada fundado que imputarme, callad y no me atormentéis en estos momentos en que tan necesitado estoy de descanso.

Por toda respuesta las mujeres empezaron a llorar y a referir detalladamente sus pérdidas. Melina estaba fuera de sí, pues era el que más había perdido, mucho más de lo que podíamos imaginar. Como un loco iba de un lado a otro de la habitación, golpeaba la pared con su cabeza y decía uno y mil improperios. En esto llegó la posadera procedente de la vivienda anexa para anunciarle que su mujer había dado a luz un niño muerto. Esta noticia la

recibió él con un sinfín de alaridos y los demás, en consonancia con él, prorrumpieron en sollozos, aullidos, juramentos y maldiciones.

Wilhelm, que estaba conmovido hasta lo más íntimo de su ser por la compasión que le producía la desesperación de sus compañeros y por la indignación que le provocaban sus innobles sentimientos, se sobrepuso a la debilidad de su cuerpo e impulsado por las fuerzas de su alma exclamó:

-Por muy dignos de lástima que seáis, a punto estoy de despreciaros. Ninguna desgracia justifica abrumar con esos reproches a un inocente. Si tuve parte en la decisión de seguir aquella ruta, también la tengo en la desgracia que hemos sufrido. Aquí yago herido, y si la compañía ha tenido pérdidas, las mías han sido las más cuantiosas. Todo el vestuario, todos los decorados robados eran míos, pues el señor Melina todavía no me los había pagado, y ahora lo relevo de tal obligación.

-Menudo regalo me hace usted -exclamó

Melina-, me ofrece algo que ya no volveremos a ver. Su dinero estaba en el baúl de mi mujer y es culpa suya que se perdiera. Mas, si sólo hubiera sido eso...

Y volvió a sus pataleos, a sus imprecaciones y a sus gritos. Todos recordaban los bonitos vestidos donados por el Conde, las hebillas, los relojes, las petacas, los sombreros que Melina comprara tan baratos al ayuda de cámara. Todos repasaban mentalmente la relación de sus tesoros, aunque fueran insignificantes. Miraban llenos de fastidio el baúl de Filina y se le insinuó a Wilhelm que no había sido nada desacertado asociarse a esa bella mujer y valerse de su suerte para así haber conservado todas sus pertenencias.

-¿Acaso creéis que podría tener algo mío mientras vivís en la indigencia? ¿Es esta la primera vez en la que comparto con vosotros penalidades? Que se abra el baúl y todo lo que haya en él estará ahora a disposición de la comunidad.

-Es mi baúl -dijo Filina- y no lo abriré hasta cuando me plazca. Los trapillos que me confiaste no creo que nos saquen de ningún apuro aunque se los vendamos al más honrado de los judíos. Piensa en reponerte, en los costes de tu curación y en lo que puede ocurrirte en tierra extraña.

-No cambiarás mi decisión, Filina. Lo poco que conservo nos ayudará a salir del paso. Porque todo hombre tiene, aparte del dinero, muchos medios de socorrer a sus amigos. Todo lo que tengo servirá para ayudar a estos desamparados, que, sin duda, cuando no estén tan embargados por el dolor y recapaciten, se arrepentirán de esta conducta. Sí -continuó-, me doy cuenta de lo afligidos y menesterosos que estáis, pero haré todo lo que esté en mi mano por vosotros. Devolvedme vuestra confianza, calmaos ya, aceptad lo que os prometo. ¿Quién quiere tomarme la palabra en nombre de todos?

En esto extendió su mano derecha y dijo:
-Prometo que no os abandonaré, que no

os dejaré hasta que cada cual recupere el doble o el triple de lo que ha perdido, hasta que hayáis olvidado el estado en el que os encontráis, sea quien sea el culpable de éste, y se haya trocado la desesperación por alegría.

Manténía su mano extendida, pero nadie quiso tomársela.

-Lo prometo de nuevo -proclamó dejándose caer sobre su almohada. Todos callaron; se sentían humillados, no consolados. Mientras tanto Filina, que estaba sentada sobre su baúl, cascaba nueces que había encontrado en su bolsillo.

CAPÍTULO NOVENO

EL guarda volvió con algunas personas y se dispuso a llevarse al herido. Había conseguido que el pastor de la aldea recibiese a la joven pareja. El baúl de Filina fue transportado y ella acompañó a los portadores con su natu-

ral distinción. Mignon fue por delante. Cuando llegó el enfermo a la casa del pastor, le fue asignada una amplia cama de matrimonio que ya desde hacía tiempo estaba reservada a los huéspedes distinguidos.

Sólo entonces se dieron cuenta de que la herida se había vuelto abrir y sangraba abundantemente. Fue necesario vendarla de nuevo. No tardó en presentarse la fiebre. Filina veló al paciente, y, cuando quedó rendida de fatiga, fue reemplazada por el arpista. Mignon se durmió en una esquina, pese a sus deseos de velar.

A la mañana siguiente, Wilhelm un poco recuperado, supo por medio del guarda que la señora de éste se había retirado de sus posesiones para eludir los movimientos de las tropas y buscar la tranquilidad en otra comarca más sosegada. El servidor le facilitó los nombres del anciano y su sobrina, le reveló el lugar adonde iban y le explicó a Wilhelm cómo la mujer le mandó tener cuidado con los desgraciados que

habían tenido que dejar atrás.

La llegada del cirujano interrumpió el discurso de agradecimiento que Wilhelm dirigió al guarda. El cirujano hizo una detallada descripción de sus heridas, aseguró que éstas curarían pronto si el paciente guardaba cama y era bien atendido.

Después que el guarda se hubiera marchado, dijo Filina que le había entregado una pequeña bolsa con veinte luises de oro, para que le hiciera al clérigo un obsequio por haberles abierto su casa y para pagarle al cirujano sus curas. Filina pasaba por la mujer de Wilhelm, se había presentado ante todos así y no iba a permitir que otra persona lo cuidara.

-Filina -contestó Wilhelm-, el desgraciado accidente que hemos tenido ha hecho que me encuentre en deuda contigo. No me gustaría que estas obligaciones aumenten. Me siento intranquilo cuando estás junto a mí, pues no sé cómo podré pagar tus desvelos. Dame mis cosas que has salvado al mantenerlas en tu baúl,

únete a lo que queda de la compañía, búscate otra habitación, toma mi reloj de oro como insignificante muestra de mi agradecimiento y márchate. No sabes cómo me intranquiliza tu presencia.

Cuando él terminó, ella se rió en su cara.

-Estás loco -dijo- y no tendrás jamás juicio. Yo sé mejor que tú lo que te conviene; me quedaré contigo y no me moveré de tu lado. Nunca le he concedido demasiada importancia a la gratitud de los hombres, por eso tampoco a ti te exigiré nada. Además, si yo te quiero, ¿a ti qué más te da?

Se quedó y pronto se ganó la simpatía del pastor y su mujer, pues siempre bromeaba, siempre encontraba ocasión de hacer un regalo y al mismo tiempo tenía la capacidad de hacer lo que quería. Lo de Wilhelm no iba nada mal; el cirujano un hombre no muy cultivado, pero sí muy hábil, dejaba obrar a la naturaleza y así el paciente puso rápidamente al paciente en el camino de la mejoría. Éste ansiaba recuperarse

para poder proseguir la ejecución de sus planes y deseos.

El recordaba sin cesar aquel suceso que le había producido una imborrable impresión en su alma. Veía a aquella bella amazona saliendo al trote de la maleza, acercándose a él, desmontando, yendo de un lado a otro y preocupándose de él. Veía caer la capa de sus hombros, veía como su cara y su figura se desvanecían dejando un resto luminoso. Asociaba todos los recuerdos de su infancia a aquella imagen. Creía haber visto a la heroica Clorinda con sus propios ojos; también se acordó del príncipe enfermo, ante cuyo lecho se colocó la compasiva princesa con serena modestia.

En una ocasión de tranquilidad se dijo a sí mismo:

-¿No es ya en la juventud cuando, como en un sueño, las imágenes del destino futuro empiezan a cernerse sobre nosotros y ya empiezan a aparecer ante nuestros inocentes ojos? ¿No es el germen de lo que nos sucede ya sem-

brado por la mano del destino, no es posible un goce anticipado de los frutos que confiamos en abrir?

Su estado convaleciente le permitía recordar mil veces aquella escena. Mil veces volvió a escuchar aquella encantadora voz, cómo envidiaba a Filina que había besado aquella generosa mano. A veces aquella situación era evocada como un sueño y la hubiera tomado por cuento si no hubiera tenido ante sus ojos la capa que servía de evidencia de la aparición.

Al cuidado que deparaba a esta prenda el herido unía los más vivos deseos de vestirse con ella. Tan pronto como se levantó, se la puso, mas desde entonces temía constantemente deteriorarla con una mancha o por cualquier otro percance.

CAPÍTULO DÉCIMO

LAERTES hizo una visita a su amigo. No estuvo presente en la violenta escena de la posada, porque guardaba cama en una habitación del piso superior. Ya se había consolado de sus pérdidas ayudado por su habitual muletilla: «qué le vamos a hacer?» Le contó a Wilhelm diversas anécdotas para desprestigiar a los miembros de la compañía; se refirió especialmente a la señora de Melina, de la cual dijo que, si lloraba la pérdida de la niña, era por no haber podido tener el placer de bautizarla con el nombre de Mechthild, siguiendo la vieja costumbre germánica. En cuanto a su marido, le dijo que contaba con mucho dinero y que de ninguna manera le había hecho falta servirse de lo que Wilhelm le había prestado. El proyecto de Melina era tomar la próxima diligencia y marcharse con una carta de recomendación que le habría dado Wilhelm para su amigo el director Serlo, pues, ya que su empresa había fracasado, esperaba ser contratado por esta compañía.

Mignon había estado muy taciturna durante los últimos días y, como le preguntaron qué le ocurría, confesó que tenía lastimado el brazo derecho.

-Eso se lo debes a tu temeridad -exclamó Filina.

Acto seguido contó Filina que, en el combate, cuando había visto a su protector en peligro, la niña había desenvainado su cuchillo de monte y se había enfrentado con toda valentía a uno de los salteadores. Finalmente otro la había tomado de un brazo y la había apartado arrojándola violentamente hacia un lado. Le reprocharon que no les hubiera dicho nada, pero notaron que su silencio se debía a que tenía miedo del cirujano que siempre la había tomado por un chico. Se intentó curar la herida y ella hubo de llevar el brazo vendado. Lo que más la contrarió fue que hubo de dejar en manos de Filina la mejor parte del cuidado de su amigo, mientras que la simpática pecadora estaba cada día más diligente y más atenta.

Una mañana, cuando Wilhelm despertó, se encontró junto a ella en postura singular. Un sueño intranquilo había hecho que su cuerpo avanzara hasta el interior del lecho. Atravesada cercana a la cabecera estaba Filina; probablemente se había sentado en la cama para leer y se había quedado dormida. Un libro había caído de sus manos, ella estaba boca arriba, con la cabeza muy próxima al pecho de él, cubierto por su cabello rubio y suelto. El desorden del sueño realzaba sus encantos mucho más que el arreglo y el maquillaje; una serenidad infantil y risueña a floraba a su cara. Wilhelm la contempló durante algún tiempo, como reprochándose el permitirse este placer. No sabemos si bendijo o censuró el estado en el que se encontraba, que le obligaba a la calma y a la moderación. La siguió contemplando un poco más de tiempo hasta que ella empezó a despertar. El cerró suavemente los ojos, pero no pudo reprimir el impulso de entreabrirlos y seguir viéndola mientras se arreglaba y salía para pedir el des-

ayuno.

Todos los actores fueron visitando poco a poco a Wilhelm para pedirle, con mejores o peores formas, cartas de presentación o dinero para el viaje, eso sí, siempre mostrando -su antipatía a Filina. En vano ella intentó explicarles que el guarda había dejado una suma de consideración a aquella gente, aunque ellos no hicieran nada más que mofarse de él. Aquella advertencia de Filina provocó que ésta tuviera una disputa con Wilhelm en la que éste dijo terminantemente que ella debía unirse de una vez por todas a lo que quedaba de compañía y buscar su suerte con Serlo.

Sólo durante un instante ella perdió su serenidad, pero recuperándola enseguida exclamó:

-Si volviera a encontrar a mi chico rubio, seguro que te podría olvidar.

Se refería a Federico, al cual no habían vuelto a ver desde la aventura del bosque.

Al día siguiente Mignon le dio la noticia

de que Filina había partido por la noche, dejando en el cuarto de al lado muy bien ordenadas todas las pertenencias de Wilhelm. El sintió su ausencia, perdía una enfermera fiel y una compañera alegre; además él no estaba acostumbrado a vivir solo. Es verdad que Mignon llenó pronto el vacío.

Mientras la frívola joven deparó sus atenciones al herido, la pequeña se mantuvo al margen y llena de reservas. Ahora que aquélla había ido en busca de campo abierto, la niña volvió a darle atenciones y amor y se mostró diligente para servirlo y alegre para distraerlo.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

EL se iba aproximando con vivos pasos a la recuperación. Ya confiaba en emprender su viaje en breves días. No quería seguir con aquella vida indolente y azarosa. A partir de ese momento, sólo pasos bien meditados debían trazar su camino. En primer lugar quería bus-

car a su bienhechora, para mostrarle su agradecimiento, así como acercarse a ver a su amigo el director Serlo, para ocuparse del destino de la maltrecha compañía. Más tarde iría a visitar a los socios comerciales de su padre con quienes se le había encomendado entrevistarse y solventaría los encargos que se le habían hecho. Pensaba que la suerte le volvería a sonreír y tendría así oportunidad de hacer algún negocio especulativo que enjugara sus pérdidas.

El deseo de volver a ver a su salvadora iba creciendo día a día. Para determinar cuál debería ser su ruta, habló con el clérigo, que tenía conocimientos geográficos y genealógicos muy exactos y completos y era dueño de una amplia colección de mapas y una buena biblioteca. Buscaron el lugar que había elegido como residencia en tiempos de guerra la noble familia, buscaron datos acerca de la propia familia, pero no hallaron ningún lugar con ese nombre en mapa alguno y tampoco se decía nada de la estirpe en los libros genealógicos que consulta-

ron.

Wilhelm se sintió turbado y, cuando dio muestras de su inquietud, el arpista le dijo que tal vez el guarda tuviera razones para mantener el nombre en secreto.

Wilhelm, que presentía un pronto encuentro con la dama y esperaba obtener alguna noticia de ella, envió al arpista a hacer indagaciones; pero esta esperanza quedó pronto frustrada. Tan pronto como el anciano se puso a investigar, comprobó que no podía encontrar ninguna pista. En aquellos días se habían producido diversos y rápidos movimientos e inesperados traslados de tropas, por eso a nadie le había llamado la atención aquel cortejo. Por eso el arpista, ante el temor de ser tomado por un espía judío, volvió ante su señor y amigo sin hoja de olivo alguna. Él refirió con detalle cómo se había ocupado de su encargo y se esforzó por evitar que se abrigara cualquier sospecha de negligencia por su parte. Intentó por todos los medios paliar el desconsuelo de Wilhelm,

recordaba todas las palabras del guarda, las combinaba y formaba mil conjeturas, entre las cuales apareció una clave que permitió descifrar una de las enigmáticas frases de la desconocida.

Probablemente los malhechores no pretendían asaltar a la compañía de cómicos de la legua, sino a la noble comitiva de cuyo viaje debían tener noticia y con la que se prometían, acertadamente, robar mucho dinero y objetos valiosos. No se podía precisar si se trataba de un grupo de francotiradores, merodeadores o bandidos. De todas formas, por fortuna para aquella rica y distinguida comitiva, los pobres e insignificantes llegaron primero a aquel lugar y hubieron de sufrir los rigores del destino que ya conocemos todos. A esto se referían sin duda las palabras que había dicho la dama que Wilhelm todavía podía recordar perfectamente. Si por una parte se sentía afortunado de que un genio protector hubiera decidido sacrificarlo a él para salvar a aquella criatura tan perfecta,

estaba cercano a la desesperación por no tener, al menos actualmente, perspectivas de volver a encontrarla y de volver a verla.

Lo que avivaba en él aquella especial emoción era la similitud que él creía haber descubierto entre la Condesa y la bella desconocida. Tenían una semejanza propia de hermanas, sin que una pudiera ser llamada la más joven ni otra la más mayor, pues parecían mellizas.

El recuerdo de la bella Condesa era infinitamente dulce para él. Él evocaba su imagen con enorme complacencia. Pero al recordarla ahora se interponía la figura de la noble amazona, una imagen se transformaba en la otra, sin que él fuera capaz de fijar una u otra.

Qué sorprendente debió ser para él comprobar la similitud de sus caligrafías. Él conservaba una linda canción escrita por la Condesa y en la capa que le había prestado la amazona había encontrado una hojita en la que con mucha ternura se preocupaba de la salud de su tío.

Wilhelm estaba convencido de que era su salvadora la que había escrito este billete, que durante el viaje y en una posada había ido de un cuarto a otro y que al final el tío lo había metido en el bolsillo. El tenía en cada mano una de las dos hojas y aunque los trazos de la Condesa siempre le habían gustado mucho, en los de la desconocida, similares pero más relajados, descubrió una armonía indecible y fluida. El billete no decía nada de particular, pero los trazos con los que estaba escrito bastaron para exaltarlo tanto como la presencia de aquella desconocida bella mujer.

Nuestro héroe cayó en un estado de nostalgia soñadora. Qué en consonancia con su estado de ánimo estaba la canción que en ese momento Mignon y el arpista, un dúo desigual, interpretaban en aquellos instantes:

«Quien nostalgia sintió
sabe que sufro

y en mi soledad
no hay alegría.

Apenado miré
al horizonte.
La que un día me amó
está muy lejos.

Se revuelve un ardor
en mis entrañas.
Quien nostalgia sintió
sabe que sufro».

CAPÍTULO DUODÉCIMO

LAS tiernas seducciones del espíritu protector del amor, en lugar de llevar a nuestro héroe a algún lugar, alimentaban y aumentaban

la intranquilidad que antes había sentido. Un fuego íntimo le corría por las venas; objetos determinados e indeterminados se sucedían en su alma, despertando en él ansias de infinito. Tan pronto deseaba un caballo para correr como alas para volar, y, como no era capaz de estarse quieto, miraba en torno suyo para ver donde quería encaminar sus pasos.

El hilo de su destino se había enredado singularmente; quería ver esos extraños lazos desatados o rotos. En muchas ocasiones, como si oyera el trotar de un caballo o el rodar de un coche, miraba por la ventana con la esperanza de que se tratara de alguien que venía en su busca, y aunque fuera de modo casual, le trajera noticias y le infundiera certeza y alegría. Él se contaba a sí mismo historias en las que su amigo Werner llegaba a la comarca para darle una sorpresa o en las que tal vez Mariana aparecía ante él. El sonido del cuerno de cualquiera de los coches correo lo agitaba. Ahora era Melina el que le daba noticias suyas, más tarde ve-

nía el guarda y le hablaba de su belleza adorada.

Sin embargo, nada de esto ocurrió para su desgracia y debió quedarse allí a solas, y entonces le sobrevino un recuerdo de su pasado inmediato que le resultaba más penoso e insoportable cuanto más lo consideraba: su desdichada gestión como director que no podía recordar sin fastidio. Es cierto que la noche del día de la desgracia se justificó perfectamente ante la compañía, no podía negarse ante sí mismo su falta y en momentos hipocondríacos se atribuía a sí mismo toda la responsabilidad.

El amor propio hace que le concedamos tanto a nuestras virtudes como a nuestros errores una importancia mayor de la que tienen. En opinión de Wilhelm, él se había ganado la confianza general y había dirigido la voluntad de todos, impulsado por la inexperiencia y el atrevimiento; pero se encontró con un peligro para el que no estaba preparado. Los reproches, ya fueran propios o ajenos, lo acosaban, y cuando

prometió ante la maltrecha compañía que no les abandonaría mientras no les hubiera reparado por sus pérdidas, cometió otro acto de temeridad, cargándose sobre sus espaldas la superación de unas calamidades que habían sufrido todos, y ésta era una responsabilidad que en realidad correspondía a toda la compañía. Tan pronto se lamentaba por haber hecho una promesa tal llevado por la excitación y la presión del momento, como pensaba que aquella mano que generosamente extendió, y que nadie había querido aceptar, no había sido nada más que una formalidad frente al voto que había hecho su corazón. Meditaba los medios para ser útil y beneficioso para sus compañeros, no halló razón alguna en contra para apresurar su visita a Serlo. Empacó sus pertenencias y se puso en camino sin esperar su curación total, desoyendo los consejos del pastor y del cirujano, y con la singular compañía de Mignon y del arpista, para huir de la inactividad en la que el destino lo había mantenido durante tanto tiem-

po.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

SERLO lo recibió con los brazos abiertos exclamando:

-Pero es usted, vuelvo a verlo de nuevo. O no ha cambiado nada o ha cambiado muy poco. ¿Sigue siendo su amor por la más noble de las artes tan intenso y tan vivo? Me alegra tanto su llegada, que olvido los recelos que habían despertado en mí sus últimas cartas.

Wilhelm suplicó algo afectado a su amigo una explicación de sus últimas palabras.

-No me ha tratado usted como un antiguo y buen amigo -repuso Serlo-; me ha tratado como si usted fuera un gran señor al que puede recomendar a gente que nada vale. Nuestro destino depende de la opinión del público, y mucho me temo que el señor Melina y los su-

vos tendrán dificultades para hacerse un hueco entre nosotros.

Wilhelm quiso decir algo en favor de sus nuevos compañeros, pero Serlo empezó a hacer una descripción tan inmisericorde de ellos, que nuestro amigo se sintió muy aliviado cuando una dama provocó con su entrada en la habitación que la conversación se interrumpiera. Ésta fue presentada a nuestro amigo como Aurelia, la hermana de Serlo. Comenzó una conversación tan agradable, que nuestro amigo no reparó en una expresión de hondo pesar en su rostro que la hacía más interesante.

Por primera vez después de mucho tiempo Wilhelm se sentía en su elemento. En los últimos tiempos había tenido oyentes forzosamente amables, como ahora tenía la fortuna de hablar con artistas y entendidos, que no sólo lo entendían perfectamente, sino que también intercambiaban opiniones con él y le replicaban de forma muy instructiva. ¡Con qué rapidez se pusieron a hablar de las nuevas obras! ¡Con qué

seguridad y precisión las juzgaron! ¡Cómo se supo sopesar y valorar las apreciaciones del público! ¡Con qué solicitud se ilustraban unos a otros!

Entonces, debido a la preferencia de Wilhelm por Shakespeare, la conversación se encaminó a hablar de este autor. Él mostró sus grandes esperanzas de que estas excelentes obras podían hacer época en Alemania, y no tardó en referirse a *Hamlet*, en el que tanto se había ocupado.

Serlo le dijo que hubiera representado la obra ya hace tiempo si hubiera sido posible y que a él mismo le hubiera gustado asumir el papel de Polonio.

-Y no nos costaría encontrar una Ofelia. Si tuviésemos al príncipe...

Wilhelm no notó que a Aurelia le había disgustado mucho la broma de su hermano, pues toda su atención se concentraba en explicar de qué forma le gustaría ver representado *Hamlet*. Les expuso a los presentes de forma

detallada todos los resultados de sus estudios e hizo todos los esfuerzos que estaban en su mano para que aceptaran sus puntos de vista, a pesar de las dudas que sus hipótesis inspiraban a Serlo.

Supongamos que tiene usted razón -dijo éste en última instancia-, ¿pero qué quiere usted decir con esto?

Mucho, todo -replicó Wilhelm-. Imagínese un príncipe como yo se lo he descrito. Su padre ha muerto de manera inesperada. Ni la ambición, ni la búsqueda del dominio son las pasiones que lo avivan. Le bastaba ser el hijo de un rey, pero ahora tiene la necesidad de medir las distancias que hay entre rey y súbditos. El derecho a la corona no era hereditario, pero la prolongación de la vida de su padre hubiera robustecido sus prerrogativas de hijo único y habría asegurado las aspiraciones de sucederlo en el trono. Por el contrario, aparte de promesas engañosas, ahora se ve desplazado por su tío y excluido del trono tal vez para siempre. Se

siente pobre en poder y en bienes y enajenado de lo que desde su niñez ha considerado como de su propiedad. Su alma se encamina por primera vez en la vida hacia la melancolía. Siente que ya no es más que un simple caballero o ni siquiera eso y se hace servidor de los demás, ya no es cortés ni afable, se siente degradado e indigente. Ya sólo mira a su pasado, a su condición anterior, como si fuera un sueño extinguido. En vano, su tío intenta animarlo para que vea su posición desde otro punto de vista, pues su sensación de insignificancia se lo impide. El segundo golpe que lo afecta lo hiere más profundamente y lo postra aun más. Se trata del matrimonio de su madre. A él, un fiel y cariñoso hijo, después de la muerte de su padre, le quedaba una madre. Esperaba, con ayuda de su madre, honrar en la corte la memoria del héroe desaparecido; pero ahora también ha perdido a su madre, y de una forma más deshonrosa que si se la hubiera arrebatado la muerte. La imagen consoladora que todo hijo se hace de sus

padres se había borrado; el muerto ya no puede ayudar, la viva no brinda apoyo alguno. Además ella es una hembra y como tal ha sucumbido la tendencia general de su sexo: la fragilidad. Por eso ahora se encuentra postrado, huérfano, y ninguna felicidad terrena podría repararlo por lo que ha perdido. No siendo triste ni reflexivo por naturaleza, la tristeza y la taciturnidad se convierten en una insoportable carga para él. Así aparece ante nosotros.

No creo con esta descripción haber añadido a la obra nada que no haya en ella ni tampoco haber exagerado algún aspecto que en ella esté presente.

Serlo miró a su hermana y le dijo:

-¿Te había hecho un retrato inexacto de nuestro amigo? Empieza bien. Va a intentar contarnos muchas cosas y persuadimos de ellas.

Wilhelm protestó en voz alta diciendo que no quería persuadir, sino que quería vencer y tan sólo pidió otro momento de pa-

ciencia.

-Imagínense ustedes con viveza a este joven, háganse cargo de su situación y ahora contémplo viendo la imagen de su padre. Sean sus compañeros durante la noche horrible en la que se le aparece aquel noble espíritu. Un enorme terror se apodera de él; se dirige de palabra a la sombra, ve que le hace una seña, la sigue y la escucha. En sus oídos resuenan una horrible acusación contra su tío, una exigencia a la venganza y una súplica apremiante y repetida: «¡Acuérdate de mí!» Cuando el espectro ha desaparecido, ¿qué vemos ante nosotros? ¿Un joven héroe que ansía venganza? ¿Un hijo de rey que se siente feliz de verse obligado a enfrentarse al usurpador de su corona? No, la sorpresa y la melancolía se apoderan de este joven solitario; se siente amargado, mientras que los criminales sonrían, jura no olvidarse nunca del desaparecido y termina con un lamento muy significativo: «El tiempo se ha deslocado, desgraciado de mí que he de volver a

enderezarlo». Me parece que en estas palabras está la clave de la conducta de Hamlet, y no me cabe duda que Shakespeare intentó representar lo que dejó dicho: cómo se le impone una obligación muy grande a alguien que no está capacitado para cumplirla. Y me parece que todo el drama se ha organizado en torno a esta idea. Se ha plantado una encina en una rica maceta que sólo estaba destinada a que en ella hubiera delicadas plantas de bellas flores, las raíces crecen y la maceta se quiebra. Un ser bello, puro, noble y de elevada moral, que carece de la fuerza material que caracteriza al héroe, sucumbe al intentar cargar con un peso, que no puede soportar ni tampoco puede rechazar. Todo deber es para él sagrado, pero éste es una carga demasiado pesada. Se le pide un imposible, no en sí, pero sí para él, que es quien tiene que llevarlo a cabo. Cómo irá de un lado a otro, cómo se angustiará, cómo avanzará y retrocederá, sin embargo, siempre recordará su misión, ésta le hará perder el juicio, sin que jamás consiga vol-

ver a sentirse feliz.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

LA llegada de varias personas interrumpió la conversación. Era un grupo de virtuosos de la música que habitualmente y una vez por semana daban un pequeño concierto en casa de Serlo. A éste le gustaba mucho la música y estimaba que un actor nunca llegaría a tener un claro concepto de su actividad y un sentimiento intenso por su profesión si es que no amaba este arte. De la misma manera que los movimientos corporales son más fáciles cuando son acompañados y dirigidos por una melodía, también el actor debe declamar su papel en prosa no de forma monocorde y según sus usos habituales, sino dándole sus debidas modulaciones por medio del ritmo y la medida.

Aurelia, a quien lo que sucedía parecía

importarle poco, se llevó a nuestro amigo a un cuarto contiguo y, mientras se asomaba por la ventana y miraba el cielo, dijo:

-Todavía está en deuda con nosotros por el asunto de *Hamlet*. No quiero precipitarme demasiado y además deseo que mi hermano escuche también el resto de su exposición, pero me gustaría saber qué opina usted de Ofelia.

-De ella hay poco que decir -contestó Wilhelm-, pues con unos pocos trazos maestros queda perfectamente definido su carácter. Su ser emana una sensualidad dulce y en flor. Su amor por el príncipe, a cuya mano aspira con derecho, brota como de una fuente, su corazón se abandona a su pasión de tal modo que tanto su padre como su hermano están espantados y le hacen serias advertencias. Las formas distinguidas no pueden ocultar la inquietud de un corazón al igual que una suave gasa no puede ocultar los pechos sobre los que está colocada. En esos casos la distinción se convierte en delator de ese sentimiento. La imaginación de

Ofelia está infectada y su serena modestia respira amorosos deseos, tanto que, si la cómoda diosa agitara mínimamente el arbolito, el fruto caería de inmediato.

-Y -dijo Aurelia- cuando se siente abandonada, rechazada y despreciada, cuando en el alma de su insensato amante lo más noble se torna lo más vil, y él, en lugar de las dulces libaciones del amor, le ofrece el amargo cáliz del sufrimiento...

-Su corazón se rompe -dijo Wilhelm-, todo el armazón de su ser se viene abajo, sobreviene la muerte de su padre y todo el edificio se desploma.

Wilhelm no había notado con qué emoción había dicho Aurelia sus últimas palabras. Concentrado en su obra de arte favorita, en sus armonías y perfecciones, no sospechaba que su amiga tenía unos sentimientos muy diferentes y que un dolor íntimo y propio había sido despertado por estas dramáticas y sombrías imágenes.

Aurelia había quedado con la cabeza apoyada sobre sus brazos y sus ojos llenos de lágrimas mirando en dirección al cielo. Sin fuerza para seguir ocultándole a su amigo su dolor, tomó sus dos manos lo cual le produjo viva sorpresa:

Perdone, perdone usted a un corazón angustiado. Esta compañía teatral me oprime, me resulta insoportable. Tengo que ocultarme de mi inmisericorde hermano, y ahora la presencia de usted me ha hecho sentirme libre de todos los lazos. Sólo hace un momento que nos conocemos, amigo, y ya es usted mi confidente.

Hablaba con voz entrecortada y dejó caer la cabeza sobre su hombro.

-No piense mal de mí por sincerarme ante usted y por mostrarme tan débil. Sea usted mi amigo, siga siéndolo, que me lo merezco.

Le hablaba a Wilhelm desde lo más profundo de su corazón, pero en vano. Sus lágrimas afluyeron y le ahogaron el habla.

En ese momento apareció Serlo, que llegó

muy a destiempo, y Filina, cuya aparición fue totalmente inesperada. Serlo, que la llevaba de la mano, dijo:

-Aquí está su amigo, seguro que él se alegrará de saludarla.

-¡Cómo! -exclamó Wilhelm sorprendido-. No esperaba encontrarte aquí.

Con maneras llenas de modestia y corrección, ella se dirigió hacia él, le dio la bienvenida y elogió la generosidad de Serlo, quien la había acogido en su magnífica compañía, no por su mérito, que era inexistente, sino con la esperanza de que un día aprendiera. Fue muy amable con Wilhelm, pero mantuvo una respetuosa distancia.

Sin embargo, no mantuvo por mucho tiempo esta circunspección. Ésta sólo duró hasta que se fueron los dos hermanos. Apenas se marchó Aurelia para ocultar su dolor y Serlo por una llamada que le hicieron, Filina miró por las dos puertas de la habitación para comprobar que ambos se hallaban suficientemente

lejos. Entonces se puso a saltar por el cuarto como una loca, se sentó sobre el suelo y casi se ahoga de tanto reír. Luego se incorporó, empezó a acariciar a nuestro héroe y se felicitó por lo lista que había sido adelantándose a los acontecimientos para reconocer el terreno y anidar en él.

-Aquí todo está revuelto como a mí me gusta -dijo-. Aurelia tuvo un amor desgraciado con un noble que debe ser un hombre guapísimo y al que me gustaría conocer. O mucho me equivoco o le ha dejado un recuerdo. Pues por esta vivienda corretea un niño de más o menos tres años, un niño bello como el sol y su padre debe ser guapo en consonancia. Normalmente no puedo aguantar a los niños, pero ese chaval me cae muy bien. He hecho mis cálculos. La muerte del marido, la nueva amistad, la edad del niño: todo cuadra. Hoy su amante sigue su camino sin acordarse de ella. Hace un año que no la ve. Por eso ella está tan fuera de sí y tan desconsolada. ¡La muy tonta! El hermano tiene

contratada en su compañía una bailarina con la que se entiende, una actriz con la que intima, hace la corte a las damas de la ciudad y ahora me ha incluido a mí entre sus conquistas. ¡El muy tonto! Del resto de la compañía te hablaré mañana. Y ahora sólo una palabra más de Fili-na: la muy loca de remate sigue enamorada de ti.

Juró que esto era cierto, luego dijo que era broma y terminó rogando a nuestro amigo que se enamorara de Aurelia para completar el cuadro.

-Ella corre tras su amante infiel, tú tras la tuya, yo tras de ti y su hermano me persigue e mí. Si esto no es suficiente para reírse durante medio año, que me muera en el primer episodio de esta cuádruplemente enredada novela.

Le rogó a Wilhelm que no estropeará la trama y le mostrase todo el respeto que ella deseaba conquistar con su conducta pública.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

AL día siguiente por la mañana, Wilhelm quiso hacer una visita a Madame Melina, pero no la encontró en casa. Preguntó por los demás miembros de la compañía y, habiendo sabido que Filina los había invitado a desayunar, se dirigió al alojamiento de aquélla y encontró a sus antiguos amigos muy dispuestos a hacerles los honores al desayuno y con cara de satisfacción. La sagaz Filina los había reunido allí para invitarlos a chocolate y asegurarles que no estaba perdida la esperanza, que creía posible servirse de su influencia para convencer al director Serlo de lo conveniente de contratar a gente tan valiosa como ellos. La escucharon atentamente sorbiendo jícara tras jícara y con el sentimiento de que la muchacha no era tan mala y el propósito de no decir nada que la desprestigiara.

-Pero, ¿crees -le preguntó Wilhelm a Filina cuando se quedó a solas con ella- que Serlo

se decidirá al fin a admitir a nuestros compañeros?

-De ninguna manera -contestó Filina-. Ni los admitiré ni deseo que los admita. Preferiría que estuviesen lejos, muy lejos de aquí. Al único que quiero conservar es a Laertes, a los demás los iremos dando poco a poco de lado.

Acto seguido se esforzó por hacerle comprender a nuestro amigo que no debía mantener por más tiempo oculto su talento y tenía que dedicarse al teatro bajo la dirección de Serlo. No pudo alabar suficientemente el orden, el gusto y el ingenio que aquí reinaban, habló tan elogiosamente a nuestro amigo y ponderó tanto su talento, que el corazón y la imaginación de Wilhelm lo arrastraban hasta el teatro como su entendimiento y su razón lo alejaban de éste. Disimuló sus inclinaciones ante sí mismo y ante Filina y pasó un día inquieto. Durante el mismo no se atrevió a ir a ver a sus socios comerciales ni a recoger las cartas que éstos tendrían dispuestas para él allí. Pues, aunque podía imagi-

narse la intranquilidad que sus allegados sentirían por él, también temía que le quedara testimonio de su preocupación y sus reproches. Además era especialmente importante ignorar todo esto esta noche en la que tenía previsto ver el estreno de una obra.

Serlo no le había dejado presenciar los ensayos.

-Antes de que descubra nuestras cartas, es mejor que conozca nuestra mejor cara.

Nuestro amigo asistió con júbilo a la representación de la obra. Era la primera que veía trabajada a la perfección. Los actores eran hombres de talento, de muy buena disposición y de un conocimiento claro de su arte y, aunque no tuvieran todos la misma calidad profesional, sabían ayudarse y complementarse mutuamente. Estaba claro que Serlo era el alma del grupo y destacaba sobre todos como actor. Su buen humor, su moderada vivacidad, su atinado sentido del decoro, unido todo a unas grandes capacidades imitativas eran razones para admi-

rarlo cuando entraba en escena y pronunciaba algún parlamento. La armonía íntima de su ser se transmitía a todos los que lo escuchaban y el ingenio con el que sabía expresar los matices de sus papeles de manera sencilla y agradable excitaba la alegría general, pues además sabía ocultar los métodos artísticos mediante los que lo conseguía, pues había logrado hacerlos suyos a base de mucho ensayo.

Su hermana Aurelia no se quedaba atrás y obtenía aplausos más calurosos, pues conmovía las almas de los espectadores a quien su hermano entretenía y divertía.

Pasados unos días en los que Wilhelm disfrutó, fue llamado por Aurelia. La encontró recostada sobre un canapé. Parecía estar aquejada de dolor de cabeza y en todo su cuerpo se traslucían los efectos de un acceso de fiebre. Su mirada se iluminó cuando el recién llegado estuvo ante ella.

-Perdóneme, pero culpe a la confianza que me dio por la molestia que le causo. Hasta

ahora devoraba en silencio mi dolor, pero ahora usted me fortalece y me consuela. Ahora usted, no sé muy bien de qué manera, ha roto las ligaduras de mi silencio y mi reserva. Y ahora usted, aun a su pesar, tomará parte en la lucha que estoy sosteniendo.

Wilhelm contestó con cortesía y gratitud y asegurando que su persona y su dolor estaban presentes ante su alma, que él le pedía su confianza y le brindaba su amistad.

Mientras dijo esto, sus ojos quedaron prendados del niño, que estaba arrastrando por el suelo todo tipo de juguetes. Como había dicho Filina, él podría tener unos tres años, por otra parte, Wilhelm pudo comprobar inmediatamente por qué aquella joven, en general poco dada a dejarse llevar por lo sublime en sus expresiones, lo había comparado con el sol. Y es que unos rizos dorados servían de contorno a unos ojos muy abiertos y una carita carrilluda. En su frente, de una blancura deslumbrante, se trazaban unas cejas finas, oscuras y ligeramente

arqueadas y el vivo rubor de la salud brillaba en sus mejillas.

-Siéntese junto a mí -dijo Aurelia-, contempla usted asombrado al niño. Sin duda que yo lo tomé en mis brazos con alegría y lo cuido con mucha atención, pero también puedo reconocer en él la inmensidad de mi dolor, un dolor tan grande que apenas me permite darme cuenta del valor de este don.

Usted me dispensará -prosiguió- si le hablo de mí y de mi destino, pues me interesa mucho que usted me conozca bien. Creía disponer de unos instantes de paz y lo he mandado llamar, pero ahora que ha venido, el hilo ha vuelto a romperse.

«Una criatura más abandonada en el mundo», se dirá usted. Usted que es un hombre y pensará: «¡Qué insensata!, ¡cuánta importancia le concede a un mal tan inevitable como la muerte, la infidelidad de un hombre!» Amigo, si mi destino fuera común, yo sentiría un sufrimiento común, pero es tan extraordinario...

¿Por qué no podré representárselo ante un espejo?, ¿por qué no podré encargarle a otro que se lo explique? Si yo hubiera sido seducida, engañada y después abandonada, todavía tendría algún consuelo en mi desesperación, pero todo ha sido mucho peor, yo misma me he engañado, yo me he equivocado y no podré perdonarme nunca.

-Quien tiene nobles sentimientos como usted -repuso nuestro amigo- nunca puede sentirse plenamente desgraciado.

-Pero, ¿sabe usted a quién soy deudora de mi talante? -preguntó Aurelia-. A la educación más deplorable que puede sufrir una muchacha, al ejemplo menos edificante y más apto para llevar a los sentidos y a las inclinaciones a la perdición.

Después de la temprana muerte de mi madre, pasé los mejores años de mi desarrollo bajo la tutela de una tía que se impuso como principio pisotear las leyes de la dignidad. De manera ciega se abandonó a todos sus capri-

chos, ya fuera, según lo dictasen las circunstancias, ama o esclava, con tal de poder olvidarse a sí misma sumida en un placer salvaje.

¿Qué idea podíamos formarnos del sexo fuerte nosotros, niños, que lo veíamos todo con la pura y nítida mirada de la inocencia? ¿Qué toscos, insolentes y estúpidos eran todos los hombres que se le acercaban!, por el contrario, ¡qué hastiados, desdeñosos, vacuos y desclasadados eran cuando habían satisfecho sus deseos! Estuve durante años viviendo junto a esta mujer sometida a las demandas de los hombres más innobles. ¡Qué conocidos tuvo!, ¡qué estómago tuvo para soportar su destino y para cargar con estas inmundas cadenas!

Así fue la primera imagen que recibí de su sexo, amigo mío, y como era natural lo aborrecí con fuerza cuando comprobé que incluso los hombres sensibles cuando están en contacto con nosotras renuncian a todos los buenos sentimientos que la naturaleza podía haberles dado.

Por desgracia y en aquellas circunstancias hube de hacer descubrimientos no muy agradables en relación con mi propio sexo y realmente, cuando tenía dieciséis años estaba mucho más despierta que ahora, pues ya ni me conozco. ¿Para qué seremos tan razonables de jóvenes si eso sólo nos sirve para ser más insensatos de adultos?

Como el niño cometía mil travesuras y hacía mucho ruido, Aurelia perdió la paciencia e hizo sonar una campana. A la llamada acudió una vieja para recoger al niño.

-¿Todavía te duelen las muelas? -le preguntó Aurelia a la vieja, que tenía la cara vendada.

-Sí, casi de forma insoportable -contestó ésta con voz sorda tomando al niño en brazos y llevándoselo de allí. Apenas se hubo marchado el niño, Aurelia empezó a llorar amargamente.

-Gemir y quejarme es lo único que puedo hacer -exclamó- y me avergüenza que usted me vea arrastrándome como un mísero gusano. Ya

he perdido mi calma y no puedo seguir con mi relato.

Ella calló. Wilhelm, que no quería decir nada trivial y no encontraba frase alguna que fuera coherente, le tomó la mano y se quedó mirándola durante cierto tiempo. Al fin, como no sabía cómo salir de aquella situación embarazosa, tomó un libro que encontró sobre la mesilla, eran las obras de Shakespeare y estaban abiertas en *Hamlet*.

Serlo, que había aparecido por la puerta, le preguntó a su hermana cómo se encontraba, vio el libro que nuestro amigo tenía en las manos y exclamó:

-Todavía con su *Hamlet*? Lo celebro, pues se me han ocurrido unas objeciones que aminoran la importancia canónica que usted le concede a la obra. Los mismos ingleses han reconocido que el interés de la trama decae con el tercer acto y que los dos últimos apenas si pueden tener relación con el conjunto y que hacia el final la obra ni avanza ni retrocede.

-Es muy posible -dijo Wilhelm- que alguno de los ciudadanos de una nación que ha dado lugar a tantas obras maestras pueda dejarse llevar por prejuicios o erróneas limitaciones del juicio; pero nosotros hemos de procurar ver con nuestros propios ojos y ser imparciales con nuestras valoraciones. Por mi parte no puedo poner peros al plan general de la obra, más bien creo que no se ha concebido uno mejor, bueno, no se ha concebido, se ha realizado.

-¿Podría usted explicarme eso?

-No explicaré nada, me limitaré a exponer mi pensamiento.

Aurelia se incorporó, apoyó su cabeza sobre sus manos y miró a nuestro amigo, quien continuó hablando con la convicción del que cree tener razón.

-Nos gusta sobremanera ver a un héroe que actúa por sí mismo, que ama y odia tal y como se lo dicta su corazón, que emprende y lleva a cabo proyectos, que supera todos los

obstáculos y alcanza una alta meta. Con *Hamlet* la enseñanza es muy diferente, aquí el héroe no tiene ningún plan, pero la obra tiene un plan espléndido. Aquí no se castiga a un malvado según una idea de venganza perseguida constante e inmutablemente. No, ha tenido lugar un hecho espantoso cuyos efectos producen convulsiones y se llevan a inocentes consigo. El asesino parece que saldrá airoso y que eludirá un abismo para el que no está destinado, pero cae cuando más seguro estaba de continuar su camino sin peligro. Porque esta característica es propia de la crueldad: que afecta a los inocentes al igual que por una buena acción se ven beneficiadas personas que no tienen ningún mérito, sin que en muchas ocasiones ni el que realice la acción reciba castigo o premio. Aquí en la obra de la que hablamos, se produce un prodigio. El purgatorio envía su espectro y exige venganza, pero en vano; se reúnen todas las circunstancias, y todas claman venganza, pero en vano; ni lo terreno ni lo supraterrano pueden conseguir

lo que está reservado al destino. Llega la hora del juicio: el malvado muere al igual que el bueno. Una estirpe se extingue y otra germina.

Después de una pausa, en la que todos se miraron entre sí, Serlo tomó la palabra.

-Poco favor hace usted a la Providencia al glorificar al poeta. Creo que usted atribuye a éste lo que otros atribuyeron a aquélla: fines y planes en los que nunca pensó.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

PERMITAME que le exponga otra duda-dijo Aurelia-. _ He vuelto a revisar de nuevo el papel de Ofelia: me satisface y creo que podré representarlo bajo ciertas condiciones. Pero dígame: ¿no podría el poeta hacer cantar algo diferente a su personaje?, ¿no podríamos elegir fragmentos de baladas melancó-

licas?, ¿qué sentido tiene que se pongan en boca del poeta esas palabras equívocas y esas necesidades?

-Querida amiga -repuso Wilhelm-, aquí no puedo ceder ni un ápice. Tampoco esas incoherencias y esas aparentes groserías están exentas de sentido. Desde el principio de la obra sabemos qué problemas acosan el espíritu de la buena niña. Ésta vive retirada, encerrada en sí misma, pero apenas puede esconder su nostalgia y sus deseos. En su alma han resonado misteriosamente los ecos de la concupiscencia. Ecos que debió infundir en ella una niñera imprudente que ante ella hiciera cantos sensuales a destiempo. Al final, cuando pierde todo el dominio sobre sí misma, cuando el corazón sube a su lengua, la lengua se convierte en su delatora, y en su inocente demencia, se complace en cantar, en presencia del rey y la reina, sus tonadas preferidas: la de la muchacha que fue camelada, la de la muchacha que se escapa para yacer con el joven, etcétera.

No había acabado de hablar, cuando ante sus ojos ocurrió un incidente que en modo alguno logró explicarse. Serlo, entró y se puso a andar de un lado a otro del cuarto sin intención aparente, se acercó bruscamente al tocador de Aurelia, tomó de éste un objeto y se encaminó hacia la puerta con su botín. Apenas se dio cuenta de la acción, ella se interpuso en su camino, se abalanzó sobre él con increíble ardor y fue suficientemente hábil para apoderarse del objeto robado. Luchaban tercamente, se empujaban y zarandeaban uno a otro.

Él reía, ella se excitaba más y más. Y cuando Wilhelm se acercó a separarlos y apaciguarlos, vio como Aurelia, empuñando una daga desnuda, se apartaba a un lado, mientras que Serlo arrojaba malhumorado al suelo la funda con la que se había quedado. Wilhelm retrocedió sorprendido y su silencioso asombro parecía ser una pregunta acerca de aquella lucha por tan singular objeto doméstico.

-Usted debe ser el árbitro entre nosotros -

dijo Serlo-. ¿Para qué necesita Aurelia un acero tan afilado? Dígale que se lo muestre. Esa daga no es propia de una actriz; es tan puntiaguda como una aguja y afilada como un cuchillo. ¿A qué viene semejante capricho? Con lo vehemente que es, temo que un día se hiera. Siempre he sentido una repugnancia íntima por estas rarezas, un pensamiento más serio con estos artefactos es un delirio y contar con un juguete tan peligroso es una prueba de mal gusto.

-La he recobrado -exclamó Aurelia blandiendo en alto su brillante acero-, en adelante cuidaré mejor de mi fiel amiga. Perdóname por haberte tenido tan abandonada -añadió besando la daga.

Serlo pareció enfadarse seriamente.

-Puedes tomártelo como te parezca, hermano -continuó-. ¿Puedes saber a ciencia cierta si no es para mí un valioso talismán o si no encuentro con ella ayuda y consejo en los peores momentos? ¿Ha de ser a la fuerza dañino lo que parece peligroso?

-Este tipo de discursos sin sentido pueden volverme loco -dijo Serlo abandonando la habitación con cólera contenida.

Aurelia introdujo cuidadosamente la daga en su funda y la guardó.

-Continuemos la charla que desafortunadamente ha interrumpido mi hermano -dijo cuando Wilhelm estaba dispuesto a hacer una serie de preguntas sobre aquella extraña lucha.

-He de aceptar la descripción que hace usted de Ofelia -continuó-. No quiero interpretar erróneamente la postura del poeta, pero no puedo compartirla y más bien he de rechazarla. Pero ahora permítame un comentario que sus opiniones me han suscitado. Me ha llamado la atención la profundidad y la precisión de sus valoraciones sobre poesía y ante todo sobre poesía dramática. A usted no le pasan inadvertidos los más profundos abismos de la invención y usted percibe los matices más sutiles de la ejecución. Sin necesidad de haber visto nunca los objetos en la realidad, descubre usted

la verdad en la imagen. Parece como si usted tuviera una intuición previa de la forma total del mundo que se despierta y se desarrolla con un armónico contacto con la poesía. Pues en definitiva, parece como si nada llegara a usted desde el exterior. Es difícil encontrar a un hombre que conozca tan poco y tan erróneamente a las personas con quienes convive como usted. Permítame decirle que cuando se ve cómo usted explica a Shakespeare, se cree que usted ha escuchado la voz de los dioses indicándole cómo deben formarse los hombres. Por el contrario, cuando lo veo tratar con otras personas lo veo como al primer hombre de la creación que contempla con singular asombro y edificante benevolencia a los lobos y a los simios, a los corderos y a los elefantes, y les habla de todo corazón como si fueran sus semejantes, porque están allí y con él coexisten.

-Querida amiga, el recuerdo de mi condición de escolar -repuso él- me resulta harto gravoso, y yo le agradeceré que me haga saber

más acerca del mundo. Desde mi infancia he dirigido la mirada más hacia el interior que hacia fuera, de ahí que sea lógico que hasta cierto punto conozca al hombre sin que en absoluto conozca a los hombres.

-Por eso al principio yo pensé que usted pensaba burlarse de nosotros cuando mandó toda esa gente a mi hermano con cartas llenas de elogios y comparaba lo que usted escribía de ellos con su auténtica valía.

Aunque la apreciación de Aurelia era válida, y, por mucho que su amigo reconociera sinceramente este defecto, en la misma había algo duro y ofensivo. Por eso él calló y se concentró en sí mismo, en parte para no dejar que se traslucieran sus sentimientos, en parte para revisar en su interior si aquellas palabras eran realmente ofensivas.

-No debe sentirse sorprendido -continuó Aurelia-. Siempre podemos esperar que nuestro entendimiento se vea iluminado, sin embargo, nadie puede otorgarnos los dones del corazón.

Usted está destinado a ser un artista, por eso no podrá mantener por mucho tiempo esta indeterminación y esta inocencia. Ésta es la vaina que cubre las jóvenes yemas dispuestas a abrirse. ¡Pobres de nosotros si nos abrimos demasiado pronto! Sin duda es bueno algunas veces no saber para quién trabajamos.

Yo también estaba dominada por el optimismo y con el más alto concepto mío y de mi nación cuando empecé en el teatro. Para mí los alemanes eran lo máximo; qué podía haber que no alcanzaran. Yo declamaba a una nación sobre un escenario y tan sólo me veía separada de ella por una hilera de candilejas, cuyo brillo y cuyo humo me impedían distinguir lo que había ante mis ojos. Qué agradable era para mí el aplauso de la multitud; con qué gratitud recibía el presente que me ofrecían unánimemente aquellas manos. Durante un tiempo yo me dejaba fascinar de esa manera; el público influía sobre mí de la misma manera que yo influía sobre el público; me sentía comprendida por

mis admiradores; creía vivir en la mejor armonía posible y ver en todo momento ante mí a la más noble y la mejor de las naciones.

Desgraciadamente no era sólo la actriz, con su naturalidad y su amor por la profesión lo que interesaba a los aficionados al teatro, también tenían interés por la joven y simpática muchacha. Me dieron claramente a entender que mi deber era compartir personalmente con ellos los sentimientos que yo les había inspirado. Pero aquello no era lo mío; tenía deseos de enardecer su alma, pero no tenía ningún interés en aquello que ellos llamaban su corazón; desde entonces fueron para mí una carga todos los estamentos, las edades y las condiciones, y nada fue para mí más fastidioso que no poder encerrarme en mi cuarto como cualquier muchacha honrada y librarme de algunos disgustos.

Los hombres se presentaban ante mí tal y como yo estaba acostumbrada a ver que lo hacían ante mi tía, y no me habrían provocado

más que repugnancia si no me hubieran divertido sus ridiculeces y sus necesidades. Como no podía evitar verlos en el teatro, en casa o en lugares públicos, me propuse estudiarlos a fondo, empresa a la que me ayudó mi hermano.

Si tiene en cuenta que desde el más modesto tendero hasta el mejor educado hijo de gran comerciante, el más equilibrado hombre de mundo, el valeroso soldado y el expeditivo príncipe pasaron ante mí para contarme la novela de su vida, podrá comprender que me precie tanto de conocer a mi nación.

Estudiantes estrafalariamente vestidos, sabios desmañados de talante entre orgulloso y humilde, clérigos de fácil contentar y de andares vacilantes, hombres de negocios rígidos y atentos, el rudo barón rural, el cortesano de amabilidad chabacana, el eclesiástico joven rápidamente desviado del camino, el comerciante tranquilo así como el dado a la celeridad de la especulación. He visto a todos en acción y la verdad es que encontré muy pocos que suscita-

ran en mí algún interés, más bien me resultó extremadamente fastidioso recibir las felicitaciones particulares de todos estos insensatos, las cuales prefería recibir en masa y al por mayor.

Cuando esperaba recibir un elogio razonable acerca de mis cualidades como actriz, cuando pensaba que iban a ponderar a un autor al que yo valoraba mucho, hacían una estúpida observación y nombraban una obra carente de gusto en la que deseaban verme actuar. Si yo intentaba escuchar a cargo de los que me acompañaban una frase noble, ocurrente o divertida y dicha en el momento justo, rara vez encontraba rastro de ésta. Algún error que cometía un actor al declamar o que uno incurriera en un modismo provinciano al expresarse eran los temas más importantes de conversación. No sabía dónde dirigir los ojos cuando pasaba un rato con ellos, se creían demasiado inteligentes como para dejarse entretener, y se tomaban por muy divertidos cuando revoloteaban ante mí.

Empecé a despreciarlos profundamente, era para mí como si toda la nación hubiera venido a prostituirse ante mí por medio de estos representantes. Me pareció mi nación tan torpe, tan mal educada e instruida, tan vacua, tan débil, tan carente de clase... Con frecuencia exclamaba: «Un alemán no puede atarse un zapato si antes no lo ha visto hacer a uno de otra nación.»

Ya ve usted lo cegada que estaba y lo hipocondríacamente injusta que era. Además cuanto más duraba este estado de ánimo, más se agravaba mi enfermedad. Me hubiera suicidado si no hubiera caído en el extremo opuesto: me casé o, para ser más exacta, dejé que me casaran. Mi hermano que se había hecho cargo del teatro deseaba profundamente contar con un socio. Su elección recayó sobre un joven que no me desagradaba, tal vez porque le faltaba lo que a mi hermano le sobraba: genio, vitalidad, creatividad y capacidad de decisión, pero que tenía todo de lo que mi hermano carecía: amor

por el orden, laboriosidad, saber llevar una buena administración y manejar capitales.

Se convirtió en mi esposo sin que yo supiera muy bien cómo, vivimos juntos sin que yo supiera muy bien por qué. Mas, al fin y al cabo, nos fue bien. Gracias a la actividad de mi hermano, obtuvimos muchos ingresos; gracias a la administración prudente de mi marido, gozamos de bienestar. Ya dejé de pensar en el mundo y en la nación. No tenía nada en común con el mundo y ya había olvidado el concepto de nación. Cuando representaba lo hacía con el mero objeto de vivir; ya abría la boca porque en escena no se puede quedar una callada, pues se sale a ésta para hablar.

Mientras tanto, y para no recargar en exceso esta narración, diré que ya había colmado las expectativas de mi hermano: él deseaba aplausos y dinero, pues, dicho sea entre nosotros, a él le encanta escuchar alabanzas y además lo necesita. Dejé de actuar según mis sen-

timientos y mis convicciones y empecé a hacerlo según sus indicaciones, y estaba satisfecha mostrándole mi agradecimiento. Él intentaba aprovechar todas las debilidades del público para su beneficio; el dinero se acumulaba, él podía vivir como deseaba y nosotros vivíamos a gusto con él.

Así había caído en una monotonía artesanal. Mis días pasaban sin alegría y sin interés, no tuve hijos en mi matrimonio, que duró muy poco. Mi marido cayó enfermo, sus fuerzas se vinieron abajo, la preocupación por él interrumpió mi habitual indiferencia. En aquellos días conocí a alguien con quien comenzó una nueva vida para mí, una vida nueva y breve pues tuvo un rápido final.

Calló durante un rato, luego continuó:

-Mis ganas de hablar acaban aquí, y no me siento con fuerza para volver a abrir la boca. Déjeme descansar un rato, no se marche sin escuchar el relato de todas mis desventuras. Dígale a Mignon que entre y vea qué quiere.

Durante la narración de Aurelia, la muchacha había entrado en el cuarto varias veces. Pero como había visto que cada vez que llegaba ellos bajaban la voz, en seguida desaparecía, se quedaba sentada en la sala y esperaba. Ahora, cuando fue llamada, llevaba un libro en la mano, que por su tamaño y su encuadernación parecía un atlas. En casa del pastor había visto con gran admiración mapas por primera vez y allí había procurado instruirse. El deseo de aprender se hizo más intenso una vez que adquirió estos conocimientos y entonces le pidió muy insistentemente a Wilhelm que le comprara el libro que ahora empuñaba. A cambio de éste ella había dejado en casa del impresor unos grandes aretes de plata, que deseaba recuperar el día siguiente a primera hora, pues era ya muy tarde para hacerlo hoy. Wilhelm se lo concedió, y la niña empezó a recitar lo que sabía y a hacer las preguntas más raras que pudieran imaginarse. Hay que decir que, a pesar de su gran empeño, tan sólo comprendía con difícil-

tades y esfuerzos. Le ocurría lo mismo con la escritura, que le costaba horrores asimilar. Hablaba un alemán deficiente y sólo cuando abría la boca para cantar, cuando tocaba la cítara para acompañarse, parecía servirse de un órgano útil para expresar sus sentimientos íntimos y compartirlos con otros.

Y ya que hablamos de ella, habrá que referirse a la turbación que había causado a nuestro amigo. Cuando iba o venía, cuando daba los buenos días o las buenas noches, lo estrechaba tanto con sus brazos y lo besaba con tal fuerza, que con la vehemencia de su naturaleza en formación le daba miedo a Wilhelm. La vivacidad convulsa de su comportamiento parecía hacerse más intensa día a día y parecía que su ser era constantemente recorrido por una agitación constante. No podía estar sin retorcer un hilo con sus manos, sin trenzar un pañuelo, sin masticar un papel o un trocito de madera. En todos sus juegos se traslucía una fuerte inquietud interior. Lo único que parecía proporcio-

narle cierto alivio era la cercanía de Félix, con quien se entendía muy bien.

Después de tomarse cierto respiro, Aurelia quería confesarle a su amigo el asunto que tanto oprimía su corazón, se impacientó con la insistencia de la niña y le dio a entender que debía marcharse, y como ésta no se dio por aludida, hubo de decirle sin más que se fuera, algo que ella hizo de muy mala gana.

-Ahora o nunca -dijo Aurelia- he de contarle el resto de mi historia. Si mi amigo, mi muy querido e injusto amigo, se encontrara a pocas millas de aquí, yo le diría a usted: «Monte a caballo e intente trabar conocimiento con él, cuando usted vuelva seguro que me comprendería y me compadecería.» Ahora sólo puedo expresarle con palabras lo adorable que es y lo mucho que lo amo.

Lo conocí cuando en aquella época crítica en que yo temía por la vida de mi marido. Él acababa de volver de América, donde en compañía de algunos franceses se había distinguido

luchando bajo la bandera de los Estados Unidos.

Se dirigió a mí con reposadas maneras, con franqueza y benevolencia. Me habló de mí misma, de mi situación y de mi trabajo como si se me conociera de hacía tiempo. Me habló mostrando tanto interés por mí y con tanta precisión, que por primera vez me alegré de reconocer mi existencia representada con claridad por otra persona. Sus juicios eran exactos, sin ser severos, correctos, sin resultar fríos. No dejaba sombra de rudeza e incluso su malicia era agradable. Parecía acostumbrado a cosechar triunfos entre las mujeres y esto me puso en guardia; mas, como no era adulator ni excesivamente apremiante, mis dudas se disiparon.

Tenía trato con pocas personas de la ciudad, la mayoría de las veces la recorría a caballo, visitaba a muchos conocidos que tenía por los alrededores y se ocupaba de los negocios de su familia. Cuando volvía de sus pequeños viajes, venía a mi casa, me ayudaba a cuidar de mi

marido, cuyo estado iba empeorando día a día. Trajo a un médico hábil que me alivió su estado durante algún tiempo y, como él se preocupaba por todo lo que a mí me importaba, era natural que yo también me interesara por sus asuntos. Me contó el relato de sus campañas, me habló de su irresistible vocación por la vida militar, me informó de los negocios de su familia; me confesó sus intenciones actuales... En fin, no tenía ningún secreto para mí. Se presentaba ante mí tal como era, me revelaba los rincones más íntimos de su alma, conocí cuáles eran sus cualidades y sus pasiones. Era la primera vez en mi vida que disfrutaba de un trato cordial y fluido. Antes de que me hubiera dado cuenta, me atraía, me arrastraba hacia él.

Entretanto perdí a mi marido, casi con tanta rapidez como me casé con él. El peso de los negocios teatrales recayó sobre mis hombros. Mi hermano, que era insuperable en escena, nunca fue hábil en la administración; yo me ocupaba de todo y me aprendía mis papeles

más laboriosamente que antes. Volví a interpretar como lo hacía en otro tiempo, con una fuerza renovada y mucha vida, porque representaba por él y para él, si bien no siempre con acierto cuando sabía que mi querido amigo a veces venía a verme sin habérmelo advertido y entonces podrá suponer cuánto me encantaban sus inesperados elogios.

Sin duda soy una extraña criatura. En cada papel que representaba me imaginaba que lo hacía para él y en su honor, pues esa era la disposición de mi corazón, no importaba cuál fuera el parlamento que me tocara. Cuando sabía que él estaba entre el público, no sabía imprimir tanta fuerza a mis papeles, como si no quisiera evidenciarle todo mi amor, toda mi admiración. Cuando él no estaba, entonces tenía el campo libre y me sentía tranquila para dar lo mejor de mí misma. Volvieron a agradarme los aplausos y, cuando le gustaba al público, sentía deseos de decir: «¡A él se lo debo!»

Por un prodigio mi relación con el públi-

co y con toda la nación había cambiado. Ahora ésta aparecía bajo la más favorable de las luces y me sentí estupefacta ante la ceguera que había tenido hasta entonces.

«Qué insensata -me dije a mí misma- he sido despreciando a una nación por el mero hecho de ser una nación. ¿Es que los individuos aislados pueden y deben despertar tanta admiración? De ninguna manera. Lo importante es saber si, repartida en la masa, hay una multitud de capacidades, de fuerzas y de facultades, que, en circunstancias favorables, pueden ser desarrolladas por hombres sobresalientes y puestas al servicio de un objetivo común». Ahora me alegraba de encontrar tan poca originalidad entre mis compatriotas, me felicitaba por verles aceptar los impulsos que venían del exterior y me congratulaba de haber encontrado a alguien que me aclarara las ideas.

Lotario -déjeme nombrar a mi amigo por su querido nombre- me hablaba de los alemanes, de la bravura de los alemanes y me decía

que no habría mejor nación en el mundo si estuviera bien dirigida. Él conocía muy bien la historia y había tenido relación con los hombres más importantes del siglo. A pesar de lo joven que era, prestaba gran atención a la prometedora juventud de su patria, a los hombres ocupados y activos en trabajos de múltiples especialidades. Me mostró un panorama general sobre Alemania: de lo que era actualmente y de lo que podía llegar a ser. Entonces sentí vergüenza por haber despreciado una nación por la genticilla que se apiñaba en los camerinos de los teatros. A partir de ese momento, me propuse poner toda la verdad, el ingenio y la vida en mi profesión. Entonces me sentía inspirada cada vez que pisaba el escenario, pasajes mediocres se hacían de oro cuando yo los declamaba y, si entonces un poeta hubiera venido a ayudarme, sin duda habría conseguido los efectos más maravillosos que se pudieran concebir.

Así vivió la joven viuda durante muchos meses. Él no podía vivir sin mí, yo me sentía

muy infeliz cuando él no estaba a mi lado. Me mostraba cartas de sus parientes, especialmente de sus magníficas hermanas. Se interesaba por detalles mínimos de mi vida, era imposible pensar una unidad más íntima y más perfecta que la nuestra. Todavía no habíamos pronunciado la palabra amor. Él iba y venía, vino y se fue... Y ahora, amigo mío, es hora de que usted se vaya.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

WILHELM no podía demorar más la visita a los socios comerciales de su padre. Se dirigió a sus domicilios no sin preocupación, pues sabía que allí encontraría cartas de sus allegados destinadas a él. Temía los reproches que habría allí para él e incluso conjeturaba que tal vez algún socio comercial hubiera recibido

mensajes de su padre en los que expresara su preocupación. A quien tantas aventuras cortes había vivido le horrorizaba presentarse como un escolar al que iban a examinar de sus tareas. Por eso decidió aparecer desenfadado y de esa manera disimular su azoramiento.

Sin embargo, para su sorpresa y satisfacción, todo resultó bien y llevadero. En el despacho grande, lleno de dinamismo y de vida, apenas tuvieron tiempo de ir a buscar su correspondencia, no le hicieron notar su larga tardanza más que de pasada. Y cuando abrió la cartas de su padre y de su amigo Wemer encontr  muy mesurado su contenido. El padre le pedía una relación detallada de su viaje, algo que le había encargado al despedirse de él, además adjuntaba una tabla para la realización de la misma. El anciano no parecía muy preocupado por el largo silencio de su hijo durante las primeras etapas de su viaje, tan sólo mostraba cierto malestar por lo misterioso de la primera y única carta que le había mandado

desde el palacio del Conde. Por su parte Werner bromeaba según su estilo, contaba divertidas anécdotas de su ciudad y le pedía noticias de amigos y conocidos suyos que vivían en la gran urbe comercial y con los que Wilhelm iba a tener trato frecuente. Nuestro amigo, que estaba extraordinariamente contento de haber salido tan airoso del trance, contestó inmediatamente con dos cartas llenas de entusiasmo y prometió a su padre que le mandaría un detallado diario de viaje con todos los datos geográficos, estadísticos y mercantiles que solicitaba. Había visto mucho a lo largo de esta gira y esperaba poder confeccionar con ello un cuaderno de lectura tolerable. No se daba cuenta de que casi estaba convocando al público y encendiendo las luces para representar una obra que ni se había escrito ni tenía memorizada. Por eso cuando comenzó a hacer su composición, se dio cuenta a su pesar de que podía referir lo sentido y pensado, que podía hablar de experiencias del corazón y del alma, pero que no

había prestado ni la más mínima atención a los acontecimientos del mundo externo.

En ese momento vinieron en su ayuda los conocimientos de su amigo Laertes. La costumbre de la cercanía había unido a estos jóvenes tan dispares. Al fin y al cabo cada uno de ellos, con sus errores, era una persona interesante. Dotado de una jovialidad radiante y alegre, Laertes habría podido llegar a viejo sin jamás cuestionarse su propia condición. Sin embargo, la desgracia y la enfermedad le habían arrebatado su puro sentimiento juvenil y le habían hecho reparar en lo fugaz y frágil de nuestra existencia. De ahí se derivaba su tono humorístico y rapsódico de expresar sus impresiones pasajeras. No le gustaba estar solo, andaba siempre de cafés en posadas y, cuando había de quedarse en casa, los libros de viajes eran su lectura favorita, su única lectura. Ahora podía disfrutar de éstos en la medida en que lo desearse, pues había encontrado recientemente una biblioteca de préstamo público, y muy pronto

había conseguido verter todo el mundo en su buena memoria.

Qué bien supo entonces infundirle ánimos a su amigo, al revelarle éste la absoluta carestía de datos en lo tocante a la relación que se le había pedido.

-Vamos a hacer una pieza artística -dijo Laertes- que no va a tener parangón. ¿No está ya Alemania recorrida, cruzada, explorada y surcada de punta a punta? ¿No tiene el viajero alemán la enorme suerte de que sus ediciones, ya sean de gran tirada o no sean agotadas por el público? Dame el itinerario que hiciste antes de encontrarnos y deja que el resto corra a mi cargo. Ya buscaré yo las fuentes y los medios para hacer tu obra; no dejaremos de medir las millas cuadradas que nadie mide ni el número de habitantes que nadie cuenta. Nos enteraremos de las rentas de los Estados por almanaques y tablas, que, como bien se sabe, son los documentos más fiables. Estos datos nos servirán para hacer nuestros razonamientos políti-

cos, tampoco debemos dejar de hacer ciertas objeciones a los gobiernos. Describiremos a unos cuantos príncipes como auténticos padres de la patria, para que así resulte más verosímil nuestro ataque a los demás; y, si nuestro viaje nos permite pasar por el lugar donde habitan ciertas celebridades, nos los encontraremos en las ventas y posadas, lo que nos permitirá decir sobre ellos las mayores sandeces que se nos ocurran. Procuraremos especialmente intercalar con gracia una historia de amor con una ingenua muchacha y daremos lugar a una obra que no sólo agradará a tu padre y a tu madre sino por la que cualquier industrial librero te pagaría con gusto.

Se pusieron manos a la obra y ambos amigos disfrutaron con el trabajo, lo que permitió que luego Wilhelm gozara por la tarde del trato de Aurelia y Serlo y así fuera ampliando poco a poco el alcance de sus ideas, hasta ahora dentro de unos límites demasiado estrechos.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

NO sin gran interés escuchó la narración que Serlo hizo de su vida, pues no era habitual en él hacer confidencias y hablar sin interrupciones sobre un tema. Se podía decir que había nacido y se había criado en un teatro. Cuando todavía no hablaba ya debía conmover con su sola presencia a los espectadores, pues ya era frecuente que los autores se sirvieran del natural e inocente recurso de poner a niños en escena. Sus primeros «papá» y «mamá» le habían valido éxitos rotundos antes de que supiera el significado de los aplausos. Más de una vez había aparecido temblando en un vuelo simulado haciendo de Amor, en otras ocasiones había salido de un huevo en el papel de Arlequín o había hecho deliciosas monerías representando al pequeño deshollinador.

Desgraciadamente, a medio plazo, hubo de pagar muy caros aquellos aplausos que reci-

bió. Su padre, convencido de que sólo se podía estimular y fijar la atención de los niños mediante golpes, lo torturaba cada cierto tiempo mientras aprendía cada uno de sus papeles. No lo hacía porque el niño fuera poco capaz, sino para que demostrase su capacidad de forma más segura y sostenida, de la misma manera que de vez en cuando se da bofetadas a los niños como para poner un hito, y de esa manera cuando son mayores se acuerdan del lugar y el rincón en el que la recibieron. El creció y mostró extraordinarias facultades del espíritu, habilidades corporales y una gran plasticidad en su representación tanto en sus acciones como en sus gestos. Ya de niño imitaba a los adultos de tal manera que se creía tenerlos presentes a pesar de la diferencia de figura, edad y aspecto. Además no le faltaba el don de bandearse bien por sí mismo en el mundo y, tan pronto como fue consciente de sus fuerzas, le resultó muy sencillo abandonar a su padre, que con el aumento de la razón y la capacidad del muchacho

seguía considerando necesario estimularlo con un duro trato.

¡Qué feliz se sintió al verse libre y dueño de sus actos por el mundo, donde sus diabluras le deparaban siempre una buena acogida! Su buena estrella lo condujo una noche de carnaval a un monasterio. Por entonces acababa de morir el padre encargado de los desfiles y de entretener a la comunidad cristiana con mascaradas de tipo religioso. Serlo llegó como un ángel enviado por la Providencia y se encargó inmediatamente del papel del Arcángel San Gabriel en la Anunciación y no disgustó a la bonita muchacha que hacía de María y a la que con ademanes externos de veneración y con orgullo íntimo saludó. Luego representó en todos los misterios los papeles principales y cuando al final hizo de Salvador del mundo fue insultado, golpeado y clavado en la cruz.

Algunos soldados quisieron representar su papel con excesiva autenticidad. Por eso, para vengarse de ellos de la manera más sutil,

en la escena del Juicio Final, en la que los hizo vestirse con lujosos atavíos de emperadores y reyes, cuando se sentían muy a gusto con su papel, apareció inesperadamente bajo la forma del demonio y, para gran edificación del público y los devotos allí congregados, empezó a hostigarlos con su tridente y los hizo precipitarse en el foso, donde no fueron muy agradablemente acogidos por un fuego que ardía.

Era suficientemente inteligente como para comprender que a las cabezas coronadas no les iba a pasar desapercibido su frescura y no iban a respetar su puesto de censor y ejecutor; por ello antes de que llegara el Reino Milenario, se alejó de allí sin que nadie lo advirtiera a una ciudad vecina, donde fue recibido con los brazos abiertos por una compañía llanada *Los hijos de la alegría*. Se trataba de un grupo de personas sagaces, ingeniosas y llenas de vitalidad, que se habían dado cuenta de que la suma de nuestra existencia dividida por la razón nunca daba un cociente exacto, pues de cualquier modo que se

realizara la operación siempre quedaba resto. De este resto embarazoso e incluso lleno de peligros si se intentaba repartirlo entre la masa, intentaban zafarse especialmente en ocasiones determinadas. Una vez a la semana se daban a la locura y se castigaban entre sí por medio de representaciones alegóricas de las tonterías que habían visto hacer a los otros durante los días anteriores. Si bien este procedimiento era más rudo que el cúmulo de momentos que el hombre de buena crianza destina a la ocupación de recapacitar, enmendarse y reprenderse, resulta más divertido y más efectivo, pues al no negar la locura de alguien, se la trata tal como es, mientras que siguiendo el otro procedimiento se deja, gracias al autoengaño, que su locura gobierne la casa y convierta secretamente en su esclava a la razón, que se figura tener dominada a aquella desde hace mucho tiempo. El papel de loco era rotatorio en la compañía y todos estaban autorizados a adornarse ese día con atributos propios o ajenos para caracterizarse.

Por carnaval se tomaban las mayores libertades y rivalizaban con los clérigos para entretener y atraer sobre sí la atención del pueblo. Los desfiles festivos y alegóricos de virtudes y vicios, artes y ciencias, continentes y estaciones del año, ponían ante los ojos del pueblo una serie de conceptos y le hacían concebir ideas de realidades muy apartadas de ello. Así estas bromas no dejaban de resultar formativas, mientras que, en el otro bando, las mascaradas clericales se dedicaban a fortalecer una mostrenca superstición.

El joven Serlo se encontró de nuevo en su salsa. Realmente no tenía mucha imaginación, pero por el contrario contaba con una gran facilidad para aprovechar, realzar y hacer valer aquello de lo que disponía. Sus ocurrencias, su capacidad de imitación, su mordaz ingenio, al que por lo menos un día a la semana dejaba que se liberara, incluso contra sus benefactores, lo hizo muy valioso entre su compañía, lo convirtió en imprescindible.

Mas no tardó en abandonar, llevado por su inquietud, aquella posición tan ventajosa y se trasladó a otras regiones de su patria donde hubo de pasar por otra escuela. Fue a aquella parte de Alemania que es culta, sí, pero privada de imaginación, donde falta, si no autenticidad en el culto a lo bueno y lo bello, sí cierto ingenio. Allí nuestro amigo no pudo salir del paso con sus máscaras y hubo de ingeniárselas para conmover el corazón y las almas. Sólo pudo permanecer breve tiempo en aquellas compañías grandes y pequeñas, pero supo ver multitud de matices diferentes en las diversas obras y actores. Se dio cuenta al instante de que la monotonía que por aquel entonces imperaba en la escena alemana, la estúpida cadencia y el simplón tono de los alejandrinos, lo ramplón y forzado del diálogo, la sequedad y la vulgaridad de los sermones morales que se representaban, ni conmovían ni gustaban a nadie.

No se limitó a aprender un papel de las obras más famosas sino que con facilidad que-

daban en su memoria obras enteras y el tono característico de los actores que habían obtenido éxito representándolas. Entonces a lo largo de sus correrías se dedicó a representar en cortes y pueblos obras enteras y a conseguir de ese modo manutención y alojamiento. En cualquier taberna, sala o jardín montaba inmediatamente un teatro. Y con grotesca seriedad y aparente entusiasmo sabía ganarse la fuerza de la imaginación de sus espectadores, engañar sus sentidos y hacer ante sus propios ojos una fortaleza de un armario y un puñal de un abanico. El enardecimiento juvenil venía a suplir la ausencia de un sentir profundo, su ímpetu parecía fortaleza y su zalamería ternura. A quienes ya conocían el teatro les recordaba todo lo que ya habían visto y oído, y a los demás les daba a entrever algo maravilloso que les creaba el deseo de conocerlo con más detalle. Lo que en un lugar tenía efecto no dejaba de repetirlo en otro, experimentando en el fondo de su corazón una maligna alegría al notar que desde el escenario

podía llevar embridados a todos los hombres.

Con su vivo, libre, espíritu al que nada cohibía, a fuerza de repetir papeles y obras, iba mejorando muy rápidamente. No tardó en recitar y representar de un modo mucho más correcto que lo hacían los modelos que al principio se aventuró tan sólo a imitar. De este modo aprendió a trabajar con naturalidad y, con todo, a fingir al mismo tiempo. Él se hacía el arrebatado y al mismo tiempo miraba que efecto producía, y encontraba su mayor orgullo en conmover paulatinamente a los hombres. Incluso la frenética actividad que desarrollaba lo obligó pronto a proceder con cierta moderación y así aprendió, en parte obligado, en parte por instinto, a hacer aquello de lo que tan pocos actores tienen idea: economizar sus expresiones vocales y sus gestos.

Así supo cautivar a hombres rudos y hostiles e interesarlos. Como sólo exigía comida y alojamiento, recibía agradecido todo lo que se le ofrecía y en ocasiones sabía rechazar el dine-

ro, sobre todo cuando no le hacía falta. Llegaba a nuevos lugares con cartas de recomendación de aquellos a los que había distraído. Así durante un tiempo estuvo yendo de una corte a otra, donde produjo placer, disfrutó no poco y no dejó de vivir agradables y encantadoras aventuras.

Debido a la frialdad de su naturaleza no amaba a nadie; su clarividencia le impedía tener cariño por las personas, pues tan sólo se fijaba en las cualidades externas de los hombres para aumentar su repertorio mímico. Sin embargo, se sentía extremadamente ofendido cuando no gustaba a todos y cuando no conseguía el aplauso unánime. Había atendido tanto a los medios para obtenerlo que no sólo en el escenario, sino en la vida real, estaba adulando constantemente. Y así su voluntad, su talento y su forma de vida trabajaron combinadamente para convertirlo, casi sin que él mismo lo advirtiera, en un actor perfecto. Además, por efecto de una acción y una reacción que rara vez apa-

rece, pero que es innata, logró elevar mediante el estudio y el ejercicio, su recitado y su mímica a un alto grado de autenticidad, libertad y espontaneidad, pero al mismo tiempo, en la vida corriente y en el trato diario, se hizo más hermético, artificioso y hasta disimulado e inquieto.

Acaso hablemos más delante de sus aventuras y su destino, por lo que nos limitaremos a decir aquí únicamente que en los últimos tiempos, cuando ya era todo un hombre, se había ganado una fama indiscutible y había logrado una posición muy buena aunque no firme, había adquirido la costumbre, en parte por ironía, en parte por desdén, de hacerse el sofista en las conversaciones y así echaba a perder cualquier conversación seria. Empleaba este estilo sobre todo con Wilhelm, tan pronto como éste mostrase deseos de iniciar un discurso abstracto y teórico. Sin embargo, les gustaba mantener mutuamente el contacto, pues sus diferentes perspectivas hacían mucho más inte-

resantes sus conversaciones. Wilhelm trataba de deducirlo todo de los conceptos que comprendía y pretendía tratar el arte como un todo sistemático. Deseaba fijar reglas, determinar lo que era justo, bello, bueno y merecedor de aplauso; en resumidas cuentas se lo tomaba todo extremadamente en serio. Por el contrario, Serlo lo tomaba todo a la ligera y sin contestar jamás directamente a una pregunta, sabía mediante una historia o un rodeo dar la explicación más graciosa y satisfactoria, ilustrando y distrayendo a sus oyentes.

CAPÍTULO DECIMONOVENO

MIENTRAS Wilhelm pasaba agradablemente el tiempo de esa manera, Melina y el resto de la compañía se encontraban en una situación muy incómoda. De cuando en cuando

se presentaban ante nuestros amigos como espíritus malignos y le hacían pasar malos ratos, no sólo por su sola presencia, sino también por sus caras irritadas y sus amargos reproches. Serlo se opuso a que actuaran como artistas invitados y ni mucho menos les dio esperanzas de admitirlos en su compañía, sin embargo, fue dándose cuenta del valor de aquella gente. Siempre que los invitaba a su casa acostumbraba a hacerles leer y a veces leía con ellos. Prefería obras que no se habían representado aún o que llevaban mucho tiempo sin representarse y la mayoría de las veces sólo escogía fragmentos de éstas. Después de un primer ensayo mandaba repetir pasajes sobre los que tenía que hacer alguna advertencia, de esa manera aumentaba la perspicacia de los cómicos y fortalecía su seguridad y ayudaba a que encontraran la justa medida en la representación. Y al igual que un entendimiento modesto pero ordenado satisface más a los otros que un genio áspero y desordenado, por medio de las explicaciones

que daba a los cómicos, conseguía elevar talentos medianos a un grado de competencia notable. A aquello contribuyó no poco los poemas que mandaba leer que despertaban en ellos una sensación agradable provocada por un ritmo bien ejecutado, mientras que en otras compañías empezaban a emplear esa prosa de la que cualquier boca es capaz.

Así llegó a conocer perfectamente a los actores que habían llegado allí buscándolo, y pudo valorar cómo eran y cómo podían llegar a ser, pues en secreto había decidido sacar ventaja de ellos el día que en su compañía estallase la revolución que se avecinaba. El dejó correr los acontecimientos y se limitó a encogerse de hombros ante todas las intercesiones que hizo Wilhelm hasta que, llegado un momento que le pareció oportuno, le hizo a nuestro amigo inesperadamente la propuesta de salir a escena con su compañía y, además, le aseguró que, bajo esta condición, contrataría a los demás.

-Esta gente no debe ser tan desaprove-

chable como me ha dicho usted hasta ahora - repuso Wilhelm-, pues los quiere contratar usted en masa; además su talento debe ser el mismo conmigo que sin mí.

Serlo abrió el sello de su silencio y le contó cuál era su situación. Le dijo que su primer galán iba a pedirle que le subiera el sueldo cuando llegase el momento de renovar el contrato y no estaba dispuesto a ceder en sus exigencias a pesar de que las simpatías del público hacia él estaban en franca decadencia. Si dejaba que se fuera, le seguirían inmediatamente todos sus partidarios y las consecuencias serían perder, junto a algunos malos actores, unos cuantos muy buenos. Acto seguido le explicó a Wilhelm los planes que tenía pensados para él, para Laertes, para el viejo gruñón y la señora de Melina. Incluso llegó a prometerle que el pobre pedante obtendría rotundos aplausos representando papeles de judío, de ministro y de malvado en general.

Wilhelm quedó perplejo mientras escu-

chaba no sin inquietud aquellas palabras y, para contestar algo, dijo después de tomar aliento:

-Me ha hablado usted muy amablemente y sólo de las virtudes que ha visto en nosotros y que espera vernos ejercer. ¿Qué ocurre con los puntos débiles que seguro no han quedado inadvertidos por su perspicacia?

-Pero a base de esfuerzo, práctica y reflexión conseguiremos convertirlos en puntos fuertes -contestó Serlo-. Lo único que he visto entre ustedes es que imitan demasiado ingenuamente lo natural y son aprendices, pero no he visto ningún caso desesperado, no he visto a nadie que sea un idiota y sólo los idiotas no tienen remedio y son indomables por culpa de su vanidad, su estupidez o su hipocondría.

Serlo le expuso a continuación las condiciones que podía ofrecer al resto de sus compañeros, le pidió a Wilhelm una rápida decisión y se marchó dejándolo no poco intranquilo.

Gracias a la singular y fingida memoria

de viaje que estaban haciendo en colaboración con Laertes, había empezado a reparar más en la vida cotidiana del mundo real de lo que lo había hecho hasta ahora. Por fin comprendió qué intenciones tenía su padre al pedirle tan encarecidamente que escribiera un diario. Por primera vez sintió lo agradable y útil que puede ser convertirse en centro de tantos oficios y necesidades y contribuir a la difusión de la vida y la actividad llegando incluso a las sierras más altas y a los valles situados en las hondonadas más profundas del continente. La urbe comercial llena de vida en la que se encontraba, que la inquietud de Laertes le impulsaba a recorrer, pues lo llevaba consigo de un lado a otro, le hizo ver claramente en qué consistía ser un centro comercial del que todo salía y al que todo afluía y ésta era la primera vez que su espíritu se había deleitado al contemplar algo así. En este estado, Serlo le había hecho su propuesta y le había vuelto a despertar sus deseos y sus inclinaciones, había vuelto a robustecer su con-

fianza en tener talento y a recordarle sus compromisos con la desdichada compañía.

-Otra vez estoy aquí -dijo Wilhelm- en la encrucijada entre las dos mujeres que se me aparecieron en mi juventud. Una de ellas no me parece tan horrible ni tan magnífica la otra. Sientes un impulso interno que te induce a seguir tanto a una como a otra y de ambos lados son muy fuertes las incitaciones externas como para que te resulte imposible decidir. Desearías que una fuerza exterior hiciera que te decantaras, mas, sin embargo, si te examinas con detenimiento te darás cuenta de que las circunstancias exteriores son las que únicamente te llevan hacia la industria, el lucro y la propiedad, pero tus necesidades íntimas hacen resurgir y alimentan el deseo de desarrollar y formar aquellas disposiciones espirituales y corporales que hay en ti para lograr lo bueno y lo bello. ¿No he de agradecerle al destino que me ha llevado a conseguir todos mis deseos? ¿No se ha realizado hoy todo aquello que soñé y proyecté? ¡Qué

curioso! El hombre parece no conocer nada mejor que sus esperanzas y deseos, que durante mucho tiempo ha alimentado y abrigado, y sin embargo, cuando se topa con ellos no los reconoce y retrocede. Todo lo que soñé antes de aquella noche desdichada que me separó de Mariana está ahora ante mí. Quería huir de aquí y poco a poco me he quedado retenido. Quería ser contratado por Serlo, ahora es él quien me reclama y me ofrece unas condiciones que ningún principiante puede rechazar. ¿Fue el amor a Mariana lo que me encadenó al teatro o fue el amor al teatro lo que me hizo sentir apego por Mariana? ¿Fue aquel horizonte, aquel escapar hacia el teatro tan sólo el recurso de un hombre intranquilo que deseaba una mayor amplitud de miras que la que le deparaba la vida burguesa o era todo diferente, era más puro y más digno? ¿Y qué pudo llevarte a cambiar los planes que tenías previstos? ¿No has seguido de modo inconsciente con tu plan? ¿No debes ahora dar el paso definitivo, toda

vez que no hay ninguna circunstancia que te lo impida y puedes al mismo tiempo cumplir una promesa solemnemente hecha y de una manera noble librarte de una pesada carga?

Todos los impulsos que conmovían su corazón y su imaginación se agitaban de un lado para otro y luchaban entre sí. Que quería conservar a Mignon y que no necesitara despedir al arpista tenía mucho peso en la balanza, pero los platillos empezaron de nuevo a moverse cuando, como de costumbre, fue a visitar a su amiga Aurelia.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

LA encontró sobre su sofá y aparentemente tranquila.

-Cree usted que podrá actuar mañana?

-Oh, sí -respondió Aurelia con viveza-. Ya sabe que no puedo dejar de hacerlo. ¡Ojalá en-

contrase el medio de poder renunciar al aplauso de los espectadores! Me aprecian mucho, es verdad, pero me llevarán a la muerte. Anteayer creí que mi corazón estallaba. En otro tiempo aguantaba todo esto, porque me resultaba muy agradable. Después de haberme preparado mucho y de haberme preparado con mucha antelación, me llenaba de orgullo palpar mi triunfo en cada uno de los rincones de la sala. Sin embargo, hoy ni digo lo que siento, ni lo digo como quiero. Me siento arrastrada y conmovida y mi declamación ejerce un efecto más intenso; los aplausos son más calurosos, mas yo me digo: «¡ Si supierais el motivo de vuestra emoción! El tono sombrío, violento e indeterminado que empleo os conmueve, os admira, pero no sabéis que es el grito de dolor de una desgraciada lo que produce vuestro beneplácito.» Esta mañana aprendí un papel que en este momento estoy ensayando. Estoy rendida, hecha jirones y mañana otra vez. Mañana por la noche hay función y así me seguiré arrastrando de acá para

allá, sintiendo un vacío indecible al levantarme y una profunda tristeza al acostarme: éste es el círculo vicioso del que no salgo. Luego me llegan irritantes consuelos que desecho, desprecio y maldigo.

No quiero someterme, no quiero sucumbir a la necesidad. ¿Por qué ha de ser inevitable lo que me conduce a la muerte? ¿No hay otra solución? Es absoluta y fatalmente necesario que yo pague y expíe mi culpa, porque soy alemana. Lo propio del alemán es dejar caer el propio peso sobre el todo y soportar el peso del todo a la vez.

-¡Oh, amiga mía! -exclamó Wilhelm-. ¿Cuándo dejará de afilar la daga con la que inmisericorde se hiere? ¿Es que no hay nada que la anime? ¿Es que son irrelevantes para usted su juventud, su apostura, su salud y sus talentos? Si usted ha perdido uno de sus dones por razones totalmente ajenas a su culpa, ¿debe usted despreciar los restantes? ¿No puede hacer nada para evitarlo?

Ella se mantuvo callada durante unos instantes, luego continuó.

-Sé bien que sería una pérdida de tiempo. ¡El amor es una pérdida de tiempo! ¡ Qué podría haber hecho!, ¡ qué debería haber hecho! Pero después de todo, nada... Soy una pobre criatura enamorada, nada más que eso. ¡Por Dios!, tenga compasión de mí, soy una desgraciada criatura.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y, tras una breve pausa continuó:

-Ustedes los hombres están acostumbrados a que todo el mundo les eche los brazos al cuello. No, ustedes no saben apreciar a una mujer que se haga respetar. En los sueños angelicales y en las imágenes de felicidad que pueda concebir un corazón puro y honrado, no encontrará nada tan celestial como una mujer entregándose al hombre amado. Somos frías, orgullosas, altaneras, perspicaces y prudentes, cuando somos merecedoras de llamarnos mujeres, y, sin embargo, renunciamos a todas esas

ventajas y las ponemos a disposición de nuestro hombre cuando amamos, cuando esperamos que nuestro amor sea con amor pagado. ¿Por qué he echado a perder mi vida a sabiendas? Hoy también quiero sumirme en la desesperación y no hacer nada por evitarlo. Ni una gota de mi sangre, ni un rincón de mi piel quedarán sin castigo. ¡Ríase, búrlese de mi teatral apasionamiento!

Realmente nuestro amigo estaba muy lejos de sentirse incitado a la risa. Le apenaba demasiado el estado de Aurelia mitad natural, mitad forzado. Él se sintió torturado por la sobreexcitación de ella, las ideas se embrollaban en su mente y su sangre ardía agitada.

Aurelia se había levantado e iba de un lado a otro de la estancia

-Me repito las razones por las que no debiera amarlo. Sé también que él no es digno de mi pasión. Desvíó mi atención hacia otros objetos, me ocupo con lo que sea. Aprendo un papel, repaso otros antiguos que conozco en pro-

fundidad, trabajo... ¡Amigo y confidente mío, qué horrible empeño es separarse violentamente de uno mismo! Cuando lo hago, mi entendimiento flaquea, mi mente está llena de tensión. Por eso, si quiero librarme de la locura, he de entregarme de nuevo a mi obsesión. Sí lo amo, lo amo -dijo rompiendo a llorar con mil lágrimas- lo amo y moriré amándolo.

Wilhelm le tomó una mano y le suplicó que no se torturase de esa manera.

-Resulta extraño -exclamó nuestro amigo-. ¿Por qué ha de serle negado al hombre no ya lo imposible sino lo posible? Usted no estaba destinada a encontrar un corazón que la hiciera absolutamente feliz, y yo estaba destinado a poner todas mis esperanzas en una desdichada a la que el peso de mi fidelidad derribó y tal vez quebró como una caña.

Le había referido a Aurelia la historia de su relación con Mariana, con la seguridad de ser comprendido por ella.

-¿Podría usted jurar -preguntó Aurelia fi-

jando en él su mirada- que no ha engañado nunca a una mujer intentando ganar sus favores con frívolas galanterías, con juramentos falaces, con declaraciones zalameras?

-Puedo jurarlo -respondió Wilhelm- sin jactarme de ello, pues mi vida ha sido muy sencilla y sólo en contadas ocasiones he sentido la tentación de tentar. Además, ¿qué mejor aleccionamiento contra ello que ver el estado en que se encuentra usted, mi bella y noble amiga? Quiero hacer un voto fiel al estado actual de mi alma y que sale de mis labios impulsado por la emoción que usted me suscita y que las circunstancias consagran: rechazaré toda inclinación efímera y abrigaré en el fondo de mi corazón las querencias auténticas. Ningún ser del género femenino escuchará de mis labios declaraciones de amor, salvo aquella a quien pueda consagrar- mi vida entera.

Aurelia clavó en nuestro amigo una mirada de cruel indiferencia y retrocedió dos pasos cuando Wilhelm le alargó la mano para que

se la estrechara.

-No cambiará nada que haya unas cuantas lágrimas de mujer más o menos en el mar. Sin embargo, si tiene cierta importancia que de algunos miles de mujeres se salve una sola, también tiene importancia si de entre mil hombres hay uno que sea sincero. Pero, ¿sabe bien lo que promete?

-Lo sé -dijo Wilhelm sonriendo y tendiéndole de nuevo la mano.

-Acepto -contestó ella.

Hizo con su mano derecha un movimiento con el que parecía iba a estrechar la mano de Wilhelm. Mas, con rapidez inusitada, esa mano se introdujo en un bolsillo del que salió armada con la daga que ya conocemos y pasó la punta y el filo del arma por la palma de la mano de nuestro amigo. Este la retiró de inmediato, pero la sangre corría ya abundante.

-¡A vosotros, los hombres, es preciso marcaros bien y con rudeza, para que no olvidéis vuestras promesas! -gritó con muestras de

alegría feroz, que no tardó en tornarse tierna solicitud.

Sacó su pañuelo y envolvió con él la mano de Wilhelm, a fin de contener la hemorragia.

-Perdona a una mujer medio desquiciada -respondió-y no te lamente por esas gotas de sangre perdida. He recobrado la calma, he vuelto en mí. Quiero pedirte perdón de rodillas, quiero tener el consuelo de curarte.

Corrió a su armario, sacó de él paños y algunos objetos con los que contuvo la pérdida de sangre y vendó cuidadosamente la herida. La incisión cruzaba de parte a parte la palma de la mano, yendo desde la base del pulgar hasta el dedo meñique. Hizo la cura sin despegar los labios, profundamente absorta. Wilhelm le preguntó varias veces:

-¡Querida mía! ¿Cómo has sido capaz de hacer daño a tu amigo?

-Silencio -contestaba ella, llevando el índice a sus labios-, silencio.

LIBRO QUINTO

CAPÍTULO PRIMERO

A SUS dos heridas todavía no cerradas, Wilhelm tenía que añadir una tercera que no le molestaba menos. Aurelia no consintió en que llamase a un cirujano. Le curaba ella misma acompañando las operaciones con discursos, ceremonias y ensalmos, con lo que el malestar de nuestro amigo iba en aumento. Por añadidura no era sólo él, sino todas las personas que lo rodeaban las que tenían que aguantar las consecuencias de los arrebatos y las rarezas de aquella mujer, siendo el pequeño Félix uno de los más castigados. El vital niño se mostraba muy impaciente ante aquellas presiones especialmente cuanto más se le regañaba.

El muchacho era dado a ciertas peculiaridades a las que debíamos llamar malos modos y que ella no estaba dispuesta a aguantarle. Prefería beber de la botella que del vaso y prefería comer en la fuente que hacerlo en el plato.

No se le consentían estos caprichos como tampoco que dejase las puertas abiertas o que las golpease estrepitosamente, ni que hiciera oídos sordos cuando se le ordenaba algo o bien echase a correr para no cumplirlo: en tales casos tenía que escuchar una reprimenda horrorosa, que aparte de no mejorar su conducta, no parecía precisamente aumentar su apego por Aurelia. No había nada de ternura en su tono de voz cuando llamaba a ésta madre; le tenía mucho más cariño a la vieja ama, que le permitía hacer todo cuanto quisiese.

Pero ésta se encontraba enferma desde hacía algún tiempo y había tenido que ocupar un cuarto apartado de la casa. Entonces Félix podría haberse encontrado muy solo si Mignon no hubiera acudido para hacer el trabajo de ángel de la guarda. Los dos niños se divertían y pasaban el tiempo muy felices. Mignon le enseñaba cancioncillas que Félix, cuya memoria era privilegiada, recitaba de corrido ante el asombro de sus oyentes. También quiso explicarle

los mapas que ella seguía estudiando con encanto, pero seguía un método muy poco recomendable. Pues de cada uno de los países lo único que le interesaba era saber si en ellos reinaba un clima frío o cálido. Podía decir con precisión dónde estaban los dos polos, y se refería a los hielos espantosos allí presentes, al igual que podía hablar sobre el calor que iba en aumento a medida que uno se iba alejando de ellos. Cuando alguien emprendía un viaje, su única pregunta para el que lo hacía era si se dirigía al norte o al sur y, seguidamente, buscaba en los mapas el itinerario que el viajero pretendía seguir. Especialmente si era Wilhelm el que hablaba de viajes, se sentía llena de alegría, y se ponía triste cuando la conversación derivaba en otro tema. Era imposible conseguir que ella aprendiera un papel o que asistiese al teatro cuando había una función; en cambio aprendía de memoria odas y canciones y de repente sorprendía a todos improvisando una declamación.

Serlo, que estaba acostumbrado a percibir cualquier manifestación de genio que estuviera en ciernes, intentó estimularla. De ella le gustaba la gracia de sus canciones variadas y con frecuencia alegres y también de esta manera el arpista se ganó su simpatía.

Sin tener Serlo talento para la música y sin saber tocar ningún instrumento, tenía la capacidad de apreciar bien lo que oía, le deleitaba la música, y procuraba disfrutar cuantas veces pudiera de este placer, al cual no hay nada comparable. Semanalmente celebraba conciertos en su casa, y gracias a Mignon, el arpista y Laertes, que tocaba bien el violín, había conseguido formar una curiosa orquesta de cámara doméstica.

Solía decir:

-El hombre es tan dado a lo vulgar...; es tanta la facilidad con la que los sentidos y el espíritu se embotan para percibir las impresiones de lo bello y lo bueno, que hemos de perseguir por todos los medios el cultivo de la facul-

tad de sentir las. Nadie puede renunciar por completo a esos goces y sólo el no tener hábito de disfrutar de lo bueno es la causa de que muchas personas hallen placer en frivolidades y distracciones absurdas, siempre que tengan el aliciente de la novedad. Debe-riamos leer todos los días un considerable número de versos, escuchar una canción o admirar un cuadro excelente, y, si fuese posible, decir algunas frases razonadas.

Teniendo en cuenta estas disposiciones, que, en cierto modo, eran naturales en Serlo, las personas que lo rodeaban no podían carecer de distracciones agradables. En consecuencia Wilhelm veía discurrir agradablemente su existencia, hasta que recibió una carta lacrada con un sello negro. El sello era de Werner lo cual auguraba malas noticias. En efecto: aquella carta anunciaba, con pocas palabras, el triste fallecimiento del padre de Wilhelm. Una enfermedad repentina lo había arrancado del mundo, donde había dejado en perfecto orden los asuntos de

su familia.

Como es natural, la noticia afectó profundamente a nuestro héroe. Entonces comprendió lo poco que advertimos la presencia de nuestros parientes y amigos cuando están entre nosotros, y cómo sentimos la pérdida cuando el contacto con ellos se pierde, como se perdía en esta ocasión, definitivamente. Sin embargo, una consideración mitigó el dolor por la muerte de aquel buen hombre: éste ni había amado muchas cosas en el mundo, ni había disfrutado mucho de ellas.

Pronto los pensamientos de Wilhelm se fijaron en sus propios asuntos, por cierto, lo hizo no sin cierta inquietud. La más peligrosa de las situaciones a las que el hombre puede verse abocado es la producida por la intervención de circunstancias externas no previstas, que vienen a crear grandes modificaciones en su vida, sin que su manera de pensar o de sentir estén preparadas para el cambio. En estas situaciones se da un cambio de época exterior

que no se produce en el interior, y, entonces, tanto más violenta es la contradicción, cuanto menos comprende el hombre que no está preparado para ese nuevo estado.

Wilhelm se sintió de repente libre en un momento en el que no se había puesto de acuerdo consigo mismo. Sus principios eran nobles, sus miras eran altas y muy respetables sus proyectos; pero había tenido suficientes testimonios de que le faltaba experiencia y, consecuentemente, concedía a los demás un valor exagerado a la experiencia de los otros y a las conclusiones que extraían de ella, lo cual lo conducía más y más al error. Creyó poder adquirir la experiencia de un golpe, reteniendo y estudiando todo lo que encontrase de notable en libros y conversaciones. Para ello, transcribía las reflexiones e ideas ajenas junto a las suyas propias, y hasta copiaba conversaciones enteras que le habían interesado, sin darse cuenta de que en éstas lo falso se adhería a lo cierto en excesivos momentos. También se ceñía durante

un tiempo demasiado prolongado a una idea y perdía su capacidad de actuar por sí mismo a fuerza de tomar luces ajenas por su estrella polar. A menudo la amargura de Aurelia y la valoración negativa de los seres humanos por parte de Laertes influían más de lo deseado en sus juicios. Sin embargo, nadie había resultado tan perjudicial como Jamo, hombre de gran inteligencia que aplicaba siempre un juicio objetivo y sereno a los sucesos, pero tenía el defecto de dar a sus valoraciones particulares una dimensión universal, sin tener en cuenta que los veredictos de la razón sólo tienen validez en una ocasión y sólo para un tipo de casos, convirtiéndose en una falsedad si se aplican en otros momentos.

Y así, Wilhelm, intentando ponerse de acuerdo consigo mismo, se alejaba más y más de esa reconfortante concordia íntima. Esta confusión le hizo a sus pasiones más sencillo utilizar todos los medios a su alcance para desorientarlo más.

Serlo supo aprovecharse del luctuoso correo que le había llegado a Wilhelm, pues necesitaba cada día con más premura emprender la tarea de la reforma de su compañía. O bien renovaba los antiguos contratos, de lo cual no tenía ninguna gana, ya que muchos de los miembros de la compañía, que se consideraban imprescindibles, se hacían cada día más insostenibles; o bien le daba a la compañía una forma muy diferente, a lo que sus deseos lo incitaban con bastante mayor intensidad.

Evitando ejercer presión directa sobre Wilhelm, excitó a Aurelia a Filina y a los otros miembros de la antigua compañía de Melina que estaban ansiosos de firmar un contrato. Esto hizo que no dejaran en paz a Wilhelm, y que lo llevaran inmediatamente a una encrucijada en la que se vio obligado a tomar una decisión. ¿Quién hubiera podido suponer que una carta de Werner, escrita con expectativas totalmente inversas, iba a determinarle al fin a tomar una decisión? Pero, dejémonos de preám-

bulos, y reproduzcamos enteramente esa carta.

CAPÍTULO SEGUNDO

OCURRE, y es lo justo que ocurra, que cada cual se dedica a sus negocios en todo momento y pone su atención en la actividad que lleva a cabo. Apenas hubo expirado el buen anciano, en su casa ya nada funcionaba conforme a sus ideas. Los amigos, los conocidos y los parientes se precipitaron en la casa. Como es natural, los primeros en llegar fueron los que suelen sacar provecho de estas circunstancias. Unos traían y otros llevaban. Se contaba, se registraba, se calculaba. Éstos corrían en busca de vinos y pasteles, éstos bebían y comían...; pero nadie se mostraba más activo que las mujeres escogiendo sus lutos.

Me perdonarás, querido amigo, si dadas las circunstancias, piense en mis propios intereses y me haya mostrado tan solícito y activo con tu hermana como he podido y le haya planteado, en cuanto que se trataba de un asunto

absolutamente pertinente, lo importante que era acelerar los trámites para nuestra unión, la cual tan sólo habían dilatado por su extremado celo por los detalles.

No te pienses que se nos ha ocurrido tomar posesión de la gran casa vacía. Somos demasiado modestos y razonables para soñarlo. Por eso has de saber nuestro plan. Tu hermana vendrá conmigo a mi casa y tu madre nos acompañará.

Cómo es eso posible? -te dirás- si apenas hay sitio allí para vuestro nido. Ahí entra en juego el ingenio, amigo. Un proceder hábil lo hace todo posible y no puedes creer la cabida que se encuentra cuando se necesita poco espacio. Vamos a vender la gran casa, pues hemos recibido una buena oferta; además, la suma que obtengamos nos reportará intereses del ciento por ciento.

Espero que estés de acuerdo, pues estoy seguro de que no has heredado las estériles manías de tu padre y tu abuelo. Este pensaba

que su mayor dicha era un conjunto de obras de arte sin brillo, de las que nadie, repito, nadie, podía disfrutar con él. Aquél vivía en una casa llena de lujos sin dejar que nadie más gozara de ellos. Nosotros tenemos otros planes y congo que nos des tu beneplácito.

Es cierto que en toda nuestra casa apenas si tengo sitio para mi escritorio y todavía no sé donde pondremos en el futuro una cuna, pero en cambio fuera de la casa hay sitio sobrado. Tenemos cafés y clubs para el hombre, jardines y paseos de coches para la mujer y, en el campo, bellos lugares de esparcimiento para ambos. Una de las mayores ventajas que obtendremos es que nuestra mesa redonda estará llena y esto le hará imposible a mi padre traer invitados, que luego hablan de él con mayor ligereza cuanto más se ha esforzado por agasajarlos.

¡En casa no habrá nada superfluo! ¡Fuera el exceso de muebles y artefactos! ¡Fuera carruajes y caballos! No habrá más que dinero, lo

que nos permitirá día a día hacer lo que queramos dentro de los límites de lo razonable. Tampoco tendremos armario ropero, llevaremos lo mejor y lo más nuevo que tengamos sobre el cuerpo. El hombre puede llevar su traje hasta gastarlo y la mujer puede vender el suyo al ropavejero cuando la moda cambie. Nada me resulta tan insoportable como almacenar cosas inútiles: si me regalaran una piedra preciosa a condición de llevarla siempre luciéndola en mi dedo, te puedo asegurar que no la aceptaría. ¿Puede haber alguien que sienta placer en llevar en su dedo un capital muerto? He aquí mi dichosa profesión de fe: ocuparme de los negocios, ganar dinero, divertirme con los miembros de mi familia y no ocuparme del resto del mundo si esa ocupación no puede reportarme beneficios.

Pero tú tal vez me dirás: ¿Qué has dejado para mí al trazar tu plan? ¿Dónde me alojaré si piensas vender la casa paterna y no queda ni el más mínimo hueco en la tuya?

He tocado el punto principal, hermanito, acerca del cual te informaré cuando me haya prodigado en elogios sobre lo bien que has empleado el tiempo.

Cuéntame cómo has conseguido, sólo en unas pocas semanas, unos conocimientos tan preciosos sobre cosas tan útiles e interesantes. Aun conociendo bien, como conozco, tus virtudes, confieso que nunca creí que fueras capaz de tanta aplicación y perspicacia como demuestras. Tu diario nos da testimonio de que has trabajado muy productivamente. La descripción que haces de las forjas de hierro y las fundiciones de cobre es magistral e indica profundos conocimientos en la materia. Yo también las visité, pero mis informes comparados con los tuyos resultan torpes y desmañados. Toda la carta sobre la fabricación de telas es altamente instructiva y la nota acerca de la competencia muy atinada. Hay ciertos pasajes con errores de adición, pero se trata de errores mínimos y disculpables.

Pero lo que más nos ha complacido, a mí y a mi padre, han sido tus completos conocimientos sobre agricultura y, especialmente, sobre el aprovechamiento y la mejora de los terrenos. Hemos pensado comprar una gran propiedad rústica, que ha sido embargada, y está enclavada en una comarca muy fértil. Utilizaremos el dinero que nos proporcionará la venta de la casa de tu padre, otra parte la dejaremos a rédito y otra la conservaremos. Contamos contigo para que te establezcas en la finca y dirijas las mejoras. Te puedo asegurar que, no tirando por lo alto, en algunos años puedes triplicar su valor. Entonces la venderemos, compraremos una más grande, haremos mejoras y volveremos a venderla. Tú eres el hombre indicado para ello. Como aquí en casa nuestras plumas no estarán nunca inactivas, muy pronto llegaremos a alcanzar una posición envidiable.

Y ahora, ¡salud! Disfruta de la vida durante tu viaje y visita lugares que te parezcan agradables y útiles a la vez. No te necesitamos

durante los próximos seis meses, recorre el mundo a tu capricho, que viajando es como se forma un hombre perspicaz. ¡Adiós!, me felicito por estar tan estrechamente unido a ti y por ver ahora que también nos liga el espíritu de la actividad.»

Por muy bien escrita que estuviera la carta, por muchas verdades económicas que contuviera, lo cierto es que disgustó sobremanera a Wilhelm. La alabanza que hacía de sus fingidos conocimientos estadísticos, tecnológicos y rurales era para él un secreto reproche y el ideal de felicidad de la vida burguesa que le presentaba su cuñado no lo atraía en absoluto. Un íntimo espíritu de contradicción lo impulsaba a tomar la dirección inversa. Se sintió convencido de que sólo en el teatro iba a poder alcanzar la formación a la que aspiraba. Su resolución fue reforzada, sin él saberlo, a medida que iba convirtiendo a Werner en su antagonista. El reunió todos sus argumentos y se afianzó en sus opiniones; estaba seguro de que podía presentarlas al prudente Werner bajo un aspecto muy favo-

nable.

Así fue redactada la respuesta que, acto seguido, reproducimos.

CAPÍTULO TERCERO

TU carta está tan bien escrita, tan bien desarrollada y con tal sutileza elaborada, que sería vano pretender añadirle o quitarle algo. Sin embargo, me perdonarás si te digo que se puede sostener y hacer todo lo contrario de lo que ésta expone, y seguir teniendo razón. Tu forma de ser y de pensar lleva a una riqueza ilimitada y a una forma sencilla y divertida de disfrutar, pero apenas tengo necesidad de decirte que no puedo encontrar en aquéllas nada que me atraiga.

Para empezar, he de confesarte que, a fin de complacer a mi padre, mi diario fue elaborado con ayuda de un amigo y sirviéndonos de varios libros. Por otra parte, aunque conozco algunas de las materias allí expuestas, ni las

entiendo ni intentaré hacerlo nunca. ¿Qué me importa fabricar hierro muy puro si mi corazón está lleno de escorias?, y ¿de qué me sirve administrar bien una finca si no me encuentro bien conmigo mismo?

En una palabra: el objetivo único de todos mis proyectos, ha sido vagamente, desde mi niñez, formarme tal y como yo soy. Hoy sigo manteniendo estos planes, sólo que los medios con los que cuento para llevarlos a cabo están más claros para mí. He visto más mundo del que crees, y he sacado de él más provecho del que te piensas. Presta atención a lo que te digo, aunque mis planes desentonen con tus ideas.

Si yo hubiera nacido noble, nuestra discusión terminaría aquí mismo, mas como soy un burgués, he de elegir un camino y espero que me comprendas. No sé cómo son las cosas en otros países, pero en Alemania sólo el noble puede lograr cierto desarrollo general y personal de sí mismo, por así decirlo, su formación.

El burgués puede acumular méritos, puede, en casos extraordinarios, cultivar su espíritu, pero haga lo que haga, su personalidad acabará extinguiéndose. Un noble, al vivir y moverse entre los hombres más distinguidos, tiene el deber de actuar con distinción, porque a esta distinción no se le cerrará ninguna puerta, y esta distinción se convertirá en su desenvuelta forma de ser, pues deberá aportar su persona y su figura ya sea a la corte o al ejército. Por eso tendrá razones para cuidar su persona y su figura y para mostrar que les tiene aprecio. A él le da relieve prestarle cierta graciosa solemnidad a las cosas vulgares y frivolar un poco las serias e importantes, porque así muestra el equilibrio que reina en su interior. Él es una persona pública y cuanto más elegantes sean sus movimientos, más sonora sea su voz y más moderada y circunspecta sea su persona, más cerca estará de la perfección. Si sabe ser él mismo con los grandes y con los pequeños, con los amigos y los parientes, no puede pedírsele más, no

puede desearse más de él. Que sea frío, pero sensato, disimulado, pero prudente. Si en cada momento y circunstancia es capaz de controlar sus gestos, nadie puede pedirle nada más y todo lo que pueda tener por añadidura, capacidad, talento y riqueza no puede ser valorado más que como añadidos.

Ahora imagínate cualquier burgués que aspire a obtener tales ventajas; fracasará sin remedio y será tanto más desgraciado, cuantas más capacidades e inclinaciones le haya concedido la naturaleza para este modo de vida.

Si el noble no conoce ninguna frontera en la vida común, si en todo lugar puede hacerse de él un rey o algo similar, le es lícito presentarse en todas partes sereno y aplomado, puede avanzar siempre. Por el contrario, el burgués ha de tener ante sus ojos la línea que traza la frontera que nunca se ha de aventurar a cruzar. Él no puede permitirse preguntar «¿quién eres?» sino «¿qué tienes? ¿Cuánta inteligencia, cuánta experiencia, cuánta capacidad,

cuánto patrimonio?». Si para ofrecerlo todo al noble le basta con mostrar su persona, el burgués ni ofrece nada con su personalidad ni debe ofrecerlo. Aquél puede y debe aparentar, éste tiene que ser auténtico, y si intenta aparentar resulta vulgar y ridículo. Aquél debe hacer e influir, éste debe trabajar y rendir, debe formarse en una profesión para hacerse necesario y se presupone que en su ser no hay armonía ni puede haberla, pues para hacerse útil en una faceta ha de desatender todas las demás.

De estas diferencias no son sólo responsables la presunción del noble ni la tolerancia de los burgueses, sino la forma misma de la sociedad. Si alguna vez ésta cambia o deja de hacerlo, me trae sin cuidado. En definitiva, tal y como están las cosas, he de pensar en mí mismo, y he de salvarme a mí y conseguir aquello que es para mí una necesidad indispensable.

Tengo una ineludible tendencia a aspirar

a esa formación armónica de la naturaleza que me ha negado mi nacimiento. Desde que no te veo he mejorado mi porte gracias a los ejercicios corporales, he dejado atrás algo de mi cortedad y tengo bastante desenvoltura. Igualmente he perfeccionado mi expresión hablada y mi dicción, y, sin vanidad alguna, he de decir que no desentono en reuniones sociales. No he de negarte que el impulso de convertirme en un personaje público y tener un amplio círculo de influencia se va haciendo cada día más irresistible en mí. Añade a esto mi inclinación por la poesía y por todo lo que con ella se relaciona, así como mi necesidad de formar mi espíritu y mi gusto, para que, después del goce al que no puedo renunciar, no tome otra cosa por lo bueno que lo bueno y por lo bello que lo bello. Podrás comprender que no podré encontrarlo más que en el teatro, sólo en ese elemento puedo alcanzar mi objetivo y perfeccionarme. Sobre las tablas el hombre formado brilla personalmente tanto como los hombres de las

clases altas. Allí el espíritu y -el cuerpo deben seguir el mismo compás en todos sus movimientos y puedo ser tan bueno y tan brillante como otro cualquiera. Si, además del trabajo teatral, me busco otras ocupaciones, encontraré suficientes torturas cotidianas como para ejercitar a diario la paciencia.

No intentes disuadirme, porque el paso definitivo estará dado antes que pueda recibir tu carta. Ante los prejuicios dominantes, voy a cambiar mi nombre, aunque no me avergonzaría salir a escena con el de Meister. Adiós. Nuestro patrimonio está en tan buenas manos que no me preocupo por él. Te pediré prestado lo que necesite. No será mucho, pues espero obtener suficiente sustento con el arte.»

Apenas hubo enviado la carta, Wilhelm cumplió lo prometido y, ante la gran sorpresa de Serlo y de los demás, declaró que iba a de-

dicarse a ser actor y quería firmar un contrato en condiciones aceptables. Pronto se pusieron de acuerdo, pues Serlo ya había asegurado que ni Wilhelm ni los otros tendrían problema alguno. La totalidad de la desventurada compañía fue aceptada instantáneamente, sin que nadie, salvo en cierto modo Laertes, diera la más mínima muestra de agradecimiento a Wilhelm. Al igual que exigieron sin confianza, recibieron sin gratitud. La mayoría prefirieron atribuir las razones de su nuevo empleo a Filina y fue a ella a quien dieron las gracias. Entretanto se firmaron los contratos ya elaborados. Por medio de una extraña asociación de ideas, mientras Wilhelm firmaba con su nombre artístico, su mente evocó aquel claro de bosque en que yacía herido con la cabeza sobre el regazo de Filina. Sobre un caballo blanco, apareció la bella amazona, irrumpiendo de la maleza, se aproximó a él y desmontó. Su humanidad la había hecho acercarse; finalmente estaba junto a él. La capa cayó de sus hombros; su

rostro resplandecía, su figura destacaba, pero se desvaneció. Absorto, firmó sin saber lo que hacía y, después de haber rubricado el documento, notó que Mignon, que estaba a su lado, le había tomado del brazo y había intentado con suavidad detener su mano.

CAPÍTULO CUARTO

SERLO puso restricciones a una de las condiciones que estableció Wilhelm al firmar su contrato. Éste pretendía que *Hamlet* fuera representado entero, sin recortes, Serlo se prestó a complacer su deseo, pero sólo en la medida en que fuera posible. Esto dio lugar a no pocas discusiones, pues sus apreciaciones respecto a lo posible y lo imposible y a lo que puede cercenarse de una obra sin mutilarla lastimosamente diferían mucho.

Wilhelm se hallaba todavía en la edad feliz en que es imposible admitir que la mujer

amada o el autor admirado tengan defecto alguno. Nuestra sensibilidad es ese tiempo tan delicada y está en tan armonía consigo misma, que también creemos que en nuestra amada y nuestro escritor reina tal armonía. A Serlo le gustaban mucho las adaptaciones, tal vez demasiado. Por lo general, su aguda inteligencia le hacía ver las obras de arte como un todo más o menos imperfecto. Opinaba que son muy contadas las razones que obligan a respetar escrupulosamente las obras, opinión que resultó lesiva para Shakespeare y especialmente para *Hamlet*.

Wilhelm ni quería oír hablar nada de separar el trigo de la paja.

-No se trata de separar el trigo de la paja -exclamaba-, se trata de un tronco, con ramas, con hojas, con brotes, con flores y con frutos. ¿No nace la unidad de lo diverso y por lo diverso?

A esto Serlo replicaba que a una mesa no

se sirve el árbol entero, sino que el artista ofrecía a los invitados manzanas de oro en fuentes plateadas. Se agotaban creando imágenes y sus opiniones parecían estar cada vez más lejanas entre sí.

Nuestro amigo estaba ya a punto de la desesperación, cuando Serlo, tras una larga discusión, le propuso un medio muy sencillo de llegar a un acuerdo. Le dijo que tomara una pluma y se dedicase a tachar en el drama todos los pasajes que no pudieran entrar, a fundir varios personajes en uno, y si no era suficientemente diestro para estos menesteres o le hacían sentir descorazonado, le pedía que dejara en sus manos el trabajo, pues él pronto acabaría.

-Pero una propuesta de este tipo no estaba prevista en nuestro acuerdo -replicó Wilhelm-. ¿Cómo teniendo tanto gusto artístico puede usted ser tan frívolo?

-Amigo mío. Usted acabará siendo así. Reconozco lo odioso del procedimiento que tal

vez no haya sido practicado en ningún teatro del mundo. Pero, ¿dónde hay un teatro más abandonado que el nuestro? Incluso los autores nos obligan a estas asquerosas mutilaciones y el público las tolera. ¿Cuántas obras tenemos que no sobrepasan las limitaciones de personal, decorados, ingenios teatrales, tiempo, diálogo y fuerza física del autor? Y, sin embargo, debemos representar y representar y representar. ¿No es justo que aprovechemos las ventajas que puede depararnos ofrecer obras mutiladas y no completas? El mismo público nos permite que lo hagamos. Muy pocos alemanes y quizás muy pocos hombres del conjunto de las naciones de la edad moderna tienen sensibilidad para apreciar un todo estético. Ellos alaban y censuran sólo fragmentos; ellos se fascinan, pero sólo por fragmentos, y quién puede sacar más partido de eso que el actor, pues teatro no significa otra cosa que un conjunto de porciones y retazos. -Lo es -replicó Wilhelm-, ¿pero debe seguir siéndolo? No pre-

tenda persuadirme de que tiene razón, pues ningún poder del mundo podrá hacerme respetar un contrato que firmé cometiendo el más craso de los errores.

Serlo le dio al asunto un giro humorístico y aconsejó a Wilhelm que reflexionara otra vez acerca de todo lo que había manifestado sobre *Hamlet* y buscara los medios para darle los retoques adecuados.

Después de unos días recluido en soledad, Wilhelm se dejó volver a ver; estaba radiante.

-O mucho me equívoco o he encontrado la forma justa de condensar el todo de la obra respetándolo. Estoy convencido de que Shakespeare hubiera hecho lo mismo, de no haber dirigido todo su genio al objeto principal y de no haberse dejado seducir por las narraciones en las que su creación se inspiró.

-Escuchemos- contestó Serlo, sentándose sobre un canapé-. Seré todo oídos, pero sepa que, cuanto mayor sea mi atención, más estric-

to seré en mi juicio.

-No temo la severidad -dijo Wilhelm-. Verá usted: después de recapacitar y de meditar profundamente sobre la obra, he llegado a descomponer la obra en dos partes. En la primera incluyo las grandes e íntimas relaciones de los personajes y los sucesos; y los poderosos efectos que producen el carácter y los actos de las figuras principales. Cada uno de ellos es magnífico y el orden en que han sido presentados es inmejorable. Una modificación los destruiría y una adaptación apenas es posible. Esto es lo que todo el mundo desea ver, lo que nadie osa retocar, lo que queda bien impreso en el alma, lo que, según he podido comprobar, se ha introducido en el teatro alemán. Sin embargo, creo que se ha errado al no conceder suficiente importancia a lo que está presente en el segundo aspecto que quiero tratar de la obra. Me refiero a las relaciones externas de los personajes, a quienes se hace viajar de un lado a otro, a quienes sucesos imprevistos unen y

desunen. También me refiero a personajes que pasan inadvertidos, que tan sólo son mencionados de paso cuando no se prescinde de ellos por completo. Sin duda que estos hilos son muy sutiles e incluso débiles, pero forman el entramado de la obra, y creo que ésta quedaría hecha pedazos y se echaría a perder si se cortaran los hilos, aunque se respetasen los extremos que aquéllos unen. En este grupo de acontecimientos exteriores situó los desórdenes en Noruega, la guerra con el joven Fortimbrás, la embajada enviada al viejo tío, la discordia apaciguada, la expedición del joven Fortimbrás a Polonia y su regreso. Igualmente incluyo la vuelta de Horacio procedente de Wittenberg, el deseo de Hamlet de volver allí, el viaje de Laertes a Francia, su vuelta, el envío de Hamlet a Inglaterra, su cautiverio por los piratas, la muerte de los dos cortesanos a consecuencia de la carta de Urías. Todas estas serían circunstancias buenas para alargar una novela, pero perjudican extremadamente la unidad de

la obra y resultan defectuosas, especialmente en la que nos ocupa, pues su protagonista carece de plan.

-Da gusto escucharle decir esto -exclamó Serlo.

-No me interrumpa usted -repuso Wilhelm-. Que no siempre va a poder alabarme. Estas faltas son como los puntales provisionarios de un edificio que no se pueden retirar sin sustituirlos por un sólido muro. Mi propuesta es respetar las grandes situaciones que he indicado en primer término, no tocarlas ni en su conjunto ni en detalle; y en cuanto a los motivos exteriores incluidos en el segundo grupo, esos motivos aislados, desordenados y molestos suprimirlos en su totalidad y sustituirlos por un solo motivo único.

-Y, ¿cuál será ese motivo único? -inquirió Serlo, abandonando su actitud de reposo.

-Ese motivo único lo encontramos en la misma obra, pero haré de él un uso convenient-

te. Se trata de los desórdenes de Noruega. Verá usted mi plan. A la muerte del viejo Hamlet los recién conquistados noruegos empiezan a alborotarse. El gobernador destinado en Noruega envía a Dinamarca a su hijo Horacio, antiguo compañero de estudios de Hamlet, que se ha distinguido entre todos por su valor y su talento, con la intención de acelerar el equipamiento de la flota que se lleva a cabo con excesiva lentitud por lo dado a los placeres que es el nuevo rey. Horacio conocía al viejo rey, pues tomó parte en la última batalla que éste libró y había gozado de su favor; de esta manera la primera aparición del espectro no saldrá perdiendo. El nuevo rey recibe inmediatamente en audiencia a Horacio y envía a Laertes con la misión de anunciar que la flota partirá en breve, mientras Horacio se encarga de activar el armamento de la flota. La madre de Hamlet no permite que su hijo embarque con Horacio como era su deseo.

-Gracias a Dios que nos hemos librado

de Wittenberg y de la Universidad, que siempre me habían resultado un obstáculo - exclamó Serlo-. Me parece muy bien su invención, pues al espectador le basta imaginarse a Noruega y a la flota, únicos objetos invisibles, todo lo demás lo ve, todo pasa ante sus ojos, mientras que antes su imaginación era transportada por todo el mundo.

-Sin esfuerzo va a comprender ahora cómo he recompuesto la trama restante. Cuando Hamlet revela a Horacio el crimen de su padrastro, éste le recomienda que vaya a Noruega con él, se gane el favor del ejército y con las armas en la mano vuelva a Dinamarca. Como Hamlet se hace demasiado peligroso para el rey y la reina, no tienen otro medio de desprenderse de él que mandarlo en la flota y encargar a Rosenkranz y a Guldenstern que vigilen sus movimientos y, como entretanto regresa Laertes, envían también a seguir sus huellas a este joven que no retrocede ni ante el asesinato. La flota queda detenida por vientos

contrarios y Hamlet vuelve. Su visita al cementerio puede justificarse fácilmente. Es imposible prescindir del encuentro con Laertes sobre la tumba de Ofelia, pues es circunstancia indispensable. El rey estimará que lo mejor es desembarazarse inmediatamente de Hamlet. Se convocará una fiesta de despedida, en ella se celebrará la fingida reconciliación con Laertes y luego habrá un torneo en el que competirán Hamlet y Laertes. La obra no puede terminar sino con cuatro cadáveres; no puede quedar libre nadie. Al ponerse de nuevo en vigor el derecho a sufragio del pueblo, Hamlet da moribundo su voto a Horacio.

-¡Pronto! -repuso Serlo- ¡Manos a la obra! La idea tiene mi plena aprobación, pero que su interés por ella no decaiga.

CAPÍTULO QUINTO

WILHELM llevaba ya mucho tiempo ocupado en la traducción de *Hamlet*, apoyándo-

se para ello en el inteligente trabajo de Wieland, quien lo había introducido en Shakespeare. Lo que omitió aquél lo completó nuestro amigo. Gracias a ello, él contaba con una traducción completa cuando se puso de acuerdo con Serlo para la adaptación de la obra. Comenzó a cortar y a arreglar, a separar y a reunir, a trasponer y a restituir, pues, aunque estaba satisfecho de su idea, no dejaba de temer que, al ponerla en práctica, echara a perder el original.

Tan pronto como hubo acabado, se la leyó a Serlo y al resto de la compañía. Se mostraron muy satisfechos, especialmente Serlo hizo varias valoraciones favorables.

-Usted ha comprendido correctamente que en ésta se dan circunstancias externas que deben ser presentadas con más sencillez de lo que lo hizo el gran poeta. Aquello que ocurre fuera del teatro, aquello que no ve el espectador, aquello que se debe imaginar es como un fondo ante el que actúan las figuras dramáticas. Hará mucho bien a la obra la grandiosa y senci-

lla perspectiva de Noruega y la flota. Si se prescindiera de ésta, la obra quedaría reducida a un drama íntimo y no se representaría con toda la dignidad que merece la gran idea de una dinastía real que perece por el parricidio y el desorden. Por otra parte, dejando el fondo, si éste fuera desordenado y confuso, se resentiría extraordinariamente la impresión que deben producir las figuras.

Wilhelm volvió a tomar partido por Shakespeare, haciendo notar que el gran autor escribía para los habitantes de una isla acostumbrados a ver fondos de barcos y de travesías navales, la costa de Francia y los corsarios, y que para ellos es algo común y corriente lo que a nosotros nos turba y confunde.

Serlo hubo de darse por convencido e incluso coincidió en la apreciación de Wilhelm de que, desde el momento en que la obra se trasladaba al teatro alemán, el fondo grave y sencillo a la vez estaría más en armonía con el carácter de nuestra nación.

La distribución de los papeles estaba ya hecha: Serlo se encargó del de Polonio, Aurelia del de Ofelia, Laertes del de su nombre, un joven recién ingresado en la compañía, rechoncho y despierto del de Horacio. El problema vino con los personajes del rey y el espectro, pues sólo se disponía de un solo actor para representarlos, el viejo gruñón. Serlo propuso al pedante como rey, Wilhelm protestó rotundamente. No se acababa de tomar una decisión.

Wilhelm había dejado presentes en su adaptación los dos papeles de Rosenkranz y Guldenstern.

-Por qué no los reduce a uno? Es una operación muy sencilla -preguntó Serlo.

-¡Dios me libre de hacer reducciones que atentan contra el sentido y el efecto! Lo que son esos dos personajes no puede ser representado por uno. En esas pequeñeces se muestra la grandeza de Shakespeare. ¿Cómo podrían estar reunidas en un solo hombre esa presentación rastrera, ese servilismo, esas reverencias, esa

falsa conformidad, esas adulaciones, esa solemnidad vacua, esa acendrada superchería, esa incapacidad? En lugar de dos personajes deberíamos tener doce si pudiéramos contar con ellos, porque únicamente en sociedad son algo, porque ellos son la sociedad y Shakespeare fue discreto y sabio al hacer aparecer así a dos representantes. Además para mi adaptación necesito de un dúo que contrasta con el bueno y excelente Horacio.

-Comprendo lo que quiere decir -dijo Serlo- y sabremos valernos. Daremos uno de esos papeles a Elmira (así se llamaba la hija mayor del viejo gruñón); no importa que sea tan bonita, yo sé vestir y arreglar las muñecas para dejarlas hechas un primor.

Filina, a la que se había asignado el papel de reina en la pequeña comedia, estaba radiante de júbilo.

-Representaré mi papel con naturalidad -decía- cómo se casa una con toda prontitud por segunda vez, después de haber amado extraor-

dinariamente al primero. Espero obtener el más rotundo de los aplausos y todo hombre deseará ser el tercero.

Aurelia hizo un gesto de desagrado ante estas palabras; su antipatía hacia Filina aumentaba día a día.

-Es una verdadera pena -dijo Serlo- que no tengamos un ballet. En ese caso habríamos hecho un *pas de deu* con sus maridos primero y segundo, en el que el viejo se quedaría dormido con la música. Sus pies y sus pantorrillas harían un magnífico efecto en el teatro.

-De mis pantorrillas sabe usted muy poco -replicó Filina con arrogancia-. En cuanto a mis pies -dijo mientras se quitaba las elegantes pantuflas y las colocaba junto a Serlo-, ahí le dejo sus estuches, le desafío a que encuentre unos con más gracia que éstos.

-Cierto -exclamó Serlo, examinando las bellas zapatillas-, es difícil encontrar algo más primoroso.

Fueron encargadas hacer en París, y eran

un regalo que Filina había recibido de la Condesa, la cual tenía fama de tener unos pies muy bonitos.

-Es un objeto encantador -dijo Serlo-. Mi corazón palpita con más fuerza al mirarlo.

-¡Vaya entusiasmo! -dijo Filina.

-No hay nada superior a un par de zapatillas tan bien hechas. Mas el ruido que hacen resulta todavía más encantador que su forma.

Las recogió y las dejó caer varias veces sobre la mesa.

-Pero, ¿qué está haciendo? Devuélvame-las.

-Debo decir -dijo Serlo con fingida modestia y guasona seriedad- que nosotros, los solteros, que solemos pasar las noches solos, y, como los demás hombres, sentimos temor y en las tinieblas suspiramos por compañía, sobre todo en las posadas y en los lugares extraños, donde uno no se encuentra del todo bien, nos sentimos muy confortados cuando una joven de buen corazón nos presta compañía y apoyo.

Es de noche, estamos en la cama, se siente un leve ruido, temblamos, se abre la puerta y oímos una agradable vocecita, algo se desliza, las cortinas se cierran, caen las zapatillas, ¡clip!, ¡clap! y ¡ya no se está solo! ¡Qué ruido tan delicioso el de las zapatillas al caer al suelo! Cuanto más finas son, más delicadamente suenan. Por mucho que me hablen de la filomela, del murmullo de los arroyuelos, del susurro de la brisa, y de todo lo que suena y hace eco, yo me quedo con el ¡clip!, ¡clap! ¡Clip!, ¡clap!, es el mejor tema para un rondó que vuelve y vuelve una y otra vez a empezar de nuevo.

Filina le quitó las zapatillas y dijo:

-¡Cómo las ha dado de sí!, ahora me vienen anchas. Luego se puso a jugar con ellas, frotando las suelas una contra otra.

-¡A que se calientan! -dijo posando una de las suelas sobre su mejilla y tendiéndosela a Serlo después de haberlas frotado de nuevo.

Fue momentáneamente tan ingenuo que quiso sentir el calor.

-¡Clip, clap! -gritó Filina dándole dos zapatillazos a Serlo, que intentó protegerse con la mano.

-Ya le enseñaré yo a hablar con más propiedad de mis zapatillas -dijo Filina riendo.

-Y yo -dijo Serlo- le enseñaré a tratar a los hombres maduros como a niños.

Y, dando un salto, se abalanzó sobre ella y le robó varios besos que supo recibir fingiendo resistencia. Durante la lucha sus largos cabellos se soltaron, las sillas rodaron por el suelo y Aurelia, ofendida por aquellos desmanes, se levantó y se marchó irritada.

CAPÍTULO SEXTO

AUNQUE en la nueva adaptación de *Hamlet* algunos personajes habían sido suprimidos, quedaban tantos, que los miembros de la compañía apenas se bastaban para llevarlos a escena.

-Si seguimos por estos derroteros -dijo

Serlo-. El apuntador tendrá que abandonar la concha, subir a escena y recitar un papel.

-Más de una vez he admirado su labor -
repuso Wilhelm.

-No creo que haya un colaborador más útil que él -dijo Serlo-. Ningún espectador lo ha oído nunca, sin embargo, nosotros no perdemos ni una sílaba. Ha conseguido crear una voz especial para realizar su cometido; es como un genio que cuchichea cuando lo necesitamos. Conoce qué parte de su papel se ha aprendido bien el actor e intuye por adelantado dónde fallará su memoria. Ha habido ocasiones en que yo apenas había leído mi papel y gracias a él he salido airoosamente del paso. Sin embargo, tiene caprichos que a nadie, aparte de él, le permitiría: toma tanto interés por la obra que, sin dar el tono declamatorio a los pasajes poéticos, los apunta con intensa emoción. Esta rareza suya hizo que me quedara atrancado el otro día al recitar.

-También a mí -dijo Aurelia-. Con otra de

sus extravagancias me puso en un aprieto en una escena muy comprometida.

-Cómo son posibles estas extravagancias en un hombre tan escrupuloso -preguntó Wilhelm.

-En algunos pasajes -continuó Aurelia- se siente tan afectado, que llora amargas lágrimas y hay momentos en los que pierde el juicio, y este efecto no es producido en él por los momentos poéticos, sino por los bellos. Esos pasajes que a nosotros nos producen mucho placer, pero que miles de personas no advierten.

-Y, ¿cómo es que con esa delicada sensibilidad no se dedica a la representación?

-Una voz ronca y un cuerpo rígido lo excluyen de la escena, su naturaleza hipocondríaca lo aleja de la sociedad -respondió Serlo-. ¡ Cuánto me he esforzado en intentar acostumbrarlo a mis hábitos! Todo ha sido en vano. Lee admirablemente, como yo no le he oído leer a nadie; nadie como él sabe distinguir los leves matices que hay entre la declamación

y el recitado lleno de afectación.

-¡Estupendo! -exclamó Wilhelm-. ¡Estupendo!, ya tenemos al actor que debe recitar el papel del rudo Pirro.

-Hay que sentir la pasión que usted siente para tener siempre presente el mismo objetivo -repuso Serlo.

-Realmente estaba muy preocupado -reconoció Wilhelm- con la perspectiva de suprimir toda una escena cuya ausencia dejaba totalmente paralizada la obra.

-Pero no estoy de acuerdo con eso -replicó Aurelia.

-Espero que no tardará en darme la razón -dijo Wilhelm- Shakespeare persigue de los actores un doble fin. Al principio llama mucho la atención que el hombre que recita la muerte de Príamo le produzca tan fuerte impresión al príncipe. Él excita la conciencia todavía indecisa del joven y así esta escena es preludio de aquella en la que la pequeña comedia hace tan hondo efecto sobre el rey.

Hamlet se siente avergonzado al oír la declamación del actor y se siente muy conmovido por un dolor que se finge, así el relato de éste le da pie para intentar provocar el mismo efecto en la conciencia de su padrastro. ¡Qué admirable monólogo cierra el segundo acto! ¡Cómo me gusta recitarlo: «¡Oh! ¡Qué miserable! ¡Qué vil esclavo soy! ¿No es monstruoso que ese comediante, sirviéndose de su fábula y de un sueño pasional, se haya apoderado de su alma hasta el punto de que su rostro pierda el color? Los ojos los tiene llenos de lágrimas, los ademanes extraviados, la voz entrecortada. Todo su ser está inundado de un sentimiento, y todo ello para nada. ¡Por Hécuba! ¿Qué es Hécuba para él y él para Hécuba para que lllore así por ella?».

-¡Qué difícil será que nuestro hombre se presente en escena! -dijo Aurelia.

-Será preciso que lo vayamos convenciendo poco a poco. Durante el ensayo puede leer las escenas. Le haremos creer que espera-

mos al actor que representará el papel y veremos cómo nos las arreglamos.

Después de ponerse de acuerdo al respecto, la conversación giró en torno al espectro. Wilhelm no acababa de decidirse a dar el papel del rey al pedante para que el viejo gruñón pudiera representar al espectro, y opinaba que tal vez sería lo más apropiado esperar la llegada de algunos comediantes que habían anunciado su venida, pues tenía la esperanza de encontrar entre éstos al actor adecuado.

Se puede imaginar cómo sería su sorpresa cuando recibió, dirigido a él, pero a la atención de su apodo artístico, el siguiente billete escrito con extraños caracteres:

«Atraviesas un período de gran confusión, joven. Apenas si encuentras personas para tu *Hamlet*, y mucho menos espectros. Tu empeño merece que se haga un milagro. No está en nuestras manos hacerlos, pero ten confianza, en el momento oportuno el espectro aparecerá. No necesitamos respuesta, pues ya

conoceremos tu decisión.»

Con esta extraña hoja se acercó a casa de Serlo, que la leyó y la releyó, le aseguró con gesto de preocupación que se trataba de un asunto grave y que había que pensar muy seriamente la conveniencia de aceptar o no aquella ayuda. Discutieron mucho sobre el asunto. Aurelia estaba tranquila y sonreía de cuando en cuando. Pero algunos días después, como volvió a hablarse de lo mismo, dejó entrever que a su juicio la carta era una broma de Serlo. Aconsejó a Wilhelm que se serenara y esperara pacientemente al espectro.

Serlo estaba de un humor inmejorable, pues los actores que debían cesar en la compañía representaban cada vez mejor para que luego se notara más su falta. Por otra parte la nueva compañía suscitaba la curiosidad general lo que presagiaba una gran venta de entradas.

No había dejado de ejercer efecto sobre Serlo su contacto con Wilhelm. Hablaba con

más frecuencia que antes de arte, pues al fin y al cabo era alemán y a los alemanes les gusta darse cuenta de lo que hacen. Wilhelm transcribía gran parte de las conversaciones sostenidas con Serlo, y como estos apuntes no carecen de interés, y por otra parte, no nos es lícito interrumpir frecuentemente nuestro relato, prescindiremos de momento de ellos, pero nos comprometemos a ofrecerlos en otra ocasión a aquellos lectores que deseen conocerlos.

Una noche Serlo mostraba un especial contento al hablar del papel de Polonio y de su interpretación del mismo.

-Le prometo que voy a encarnar un Polonio ideal. Donde sea necesario, sabré fingir calma y aplomo, en otras ocasiones ligereza o gravedad, amenidad y pesadez, relajamiento y alerta, picardía cordial y sinceridad engañosa. Quiero pintar, quiero representar con exactitud maravillosa a ese medio pícaro, a ese tuante de cabellos venerables, sencillo, paciente, atento a los hechos. Lo conseguiré con unas

pinceladas toscas que me aportará nuestro magnífico autor. Quiero hablar como un libro cuando piense lo que diga y como un tonto cuando esté de buen humor. Seré vulgar cuando hable con gente chabacana y astuto para saber cuando la gente se burla de mí. He hecho muy pocos papeles que me produzcan más placer y me regocijen más que éste.

-¡Ojalá pudiera esperar tanto del mío! -dijo Aurelia-. Me falta juventud y delicadeza para adaptarme a ese personaje. Sólo sé algo por desgracia; el sentimiento que enloquece a Ofelia nunca me abandonará.

-Creo que nos tomamos los papeles demasiado literalmente -afirmó Wilhelm-. De mí puedo decir que el deseo de hacer una creación del papel de Hamlet me ha extraviado extremadamente en el estudio que he llevado a cabo de la obra. Cuanto más estudio ni papel, tanto más me doy cuenta de que mi persona no reúne ni un solo rasgo de la fisionomía que Shakespeare quiso darle a Hamlet. Al reflexio-

nar lo sostenido y lo coherente que es el papel apenas me considero capaz de hacer una pasable representación del mismo.

-Lo veo a usted muy concienzudo en el comienzo de su nueva carrera -repuso Serlo-. El actor desempeña su papel como puede y el papel se amolda al actor. ¿Cómo pintó Shakespeare a su Hamlet? ¿Difiere usted tan profundamente de él?

-En primer lugar, Hamlet era rubio -contestó Wilhelm. -Eso se llama adivinar -dijo Aurelia-. ¿Cómo ha llegado a concluirlo?

-Como danés y nórdico debía ser rubio y de ojos azules. -Cree usted que Shakespeare pensó en ello?

-No lo determina expresamente en su obra, pero se trata de algo que encuentro implícitamente en diversos pasajes de la misma. El duelo lo fatiga, corre el sudor por su rostro y la reina dice: «está gordo», dejad que tome resuello». ¿No es esto indicio de que era rubio por ser corpulento? Es difícil que un moreno

en su juventud sea corpulento. Por otra parte su melancolía incierta, sus tenues desvaríos, su indecisión inquieta, ¿no son cualidades de un hombre rubio? ¿No serían algo en absoluto impropio de un hombre esbelto y moreno, al cual siempre le podremos atribuir la resolución y la actividad?

-Me arruina usted mi imaginación - exclamó Aurelia-. No quiero saber nada de ese Hamlet tan obeso. No nos muestre usted un príncipe tan corpulento. Dénos cualquier *qui-proquo* que nos atraiga y conmueva. La intención del autor no nos interesa tanto como nuestro disfrute, pues siempre reclamamos una satisfacción que sea homogénea con nuestro ser.

CAPÍTULO SÉPTIMO

UNA noche sostuvieron una discusión muy importante, a saber: ¿cuál de entre los dos géneros merecía preferencia: el drama o la no-

vela?. Serlo pensaba que la discusión era ociosa, pues ambos en su modalidad podían ser excelentes siempre que se mantuvieran dentro de los límites que le corresponden a su género.

-No me encuentro con suficiente autoridad para emitir una opinión -dijo Wilhelm.

-¿Es que hay alguien con suficiente competencia? -dijo Serlo-. Sin embargo, es un tema que merece la pena reflexionar.

Hablaron mucho en uno u otro sentido y finalmente el resultado de la discusión fue el siguiente:

En la novela y en el drama vemos representados la naturaleza y la acción humana. La diferencia de ambos tipos de poesía no radica meramente en la forma externa: en que en uno los personajes hablan y en el otro sus hechos son narrados. Desgraciadamente hay muchos dramas que no son más que novelas dialogadas y no sería imposible escribir un drama por medio de cartas.

En la novela deben ser preferentemente

representados sentimientos y sucesos, en el drama los caracteres y la acción. La novela debe seguir una marcha lenta, los sentimientos del protagonista deben retrasar, de la forma que sea, el desenlace del conjunto para que pueda presentarse su desarrollo. El drama debe acelerar los acontecimientos, y la presentación del carácter del personaje central debe estar orientado hacia el fin de la obra y sólo ceñido al mismo. El héroe novelesco ha de ser pasivo o por lo menos no muy activo, sin embargo, al héroe dramático se le exigen acción y eficacia. Grandison, Clarisa, Pamela el Vicario de Wakefield y Tom Jones son personajes, si no pasivos, sí de desarrollo lento y, en cierto modo, todos los sucesos se adecuan a sus sentimientos. En el drama nada se ajusta al héroe, al contrario, todo se opone a él, y el héroe vence los obstáculos o sucumbe ante ellos.

También se pusieron de acuerdo en que en la novela puede haber lugar para el azar, siempre que éste sepa plegarse a las intenciones

de los personajes, mientras que sólo en el drama tiene cabida el destino, que arrastra a los hombres, sin que éstos pongan nada de su parte, a una catástrofe imprevista, por medio de circunstancias exteriores e incoherentes. Y es que el azar puede producir muchas situaciones patéticas, pero nunca trágicas, mientras que el destino debe ser terrible, haciéndose en su última expresión trágico, cuando confunde, en mezcla fatal, actos inocentes y culpables independientes entre sí.

Estas consideraciones condujeron a los interlocutores a hablar del magnífico drama *Hamlet* y de sus características. El héroe en el fondo no tiene más que sentimientos. Los sucesos lo guían y arrastran, y por eso en cierto modo la obra presenta un desarrollo moroso propio de la novela. Mas, como es el destino el que traza el plan, pues la obra arranca con un hecho horrible, y el héroe se ve constantemente impulsado a la realización de un hecho horrible, de ello resulta un drama eminentemente

trágico que no admite más desenlace que el trágico.

Iba a tener lugar la lectura de los papeles, acto que a Wilhelm le parecía una solemnidad. De antemano había reunido todos los manuscritos, para que no hubiera ninguna duda. Como todos los lectores estaban familiarizados con la obra, se limitó a considerar ante ellos la importancia del ensayo leído. Al igual que se le exige a todo músico que sepa improvisar, tocar al primer golpe, así todo actor, y todo hombre instruido, debe ejercitarse en leer a primera vista, apropiándose del carácter de un drama, de un poema, de una historia, para, asimilando sus rasgos fundamentales, la exponga con familiaridad. De nada sirve aprenderse de memoria una obra si el actor no se ha imbuido del espíritu y el sentido del buen escritor, la letra por sí misma no puede producir nada.

Serlo aseguró que en todos los ensayos restantes no iba a ser exigente, si la lectura de papeles resultaba satisfactoria.

-Por regla general resulta cómico oír a los actores hablar de sus estudios. Los que lo hacen me recuerdan a los masones hablando de sus trabajos.

La lectura salió a pedir de boca y se puede decir que la fama y la rentabilidad de la compañía se debían en general a estas lecturas, por regla general cortas, pero efectivas.

-Ha sido buena idea -dijo Serlo a Wilhelm- hablar tan seriamente con nuestros colegas, aunque no deje de temer, al mismo tiempo, lo difícil que será el cumplimiento de sus deseos.

-¿Por qué?

-He observado que, si es sencillo conmover la imaginación de los hombres y contarles historias que escuchen con placer, es difícil, muy difícil encontrar en ellos imaginación productiva. Esto salta a la vista entre los comediantes: todos ellos aceptan contentos un papel brillante y honroso, pero por regla general se limitan a colocarse en el papel del héroe, sin pre-

ocuparse mucho por saber si se les tomará por tal héroe. Saber apoderarse del pensamiento del autor, saber dónde deben prescindir de su individualidad para desempeñar un papel con acierto, saber que, gracias a la íntima veracidad y a la ilusión del juego escénico, las tablas se convierten en templo y esos lienzos en bosque, es una cualidad concedida a muy pocos. Quién tiene esta fortaleza interior del espíritu, por la que se actúa sobre la imaginación del público, esa verdad ficticia que produce la ilusión? No nos preocupemos demasiado del espíritu y del sentimiento. El medio más seguro consiste en explicarles a nuestros amigos la letra, y abrirles el entendimiento. De este modo el que tiene facultades tiende enseguida a encontrar la expresión ingeniosa y sentida, y quien no las tiene, al menos no trabaja en falso. Pero tanto en el teatro como en otras partes no he encontrado nada más carente de sentido que exigir espíritu sin previamente haber comprendido la letra.

CAPÍTULO OCTAVO

WILHELM llegó muy puntual al ensayo y se encontró solo en las tablas. Le sorprendió el local y evocó en su mente los recuerdos más singulares. El decorado, que representaba un bosque y un pueblo, era idéntico a uno situado en el teatro de su ciudad natal durante un ensayo celebrado una mañana, en el que Mariana le reveló vivamente su amor y le prometió la primera noche de felicidad. Las casas de labranza que se veían en el decorado eran muy similares a las que se podía uno encontrar en el campo. La luz real del sol entraba por una ventana entreabierta, iluminando una parte de un banco mal fijado cerca de la puerta, desgraciadamente aquella luz no iluminaba, como entonces, el seno y el regazo de Mariana. Wilhelm tomó asiento, su pensamiento fue inundado por la idea de la enorme similitud y creyó presentir que no tardaría en ver a su antigua amante en aquel lugar. Pero no, no fue así, no se trataba

nada más que del decorado de un sainete, de esos que tan de moda estaban a la sazón en Alemania.

Estando sumido en estos pensamientos, fue perturbado por la llegada de los restantes actores, que iban acompañados de dos aficionados al teatro que lo saludaron con entusiasmo. Uno de ellos estaba allí por su admiración a madame Melina, al otro le gustaba realmente mucho el teatro, ambos eran tan correctos que cualquier compañía los querría tener por seguidores. Era difícil distinguir si su conocimiento sobre el teatro era mayor que su amor por él. Lo amaban demasiado para conocerlo bien; sin embargo, lo conocían suficientemente como para valorar lo bueno y rechazar lo malo. Pero gracias a su apasionamiento tomaban lo mediocre por pasable, y el gran placer con el que disfrutaban de lo bueno iba más allá de lo que se pudiera expresar. Lo mecánico les alegraba, lo ingenioso les fascinaba y su simpatía por el teatro era tal, que incluso un ensayo par-

cial les ilusionaba. Los defectos no eran para ellos sino algo lejano y los aciertos los sentían como enormemente próximos. Sus excursiones favoritas consistían en ir de las bambalinas al patio de butacas y del patio de butacas a las bambalinas. Su lugar de estancia favorita eran los camerinos. Su ocupación más asidua era retocar la indumentaria, la caracterización, los movimientos, la acción, la dicción y la declamación de los actores. La conversación que más les entusiasmaba era la referida a los efectos de la obra. Su empeño constante por mantener al actor alerta, lleno de acción y de exactitud y hacer por él algo útil o agradable y, huyendo de la prodigalidad, darle de vez en cuando algún gusto a la compañía. Eran los únicos a los que se les había concedido el derecho a asistir a las lecturas y a los ensayos. En lo tocante a *Hamlet*, su opinión no estaba en todo de acuerdo con la de Wilhelm; en algunos pasajes accedió a ciertas modificaciones, pero en la mayoría de las ocasiones mantuvo su posición. En general este

intercambio de opiniones contribuyó a la formación de su gusto. Él hizo ver a estos amigos lo mucho que los apreciaba y ellos se atrevieron a presagiar que estas colaboraciones marcarían el comienzo de una nueva época del teatro alemán.

La presencia de estos dos hombres en los ensayos era muy útil. Ellos convencieron a los actores de que, ya en el ensayo, los gestos y las acciones tenían que guardar la concordancia que debían lograr en la representación y que todo debía funcionar como un engranaje mecánico gracias a la práctica. En el ensayo de una tragedia había que cuidar que no se hiciera ningún gesto impropio y vulgar con las manos. Les resultaba especialmente repulsivo que un actor inhalara rapé durante un ensayo, lo cual puede comprometer el éxito de la obra, pues llegado el momento, es más fácil que durante la representación se acuerde más del rapé que de la escena que tiene que recitar. También afirmaban que nadie debía ensayar calzando botas

si durante la representación iba a llevar zapatos. Sin embargo, nada les resultaba más fastidioso que ver a las mujeres esconder sus manos por entre los pliegues de su falda durante un ensayo.

También los consejos de estos hombres tuvieron otro buen efecto: que los protagonistas masculinos hicieran instrucción marcial.

-Siendo tan habituales los papeles militares -decían-, es lamentable que, para representarlos, titubeen por el escenario hombres sin el más mínimo adiestramiento vestidos con uniforme de capitán o de mayor.

Wilhelm y Laertes fueron los primeros que se imbuyeron de la disciplina de un suboficial, continuando para ello sus ejercicios de esgrima con mucho esfuerzo.

Éste era el gran empeño que ponían los dos hombres en el perfeccionamiento de la compañía tan felizmente organizada. Se preocupaban de procurarle una futura satisfacción al público que de vez en cuando criticaba su

desmesurada afición. No se podía ponderar en su justa medida todo lo que se les debía, especialmente por su insistencia en recordarles a los actores que debían hablar alto y con claridad. En este punto hallaron más resistencia y peor disposición de las esperadas. La mayoría pretendía ser escuchados tal como hablaban y muy pocos se esforzaron en hacerlo de manera que se los pudiera oír. Algunos atribuyeron el fallo a la acústica del local, otros dijeron que no podían gritar si debían hablar con naturalidad, sosiego o dulzura.

Nuestros aficionados, que poseían una paciencia indecible, intentaron por todos los medios a su alcance deshacer este equívoco y vencer la obstinación de los recalcitrantes. No ahorraron ni razones ni lisonjas y al final lograron su objetivo, para lo que les resultó muy útil el ejemplo que daba Wilhelm. Nuestro amigo les suplicó que se situaran en los rincones más apartados de la sala y que, cuando no entendieran perfectamente lo recitado, golpearan en los

asientos con una llave. Él vocalizaba muy bien, declamaba con mucha propiedad, iba subiendo paulatinamente el tono y éste nunca se hacía excesivo y se convertía en grito en los pasajes más intensos. Los golpes de llave cada vez se escuchaban con menos frecuencia durante los ensayos, los actores se fueron sometiendo gracias a este procedimiento y todo hizo suponer que la obra, una vez que estuviera suficientemente ensayada, podría ser escuchada en todos los rincones del teatro.

Este ejemplo muestra muy bien cuánto gustan los hombres de intentar conseguir sus objetivos siguiendo sus propios caprichos, cuánta necesidad hay de hacerles comprender lo que cae por su propio peso y qué difícil es para el que aspira a obtener algo tener una idea de las condiciones previas de su propósito, sin cuyo cumplimiento su objetivo no es posible.

CAPÍTULO NOVENO

SE continuaban haciendo los preparativos propios de los decorados y el vestuario, así como de todo lo que fuera necesario. En ciertas escenas y algunos pasajes, Wilhelm tenía ciertas manías singulares, a las cuales Serlo cedía, ya fuera por respeto al contrato, ya fuera por espíritu de conciliación, o porque esperaba ganarse su complacencia y así poder utilizarlo para sus propios fines.

Así quiso que, en la primera audiencia, cuando el rey y la reina apareciesen sentados en sus tronos, Hamlet estuviera en medio de ellos.

-Hamlet -decía él- debe comportarse con serenidad; sus negras vestimentas lo hacen destacar de entre todos. Él quiere ocultarse más que mostrar notoriedad. Sólo cuando haya acabado la audiencia, cuando el rey le hable como a un hijo suyo, entonces, no antes, deberá adelantarse y la escena seguirá su curso.

También dio lugar a no pocos problemas los retratos a los que tan violentamente hace alusión Hamlet en la escena con su madre.

-Los quiero bien visibles, de tamaño original y colgados al fondo, a ambos lados de la puerta principal. La figura del viejo rey debe ir perfectamente armada como va el espectro. Este cuadro debe colgar del lado del que más tarde aparecerá el citado espectro. Quiero que la figura representada adopte con la mano derecha un gesto de mando, que esté ligeramente vuelta y mire por encima del hombro, de tal manera que sea idéntico en su postura al espíritu cuando éste salga por la puerta. El efecto será espléndido si, en ese momento, Hamlet contempla la aparición mientras la reina mira el retrato. El padrastro aparecerá en el cuadro vestido con galas reales, pero menos suntuosas.

También tocaron otros puntos de los que tal vez en otro momento tengamos ocasión de hablar.

-Sigue usted irreductible? -preguntó Serlo-. ¿Se empeña en que Hamlet muera al final?

-Cómo puedo dejarlo con vida si toda la obra tiende a hacerlo morir? Este detalle ya lo

hemos discutido suficientemente.

-Pero el público desea que viva.

-Que el público me pida algo diferente, pues aquí es imposible complacerlo. También desearíamos que un buen y apuesto muchacho, aquejado de una enfermedad crónica, prolongue la vida y no lo conseguimos. La familia llora y jura contra el médico que no ha podido salvarlo, pero tan imposible es para el médico luchar contra la fatalidad de la naturaleza como para nosotros vencer la evidente necesidad del arte. Es una equivocada condescendencia invocar en el público los sentimientos que quiere sentir, no los que debe sentir.

-El que paga tiene derecho a exigir que la mercancía sea de su gusto.

-Hasta cierto punto. El gran público merece respeto, pero sería difamarlo tratarlo como a un niño incauto al que se quiere sacar dinero. Si poco a poco se le va administrando los sentimientos de lo bello y lo bueno, dejará su dinero con doble placer, porque ni el enten-

dimiento ni la razón misma le podrán hacer ningún reproche por ello. Se le puede lisonjear como a un niño bueno, lisonjearlo para mejorarlo, para ilustrarlo en un futuro, no como se adula a los poderosos y los ricos, para sacar provecho del error que cometen.

Trataron algunos asuntos más relativos a la cuestión de qué había que modificar en la obra y qué debía dejarse intacto. Interrumpiremos aquí el tema, pero tal vez sometamos de nuevo esta adaptación de *Hamlet* al juicio de aquellos lectores interesados en el particular.

CAPÍTULO DÉCIMO

YA habían acabado el ensayo general, que había durado muchísimo tiempo. Sin embargo, Serlo y Wilhelm todavía tenían motivos de preocupación, pues, aun habiendo empleado muchos días en los preparativos, todavía se había aplazado la ultimación de muchos deta-

lles.

Por ejemplo, los retratos de los reyes no se habían acabado todavía y la escena de Hamlet y su madre, de la que esperaban un gran efecto, resultaba aún insignificante, con motivo de las ausencias del espectro y su retrato. Serlo bromeando al respecto, decía:

-Realmente nos vamos a encontrar en una situación difícil si seguimos sin encontrar al espectro, obligando a los guardias al a repartir cuchilladas y mandobles sobre el aire, y si nuestro apuntador se ve obligado a suplir al espectro.

-No perdamos la confianza en ese desconocido y fabuloso amigo que nos ha prometido llegar aquí en el momento justo y así sorprender a nuestros espectadores.

-Sin duda que me sentiré muy contento -dijo Serlo-si conseguimos representar la obra mañana, pues nos está costando muchos más esfuerzos de los que suponía.

-No habrá nadie que se sienta más feliz

que yo de que la obra se represente mañana -repuso Filina-, a pesar de lo indiferente que me deje mi papel. Pero escuchar durante tiempo hablar de lo mismo, cuando lo único que va a salir de ello es una representación, que, como cien otras será olvidada, aviva intensamente mi impaciencia. ¡Por Dios, no se compliquen tanto la vida señores! Los invitados a un banquete ponen mil faltas a los platos que se les han servido una vez que se han levantado de la mesa, a quien les oye hablar en su casa les parece increíble que hayan podido resisitir el suplicio de tal comida.

-Permítame que utilice ese argumento para ponerlo a mi favor, preciosa niña -replicó Wilhelm-. Piense usted en todo lo que la naturaleza, el arte, el comercio y la industria tienen que llegar a conseguir en conjunto y en colaboración para que se celebre un banquete. ¿Cuántos años ha tenido que pasar el ciervo en el bosque y el pez en el río hasta que sean dignos de ser servidos en nuestra mesa y cuánto tiem-

po han de permanecer la señora de la casa y la cocinera para prepararlos? ¡Con cuánta serenidad y cuánta complacencia se habla a los postres de las penalidades del viñador que vive en tierras lejanas, del marino y del tabernero como si todas éstas fueran lo más natural del mundo! Pero, ¿deberán por ello dejar de trabajar estos hombres, será justo que dejen de elaborar y preparar lo que habitúan?, ¿debe dejar el dueño de la casa de reunir cuidadosamente todos estos esfuerzos y ofrecer los productos de éstos a sus huéspedes, porque al fin y al cabo el placer que obtendrán será pasajero? Pero en realidad no hay ningún placer pasajero, pues la impresión que deja sí es duradera, y todo aquello que se hace con trabajo y esfuerzo transmite al espectador una fuerza secreta, de la que no se puede saber cuál es su alcance.

-A mí todo eso me da igual -observó Filina-, aunque todo ello me muestre que los varones están siempre en contradicción consigo mismos. A pesar de toda la certeza que cree

tener usted de no mutilar al gran escritor, usted ha renunciado a la mejor idea de la obra.

-A la mejor? -exclamó Wilhelm.

-A la mejor y al pensamiento preferido de Hamlet. -¿Y cuál es éste? -inquirió Serlo.

-Si usted tuviera una peluca -respondió Filina-, se la quitaría con toda elegancia, pues considero muy preciso que alguien le abra el entendimiento.

Todos se pusieron reflexivos y la conversación cesó. Se levantaron, era ya muy tarde y muchos dieron a entender que era hora ya de recogerse. Durante los momentos de indecisión, Filina empezó a entonar una canción con gracia y ternura.

No entonéis cantos luctuosos
sobre noche y soledad.

No, pues el canto se hizo
con fraternal intención.

La mujer fue dada al hombre
como su mejor mitad,
la noche es para la vida
su parte principal.

¿Acaso os alegra el día
que a la alegría da fin?
¡ Como mucho nos distrae!
De sí no da mucho más.

Sin embargo, por la noche,
al declinar de la luz,
las bocas se van buscando
para compartir amor.

Cuando el muy díscolo niño,
travieso y respondón,
con un pequeño juguete
encuentra serenidad,

cuando el ruiseñor dedica

al amante su canción,
que para el desesperado
es un lamento fatal,

¿no es como una cordial lluvia
las campanas y el din-don
que tocan a medianoche
y son promesa de paz?

Por eso en mí abrigo,
una honda convicción:
si el día es para la pena,
la noche es para el placer.

Hizo una leve reverencia cuando acabó, a lo que Serlo pronunció un energético bravo. De un salto salió de la estancia y alejóse sonriendo. Se oyó cómo bajaba las escaleras marcando sonoramente los pasos con sus tacones.

Serlo pasó a la habitación contigua. Aurelia, que permaneció un rato en pie junto a Wilhelm, le dio a éste las buenas noches y le dijo.

-¡Cuánto me fastidia todo esto!, ¡me desagrada hasta lo más íntimo de mi ser! Esa combinación de pestañas negras con cabello rubio que a mi hermano le parece tan encantadora a mí me parece detestable. La cicatriz que tiene en la frente me resulta repugnante, se me antoja algo lleno de abyección; no puedo verla sin que sienta deseos de alejarme. Acaba de contar en tono de broma, que su padre, siendo ella niña, le lanzó un plato a la cabeza, de lo que le ha quedado una marca. Está marcada en los ojos y la frente y eso hace aconsejable cuidarse de ella.

Como Wilhelm no decía nada, ella prosiguió, aparentemente con más inquina aún.

-¡Me parece tan odiosa, que me resulta impensable dirigirle una palabra afectuosa o de cortesía! Y, sin embargo, es muy zalamera. Quisiera que nos desembarzáramos de ella. También usted siente cierta inclinación por esa cria-

tura, amigo mío, y le brinda atenciones que me duelen profundamente, pues lindan con una estima que, por Dios, ella no merece.

-A pesar de su forma de ser, a ella le debo agradecimiento -repuso Wilhelm-. Sin duda alguna, su conducta es censurable, pero debo hacer justicia a su carácter.

-¿A su carácter? -exclamó Aurelia-. ¿Cree usted que criatura semejante puede tener carácter? ¡Hombres, qué bien os conozco! ¡Esas son las mujeres que os merecéis!

-¿Me tiene usted bajo sospecha, amiga mía? Puedo hacerle una relación minuciosa de cada minuto que he pasado a su lado.

-Bueno, bueno. No regañemos más, es ya muy tarde. Todos como uno solo, uno solo como todos. Buenas noches, amigo mío. Buenas noches, mi bella ave del paraíso.

Wilhelm preguntó de dónde procedía aquel honorífico título.

-En otra ocasión lo explicaré -respondió Aurelia-. Se dice que no tienen patas, que van

flotando por el aire y que se alimentan de éter. Sin embargo, esto es un cuento, una ficción poética. Buenas noches, tenga felices sueños si es que puede.

Se fue a su cuarto y dejó a solas a Wilhelm, que se encaminó hacia el suyo.

Durante el trecho que recorrió se sintió enfadado. Lo había herido el tono de Aurelia tan jocoso como duro, se sentía muy afectado por ese trato tan injusto. Él no podía hacer a Filina objeto de tanta antipatía y tanta hostilidad. ¿Qué le había hecho ella a él? Sin embargo, no sentía ninguna inclinación por ella y lo podía decir orgullosa y decididamente.

Estaba a punto de empezar a desnudarse, a ir a su lecho y a correr sus cortinajes, cuando, para su asombro, vio dos zapatillas de mujer ante su cama, una estaba puesta sobre la puntilla, la otra descansaba sobre la suela. Eran las zapatillas de Filina, que él conocía muy bien, también creyó ver cierto desorden entre los cortinajes por lo que parecía entrever que al-

quien se movía entre ellos; el permaneció en pie con la mirada fija.

Un nuevo estremecimiento de su alma, que él interpretó como un fastidio, le hizo no poder respirar, y después de una pausa pasa resollar, dijo resueltamente:

-¡Levántese Filina! ¿Qué está haciendo usted ahí? ¿Dónde están su prudencia y sus buenos modales? ¿Quiere usted que mañana seamos la comidilla de toda la casa?

Nada se movió.

-No estoy bromeando -continuó-. Este tipo de mascaradas me resultan muy desagradables.

No hubo sonido ni movimiento alguno.

Decidido e irritado se dirigió hacia la cama y rasgó el cortinaje.

-Levántese o me marcho y no vuelvo a mi cuarto en toda la noche.

Con gran sorpresa comprobó que su cama estaba vacía, con la ropa y la almohada en su sitio. Buscó y rebuscó pero no encontró ni un

solo rastro de aquel diablejo. Ni bajo la cama, ni bajo la estufa, ni en los armarios. Siguió buscando con encono, un espectador malicioso hubiera juzgado que buscaba para hallar.

No pudo conciliar el sueño. Colocó las zapatillas sobre la mesa, fue de un lado a otro, se quedó en algún momento apoyado en la mesa; un genio burlón, que estuvo observándolo, asegura que pasó gran parte de la noche con aquellos preciosos estuches entre manos, que estuvo mirándolos, examinándolos y que jugó con ellos. Al amanecer se arrojó vestido sobre su lecho y durmió presa de estas extrañas fantasías.

Estaba durmiendo todavía cuando Serlo entró en su cuarto y exclamó:

-¿Aún en la cama? Esto no puede ser. Le he estado buscando por el teatro donde tanto nos resta por hacer.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

LAS horas de la mañana y de la tarde se diluyeron con rapidez. La sala estaba ya llena y Wilhelm corrió para vestirse. No sintió tanto placer al ponerse su traje como la primera vez que lo hizo, pero hubo de ponérselo para no hacerse esperar. Cuando llegó ante las mujeres en el vestíbulo del vestuario, todas gritaron al unísono que ninguno de los detalles de su atavío estaba en su lugar: que si el plumero se alzaba en un punto indebido, que si la hebilla del cinturón estaba excesivamente corrida... Todas empezaron a descoser, a prender, a componer y a ultimar. La orquesta ya empezaba a ejecutar la obertura, mientras Filina corregía la posición de la gorguera y Aurelia se empeñaba en modificar los pliegues de su capa.

-Déjenme, cierto desaliño en mi caracterización de Hamlet le vendrá muy bien al personaje.

Las mujeres no lo dejaron en paz y continuaron con el arreglo. La obertura había termi-

nado y la obra ya estaba en marcha. Se miró al espejo, caló más hondo su sombrero y dio mayor intensidad a su maquillaje.

En aquel momento, alguien entró precipitadamente y dijo: -¡El espectro, el espectro!

A lo largo del día Wilhelm no había tenido tiempo de acordarse de si el espíritu iba a venir o no. Ya no tenían por qué inquietarse, pues podían contar con aquel extraño artista invitado. El director de escena se presentó pidiendo el arreglo de ciertos detalles. Wilhelm apenas pudo mirar al espectro. Se acercó al trono, donde el rey y la reina, rodeados de sus cortesanos, brillaban con todo su esplendor. Tan sólo escuchó las últimas palabras del discurso de Horacio que parecía muy turbado por la aparición del espectro y casi olvidó su papel. El telón intermedio subió y Wilhelm pudo ver ante sí la sala llena. Después de que Horacio hubiera acabado su parlamento y el rey lo hubiera despedido, se dirigió a Hamlet y, como si se presentara ante el príncipe, le dijo:

-El diablo debe estar bajo esa armadura.
Nos ha aterrado a todos.

Entre bastidores sólo se veía a dos hombres de buen tamaño con capas y capuchas blancas y Wilhelm, que creía haber equivocado su primer monólogo por la confusión, intranquilidad y zozobra reinante, a pesar del vivo aplauso con que había sido despedido su primer mutis por el foro, continuó como cohibido durante la dramática y terrible escena de la noche de invierno. Sin embargo, consiguió reponerse y recitó con una acertada distancia su pasaje sobre el gusto de los nórdicos por los festines y la bebida. Se olvidó, al igual que los espectadores, del espectro, por eso tembló de veras cuando oyó decir a Horacio:

-¡Mirad!, ¡ahí viene!

Wilhelm giró energicamente su cuerpo. La noble y gigantesca figura del espectro, sus pasos leves e imperceptibles, sus movimientos ligeros a pesar de su pesada armadura, produ-

jeron en nuestro amigo tal impresión que sólo pudo decir con dificultad:

-¡Ángeles y espíritus celestiales, protegédnos!

Miró con fijeza al espectro, tomó resuello y comenzó el parlamento dirigido a él con tanta turbación, con voz tan entrecortada y con tal tono de dolor, que el arte más maravilloso no hubiera podido interpretar la escena con tanta perfección.

La traducción que había hecho de este pasaje favoreció su declamación. En su opinión las palabras del pasaje expresaban de manera única el estado de un alma sorprendida y aterrada por el espanto.

-Seas un buen espíritu o un maldito trasgo, traigas contigo los aromas celestiales o los vapores del infierno, sea buena o mala tu procedencia, tu apariencia es noble y por eso te hablo, te llamo. Hamlet, rey y padre, respóndeme.

Se hizo sentir el efecto producido en el público. El espectro hizo una seña y el príncipe lo siguió en medio de la más cerrada ovación.

La escena varió. Cuando Hamlet y el espectro llegaron a la plaza más solitaria del casti- llo, éste último se detuvo y giró tan brusca e inesperadamente, que Hamlet se encontró a menos distancia de él de la conveniente. Picado por la curiosidad, Wilhelm quiso ver a través de la rejilla de la visera cerrada del yelmo, mas sólo pudo distinguir dos ojos hundidos y una nariz bien formada. Contemplándolo con temor, quedó inmóvil pero al salir del yelmo los primeros sonidos de una voz agradable aunque algo ronca que dijo: «Soy el espectro de tu padre», Wilhelm retrocedió algunos pasos y el público se estremeció. La voz le pareció familiar a todo el mundo y el propio Wilhelm creyó notar cierta similitud con la voz de su propio padre. Sus impresiones, sus recuerdos singulares, el deseo de descubrir quién era aquel extraño personaje así como el temor de ofenderlo

le hacían ir de un lado a otro. Durante el largo parlamento del espectro, Wilhelm cambió de postura tan frecuentemente, se sintió tan irresoluto y tan perplejo, tan atento y tan distraído a la vez, que su juego escénico excitó la admiración general, al igual que el espectro provocara gran ansiedad. Éste hablaba más con un profundo sentimiento de disgusto que de lamentación, pero se trataba de un disgusto lleno de espíritu, lento e inmenso, era como el desfallecimiento de un alma noble, que aun habiendo sido separada de todo lo terreno, arrastra consigo un enorme pesar. Finalmente el espectro desapareció pero de forma sorprendente: un velo gris y transparente que salió del abismo lo envolvió y pareció llevarlo bajo tierra.

Aparecieron entonces los amigos de Hamlet e hicieron el juramento sobre su espada. El viejo topo trabajaba tanto bajo tierra, que estuvieran donde estuvieran, siempre escuchaban bajo sus pies: «Jurad», y ellos como si el suelo ardiese bajo sus plantas iban de un lado a

otro. También, allí donde paraban, surgían pequeñas llamaradas del suelo que aumentaban el efecto dramático y producían el efecto más intenso que pudiera imaginarse en el espectador.

La obra continuó sin ninguna incidencia, todo iba saliendo bien, el público mostraba su satisfacción y los actores iban ganando a cada momento en fuerza y confianza.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

CUANDO cayó el telón, resonaron vivos aplausos en todos los rincones y extremos de la sala. Los cuatro cadáveres regios se levantaron y se abrazaron de alegría. Polonio y Ofelia salieron de sus sepulcros y tuvieron el placer de oír el gran aplauso que se dedicaba a Horacio que había salido a escena para anunciar futuras actuaciones. No querían que

anunciase otra obra y exigían la repetición de la obra recién representada.

-Hemos triunfado -exclamó Serlo-, pero no quiero escuchar valoraciones serias hoy, pues nos dejaríamos llevar por la primera impresión. No se debe llevar a mal que un actor en ` sus estrenos prodigue la circunspección y la reserva.

Llegó el taquillero que le trajo una buena recaudación.

-Hemos tenido un buen debut - exclamó- y este primer éxito nos va a dar alas. ¿Dónde está la cena prometida? Hoy tenemos que damos un buen festín.

Habían acordado que seguirían vistiendo sus trajes de escena para celebrar una fiesta juntos. Wilhelm se había ocupado de reservar un local y Madame Melina de encargarse la comida.

Un cuarto que servía de taller a unos pintores había sido perfectamente adecentado y en él se había dispuesto un lienzo cuya mi-

tad representaba un jardín y cuya otra mitad representaba un corredor con columnas. Al penetrar en la estancia la compañía fue cegada por el brillo de varias lámparas que se filtraba a través del vapor de perfumes, los cuales no se habían economizado. Dichas lámparas estaban colocadas sobre una bien adornada y servida mesa. Las exclamaciones de los comediantes celebraron el gusto de los preparativos, acto seguido, se sentaron solemnemente. Parecían una familia real del mundo de las musas. Wilhelm se sentó entre Aurelia y Madame Melina, Serlo entre Filina y Elmira. Nadie estaba descontento ni de sí mismo ni de sus compañeros de mesa.

Los dos aficionados al teatro, que también se encontraban allí, aumentaron la satisfacción de la compañía. Durante la representación habían estado varias veces entre bambalinas y les decían a los actores que no tenían palabras para expresar su entusiasmo y el del público. Entrando luego en detalles, elo-

giaron mucho la buena labor de cada uno de los artistas en la representación de sus respectivos papeles.

Con viveza increíble elogiaron cada uno de los méritos de la representación y resaltaron un pasaje tras otro. El apuntador, que se ocultaba modestamente en un extremo de la mesa, fue muy elogiado por su interpretación del feroz Pirro; no se pudo alabar más la escena del reto a muerte de Hamlet y Laertes; la pena de Ofelia había sido bella y sublime en todas sus expresiones; ¿para qué hablar de la interpretación de Polonio?; cada actor disfrutó del placer de ser elogiado y de oír elogios dedicados a sus compañeros.

También el ausente espectro mereció sus alabanzas. Había declamado su papel con una voz excelente y había hablado con un gran sentido. Mas, sobre todo, se ponderaba que parecía perfectamente al tanto de todo lo que había ensayado la compañía. Se había asemejado muchísimo al cuadro que lo representaba,

y los aficionados alababan profundamente el estremecimiento que había causado en el público haber visto pasar por delante del cuadro su viva imagen. Además la realidad y la apariencia se habían mezclado por un momento tan perfectamente, que parecía que la reina no estaba viendo más que una sola figura. En este sentido se felicitó efusivamente a Madame Melina por haberse quedado con la vista fija en el cuadro cuando Hamlet señalaba abajo al espectro.

Intentaron averiguar cómo y por dónde se había escapado el espectro y se supo, gracias al director de escena, que habían penetrado en el teatro dos figuras humanas vestidas con capa y capuchas blancas por una puerta trasera que de ordinario quedaba condenada por los decorados, pero que aquella noche había quedado franca por la necesidad que tenían de utilizar la sala gótica. Estas dos figuras eran tan iguales entre sí que apenas si se

diferenciaban y era presumible que al final del tercer acto se hubieran marchado.

Serlo alabó especialmente en él que no se hubiera lamentado patéticamente sobre todo en un pasaje concreto en el que había mostrado un rasgo que convenía mejor a una personalidad heroica que pretendía enardecer a su hijo. Wilhelm lo había retenido en la memoria y prometió copiarlo.

En la alegría del banquete, nadie echó en falta a los niños y al viejo arpista hasta que hicieron su entrada en la sala. Penetraron en ella juntos y curiosamente ataviados y creando una agradable impresión. Félix tocaba el triángulo, Mignon la pandereta y del viejo colgaba su pesada arpa que iba tañendo mientras avanzaba. Dando vueltas a la mesa interpretaron varias canciones. Se les dio de comer y los congregados creían propiciar un placer a los niños dándoles todo el vino dulce que quisieran, pues los miembros de la compañía no iba a dejar de abrir las botellas de este delicio-

so néctar que hicieran falta. Botellas que esta noche les habían sido regaladas y mandadas traer en varios cestos por los dos aficionados al teatro. Los niños continuaron saltando y cantando y especialmente estaba Mignon más contenta de lo que se la había visto nunca. Tocaba la pandereta con toda la delicadeza y gracia posibles, bien pasando las yemas de los dedos sobre el parche, bien con el dorso de la mano, bien con los nudillos para imprimir diversos ritmos, bien golpeando el instrumento contra sus rodillas y su cabeza. Otras veces hacía sonar sólo las anillas metálicas y así conseguía sonidos sorprendentes del más sencillo de los instrumentos. Después de haber alborotado mucho, tomaron un asiento que había quedado vacío, justo el que estaba enfrente del que ocupaba Wilhelm.

-¡Fuera de ese asiento! -exclamó Serlo-, que permanezca vacío para que sea ocupado por el espectro. Si éste se decide a venir podría ocurrirnos una desgracia.

-Yo no lo temo -contestó Mignon-. Si viene nos levantaremos, pero no nos hará daño, es mi tío.

Nadie entendió aquellas palabras salvo aquellos que sabían que la niña llamaba «el gran diablo» a su supuesto padre.

Los miembros de la compañía se miraron entre sí, confirmando la sospecha de que Serlo sabía quién había asumido el papel del espectro. Se siguió bromeando y bebiendo y, de cuando en cuando, las muchachas miraban asustadas por detrás de la puerta.

Los niños que, sentados sobre un sillón, destacaban sobre el nivel de la mesa como un grupo de polichinelas en un guiñol, comenzaron así a representar una obra. Mignon remedaba perfectamente la voz gangosa y todos golpeaban sus cabezas entre sí de tal modo, que parecían auténticos títeres. Mignon disfrutaba a rabiar y los actores que al principio rieron hubieron de parar el excesivo celo de los

coscorriones. Las invitaciones a detenerse fueron desoídas por la niña, que abandonó su asiento y empezó a dar saltos dando vueltas a la mesa y tocando la pandereta. Al echar sus brazos y su cabeza atrás con sus cabellos al viento, parecía una ménade cuyos salvajes y casi imposibles movimientos nos sorprenden al verlos representados en monumentos antiguos.

Todos fueron excitados por el talento de los niños y el ruido que armaban. Por eso intentaron contribuir como pudieran al disfrute de la compañía. Las mujeres cantaron algunos cánones, Laertes imitó al ruiseñor y el pedante dio un concierto *pianissimo* con la trompa. Los compañeros de mesa emprendieron todo tipo de juegos, en los que unas manos golpeaban contra otras y se rozaban, entre algunas parejas no faltaron muestras de ternura esperanzada. Madame Melina no escondía sus preferencias por Wilhelm. La noche estaba ya avanzada y Aurelia, la única que todavía conservaba

algún dominio sobre sí misma, se levantó e instó a todos a recogerse.

Como despedida Serlo ofreció a sus comediantes un número de fuegos artificiales, pues sabía imitar con la boca, con gran habilidad el ruido de los cohetes, los petardos y las girándulas. Con que cerrasen los ojos, obtendrían la ilusión pretendida. Todo el mundo se levantó, los caballeros ofrecieron sus brazos a las damas y acompañaron a éstas a sus habitaciones. Wilhelm salió el último en compañía de Aurelia. En la escalera les salió al paso el director de escena, quien les dijo:

-He aquí el velo que ha usado el espectro. Lo dejó en la trampa cuando desapareció. Allí lo hemos encontrado.

-¡Singular reliquia! -dijo Wilhelm tomándolo.

En ese instante sintió que alguien lo asía por el brazo izquierdo, era Mignon, quien, oculta, le había dado un mordisco en dicho

miembro. Hecha la hazaña, pasó corriendo por delante de él y desapareció.

A poco de salir al aire libre los comediantes se dieron cuenta de que habían comido muchos excesos aquella noche. Sin despedirse, cada uno se fue por su lado.

En cuanto llegó a su habitación, Wihelm se desvistió y con una luz tenue se apresuró a meterse en la cama. Cuando parecía que el sueño lo tenía dominado, un mido procedente de la estufa le hizo ponerse en alerta. Entonces su fantasía comenzó a configurar la evocación del espectro del rey con su coraza. Se incorporó para hablar con el rey y, entonces, unos brazos lo estrecharon tiernamente, sus labios fueron sellados por un enardecido beso y su pecho sintió el roce de unos pechos que no tuvo valor para rechazar.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

AL día siguiente Wilhelm sintió pesadez de cabeza y se encontró solo en el lecho. La cabeza acusaba el tráfago de vapores de la noche anterior que todavía no habían sido disipados. Por otra parte le intrigaba quién le había hecho aquella visita nocturna. La primera sospecha recayó en Filina, aunque no le parecía su cuerpo el que había abrazado aquella noche. Nuestro amigo había acabado durmiéndose junto a la extraña que, si bien le prodigó ardientes caricias, no despegó los labios y desapareció sin dejar rastro. Él saltó del lecho y mientras se vestía, observó que la puerta, cuyo cerrojo solía correr todas las noches, estaba sólo entornada. No pudo recordar si la había cerrado o no la noche anterior.

Sin embargo, lo más asombroso de todo fue encontrar sobre su cama el velo del espectro. Él lo había traído consigo y probablemente lo había dejado allí. Era un pañuelo de gasa gris en cuya orla había bordada la siguiente

inscripción en negro: «Por primera y última vez: huye joven, huye.»

Nuestro héroe quedó perplejo sin llegar a intuir qué significaba aquello.

En aquel momento entró Mignon con el desayuno. Wilhelm quedó sorprendido y aterrado por el aspecto de la muchacha. Parecía haber crecido aquella noche y avanzó hacia él tan erguida, con tanta distinción y con tanta severidad en la mirada, que él hubo de bajar la suya. Ella ni lo rozó, aunque habitualmente lo besara en la mejilla, en la boca o en el hombro, y después de haberlo colocado y limpiado todo, se marchó silenciosa.

La compañía tenía ensayo aquel día. Se reunieron los cómicos a la hora señalada, pero sin ganas de trabajar, pues todavía duraban los efectos del festín nocturno. Wilhelm hubo de recurrir a toda su fuerza de ánimo para no contravenir los principios que él había predicado. Su gran práctica lo ayudó en la empresa, demostrando otra vez que la experiencia y la

costumbre llenan en el arte las brechas que con frecuencia abren en él el genio y el capricho.

También pudo evidenciarse en el ensayo que no se debe dedicar una fiesta al comienzo de una actividad que se vaya a convertir en nuestra profesión y nuestra forma de vida. Únicamente se debe celebrar lo que ha acabado felizmente, porque las fiestas celebradas al principio agotan el deseo, matan las energías que provocan entusiasmo y acaban con lo que nos apoya para una labor constante. De entre todas las fiestas la más inapropiada es la del banquete del matrimonio, pues nada debiera ser celebrado con más reserva humildad y esperanza que éste.

Transcurrió perezosamente el día que a Wilhelm le pareció el más hermoso de su vida. Durante la noche los actores en lugar de charlar animadamente, como lo hacían con frecuencia, bostezaban: el interés que les despertaba *Hamlet* se había agotado y todos opinaban que era muy fastidioso tener que representarlo

por segunda vez. Wilhelm mostró el velo del espectro y de ello se dedujo que éste no volvería a venir. Serlo, que parecía muy al tanto de las intenciones del misterioso personaje, era de esta opinión. Sin embargo nadie pudo explicar las palabras: «Huye, joven, huye.» Realmente no era presumible que Serlo pudiera estar de acuerdo con un individuo que tendía con su extraño consejo a arrebatarse al mejor de sus actores.

Hubo necesidad de confiar el papel del espectro al viejo y el del rey al pedante. Ambos declararon que lo sabían ya, y era natural que lo supiesen, pues habían sido tantos los ensayos y las discusiones sobre este papel, que cualquiera de los actores hubiera podido encargarse de cualquier papel que no fuera el suyo. El ensayo fue muy rápido y, cuando todos emprendían el camino a casa, Filina le susurró a Wilhelm al oído:

-Necesito ir a por mis zapatillas, ¿no irás a echar el cerrojo?

Wilhelm llegó a su casa hondamente afectado por estas palabras, pues con ellas se hacía más probable que la visitante hubiera sido Filina, nosotros nos vemos obligados a compartir esta opinión, especialmente porque no podemos descubrir las razones que lo hacían dudar y le hacían abrigar otra extraña sospecha. Paseaba intranquilo de un lado a otro de su habitación y todavía no se había decidido a echar el cerrojo.

En esto llegó Mignon al cuarto, se abrazó a él y le dijo:

-Meister, salva la casa, se está quemando.

Wilhelm corrió a la puerta, se vio envuelto en una espesa nube de humo que bajaba por la escalera. En la calle se oían los gritos que anunciaban el fuego y el arpista bajaba corriendo la escalera casi sin aliento, atravesando la nube de humo y llevando consigo su instrumento. Aurelia salió apresuradamente de su cuarto y puso a Félix en manos de nuestro amigo:

-¡Salve al niño! -exclamó-, que nosotros nos ocuparemos de lo demás.

Wilhelm, que no consideró muy inminente el peligro, quiso penetrar hasta el foco del incendio con la esperanza de sofocarlo. Confió el niño al anciano y le instó a que bajase con la mayor rapidez posible por la escalera de piedra que conducía al jardín pasando por debajo de una bóveda y esperase allí con los niños. Mignon tomó una luz para iluminarle el camino al arpista. Wilhelm le pidió a Aurelia que, siguiendo ese camino, salvara sus efectos. Él se lanzó a través del humo, pero se expuso al peligro en vano. Las llamas parecían proceder de la casa contigua, habían hecho pasto de la madera del suelo y de una pequeña escalera. Otras personas que habían acudido a apagar el incendio sufrían como él los efectos del humo y las llamas. El les conminaba a que mantuvieran el coraje y les pedía que le trajeran agua, los animó diciéndoles que poco a poco vencerían a las llamas y les

prometió que estaría en todo momento con ellos. En ese momento apareció Mignon gritando:

Meister, ¡salva a tu Félix! ¡El anciano se ha vuelto loco!, ¡quiere matarlo!

Wilhelm, sin pensárselo ni un momento, bajó precipitadamente por la escalera y Mignon lo siguió pisándole los talones.

En los últimos escalones, que conducían a la bóveda del jardín, se detuvo horrorizado. Unos gruesos haces de paja allí acumulados ardían, despidiendo brillantes llamas. Félix estaba tumbado en el suelo y gritaba, el viejo con la cabeza gacha estaba apoyado sobre la pared.

Qué haces, desgraciado? -exclamó Wilhelm.

El viejo permaneció callado, Mignon, que, entretanto, había tomado en sus brazos a Félix, lo llevó hasta el jardín. Wilhelm intentaba sofocar el fuego separando los haces entre sí, lo que aumentó la viveza del fuego. Final-

mente con las pestañas y el cabello chamuscados hubo de huir hasta el jardín, arrastrando por entre las llamas al arpista, que, con su barba quemada, se empeñaba en no seguirlo.

Wilhelm se apresuró a buscar a los niños, a los que encontró sobre el umbral de un pequeño pabellón de recreo situado a cierta distancia de la casa. Allí Mignon trataba por todos los medios de tranquilizar al pequeño. Wilhelm lo sentó sobre su regazo, lo acarició, les preguntó, pero no pudo conseguir de ninguno de los dos niños una palabra coherente.

Mientras tanto, el fuego se había apoderado de muchas casas y su resplandor se difundía por todos los alrededores. Wilhelm examinó al niño ayudado por el resplandor de las llamas, no encontró en él señales de heridas, ni de sangre, ni de contusiones. Lo palpó por muchas partes de su cuerpo para comprobar si había en ellas rastro de dolor y se fue tranquilizando al respecto. Entretanto empezó a admirarse de las llamas y a disfrutar de có-

mo se iban incendiado de forma ordenada e imparable las vigas y los cabrios.

Wilhelm ya no se acordaba de todas sus ropas y de todos los objetos de valor que podría haber devorado el incendio; sintió intensamente lo importante que eran para él aquellas dos personitas que estaban junto a él y que se habían librado del peligro del fuego. Con este nuevo sentimiento estrechó al pequeño contra su pecho y también quiso abrazar a Mignon con ternura, pero ésta lo rechazó suavemente, tomó su mano y la mantuvo entre sus dedos.

-Meister -le dijo (nunca lo había llamado hasta aquella noche por su apellido; los primeros días lo había llamado «señor» y después «padre»)- nos hemos librado de un gran peligro, tu Félix estaba a punto de morir.

Después de intercambiar muchas palabras, Wilhelm supo que el arpista al llegar a la bóveda del jardín, le arrebató a la niña la luz y prendió la paja. Acto seguido arrojó al niño al

suelo, con extraños gestos tomó al niño por la cabeza y sacó un cuchillo como si fuera a inmolarlo. La niña se había abalanzado sobre él, le quitó el cuchillo, había gritado y uno de los muchos que estaban intentando sacar objetos de la casa y depositarlos en el jardín había salido de la casa y le había prestado ayuda. Sin embargo, debido a la gran confusión reinante, éste hubo de dejar solos al viejo y al niño.

Dos o tres casas estaban totalmente consumidas. El incendio que había prendido en la bóveda hacía imposible que nadie pudiera salvarse por aquella salida. Wilhelm estaba preocupado por sus amigos y bastante menos por sus efectos personales. No se atrevió a dejar solos a los niños y veía que el desastre crecía en proporciones.

Pasó varias horas de tremenda angustia. Félix se había dormido sobre sus rodillas y Mignon, sentada a su lado, le estrechaba la mano. Al final consiguieron dominar el incen-

dio. Los edificios abrasados se desplomaron. Amaneció un nuevo día, los niños empezaron a temblar y a él mismo, vestido con un atuendo muy ligero, le resultaba casi irresistible el rocío. Pasando sobre montones de escombros, condujo a los niños a un sitio lleno de rescoldos, donde hallaron un agradable calor.

Con la llegada del día, fueron reuniéndose poco a poco los amigos y conocidos. No habían ocurrido desgracias personales ni nadie había perdido sus efectos, incluso habían salvado el baúl de Wilhelm.

Serlo a eso de las diez convocó a todos para un ensayo de *Hamlet*, al menos de las escenas en las que había cambios de actores. Todavía tuvo Serlo algunos problemas con la policía. Las autoridades religiosas pretendían que después de este castigo de Dios que había caído sobre la ciudad, el teatro permaneciera cerrado. Frente a éstas, Serlo opinaba que, tanto para compensarle por las pérdidas que había tenido aquella noche, como para serenar

los ánimos, era más precisa que nunca la representación de una obra interesante. Prevaleció esta última postura y la sala de teatro registró un lleno. Los actores representaron con ardor y con más libertad pasional que la primera vez. Los espectadores, más proclives a la emoción por la horrible experiencia nocturna y alentados por la angustia de un día desolador para tener una noche llena de diversión, estaban mucho más receptivos para lo no habitual. La mayoría de los espectadores eran nuevos y habían venido atraídos por el éxito de la obra y no podían hacer comparaciones con la representación de la noche anterior. El viejo gruñón interpretó el papel de espectro siguiendo el modelo del desconocido y el pedante tuvo igualmente muy en cuenta la actuación de su predecesor. Contribuyó a su éxito su escualidez. Hamlet no erraba al llamarlo rey andrajoso a pesar de su manto de púrpura y su esclavina de armiño.

Probablemente no se sentó en aquel trono nadie tan singular como él. Sus compañeros, especialmente Filina, se mofaron de la nueva dignidad que había adquirido, a lo que él replicó que el Conde, un entendido donde los hubiera, le había predicho este éxito y muchos más. Filina le recomendó humildad y se ofreció a empolvarle las mangas para que no olvidara nunca aquella noche triste junto al palacio y así llevase la corona con más modestia.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

HUBO necesidad de buscar alojamientos a toda prisa, lo que diseminó mucho a la compañía. Wilhelm se había quedado prendado del pabellón de recreo del jardín donde había pasado la noche. Consiguió fácilmente las llaves y se instaló en éste. Como la nueva morada de Aurelia era muy pequeña, él hubo de llevarse

consigo a Félix y, por otra parte, Mignon no quería separarse del niño.

El niño ocupó un cuarto muy bonito en el primer piso y él se estableció en la sala de la planta baja. Los niños durmieron plácidamente, pero él no pudo conciliar el sueño.

Junto al encantador jardín, iluminado magníficamente por la luna llena que acababa de salir, estaban las tristes ruinas que todavía despedían humo. El aire era suave y la noche extraordinariamente bella. Al salir del teatro, Filina le había dado con el codo y le había susurrado algunas palabras que él no había entendido. Estaba confuso y fastidiado y no sabía lo que podía esperar o hacer. Los últimos días Filina lo había estado esquivando y sólo esta noche le había hecho una señal. Desgraciadamente la puerta que debía dejar abierta estaba quemada y las zapatillas se habían consumido. No sabía cómo la bella podría acceder al jardín si lo deseaba. No de-

seaba verla y, sin embargo, hubiera querido tener una explicación con ella.

Pero, más que nada lo apesadumbraba la suerte del arpista, a quien no había vuelto a ver. Wilhelm temía que al llevarse a cabo los trabajos de desescombro se encontraran los restos del viejo. Wilhelm ocultó ante los demás su sospecha de que había sido el viejo el responsable del incendio. Sospechas que él basaba en haberlo encontrado viniendo del sótano que ya estaba ardiendo y en la desesperación que sintió en la bóveda del jardín que a él le pareció consecuencia de su participación en aquella catástrofe. Sin embargo, según la investigación de la policía, lo más probable es que el fuego procediera de otra casa situada dos edificios más allá y que el fuego se hubiera difundido por los tejados.

Wilhelm estaba pensando acerca de todo esto sentado en un cenador cuando escuchó los pasos de alguien que andaba por uno de los paseos del jardín. Por los cantos tristes que

entonaba, reconoció al arpista. La canción, que pudo entender con claridad, era el intento de consuelo de un desgraciado que se acercaba a la locura. Desgraciadamente Wilhelm sólo pudo retener la última estrofa.

Me acercaré a las puertas,
sereno esperaré
a que Pan tome mi mano,
y el camino seguiré.
Que se sientan muy felices
si me ven aparecer,
quizás me lloren algunos
la verdad, no se por qué.

Cuando estaba cantando esta parte de la estrofa, llegó a la puerta del jardín que daba a una camino apartado. Como estaba cerrada, él pretendió escalar la verja, pero Wilhelm lo hizo detenerse hablándole con dulzura. El viejo le pidió que le abriera la puerta porque quería huir y tenía que hacerlo. Wilhelm le hizo

presente que podría salir del jardín, pero no de la ciudad y le recordó que, si daba ese paso, se iba a convertir en un sospechoso; pero fue en vano. El viejo persistió en su empeño, Wilhelm no cedió y se lo llevó consigo al pabellón, se encerró allí con él y mantuvo una singular charla con él. Preferimos callarla en lugar de mostrarla con detalle, porque no queremos atosigar a nuestros lectores con ideas incoherentes e impresiones angustiosas.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

WILHELM se encontraba en grandes apuros, pues no sabía qué hacer con aquel desgraciado anciano cuya locura era evidente. Afortunadamente aquella misma mañana vino en su auxilio Laertes. Éste, que parecía dotado del don de la ubicuidad, había visto una vez en un café a un hombre que desde hacía mucho tiempo tenía accesos de melan-

colía. Sus amigos confiaron su curación a un pastor de una iglesia rural, que era especialista en este tipo de dolencias, y el pastor lo curó, como había curado a tantos otros. El susodicho todavía se encontraba en la ciudad retenido por la familia del paciente recibiendo sus agasajos en testimonio de agradecimiento.

Wilhelm corrió presuroso en busca del pastor, le explicó el caso y habló largo y tendido con él. De esta conversación resolvieron poner al arpista a disposición del pastor, bajo un pretexto cualquiera. A Wilhelm le dolía mucho tener que separarse del arpista, tanto, que sólo la esperanza de verlo curado lo consolaba, pero desprenderse de él suponía renunciar de su compañía, que le era tan grata, y prescindir de sus cantos llenos de ternura y de inspiración, que habían llegado a resultarle indispensables.

El arpa del viejo había sido pasto de las llamas de la bóveda, pero le proporcionaron otra. También el incendio destruyó el escaso

vestuario de Mignon. Hubo necesidad de hacer algunos vestidos a la niña y Aurelia propuso que se vistiera de mujer.

-No quiero -exclamó Mignon.

La niña consiguió, por su obstinación, mantener su antigua indumentaria; no hubo más remedio que complacerla.

La compañía trabajaba infatigablemente. Con frecuencia Wilhelm escuchaba los comentarios del público, pero rara vez escuchaba una voz que dijera lo que él hubiera deseado oír. Generalmente, por el contrario, sus oídos recogían observaciones que lo afligían o herían. Por ejemplo, a raíz del estreno de *Hamlet*, un joven lleno de animación que había asistido a la obra decía que por nada del mundo habría querido renunciar al placer que la obra le proporcionó. Wilhelm prestó atención a sus manifestaciones y se quedó muy confuso cuando el individuo en cuestión dijo que su placer mayor fue ir a la función tocado con un sombrero y darse el gusto de no qui-

társelo a pesar de las protestas de los espectadores que estaban sentados detrás de él. Añadía que de su proeza conservaría un recuerdo glorioso.

Otro decía que Wilhelm había interpretado magníficamente el papel de Laertes, pero que no estaba en absoluto satisfecho con el actor que había encarnado a Hamlet. La confusión era comprensible, pues Wilhelm y Laertes se parecían bastante, si bien entre ambos mediaban diferencias muy notables.

Un tercero que hablaba de su prodigioso trabajo, se lamentaba, no obstante, de que en la escena con su madre hubiese asomado por el jubón una cinta blanca, que vino a destruir el efecto dramático.

La organización del personal de la compañía había experimentado varias modificaciones y no habían sido menores los cambios en la actitud de sus componentes. Filina, desde la noche del incendio, no había mostrado el mínimo deseo de acercarse a Wilhelm. Había

alquilado, intencionadamente, un cuarto en un barrio alejado donde pasaba el tiempo con Elmira, sin aparecer por la posada donde se hospedaba Serlo y manteniendo su abierta hostilidad por Aurelia. Iba a verla con frecuencia Serlo, aunque tal vez más que por hablar con ella por la esperanza de encontrarla acompañada de Elmira. Una noche llevó consigo a Wilhelm. La sorpresa de ambos fue inmensa al encontrar a Filina en brazos de un oficial que vestía casaca roja y calzón blanco y cuya cara no les fue posible descubrir. Filina salió al vestíbulo donde recibió la visita y dejó a solas al oficial en la habitación.

-Me sorprenden ustedes en plena aventura -exclamó la joven.

-Lo cual no nos extraña- contestó Serlo. Déjenos ver a ese amigo suyo tan joven, tan apuesto y tan envidiable. Nos tiene usted tan bien acostumbrados, que no podemos estar celosos.

-Quiero dejarlos en la incertidumbre durante algún tiempo -respondió Filina sonriente-. Sin embargo, para evitar especulaciones, les diré que el joven en cuestión es una amiga mía, mi mejor amiga, que quiere pasar algunos días de incógnito en mi casa. Más tarde conocerán su historia, es posible que entonces estrechen sus lazos de amistad con esta interesante persona, y, en este caso, me será preciso apelar a toda mi modestia e indulgencia, porque mucho me temo que la nueva amistad ha de hacer que olviden a la antigua.

Wilhelm estaba turbado. El uniforme encarnado *le* recordaba el traje favorito de Mariana, el joven oficial tenía más o menos su misma estatura y el color de sus cabellos era rubio.

-¡Por amor de Dios!, dénos algún detalle más sobre su amiga o mejor déjenos ver a la disfrazada. Nos ha revelado parte del secreto: haga que lo veamos por entero. Prometere-

mos y juraremos lo que sea, pero déjenos verla.

-¡Menudo entusiasmo! Calma, paciencia, todo a su momento. Sin embargo, hoy nada sabrán.

-Por lo menos, díganos cómo se llama.

-Entonces el secreto quedaría al descubierto.

-Nos conformaremos con el nombre, aunque usted calle el apellido.

-Conforme, pero habrá de adivinarlo. Puede citarme tres nombres, y nada más, pues si no pusiera limitaciones, usted sería capaz de recorrer el calendario.

-Está bien... ¿Se llama Cecilia?

-No, no se llama Cecilia.

-Enriqueta?

-¡Tampoco! Y cuidado con el tercero, si no quiere quedarse con su curiosidad.

Wilhelm dudaba y temblaba. Deseaba pronunciar un nombre, pero la voz se le quebraba en la garganta.

-¡Mariana! -balbuceó al fin-, ¡Mariana!

-¡Bravo!, ¡lo ha adivinado! -gritó Filina dando como era costumbre en ella una vuelta sobre sus talones.

Wilhelm no podía articular palabra y Serlo, que no reparaba en su emoción, instó a Filina a que abriera la puerta.

Su asombro fue enorme cuando vio que Wilhelm, interrumpiendo bruscamente la broma, se arrojaba a los pies de Filina para dirigirle súplicas llenas de pasión.

-Déjeme ver a esa mujer -gritó--. Es mía, es mi Mariana. Es a quien he ansiado ver durante tantos años, es para mí la mejor de las mujeres de la tierra. Y si no me deja entrar, dígame al menos que aquí está el primer hombre al que de verdad amó y en el que puso todas las esperanzas de su juventud. Dígame que ese hombre quiere disculparse por haberla abandonado tan bruscamente, que quiere pedirle perdón por los agravios que le ha hecho y

quiere perdonarla a ella. Añada que, si es preciso, no formularé pretensión alguna más, pues lo único que deseo es verla, para convencerme de que está viva y es dichosa.

Filina negó con la cabeza y dijo:

-Hable más bajo, amigo mío. Tenga consideración a esa mujer si realmente es su amiga. Yo le aseguro que no esperaba encontrarle aquí y no creía volver a verlo en la vida. La han traído aquí asuntos muy diferentes y no debe usted desconocer que es preferible toparse con un espectro que encontrar a un amante antiguo. La interrogaré, la prepararé y, en vista de cómo la vea, optaremos por lo más conveniente. Mañana recibirá usted un billete mío diciéndole a qué hora puede venir. En caso de que acuda, habrá de obedecerme debidamente, pues le advierto que nadie ha de ver a esa mujer contra su voluntad y la mía. Le prevengo que cerraré bien las puertas por si decide presentarse aquí con martillo y hacha en mano.

Wilhelm suplicó, Serlo también se lo rogó a Filina, pero fue en vano. Ambos hubieron de abandonar la sala y la casa.

Que Wilhelm pasó una noche muy agitada habrá de comprenderlo el lector sin necesidad de que lo digamos. ¡Con qué lentitud pasaban las horas mientras esperaba aquel anhelado mensaje de Filina! Para colmo de desgracia, aquella noche tenía que representar. Jamás había soportado un suplicio tan cruel. Terminada la función, fue corriendo a casa de Filina, sin haber mandado preguntar si querían o no recibirlo. Encontró cerrada la puerta. Llamó y los dueños le dijeron que la señorita había partido aquella misma mañana en compañía de un joven oficial. La señorita había prometido regresar dentro de breves días, pero no lo creían, pues había liquidado todas sus cuentas y se había llevado todos los equipajes.

La noticia conmocionó a Wilhelm, quien, desesperado, corrió a buscar a su amigo Laertes, a quien propuso emprender la persecución

de la fugitiva para saber la identidad de su acompañante. Laertes reprochó a Wilhelm su vehemencia y su credulidad.

-Apuesto -dijo- a que el oficial no es otro que Federico. Es un muchacho de buena cuna, me consta que la adora con devoción y que probablemente le ha sacado a su padre alguna cantidad de importancia para poder vivir algún tiempo con ella.

A Wilhelm no le convencieron estas consideraciones, pero le hicieron dudar. Laertes le previno a nuestro amigo de que lo que Filina le había contado tenía todos los visos de ser un cuento y que la estatura y el color de los cabellos del oficial correspondían perfectamente a los de Federico. También le dijo a Wilhelm que era poco menos que imposible dar alcance a aquellos dos fugitivos que llevaban una delantera de dos horas y que, por otra parte, Serlo no podía prescindir de ellos.

Estos razonamientos hicieron que Wilhelm desistiera del empeño de perseguir a los

fugitivos. Laertes se procuró un hombre de confianza a quien encargó la misión.

El individuo era un hombre que había acompañado a muchos señores en calidad de correo o de guía y se encontraba por entonces en la ciudad sin ocupación. Le dieron dinero, le explicaron el asunto y le encargaron que persiguiera a los viajeros, que no les perdiera de vista y que avisase inmediatamente a nuestros amigos, detallando dónde y cómo los había encontrado. El hombre aceptó su remuneración, montó a caballo y emprendió la búsqueda de la ambigua pareja.

La solución calmó un tanto a Wilhelm.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

LA ausencia de Filina no fue muy llamativa ni entre la compañía ni para el público. En todos sus actos se solía comportar con muy poca seriedad y por este motivo las mujeres la detestaban y los hombres hubieran preferido

verla a solas que sobre el escenario. Los otros miembros de la compañía redoblaron su atención, particularmente Madame Melina destacó por su empeño y su celo, procuró empaparse de las advertencias de Wilhelm, hizo un estudio de sus teorías y ejemplos y llegó a dar a sus movimientos una soltura peculiar y llena de gracia que la hacía mucho más interesante que otrora. Poco a poco perfeccionó su declamación, consiguió en escena un tono natural y supo dar a sus recitados un sentimiento contenido. También se acomodó al carácter de Serlo, estudió canto para complacerlo e hizo suficientes progresos en este arte como para poder hacer uso de él en reuniones y fiestas.

La compañía era ahora más completa gracias a la llegada de nuevos actores y, como Wilhelm y Serlo trabajaban en colaboración, uno cuidando de la armonía del conjunto y el otro de detalles concretos, los actores se sentían estimulados por un loable interés y el pú-

blico se implicaba vivamente en todo lo que hacían.

-Estamos en el buen camino -decía un día Serlo-. Conseguiremos el público que deseamos si continuamos esta trayectoria. Con facilidad se consigue descarriar a los hombres con espectáculos groseros y alocados, pero si se les presenta de forma interesante obras razonables y llenas de elegancia, las asimilarán. El principal defecto de nuestro teatro consiste en ser demasiado abigarrado. Por ello en él no puede hallarse ningún punto fijo sobre el que pueda emitirse el juicio estético. No veo que sea una ventaja haber dado rienda suelta a nuestro teatro hasta haberlo convertido en una representación indefinida de la naturaleza. Mas hoy, tal como están las cosas, ni autores ni cómicos pueden tomar nuevos rumbos a no ser que la naturaleza misma se encargue de trazar para el futuro los límites que no se deben rebasar. La buena sociedad es inviable si no vive en determinadas condicio-

nes, igualmente ocurre con el buen teatro. Ciertos gestos, ciertas expresiones, ciertos objetos y modos de comportamiento deben ser absolutamente suprimidos. Una casa no se empobrece porque se haga orden en ella.

Al respecto estaban más o menos de acuerdo. Wilhelm y la mayoría eran partidarios del teatro inglés, Serlo y algunos otros del francés.

En las horas de ocio, que desgraciadamente son muchas para los actores, convinieron en estudiar las obras más afamadas de ambos teatros nacionales para entresacar aquello que considerasen digno de ser imitado. Empezaron leyendo obras francesas. Aun- relia siempre se marchaba poco después de iniciada la sesión de lectura. Al principio se pensó que estaba enferma, luego Wilhelm le preguntó qué le ocurría.

-No me quedaré a ninguna de esas sesiones de lectura -dijo-, ¿cómo podría escuchar y juzgar esas obras con mi corazón des-

trozado? Odio con toda mi alma la lengua francesa.

-Cómo se puede sentir animadversión por una lengua a la que somos en buena medida deudores de nuestra educación y a la que seguiremos siendo deudores mientras no formemos nuestra propia cultura? -exclamó Wilhelm.

-No se trata de un prejuicio -repuso Aurelia-. Si he perdido el placer al escuchar esa lengua tan armónica y que ha dado lugar a una cultura tan admirable es por el odioso recuerdo de mi infiel amigo. ¡Hoy la odio de todo corazón! Mientras duró nuestra amistad, él me escribía en alemán, qué alemán más cordial, más sincero y más enérgico. Sin embargo, cuando me quiso dejar empezó a escribirme en francés lo que al principio hizo a modo de broma. Inmediatamente comprendí lo que significaba aquel cambio de lengua, no podía decirme en su lengua materna lo que le avergonzaba, pero sí en francés, porque para

las reservas, las palabras equívocas, las mentiras y las traiciones es una lengua perfecta, una lengua pérfida. Gracias a Dios en nuestra lengua no encuentro una palabra para expresar lo que significa *pede* en toda su dimensión. Nuestro pobre *treulos* no es más que un vocablo inocente frente a aquella palabra. Pérfido (*perfide*) es lo mismo que infiel (*treulos*) pero con gozo, con insolencia y con saña. Realmente es envidiable el grado de civilización que ha alcanzado una cultura que sabe con una sola palabra expresar matices tan delicados. Dicen que el francés debería ser la lengua universal, y yo manifiesto mi acuerdo si con ello se quiere decir que es la lengua con la que uno puede engañar a sus anchas a todo el mundo. Sus cartas en francés todavía pueden leerse con gusto. Si hubiese sido de las que se hacen ilusiones, las hubiera juzgado cálidas y apasionadas, pero examinándolas cuidadosamente uno veía que no eran más que frases llenas de engaños, malditas frases. Aquellas

cartas hicieron que todas las alegrías que pudiera entrañar para mí la lengua y la literatura francesas se arruinaran, me horroriza escuchar una sola palabra en francés.

De esa manera podía estar durante horas mostrando su descontento interrumpiendo o turbando la conversación de cualquier otro. Tarde o temprano Serlo empleaba su ironía para cortar sus exteriorizaciones de ánimo, sin embargo, eso solía provocar que la conversación quedase liquidada para el resto de la velada.

Suele suceder por desgracia que aquello que requiere el concurso de varios individuos y circunstancias, no puede obtenerse por un tiempo muy prolongado. En una compañía de actores, lo mismo que en una nación, en un círculo de amigos o en un ejército, se puede llegar al mayor grado de perfección, de armonía, de satisfacción y de actividad; mas ocurre también que el personal se modifica, se incorporan nuevos miembros, los individuos no se

adecuan entonces a las circunstancias ni las circunstancias a los individuos y todo cambia; lo que antes estaba perfectamente ensamblado ahora se desmorona. Con todo, puede decirse que hubo un momento en que la compañía de Serlo llegó a ser tan perfecta como la mejor que hubiese en Alemania. La mayoría de los actores desempeñaban el papel que más se ajustaba a su personalidad, todos tenían su cometido y todos hacían con gusto lo que debían. Sus relaciones personales eran satisfactoriamente pasables y todos parecían muy prometedores en la ejecución de su arte, pues todos dieron con mucha energía y atención los primeros pasos. Pero pronto se comprobó que una parte de ellos no pasaban de ser autómatas, que sólo podían alcanzar aquello que se obtenía sin sentimiento. No tardaron en inmiscuirse las pasiones que suelen poner obstáculos a todos los buenos propósitos y destrozan todo lo que los hombres sensatos han intentado componer y construir.

La marcha de Filina no había sido tan inocua como al principio pudo pensarse. Ella tenía la habilidad de entretener a Serlo y de atraer en mayor o menor medida a los otros actores. Ella soportaba la hostilidad de Aurelia con mucha paciencia y su principal ocupación era lisonjear a Wilhelm. Ella era una especie de lazo que lo unía todo y pronto se empezó a sentir su pérdida.

Serlo no podía vivir sin dedicarle algún tiempo a la seducción. Elmira que se había desarrollado mucho en los últimos tiempos, hasta el punto de que se podía decir que se había convertido en una bella mujer, ya había llamado su atención y Filina había sido suficientemente sagaz para reconocer y avivar esa pasión.

-Hay que acostumbrarse a tiempo a promover asuntos amorosos -solía ella decir-, pues luego, cuando ya estamos entradas en años, nos quedan muy pocos recursos.

En definitiva, Serlo y Elmira se habían aproximado tanto, que poco después de que se fuera Filina se emparejaron. El interés por aquella pequeña historia se hizo más grande para ellos al tener que ocultar a los padres de Elmira aquel devaneo que en ningún caso les habría hecho gracia. La hermana de Elmira era cómplice de ambos y Serlo tenía que recompensar a una y a otra. Uno de los peores defectos de ambas era una inmoderada tendencia a comer, para ser exactos, su insufrible glotonería, en lo cual diferían totalmente de Filina, que poco más o menos se alimentaba del aire, comía muy poco y se contentaba con sorber con extremada elegancia la espuma de una copa de champán.

Los días en que Serlo quería obsequiar a su amada, el desayuno debía unirse con el almuerzo y éste debía ir junto a la cena por medio de la merienda. Además Serlo abrigaba un plan cuya ejecución le producía miedo. Creía distinguir en Wilhelm cierta querencia

por Aurelia y sentía vivos deseos de que ésta fraguara en una relación seria. Pensaba así encomendarle a Wilhelm parte de la administración económica de la compañía y encontrar en él, como encontró en su primer cuñado, una herramienta fiel y eficaz. Ya sin que se notara mucho había ido delegando en él la mayor parte de sus asuntos, por su parte, Aurelia se encargaba de la caja y Serlo ya vivía, como otrora, según su libre arbitrio. Pero esto era algo que le molestaba tanto a su hermana como a Wilhelm.

El público tiene un modo especial de tratar a los personajes públicos de mérito reconocido: poco a poco les manifiesta su indiferencia y más tarde ensalza a otros de menor talento pero de más reciente aparición y, haciendo a aquellos desmedidas exigencias, a éstos se lo tolera todo.

Serlo y Aurelia ya habían tenido suficientes ocasiones de observar este fenómeno. Los actores recién llegados, sobre todo si eran

jóvenes y de aspecto agradable, atraían sobre sí toda la atención y todo el éxito y, casi siempre, el hermano y la hermana, después de haber trabajado con denuedo, se retiraban sin escuchar el halagador eco de los aplausos. Es verdad que el desinterés del público podía obedecer a varias causas de índole personal. Era evidente la altivez de Aurelia y bien conocido el sentimiento de superioridad con el que contemplaba al público. Serlo sabía adular en momentos concretos, pero sus frases irónicas sobre la concurrencia eran escuchadas y tomadas en consideración en muchas ocasiones. Los actores nuevos, por el contrario, eran desconocidos, tenían deseos de agradar y a ellos no les resultaba difícil conseguir partidarios.

Pronto surgieron luchas intestinas y aparecieron las desconfianzas mutuas. En cuanto se supo que Wilhelm se había hecho cargo de la administración, la conducta de los actores empezó a caracterizarse por la descortesía, sobre todo al comprobarse que introdu-

cía orden y exactitud en general y, en todos los aspectos rutinarios, exigiese puntualidad y regularidad.

En un corto intervalo, las relaciones de la compañía, que habían llegado a lo ideal, se hicieron tan vulgares y mostrencas como las que suelen reinar en cualquier compañía de cómicos. Desgraciadamente, cuando Wilhelm hubo alcanzado los conocimientos necesarios para el desempeño de su función, cuando consiguió asimilar a éste su persona y su capacidad, se dio cuenta con desconsuelo de que semejante oficio merece menos que ningún otro la pérdida de tiempo y el gasto de energía que demanda. El trabajo era arduo y la recompensa mínima. Hubiera preferido cualquier otro en el que, después de dar de mano, se pudiera disfrutar de la tranquilidad del espíritu y no éste en el que, después de haber superado los obstáculos que pone la rutina, se exigía una concentración del espíritu y un dominio de los nervios singulares para la obtención

del fin perseguido. Wilhelm tenía que escuchar las lamentaciones de Aurelia a propósito de lo pródigo que era su hermano, debía hacer oídos sordos a las insinuaciones de Serlo para que se casara con su hermana y, por si esto fuera poco, tenía que ocultar un disgusto íntimo que lo laceraba por encima de todo: el enviado en persecución del ambiguo oficial ni volvía ni daba señales de vida y, en consecuencia, nuestro amigo temía haber perdido una vez más a Mariana.

Por aquel tiempo se fijaron unos días de luto oficial que obligaron a cerrar el teatro durante unas semanas. Él empleo aquellos días de paro forzoso para visitar al pastor evangélico que tenía a su cuidado al arpista. La casa del clérigo se encontraba en un paraje muy agradable; al primero que vio en su visita fue al propio anciano que impartía clase de arpa a un niño. Mostró mucha alegría por volver a encontrar a Wilhelm, se levantó, le tendió la mano y dijo:

-Ya ve usted que todavía sigo siendo útil. Permitirá que continúe, pues tengo el tiempo muy contado.

El clérigo saludó con extremada cordialidad a Wilhelm y le dijo que *el* anciano estaba muy bien y que esperaba curase con prontitud.

Después la conversación derivó, como era de esperar, en el método adecuado para la curación de orates.

-Además de lo físico -decía el pastor-, que nos plantea unas dificultades insolubles para las cuales suelo consultar con un médico, considero que los medios para la curación de enfermos mentales es muy simple. Son los mismos medios que a las personas sanas les impiden caer en la locura. Hay que estimular su actividad autónoma, hay que fomentar el orden, hay que hacerles comprender que su ser y su destino tienen mucho en común con el de otros y que el talento extraordinario, la buena fortuna y el más grande de los infortu-

nios no son nada más que ligeras desviaciones de lo normal. De esa manera se consigue que la demencia no encuentre ningún resquicio para penetrar en el alma y, en caso de que ya haya penetrado, se pone el remedio para que desaparezca paulatinamente. He compartimentado las horas del día del anciano.

Da clase de arpa a algunos niños, trabaja en el jardín y, así, ha mejorado mucho. Desea comer las coles que planta y tiene deseos vivos de dar clase a mi hijo a quien piensa legar su arpa en caso de muerte, para sentirse necesario. Como pastor le hablo muy poco acerca de sus extrañas creencias, pero es bien sabido que una vida activa ofrece tal cúmulo de sucesos que pronto hace sentir que cualquier tipo de duda puede ser superada con la laboriosidad. Poco a poco estoy llegando a mi objetivo; cuando consiga que se despoje de su túnica y se corte su barba, habré dado un gran paso, y es que nada nos acerca tanto a la locura como que nuestras costumbres difieran notoriamente de las de los

demás y nada nos mantiene más cercanos al sentido común como vivir según las costumbres de un buen número de personas. ¡Cuántas cosas hay en nuestra educación y en nuestras instituciones civiles que nos conducen ya desde niños a la locura!

Wilhelm pasó unos cuantos días en casa de aquel hombre tan sensato, donde éste le relató interesantes anécdotas, no sólo referidas a enfermos mentales, sino también sobre aquellos que se las dan de cuerdos e incluso de sabios, mientras que su conducta los acerca a la locura.

El interés de las tertulias quedaba triplicado por la presencia del médico, que a menudo venía a visitar a su amigo el pastor y le ayudaba en su altruista tarea. Era un hombre entrado en años, que, a pesar de su endeble salud, había llevado a cabo durante muchos años una vida virtuosa. Le gustaba la vida campestre y necesitaba de forma casi inexcusable sentir el aire libre, debido a ello era muy sociable y activo y desde hacía algunos años había adquirido

el gusto de hacer amistad con todos los pastores rurales de los alrededores. Aquellos que se entregaban a ocupaciones útiles contaban con su ayuda incondicional y a los que estaban indecisos los animaba a que tuvieran una afición, y como él también tenía contacto con nobles, mandatarios y juristas, había contribuido, durante veinte años de labor, al desarrollo de varias ramas de la agricultura, siendo capaz de instruir a cualquiera, sin ostentación alguna, en todo lo referente a los medios de fertilización de la tierra, la cría de ganado y la productividad de los hombres, haciendo un servicio indudable a la ilustración general. Él decía que había una sola desgracia que debe temer el hombre: que una idea fija que no contribuya a la vida activa se apodere de él y le separe de ésta por completo.

Sé del caso de un matrimonio joven y de renombre -dijo- en el que todo mi arte ha fracasado. Tal vez se trate más de un asunto de su competencia, querido pastor. Voy a exponérse-

lo, porque no dudo que este joven aquí presente sabrá ser discreto. Durante la ausencia de un distinguido caballero hicieron vestir a un joven la bata del noble en cuestión. Fue una broma de pésimo gusto, dicho sea de paso. El objeto que tenía vestir al joven de esta guisa era la de engañar a la mujer del señor, sólo por broma según me dijeron, pero me temo que existiera el propósito de apartar del camino de la virtud a la admirable dama. El marido volvió de improviso, entró en su cuarto, creyó verse a sí mismo y cayó sobre él la melancolía en la que abrigaba la convicción de que iba a morir muy pronto. El se entregó a personas que imbuyen en él ideas exageradamente místicas y no veo la forma de impedir que ingrese con su mujer en la Orden de los Hermanos Moravos, privando a sus parientes de su fortuna, pues no tienen hijos.

-¿Con su mujer? -exclamó Wilhelm impetuosamente, pues este relato lo había sobreco-gido.

-Sí, desgraciadamente -respondió el doctor, sin ver en el exabrupto de Wilhelm más que una muestra de compasión- la dama ha quedado conmovida por un fuerte dolor que no le hace desagradable un apartamiento del mundo. Parece que al despedirse del joven del que hemos hablado, a la dama le faltó prudencia para disimular una atracción secreta por él. Esto espoleó al joven, que la abrazó y al estrecharla oprimió violentamente contra su pecho el retrato de su marido, encerrado en un medallón orlado de brillantes. Ella sintió un vivo dolor que poco a poco fue remitiendo, dejando primero un pequeño moratón para luego desaparecer. Como hombre estoy seguro de que no tenía nada más de lo que reprocharse, como médico estoy seguro de que aquella presión no puede tener consecuencias indeseables, pero ella no se deja convencer y piensa que en su pecho se ha formado una callosidad y cuando pretendo que desista de su peregrina idea palpándose esa zona, en ese momento no en-

cuentra nada, pero más adelante su mal ha degenerado según su apreciación en cáncer, y así su juventud y su encanto se han desvanecido para ella y para todos los que la rodean.

-Desgraciado de mí -exclamó Wilhelm golpeándose la frente y, abandonando la tertulia, salió al aire libre. Nunca había tenido una sensación semejante.

El médico y el pastor, enormemente sorprendidos por esta reacción, apenas consiguieron calmarle aquella noche cuando volvió a casa y se recriminó duramente haciendo una confesión pormenorizada de los sucesos que ya conocemos. Ambos hombres se interesaron vivamente por él y le dedicaron frases de consuelo, sobre todo cuando él pintó su situación con los tonos oscuros que reinaban en su alma.

Al día siguiente no tardó en pedirle al médico que lo acompañara a la ciudad y reconociera y prestase ayuda a Aurelia, a la que él, su amigo, había dejado en un estado lamentable.

La encontraron peor de lo que pensaban. Sufría fiebres intermitentes que eran muy difíciles de tratar, pues la misma paciente prolongaba y agravaba los accesos. Ocultaron a la enferma que el desconocido que le presentaban fuese médico y éste obró con mucha prudencia y sagacidad. Wilhelm hizo girar la conversación sobre el estado corporal y espiritual de Aurelia y el médico le contó historias de personas que, a pesar de haber sufrido enfermedades semejantes, habían llegado a una edad muy avanzada y también le dijo que no había nada más dañino en esos casos que una prolongación intencionada de esos estados. Especialmente no ocultó que había encontrado personas con padecimientos incurables que se sentían felices porque estaban predispuestas a fortalecer su espíritu religioso. Al referirle todo esto, el médico empleaba un tono quedo y al mismo tiempo mantenía el interés de su narración. Por otra parte prometió a su nueva amiga procurarle la

lectura de un manuscrito de una excelente mujer recientemente fallecida.

-Se trata de unas líneas enormemente valiosas para mí -dijo- y le conseguiré el original, sólo el título es de mi propia cosecha: *Confesiones de un alma bella*.

El médico indicó el tratamiento dietético y farmacológico a que debía ser sometida la desgraciada y tensa Aurelia y prometió escribirle y visitarla cuando le fuera posible.

Entretanto, durante la ausencia de Wilhelm, se había producido una modificación inesperada para él. Durante el tiempo en que había llevado la administración, Wilhelm se había conducido con liberalidad, especialmente centrado en su objetivo principal, introduciendo elegancia y riqueza en el vestuario, los decorados y los accesorios. Por otra parte, para mantener la buena disposición de los actores halagaba su amor propio, pues no encontraba otro medio más noble de estimularlos. Para todo ello estaba autorizado doblemente, pues

Serlo nunca pretendió ser un buen administrador, y le bastaba, para estar satisfecho, oír elogios sobre sus montajes teatrales y que Aurelia, encargada de la contabilidad, le asegurase, que, una vez cubiertos los gastos, y sin contraer deudas, había todavía un remanente para pagar aquéllas que él hubiera podido contraer por la extraordinaria generosidad con la que trataba a sus amantes.

Melina, que se había ocupado del vestuario, había examinado la situación de manera astuta y taimada, conforme a su natural. La enfermedad de Aurelia y la ausencia de Wilhelm le habían dado pie para hacerle ver a Serlo que se podía ganar mucho más, gastar mucho menos, e incluso ahorrar si no se prefería vivir alegremente. Serlo miró esto con buenos ojos y propició que Melina hiciera su propuesta.

-No quiero afirmar -dijo- que ninguno de los actores cobre un sueldo excesivo, son gente de mérito que sería bien recibida en cualquier

compañía, sólo digo que cobran demasiado para los ingresos que generan. Debería usted formar una compañía de ópera que cuando haya necesidad de representar un drama usted se bastará para montarlo por sí mismo. ¿No ha visto usted que nadie hace justicia a su talento? Esto es debido no a que sus actores sean formidables, son sencillamente buenos y esto le basta al público para que el público no valore su arte en su justa medida. Preséntese como lo ha hecho en otro tiempo, solo, destacado, rodéese de actores mediocres e incluso malos y páguelos sueldos bajos. Utilice usted a ese personal que le sobrará para hacer bien el trabajo mecánico de la ópera, y verá que, con el mismo esfuerzo y los mismos gastos, obtendrá más satisfacciones y más ingresos.

Serlo se sintió demasiado halagado como para poder resistirse a estas propuestas. Confesó a Melina que su afición a la música le había hecho concebir muchas veces algo semejante, pero que con ello preveía que se descarriara al

público y que una mezcla que no era del todo ópera ni del todo drama, acabaría con el gusto por las obras de arte bien perfiladas y acabadas.

Melina se rió, no sin cierta grosería, del ideal pedantesco que perseguía Wilhelm presumiendo formar al público y ambos interlocutores convinieron con gran convicción en que se trataba de ganar mucho dinero, hacerse ricos y vivir alegremente, sin ocultarse que desearían verse libres de personas que se interpusieran en la realización de sus planes. Melina lamentó que la salud de Aurelia prometiese para ella una vida muy breve, cuando en realidad deseaba que desapareciera cuanto antes. Serlo se entristeció de que Wilhelm no supiera cantar, dando a entender con ello que lo consideraba poco menos que prescindible. Melina presentó un completo informe de lo que se podía economizar y Serlo vio en él a su primer cuñado redivivo y con un triple de eficacia. Comprendieron que debían comprometerse a mantener

en secreto su conversación, circunstancia que los ligó más y les dio pie para tomar resoluciones según lo que ocurriese, criticar todo lo que emprendieran Wilhelm y Aurelia y seguir madurando su plan.

Por muy discretos que fueran y por muy grande que fuera su prudencia, les faltó la maña necesaria para que su conducta no fuera revelando sus intenciones. Melina se entrometió en cuestiones que eran de la incumbencia de Wilhelm y Serlo, que nunca había sido precisamente delicado con su hermana, se mostraba ahora más acerbo a medida que su enfermedad se recrudecía y sus sufrimientos requerían especiales atenciones.

Precisamente fue en aquel momento cuando la compañía se propuso representar *Emilia Galotti* La obra había sido montada con mucho acierto y todos los actores pudieron lucir su juego escénico en el limitado círculo de esta tragedia. Serlo estaba perfectamente encajado en su papel de Marinelli, Odoardo estaba

muy bien representado, Madame Melina interpretó el papel de la madre con mucho acierto, Laertes encarnó con mucha distinción a Apiani y Wilhelm empleó varios meses en el estudio del papel del príncipe. A propósito de este personaje debatió ora consigo mismo ora con Aurelia, ora con Serlo, la cuestión verdaderamente importante de cuál es la diferencia entre los modales y ademanes nobles y los distinguidos y hasta qué punto están los primeros incluidos en los segundos y no al contrario.

Serlo, que con Marinelli representaba al cortesano puro, sin ningún tipo de caricaturas, expuso unas lúcidas opiniones al respecto.

-Las actitudes distinguidas son muy difíciles de imitar -dijo- porque son por así decirlo negativas y limitadoras y requieren un ejercicio muy prolongado. De la conducta debe desterrarse todo lo que muestre dignidad, pues entonces se cae en el formalismo y en el orgullo. Debe evitarse más bien lo que sea indigno y vulgar, ha de tenerse siempre en cuenta a uno

mismo y a los demás: ni hay que abandonarse y no hay que hacer ni demasiado ni demasiado poco por los demás. Uno ha de parecer no conmoverse por nada, no sentirse demasiado afectado, no precipitarse, saber contenerse en cada momento y así ofrecer un equilibrio externo, por mucho que en el interior arrecie la tormenta. El noble puede abandonarse en algún momento, el distinguido nunca. Éste es como un hombre bien vestido, que evita apoyarse en cualquier parte y al que todo el mundo se cuida de rozar; él se distingue de los demás y, con todo, no puede estar nunca solo, pues al igual que en cualquier otro arte, también en el de vestir bien lo difícil ha de ser hecho con métodos fáciles. Por eso el hombre distinguido, a pesar de toda su distancia, debe estar ligado a los demás, en ningún lugar ha de mostrar rigideces y siempre ha de comportarse con desenvoltura, siempre ha de parecer el primero sin tener que esforzarse por ello. Se ve con claridad que para parecer distinguido hay realmente

que serlo, se ve claramente por qué por regla general las mujeres pueden resultar distinguidas con más facilidad que el hombre y también por qué los cortesanos y los soldados son los que alcanzan esta distinción con más rapidez que nadie.

La obsesión de desempeñar bien su papel llegó a desesperar a Wilhelm, pero Serlo volvió a prestarle su ayuda, haciéndole atinadas observaciones e instruyéndolo de tal modo que el día de la representación, al menos ante los ojos del público, pareció un perfecto príncipe.

Serlo le había prometido comunicarle después de la representación las observaciones que tuviera a bien hacerle sobre su labor. Sin embargo, una acerba disputa entre los hermanos impidió todo coloquio de tipo crítico. Aurelia había interpretado el papel de Orsina como tal vez no vuelva a ser interpretado jamás. Ya conocía perfectamente el papel y durante los ensayos se había comportado con

mucha indiferencia, sin embargo, la noche del estreno había abierto, por así decirlo, todas las esclusas de su dolor íntimo y consiguió una interpretación con la que ni hubiera podido soñar un poeta en el primer fuego de su imaginación. Un desmesurado aplauso del público premió sus esfuerzos, pero la encontraron desmayada sobre un sillón cuando fueron a buscarla.

Serlo había mostrado su desacuerdo con su interpretación exagerada y con la apertura de su corazón ante el público, que ya conocía, más o menos, la fatalidad de su vida. Como su ira era grande, cuando vio a su hermana en posición yacente y rodeada por todos, empezó a rechinar los dientes y a patalear en el suelo y dijo:

-¡Dejadla!, que cuando aparezca completamente desnuda sobre el escenario, obtendrá un triunfo completo.

-Ingrato -replicó ella-, inhumano. Pronto me llevarán desnuda a un lugar donde los

aplausos no llegan a nuestros oídos.

Diciendo estas palabras, se levantó bruscamente y salió. Su criada había olvidado traerle el abrigo, su silla de manos no estaba allí, había llovido y por las calles soplabá un viento frío. En vano intentaron convencerla de que estaba excesivamente sofocada, echó a andar despacio intencionadamente y alabó el frescor de la noche que aspiraba con aparente fruición. Tan pronto llegó a su casa, era presa de una ronquera que apenas le permitía decir una palabra y, además, no confesó a nadie que sentía una gran rigidez en la nuca y en la espalda. No tardó la rigidez en trasladarse a la lengua, de tal manera que no podía articular las palabras que deseaba. La acostaron y le administraron remedios habituales, que, disipando un mal, daban lugar a otro. La fiebre era alta y su estado grave.

A la mañana siguiente tuvo un momento de tranquilidad. Mandó llamar a Wilhelm y le entregó una carta.

-Esta carta lleva mucho tiempo esperando el presente momento. Siento que mi final llega. Prométame que entregará personalmente esta carta al infiel y que me vengará diciéndole unas palabras. Sé que él no es insensible y que mi muerte le afligirá al menos por unos instantes.

Wilhelm tomó la carta y procuró calmarla, instándola a que dejara de pensar en la muerte.

-No -repuso-, no me prive usted de la mayor de mis esperanzas. La he esperado mucho tiempo y quiero recibirla amigablemente entre mis brazos.

Poco después llegó el manuscrito prometido por el médico. Ella le pidió a Wilhelm que se lo leyera. El efecto que le produjo deberá juzgarlo el lector, pues conocerá el contenido del manuscrito en el próximo libro. La vehemencia y la obstinación de nuestra amiga fue mitigada. Pidió a Wilhelm que le devolviera la carta y escribió otra con el ánimo aparente-

mente calmado, también en esta ocasión le pidió a Wilhelm que consolara a su amigo en caso de que se sintiera apenado por su muerte y que le asegurara que ella lo había perdonado y le deseaba lo mejor.

Desde ese momento se sintió muy serena y pareció concentrarse en unas pocas ideas del manuscrito que pretendió hacer suyas y que Wilhelm le volvía a leer de cuando en cuando, siempre que ella lo requería. El agotamiento de sus fuerzas no era visible, por eso a Wilhelm le resultó sorprendente encontrarla muerta una mañana cuando fue a visitarla.

Las atenciones que le había profesado y el hábito que había adquirido de visitarla, hicieron que su pérdida le resultara muy dolorosa. Era la única persona que últimamente le demostraba apego, pues la frialdad de Serlo hacia él era muy perceptible. Por ello se apresuró a cumplir su misión con el deseo de alejarse de la compañía durante algún tiempo. Por otra parte su marcha era muy deseada por Melina,

que ya por correo había contratado a un cantante y una cantante que amenizarían al público con números que lo prepararían para la próxima formación de la compañía de ópera. La pérdida de Aurelia y la marcha de Wilhelm serían en primera instancia reparadas por esta contratación y nuestro amigo estaba conforme con todo lo que le facilitara tomarse unas vacaciones.

Había exagerado la importancia de la misión encomendada. La muerte de su amiga lo había conmovido. Como ella había desaparecido prematuramente, él había abrigado enormes prevenciones y sentía hostilidad contra quien había acortado su vida y había atormentado aquella breve existencia.

Independientemente de las últimas palabras de la ya finada, caracterizadas por la moderación, se había propuesto juzgar con dureza al infiel amigo cuando le entregara la carta, y como no era capaz de fiarse en la inspiración del momento, preparó un discurso más patético

de lo conveniente. Después de haberse convenido plenamente de la buena composición de su discurso, se dispuso a emprender su viaje y a aprenderse de memoria la alocución. Mientras hacía su equipaje, Mignon le preguntó si viajaba al sur o al norte. Como esta última era la dirección que iba a tomar, ella le dijo:

-Entonces te esperaré aquí.

Le pidió el collar de perlas de Mariana, que él no le pudo negar a la niña; ya le había dado su pañuelo. Por el contrario él colocó en su maleta el velo del espectro, aunque no le era de ninguna utilidad.

Melina asumió la administración y la mujer de éste le prometió que cuidaría de los niños, de los que Wilhelm se separaba muy a su pesar, con atención maternal. Félix se mostró muy animado en la despedida y, cuando le preguntó qué quería que le trajera, él dijo:

-Tráeme un padre.

Mignon tomó al viajero de las manos y, después de besarle en la boca con viveza pero sin ternura, le dijo:

-Meister, no nos olvides y vuelve pronto.

Y así dejemos a nuestro amigo emprender su viaje sumido en mil pensamientos y sensaciones. Reproduzcamos al final un poema que varias veces había recitado Mignon con mucha emoción y que no pudimos citar antes debido a la gran cantidad de acontecimientos que habían ocurrido.

Di que no hable, di que calle,
pues mi secreto es mi deber.
Quiero toda mi alma mostrarte,
mas mi sino dice que no.

A su hora de siempre se pone el sol
y su luz tiene que buscar la noche,
la dura roca su seno ha de abrir
y dona a la tierra ocultos manantiales.

Todos buscan la cordial amistad
donde el pecho pueda verter su pena.
Un juramento mis labios cerró
y sólo un dios podría abrirlos.

LIBRO SEXTO

CONFESIONES DE UN ALMA BELLA

HASTA que llegué a la edad de ocho años fui una niña llena de salud, pero, la verdad, de aquellos días tengo un recuerdo tan mínimo como el del día de mi nacimiento. Al comienzo de mi octavo año tuve un acceso hemorrágico y desde entonces mi sensibilidad y mi memoria se aguzaron enormemente. Recuerdo hasta el más mínimo de los detalles de este suceso como si hubiera ocurrido ayer.

Durante los nueve meses de convalecencia que soporté pacientemente, se establecieron las bases de mi pensamiento y también por la misma época mi espíritu recibió los medios adecuados para desarrollarse según su propia forma de ser.

Yo sufría y amaba: estas palabras refleja-

ban el verdadero estado de mi corazón. En medio de tos violenta y de una fiebre enervante, me sentía como un caracol que se recluye en su casa. Apenas tenía un poco de aire, quería tener sensaciones agradables y, como me estaba vedado otro placer, trataba de disfrutar del contacto con el mundo que me daban mis ojos y mi oídos. Me trajeron muñecas y libros de estampas, y todo aquel que quería sentarse en mi cama estaba obligado a contarme una historia.

De labios de mi madre escuché las historias bíblicas, mi padre me entretenía describiéndome aspectos de la naturaleza. Tenía un más que aceptable gabinete de naturalista. De él extraía de cuando en cuando una u otra vitrina y las bajaba a mi habitación, me mostraba los objetos y me explicaba la realidad. Las plantas y los insectos disecados y algunas muestras de anatomía, como piel humana, huesos y momias, pasaban por la cama de la pequeña convaleciente. Las aves y animales procedentes de batidas de caza me eran mostrados antes de ser

Llevados a la cocina. Y para que también el rey del mundo tuviera su voz en aquella asamblea, mi tía me contaba historias de amor y de hadas. Todo era asimilado y todo arraigaba. Pasaba horas hablando con aquellos seres invisibles. Todavía recuerdo versos que le dicté a mi madre por aquella época.

A menudo volvía a contarle a mi padre todo lo que él ya me había referido. No me tomaba con facilidad un medicamento sin antes preguntar de dónde procedían los ingredientes que lo componían, qué aspecto tenían y cómo se llamaban. Pero las narraciones de mi tía no cayeron sobre terreno pedregoso Yo soñaba con vestidos bonitos y con la visita de los más encantadores príncipes que no podrían descansar ni sentir calma, hasta que no supieran quién era aquella bella desconocida. Durante mucho tiempo desarrollé la historia de un pequeño y atractivo ángel, que, con manto blanco y alas doradas me perseguía, esta historia llegó a apoderarse tanto de mi mente, que casi la eleva

ésta a la categoría de realidad.

Al cabo de un año estaba casi recuperada, pero había desaparecido de mí toda la espontaneidad y la travesura de la niñez. Ya no jugaba con muñecas, no me conformaba más que con seres que pudieran hacerle los honores a mi amor. Me satisfacían los perros, los gatos y ciertos pájaros que poseía mi padre; pero lo hubiera dado todo por tener un ser que desempeñaba un papel absolutamente fundamental en las narraciones de mi tía. Era un corderito recogido en el bosque por una campesina y criado por ella. Pero en el interior de este bonito animal había un príncipe encantado, que finalmente se transformaba en un apuesto joven y premiaba a su bienhechora desposándola. Un corderito así me hubiera gustado tener.

Por desgracia no lo encontraba y, como vi que todo lo que sucedía en torno mío seguía su curso natural, poco a poco fui perdiendo la esperanza de obtener aquella posesión. Procuraba consolarme, sin embargo, leyendo libros de

historias fabulosas. Entre todos ellos mi preferido era el *Hércules cristiano alemán* que contaba una piadosa historia de amor. Cualquier cosa que le ocurriera a su Valiska, a la que por cierto le ocurrían cosas muy tristes, le daba pie a él para que rezara antes de ir en su ayuda y todas las oraciones eran reproducidas en el libro. ¡Cómo me gustaba todo aquello! Mi inclinación por lo invisible, que yo sentía de un modo indefinido se veía alimentado, yo creía que Dios era mi confidente.

A medida que crecía, leía un heterogéneo sinfín de obras, pero entre todas ellas merecía un lugar destacado entre todas la *Octavia romana* La persecución de los primeros cristianos presentada en novela despertaban en mí el mayor de los intereses.

Entonces mi madre me empezó a regañar por pasarme el día leyendo. Un día mi padre, en atención a sus demandas, me quitó los libros, pero me los devolvió al día siguiente. Comprendiendo mi madre que aquella era una

batalla perdida, insistió tan sólo en que también leyera la Biblia con tanto celo. No me hice de rogar y leí con mucho interés las Sagradas Escrituras. Por otra parte vigilaba que no cayera en mis manos ningún libro peligroso, además, yo misma hubiera amolado esos libros si hubieran caído en mis manos, pues todos mis príncipes y princesas eran extremadamente virtuosos. Ya sabía más historia natural sobre el género humano de lo que dejaba adivinar y he de decir que la mayor parte de estos conocimientos procedían de mis lecturas bíblicas. Los pasajes de comprensión difícil que encontraba los cotejaba con palabras y hechos que pasaban ante mis ojos y por este procedimiento, ayudada por mis deseos de saber y por mi facultad imaginativa de combinación de pensamientos, extraía la verdad. Si hubiera escuchado historias de brujas, me habría familiarizado con la brujería.

A mi madre y a mi pasión por saber, debo mi amor por la lectura y a ésta que me afi-

cionara a la cocina, pero para ello había también que ver. Trocear una gallina o un lechón eran para mí una fiesta. Yo le llevaba a mi padre las entrañas y éste disertaba conmigo como si yo fuera un estudiante. Con frecuencia me llamaba, lleno de íntima satisfacción, su hijo frustrado.

Ya había cumplido los doce años. Aprendía francés, baile, dibujo y recibía la habitual clase de religión. Durante ésta tenía sentimientos y concebía pensamientos, pero ninguno que tuviera relación con mi estado anterior. Me gustaba escuchar algo acerca de Dios y me sentía orgullosa de poder hablar de él mejor que mis compañeras. Leía muchos libros que me daban pie para platicar sobre religión, pero jamás se me ocurrió la idea de preguntarme cuál era mi condición y de si podía asemejarme a un espejo en el que pudiera reflejarse la luz del sol eterno, este punto lo había logrado ya de antemano

Aprendía francés con mucho aprove-

chamamiento. Mi profesor de idiomas era un hombre despierto. No era ni un pragmatista frívolo ni un árido gramático, tenía capacidad científica y había visto mundo. Paralelamente a la clase de lengua extranjera, satisfacía mi afán de saber en otras materias. Le tenía tanto aprecio, que mi corazón daba un vuelco cuando aparecía en casa. No me resultaba difícil dibujar y habría llegado mucho más lejos en esta materia, si mi profesor hubiera tenido conocimientos y cabeza, pero sólo tenía destreza y manos.

Lo que menos me gustó al principio era bailar, pues mi cuerpo era sensible en extremo y además mis únicas compañeras de baile eran mis hermanas. Pero mi maestro tuvo la idea de organizar un baile con todos sus alumnos y alumnas, y esto hizo que mi afición por este ejercicio creciera.

Entre los niños y las niñas me fijé en dos hermanos, hijos de un mariscal de la corte. El más joven era de mi edad, el otro dos años mayor. Ambos eran de una belleza tal, que, según

la opinión generalizaba superaban ampliamente lo que se espera encontrar cuando se dice que un niño es guapo. Apenas los hube visto, no presté ninguna atención a ninguno de los que me rodeaba. En aquel momento bailé con atención y deseé bailar bien. ¿Por qué me llamaron especialmente la atención aquellos dos muchachos? Lo ignoro, pero el caso es que al cabo de una hora éramos los mejores amigos del mundo y aquella pequeña fiesta no había acabado aún cuando ya habíamos quedado en volver a vernos cuanto antes. Aquella fue para mí una gran alegría. Pero me quedé fascinada cuando al día siguiente ambos me enviaron un billete galante en el que se interesaban por mi salud acompañado de un ramo de flores. ¡No me he vuelto a sentir igual que me sentí entonces! Contesté a las galanterías con otras galanterías, a los billetes con otros billetes. La iglesia y los paseos nos servían de lugar de citas, nuestros amigos nos invitaban a muchas reuniones a ellos y a mí juntos, pero éramos lo suficien-

temente hábiles para que nuestros padres no vieran de nuestras relaciones más que aquello que quisiéramos que viesan. Ahora tenía dos pretendientes a la vez. No me había decidido por ninguno de ellos, ambos me gustaban y nos entendíamos muy bien los tres. Una vez el más mayor estuvo muy enfermo. Como yo había estado enferma en muchas ocasiones y supe cómo agradar al paciente teniendo con él ciertos detalles y enviándole chucherías. Sus padres me dieron las gracias por mis atenciones y, cediendo a las súplicas de su querido hijo, nos invitaron a su casa a mí y a mi hermana, tan pronto como mi amigo abandonó la cama. La ternura con la que me recibió no tenía nada de infantil y desde aquel día me decidí por él. Me recomendó que fuera discreta con su hermano, pero el fuego no se pudo disimular y los celos del menor vinieron a completar el cuadro. Nos hacía víctimas de sus travesuras, le gustaba turbar nuestra alegría, con lo que incentivaba la pasión que pretendía destruir.

Yo ya había encontrado a mi deseado corderito, y mi pasión, como en otro tiempo mi enfermedad, hizo que recobrase la calma y me alejara de las distracciones bulliciosas. Volví a recogerme, a aislarme y la vivencia de Dios volvió a apoderarse de mí. El asumió de nuevo el papel de confidente mío. Buena cantidad de lágrimas lloré implorándole la curación de mi amigo que tardaba en llegar.

A pesar de todo lo infantil que había en nuestra relación, ésta contribuyó a formar mi corazón. Todos los días teníamos que entregarle a nuestro profesor de francés, en lugar de la traducción que le dábamos anteriormente, cartas redactadas por nosotros. Yo representé mis amores bajo los nombres de Damon y Filis. El viejo profesor intuyó en el acto que me traía entre manos y alabó vivamente mi trabajo. Cada vez me hacía más audaz, escribía con toda franqueza y no le escamoteaba la descripción de los hechos ni los detalles más nimios. No sé la frase que le dio pie para que

él dijera:

-Esto está lleno de nobleza y de naturalidad. Pero recomendaría a la bondadosa Filis que se pusiera en guardia para que el idilio no se torne demasiado serio.

Me molestó que no tomara nuestra relación por algo que ya era serio y le pregunté un tanto irritada qué entendía él por serio. No se hizo repetir la pregunta, se explicó con una claridad tal, que apenas pude disimular mi espanto. Mas como al espanto se sobrepuso mi despecho, porque me pareció indebido que el profesor tuviera tales pensamientos, quise reivindicar a mi bella heroína y dije con las mejillas enrojecidas como por fuego:

-Pero, señor, ¡mi Filis es una doncella honrada!

Tuvo la malicia de burlarse de mi heroína y, aplicándose a Filis, empleó el vocablo *hon-néte* en todas las acepciones que permite la lengua. Sentí que me estaba ridiculizando y me sentí abatida. Como el propósito de mi profesor

no era asustarme, interrumpió su exposición y condujo la charla por otros derroteros. Las obras de teatro y las pequeñas historias que me hacía leer y traducir me habían mostrado en muchas ocasiones las dificultades que tiene la virtud para prevalecer sobre los requerimientos de la pasión. No repliqué más, aunque me sentí íntimamente enojada y su observación se convirtió en una especie de lastre para mí.

Poco a poco fui abandonando a mi querido Damon, las intrigas de su hermano contribuyeron al final de nuestras relaciones. No pasó mucho tiempo y los dos amantes murieron. Me resultó doloroso, pero pronto los olvidé.

Filis se desarrollaba con rapidez, disfrutaba de una salud perfecta y comenzaba a ver mundo. El príncipe heredero se casó y asumió el trono tras la muerte de su padre. En la corte ven la ciudad reinaba la agitación. Mis inquietudes encontraron nuevo alimento. Había comedias, bailes y todo tipo de actos conmemorativos y, aunque mis padres se resistieron todo

lo posible, hubieron de presentarnos en la corte. Afluían los extranjeros, se sucedían las recepciones, se nos presentaron varios caballeros y en casa de mi tío estaban presentes todas las naciones.

Mi honorable mentor continuaba guiándome con prudencia y acierto, por lo que yo seguía íntimamente enfadada con él. No estaba en absoluto convencida de la verdad de sus doctrinas, y tal vez tuviera razón. Tal vez él se equivocara al considerar que las mujeres eran siempre tan débiles, pero se expresaba de una manera tan categórica, que un día llegué a tener miedo de que sus palabras se correspondieran con la realidad y le dije:

-Puesto que el peligro es tan grande y el corazón humano es tan débil, le pediré ayuda a Dios para que me proteja. Aquella ingenua reacción pareció gustarle; pero aquel sentimiento que había expresado era todo menos serio, pues mi contacto con el Invisible hacía mucho tiempo que había perdido su intensi-

dad. La gran confusión en la que estaba envuelta me distraían y me arrastraban como una fuerte corriente. Fueron los años más vacuos de toda mi vida. Dejaba pasar los días sin hablar de nada, sin tener un solo pensamiento sano y sin hacer otra cosa que permitir a mi mente revolotear de una idea a otra. No me ocupaba ya de mis queridos libros, los hombres con los que trataba no tenían ni idea de ciencia, eran cortesanos alemanes, clase que por aquella época carecía de toda cultura.

Un entorno de esta naturaleza casi me condujo al borde del abismo. Mi vida era una serie ininterrumpida de placeres materiales, ni me recogía, ni rezaba, ni pensaba en Dios, pero hoy valoro como una acción de la Providencia que no me gustara ninguno de los hombres guapos, ricos y bien vestidos que me rodeaban. Eran frívolos y no sentían reparos de reconocerlo, lo que me hizo tener reservas hacia ellos. Adornaban su conversación con ambigüedades y esto me hería, me obligaba a tra-

tarlos con frialdad; su grosería iba más allá de todo lo que pudiera esperarse, y eso me daba pie para ser grosera con ellos.

Además mi viejo profesor me dijo en confianza que la mayoría de aquellos desvergonzados mozalbetes no ponían en peligro solamente la virtud de las muchachas sino también su salud. Desde entonces me causaban horror y ya sentía cierta repugnancia cuando tenía uno de ellos cerca de mí. Desconfiaba de las tazas y los vasos y hasta evitaba sentarme en las sillas donde lo habían hecho ellos. De esta manera me sentí moral y físicamente muy aislada y todas las galanterías que me decían las tomaba por ofrendas de incienso que en justicia me merecía.

Entre los extranjeros que se encontraban en nuestra casa, había un joven que despertaba atención y al que en broma llamábamos Narciso. Había adquirido buen renombre en la carrera diplomática y abrigaba esperanzas de ser ascendido a raíz de los cambios que iban a pro-

ducirse en nuestra corte. Pronto trabó relaciones con mi padre y sus conocimientos y sus modales le abrieron el camino en la exclusivista sociedad de los hombres distinguidos. Mi padre abogó por él y su buena planta y aspecto externo agradable hubieran favorecido más su causa si no hubiera traslucido en su comportamiento cierta fatuidad. Me lo habían presentado, tenía buena opinión de él, pero todavía no habíamos conversado.

Durante un gran baile al que él también asistió, danzamos un minueto, pero nuestra relación no fue entonces más allá. Cuando llegaron las danzas de más ritmo, en atención a mi padre y a mi salud, me retiré a la sala contigua y mantuve una conversación con unas cuantas amigas de mayor edad que estaban jugando.

Narciso, que vino a la sala más tarde, empezó a hablar conmigo después de contener una hemorragia nasal que le había sobrevenido bailando. La conversación que duró una media

hora fue muy interesante, a pesar de que en ella no estuvo presente el más mínimo atisbo de afecto. Tan interesante que se nos olvidó totalmente el baile. Los que nos rodeaban nos hicieron varias bromas, pero no consiguieron que nos inmutáramos. Al día siguiente reanudamos nuestra conversación y ello contribuyó a que aumentara nuestro contento.

Ya nos habíamos conocido. Narciso venía a visitarnos a mí y a mis hermanas y entonces me di cuenta de todo lo que yo sabía, todo lo que había sentido, todo lo que podía expresar en mi conversación. Mi nuevo amigo que desde muy joven había estado en contacto con la alta sociedad tenía aparte de un dominio pleno de la historia y la política, unos conocimientos literarios muy amplios y no había ninguna novedad, especialmente de las que surgían en Francia, que le resultase desconocida. Me traía o me enviaba lecturas muy agradables, aunque era preciso mantenerlo en secreto más que si se tratase de una intriga amorosa. Era moda reírse

de las mujeres eruditas, se las tomaba por insufribles, probablemente porque dejaban en ridículo a muchos hombres que practicaban la ignorancia. Mi propio padre, a quien agradaba que me cultivara, exigió expresamente que mantuviera en secreto mis incursiones en la literatura.

Llevábamos más de un año de relaciones sin que se pudiera decir que Narciso me hubiera mostrado amor o ternura de ningún tipo. Siempre estaba correcto y cordial, pero sin mostrar afecto alguno, más bien parecía ser el encanto de mi hermana menor, que por aquella época era extraordinariamente bella, el que parecía no dejarlo indiferente. Él la llamaba con nombres amistosos extraídos de las lenguas extranjeras, de las cuales hablaba muchas muy bien y cuyos giros gustaba de mezclar con la lengua alemana. Ella sólo contestaba a sus galanterías muy raramente, pues su corazón parecía sentir otras ligaduras. Como él era muy impresionable y ella algo hosca, a menudo discu-

tían. Pero con nuestra madre y con nuestra tía se entendía muy bien, lo que le convirtió en un miembro de la familia.

Quién sabe cuánto tiempo hubiéramos seguido de esta guisa si un suceso azaroso no hubiera contribuido a modificar notablemente nuestras relaciones. A mi hermana y a mí nos habían solicitado que fuéramos a una casa que no me gustaba visitar. La tertulia que allí se reunía era demasiado heterogénea, pues se congregaban personas que, si no eran de lo más tosco, sí eran de lo más simple. En esta ocasión también Narciso había sido invitado, lo que me hizo sentir el deseo de acudir a la cita, pues al menos en esta ocasión encontraría alguien con quien podría hablar a mis anchas. Ya durante la comida tuvimos que aguantar lo nuestro, porque unos hombres bebieron más de la cuenta. De sobremesa se jugó a las prendas, diversión que discurrió de forma muy animada y tumultuosa. Narciso tenía que pagar una prenda, debía decirle al oído algo agradable a cada uno

de los jugadores. Pasó demasiado tiempo hablándole a mi vecina de mesa, que era mujer de un capitán. Por eso éste, sin mediar palabra le dio a Narciso una bofetada tal, que voló hasta mi cara el polvo de su peluca. Después de haberme restregado los ojos y de sobreponerme al espanto, vi a ambos hombres con sus puñales desenfundados. Narciso sangraba y el otro fuera de sí por el vino, la ira y los celos, apenas podía ser contenido por el resto de la reunión. Tomé a Narciso del brazo y me lo llevé de allí, salimos por una puerta por la que se accedía a una escalera que llevaba a otro cuarto, y como no estaba segura de que mi amigo se hubiera librado de su perturbado antagonista, corrí inmediatamente el cerrojo.

Consideramos que la herida no era grave, pues tan sólo vimos un pequeño arañazo en la mano, sin embargo, pronto nos dimos cuenta de un torrente de sangre que bajaba de la espalda y nos hizo descubrir una gran herida en la cabeza. Entonces sentí temor por él. Corrí al

vestíbulo para pedir ayuda, pero nadie atendió mi llamada, todos habían permanecido en el piso de abajo intentando contener al capitán. Llegó al fin una de las hijas de la familia anfitriona y su animación me llenó de no poco estupor, pues se reía con ganas del grotesco espectáculo y de la comedia de mal gusto que se había visto. Le rogué que trajera a un médico, y ella con sus inexistentes modales bajó corriendo la escalera en busca de uno.

Fui a asistir a mi herido, le até la mano con un pañuelo y la cabeza con una toalla que colgaba del picaporte de la puerta. Todavía sangraba mucho, estaba empalideciendo y parecía que se iba a desmayar. No había nadie junto a nosotros que pudiera ayudarnos. Yo lo tomé por el brazo e intenté animarlo con caricias y palabras tiernas. Aquello pareció tener el efecto de un medicamento para su espíritu. Entretanto no perdió el conocimiento, pero su palidez parecía mortal.

Finalmente vino la activa anfitriona, que

se quedó absolutamente conmocionada al ver a mi amigo con ese aspecto sobre mis brazos y a mí cubierta de sangre, y es que nadie se había imaginado que Narciso hubiera sido herido, todos pensaban que yo lo había librado a tiempo de todo mal.

En el acto hubo allí vino, perfumes y todo aquello que pudiera aliviarlo y refrescarlo. Luego vino el cirujano y a mí me hubiera gustado mucho marcharme en aquel preciso instante, pero Narciso apretó mi mano, y yo sin sentir que me retenía, me quedé con él. Mientras se procedía a su vendaje yo lo rociaba con vino, sin importarme mucho que todos los otros me estuvieran observando. El cirujano había acabado, el convaleciente se despidió de mí con un afectuoso gesto y sin palabra alguna.

La señora de la casa me llevó a su habitación, donde hube de desnudarme por completo. Debo confesar que mientras lavaban la sangre de Narciso que se me había adherido al cuerpo, por primera vez y de forma casual,

supe que también desnuda era hermosa. No pude volver a ponerme ninguna de las prendas que llevara antes del accidente y como las personas que había en la casa o bien eran más delgadas o de complexión más fuerte que yo, volví a mi casa hecha unos zorros para la mayúscula sorpresa de mis padres. Estaban impresionados por el miedo que había debido pasar, por las heridas que había sufrido el buen amigo, por la estupidez del capitán y por el suceso en su conjunto. Faltó poco para que mi padre fuera a vengarse del capitán en nombre de su amigo. Reprochaba a los caballeros que presenciaron el incidente que no hubieran castigado en el acto aquella acción sanguinaria, pues para él estaba claro que el capitán, inmediatamente después de darle la bofetada a Narciso, había sacado el puñal y lo había herido en la espalda, e incluso estaba seguro de que el arañazo en la mano se lo habían hecho a Narciso antes de que éste echara mano de su puñal. Era indescriptible lo alterada que me encontraba, ¿cómo podría ex-

presarlo? Fue como si un afecto que había permanecido oculto se manifestara de golpe, fue como si un incendio latente hubiera recibido el soplo del viento. Y si el placer y la alegría son muy apropiados para despertar y alimentar el amor, él, emotivo por naturaleza, es impulsado por el horror por más fuerza que nada a decirse y a decantarse. Hube de tomar algunos medicamentos y de guardar cama. Al día siguiente a temprana hora, mi padre fue a visitar a mi amigo herido.

Mi padre me dijo muy poco de lo que había hablado con él e intentó tranquilizarme acerca de las consecuencias que podía tener este suceso. La cuestión estribaba en si sería suficiente una petición de disculpas o si por el contrario habría que emprender cualquier demanda. Yo conocía demasiado bien el carácter de mi padre, y suponía que no consideraba que aquel penoso acto pudiera repararse sin un duelo, sin embargo no dije nada, pues había aprendido de mi padre que las mujeres

no deben inmiscuirse en esos asuntos. Yo desconocía que en la visita que mi padre hizo al herido se hubiese tratado de nada que me atañera personalmente, pero mi progenitor no tardó en contarle a mi madre la parte de la conversación que yo desconocía: Narciso había quedado vivamente conmovido del apoyo que le había brindado, lo había abrazado, había declarado que se sentía eternamente en deuda conmigo, había afirmado que no deseaba tener felicidad alguna si no podía compartirla conmigo y le había pedido considerarlo su padre. Mamá me dijo todo esto en confianza, añadiendo la bienintencionada advertencia de que las palabras dichas en momentos de emoción no debían ser muy tenidas en cuenta.

-Claro que sí, estoy muy de acuerdo - contesté con fingida frialdad, bien sabía el Cielo lo fingida que ésta era.

Narciso guardó cama dos meses y, por su herida en la mano derecha no pudo escribir ni una carta, pero sus atenciones de gran deli-

cadeza eran prueba de que pensaba en mí. Unía todos estos detalles a lo que mi madre me había dicho y así mi cabeza no dejaba de concebir ilusiones. La ciudad entera hablaba del acontecimiento. Se me hablaba en un tono muy especial, la gente veía en todo aquellas consecuencias que me hacían estremecer por dentro, aunque yo hiciera todo lo posible por desestimarlas en público. Lo que hasta entonces habían sido pasatiempo y costumbre, se había convertido en algo serio e íntimo. La intranquilidad en la que vivía era más violenta cuanto más intentaba ocultarla ante los demás. La idea de perderlo me horrorizaba y la posibilidad de alcanzar un acercamiento más estrecho a él me hacía temblar. La idea de matrimonio tiene algo de tenebroso para una muchacha medio razonable.

Las violentas sacudidas de ánimo me volvieron a hacer reflexionar en mí misma. Aquellas coloridas imágenes de la vida mundana que me habían perseguido día y noche

desaparecieron de un plumazo. Mi alma volvió a despertar, pero no era tan fácil reanudar las relaciones con el Amigo Invisible. Todavía permanecimos durante un tiempo a cierta distancia; ya habíamos recuperado algo de nuestra relación, pero todavía existía entre nosotros una gran diferencia.

Sin que yo supiera nada del asunto, hubo un duelo del que el capitán resultó gravemente herido y la opinión pública se mantuvo en todo momento del lado de mi querido, que finalmente se dejó ver. Ante todo, lo importante para mí fue que se hizo conducir a nuestra casa con la mano y la cabeza todavía vendadas. Cómo latió mi corazón durante esta visita. Estaba presente toda la familia, se cruzaron felicitaciones y frases de cortesía y agradecimiento. Sin embargo, él encontró la oportunidad de darme algún signo secreto de ternura, con lo que mi agitación aumentó. Después de haberse recuperado plenamente, nos estuvo visitando todo el invierno igual que

antaño, y a pesar de todas las muestras de cariño y afecto que me dio, la situación quedó sin aclarar.

En consecuencia, yo estaba en constante agitación. No podía confiar mis preocupaciones a ninguna persona y por añadidura me hallaba muy lejos de Dios. Lo había olvidado durante cuatro años; ahora pensaba de nuevo en Él, pero nuestra relación se había enfriado y tan sólo eran visitas de cumplido las que le hacía. Como por otra parte, cuando me presentaba ante él, iba satisfecha de mí misma y siempre vestida con mis mejores prendas, la virtud, la sinceridad y todas aquellas cualidades en las que creía estar por encima de cualquier otra mujer, Él no parecía reparar en mí ante tanta gala.

Un cortesano al que su rey lo tratara así se sentiría muy intranquilo. Yo por mi parte estaba absolutamente serena. Tenía lo que podía apetecer, salud y bienestar. Si Dios quería aceptar mi ofrenda, bien, en caso contrario

pensaba que de todos modos ya había pagado mi deuda con El.

En realidad yo no me hacía expresamente las citadas reflexiones, pero éstas describían el estado de mi mente. Pero se preparaban acontecimientos que iban a modificar mi forma de sentir.

Llegó la primavera y Narciso me visitó inesperadamente un día en el que me encontraba sola en casa. Me habló como un enamorado, me preguntó si quería entregarle mi corazón y, en caso de que consiguiera una posición honorable y sólida, mi mano.

Ya estaba empleado en nuestra administración, pero al principio, temiendo su ambición, habían hecho que se estancara su carrera en lugar de permitir que progresara con rapidez. Como, por otra parte, era rico, se le pagaba un sueldo ridículo.

A pesar de todo lo que me atraía, comprendía que era un hombre con el que no convenía ser franca del todo. Me contuve y le dije

que hablara con mi padre de cuyo consentimiento él parecía no dudar. Sin embargo, él me dijo que antes quería conocer mi decisión. Le di el sí, pero con la condición expresa de que debería obtener antes el permiso de mis padres. A renglón seguido, él habló formalmente con mis progenitores que contestaron que les satisfaría especialmente el matrimonio, y se cerró el compromiso, si bien contando con la seguridad de un ascenso próximo. Se dio noticia de mi compromiso a mis hermanas y a mis tías conminándolas a que nos guardaran el secreto.

El enamorado se había tornado prometido. Entonces quedó de manifiesto la diferencia entre nosotros dos. Si alguien pudiera convertir a todos los enamorados de muchachas juiciosas en prometidos, haría un gran favor a nuestro sexo, aun cuando de cada una de esas relaciones no se siguiera necesariamente un matrimonio. El amor entre dos personas no disminuye por un compromiso, pero se hace

más serio. Dejan de hacerse innumerables tonterías, coqueteos y bromas. Si nuestro novio dice que nos prefiere con un pequeño sombrero de mañana que con un magnífico postizo, entonces cualquier muchacha juiciosa perderá todo interés por la peluquería. Además es natural que el novio sea realista y prefiera llevarse un ama de casa que una muñeca maquillada. Y esto es válido para cualquier caso.

Si la doncella tiene la suerte de que su prometido tiene inteligencia y conocimiento, obtendrá un saber mayor del que las universidades y los viajes al extranjero puedan proporcionarle. Así no sólo obtendrá de él toda la formación que le brinde, sino que se esmerará en perfeccionarla siguiendo su modelo. El amor hace posible lo imposible y finalmente da lugar a la sumisión que es tan necesaria para el género femenino. El novio ejerce un dominio distinto al del marido, aquél tan sólo sugiere y su prometida procura adivinar lo que él desea, para luego llevarlo a cabo.

La experiencia me ha enseñado verdades de inestimable valor. Yo me sentía feliz, todo lo feliz que una puede ser en este mundo, es decir, por muy poco tiempo.

El verano pasó en medio de esta tranquilidad. Narciso no me dio ni el más mínimo motivo de queja, cada vez lo quería más, estaba pendiente de él con toda mi alma; esto sabía él muy bien apreciarlo. Sin embargo, de aparentes pequeñas naderías fue formándose algo que poco a poco acabó dañando nuestra relación.

Narciso en su calidad de prometido trataba conmigo, pero nunca me pedía aquello que todavía nos estaba vedado. Sin embargo, nuestros conceptos de la virtud y el respeto eran muy diferentes. Yo no quería concederle otras libertades que aquellas que pudieran ser de dominio público. Él, muy habituado a las golosinas, encontraba muy estricta aquella dieta y mantenía al respecto una conducta contradictoria, pues, al mismo tiempo que alababa

mi resistencia, intentaba doblegar mi resolución.

A todas horas me venía a las mientes la palabra «serio» de mi antiguo profesor de francés, al igual que el remedio que yo le había propuesto.

Ya estaba un poco más cerca de Dios. Le debía estar agradecida, porque me había dado un magnífico prometido. El amor terrenal concentraba toda la atención de mi espíritu y lo ponía en movimiento, y mis relaciones con Dios no estaban en contradicción con ese amor. Como era natural, le expresaba mis quejas y le confesaba mis miedos a Dios, sin darme cuenta de que aquello que temía era lo que más deseaba y ansiaba. Me consideraba llena de fuerza y no rezaba «No me dejes caer en la tentación», pues a mi entender la tentación no podía hacerme daño. Arropada por el oropel de aquella supuesta virtud, me presentaba ufana ante Dios y él no me rechazaba. Cada nuevo paso que daba hacia Él, me hacía tener

una nueva y agradable sensación en mi alma, una sensación que me impulsaba a seguir acercándome.

No había en el mundo nada más que Narciso para mí, ni yo encontraba nada atractivo aparte de él. Incluso mi gusto por ir arreglada no pretendía otra cosa que agradarle y, cuando sabía que no iba a verme, descuidaba todo arreglo. Me gustaba bailar y lo hacía cuando él no estaba, pues en su presencia me comportaba como si no pudiera aguantar el movimiento. Para las brillantes fiestas a las que me invitaban y él no podía asistir, era incapaz de mandarme hacer un vestido nuevo o de adaptar mi viejo vestuario al de la moda. Me gustaban lo mismo este o aquel hombre o, mejor dicho, ambos me resultaban igual de pesados. Me gustaban las veladas en las que podía departir y pasar el tiempo jugando con personas adultas, algo que anteriormente me repelía y cuando un amigo me hacía una broma al respecto, me daba pie para esbozar la

primera sonrisa de la noche. Otro tanto ocurría durante los paseos y todos los pasatiempos sociales que pudieran pensarse.

Sólo a él me he entregado,

Sólo para él he nacido.

No quiero más que su favor.

En muchas reuniones permanecía en solitario y era mucho más agradable para mí la soledad plena. Pero, como mi espíritu activo no podía ni dormir, ni soñar como yo sentía y pensaba, empecé a hablar con Dios. En mi alma se desarrollaron otro tipo de pensamientos que no estaban en contradicción con los que ya tenía, pues mi amor por Narciso encajaba dentro del plan de la Creación y no contravenía ninguno de mis deberes. He dicho

que en ellos no había contradicción, pero sí que ambos eran muy distintos y variaban entre sí. La de Narciso era la única imagen que tenía presente y él constituía el centro de todo mi amor, pero el otro sentimiento no tenía como referencia ninguna imagen y era inexplicablemente agradable. Ya no lo tengo y ya no puedo volver a tenerlo.

Mi amado que conocía todos mis secretos, no supo nada de estas experiencias. Había evidenciado ante mí que tenía otra forma de pensar, me daba a leer escritos que combatían con armas ligeras y pesadas contra el Invisible y todo lo que tuviera que ver con El. Yo leía esos libros, porque Narciso me los traía, pero después de leerlos no recordaba ni una palabra de ellos.

Tampoco estábamos de acuerdo en lo referente a ciencias y otros conocimientos. Como todos los hombres, Narciso despreciaba a las mujeres que habían alcanzado cierto nivel de erudición, aunque por otra parte no

cesaba de instruirme. Solía hablarme de todas las especialidades salvo de jurisprudencia, y sin dejar de proporcionarme escritos de todo tipo, me repetía el siguiente consejo, ciertamente lamentable: la mujer debe ocultar su saber tanto como un calvinista su fe en un país católico. Como yo, por mi propio temperamento, no gustaba de mostrarme más lista e instruida, él fue el primero que no pudo resistir la vanidad de hablar de mis méritos.

Un hombre de mundo, muy afamado y muy valorado por aquel entonces a causa de su talento y su inteligencia, tuvo una gran acogida en nuestra corte. Este hombre apreciaba especialmente a Narciso y lo tenía constantemente a su lado.

Uno de sus temas de discusión era el de la virtud de la mujer. Narciso me contó punto por punto su conversación, yo no dejé de hacerle ciertas observaciones y mi prometido me pidió que las reflejara por escrito. Yo tenía bastante facilidad para escribir en francés, pues mi

viejo profesor me había proporcionado una buena base. La correspondencia con Narciso era en francés, en realidad en aquella época quien quisiera formarse el gusto literario tenía que hacerlo por la lectura de libros en esta lengua. Mi redacción le había gustado al Conde, quien me pidió que le diera unos versos que yo acababa de componer. En definitiva, Narciso se jactó sin cortapisas de la capacidad de su novia y la historia acabó para su placer con una sagaz carta escrita en verso y en francés, que el Conde le mandó al marcharse de nuestra ciudad. En la citada misiva éste cantaba las excelencias de la disputa que habían mantenido y al final felicitaba a mi novio por, después de tantas vacilaciones y errores, poder descansar en los brazos de una prometida que le enseñaría de forma inequívoca lo que era la virtud.

Esta carta me la enseñó primero a mí y luego casi a todo el mundo, y cada uno hizo al respecto los comentarios que quiso. Así procedió en algunos casos y en otros se la dio a cono-

cer a aquellos invitados a casa de mi padre a quienes apreciaba.

Una familia dueña de un condado vino a nuestra ciudad y permaneció allí durante algún tiempo para ser atendida por un capaz y eminente médico residente en ésta. También entre ellos fue recibido Narciso como un hijo. Me los presentó. Entre aquellas nobles personas, el talento y el corazón recibían satisfacción y agrado e incluso los pasatiempos no parecían tan vacuos como era habitual. Todos sabían que estábamos prometidos, pero nos trataban como si lo desconocieran y nunca se nos pedía que hablásemos de ese tema. He mencionado a esta familia, porque han ejercido una considerable influencia en el resto de mi vida.

Ya había pasado un año desde que comenzara nuestro idilio y también había pasado la primavera. Llegó el verano y todo adquirió un tono más grave y adusto aderezado por el calor reinante.

Algunas muertes inesperadas dejaron

vacantes algunos puestos de la administración. Se acercaba el momento en el que mi destino se iba a decidir. Mientras Narciso y todos sus amigos hacían en la corte todos los esfuerzos posibles por evitar causar cualquier mala impresión y conseguirle su deseada plaza, yo concentré toda mi atención en el Amigo Invisible. Había sido tan bien recibida por Él, que volví a buscarlo. Le formulé mi deseo de que Narciso consiguiera su plaza, pero no lo expresé con vehemencia, no quería que la obtención del puesto fuera una consecuencia directa de mis rezos.

El puesto fue ocupado por un candidato de mucha menor valía que Narciso. La triste noticia me estremeció e hizo que me encerrara en mi cuarto. Mi primera sensación de dolor quedó bañada en lágrimas, pero mi siguiente pensamiento fue: «Esto no ha ocurrido por casualidad», y me resigné pensando que este mal iba a producirme a la larga provecho. Entonces me inundaron las más agradables sensaciones

que se pudieran imaginar que disiparon todos aquellos nubarrones de preocupación. Sentí que con esa ayuda se puede resistir cualquier mal. Fui a sentarme al comedor llena de serenidad para sorpresa de mis familiares.

Narciso era más débil que yo y hube de consolarlo. También había recibido ciertas noticias adversas de su familia que lo tenían muy preocupado, y apoyándose en la confianza que me tenía, me lo contó todo. Sus negociaciones para ser contratado por administraciones extranjeras no habían sido más afortunadas. Sentí en el alma todo aquello por él y por mí y le mostré todos mis sentimientos a Aquel que tan acogedora-mente me había aceptado.

Cuanto más dulces eran estas experiencias de acercamiento, más trataba de renovarlas a ellas y al consuelo que me habían deparado. Pero no lo encontraba siempre. Era como alguien que desea que el sol lo caliente, pero encuentra algo que se interpone y se lo impide. «Cuál es el obstáculo?», me preguntaba a mí

misma. Después de investigarlo ávidamente, me di cuenta de que todo dependía del estado de mi alma. Como ésta no había sido correctamente orientada hacia Dios, permanecía indiferente. No podía percibir su respuesta ni escuchar lo que me quería decir. Y entonces me hice la segunda pregunta: «¿Qué me impide tomar la dirección correcta?» Aquí había llegado a un campo muy amplio y me compliqué en una investigación que se prolongó durante el segundo año de mi historia de amor. Tendría que haber acabado mi investigación bastante antes, pues muy pronto encontré la pista buena, pero no quise reconocerla y busqué miles de subterfugios.

Muy pronto me di cuenta de que la correcta orientación de mi alma era desviada por estúpidas distracciones que me hacían ocupar mi tiempo en asuntos indignos de emplearlo. Cómo y dónde quedó para mí muy claro desde un principio. Pero, ¿cómo desligarse de un mundo en el que todo es indiferente o absur-

do? Me hubiera gustado dejar las cosas en ese punto y seguir viviendo al azar como el resto de la gente a la que veía contenta, pero no pude. Ya había penetrado en un círculo cuyas ligaduras no podía romper y veía que en un asunto que tanto me competía las fatalidades se acumulaban y se reunían. Muchas veces me metía en la cama llorando y después de una noche insomne me despertaba llorando también. Necesitaba un fuerte apoyo y Dios me lo negaba cuando me acercaba a él con un capirote de loco.

Decidí abandonar muchas de mis costumbres. La danza y los juegos fueron los primeros que pasaron por el tribunal de mi conciencia. Puedo asegurar que no he dejado de examinar, discutir, leer, reflexionar, rechazar y acabar deplorando nada de lo que se ha dicho, escrito y pensado en pro y en contra de estas dos distracciones. Si las abandonaba, Narciso se sentiría ofendido, pues no había nada que lo repugnara más que ofrecer ante los demás una

ridícula imagen de pusilanimidad y miedo al mundo circundante. Como en el fondo yo practicaba estas actividades, que me parecían dañinas estupideces, no por propio gusto, sino por agradar a Narciso, tomar aquella decisión me resultaba enormemente difícil.

No sería capaz de describir los esfuerzos que hice para abandonar aquellas ocupaciones, que disipaban mi espíritu y perturbaban mi paz interior, sin abundar en detalles ni incurrir en repeticiones, lo que haría muy pesado el relato. Estas ocupaciones impedían que mi corazón estuviera abierto para comprender la acción del Ser Invisible y comprender que manteniéndolas no podía vencer la batalla que había emprendido me resultó sumamente doloroso. Y es que tan pronto me ponía la careta de la locura, ésta no se quedaba en la careta, sino que se iba adueñando de mi ser.

¿Me atreveré a abandonar por un momento las leyes de la narración y a hacer algunas observaciones de lo que me estaba pasan-

do? ¿Qué produjo que mi gusto y mi sensibilidad se modificaran de tal manera, que a la edad de veintidós años, e incluso antes perdiera todo el gusto por actividades que a los jóvenes de esa edad divierten de forma absolutamente inocente? ¿Por qué éstas no eran inocentes a mis ojos? Podría contestar: precisamente porque no son inocentes, porque mi alma no era algo desconocido para mí como lo era para muchos jóvenes de mi edad. No, yo sabía, por experiencia, que había tenido impremeditadamente pensamientos que nos proporcionaban placeres más elevados que los buscados de forma vana mediante la voluptuosidad, y también sabía que en estas alegrías más elevadas había encerrado un tesoro que nos daba fuerzas para soportar las desgracias.

Pero los placeres y las distracciones sociales tenían forzosamente que suponer para mí un fuerte atractivo, pues me resultaba imposible entregarme a ellos sin sentir nada. ¡Cuántas cosas podría hoy hacer con absoluta frialdad,

que, sin embargo, por aquel entonces me extrañaban y amenazaban con adueñarse plenamente de mí! No había ya ningún camino intermedio: o renunciaba a aquellos atractivos placeres o desistía de mis pensamientos íntimos que tanta calma me producían

Pero ya mi alma había dictado sentencia sin tener conciencia de ello. Aunque en mí había algo de añoranza por las alegrías sensuales, yo no podía gozarlas ya. Por mucho que a alguien le guste el vino, perderá todo el gusto por beberlo si se encuentra rodeado de toneles en una bodega, donde el viciado aire amenaza con ahogarlo. El aire puro es más importante que el vino, yo lo sabía bien, y desde el principio habría preferido lo bueno a lo agradable, si no hubiera contenido mis propósitos el temor de perder el favor de Narciso. Pero, por fin, después de mil combates, después de una contemplación detenida del lazo que me unía a él, comprendí que ya era tan débil, que me sería posible romperlo. De pronto me di cuenta de

que lo único que me impedía acceder al espacio abierto era una campana de cristal, me dice: sólo necesitas fuerza para partirla en dos y estarás libre.

Bastó pensarlo para hacerlo. Arrojé la máscara y actué por primera vez como me dictaba el corazón. Seguía amando a Narciso, pero el termómetro que anteriormente estaba sumergido en agua caliente, se encontraba ahora expuesto al aire libre y ya no señalaría más grados de los que había en la atmósfera.

Por desgracia, la atmósfera empezó a enfriarse. Narciso empezó a retirarse y a sentirse ajeno a mí. Lo dejé hacer, pero mi termómetro siguió bajando a medida que se retiraba. En mi familia lo notaron y me preguntaron llenos de sorpresa por mi estado. Les expliqué con entereza varonil que ya me había sacrificado bastante y que estaba dispuesta a compartir con Narciso todas las adversidades de la vida, pero que exigía absoluta libertad en mi obrar y que desde ahora todo lo que hiciera u omitiera iba a

dependen exclusivamente de mis convicciones. Yo no persistiría tozudamente en mis opiniones y tendrí­a en cuenta todas las razones, pero que como lo que se ventilaba afectaba a mi propia felicidad, serí­a yo la que tomase la decisi3n y no tolerarí­a ning3n tipo de presiones. Los razonamientos del mejor m3dico del mundo no me convencerí­an para que tomase una sustancia, por muy benef­icosa y apetecida que fuera para muchas personas, tan pronto como mi experiencia me indicara que era nociva, tal y como ocurrí­a por ejemplo con el consumo del caf3. Igualmente nadie me obligarí­a a hacer pasar por moralmente conveniente un acto que a mí me descarriaba.

Como me vení­a preparando desde hací­a tiempo en silencio, los debates que produjo mi cambio me resultaron m3s agradables que penosos. Mi coraz3n se aireaba y yo apreciaba todo el valor de mi decisi3n. No retrocedí ni un 3pice y no tuve en consideraci3n a ninguno de los que no debí­a respeto filial. En mi familia

obtuve una rápida victoria. Mi madre tenía opiniones análogas desde su juventud, pero éstas no llegaron hasta el período de su madurez, porque no tuvo la oportunidad de cultivarlas, además ninguna situación especial le había obligado a exponerlas y había fortalecido su valor para hacerlas prevalecer. Se consideró feliz de ver en mí cumplidos sus íntimos deseos. Mi hermana inmediatamente menor parecía estar de acuerdo conmigo, la otra escuchaba y callaba. Mi tía fue la que presentó más objeciones. Las razones que ella aducía le parecían irrefutables y lo eran, pues resultaban de lo más vulgares. Al final me vi obligada a advertirle que no tenía ni voz ni voto en aquel asunto y ella se limitó a hacer que constara su opinión. Por otra parte he de decir que fue la única persona que, viendo este asunto de cerca, no se sintió conmovida por él. La verdad es que no se le haría ningún agravio diciendo que no tenía ninguna sensibilidad y que su inteligencia era muy limitada.

Mi padre mostró una conducta adecuada a su forma de pensar. Trataba la cuestión con pocas palabras pero con frecuencia conmigo. Sus razones eran muy convincentes y sus argumentos irrefutables. Pero rápidamente cambió la escena, y hube de apelar a su corazón. Impelida por su buen razonar, hube de manifestarle vivamente mis sentimientos. Dejé que mi lengua se liberara y que se derramaran mis lágrimas. Le mostré lo mucho que amaba a Narciso, cuánta violencia interior me había hecho a lo largo de los dos últimos años y cómo estaba segura de obrar bien. Afirmé que estaba dispuesta a pagar la pérdida de mi amado prometido y de la felicidad que me esperaba renunciando a mi herencia, dije que prefería abandonar mi patria, a mis padres y a mis amigos y tener que ganarme el pan en el extranjero, antes que obrar en contra de mis convicciones. El ocultó lo conmovido que se sentía, calló durante un rato y finalmente se declaró a favor mío.

A partir de ese momento Narciso no venía a casa y mi padre dejó de ir a la reunión semanal donde lo encontraba. La ruptura provocó revuelo en la corte y en la ciudad. Se habló mucho, como acontece cuando hay un asunto en el que la gente toma partido por alguien, porque se tiene la mala costumbre de influir en las decisiones de las almas débiles. Yo conocía bastante el mundo y sabía que se suele reprochar mucho lo que se ha hecho por consejo suyo y también la formación de mi espíritu hacía que esas opiniones fugaces tuvieran en mí el mismo efecto que nada.

Además yo no me prohibía el amor que sentía por Narciso. A pesar de que no lo veía, mi corazón seguía teniendo debilidad por él. Lo amaba con ternura, con un amor nuevo, más reposado que el de entonces. Si él estaba dispuesto a aceptar mis convicciones, yo era suya; en caso contrario, no lo hubiera aceptado ni aunque me ofreciera un imperio. Durante un buen puñado de meses, deliberé y tuve estos sentimientos y, como al final me sentí serena y

fuerte, como para afrontar mi cometido, le mandé un billete, escrito en términos correctos, pero no muy cariñosos, donde le preguntaba por qué no quería venir a verme.

Como yo conocía su carácter, poco amigo de dar explicaciones y dado a callar aquello que le convenía, quise intencionadamente ejercer presión sobre él. Recibí una contestación extensa, que me pareció anodina, con un estilo muy vago y plagada de frases incoherentes. Decía que le era imposible ofrecerme su mano mientras no encontrara un puesto mejor, que yo sabía lo difíciles que habían sido los obstáculos superados por él y también que unas relaciones tan prolongadas e infructuosas podían dañar mi reputación y que esperaba que yo le permitiera mantenerse a distancia. Tan pronto como él estuviera en condiciones de hacerme feliz, cumpliría la promesa que me había hecho y era sagrada para él.

Le respondí rápidamente que nuestras relaciones eran tan conocidas por todo el mun-

do, que ya me parecía demasiado tarde para preocuparse de mi reputación, y que por otra parte las mejores defensas de ésta eran mi conciencia y mi inocencia. Por ello, por esta carta lo relevaba sin vacilación alguna de las obligaciones que había contraído con su palabra y le deseaba que encontrara la felicidad. No pasó una hora y recibí su contestación que esencialmente no era diferente de la carta anterior. Seguía insistiendo en que cuando obtuviera el puesto deseado, compartiría su suerte conmigo.

Todo esto fue para mí como si no me hubiera dicho nada. Le dije a mis parientes y a mis conocidos que todo había acabado, y realmente había acabado. Nueve meses después, Narciso había sido elevado a un puesto que cumplía todas sus expectativas. Entonces me ofreció su mano, eso sí, con la condición de que yo, como mujer de un hombre que quería tener una familia de renombre, cambiara mi forma de ver las cosas. Se lo agradecí con mucha cordialidad y alejé mi corazón y mis sentidos de aque-

lla relación, al igual que solemos salir con premura del teatro cuando ha caído el telón. Poco tiempo después, a Narciso le resultó muy sencillo encontrar un partido rico y brillante y supe que aquello le contentaría, lo cual me alegró.

No puedo mantener en silencio que antes y después de la promoción de Narciso, recibí ventajosas propuestas de matrimonio, que rehusé sin vacilar, aunque mis padres hubieran deseado que las aceptase.

Esperaba entonces, después de un mes de marzo y un mes de abril tormentosos, que mayo me deparara el mejor de los tiempos. Además de gozar de buena salud, sentía una indescriptible serenidad de ánimo. De cualquier modo que mirase las cosas veía que, a pesar de haber perdido algo, había salido ganando. Siendo yo joven y sensible, la Creación me parecía mil veces más bella que antes, cuando tenía que servirme de actividades sociales y juegos para que el tiempo pasado en bellos jardines no se me hiciera muy largo. Al igual que no me aver-

gonzaba de mi piedad, tenía suficiente personalidad como para no ocultar mi amor por las artes y las ciencias. Yo dibujaba, pintaba, leía y encontraba suficientes personas que me estimulaban. En lugar de aquel gran mundo que había dejado o que, para ser más exactos, me había dejado a mí, se había formado en torno mío un mundo de menor tamaño, que era mucho más rico e interesante. Yo tenía cierta inclinación por la vida social, y no puedo negar que, al renunciar a mis antiguas amistades, tenía miedo de la soledad. Ahora me sentía suficientemente e incluso excesivamente compensada. Mis relaciones se extendieron no sólo a muchos compatriotas, sino también a extranjeros que tenían mi mismo modo de ver las cosas. La historia de mi vida había levantado revuelo y muchas gentes tenían curiosidad por conocer a la muchacha que prefirió a Dios y renunció a su prometido. En aquella época en Alemania era notoria una tendencia hacia la religión. En muchas casas principescas y condales había una

viva preocupación por la salvación del alma. No faltaban otros nobles que también prestaban atención a este asunto y entre las capas más bajas de la población este sentimiento estaba muy extendido.

La familia condal a la que había hecho alusión anteriormente quiso tenerme más cerca. El grupo familiar se había hecho más numeroso, pues algunos parientes habían ido a reunirse con el núcleo inicial a su ciudad. A mí me gustaba mucho el contacto con estas valiosas personas y a éstas les gustaba el contacto conmigo. Tenían una gran parentela y en la casa conocí a una gran parte de los príncipes, condes y señores del imperio. No tuve nunca que ocultar mis sentimientos, tanto si los honraban como si se limitaban a respetarlos; así obtuve mi objetivo y no hube de luchar más por él.

Pero yo habría de ser devuelta al mundo de una forma muy distinta. En la época a la que me refiero, vino a visitarnos un hermanastro de mi padre y permaneció en casa más tiempo del

habitual, pues hasta entonces sólo nos había hecho visitas yendo de paso hacia otros destinos. Había abandonado el servicio que llevaba a cabo en su corte, donde era un hombre de gran influencia, porque no todo iba como a él le gustaba. Su entendimiento era muy acertado y su carácter estricto, en este sentido era muy parecido a mi padre, aunque éste poseía ciertas dosis de flexibilidad que le permitían ceder en los negocios y al mismo tiempo que no actuaba contra aquello que eran sus convicciones, dejaba que otros obrasen en sentido contrario a las mismas, algo que le pesaba y tenía que rumiar en silencio o compartirlo con su familia. Mi tío era más joven y las circunstancias externas confirmaban su independencia. Había tenido una madre muy rica y estaba previsto que obtuviera de sus parientes más y menos cercanos un gran patrimonio. No teniendo necesidad de ningún ingreso adicional, a diferencia de mi padre, que por su modesto patrimonio estaba ligado al servicio por la necesidad de percibir un sueldo.

Las circunstancias familiares habían

hecho más fuerte aún el carácter de mi tío. Había perdido muy pronto a una admirable mujer y a un prometedor hijo, y, desde ese momento, decidió alejarse de todo aquello que no dependiera de su voluntad.

Se decía con frecuencia en mi familia, no sin visible satisfacción, que probablemente mi tío no contraería segundas nupcias, lo que nos permitiría convertirnos en herederos de una gran fortuna. A mí me preocupaba muy poco el particular, pero el comportamiento de los otros estaba no poco influido por esta perspectiva. La firmeza de carácter de mi tío había hecho que se acostumbrara a no contradecir a nadie en una conversación y que más bien tratara de escuchar con cortesía la opinión de los otros y de apoyar con argumentos sus posiciones. Conmigo tuvo menos fortuna, pues los míos eran sentimientos de los que no tenía él la menor noción, de ahí que, a pesar de todo su talento y todo el interés, el respeto y la voluntad que puso en el intento de comprensión de mi sentir,

quedó de manifiesto que no pudo entender lo que había constituido el punto de partida de mi conducta

Aunque era muy reservado, dejó entrever cuál era el motivo de su visita después de un tiempo. Se había fijado en la menor de mis hermanas y deseaba casarla según sus preferencias y hacerla feliz. No puede negarse que la belleza y la prudencia de mi hermana unida a la cuantiosa fortuna de mi tío, le permitirían a ésta aspirar al mejor de los partidos que pudiera imaginarse. También me mostró cuáles eran sus planes para mí: conseguirme un puesto como dama canonesa, del que en breve empecé a obtener rentas.

Mi hermana estaba menos satisfecha que yo y por eso le agradecía mucho menos su solicitud a mi tío. Me descubrió un amor que hasta entonces había sido capaz de ocultar con mucho sigilo. Me reveló su secreto porque intuía, como realmente ocurrió, que yo intentaría desaconsejarle la unión con un hombre que no fue-

ra merecedor de ella. Hice lo que estaba en mi mano y lo conseguí. Por otra parte la propuesta del tío era tan seria y tan inequívoca y el mundo le resultaba tan atractivo a mi hermana, que ella se sintió con fuerzas para renunciar a una inclinación que su misma razón reprobaba.

Como dejó de oponer resistencia a la dulce guía de mi tío, pudieron asentarse las bases de su plan. Ella se convirtió en dama de un corte vecina, en la que una conocida de mi tío desempeñaba el cargo de Camarera mayor y gozaba de gran renombre. A su amiga mi tío le encargó que formara y vigilara a mi hermana. Yo la acompañé a su nuevo lugar de residencia. Pudimos manifestarnos mutuamente nuestro contento por la acogida que nos dieron, y a menudo me reía interiormente del papel de joven y devota dama canonesa que debía representar ante la sociedad.

En cualquier otra época pasada, esta situación me hubiera turbado y tal vez me hubiera hecho perder el juicio. Pero ahora, me mos-

traba muy serena frente a todo lo que me rodeaba. Con gran calma dejaba que me arreglaran el pelo y no titubeaba al asumir que mi nueva condición me obligaba a llevar esas galas. En los salones hablaba con todos sin que ninguna figura y ninguna persona dejasen en mí una impresión duradera. Cuando volvía a casa lo único que había obtenido de la reunión era una sensación de cansancio en las piernas. Mi juicio se aprovechó de las muchas personas que hube de conocer y trabé contacto con varias mujeres que eran ejemplo de todas las virtudes humanas y de conducta noble y ejemplar, especialmente con la Camarera mayor a cuyo cargo quedó la educación de mi hermana, para suerte de ésta.

A mi vuelta me di cuenta de que el viaje no había tenido el menor efecto beneficioso para mi salud. Aunque me había impuesto la mayor moderación y la más estricta de las dietas, me había resultado imposible ser dueña de mi tiempo y de mis fuerzas. Ni la alimentación,

ni las idas y venidas, ni las horas de levantarme y acostarme, ni mi atavío, ni las salidas, habían dependido, como en mi casa, de mi voluntad y mis sentimientos. El que se abandona a la corriente del mundo tiene que seguirla si no quiere pasar por grosero. A mí siempre me ha parecido bien cumplir todo aquello que es obligatorio, siempre que supiera que esto no fuera a prolongarse por mucho tiempo, además por aquel tiempo me encontraba llena de salud y de fuerza. A pesar de todo, aquella vida agitada y regida por voluntades ajenas hizo más mella en mí de lo que pensaba. Pues poco después de haber llegado a mi casa y de haber deleitado a mis padres con el relato de mis experiencias, tuve un acceso hemorrágico que, aunque no fue muy peligroso y pudo contenerse rápidamente, dejó como secuela una debilidad notable que se prolongó durante mucho tiempo.

Tuve que ser sometida a una nueva prueba, pues mi madre contrajo una enfermedad gravísima que hubo de sufrir durante cin-

co años antes de que rindiera cuentas a la naturaleza. En esta época hubo aun más pruebas. En muchas ocasiones, cuando sus dolores se hacían más intensos, nos mandaba llamar para que nuestra presencia junto a ella contribuyera, si no a mejorar su estado, sí a distraerla. Fue mucho más grande la presión cuando mi padre empezó a sentirse débil. Desde muy joven tenía fuertes dolores corporales, que en algunas ocasiones se prolongaban hasta las treinta y seis horas, ahora los dolores eran constantes y cuando alcanzaban cierto grado, yo sentía que su sufrimiento destrozaba mi corazón. Estas tormentas hicieron que me resultara mucho más notoria mi debilidad corporal, porque me impedía llevar a cabo mis deberes más queridos y sagrados o al menos me dificultaba enormemente su cumplimiento.

Ya me hallaba en condiciones de determinar si había escogido el camino seguido por mí misma y siguiendo mi propia realidad o tan sólo me había dejado llevar por unas ilusiones;

si me había visto influida por circunstancias externas o si todo aquello que creía que estaba bien cimentado en mi ser. Había encontrado el medio de dirigir mi corazón absolutamente hacia Dios, el medio radicaba en la unión con los *beloved ones*, la cual lo facilitaba todo. Al igual que el vagabundo busca las sombras, así mi alma buscaba ese refugio cuando sentía angustia y entonces nunca me quedaba insatisfecha.

En los últimos tiempos algunos defensores de la religión, que parecen tener más celo que sentimientos religiosos, parecen pedir a sus correligionarios ejemplos de súplicas que hayan sido escuchadas, tal vez porque así contaban con credenciales con las que enfrentarse a sus antagonistas. ¡Qué poco conocimiento han de tener del sentimiento auténtico, y qué pocas auténticas experiencias han debido de vivir!

He de decir que nunca he regresado de vacío cuando he ido en busca de Dios. Aunque con esto ya he dicho mucho, ni puedo ni debo

decir más. No entraré en detalles ni mencionaré casos aislados, que parecerían vulgares, insignificantes y tal vez inverosímiles, aunque tuvieron para mí mucha importancia en momentos críticos. ¡Qué sensación de alegría me inundaba cuando mil sucesos pequeños me mostraban, con tanta seguridad como que respiraba, que no estaba privada en este mundo de la compañía de Dios! Esto lo podía asegurar con premeditada renuncia a toda terminología teológica.

Cuánto deseé entonces verme libre de todo sistema, pero quién puede llegar a tener la fortuna de ser plenamente consciente de su propio yo y puede entenderlo como algo coherente y privado de influencias ajenas? Yo estaba seriamente implicada en mi salvación, confiándome con modestia a las ideas de otros, me entregaba plenamente al sistema de conversión de Halle y, sin embargo, todo mi ser se resistía a encajar en él.

Según este sistema, la conversión debe comenzar con un enorme horror al pecado. El

corazón debe reconocer en mayor o menor medida la culpa que se ha cometido y, presintiendo la cercanía del infierno, debe sentir amargura por los goces que el pecado proporciona. Finalmente debe sentir un notorio afianzamiento de la Gracia que a menudo se oculta en algunos momentos del proceso de conversión y ha de volver a ser buscada con toda la fuerza.

Yo no sentía nada de esto ni de cerca ni de lejos. Si buscaba a Dios con sinceridad, lo encontraba y ya no tenía en cuenta el pasado. Veía dónde había sido indigna de Dios y sabía dónde lo era todavía, pero el reconocimiento de mis faltas no me producía angustia. En ningún momento sentí temor al infierno, la idea de un espíritu maligno y de un lugar de castigo y tortura no podía ser concebida por mi mente. Yo pensaba que las personas que vivían sin Dios, y cuyo corazón estaba cerrado a toda confianza y a todo amor hacia el Invisible, eran suficientemente infelices ya. Y, en consecuencia, conside-

raba que un infierno y una serie externa de penas suavizaban más que agravaban su castigo. Cuando veía a hombres que tan sólo abrigaban sentimientos de odio en sus pechos, cuando los veía no aceptar ninguno de los bienes que se les ofrecían y lanzarse al mal, cuando veía que preferían cerrar los ojos y decir que el sol no tenía brillo por sí mismo, los consideraba, por encima de todo, desgraciados. ¿Quién hubiera sido capaz de crear para ellos un infierno que empeorara aún más su situación?

Durante diez años, mantuve aquella disposición de mi mente invariable un día tras otro. La mantuve aun teniendo problemas e incluso en aquel período en que mi madre sentía intensos dolores en su lecho de muerte. Estuve suficientemente abierta a Dios como para aprovechar aquel momento para aumentar mi devoción y al mismo tiempo no ocultar mi estado de ánimo a personas que seguían un acercamiento más pedagógico a la piedad y de las que debí escuchar algunas amables reprensio-

nes. Ellos decían que me harían ver a su debido tiempo cuánta seriedad había que emplear para construir unos buenos cimientos para la fe en los días de salud.

Yo no quería que quedase por falta de seriedad. Me dejé convencer por un momento y quise que mi vida fuera triste y estuviera llena de horrores. Pero, ¡cuánto me sorprendí cuando me di cuenta de que eso era completamente imposible! Cuando yo pensaba en Dios, me sentía tranquila y dichosa, ni el doloroso final de mi madre hizo que tuviera miedo a la muerte. Sin embargo, en aquellos importantes momentos aprendí muchas cosas, muy distintas de las que querían enseñarme mis officiosos maestros.

Poco a poco empecé a dudar de las opiniones de mucha gente famosa, para quedarme en secreto con las mías. Cierta amiga a la que en un principio había concedido mucho crédito, siempre quería inmiscuirse en mis asuntos. Hube, pues, de librarme de ella y en una oca-

sión me armé de valor para decirle que no hacía falta que se esforzara, ya que no necesitaba en absoluto sus consejos; yo ya conocía a Dios y quería que fuera Él exclusivamente mi guía. Ella se sintió muy ofendida y creo que nunca en la vida me lo perdonará.

Esta decisión de no hacer caso a los consejos e influencias de mis amistades, tuvo como consecuencia que acopiara fuerzas para seguir mi propio camino. Sin el apoyo de mi fiel Guía Invisible podría haber sido mal aconsejada y todavía me maravillo de aquella sabia y feliz dirección. Nadie sabía a ciencia cierta de dónde procedía y yo tampoco.

Esa realidad, esa realidad mala que nadie ha sabido decir en qué consiste y que nos separa del Ser al que debemos la vida, del Ser que sostiene todo aquello que merece el nombre de vida. Esa realidad que se llama pecado era algo totalmente desconocido para mí.

En mi relación con el Amigo Invisible sentí el más dulce goce de todas mis fuerzas

vitales. El ansia de sentir ese placer era tan grande, que de buena gana renunciaba a todo aquello que me obstaculizaba volver a alcanzarlo, y en este sentido era la experiencia mi mejor maestro. Pero yo me sentía como un enfermo que no toma medicamento alguno y prueba a curarse con la dieta. Lo cual sirve para algo, pero no es suficiente.

No siempre podía permanecer en soledad, a pesar de que en ella encontraba el mejor remedio contra la distracción de mi pensamiento. Cuando acudía a ella más influida por el bullicio de la vida, más fuerte era la impresión que me hacía. Mi ventaja característica era que siempre prevalecía en mí el amor a la quietud y siempre acababa volviendo a ella. La penumbra en la que me sumía me permitía distinguir mi miseria y mi debilidad y yo intentaba apoyarme en ella para resguardarme y para no exponerme.

Durante siete años practiqué mi prudencia dietética. No me tenía por mala y creía que

mi situación era envidiable. Si no hubieran mediado circunstancias y sucesos especiales, habría permanecido en este estado, y sólo algo excepcional me hizo avanzar. Contra el consejo de todos mis amigos, entablé una nueva relación. Sus objeciones me alarmaron al principio. Pero en seguida acudí a mi Guía Invisible y, confirmándome Él su aprobación, seguí sin vacilar mi camino.

Un hombre espiritual, de buen corazón y con talento había comprado una vivienda en las cercanías de nuestra ciudad. Entre los forasteros que había conocido recientemente, se encontraban él y su familia. Concordábamos en nuestras costumbres, nuestra forma de organizar la vida doméstica y nuestros hábitos y por eso no tardamos en alcanzar un buen entendimiento.

Filo, así lo llamaré, ya tenía cierta edad y le sirvió de mucha ayuda en ciertos negocios a mi padre, cuyas fuerzas empezaban a decaer. Pronto se convirtió en íntimo amigo de nuestra

familia y, como en mí encontró alguien que no se dejaba llevar por la ostentación y la vacuidad del mundo, sin incurrir en la sequedad y en el temor de los pacíficos de la tierra, se convirtió en mi confidente. Su amistad me resultó muy agradable y muy provechosa.

Aunque ya no tenía ni el menor interés ni el menor gusto por inmiscuirme en los asuntos del mundo y por dejarme influir por ellos, me gustaba escuchar noticias acerca de ellos y estaba enterada de todo lo que ocurría a mi alrededor. Me gustaba tener una visión clara de las cosas del mundo y emitir juicios objetivos al respecto, el sentimiento, la intimidad y la emoción las dejaba para mi Dios, para mi familia y para mis amigos.

Estos últimos estaban, por así decirlo, celosos de mi relación con Filo, y en cierto modo tenían razón cuando me prevenían contra la misma. Yo sufría mucho en silencio sus advertencias, pues no podía considerarlas enteramente erróneas y egoístas. Desde hacía tiem-

po me había acostumbrado a someter mis puntos de vista a discusión, sin embargo, esta vez no quería renunciar a mis convicciones. Imploré a Dios que me avisara, que me contuviese, que me dirigiese, pero como mi corazón no me detuvo, seguí confiada mi camino.

Filo guardaba cierto lejano parecido con Narciso, sin embargo, la educación piadosa había sostenido y avivado sus sentimientos. Tenía menos vanidad y más carácter, y si aquél era sagaz, exacto, tenaz e incansable en los asuntos mundanos, éste era claro, expedito, rápido y trabajaba con enorme facilidad. Gracias a él conocí las relaciones íntimas de las personas distinguidas que hasta entonces sólo había conocido de forma superficial, pues me sentía feliz de poder verlas a distancia del tumulto del mundo. Filo no podía ocultarme nada y poco a poco me iba revelando sus relaciones superficiales e íntimas. Yo temía por él, pues preveía ciertas complicaciones y enredos, y el mal sobrevino antes de lo que pensaba,

pues siempre se había dejado de hacerme algunas revelaciones y sólo al final me contó lo suficiente como para que yo pudiera temerme lo peor.

¡Qué impresión me produjo todo aquello! Me encontraba con experiencias que eran completamente nuevas para mí. Veía con un dolor enorme cómo un Agathon, criado en las arboledas de Delfos, aún debía pagar el precio por la doctrina que había recibido y lo iba pagando a duras penas y con atrasos y ese Agathon era mi íntimo amigo. Mi interés por él fue vehemente y sincero: yo sufría con él y ambos nos encontrábamos en la más extraña de las situaciones.

Después de ocuparme del estado de su alma durante mucho tiempo, dirigí mi atención a la mía. La idea «no eres mejor que él» surgió como una pequeña nube ante mis pensamientos, empezó a expandirse y se apoderó de toda mi alma.

Entonces no me limité a pensar «no eres

mejor que él», sino que lo sentí y lo sentí de un modo que no podía dejar de sentirlo, fue un tránsito muy rápido del mero pensamiento al sentimiento. Más de un año hube de sentir que, de no haberme contenido una mano invisible, podría haber sido un Girard, un Cartouche o un Damiens, y esta tendencia la veía perfectamente arraigada en mi corazón. Dios mío, ¡qué descubrimiento!

Si hasta ahora no había percibido la realidad del pecado por mi experiencia, ahora intuía la posibilidad del mismo con horrible claridad y, sin embargo, no conocía el mal, tan sólo lo temía y pensaba que podía ser culpable sin tener de qué acusarme.

Estaba profundamente convencida de que un estado de espíritu tal, que había de reconocer como el mío, no podía conducirme a Dios, cuya unión conmigo era mi esperanza para después de la muerte. Sin embargo, no temía que dicho estado me separara de Él. Pese a todo el mal que había descubierto, yo apre-

ciaba y odiaba a la vez lo que sentía, e incluso deseaba odiarlo todavía más y mi deseo era librarme para siempre de esta enfermedad y de esta predisposición a ella y tenía la certeza de que el Gran Médico no me negaría su ayuda.

La única pregunta era: ¿qué es lo que cura estas heridas? ¿Los ejercicios de virtud? No podía pensar ni por un momento en éstos, pues a lo largo de diez años había ejercido la virtud y, sin embargo, aquella atrocidad se había apoderado de mi alma. ¿No se apoderó de David cuando vio a Betsabé, a pesar de que él era amigo de Dios? ¿Acaso no estaba yo íntimamente convencida de que Dios era mi amigo?

¿Es entonces ésta una inevitable debilidad del hombre? ¿Estamos conminados a sucumbir ante la fuerza de nuestras pasiones? ¿Es que no podemos hacer otra cosa que repudiar nuestra caída hasta que se den las circunstancias que nos hagan caer otra vez?

No podía obtener ningún consuelo en la doctrina moral. Ni su rigidez, que desea do-

minar nuestras pasiones, ni su complacencia, que pretende convertir las pasiones en virtudes, me llenaban ya. Tenían para mí mucho mayor valor los conceptos fundamentales que me había inspirado mi relación con el Amigo Invisible.

Un día en que yo estudiaba los himnos que David compuso tras aquella catástrofe llena de fealdad, me resultó muy llamativo que, aunque él percibiera la materia de la que estaba hecho el mal que habitaba en su ser, quisiera ser perdonado e implorara volver a tener un corazón puro.

¿Cómo llegar a obtenerlo? Yo ya sabía la respuesta que aportaban los libros simbólicos, también estaba para mí clara la verdad bíblica de que la sangre de Jesucristo nos libra de todos los pecados. Sin embargo, me di cuenta de que no entendía esas palabras que tanto había oído. En mi mente se debatían las preguntas: ¿qué significa eso?, ¿cómo puede ocurrir? Finalmente creí tener una iluminación que me

dijo que lo que yo buscaba había de encontrarse en el hecho de que el Verbo, que lo había creado todo y también a nosotros, se había hecho carne. Todavía como un crepúsculo lejano se me revelaron ciertas verdades: que el Ser Primordial había habitado en las profundidades en las que nos escondemos, las cuales pueden ser comprendidas de un vistazo y plenamente abarcadas de un golpe, que había recorrido paso a paso toda nuestra existencia, desde la concepción y el nacimiento hasta la sepultura, que después de este extraño periplo había vuelto a la claridad de las alturas, donde también viviremos nosotros para ser felices.

¿Por qué para hablar de esas cosas hemos de utilizar palabras que sólo muestran circunstancias externas? ¿Qué son para Él lo elevado y lo profundo, lo oscuro y lo claro? Sólo para nosotros existe lo que está arriba y abajo, el día y la noche. Y precisamente por eso, Él se ha hecho como nosotros, porque, en caso contrario, no habiéramos podido participar de su ser.

¿Cómo podríamos haber participado del incalculable bien de la Encarnación? ¿Por la fe?, nos dicen las Escrituras. ¿Qué es la fe? ¿En qué me puede ayudar que tome por verdadera la narración de unos hechos? Es necesario que me apropie de sus efectos y sus consecuencias. Esta fe capaz de adueñarse de aquello que cree debe ser un estado propio, aunque sin duda extraordinario, de la criatura humana.

«Pues, bien, Todopoderoso, dóname la fe» -imploré un día con toda la fuerza de mi corazón. Me apoyé sobre una pequeña silla y oculté mi cara llena de lágrimas sobre mis manos. Por fin estaba en la disposición adecuada para que las súplicas sean atendidas por Dios, esa disposición tan difícil de obtener.

Sí fuera capaz de describir lo que sentí... Un impulso llevaba mi alma a la cruz en la que Jesús se desangraba en solitario. Era un impulso, no lo podía llamar de otra manera, similar a aquel que lleva a nuestra alma a recordar al amado ausente, un acercamiento que tal vez era

mucho más hipotético que real, a pesar de que pensemos que esté infundido de autenticidad. Así se acercó mi alma al que se había hecho hombre y había sido crucificado, y en aquel momento supe lo que era la fe.

«Esto es la fe» -me dije y brinqué estremeuida. Quise estar segura de mis sentimientos y mis intuiciones y pronto quedé convencida de que mi espíritu había obtenido la facultad de remontarse más allá de sí mismo, una facultad totalmente nueva para éste.

Cuando se alcanzan estos sentimientos, las palabras nos abandonan. Yo podía distinguirlos claramente de toda fantasía; ellos no eran fantasías, pues no había imágenes que los sustentaran, y sin embargo, ofrecían la certeza del objeto con el que estaban relacionados, al igual que obra la imaginación, cuando consigue pintar la imagen de un amado ausente.

Cuando se disipó la primera fascinación, noté que ya me resultaba conocido aquel estado

del alma, pero que nunca lo había percibido con tanta intensidad. Nunca había conseguido asirlo, nunca había logrado adueñarme del mismo. Creía que toda alma humana estaba capacitada para sentir de vez en cuando algo de éste. Siendo dicho sentimiento el que a cada cual enseña que hay un Dios.

Quedé muy contenta sintiendo aquella fuerza de intensidad variable y, de no haberme sido renovado de tiempo en tiempo aquel inesperado tormento, de no haberse puesto ante mí misma en entredicho mis capacidades y mis posibilidades, tal vez me hubiera contentado definitivamente alcanzando aquella disposición.

Pero, ya desde aquel momento yo había adquirido alas. Podía remontarme por encima de lo que antes me preocupaba. Como un pájaro podía, sin ningún esfuerzo, sobrevolar el más rápido de los torrentes, ante el que el perro estaba obligado a detenerse ladrando en la orilla.

Mi alegría era indescriptible, y a pesar de que no le conté a nadie mis experiencias, mis allegados notaron una gran serenidad en mí, sin poder comprender cuál era la causa de mi goce. ¡Si hubiera callado y logrado mantener en mi alma aquella pura disposición!

¡Si no me hubiera dejado llevar por las circunstancias y no hubiera contado mi secreto! ¡Tal vez entonces me hubiera ahorrado muchos quebraderos de cabeza!

Como en mis diez años anteriores de andadura cristiana no había sentido en mi alma la fuerza precisa, me encontré en el mismo caso que otras personas honradas, me hube de valer del recurso de colmar siempre mi fantasía de imágenes que guardaban relación con Dios, lo que también puede ser provechoso, pues así se conjuran las imágenes nocivas y sus malas consecuencias. Así de nuestra alma se adueña una imagen espiritual que la ayuda a elevarse, al igual que un pájaro joven alcanza poco a poco las alturas saltando de rama en rama. Mientras

no tengamos nada mejor, está muy bien ese ejercicio.

De imágenes que nos acercan a Dios nos proveen las instituciones eclesiásticas, las campanas, los órganos, los cánticos y especialmente las explicaciones de nuestros profesores. Yo estaba inexplicablemente ávida de todo esto. Ni el mal tiempo, ni la debilidad física me impedían visitar las iglesias y bastaban los repiques de campana para que sintiera impaciencia en mi lecho de enferma. Yo gustaba mucho de escuchar al Capellán Mayor de nuestra ciudad imperial, que era un hombre excelente e igualmente tenía en alta estima a sus colegas y gracias a ellos lograba alcanzar las manzanas de oro servidas en bandejas terrenas y mezcladas con fruta corriente. A aquellos ejercicios públicos, se añadían todas las posibles acciones de piedad privada. Sin embargo, así sólo conseguí alimentar la fantasía y afinar mi sensibilidad. Estaba tan habituada a ese proceso, lo respetaba de tal modo, que no me imaginaba que pu-

diera existir nada superior. Pero mi alma sólo tiene antenas no ojos, palpa pero no ve; ¡Ojalá cobrara ojos y pudiera ver!

También ahora iba llena de expectativas a escuchar sermones, pero, ¿qué me pasó? Ya no encontraba lo que había hallado antes. Aquellos predicadores daban con sus dientes en el hueso, mientras yo ya sorbía el meollo. Tenía que acabar cansándome de ello, pero no tenía costumbre de atenerme a lo que había hallado por mí misma. Quería tener imágenes, precisaba impresiones externas y creía sentir una pura necesidad espiritual de éstas.

Los padres de Filo habían tenido relación con las comunidades de hermanos moravos, en su casa había muchos escritos del Conde. Él me había hablado en muchas ocasiones con toda claridad y dulzura del asunto y me había recomendado que hojeara algunos de estos escritos, aun cuando sólo fuera por conocer un fenómeno religioso. Yo tenía al Conde por un áspero hereje, por eso sólo me permití leer el *Antifona-*

rio de Ebersdorf, que mi amigo también me había recomendado con esa intención

Totalmente privada de cualquier estímulo externo, torné inopinadamente con mis manos aquel Antifonario y, llena de asombro, encontré en él auténticas canciones, que, aunque con formas bastante raras, parecían aludir a aquello que yo había sentido. La naturalidad y la ingenuidad de la expresión me resultaban muy atractivas. Sentimientos propios estaban expresados de forma muy auténtica. No veía allí ninguna terminología escolar, no veía nada rígido ni rutinario. Estaba convencida de que la gente sentía lo mismo que yo y me consideré feliz, reteniendo aquellos versículos de memoria y entreteniéndome con ellos durante unos días.

Desde aquel día en el que se me donó la revelación de lo verdadero, habían pasado tres meses. Finalmente tomé la determinación de referirle todas mis experiencias a mi amigo Filo y pedirle que me diese a leer todas esas obras que ahora me despertaban enorme curiosidad.

Así lo hice, aunque mi corazón me lo reprobaba seriamente.

Le referí a Filo con detalle toda mi vivencia, y como en la misma él ocupaba un lugar central y mi narración contenía una fuerte prédica para que expiara sus pecados, se sintió conmovido y afectado. Empezó a llorar. Yo me alegré y creí que en él también se había producido una transformación completa.

Me procuró todos los escritos que le pedí y así mi imaginación obtuvo más alimentación superflua. Hice grandes procesos en lo tocante a pensar y hablar como Zinzendorf. No se crea que yo no sepa valorar al Conde, yo creo hacerle justicia diciendo que no es un vacuo fantasioso, habla de las grandes verdades emprendiendo unos audaces vuelos con la imaginación y aquellos que lo han desestimado no han sabido apreciar ni distinguir sus virtudes.

Le tomé mucho cariño. Si hubiera podido disponer de mi destino, habría abandonado mi patria y a mis amigos y me habría unido a él.

Sin lugar a dudas nos habríamos entendido, pero difícilmente nos habríamos tolerado durante mucho tiempo.

Menos mal que la fortuna me mantuvo entonces limitada a mis tareas domésticas. Ya era un gran viaje tener que ir al jardín. El cuidado de mi anciano y debilitado padre me daba trabajo más que suficiente y en las horas de asueto eran mi pasatiempo los nobles juegos de mi fantasía. La única persona con quien me citaba era Filo a quien mi padre apreciaba mucho, pero cuyo modo abierto de tratarme había remitido en franqueza. Aquella emoción no se había apoderado de él y como, hablando a mi modo, había hecho varios intentos pero no habían resultado, evitaba tocar el tema, ayudándose de sus amplios conocimientos para buscar otros focos de conversación.

Me había convertido en una hermana morava a mi estilo y tenía que ocultar ese giro de mi espíritu y de mis simpatías sobre todo ante el Capellán Mayor, al que tenía muchas razones

para estimar por haber sido mi preceptor religioso y cuya antipatía por las comunidades de hermanos moravos no iba en menoscabo de sus grandes virtudes. ¡Desgraciadamente aquel hombre tan digno hubo de producirnos a mí y a otras personas una gran turbación!

Hacia varios años, él había conocido durante un viaje a un hombre honrado y piadoso y durante un buen tiempo mantuvo con éste un ininterrumpido carteo, convencido de que se trataba de alguien que buscaba seriamente a Dios. ¡Qué dolorosa experiencia fue para él, su director espiritual, que aquel hombre pasara a formar parte de una comunidad de hermanos moravos y permaneciera una temporada viviendo con ellos! Sin embargo, ¡qué reconfortante fue que su protegido se separara de los hermanos, resolviera buscar la cercanía del pastor y se confiara de nuevo plenamente a su dirección!

El recién llegado fue mostrado como un triunfo del pastor jefe a todas las ovejitas especialmente queridas por él. Mi casa fue el único

lugar que el converso no visitó, porque mi padre ya no estaba en disposición de recibir a nadie. El caballero obtuvo muy buena acogida, poseía la distinción de la corte y el encanto de la comunidad, ello le proporcionaba muchas cualidades buenas y naturales, y pronto fue considerado como un gran santo por todos los que lo conocían, de lo cual se congratulaba enormemente su mentor espiritual. Sin embargo, aquél sólo estaba unido de forma superficial a la comunidad, pues en el fondo de su corazón seguía siendo un hermano moravo. Él estaba cerca de la verdad, sin embargo, se sentía identificado con los devaneos que acerca de la misma se traía el Conde Ya se había acostumbrado a su imaginería y a su lenguaje y, por más que ahora tuviese que esconderse ante su viejo amigo el pastor, tan pronto como vio que unas cuantas personas se hicieron de su confianza, sintió la necesidad de echar mano de sus versículos, sus letanías y sus estampas, y logró, al parecer, un gran éxito.

Me desentendí de todo aquello y seguí jugando a mi manera. Durante mucho tiempo estuvimos sin conocernos.

En una ocasión, aprovechando una hora libre, fui a visitar a una amiga que estaba enferma. En su casa estaban reunidos muchos conocidos míos y pronto me di cuenta de que había interrumpido un acto religioso. Hice como si no me diera cuenta, pero en la pared había colgadas varias imágenes de la hermandad morava enmarcadas muy ornamentalmente. Comprendí inmediatamente qué había ocurrido en esa casa en el tiempo en que yo no había estado allí y saludé aquel descubrimiento con unos versos adecuados.

Imagínese la sorpresa de mis amigas. Nos dimos mutuas explicaciones y, en seguida pasamos a estar muy unidas y a confiárnoslo todo.

Ahora yo buscaba cualquier ocasión que me permitiera salir de mi casa. Desgraciadamente sólo tenía oportunidad de hacerlo cada

tres o cuatro semanas, pero poco a poco fui conociendo al apóstol nobiliario y a toda aquella comunidad secreta. Cuando podía, visitaba sus reuniones, para mi sentido social era sumamente agradable escuchar de labios de otros y contar con los míos todo lo que hasta entonces había experimentado en solitario.

No estaba tan ciega como para no ver que sólo unos pocos eran capaces de comprender el sentido de aquellas dulces palabras y expresiones, y cómo estos no eran estimulados por las mismas más que antes yo lo fuera por el lenguaje simbólico de la Iglesia. Sin embargo, yo continué en compañía de ellos sin dejarme desconcertar. Pensaba que no estaba llamada a investigar ni a probar los corazones, pero estaba adiestrada en la realización de ciertas prácticas inocentes para la mejora espiritual. Desempeñaba mi papel, ponderaba, siempre que intervenía, el sentido que tenían aquellos queridos objetos que intentaban describir dichas palabras. Aunque éstas más bien lo escondían

que lo revelaban y dejaba con serena resignación que cada cual las interpretara a su manera.

A aquella tranquila época de placenteras reuniones secretas le sucedieron las tormentas de las discusiones y las polémicas públicas, que produjeron gran revuelo en la corte y en la ciudad, aunque más bien he de decir que causaron escándalo. Un buen día el primer predicador, ese gran adversario de las comunidades de hermanos moravos, se dio cuenta, para su humillación, de que la mayoría de sus más adictos fieles sentía simpatía por una de aquéllas. Se sintió extremadamente dolido. Desde el primer momento olvidó toda moderación y, por ello, de ahí en adelante, no pudo, aunque quiso, echarse atrás. Tuvieron lugar vehementes debates, en los que, afortunadamente, no surgió mi nombre, por no ser nada más que un miembro ocasional de aquellas deploradas reuniones, y no poder prescindir el celoso guía en sus asuntos civiles de mi padre y amigo. Por esas razones yo mantuve mi neutralidad con tranquila

satisfacción, pues hablar de aquellos temas y sentimientos, incluso con personas de buena voluntad, me resultaba harto enojoso, debido a que no comprendían el sentido profundo de los mismos y se quedaban en lo superficial. Y discutir con antagonistas aquello que resulta difícil de hacer comprender incluso a los amigos, se me antojaba, aparte de estéril, nocivo. Pronto pude comprobar que personas llenas de buenos sentimientos, que, en este asunto, no habían sabido depurar su corazón de antipatía y odio, incurrían en la injusticia y, por defender una forma externa, destruían lo mejor que había en su interior.

Por más que aquel hombre digno fuera injusto en este caso y por más que se quisiera enfrentarlo conmigo, no dejé de tenerle nunca una cordial atención. Yo lo conocía muy bien y podía ponerme en su lugar. Nunca he conocido a un hombre sin una debilidad, pero éstas son mucho más notorias en los hombres importantes. Nosotros nos empeñamos en que esas per-

sonas tan privilegiadas no tengan que hacer ningún tributo ni tengan un precio que pagar. Yo lo valoraba como un hombre excelente y esperaba que, en atención a mi neutralidad, se llegara, si no a la paz, sí a un alto el fuego. Yo no sabía lo que esto hubiera provocado. Dios comprendió todo con más rapidez y lo llamó consigo. Sobre su féretro lloraban todos los que antes porfiaron con él por unas palabras. Nadie puso en duda jamás ni su hombría de bien, ni su temor de Dios.

También yo hube de dejar aquel juego que en el curso de aquellas discusiones había presentado otro aspecto.

Mi tío había consumado tranquilamente sus planes para con mi hermana. Le presentó a un joven con posición y patrimonio, que se hizo su novio, y la dotó con la generosidad que de él podía esperarse. Mi padre dio muy satisfecho su consentimiento y mi hermana, ya libre de trabas y preparada, aceptó encantada su cambio de estado civil. La boda tuvo lugar en el

palacio de mi tío. La familia y los amigos fueron invitados y acudimos con el espíritu bien dispuesto.

Por primera vez en mi vida, me produjo asombro la entrada en una casa. Ya había oído hablar del gusto de mi tío, de su arquitecto italiano, de sus colecciones y su biblioteca, traté de imaginarme esto a partir de todo lo que antes había visto en mi vida y compuse una imagen llena de color y variedad en mi pensamiento. ¡Qué sorpresa me produjo la primera armónica impresión que sentí al entrar en aquella casa y que fue haciéndose más intensa a medida que iba conociendo las diversas salas y los diferentes cuartos! Hasta entonces el lujo y el boato sólo me habían producido distracción, pero en aquel lugar éstos contribuían a que me concentrara en mí misma, a que me recogiera. En todos los preparativos y festejos que siguieron el lujo y la dignidad despertaron en mí una satisfacción indecible. Me resultaba imposible comprender que un solo hombre hubiera podi-

do imaginar y ordenar todo aquello y que muchos otros se hubieran podido entender entre sí para actuar con unos fines tan nobles. Y a pesar de haber llevado a cabo algo así, el anfitrión y sus allegados se habían comportado con tal naturalidad, que apenas se notaban huellas de rigidez ni de un vano ceremonial.

La misma boda resultó, de manera imprevista, muy conmovedora. Una magnífica música vocal nos sorprendió y el oficiante supo darle a la ceremonia toda la solemnidad y veracidad que le correspondía. Durante la misma yo estuve junto a Filo. En vez de felicitarme, me dijo:

-Cuando he visto a su hermana darle la mano a su esposo, me he sentido como si me rociaran con agua hirviendo. -¿Por qué? -pregunté.

-Siempre que acudo a una unión siento lo mismo.

Me reí de él, pero en adelante tuve motivos sobrados para recordar sus palabras.

La alegría de los invitados, entre los que había muchos jóvenes, resultaba más destacable, toda vez que lo que los rodeaba era serio y digno. El mobiliario, las vajillas, el servicio de mesa guardaba armonía en su conjunto y me pareció que los arquitectos habían estudiado en la misma escuela que los reposteros

Como la estancia en el palacio todavía debía prolongarse por unos días, nuestro inteligente anfitrión había procurado todo tipo de distracciones a sus huéspedes. No volví entonces a tener la amarga sensación que ya había experimentado tantas veces en mi vida al ver una reunión heterogénea y abandonada a los pasatiempos más vulgares e insípidos, en la que las personas de categoría se aburren más que las chabacanas.

Mi tío lo había organizado todo de manera muy diferente. Había nombrado, si es que se los puede llamar así, tres mariscales de campo. Uno estaba ocupado de procurarle entretenimiento a la gente joven: los bailes, los paseos y

los pequeños juegos siempre se hacían a propuesta suya y la dirección de éstos siempre corría a su cargo. Como los jóvenes gustan de estar al raso y no rehuyen el aire libre, se les dejó que ocuparan el jardín y su gran plazoleta, donde, a efectos de su esparcimiento, se habían dispuesto algunos corredores y pabellones, que, aunque sólo estaban hechos de tablas y lienzo, por el buen gusto con el que habían sido contruidos, parecían de piedra y mármol.

Qué poco frecuentes son las fiestas en las que el anfitrión considera su deber estar al tanto de las necesidades y la comodidad de sus invitados y satisfacerlas plenamente.

La caza y los juegos, los pequeños paseos y la posibilidad de mantener pequeñas conversaciones estaban pensadas para las personas adultas. Por otra parte aquel que decidiera irse a la cama temprano estaba preservado de todo ruido.

Gracias a este orden, el lugar en el que nos encontrábamos parecía un mundo en pe-

queño, aunque si se observaba con detalle el palacio no era grande y, sin un conocimiento profundo del mismo y sin la pericia del dueño de la casa, hubiera resultado muy difícil albergar a tanta gente y atender las comodidades de todos.

Al igual que es muy agradable la sensación que nos produce ver un hombre de buena constitución, nos resulta también muy placentero observar una ordenada disposición de objetos, cualesquiera que éstos sean, la cual hace presente las decisiones de una mente clara y sensata. Es muy satisfactorio entrar en una casa limpia, aun no siendo de muy buen diseño y la decoración no sea de mucha categoría, pues al menos nos demuestra la presencia de un hombre parcialmente formado. Qué doble sensación de agrado experimentamos, cuando una casa construida para atender las necesidades humanas evidencia que en la misma habita una persona con una sensibilidad más elevada aunque sólo sea para lo material.

Esto quedaba especialmente de manifiesto en el palacio de mi tío. Yo había leído y escuchado mucho acerca de arte. El propio Filo era un gran aficionado a la pintura y poseía una buena colección. Yo incluso había dibujado mucho, pero en parte me había ocupado demasiado de mi sensibilidad y me había limitado a expresar aquello que consideraba necesario, y en parte todas las cosas que veía sólo contribuían a distraerme, como lo hacía el resto de las cuestiones cotidianas. Sin embargo, ahora por primera vez contribuían a que me concentrara en mí misma y aprendí, para gran placer mío, qué matices diferentes presentaban el canto del ruiseñor y un *Aleluya* cantado a cuatro voces por gargantas humanas llenas de sensibilidad.

No le oculté a mi tío la alegría que me produjeron esos descubrimientos. Cuando los invitados estaban en cada una de las partes de la casa que les habían sido destinadas, solía hablar con mi tío de estos asuntos. Se refería con mucha modestia a todas sus pertenencias y

todos sus logros y se expresaba con mucha seguridad acerca del criterio con el que las había coleccionado y con el que las exponía. Por otra parte en estas conversaciones podía comprobar que guardaba gran consideración a mi manera de ser, pues decía que siempre subordinaba aquello que él juzgaba como bueno a lo que según mis convicciones era lo justo y lo más valioso de todo.

-Si podemos admitir -me dijo un día- que el Creador del mundo adoptó la forma de su criatura y vivió como ésta durante un tiempo en el mundo, no podemos dejar de reconocer que en esta criatura habita algo de divino, porque el Creador pudo conseguir una unión tan íntima con ésta. El concepto de ser humano no debe encerrar ninguna contradicción con el concepto de la divinidad y aun cuando percibamos cierta distancia y disimilitud respecto a ésta última no hemos de atribuir dichas diferencias, como hace el abogado del diablo, a las carencias y debilidades de nuestra naturaleza,

sino que hemos de perseguir toda la perfección que sea posible, para así poder confirmar nuestra similitud con Dios. Sonreí y repuse:

-No haga que me avergüence demasiado, tío, por la cortesía que tiene usted conmigo al intentar trasladarlo todo a mi lenguaje. Todo lo que usted considere oportuno decirme es para mí de tal valor que prefiero escucharlo en su propio modo de expresión. Es posible que no lo entienda muy bien, pero intentaré traducirlo al mío.

-Entonces, hablaré, sin variar de tono, en el lenguaje que me es propio -contestó-. El mayor logro del hombre es conseguir determinar las circunstancias y que éstas lo determinen lo menos posible. El mundo en su totalidad aparece ante nosotros como un gran bloque de piedra ante un arquitecto, que sólo se merece este nombre cuando consigue de esta masa natural que se le ha presentado azarosa un diseño elaborado por su mente con la mayor de las economías y lo dota de finalidad y solidez. Todo lo

que hay fuera de nosotros es sólo materia e incluso me atrevería a decir que también lo es lo que hay en nosotros, pero en lo profundo de nuestro interior habita una fuerza creativa que nos permite crear aquello que debe llegar a ser. Esta fuerza no nos deja detenernos ni descansar hasta que dentro o fuera de nosotros, de alguna manera, hayamos dado lugar a lo que ella misma pretende crear. Querida sobrina, tal vez usted ha elegido lo mejor de sí misma, usted ha intentado armonizar su ser moral, su naturaleza profunda y llena de amor, con el Ser Supremo, mas no por eso debe usted hacernos reproches a los que nos hemos propuesto conocer al hombre y a su capacidad sensorial en su totalidad e intentamos dotarlo de armonía y actividad.

Gracias a estas conversaciones nuestra relación se fue haciendo más íntima y cada vez le iba exigiendo más que no me hablara con condescendencia, sino que me hablara con confianza.

-No crea usted -me decía el tío- que la intento adular cuando alabo su forma de pensar y de actuar. Yo alabo a la persona que sabe con claridad lo que quiere y que avanza sin pausa hacia la obtención de sus fines, sabiendo cuales son los medios adecuados para ellos y que sabe encontrarlos y servirse de ellos. Esta persona merecerá aplauso o censura en la medida que sus fines sean grandes o insignificantes. Créame usted, querida, la mayor parte de las desgracias que se producen en el mundo y que llamamos malas, sólo ocurren porque los hombres son demasiado indolentes como para ponerse a conocer cuáles son sus fines y, en el caso de que los conozcan, tampoco tienen seriedad para realizarlos. Estos últimos son para mí como aquellos que pretenden construir una torre y emplean, en el emplazamiento que han elegido, piedras y trabajo sólo suficiente para edificar una choza. Usted por ejemplo, amiga mía, que siempre ha tenido como principal objetivo sentirse conforme con su propia natura-

leza moral interna, si en lugar de haber optado por un sacrificio grande y audaz, hubiera tenido delante el obstáculo de una familia, un prometido o un esposo, habría vivido en constante contradicción consigo misma y no habría disfrutado de ni un solo momento de satisfacción.

-Usted ha empleado aquí -contesté- la palabra sacrificio y a veces he pensado que rendimos un pequeño sacrificio a una gran intención o a una divinidad, son objetos insignificantes pero que nos resultan queridos. Igualmente estaríamos dispuestos a sacrificar un pequeño corderito en un ara por la salvación de un padre al que veneramos.

-Sea la razón o la sensibilidad la que nos mueve a abandonar una cosa para conseguir otra, son la resolución y la coherencia consigo mismo lo más digno de alabanza en el hombre. Es posible que no se posea al mismo tiempo el dinero y la mercancía y tan desgraciado es el que, apeteciendo la mercancía, no tiene suficiente valor para emplear en su obtención el

dinero, como el que se lamenta de su compra una vez que tiene el objeto entre manos. Pero en absoluto deseo criticar a los hombres por eso, pues en realidad no son culpables, sino que la culpa le corresponde a la embrollada situación en la que se encuentran que no tienen capacidad de superar. Por eso es normal encontrar mejores anfitriones en las propiedades rurales que en las urbanas y en las pequeñas poblaciones que en las grandes, ¿por qué? Porque el hombre ha nacido para fines limitados y puede comprender con más facilidad lo sencillo, lo próximo y lo determinado en los fines y así se acostumbra a utilizar medios que están a su alcance. Sin embargo, cuando afronta lo amplio, no sabe ni lo que quiere ni lo que debe hacer. Entonces no importa si lo distrae la multitud de objetos o lo hace estar fuera de sí la nobleza y dignidad de los mismos. Siempre será para él una desgracia pretender la obtención de algo que no puede conseguir sin una activación continua de sí mismo. Realmente no

se puede conseguir nada sin minuciosidad y entre aquellos que llamamos hombres formados hay muy poca minuciosidad. Estos, si se entregan a los trabajos y a las ocupaciones, a las artes e incluso a los placeres, lo hacen con ciertas prevenciones contra su propio esfuerzo. Viven como aquel que lee unos cuantos periódicos, sólo con la intención de quitárselos cuanto antes de encima. A este respecto me acuerdo de un joven inglés que, estando en Roma, contaba muy ufano en una reunión nocturna que había completado en un día la visita de seis iglesias y dos galerías. Queremos saber y conocer muchas cosas, pero precisamente nos ocupamos de las que menos nos atañen, sin darnos cuenta de que ni el aire ni el vapor nos alimentan. Cada vez que conozco a una persona, le pregunto inmediatamente en qué y cómo se ocupa y con qué objetivo. La contestación a esta pregunta determinará para siempre el interés o el desinterés que me suscite.

-Usted, querido tío es demasiado severo

y de esa manera le niega usted a muchos hombres, a los que usted podrían hacer mucho bien, su generosa mano.

-¿Es justo acusar a quien durante tan largo tiempo ha trabajado inútilmente por gente de este tipo? Cómo se sufre en la juventud por personas que creen invitamos a una actividad placentera, cuando en realidad lo que están haciendo es hacernos miembros de una sociedad de Danaides o a unirnos a Sísifo. No, afortunadamente ya me he librado de ellas y si me topo con alguna, sé despacharlas educadamente, pues precisamente de esta gente es de quien se escuchan las más amargas quejas sobre el curso de los negocios, sobre la superficialidad de las ciencias, sobre la frivolidad de los artistas, la vacuidad de los poetas y sobre cualquier otro asunto. No se dan cuenta de que su mente y las mentes de una multitud de individuos idénticos a ellos nunca comprenderían el libro cuya escritura demandan, no se dan cuenta de que la auténtica poesía les resultaría ajena y de

que una buena obra de arte sólo obtendría un juicio favorable de ellos si previamente se les hubiera inoculado las opiniones pertinentes para que lo emitieran. Pero dejémoslos, no es este lugar ni momento para quejarse o para lamentarse.

Me instó a que concentrara mi atención en los diferentes cuadros que colgaban de las paredes, mi mirada quedó prendada de aquellos cuya composición era atractiva o cuyo objeto era significativo. Dejó pasar un rato y dijo:

-Préstele cierta atención al genio que ha dado lugar a estas obras. Las buenas almas descubren en la naturaleza la mano de Dios, ¿por qué no han de considerar en alguna medida la mano de su imitador?

Luego me pidió que me fijara en una serie de cuadros que en un principio parecían insignificantes y me hizo ver que la historia del arte sólo nos puede ofrecer el concepto del valor y la dignidad de una obra. Sin embargo, para comprender cómo el genio puede desen-

volverse con enorme facilidad en unas alturas que nos producen vértigo, es preciso conocer antes los aspectos mecánicos y manuales que el hombre diestro ha estado trabajando gradualmente durante siglos.

Conforme a estos principios, había reunido una buena colección de cuadros y mientras me los mostraba no pude evitar verlos como una parábola de la formación moral. Al expresarle mis ideas, él me contestó:

-Tiene usted toda la razón y aquí comprobamos que no le hacen ningún honor a la moral aquellos que la aíslan y la encierran en sí misma; más bien hay que aceptar que a toda persona que tenga la propensión a educarse moralmente, cualquier situación le dará pie a desarrollar al mismo tiempo su fina sensibilidad, para que así no incurra en el peligro de caer bruscamente de su altura moral al abandonarse a las seducciones de una imaginación desbordada, trocando de esta manera su noble naturaleza por los placeres que producen frus-

lerías, e incluso por algo peor.

No sospeché que estuviera aludiéndome, pero aquella observación me afectó, al pensar que, entre los cantos que habían contribuido a mi formación, había algunos que carecían de gusto y que las imágenes mezquinas por las que podía representar mis creencias religiosas no hubieran sido aprobadas por el gusto de mi tío.

Filo pasaba gran parte del tiempo en la biblioteca y me llevaba a ella muchas veces. Nos admiraba la selección y la cantidad de los libros. Estaban coleccionados conforme a las ideas antes apuntadas, pues sólo podían encontrarse aquellos que nos podían conducir a un conocimiento claro o a la ordenación adecuada de nuestra mente, o bien aportándonos materiales apropiados o bien convenciéndonos de la unidad de nuestro espíritu.

Yo había leído muchísimo a lo largo de mi vida y en algunas materias casi no había ningún libro que desconociera. Por esta razón

me resultó muy agradable hablar del conjunto y ver lagunas allí donde en otro tiempo no habría visto nada más que una confusión limitada o una extensión indefinida.

Por aquel entonces conocimos a un hombre interesante y lleno de serenidad. Era médico e investigador natural y parecía atender más a los penates que a los habitantes de la casa. Nos mostró el gabinete de historia natural, que, al igual que la biblioteca, decoraba con vitrinas las paredes de la habitación donde estaba ubicado ennoblecendo ésta y sin producir sensación de agobio. Esto me dio pábulo para recordar mi niñez, pues me mostró muchos objetos como los que había llevado mi padre a la cama de su hija convaleciente que llevaba muy poco tiempo en el mundo. En aquella ocasión, como en anteriores conversaciones, el médico no ocultó que sus ideas religiosas se acercaban a las mías. Al mismo tiempo alabó con entusiasmo la tolerancia y el aprecio hacia todo lo que tendiese a mostrar y favorecer la dignidad del

hombre y la unidad de la naturaleza humana. Él exigía que todos los hombres tendieran a ello y, en consecuencia, nada le repugnaba tanto como la vanidad individual y la estrecha limitación de algunos hombres.

Desde el día del matrimonio de mi hermana, en los ojos de mi tío brillaba la alegría, y aprovechaba cualquier ocasión para hablar conmigo acerca de lo que pensaba hacer por ella y sus hijos. Él tenía un buen patrimonio cuyo valor aumentaba gracias a su acertada administración y estaba dispuesto a donárselo a sus sobrinos. Con respecto a la pequeña propiedad en la que nos encontrábamos, parecía abrigar proyectos especiales:

-No lo legaré nada más que a aquel que sepa apreciar y disfrutar aquello que encierra y que comprenda que un rico y distinguido individuo, especialmente en Alemania, tiene la obligación de hacer algo ejemplar.

Poco a poco se habían ido marchando la mayoría de los huéspedes. Nos disponíamos a

hacer lo propio y ya creíamos haber asistido a la fiesta de despedida, cuando, gracias a la amabilidad de mi tío, nos vimos sorprendidos por un nuevo placer. No habíamos ocultado la fascinación que nos había producido el día de la boda aquel coro cantando sin acompañamiento musical. Le habíamos dado a entender que nos gustaría que nos proporcionara otra vez aquella satisfacción, pero él había fingido que no tomaba en consideración nuestro deseo. Por eso nos sorprendió mucho cuando una tarde nos dijo:

-La orquesta de baile nos ha abandonado, nuestros jóvenes amigos se han marchado. Incluso los recién casados están serios y solemnes, pues la idea de separarse para tal vez no volver a encontrarse o para encontrarnos muy diferentes de lo que somos hoy, predispone a lo solemne. Creo que se impone la necesidad de distraernos con la música que, si no recuerdo mal, manifestasteis que queríais oír por segunda vez.

Nos hizo oír cantos a cuatro y a ocho voces ejecutados por un coro que había ensayado en secreto. Aquellos cantos hicieron que gozáramos en la tierra de la bienaventuranza celestial. Yo hasta aquel momento no había escuchado más que cantos piadosos, por los que las buenas almas, a menudo con voz ronca, creen ensalzar a Dios como pajarillos del bosque, porque se producen a sí mismas una sensación agradable. También había escuchado la vanidosa música de concierto, que nos da ocasión de admirar un talento, pero que raras veces nos produce placer. Aquel día escuché música que, procedía del más profundo sentido de naturalezas humanas exquisitas, música que hablaba con un lenguaje armonioso a los sentimientos más elevados del hombre y que le hacían sentir vivamente su semejanza con Dios. El repertorio estuvo compuesto en su totalidad por cantos religiosos latinos, piedras preciosas engastadas en el anillo de oro de una sociedad culta y llena de mundo, que a mí, que no aspiraba a que me

resultaran edificantes, me hicieron feliz contribuyendo a la elevación de mi espíritu.

En la despedida todos recibimos muy buenos regalos. A mí me fue regalada la orden de mi comunidad trabajada y esmaltada con más arte y primor de los habituales, pendía de un gran brillante que la sujetaba a la cinta. El me recordó que el brillante es la piedra preciosa más noble que puede salir de un gabinete de historia natural.

Mi hermana se fue con su marido a sus posesiones y nosotros retornamos a nuestra casa donde volvimos a nuestra vida vulgar. Dejamos un palacio de hadas y regresamos a tierra firme donde debimos retomar nuestras ocupaciones cotidianas.

Las especiales experiencias que había tenido en un círculo que no era el mío, me dejaron una buena impresión, pero ésta no conservó por mucho tiempo su vivacidad, a pesar de que el tío procurara alimentarla y reanimarla enviándome de cuando en cuando objetos de

arte de mucho gusto, los cuales eran sustituidos por otros cuando yo había disfrutado suficientemente de ellos.

Estaba demasiado preocupada en ocuparme de mí misma, en ordenar mis pensamientos y sentimientos, y en cambiar impresiones con personas similares a mí, como para prestar la atención debida a una obra de arte sin de inmediato volver sobre mí misma. Estaba acostumbrada a ver un cuadro o un grabado como si fueran palabras impresas en un libro. Es cierto que un libro bien impreso siempre resulta agradable, pero, ¿quién compra un libro por la calidad de su impresión? Le exigía a la representación por imágenes que me dijese algo, que me instruyese, que me conmoviera, que me mejorara. Y lo cierto es que, por mucho que mi tío me hablase en sus cartas, por las que me explicaba muchas obras de arte, de todo lo que le parecía oportuno, yo no avanzaba nada en mi contacto con ellas.

Sin embargo, más que mi propia natura-

leza, fueron algunas circunstancias externas y cambios acaecidos en mi familia lo que me apartaron de aquellas disquisiciones y hasta de mí misma durante algún tiempo. Tuve que afrontar más situaciones y actuar con más intensidad de lo que mis fuerzas podían soportar.

Mi hermana soltera había sido hasta ahora mi brazo derecho; sana, fuerte y de muy buen corazón. Ella había asumido el cuidado de la casa mientras yo me ocupaba de nuestro padre. Contrajo un catarro, que degeneró en una enfermedad pectoral y bastó que pasaran tres semanas, para que tuviéramos que llevárnosla en el ataúd. Su muerte me provocó heridas cuyas cicatrices todavía me producen desazón.

Estaba enferma en cama cuando la enterraron. Se había reproducido mi antigua afección del pecho, tosía con violencia y estaba tan ronca que apenas podía pronunciar una palabra en alta voz.

La conmoción y la pena llevaron a mi hermana casada a abortar. Mi padre temía que

iba a perder a sus hijas y con ellas la esperanza de tener descendencia. Sus muy justificadas lágrimas aumentaron mi dolor. Le pedí a Dios que me devolviera la salud o que mantuviera mi enfermedad en niveles tolerables y prolongara mi vida al menos hasta después de la muerte de mi padre. Me recuperé, me repuse bastante y pude cumplir con mis deberes, eso sí, no sin dificultades.

Mi hermana volvió a quedarse embarazada. Me hizo ciertas confidencias que normalmente sólo se comparten con las madres. Me dijo que no se sentía muy feliz viviendo con su marido. Era preciso que el particular quedara fuera del conocimiento de mi padre. Hube de hacer de árbitro en la cuestión, función que desempeñé adecuadamente pues tenía mucha confianza con mi cuñado. Además tanto él como mi hermana eran dos buenas personas y el único problema entre ellos estribaba en que al disputar nunca cedían y siempre seguían porfiando y, deseando vivir en plena armonía,

nunca llegaban a un acuerdo. Gracias a mi intervención en este asunto, aprendí a tomarme en serio las cosas de este mundo y a practicar lo que hasta ahora sólo había predicado.

Mi hermana dio a luz un niño. La indisposición de mi padre no le impidió ir a visitarla. Al ver al bebé se sintió increíblemente sereno y feliz, y durante el bautizo me pareció que se sentía inspirado por un genio de dos rostros. Uno miraba con alegría a las regiones en las que en breve esperaba penetrar, el otro miraba a la nueva vida llena de esperanza que estaba presente en aquel niño, que era su descendiente. A la vuelta no se cansó de hablar del niño, de su buena planta, de su salud y del deseo que tenía de que las facultades de este nuevo ciudadano del mundo pudieran desarrollarse debidamente. Estas reflexiones duraron hasta que llegamos a casa. Unos días después se le declaró un acceso de fiebre durante la sobremesa, éste no le produjo escalofríos, pero sí un calor enervante. No guardó cama, al día siguiente se

levantó temprano, se dedicó a sus ocupaciones funcionariales hasta que la aparición de síntomas graves le impidió realizarlas.

Nunca olvidaré la tranquilidad de espíritu y la claridad con la que dispuso los asuntos de su casa y los preparativos para su entierro y funeral, fue como si se ocupara con gran orden de los asuntos de otro.

Con una serenidad que no tardó en convertirse en una viva alegría, me dijo:

-¿Qué ha ocurrido con el miedo a la muerte que tuve durante tanto tiempo? ¿Debo rehuirla? Un Dios misericordioso está conmigo, el sepulcro no me produce temor. Tengo la vida eterna.

Recordar las circunstancias de su muerte, que no tardó en sobrevenir, es una de las ocupaciones más agradables a las que me dedico en mi soledad y el fuerte efecto que a partir de entonces sentí de los poderes superiores es algo de cuya certeza nadie me podría disuadir con ningún argumento racional.

La muerte de mi padre varió el estilo de vida que había practicado hasta entonces. De la más estricta obediencia y de la mayor limitación que pudiera pensarse pasaba a tener una gran libertad. La saboreé como un manjar que no se ha podido comer durante mucho tiempo. Hasta entonces no pasaba más de dos horas seguidas fuera de casa, ahora apenas dejaba que transcurriera un día confinada en mi cuarto. Mis amigos a los que antes visitaba muy de tarde en tarde, deseaban constantemente estar en mi compañía al igual que yo en la suya. A menudo yo era llamada a comer, a pasear y a hacer pequeñas excursiones de placer y nunca declinaba las invitaciones. Pero una vez que hube recorrido por entero el círculo, me di cuenta de que la libertad no consiste en hacer todo lo que se puede, sino en hacer, de forma recta, sin obstáculos ni problemas, todo aquello que se considere justo y correcto, y yo ya era suficientemente adulta como para llegar a esta convicción sin necesidad

de ningún aprendizaje adicional.

A lo que no pude renunciar fue a reanudar tan pronto como me fue posible la relación con la comunidad de hermanos moravos y a estrechar con la misma mis relaciones, por eso me apresuré a visitar el lugar de reunión de ésta más cercano a casa; pero tampoco encontré allí lo que me había imaginado. Era suficientemente sincera como para hacer notar mis opiniones y trataron de demostrarme que aquella institución no era nada frente a una comunidad regularmente establecida. Me pude dar por convencida, pero según mi convicción el verdadero espíritu debe revelarse tanto en una comunidad pequeña como en una grande.

Uno de sus obispos, que se hallaba presente, un discípulo directo del Conde, departió mucho conmigo. Hablaba muy bien inglés y como yo entendía un poco, pensó al principio que estábamos hechos el uno para el otro, pero yo no era en absoluto de tal parecer, su trato

no podía agradarme de ninguna manera. Era cuchillero y natural de Moravia, su manera de discutir, no podía negarlo, era artesanal. Me entendí mejor con el señor de L^{***}, que había sido mayor al servicio de Francia; sin embargo, no podía entender ni podía pensar en alcanzar nunca el acatamiento que les mostraba a sus superiores. Fue para mí como recibir una bofetada ver a la mujer del mayor y a otras mujeres de mayor o menor renombre besando la mano del obispo. Entretanto se propuso un viaje a Holanda que, para mi suerte, nunca llegó a celebrarse.

Mi hermana había dado a luz a una niña y ahora nos tocaba a nosotras las hembras ocuparnos de su educación. Mi cuñado sintió un gran descontento cuando al año siguiente su mujer trajo al mundo otra niña, pues él deseaba más que nada niños para que pudieran ayudarlo en la administración de sus posesiones.

A causa de mi exigua salud, me mantenía tranquila y con un modo de vida muy equili-

brado. No temía la muerte, más bien deseaba morir, pero en secreto presentía que Dios me daría tiempo para examinar mi alma y acercarme a él. En todas aquellas noches insomnes tuve intuiciones y barruntos que no puedo describir muy bien.

Era como si mi alma pensara sin el concurso de mi cuerpo, aquélla sentía mi cuerpo como un ser ajeno, como una vestimenta que la cubría. Ella tenía la capacidad de representar con una vivacidad increíble los tiempos y sucesos pasados y presentía qué iba a ocurrir en el futuro. Todos esos tiempos pasaron, lo que vendrá también pasará, y el cuerpo acabará raído y desgarrado como todas las vestiduras, pero yo, el bien conocido yo, yo existo.

Un noble amigo que cada vez estaba más cercano a mí me enseñó a no dejarme llevar demasiado por estos sentimientos sublimes y consoladores. Se trataba del médico que había conocido en casa de mi tío y se había enterado muy bien de la constitución de mi cuerpo y mi

espíritu. Me mostró que esos sentimientos, cuando los alimentamos en nosotros mismos, sin apoyarnos en objetos externos, arrumban los fundamentos de nuestra existencia.

-Ser activo -decía- es el fin primordial del hombre y todo el tiempo que el hombre debe dedicar a su asunto debe emplearlo en obtener un conocimiento claro de los aspectos externos que contribuirían a facilitarle su acción futura.

Como mi amigo conocía mi costumbre de observar mi cuerpo como un objeto exterior y como él sabía que yo conocía mi constitución, mi enfermedad y los medicamentos, y que, realmente, a fuerza de tantas enfermedades propias y ajenas, me había convertido en una medio médica, él dirigió mi atención al estudio del cuerpo humano y de las hierbas medicinales, así como del resto de objetos de la Creación parecidos a éstas. Fue como si me condujera por el Paraíso, y si puedo abundar en mi símil, sólo al final me dejó vislumbrar a lo lejos al Creador caminando en la frescura de la

tarde por el jardín.

¡Cómo me gustaba ver a Dios a través de la naturaleza!, y es que ya llevaba la certeza de su existencia en mi corazón. ¡Qué interesante me resultaba la obra de sus manos y qué agradecida estaba de que Él me hubiera dado la vida con el aliento de su boca!

Esperábamos de nuevo que mi hermana tuviera un hijo varón que tanto ansiaba mi cuñado, y cuyo nacimiento, por desgracia, no pudo presenciar. Este enérgico hombre murió a causa de una caída del caballo, y mi hermana lo siguió, después de haber traído al mundo a un niño muy hermoso Sólo podía mirar con lástima a los cuatro niños que había dejado en el mundo. ¡Cuántas personas sanas se habían ido antes que yo que estaba enferma! ¿No habría de caer también alguna de estas flores prometedoras? Yo conocía suficientemente el mundo como para saber cuántos peligros acechan a un niño, especialmente si pertenece a las esferas más altas de la sociedad, y parecía como si de

mi infancia a la actualidad esos peligros hubieran aumentado. Sentía que yo, por mi debilidad, poco o nada podía hacer por los niños, así que acogí con doble alegría la decisión del tío, que naturalmente surgió de su modo de pensar, de concentrar toda su atención en la educación de estas hermosas criaturas. Realmente, en todos los sentidos se lo merecían, pues eran niños bien formados y prometían, no obstante su diferencia, convertirse en buenas e inteligentes personas.

Desde que mi buen amigo el médico me llamara la atención al respecto, me gustaba observar el parecido físico de los miembros de mi familia, ya fuera entre los niños o entre los parientes. Mi padre había reunido cuidadosamente los retratos de sus antepasados, y recurrió a pintores bastante aceptables para que lo retrataran a él y a sus hijos, sin olvidar a su mujer y a sus parientes. Sabíamos con exactitud cuáles eran los rasgos físicos de la familia y a menudo solíamos comparar los de varios miembros de

ésta entre sí, por eso intentábamos ver en los niños semejanzas físicas y morales. El hijo mayor de mi hermana parecía asemejarse a su abuelo paterno del que había expuesto un muy buen retrato en la colección de mi tío, y lo mismo que a aquél, que se había distinguido como valeroso oficial, nada le hacía disfrutar más que las armas, con las que siempre se entretenía cada vez que venía a visitarme. Pues mi padre había dejado una buena colección de armas y el muchacho no me dejó en paz hasta que le regalé un par de pistolas y una carabina de caza y tampoco se quedó tranquilo hasta saber cómo se montaba un cierre alemán. Por lo demás, en sus actos no había nada de rudo, él era más bien prudente y agradable de trato.

La mayor de las niñas me había cautivado, la razón podía ser que se me parecía mucho y además era de los cuatro quien más apego me mostraba. Pero puedo afirmar que cuanto más la observaba desarrollarse, más me avergonzaba, pues no podía mirar a la niña sin admira-

ción e incluso, por así decirlo, sin veneración. No era fácil ver una figura más noble, un alma más serena y una actividad más estable y menos limitada a un solo objeto. No estaba en ningún momento de su vida ociosa y cualquier ocupación emprendida por ella cobraba nobleza. Todo le parecía igual con tal de poder hacer lo que le pedían el momento y el lugar y también sabía estar quieta, sin impacientarse, cuando no tenía nada que hacer. Esta capacidad de estar activa sin necesidad de estar ocupada no la he visto en mi vida en posesión de otra persona. Desde su infancia fue inimitable su trato a los necesitados y hambrientos. Confieso sin problemas que nunca tuve talento suficiente para hacer de la beneficencia una ocupación; no era tacaña con los pobres y de vez en cuando les daba más de la cuenta teniendo en cuenta mis circunstancias, pero en cierto modo lo hacía por cumplir y, en caso de que prestara cuidados a alguien, debía tratarse de algún miembro de mi familia. Yo admiraba que mi sobrina

hiciera precisamente lo contrario. Nunca la había visto dar dinero directamente a un pobre, y todo el que yo le entregaba lo convertía en el primer objeto que fuera de necesidad. Nunca me parecía más adorable que al saquearme los vestidos y la ropa interior de mis armarios, siempre encontraba algo que yo no llevaba o que no me hacía falta y recortar y recomponer aquellos trapos viejos para dárselos a un niño harapiento era su máxima felicidad.

Los sentimientos de su hermana eran diferentes. Tenía mucho de su madre, ya desde pequeña prometía ser muy bella y atractiva y parecía querer cumplir esa promesa. Atendía mucho a su aspecto extemo y ya en su infancia sabía arreglarse y componerse de un modo que llamaba la atención. Todavía recuerdo la fascinación con la que se miraba al espejo al ponerle yo las perlas que había heredado de mi madre y que ella había encontrado un día revolviendo entre mis cosas.

Al ver esta diferencia en sus disposicio-

nes, me resultaba agradable saber que a mi muerte mis posesiones se repartirían y ellos les volverían a dar vida. Veía las escopetas de caza de mi padre portadas por mi sobrino y veía también su morral lleno de perdices. Veía todos mis vestidos equipando a unas cuantas niñas en las fiestas pascuales de confirmación y veía mis mejores adornos realzando el porte de una honrada muchacha de casa corriente el día de su boda, pues mi sobrina Natalia sentía una gran afición por preparar a estas niñas y por ayudar a muchachas honradas y pobres. Eso sí, debo decir que ella no traslucía ningún tipo de amor y ninguna necesidad de vincularse a un ser visible o invisible, necesidad que yo había acusado desde mi infancia y se había hecho notoria de formas muy variadas.

Cuando pensaba que en el mismo día la menor llevaría puestas mis perlas y alhajas en la corte, veía con serenidad cómo mi cuerpo y mis posesiones eran devueltos al mundo material.

Los niños han crecido y son, para mi satisfacción, unas criaturas sanas, hermosas y despiertas. Sufro resignadamente que mi tío los tenga alejados de mí y rara vez los veo cuando están por las cercanías o vienen a la ciudad.

Un hombre admirable, que según dicen es un clérigo francés, sin que se sepa muy a ciencia cierta cuál es su origen, supervisa la educación de los niños que se lleva a cabo en distintos lugares y tan pronto están alojados acá como allá.

En esa educación yo acusaba al principio la ausencia de un plan, hasta que por fin mi médico me lo explicó. Mi tío se había dejado convencer por el sacerdote de que, para hacer algo que mereciera la pena por la educación de los hombres, había que observar primero cuáles eran sus inclinaciones y deseos. Luego se les ha de poner en disposición de satisfacer éstos, de lograrlos lo más pronto posible, para que si la persona en cuestión hubiera errado, fuera pronto consciente de su error, y, si hubiera com-

prendido qué se adecuaba a él, perseverara en ello y se siguiera formando con mayor aplicación. Deseo éxito a este singular proyecto; teniendo en cuenta las buenas naturalezas sobre las que está siendo aplicado es posible que cuaje.

Pero lo que no puedo aprobar de esos educadores es que intenten alejar a los niños de todo aquello que les procure un contacto con el Amigo Invisible, el único siempre fiel. A veces me causa enojo oír a mi tío que, precisamente por eso, soy un peligro para los niños. En el fondo no hay una persona que sea tolerante. Pues el mismo que asegura que dejará a cada cual que actúe como le parezca oportuno, tiene siempre a excluir de su actividad a aquellos que no piensan como él.

Esta forma de alejar a los niños de mí me entristece y me entristece mucho más por estar convencida de la verdad de mi fe. ¿Por qué no ha de tener un origen divino, un objeto real, si ella se muestra tan efectiva en la práctica? Pero

si es por la práctica como nos damos cuenta de nuestra existencia, por qué no podemos convencernos de igual modo de la existencia de aquel Ser que nos lleva de la mano hacia todo lo bueno?.

Yo voy siempre hacia delante y nunca retrocedo, mis actos se asemejan cada vez más a lo que concibo como perfección, cada día me siento más desenvuelta para hacer lo que considero justo, incluso teniendo en cuenta la debilidad de mi cuerpo que me impide prestar más de una ayuda, ¿se puede explicar todo eso por la naturaleza humana, cuya corrupción he podido ver con tanta hondura?. Yo no puedo hacerlo en absoluto.

Apenas recuerdo un mandamiento, nada se me aparece en forma de ley; es un impulso el que me guía. Sigo con libertad mis inclinaciones y entiendo tan poco de limitación como de arrepentimiento. Gracias a Dios, reconozco a quién debo esta ventaja. Pues nunca correré el peligro de enorgullecerme de mi propio poder

y de mi capacidad, pues he reconocido claramente qué monstruosidades pueden generarse en el corazón de cualquier ser humano y ser alimentadas por éste, si una fuerza superior no nos protege.

LIBRO SÉPTIMO

CAPÍTULO PRIMERO

LA primavera había alcanzado su esplendorosa plenitud.

Sobre las montañas descargó una tormenta prematura que había estado amenazando durante todo el día y la lluvia inundó la llanura. El sol reapareció con todo su brillo de fuego, y sobre el fondo todavía gris del cielo se destacó el arco iris. Wilhelm, que se dirigía a caballo directamente hacia el arco, lo contempló con expresión de melancolía.

-¡Triste condición la de la humanidad! - exclamó-. ¿Por qué los hermosos colores de la

vida han de ofrecerse siempre a nuestros ojos sobre un fondo sombrío? ¿Por ventura es imposible la alegría sin lágrimas? Un día sereno se parece a un día nebuloso si los contemplamos sin conmovernos; ¿pero es que puede conmovernos otra cosa que la esperanza de que no han de quedar sin objeto las aspiraciones innatas de nuestro corazón? El relato de una acción buena, la contemplación de un objeto armonioso, nos conmueven: comprendemos que no nos hallamos desterrados en tierra extraña, creemos que nos acercamos a la patria, hacia la cual tiende impaciente lo que tenemos de más íntimo, de más delicado.

En aquel momento un caminante alcanzó a Wilhelm, a paso vivo se mantuvo a la altura del caballo y después de cambiar breves palabras con el jinete, le dijo:

O mucho me engaño, o lo he visto a usted en alguna parte.

También yo recuerdo haber visto a usted -contestó Wilhelm-. Hemos hecho juntos una

excursión acuática.

-¡Es verdad! -exclamó el caminante.

Wilhelm examinó con atención al desconocido personaje, y, al cabo de breves momentos de reflexión, dijo:

-Observo en usted un cambio. Cuando le vi por primera vez le tomé por pastor protestante y ahora me parece sacerdote católico.

-Y hoy es cuando ha acertado usted -respondió el caminante quitándose el sombrero y dejando ver su tonsura-. ¿Y sus amigos? ¿Qué ha sido de ellos? ¿Continuó usted mucho tiempo a su lado?

-Más del que debí estar. Cuando me acuerdo de aquel tiempo y reflexiono, hallo un vacío inmenso; es un período que nada ha dejado en mí.

-Ahí se engaña usted. Todo lo que nos sucede deja huellas, todo contribuye, aun sin notarlo nosotros, a nuestra perfección, pero es peligroso intentar darnos cuenta, porque si nos la damos, o nos hacemos orgullosos o negligentes.

tes, o se apodera de nosotros el descorazonamiento o la pusilanimidad, y ambas alternativas son perjudiciales por igual.

Wilhelm preguntó por la distancia que lo separaba de las posesiones de Lotario. Su interlocutor repuso que estaban más allá de las montañas.

-Tal vez lo encuentre yo allí, pues los asuntos que debo atender en un lugar cercano exigirán muy poco tiempo. Mientras, adiós - terminó, tomó un sendero escarpado y desapareció con paso rápido.

-Tiene razón -se dijo Wilhelm, prosiguiendo su camino-, conviene pensar en lo que nos urge hacer, y para mí no hay nada tan urgente como cumplir con mi triste cometido. A ver si retengo bien en la memoria el discurso que debe humillar a ese amante cruel.

Empezó a recitar un elocuente discurso: no olvidó una sílaba. Cuanto mejor le asistía su memoria, tanto más crecían su pasión y ardor. En su alma estaba viva y fresca la imagen de los

sufrimientos y muerte de Aurelia.

- ¡Alma de mi amiga! -exclamó con efusión-. ¡Apodérate de mí, y si te es posible, indícame, por un medio cualquiera, que te has apaciguado, que te has vengado!

Sumido en estos pensamientos, ganó la cumbre de la montaña. En la ladera opuesta a la que acababa de subir, vio unacasa extraña que creyó desde luego que sería la de Lotario. Un palacio viejo de planta irregular, con algunas torres y muros, parecía ser el centro de la edificación, la parte antigua de la misma. Pero habían sido erigidas otras construcciones aún más irregulares, unas adosadas al palacio, otras a cierta distancia, aunque unidas con aquél por medio de galerías y pasos cubiertos. La simetría exterior del edificio, el aspecto arquitectónico, había sido sacrificado totalmente a los fines de la comodidad de su interior. No quedan rastros de fosos ni de baluartes, como tampoco de jardines franceses ni de grandes avenidas arboladas. Pegados a la base de las construcciones se

veía una huerta y una extensión de terreno plantado de árboles frutales. A poca distancia se alzaba una aldea de aspecto muy acogedor. Los jardines y huertos parecían perfectamente cultivados.

Abismado en sus pasionales pensamientos, Wilhelm siguió su camino sin prestar gran atención a todo aquello, dejó su caballo en la posada y se dirigió a buen paso y no sin cierta emoción al castillo.

Lo recibió en la puerta un criado viejo, quien le anunció que sería difícil que pudiese ver aquel día a su señor. Éste se encontraba sumamente atareado ocupándose de su correspondencia y ya se había negado a recibir otras visitas. Wilhelm insistió, y el viejo cedió y fue a anunciarlo. No tardó en volver. Condujo a nuestro amigo a un salón inmenso y muy antiguo, y le rogó que tuviese paciencia, porque probablemente su señor le haría esperar bastante tiempo. Wilhelm agitado paseaba de un extremo a otro del salón, contemplando con mi-

rada distraída los retratos de damas y caballeros que colgaban de los muros. Repitió el principio del discurso que llevaba preparado, creyendo que la presencia de tantos caballeros cubiertos de acero era muy propicia para sus propósitos. El rumor más ligero le hacía ponerse en disposición de recibir a su adversario con la dignidad conveniente, entregarle la carta de que era portador y atacarle seguidamente con el arma de sus reproches. Creyó no pocas veces que llegaba, y ya empezaba a perder por completo la paciencia, cuando se abrió una puertecilla para dar paso a un hombre de buena figura que calzaba botas y llevaba un ligero sobretodo.

-¿Qué me trae usted de bueno? -preguntó con afabilidad a Wilhelm-. Perdóneme si le he hecho esperar demasiado. Mientras decía esto, no dejaba de revolver unos papeles que tenía entre manos. Wilhelm, no sin turbación, contestó:

Le traigo las palabras postreras de una amiga, que seguramente le conmoverán.

Lotario tomó la carta y entró en la habitación contigua, dejando la puerta entreabierta. Wilhelm vio que cerraba algunos sobres y escribía las direcciones, y que luego abría y leía la carta de Aurelia. La leyó varias veces. Wilhelm, aun comprendiendo que su discurso patético desentonaría con la acogida tan natural que le habían dispensado, hizo acopio de valor, avanzó hasta la puerta y abrió la boca para comenzar su discurso cuando una mano levantó una cortina dispuesta en una de las entradas del despacho y por ella apareció el sacerdote de quien se había separado en el camino.

-Acabo de recibir el mensaje más singular del mundo -dijo Lotario al sacerdote-. Dispénsame si por el momento me es imposible atenderlo a usted -continuó dirigiéndose a Wilhelm-. Pasará la noche con nosotros... atienda usted a nuestro huésped, sacerdote, y cuide de que nada le falte.

Saludó a Wilhelm haciéndole una reverencia y se fue. El clérigo *le* tomó por una mano y le llevó consigo.

Atravesaron sin hablar palabra extraños corredores y llegaron a una habitación muy elegante, donde el clérigo se limitó a dejarlo sin más observaciones. Momentos después se presentaba un criado muy dinámico, diciendo que lo habían puesto a su servicio y le habían ordenado que le sirviera la cena. Mientras le servía, le dio detalles acerca de los usos y costumbres de la casa: cuándo se solía desayunar y comer, a qué se dedicaba el tiempo de labor y de ocio. Durante su relato no anduvo parco prodigando alabanzas a Lotario.

Por agradable que fuese el criado, Wilhelm no tardó en instarlo a que se marchara. Deseaba estar solo, pues sentía una opresión violenta y no dejaba de comprender que su situación era penosa en extremo. Se reprochaba con dureza por no haber realizado bien su proyecto, por no haber cumplido más que a medias

su misión, y tan pronto se prometía reparar al día siguiente su falta, como se convencía de que la presencia de Lotario le inspiraba sentimientos opuestos. No le parecía menos singular la casa en que se hallaba y no tenía nada claro cuál era su situación. Quiso desnudarse y abrió su saco de viaje, al extraer sus ropas de noche, salió con éstas el velo del espectro que Mignon había colocado en aquél. El velo hizo más intensa su tristeza. «¡Huye, joven, huye!» ¿Qué significa ese consejo que tiene todas las apariencias de frase mística? -se preguntó-. Huir... ¿De quién? Huir... ¿A dónde? Más acertado habría andado el espectro diciéndome: «Joven, entra dentro de ti mismo.»

Examinó los grabados ingleses que adornaban las paredes; los contempló al principio con mirada indiferente, mas no tardó en reparar en uno que le llamó poderosamente la atención. Representaba un buque próximo a naufragar: un padre y sus hijas esperaban la muerte que en su seno llevaban las hinchadas olas

Una de las hijas le pareció que se parecía bastante a la amazona misteriosa que se le apareciera en el bosque el día que fue herido por los bandidos. Un fuerte sentimiento de compasión inundó su pecho, sintió la necesidad de aliviar su corazón, las lágrimas subieron a sus ojos, y no se sobrepuso hasta que el sueño lo venció.

Sueños extraños le turbaron en las primeras horas de la madrugada. Se vio andando por un jardín que de niño había recorrido con frecuencia, y cuyos paseos, bancos y parterres reconoció perfectamente. Encontró a Mariana que le habló con ternura, como si nunca hubiese habido problemas entre ellos. Apareció su padre, en traje de casa, e infundiendo confianza con sus gestos, lo que no le era habitual en él, le pidió a su hijo que trajese dos sillas del pabellón, tomó a Mariana por la mano y la condujo a un cenador.

Corrió Wilhelm al pabellón, pero lo encontró completamente vacío: no vio más que a Aurelia de pie, asomada a una ventana del fon-

do. Se acercó a ella para hablarle, pero Aurelia no se volvió y, aunque Wilhelm se aproximó mucho a ella, no pudo distinguir su rostro. Miró por la ventana y vio otro jardín, y en el jardín a muchos hombres, entre ellos, no pocos conocidos suyos. Sentada a la sombra de un árbol estaba la señora de Melina, jugando con una rosa que tenía en la mano; Laertes, de pie junto a aquélla, contaba monedas de oro dejándolas caer de una mano a otra; tendidos sobre la hierba se veía a Mignon y a Félix, éste boca abajo, aquélla boca arriba. Apareció Filina y se acercó a los niños palmoteando. Mignon no se movió, pero Félix echó a correr riendo al ver que el arpista le seguía con pasos lentos pero amplios. Félix corrió en dirección a un estanque, Wilhelm se lanzó tras él, pero llegó tarde. El pobre niño se había arrojado al agua. Nuestro amigo quedó clavado en el suelo, como si sus pies hubiesen echado raíces. Vio entonces, en la orilla opuesta del estanque, a la hermosa amazona, que tendía al niño una mano salvadora. Ella

iba bordeando el estanque y el niño nadaba siguiendo la dirección que la amazona le indicaba, hasta que llegó a su lado y se asió a su mano. Wilhelm se había acercado mientras. El niño ardía, y de sus ojos brotaban lágrimas de fuego que resbalaban por su cuerpecito abrasándolo. Las agonías de Wilhelm aumentaron, pero la amazona se quitó el velo blanco que tocaba su cabeza, cubrió con él al niño y las llamas se extinguieron. Cuando la amazona retiró el velo, salieron dos niños de entre sus pliegues y se pusieron a jugar. Wilhelm tomó la mano de la amazona y recorrió con ésta todo el jardín, viendo a lo lejos a su padre y a Mariana, caminando por una alameda, flanqueada por altos árboles, que parecía recorrer todo el jardín. Se dirigió hacia aquéllos con su hermosa compañera, tomando un paseo diagonal que cortaba el jardín, cuando Federico les cerró el paso riendo a carcajadas y haciendo mil chaladuras. Pretendieron continuar, y pese a la oposición de Federico, consiguieron su objetivo,

pero entonces, la pareja que buscaban, su padre y Mariana, emprendieron la fuga, y como Wilhelm les siguiera con paso más rápido que el suyo, alzaron el vuelo sobre los árboles ni más ni menos que si hubiesen tenido alas. La naturaleza y el amor le indujeron a volar tras ellos, pero la mano de la amazona le sujetaba. ¡Qué placenteramente se dejó retener! Despertó en medio de estas sensaciones múltiples y ambiguas. El sol penetraba ya en su habitación

CAPÍTULO SEGUNDO

ENTRÓ el joven criado anunciando a Wilhelm que el desayuno estaba servido. Éste encontró en el salón al sacerdote, quien le dijo que Lotario había salido a montar a caballo. El clérigo no estaba locuaz, sino más bien reflexivo. Hizo algunas preguntas acerca de la muerte

de Aurelia y escuchó con interés el relato de nuestro amigo.

-¡Ah! -exclamó-. Aquel que sabe representarse con perfecta claridad a qué serie de operaciones tienen que entregarse la naturaleza y el arte para producir un individuo formado, aquel que se interesa con toda sus facultades en la educación de sus hermanos, desesperaría al ver con qué temeridad se destruye el hombre a sí mismo y con cuánta frecuencia se expone a ser destruido, por culpa suya o sin ella. Cuando pienso en esto, la vida me parece un don casual y no puedo menos de alabar a quien sabe apreciarla en su justo valor, que es bien poco.

No había terminado casi de hablar el sacerdote, cuando abrieron violentamente la puerta y penetró en la estancia una dama joven, arrollando al viejo criado que pretendió cerrarle el paso. Corrió hacia el sacerdote, lo aferró por el brazo, y dijo, mezclando sus palabras con lágrimas y sollozos:

-¿Dónde está? ¿Qué ha hecho usted de

él? ¡Es una traición horrible! ¡Confiésemelo todo! ¡Quiero saber lo que pasa! ¡Quiero verle! ¡Quiero saber dónde está!

-Cálmese usted, hija mía -contestó el sacerdote, con tranquilidad forzada-. Cálmese y vuelva a su habitación, que todo se sabrá a su tiempo, cuando se encuentre en estado de escucharle.

-¡No vuelvo a mi habitación! -replicó la dama-. ¡Aborrezco estos muros entre los cuales me retiene usted prisionera hace tanto tiempo! Lo he sabido todo: el coronel lo ha provocado, y él salió a encontrar a su adversario, y en este momento, tal vez... Varias veces he creído oír detonaciones de arma de fuego. ¡Mande usted que enganchen y venga conmigo, si no quiere que escandalice con mis gritos la casa entera y hasta el pueblo!

Corrió sollozando a la ventana. El sacerdote la retuvo intentando calmarla, pero en vano.

Se oyó el rodar de un coche. La dama

abrió la ventana y gritó:

-¡Muerto... lo traen muerto!

-Desciende del coche como usted ve - replicó el sacerdote-; ya no le cabrá duda de que vive.

-¡Pero está herido! ¡Vendría a caballo si no lo estuviese! Le sostienen... viene herido de gravedad.

Se abalanzó a la escalera y bajó corriendo, seguida por el sacerdote y por Wilhelm, quien tuvo ocasión de ver cómo recogía la joven a su amante.

Lotario se apoyaba sobre su compañero, en quien Wilhelm reconoció inmediatamente a su antiguo protector Jarno. El herido consoló con mucha ternura a la dama, que estaba abatida, y, sostenido por ésta subió lentamente la escalera. Saludó a Wilhelm y fue conducido a su gabinete.

Momentos más tarde se presentaba Jarno en la habitación de Wilhelm.

-Parece que está usted destinado a encon-

trar en todas partes teatros y comediantes -le dijo-. Sin embargo, en esta ocasión, estamos asistiendo a representar un drama que no promete ser alegre.

-Me alegra encontrarlo a usted en esta extraña circunstancia -contestó Wilhelm-. Me hallaba sorprendido, asustado, y la presencia de usted me devuelve la tranquilidad y el dominio sobre mí mismo. Dígame: ¿Hay peligro? ¿Es grave la herida del Barón?

-Creo que no -respondió Jarno.

Salió de la habitación del herido el joven cirujano.

-¿Qué nuevas tiene? -inquirió Jarno.

-La herida es muy grave -contestó aquél, volviendo a colocar algunos instrumentos en su estuche de piel.

Wilhelm examinó la cinta que pendía del estuche y creyó reconocerla. Los colores vivos de aquélla, los dibujos caprichosos, los bordados en oro y plata, distinguían a aquella cinta

de todas las cintas del mundo. Wilhelm quedó convencido de que estaba viendo el estuche del cirujano que le curó en el bosque, e inmediatamente empezó a recorrer todo su cuerpo como una llama la esperanza de encontrar, después de tanto tiempo, un rastro que lo condujera a su amazona.

-¿De dónde ha sacado usted este estuche?

-gritó Wilhelm-. ¿Me podría decir, por ventura, a quién perteneció antes que a usted?

-Lo compré en una subasta -repuso el cirujano-. ¿Qué me importa la persona que fue su dueño antes que yo? Sin hablar más, se alejó.

-¿Cuándo dirá ese joven algo verdadero?

-observó Jarno. -. ¿Luego no ha comprado el estuche en una subasta? -inquirió Wilhelm.

-Tan falso es eso, como la gravedad de la herida de Lotario.

Wilhelm se había sumido en sus reflexiones, cuando Jarno le preguntó qué tal le había ido desde el día en que se separaron. Wilhelm le refirió a grandes rasgos su historia, y al llegar

al detalle de la muerte de Aurelia y de la carta de cuya entrega le había encargado, exclamó Jarno:

-¡Es extraño... muy extraño!

El clérigo entró en la habitación, instó a Jarno a reemplazarlo junto al herido, y dijo a Wilhelm:

-El Barón le suplica que continúe en esta casa, que aumente el número de sus conocidos en este palacio y que contribuya a distraerlo durante su enfermedad. Si desea solicitar algo a sus allegados, escriba una carta cuanto antes, y a fin de que pueda comprender los extraños acontecimientos de que ha sido testigo, voy a explicar lo que, en realidad, no es un secreto. El Barón tenía un pequeño amorío con una dama. Ésta aireó el asunto más de lo debido, pues quiso saborear con excesiva euforia habérselo arrebatado a una rival. Desgraciadamente, pasados algunos días, el Barón dejó de encontrar atractiva a la dama. Eludió su trato, pero el carácter vehemente de ella hizo que le resultara imposi-

ble que se resignase con calma a su suerte. En un baile, donde se encontraron, estalló abiertamente la ruptura: Ella se consideró gravemente ofendida y quiso vengarse. A nadie encontró dispuesto a abrazar su causa, pero al fin, su marido, de quien se había separado mucho antes, tuvo noticia de lo sucedido y desafió al Barón. Le ha herido, como usted sabe, pero, según acaban de decirme, el propio coronel ha salido peor librado.

A partir de aquel instante, nuestro amigo fue tratado como un miembro más de la familia.

CAPÍTULO TERCERO

DE vez en cuando le leían al herido algo interesante. A Wilhelm le gustaba mucho prestarle aquel pequeño servicio. Lidia no se separaba de la cabecera del lecho. El celoso cuidado que le dedicaba se hacía dueño de toda la atención de la muchacha. Pero un buen día Lotario

pareció preocupado y rogó que suspendiesen las lecturas.

-¡Hoy comprendo con claridad -dijo- qué estúpido es el hombre que deja que el tiempo transcurra estérilmente! ¿Qué de reflexiones he hecho, qué de proyectos he formado, y cómo las vacilaciones me han impedido que pasara a la acción! He leído de nuevo la memoria referente a las modificaciones que quiero introducir en mis propiedades, y puedo decir que, al pensar en ellas, me he alegrado más que nunca de que la bala que me hirió no tomara un camino más peligroso del que recorrió.

Lidia lo miró con ternura y los ojos llenos de lágrimas, como preguntándole si también sus amigos podrían ser partícipes de su alegría.

-Las variaciones en proyecto -observó Jarno-, deben ser minuciosamente examinadas antes de ponerlas en práctica.

-Las reflexiones largas son, generalmente, señal -respondió el herido- de que todavía no se ha enfocado bien la cuestión acerca de la que

versan. Sé muy bien que, en muchas tareas, no puedo prescindir, en la explotación de mis bienes, de los servicios de mis trabajadores, y que tengo el deber de mantener rigurosamente ciertos derechos míos; pero también sé que hay prerrogativas que, siéndome muy ventajosas, no me son indispensables, y éstas puedo cedérselas a mis campesinos. Ceder no siempre es sinónimo de perder. ¿Acaso no obtengo de mis bienes rendimientos que nunca obtuvo mi padre? ¿No aumento y continuaré aumentando mis rentas? Mas, ¿debo aprovecharme sólo yo de estos beneficios? ¿No debo ceder al que trabaja conmigo y para mí parte de las ventajas que nos procuran los conocimientos perfeccionados que nos proporciona este avanzado siglo?

Así es la naturaleza humana -replicó Jarno- y no me reprocho por reconocerlo. El hombre quiere apropiarse de todo, para disponer de ello a su capricho. Es muy raro que le parezca bien empleado el dinero que no ha gastado él

mismo.

-Bueno. Pero podríamos prescindir de parte -dijo Lotario-, si invirtiésemos de un modo más sensato los intereses.

-Lo único que me permitiré recordar dijo Jarno- e incluso aconsejar es que no haga por ahora los gastos extraordinarios que han de reportar las reformas, pues quedan vencimientos próximos que se llevarán cantidades considerables. Opino que la ejecución de sus planes debería retrasarse hasta que se esté al corriente de pago.

-Y mientras, dejaremos que una bala o una teja desprendida dispongan si todos los resultados de mi vida y de mi actividad deben frustrarse. ¡Ay, amigo mío! Creo que el defecto principal de las personas instruidas es el afán de dirigirlo todo hacia una idea y nada hacia un objeto. ¿Por qué he contraído deudas? ¿Por qué me he separado de mi tío? ¿Por qué no veo hace mucho tiempo a mis hermanos? Por una idea. Creí que podría hacer algo de provecho en

América, me figuré que acaso fuese necesario mi esfuerzo más allá del mar. Todo negocio que no apareciese envuelto en mil peligros me parecía insignificante e indigno. ¡De qué distinta manera veo hoy las cosas! Para mí lo más precioso, lo más querido, es lo que está más cercano a mí.

-Todavía recuerdo -respondió Jarno- la carta que me dirigió usted desde ultramar. Me decía: regresaré, y en mi casa, en mi jardín, junto a los míos, diré a todas horas: Aquí o en ningún otro lugar está América

-Sí, amigo mío: es una frase que repetiré siempre, aunque al mismo tiempo me reprocharé no ser aquí tan activo como lo fui allá. Para asegurarnos una existencia estable y duradera, nos basta servirnos del entendimiento, y nos limitamos tanto a éste, que nos olvidamos del recurso a lo extraordinario que requiere de nosotros un día cualquiera. Y aunque tal vez lo reconozcamos, encontraremos mil pretextos para no actuar de tal modo. Un hombre razo-

nable es mucho para sí mismo pero muy poca cosa de cara a la totalidad.

-No ataquemos con excesiva vehemencia a la razón -replicó Jarno-, y confesemos que lo extraordinario es a menudo insensato.

-Es cierto, pero la culpa es de los hombres, que quieren hacer las cosas extraordinarias de forma extraordinaria también. Mi cuñado, por ejemplo, regala todo lo que puede de sus intereses a la hermandad morava, creyendo garantizar así la salvación de su alma. Sin embargo, le hubiese bastado sacrificar una pequeña parte de sus rentas, para propiciar la felicidad de muchos hombres, y procurarles tanto a ellos como a sí mismo un anticipo del cielo en la tierra. Es muy raro que nuestros sacrificios sean fructíferos renunciando plenamente a aquello de lo que nos deshacemos. No es la seguridad en la propia resolución sino un estado de desesperación el que nos induce a abandonar nuestras posesiones. Hoy, confieso que no puedo apartar de mi vista la imagen del

Conde, y casi estoy decidido a hacer con plena convicción lo que él ha llevado a cabo movido por una idea insensata. No quiero esperar a mi recuperación. He aquí mis disposiciones, falta pasarlas a limpio. Llame al notario; nuestro huésped le ayudará. Yo, en trance de curación o moribundo, veré puesta en marcha mi idea. Aquí o en ningún lugar esta la hermandad morava.

Cuando Lidia oyó hablar a su amigo de la muerte, cayó de rodillas a la cabecera del lecho y rompió a llorar con amargura. Entró el cirujano; Jarno entregó los papeles a Wilhelm e instó a Lidia a que se fuera.

-¡Por el amor de Dios! -exclamó Wilhelm apenas quedó a solas con Jarno-. ¿Qué historia es esa del Conde que se retira a la hermandad morava?

-La conoce usted perfectamente -respondió Jarno-, tanto, que es usted el fantasma que lo arroja en los brazos de la vida piadosa. Usted es también el malvado que ha llevado

a su excelente mujer a considerar algo aceptable seguir a su marido.

-¿Ella es hermana de Lotario? -exclamó Wilhelm. -Exactamente

-¿Y Lotario sabe...?

-Todo.

-¡Oh!, deje que huya. ¿Cómo podría permanecer en su presencia? ¿Qué me dirá?

-Que es peligroso arrojar la primera piedra, y que no se deben componer discursos patéticos para avergonzar a nadie, si es que antes no se mira uno al espejo de su conciencia.

-¿También sabe usted eso?

-Al igual que otras muchas cosas -respondió Jarno sonriendo-. Sin embargo, no le dejaré que se vaya fácilmente, aunque ya haya dejado de ser reclutador. No soy ya soldado, y aunque lo fuera, no debí inspirarle ese tipo de sospechas. Han cambiado mucho las cosas desde que dejamos de vernos. De resultas de la muerte del príncipe, mi único amigo y bienhechor, me he apartado de la vida mundana, he

abandonado todas mis relaciones. Antes intentaba apoyar todo lo que consideraba razonable, no callaba mi opinión cuando algo me parecía absurdo, y todo el mundo hablaba de mi mente inquieta y mi mala lengua. La mayoría de los hombres no teme tanto a nada como a la razón, cuando es la estupidez lo que debieran temer, si se diesen cuenta de lo que es verdaderamente nocivo. Como la razón les molesta, procuran combatirla y como la necedad no es más que perjudicial, no importa esperar sus consecuencias. ¡Concedámoslo! Tengo lo necesario para vivir y tengo un plan formado y más tarde se lo expondré. Si lo desea, tomará parte en él. Pero dígame: ¿qué ha sido de usted? Veo, intuyo que en su existencia han tenido lugar cambios sensibles. ¿Sigue empeñado en alcanzar algo bello y bueno con una cuadrilla de bohemios?

-Ya he recibido suficiente castigo -contestó Wilhelm-. No me recuerde de dónde vengo ni me pregunte a dónde voy. Se habla mucho del teatro, pero quien no ha vivido en

éste no puede formarse una idea exacta de lo que discurre en su interior. No es posible concebir hasta qué punto esos hombres se desconocen a sí mismos, la irreflexión en el desempeño de su cometido y lo desmedido de sus pretensiones. Todos pretenden ser, no digo ya el primero, sino el único de la compañía; a cada cual le gustaría excluir a todos los otros, ni uno sólo sabe valorar que, sin la cooperación de sus compañeros, no sería nada, todos se pretenden maravillosamente originales, cuando son incapaces de prescindir mínimamente de la rutina. Unamos a esto una inquietud perpetua y una búsqueda constante de novedades. ¡Qué violencia emplean unos contra los otros! Los vínculos que mantienen unida a una compañía son un egoísmo extremadamente lleno de mezquindad y una codicia empobrecedora. De ninguna manera se puede hablar de respeto mutuo. La tónica general es una desconfianza general alimentada por odios secretos y atizada por discursos humillantes. El que no vive con

frivolidad, vive sumido en la idiotez. Todos creen tener derecho a la consideración más incondicionada, y todos son sensibles al más mínimo de los reproches. ¡Cada cual cree saberlo todo mejor que nadie! Siempre necesitados y siempre desconfiados, parece que nada les da más miedo que la razón y el buen gusto, y que el único fin que persiguen es mantener el derecho soberano de hacer sus caprichos.

Wilhelm tomó aliento para proseguir su letanía, pero Jarno lo interrumpió riendo a carcajadas.

-¡Pobres actores! -exclamó, dejándose caer sobre un sofá y continuando con sus risotadas-. ¡Pobres actores! ¿Sabe usted? -continuó poco después-. Lo que acaba de describir no es el teatro, sino el mundo. ¡Cuántos modelos dignos de sus inmisericordes pinceladas encontraría yo en todos los estamentos! Perdóneme, pero he de reírme si usted supone que estas lindezas que acaba de describir son privativas del teatro.

Para replicar Wilhelm hubo de reponerse un poco, pues se había sentido herido por la risa desmedida y extemporánea de Jarno:

-Evidencia usted una notorio misantropía al pretender que tales vicios son universales.

-Y usted demuestra la ignorancia del mundo al cargar tanto las tintas contra el teatro. En el fondo, disculpo al actor errores que nacen de engaños personales y del deseo de agradar, porque, si el actor no siente cierta estima por sí mismo y no la despierta en el público, no es nada. Su vocación es la apariencia, y por eso, debe valorar tanto un aplauso momentáneo, ya que supone su única recompensa. Debe aspirar a brillar, porque ésta es su finalidad.

-Me permitirá usted que me sonría -replicó Wilhelm-. ¡Nunca hubiese creído que fuera usted tan gentil y tan tolerante!

-¡Seguro que no! He puesto sobre la mesa mi plena y razonada severidad. Perdono a los comediantes los vicios del hombre, pero nunca al hombre los vicios del comediante. No haga

que inicie mis lamentaciones al respecto, porque serían más vehementes que todas las de usted.

El cirujano salió del gabinete y recibió la pregunta de Jarno acerca de la salud del paciente.

-Muy bien -contestó muy amigablemente-. Espero verlo muy pronto totalmente restablecido.

Salió de la sala sin esperar a las preguntas de Wilhelm, quien había abierto ya la boca para interrogarle sobre el estuche. El deseo de tener alguna noticia sobre su amazona le decidió a confiar su secreto a Jarno.

-Usted que sabe tantas cosas -le dijo-, ¿no podría ayudarme a aclarar ésta?

Reflexionó Jarno, y respondió poco después.

-Esté usted tranquilo y no mencione más el asunto, que seguramente encontraremos pronto la pista de la dama. Lo único que me preocupa actualmente es el estado de Lotario.

El caso es grave; para asegurarlo, me basta ver la amabilidad y la confianza en el rostro del cirujano. Yo quisiera prescindir de Lidia, porque no pinta nada aquí, pero no sé cómo hacerlo. Esta noche espero a nuestro viejo médico: después que reconozca al herido, ya podremos hablar más extensamente de otros temas.

CAPÍTULO CUARTO

LLEGO el médico. Era aquel viejo bondadoso y de baja estatura que ya conocemos, al que debemos la aportación del interesante manuscrito. Ante todo, apenas llegado, quiso ver al herido, y no pareció quedar en ningún modo satisfecho de su estado. Habló largamente con Jarno, pero ni uno ni otro revelaron nada de su conversación aquella noche en la mesa.

Wilhelm saludó con sumo afecto al médico y le preguntó por su arpista.

-Aún tenemos esperanzas de salvar a ese desgraciado -contestó el médico.

-Aquel hombre era un triste aditivo para su miserable y peregrina vida -terció Jarno dirigiéndose a Wilhelm-. Qué ha sido de él? Dígame.

Después que Wilhelm satisfizo la curiosidad de Jarno, repuso el médico:

-No he visto un alma en una situación tan especial. Desde hace muchos años, no ha tomado la menor parte en lo que ocurría en su exterior, ni siquiera lo ha percibido. Encerrado en sí mismo, no veía más que su yo, su yo vacío y hueco, que le parecía un insondable abismo. Qué conmovedor era oírle hablar de su deplorable situación.

-Nada veo delante de mí, nada detrás de mí -exclamaba-, nada más que una noche interminable, en la cual me encuentro en la soledad más espantosa. No me resta más pensamiento que el de mi culpa, que me sigue a todas partes como un espectro amorfo. Como no

distingo ni la altura ni la profundidad, ni lo que tengo delante ni lo que queda a mi espalda, estoy privado de palabras con las que expresar mi estado, que me parece siempre el mismo. En el desamparo que me causa esta uniformidad, grito con vehemencia: ¡Eternamente! ¡Eternamente! Y esta palabra, extraña e incomprensible para los demás, se me antoja clara y luminosa frente a las tinieblas de mi estado. Ni un solo destello de divinidad alguna viene a iluminar mi noche, y yo lloro mis lágrimas para mí y encerrado dentro de mí. Nada me resulta tan cruel como el cariño y la amistad, porque me impiden creer que las apariciones que me rodean puedan llegar a ser reales. Pero el cariño y la amistad son dos espectros que han salido del abismo con el exclusivo objeto de acobardarme y de usurparme la preciosa conciencia de mi ser monstruoso.» Quisiera que le oyesen ustedes hablar -continuó el doctor- cuando en horas en las que se siente confiado intenta aliviar su corazón. Con mucha frecuencia me ha conmovido

profundamente. Si algo le obliga a reconocer por un instante que existe el pasado, parece como sorprendido, y a continuación rechaza el cambio ocurrido como si fuera una apariencia. Una noche cantó algunos versos sobre sus cabellos grises: todos los que le acompañábamos lloramos.

-¡Oh! -exclamó Wilhelm-. ¡Consígamelos!

-¿Y no ha conseguido usted descubrir nada -preguntó Jarno- sobre lo que él llama su crimen, sobre el motivo de su extravagante vestimenta, su conducta insensata durante el incendio y su ira contra el niño?

-Sólo mediante conjeturas podemos intuir cómo ha sido su vida. Hacerle preguntas directas sería infringir nuestros principios. Como averiguamos que había sido educado en la religión católica, creímos que, confesando, le proporcionaríamos cierto consuelo, pero rehúsa verse a solas con un sacerdote. Pero, a fin de no dejar totalmente insatisfecha su curiosidad, le comunicaré al menos el resultado de nuestras

suposiciones. Pasó su juventud en el monacato, y de ahí que persista en su costumbre de usar barba y de vestir una especie de hábito. Durante la mayor parte de la vida las alegrías del amor fueron algo desconocido para él. Luego, probablemente tarde, un amorío con una parienta suya en grado muy próximo, y la muerte de ésta, a raíz de haber dado a luz una desgraciada criatura, perturbaron por completo su razón. Su mayor locura estriba en creer que lleva consigo la desgracia, y que un muchacho inocente será la causa de su muerte. Antes de saber que Mignon era niña, le tuvo un miedo horrible; hoy es Félix quien le asusta. El enorme apego que le tiene a la vida, a pesar de la miseria en la que está sumido, explica la aversión que siente por el niño.

-¿Qué esperanzas tiene usted de curarlo?

-inquirió Wilhelm.

-No hemos avanzado mucho -contestó el médico-, pero tampoco hemos retrocedido. Lleva a cabo sus ocupaciones con regularidad. Le

hemos acostumbrado a leer los periódicos: siempre espera con impaciencia la hora de la lectura.

-Me gustaría conocer sus canciones -dijo Jarno.

-Puedo darle a leer varias -respondió el doctor-. El hijo mayor de nuestro pastor, que tiene costumbre de escribir los sermones de su padre, ha recogido algunas estrofas, sin que lo sospechase el viejo, y así ha recopilado muchas de sus canciones.

Al día siguiente por la mañana, Jarno fue a buscar a Wilhelm y le dijo:

-Necesitamos que nos haga usted un favor. Es absolutamente indispensable tener a Lidia alejada durante algún tiempo, porque sus afectos llenos de ardor y me atrevería a decir que de importunidad, obstaculizan la recuperación del Barón. Su herida exige reposo y serenidad, aun no siendo peligrosa, pues se trata de un hombre de buena constitución física. Pero ya ha visto usted cuánto le atormenta Lidia con

sus atenciones turbulentas, con sus angustias incontrolables y sus lágrimas desbordantes. En fin -dijo tras una pausa-, el médico exige expresamente que Lidia se ausente de la casa durante algún tiempo. Le hemos hecho creer que una de sus mejores amigas ha venido a pasar una temporada cerca de aquí, que desea verla y que la espera. La hemos convencido de que vaya a la casa del notario, que está a dos horas de aquí y en la cual está hospedada su amiga. El notario, conchabado con nosotros, lamentará profundamente que la señorita Teresa, amiga de Lidia, haya tenido que salir de su casa, pero que partió algunos minutos antes de la llegada de Lidia; pero le hará ver que puede alcanzarla sin dificultad y creemos que, por este medio, la iremos llevando de un pueblo a otro. Si ella exige expresamente regresar, usted no la contradiga, que la noche vendrá en su socorro. El cochero es un muchacho inteligente, de confianza absoluta, y con su concurso, todo se podrá arreglar. En el coche ocupará usted un

asiento a su lado, y su misión será procurar distraerla y dirigir su aventura.

-¡Realmente no puede ser ni más singular ni más lamentable la misión que me confía! - exclamó Wilhelm-. No hay nada más doloroso que el espectáculo de un amor fiel y engañado. ¿He de ser yo el instrumento de esta urdimbre? Será la primera vez en mi vida que contribuiré a un engaño, porque siempre he pensado que ni la obtención de un fin bueno y útil hace lícito el empleo de medios reprobables.

-A los niños no se los puede educar de otra manera -replicó Jarno.

-Ese método es válido con niños a los que amamos con ternura y con los que hacemos manifiestamente la vista gorda, pero con nuestros semejantes ante los cuales el corazón no nos demanda tantos miramientos, el procedimiento es peligroso. No crea usted, sin embargo -añadió tras un momento de reflexión-, que me niegue a aceptar la misión. El respeto que me inspira su buen entendimiento, la amistad

que siento hacia su excelente amigo y el vivo deseo de contribuir a su curación por todos los medios posibles, harán que mi única voluntad sea cumplir este cometido. Por un amigo no basta con arriesgar la vida, en caso de necesidad se le sacrifican las convicciones. Debemos, llegado el caso, sacrificarle nuestra pasión favorita y nuestros anhelos más ardientes. Acepto la misión, previendo el tormento que me causarán las lágrimas y la desesperación de Lidia.

-A cambio no recibirá usted mala recompensa -repuso Jarno-, porque podrá conocer a la señorita Teresa, mujer como hay muy pocas, mujer que, como amazona, avergonzaría a no pocos hombres, mujer que en nada se parece a la mayoría. Pues, cuando éstas visten su traje equívoco, no son en realidad otra cosa que lindas hermafroditas.

Wilhelm quedó conmocionado, tenía la esperanza de que encontrando a la hermosa Teresa volvería a estar junto a su amazona, esperanza que afianzó Jarno, quien, al pedir Wil-

helm más detalles, se alejó sin decir nada.

La esperanza de tornar a ver aquella figura adorada y amada dio lugar en él a singulares emociones. La misión, que antes le repugnaba, le parecía una manifestación de la providencia, y la idea de que iba a alejar traicioneramente a una desdichada muchacha del objeto de su ardiente y sincero amor la veía como algo anecdótico, algo así como la sombra de un ave que pasa volando sobre la tierra radiantemente iluminada.

El coche esperaba en la puerta: Lidia, antes de decidirse a tomarlo, titubeó.

-Salude usted una vez más de parte mía a su señor -dijo al criado viejo-, dígame que estaré de vuelta antes de la noche.

Mientras se alejaba el coche, miraba con frecuencia al palacio con sus ojos llenos de lágrimas. Pasado un rato, dominó su emoción y le dijo a Wilhelm:

-En la señorita Teresa encontrará usted una persona muy interesante. Me asombra que

haya venido a esta región pues supongo que sabrá usted que ella y el Barón se querían mucho. Muy habitualmente Lotario iba a verla, aunque la distancia hasta su casa era considerable. Parecían haber nacido el uno para el otro. Sin embargo, las relaciones terminaron repentinamente, sin que nadie haya logrado saber por qué. Cuando le conocí, no lo niego, sentí envidia de mi amiga, y que no me tomaba el trabajo de disimular la atracción que él ejercía sobre mí, por eso no lo rechacé el día que, de modo imprevisto pareció preferirme a Teresa. Ésta se comportó conmigo mejor de lo que yo podía desear, aun cuando parecía que yo le había robado un novio tan valioso como él. ¡Pero cuántas lágrimas, cuántos dolores me ha costado ese amor! Empezamos viéndonos de cuando en cuando y furtivamente en casa de un tercero, pero me fue imposible soportar durante mucho tiempo aquella existencia, porque yo sólo a su lado era dichosa, completamente dichosa. Lejos de él mis ojos estaban siempre llenos de lágri-

mas y mi pulso agitado. En una ocasión transcurrieron varios días sin que Lotario viniese a verme, estaba desesperada y me puse en camino para sorprenderle en su casa. Me recibió con ternura, y si no hubiese ocurrido el desdichado suceso que lo mantiene en cama, mi vida sería un goce celestial. No puedo expresar con palabras lo que sufro desde que está en peligro, y aún en este momento me reprocho vivamente por haberme alejado de él durante algunas horas.

Wilhelm quería pedirle detalles acerca de Teresa cuando llegaron a la casa del notario, el cual se acercó a la portezuela del coche para lamentar que la señorita Teresa acababa de marcharse. Invitó a desayunar a los viajeros, pero añadió que, si continuaban el camino sin detenerse, a no dudar alcanzarían a la viajera en la aldea inmediata. Decidieron continuar el viaje y el cochero no puso objeción alguna, pero dejaron atrás varios pueblos sin encontrar a Teresa. Lidia ordenó regresar, pero el cochero

continuaba adelante, cual si no entendiese la orden. Al fin Lidia insistió con energía, y Wilhelm ordenó al cochero que volviera atrás, haciéndole la señal previamente convenida.

-No tenemos necesidad de volver por el mismo camino -contestó el cochero-. Conozco yo otro que, además de más corto, es más agradable.

Los llevó por un bosque y luego por amplias praderas. Al cabo de bastante tiempo, como no encontraron ningún lugar conocido, el cochero acabó confesando que se había perdido, pero que encontraría sin dificultad el camino porque, a alguna distancia, se veía un pueblo. Llegó la noche, y el cochero supo manejarse con tal destreza, que en todas partes preguntaba por el camino y en ninguna esperaba a que le dieran la respuesta. No dejaron de viajar durante toda la noche. Lidia no pegó los ojos. A la luz de la luna encontraba muchas semejanzas que inmediatamente volvían a desvanecerse. Cuando vino el nuevo día, lo que veía le pare-

cía conocido pero más inesperado. El coche acababa de hacer alto junto a la puerta de una encantadora casita de campo. Una dama se aproximó a la portezuela y la abrió. Lidia la miró con fijeza, miró en torno suyo, volvió a clavar los ojos en aquélla, y cayó desvanecida en los brazos de Wilhelm.

CAPÍTULO QUINTO

LLEVARON a Wilhelm a un pequeño cuarto abuhardillado. La casa era nueva y extremadamente pequeña, pero estaba muy limpia y ordenada. Teresa, la que salió a recibir a los viajeros, no era la hermosa amazona y distaba mucho de parecerse a ella. De buena figura aunque no muy alta, era un prodigio de vivacidad, y parecía como si nada pudiese pasar inadvertido a sus ojos claros, azules y almendrados.

Entró en el cuarto de Wilhelm y preguntó a éste si necesitaba algo.

-Le ruego que me perdone -le dijo- si le acomodo en un cuarto que todavía huele a pintura. Mi casita apenas ha sido terminada, y es usted el que inaugura la habitación de los huéspedes. Ojalá hubiera venido usted en mejor ocasión. La pobre Lidia no nos va a dar muy buenos días, y por si esto no basta, no podrá usted ser exigente: mi cocinera me ha dejado cuando más necesidad tenía de sus servicios, y uno de mis criados se ha herido una mano. Todo tendré que hacerlo yo, pero, con un poquito de paciencia y otro poquito de tolerancia, saldremos del paso. Nada depara tantas contradicciones como los criados: nadie quiere servir a los demás, ni siquiera nadie está dispuesto a servirse a sí mismo.

Habló de infinidad de cosas, demostrando que era sumamente locuaz. Wilhelm preguntó por Lidia y dijo que deseaba verla y excusarse con ella.

-Esto no tendrá en ella ningún efecto de momento -contestó Teresa, deje usted que pase cie

que encubra tanta malicia un comportamiento tan digno y un rostro tan franco!» A Lotario lo excusa por completo; en la carta que él le ha dirigido le dice: «Mis amigos me indujeron, mis amigos me obligaron.» Lidia lo inclusive a usted en el número de esos amigos, y maldice a usted y a los demás.

-Esa censura me honra en extremo -respondió Wilhelm-. Todavía no puedo aspirar a ser amigo de ese hombre excelente, y ahora no ha sido más que un instrumento inocente. No quiero alabar mi acción, pero, en definitiva, he sido capaz de llevarla a cabo. Se trataba de la salud, se trataba de la vida de un hombre a quien aprecio más que a ninguno de los que hasta la fecha he conocido. ¡Qué hombre, señorita! ¡Y qué hombres los que lo rodean! En aquella casa es donde por vez primera he escuchado una conversación, allí fue donde por primera vez penetró en mi mente por boca de otro el sentido íntimo de mis palabras, pero un sentido más abundante, más amplio, más ple-

no; allí fue donde vi con claridad y precisión lo que únicamente había yo presentado, allí donde lo que estaba en mi pensamiento se manifestó de forma clara y definida. Para mi desgracia, innumerables ocupaciones e incidentes, y luego la desagradable misión que me confiaron, han venido a interrumpir el placer que sentía. Acepté mi cometido con abnegación, y lo acepté porque creí mi deber contribuir al proyecto de aquellos hombres excelentes, aun sacrificando mis sentimientos.

Mientras pronunciaba estas palabras, Teresa no había dejado de contemplar a su huésped con mirada amistosa.

-¡Es muy agradable -exclamó- oír las propias convicciones expresadas por boca de otro! Pienso lo mismo que usted acerca de Lotario: no todos le hacen justicia, pero todos los que lo conocen a fondo son sus partidarios entusiastas. Yo pienso en él todos los días, sin que me lo impida el penoso sentimiento que en mi corazón se mezcla con su recuerdo.

Al decir esto, un suspiro hinchó su pecho y en su ojo derecho brilló una lágrima.

-No crea usted que soy débil -prosiguió-, que me enternezco con facilidad. Es mi ojo el que llora. Tuve un tumorcito en el párpado inferior del ojo derecho; está curado ya, pero todavía tengo una propensión terrible a llorar por cualquier cosa. Aquí tuve el tumorcito... vea usted, no quedan rastros.

Wilhelm miró y no vio rastros de tumor alguno: lo que sí vio fue unos ojos claros como el cristal, unos ojos que permitían ver hasta el fondo de su alma.

-Ya sabemos la clave de nuestra relación -continuó Teresa-, procuremos entonces conocernos lo más pronto y más completamente posible. La historia de cada ser humano es su carácter, por eso voy a contarle la mía, tenga usted la misma confianza conmigo, y quedaremos unidos incluso cuando nos separemos. El mundo está vacío para quien no ve en él sino montañas, ríos y ciudades, pero para quien

sabe que en algún lugar hay otro que simpatiza con esa persona, alguien en cuya compañía secretamente, este globo terráqueo es un jardín animado.

Se despidió de Wilhelm prometiéndole que muy pronto volvería a buscarle para dar un paseo. La presencia de Teresa había producido en Wilhelm agradable impresión. Nuestro amigo deseaba conocer los detalles de las relaciones de Teresa con Lotario. Sintió que lo llamaban, era ella que había venido a buscarlo a su cuarto.

Mientras bajaban la estrecha y empinada escalera, dijo Teresa:

-La casa sería más espaciosa si yo hubiese aceptado los ofrecimientos de su generoso amigo, pero, si he de continuar siendo digna de él, debo aferrarme a lo que me valió su afecto. ¿Dónde está el administrador? -preguntó al llegar al pie de la escalera-. No vaya usted a imaginar que soy bastante rica para necesitar de los servicios de un administrador, pues

puedo muy bien administrar por mí misma mis modestas propiedades. El administrador por quien pregunto es el de un vecino recién llegado al país, que ha comprado una buena finca que conozco a fondo. Un ataque de gota retiene en el lecho al viejo: su servidumbre es nueva en esta tierra, y yo le ayudo gustosa a instalarse.

Dieron un paseo a través de los campos, praderas y algunos pequeños jardines. Teresa daba explicaciones de todo al administrador, podía entrar en detalles y hablaba con tanta competencia, que Wilhelm tuvo mil ocasiones de admirar sus conocimientos, su precisión, la habilidad con que sabía resolver todas las dificultades. No se entretenía en ninguna parte, buscaba en derecha los puntos importantes, y como consecuencia, muy pronto quedó terminada su labor con el administrador.

-Salude usted a su señor -le dijo despidiéndole-. Iré a visitarle tan pronto como me sea posible; dígaselo así, y añádale que le deseo un restablecimiento tan completo como rá-

vido... ¡Cuando pienso -repuso sonriendo, luego que el administrador se hubo alejado, que me b

-¡Un viejo gotoso! -exclamó Wilhelm-. ¡Me sería imposible comprender que, a su edad, tomase usted una decisión tan desesperada!

-No siento la menor tentación. Es rico el que sabe administrar lo que posee. La opulencia resulta carga pesada para quien no sabe llevarla.

Wilhelm admiró que tuviese tan amplios conocimientos económicos.

Una vocación decidida, la ocasión prematura, influencias externas y la asiduidad en el ejercicio de una ocupación útil, hacen posibles, y aún fáciles, muchas empresas en este mundo -respondió Teresa-. Cuando conozca usted las causas que me impulsaron y los alicientes que me dieron fuerzas para aventurarme por el camino que usted indica, seguramente no ha de admirarle ese talento que ahora le parece tan asombroso.

LLegados a casa, Teresa dejó a su hués-

ped en el jardín, cuyos paseos eran estrechísimos, porque las plantaciones llenaban todo el terreno. Al pasar por el patio, Wilhelm no pudo contener una sonrisa: la leña estaba allí aserrada, partida y apilada con tanta regularidad como si formase parte integrante del inmueble y hubiese de continuar allí indefinidamente. En aquella casita, pintada de rojo y blanco y que alegraba la vista, estaban todos los recipientes en su sitio. Allí parecía haberse dado cita todo cuanto puede producir la industria que no se fija en la belleza de las proporciones pero sí en lo referente a solidez y utilidad. A Wilhelm le sirvieron la comida en su habitación, donde pudo entregarse con toda libertad a sus reflexiones. Nada le llamaba tanto la atención como haber trabado amistad con una persona tan interesante y que había sostenido relaciones amorosas con Lotario.

-Es natural -se decía- que un hombre tan excelente sepa conquistarse los corazones de mujeres de tanto valor. ¡Qué grande es la in-

fluencia de las almas varoniles y nobles! ¡Y qué poco valemos todos en comparación con esos hombres...! ¡Confiesa, Wilhelm, confiesa tu miedo! Si algún día vuelves a encontrar a tu amazona, a la figura de las figuras, hallarás que, a pesar de tus esperanzas y tus sueños, ella es, para tu humillación y vergüenza... la prometida de Lotario!

CAPÍTULO SEXTO

AUNQUE Wilhelm había pasado la tarde inquieto, se había aburrido no poco. Hacia el atardecer, entró en su habitación un cazador de noble presencia, quien, después de saludarlo, le dijo:

-Quiere usted que demos un paseo?

Wilhelm reconoció inmediatamente a Teresa bajo el traje de cazador.

-Perdóneme esta mascarada -repuso la joven-, porque, desgraciadamente, no es más

que disfraz el traje que visto. Sin embargo, como pienso hablarle de la época de mi vida en que me agradaba verme con este chaleco, he querido ofrecer, dentro de lo posible, la apariencia que tenía en aquellos tiempos. Venga usted conmigo: el lugar donde tantas veces descansábamos después de las cacerías o de los paseos me ayudará a evocar.

Emprendieron la marcha, y de camino Teresa le dijo a su acompañante:

-No es justo que sea yo la única que hable. Usted conoce parte de mi historia, mientras yo no sé absolutamente nada de la suya. Cuénteme algo, y así me animará a referirle yo mi historia completa.

-Por desgracia -respondió Wilhelm-, no tengo nada más que referir que una serie ininterrumpida de errores y de extravíos, tanto, que a usted, más que a ninguna otra persona, me gustaría ocultarle el relato de los desórdenes en que he estado y estoy sumido. Su mirada, todo lo que la rodea, su persona y su conducta, me

indican que su pasado le proporciona motivos de alegría, me dicen que ha avanzado usted con paso firme por un sendero recto y hermoso, que no ha perdido el tiempo, que nada tiene usted que reprocharse.

Ella sonrió y repuso:

-Veremos si pensará usted como ahora una vez haya oído mi historia.

Continuaron paseando y, después de ciertas conversaciones formales, Teresa preguntó:

-¿Es usted libre?

-Creo serlo -respondió él-, aunque confieso que desearía contestar negativamente su pregunta.

-Magnífico! -exclamó Teresa-. Sus palabras dejan traslucir una novela complicada e indican que también usted tiene algo interesante que contarme.

Subían la falda de una colina mientras intercambiaban estas palabras. Al pie de un gran roble, que proyectaba una amplia sombra, se

sentaron.

-Aquí, bajo este árbol, quiero contarle a usted la historia de una joven: escúcheme pacientemente:

«Mi padre era un señor rico de esta provincia, hombre vivo, inteligente, activo y honrado, un padre tierno, amigo sincero, un excelente anfitrión. Tenía un solo defecto: ser demasiado indulgente con su esposa, indulgencia que ella no sabía apreciar. Siento en el alma que haya de decir esto precisamente de mi madre. Su carácter era opuesto al de mi padre: era brusca, veleidosa, desapegada de su hogar y de mí, su hija única; era pródiga, pero al mismo tiempo hermosa y llena de ingenio, y tenía la capacidad de hacerse adorar por el círculo de amigos que se había formado. Nunca fue numerosa su reunión, formada casi exclusivamente por caballeros, porque las señoras no se encontraban a gusto a su lado, ni mi madre podía soportar los méritos de mujer alguna.

»Yo me parecía a mi padre, física y mo-

ralmente. Lo mismo que los patitos instintivamente corren hacia el estanque, así durante esta época yo me sentía en mi elemento en la cocina, la despensa, los graneros y el desván. El orden y la limpieza de la casa eran mi instinto único, mi único rasgo característico. Mi padre estaba muy contento de ello, y para fomentar mi vocación infantil, gradualmente me iba confiando las ocupaciones más adecuadas a aquélla. Mi madre, por el contrario, no me quería, ni se tomaba por un instante el trabajo de disimularlo.

»Fui creciendo, y con los años crecieron también mi actividad y el cariño que por mí sentía mi padre. Cuando estábamos solos, cuando recorríamos los campos, cuando le ayudaba a revisar sus cuentas, yo podía apreciar lo feliz que era. Si le miraba a los ojos, creía yo verme en ellos, pues precisamente era en nuestros ojos donde éramos idénticos. En presencia de mi madre, no tenía el mismo ánimo ni

se expresaba igual: me defendía con timidez y tibieza cuando aquélla me reñía violenta e injustificadamente; se colocaba a mi lado, es cierto, pero no para protegerme, sino para excusar mis buenas cualidades. Era incapaz de oponer *el* menor obstáculo a las inclinaciones de mi madre. A ésta le dio por organizar la representación de comedias en casa, y mi padre se apresuró a construir un teatro. Hombres de todas las edades y condiciones que saliesen a escena con ella no faltaban, sin embargo, escaseaban las mujeres. Lidia, una agradable muchacha que había sido educada conmigo y que, desde sus primeros años, prometía ser muy atractiva representaba los papeles secundarios; una vieja sirvienta encarnaba los papeles de señora entrada en años; mi madre, en cambio, se reservaba los de dama, los de enamorada, los de heroína y los de pastora codiciada. Me sería imposible expresar lo ridículas que me parecían aquellas personas, que conocía perfectamente, cuando las veía aparecer en el escenario disfra-

zadas y pretendiendo pasar por lo que no eran. Aunque representasen príncipes, condes o labriegos, yo continuaba viendo a mi madre y a Lidia, al barón y al secretario, y no comprendía por qué ponían empeño en convencerme de que eran felices o desgraciados, viciosos o generosos, que estaban enamorados o eran indiferentes cuando sabía yo positivamente que todo aquello era falso. Por eso, rara vez estaba yo en la sala. Para hacer algo, preparaba las luces, encargaba la cena, y a la mañana siguiente, mientras todos continuaban en sus lechos, ponía en orden el vestuario, que, por regla general, habían dejado revuelto y amontonado.

»A mi madre le parecía muy bien mi actividad, aunque de nada me servía para conquistar su cariño. Me despreciaba, y todavía recuerdo que solía decirle muchas veces con amargura: "Si a una madre le cupiese tener las dudas que le cabe tener al padre, sería difícil hacerme creer que esta muchacha es mi hija." No niego que su conducta para conmigo me

alejaba progresivamente de ella, sus actos me parecían los de una persona extraña, y, como desde muy niña me había acostumbrado a escrutar con mirada de halcón a la servidumbre, la cual, dicho sea de paso, es el fundamento del orden de un hogar, no perdía detalle de lo que hacían mi madre y las personas que la acompañaban. Fácil era observar que no miraba a todos los hombres de la misma manera. Redoblé mi vigilancia, y pronto descubrí que Lidia era su confidente y por medio de ella había conocido más estrechamente a una persona de la que estaba enamorada desde la niñez. No había ninguna cita de mi madre que quedara inadvertida para mí, y yo no decía nada a mi padre, pues temía causarle dolor, pero al fin no tuve más remedio que hablarle de lo que pasaba. Mi madre se veía obligada, en muchas ocasiones, a sobornar a la servidumbre. Ésta, envalentonada, se atrevió a resistírseme, a descuidar las órdenes de mi padre, a no obedecer las mías. El desorden de la casa no era ya tolerable, y le

presente queja de todo esto a mi padre.

«Me escuchó con calma: "Querida hija, lo sé todo -me contestó sonriendo-. Tranquilízate y súfrelo todo con paciencia, pues sólo por ti lo tolero yo."»

»Ni podía estar yo tranquila ni sufrir el calvario con paciencia. Interiormente censuraba a mi padre; porque no creía que existieran razones de peso bastante para tolerar semejante estado de cosas. Insistí en que era necesario mantener el orden y estaba resuelta a llevar las cosas hasta el fin.

«Mi madre era rica de familia, pero gastaba más de lo conveniente, y esto dio lugar, según pude observar, a no pocas conversaciones entre los cónyuges. Transcurrió mucho tiempo sin que se pusiera remedio al mal, pero, al fin, las pasiones de mi madre dieron lugar a cierto cambio en la situación.

«Cuando descubrió que su amante favorito le había sido descaradamente infiel, empezó a aborrecer su hogar, su país, su familia.

Primero se fue a vivir a otra finca, pero se encontró en ella demasiado sola; luego trasladó su residencia a la capital, pero allí no brillaba tanto como deseaba. No sé lo que pasaría entre ella y mi padre: lo único que puedo decir es que éste le dio permiso, bajo condiciones que desconozco, para que hiciese un viaje por el Mediodía de Francia.

»Estábamos libres de ella y vivíamos como en el Cielo. Creo que mi padre no perdió nada donándole una suma de consideración para que se marchara. Despedimos a toda la servidumbre inútil, y la dicha vino a alegrar nuestra nueva organización: todo salía a pedir de boca.

»Por desgracia este alegre estado de cosas duró poco: mi padre sufrió un ataque de apoplejía que le paralizó todo el lado derecho y le privó del fluido uso de la palabra. Era preciso adivinar sus pensamientos, porque no podía expresarlos por la palabra. Me resultaban muy angustiosos esos momentos en los que deseaba

estar a solas conmigo. Hacía ver por medio de gestos vehementes que quería que se alejase todo el mundo, y luego, cuando estábamos solos le resultaba imposible expresar lo que deseaba comunicarme. Su impaciencia entonces se extremaba, y me destrozaba el alma. No me cabía duda de que quería confiarme algo que me afectaba personalmente. ¡Qué ansias sentía yo de conocer el secreto! En otro tiempo, me bastaba mirar a mi padre en los ojos para leer todo lo que pasaba en el fondo de su alma, pero ahora todo era inútil. Después del ataque sus ojos nada me decían. Lo único que yo sabía era que mi padre nada quería, nada deseaba, nada anhelaba más que revelarme lo que, desgraciadamente, no he sabido ni sabré nunca. Quedó completamente inmovilizado e impedido de resultas de un segundo ataque, y, poco tiempo después, murió.

»No puedo explicar por qué arraigó en mí la idea de que él había escondido en alguna parte un tesoro que deseaba que viniese a parar

a mis manos, y no a las de mi madre, después de su muerte. Busqué durante su enfermedad, pero con resultado negativo: muerto él lo sellaron todo. Escribí a mi madre, ofreciéndome a continuar en nuestra posesión en calidad de administradora, pero no aceptó mi ofrecimiento, y hube de salir de la casa. Exhibió un testamento recíproco que la instituía heredera universal y me colocaba bajo su dependencia directa durante toda mi vida. Entonces creí comprender las señas de mi padre, le compadecía por haber sido tan débil y hasta injusto conmigo, no sólo en vida, sino también después de su muerte, pues su testamento, en opinión de algunos amigos míos, era peor que si me hubiese desheredado. Me aconsejaron que impugnase su validez, pero me repugnó dar el paso: veneraba demasiado su memoria. Puse mi confianza en el destino y en mí misma.

»Había tenido siempre buenas relaciones con una dama que poseía inmensas propiedades en las cercanías de la nuestra, ella me aco-

gió con los brazos abiertos, y muy pronto me colocó al frente de todos sus asuntos. Hacía una vida muy regular, adoraba el orden en todo, y yo la apoyaba enérgicamente en sus luchas contra su administrador y sus sirvientes. No soy ni avariciosa ni malévola, pero nosotras, las mujeres, velamos con mayor cuidado que los hombres por la economía, cuidamos de que nada se pierda. Los fraudes nos resultan insoportables, no queremos que nadie perciba más de lo que le corresponde por derecho.

»Me encontraba, en definitiva, en mi elemento, y a escondidas lloraba la muerte de mi padre. Mi protectora estaba contenta de mí. Sólo una circunstancia vino a perturbar mi tranquila vida. Volvió Lidia, y mi madre tuvo la crueldad de rechazar brutalmente a la pobre muchacha, después de haberla corrompido totalmente. Junto a mi madre ella había aprendido a satisfacer sus pasiones, se había habituado a vivir sin moderación alguna. Mi protectora la recibió el día que vino a visitarme. Llena

de buenas intenciones, Lidia quiso ir a la par
mía, pero no pudo; no sabía.

»Por aquella época visitaban frecuentemente a mi protectora parientes y futuros herederos suyos, para gozar de la caza. Casi siempre les acompañaba Lotario, y yo no tardé en apreciar lo mucho que se distinguía de sus amigos, pero sin que en mi juicio fuera acompañado de ninguna intención o plan personales. Era educado con todos, y Lidia pareció atraer desde los primeros días su atención. Era muy raro que yo, que siempre estaba muy ocupada, acompañara a los huéspedes. En presencia de éstos hablaba yo menos de lo habitual, aunque confieso que las conversaciones animadas han sido siempre lo más sabroso de la vida. Con mi padre me agradaba hablar de todo lo que se terciara, pues no puede pensarse con la claridad debida aquello que no se ha expresado por palabra. Jamás había escuchado a ningún hombre con el placer con que escuchaba a Lotario cuando hablaba de sus viajes y de sus cam-

pañas. El mundo le era a él tan familiar como a mí las tierras que administraba. Lo que el contaba no eran los sucesos extraños ocurridos a un aventurero, ni las exageradas verdades a medias de un mezquino viajero, que, prometiéndonos la descripción de un país, siempre nos sirve la de su persona. Lotario no refería, no narraba; nos llevaba de la mano al país, a la región de la que nos hablaba. Pocas veces he experimentado un placer tan auténtico como oyéndole.

»Pero mi satisfacción fue inexpresable la noche que le oí hablar de las mujeres. La conversación discurrió y naturalmente. Algunas señoras de la vecindad nos habían visitado, y trajeron a colación el tema de la educación de la mujer. «Son injustos con nuestro sexo -decían-. Los hombres quieren reservarse toda la instrucción superior, no nos permiten acceder al estudio de las ciencias, pretenden hacer de nosotras muñecas o gobernantas domésticas.» Lotario participó mínimamente en la conversación;

pero cuando el número de los tertulianos se redujo, expresó con toda claridad su opinión. «Es curioso -exclamó- que censuren al hombre por colocar a la mujer en el lugar más alto que pueda ocupar. ¿Hay nada más elevado que la dirección de una casa? Mientras el hombre se tortura dedicándose a asuntos externos, mientras trabaja para adquirir o conservar la riqueza, mientras toma parte activa en la administración del Estado, que dependen siempre de las circunstancias. Él nada gobierna, por decirlo así, aunque presume de gobernarlo todo. Se ve obligado a ser diplomático cuando quisiera ser lógico, disimulado cuando quisiera ser franco, falso en vez de ser leal. Para alcanzar un objeto que le resulta difícil lograr renuncia con frecuencia al más hermoso de todos los objetos: la armonía consigo mismo. Durante ese tiempo, un ama de casa prudente reina efectivamente en el interior de su hogar y posibilita a toda la familia la actividad y la alegría. ¿No estriba la dicha mayor del hombre en ejecutar lo que con-

sidera justo y bueno; en ser dueño absoluto de los medios para alcanzar el fin? Y dónde puede, y hasta debe ser colocado este objeto, no siendo en el interior de su hogar? Todas estas necesidades que renacen sin cesar, que son indispensables, ¿dónde las satisfacemos, dónde podemos responder a ellas, sino en el lugar donde nos levantamos y nos acostamos, donde la cocina, la despensa y cualquier habitación y utensilio deben estar siempre prestos para atender nuestros deseos y los de los seres que nos son queridos? ¡Cuánta actividad regular es necesaria para dar satisfacción estable y viva a esta serie de necesidades repetidas sin cesar! ¡A qué pocos hombres se les concede la satisfacción de pasar por sus casas con la regularidad de un astro y de presidir cuanto en ella ocurre de noche y de día, fabricarse los útiles y herramientas, sembrar y recoger, conservar y gastar, y recorrer ese círculo con calma, amor y utilidad! Una vez colocada la mujer al frente de ese gobierno interior, deja que el marido a quien

ama sea el señor absoluto de su casa, y, merced a su atención siempre despierta, se apropia todos los conocimientos que en su actividad puede utilizar. Ella no depende de nadie, y proporciona a su marido la independencia verdadera, que es la de la casa, la del interior; lo que él posee tiene la seguridad de que será bien guardado, de la misma manera que sabe positivamente que será bien empleado aquello que adquiere, y liberado de estas preocupaciones, podrá encauzar sus energías hacia los grandes objetivos, y si la suerte le favorece, ser para el Estado lo que su esposa es para su casa.»

»A continuación describió los rasgos de la esposa que él deseaba. Enrojecí, porque la imagen trazada por él fue el vivo retrato de cómo yo era y vivía. Disfruté en silencio de mi triunfo. Y lo hice con mucha intensidad, puesto que vi en muchos detalles, que al hacer el retrato, no me tomaba personalmente por modelo pues de hecho no me conocía muy bien. No

recuerdo haber tenido una sensación tan agradable en mi vida como al escuchar a un hombre a quien yo valoraba tanto decantar sus preferencias, no por mi persona, sino por mi carácter. ¡Qué estimulante fue aquello!

»Cuando nuestros huéspedes hubieron marchado, mi noble amiga me dijo: "Lástima que los hombres no lleven a cabo lo que dicen y lo que piensan, pues de no ser así, tendríamos en Lotario un partido excelente para mi querida Teresa." Tomé a broma la cosa y añadí que la razón de los hombres busca en efecto buenas amas de gobierno, pero que su corazón y su imaginación anhelan otras cualidades, y que nosotras, las buenas gobernantas, estamos condenadas a la derrota si luchamos contra señoritas lindas y amables. Estas últimas palabras aludían a Lidia, pues Lotario había hecho gran impresión en ella, y precisamente en su última visita él había aumentado sus atenciones hacia ella. Ella era pobre y de humilde condición, en consecuencia, no podía pensar en casarse con

él, pero no podía resistirse al placer de atraer y sentirse atraída. Yo no había amado nunca ni amaba todavía, pero, por más que me resultase infinitamente agradable ver cómo valoraba mi carácter un hombre a quien tanto apreciaba, aquello no podía satisfacerme por completo. Deseaba que me conociese bien, que se interesase personalmente por mí. Este deseo surgió en mi alma sin que yo tuviese en cuenta las consecuencias que de él se derivarían.

»El servicio más útil que prestaba yo a mi protectora era administrar la explotación de los hermosos bosques que había en sus fincas. Sus muchos dominios, cuyo valor aumentaban a diario el tiempo y las circunstancias, estaban abandonados por desgracia a la rutina; en sus trabajos de explotación no existía ni plan determinado ni organización de ningún género, y de resultas de ello, las trampas y las apropiaciones indebidas no tenían límite. Algunas laderas permanecían sin árboles, y sólo en las zonas de tala más antiguas los árboles crecían a

un ritmo regular. Empecé la tarea con la ayuda de un hábil guardabosques, hice la mensura de las zonas boscosas, ordené talas, siembras y plantaciones, y en muy poco tiempo el estado de los bosques era mucho mejor. A fin de poder montar a caballo con más facilidad, y poder desplazarme a pie sin problemas, me mandé hacer trajes de hombre. Puedo decir que estaba en todas partes y que en todas partes me tenían.

»Supe que el grupo de jóvenes del que Lotario formaba parte había organizado una cacería. Por primera vez en mi vida se me ocurrió la idea de darme a conocer tal como era ante aquel hombre excelente. Vestí traje de hombre, colgué la escopeta del hombro y me dirigí, acompañada de nuestro guarda, a los linderos del bosque, para esperar allí a los cazadores. Llegaron éstos. Lotario no me reconoció inmediatamente. Uno de los sobrinos de mi protectora me presentó como hábil guardabosques, bromeó sobre mi juventud y me elogió

tanto, que Lotario acabó reconociéndome. El sobrino fue tan útil para mi proyecto, que parecía como si nos hubiésemos puesto previamente de acuerdo. Dio todo tipo de detalles y prodigó testimonios de gratitud por lo que yo había hecho para mejorar las propiedades de su tía, favoreciéndole también a él, puesto que las había de heredar.

»Lotario escuchó con atención, conversó conmigo, hizo preguntas sobre todo lo relacionado con las propiedades que administraba y con aquella comarca. Tuve la satisfacción de poder mostrarle mis conocimientos. Aprobé con éxito el examen; le presenté varios proyectos de reforma que merecieron su aprobación, y él, a su vez, citó varios ejemplos que confirmaban mis apreciaciones. Mi satisfacción crecía por momentos. Pero felizmente yo sólo deseaba ser conocida, no ser amada, pues, volvimos a casa y pude observar que las atenciones que tenía con Lidia revelaban una inclinación secreta. Yo había conseguido mi objetivo y, sin em-

bargo, no estaba tranquila. Desde aquel día, Lotario me dio pruebas de una estima verdadera y de una considerable confianza. Casi siempre hablaba conmigo en sociedad, consultaba mi opinión y parecía concederle un valor pleno a todas mis valoraciones referidas a la administración de propiedades, tanto como si yo lo supiera todo. Su interés me estimulaba extraordinariamente, no sostenía una conversación acerca de economía sin recurrir a mí, y durante sus ausencias estudiaba para obtener más conocimientos sobre la provincia y hasta sobre la nación entera. Me resultaba fácil obtenerlos, pues aquello era en gran escala lo mismo que yo sabía y conocía perfectamente en límite más reducido.

»De ahí en adelante, él nos visitó con más frecuencia. Hablábamos de todo, pero nuestra conversación siempre se movía en el ámbito de la economía, aunque no en el sentido estricto de la palabra. Comentábamos los resultados extraordinarios que el hombre puede obtener em-

pleando con lógica y racionalidad sus fuerzas, su tiempo y su dinero, aun siendo en apariencia muy restringidos estos medios.

»No me resistía a la atracción que él ejercía sobre mí, y pronto advertí para mi desgracia que lo quería honesta, pura y sinceramente, aun siendo consciente de que sus frecuentes visitas eran para Lidia, y no para mí. Ella estaba totalmente convencida del particular. Me tomó por confidente, lo cual, hasta cierto punto, me tranquilizó. Lo que ella interpretaba en sentido favorable a sus ilusiones me parecía irrelevante; no descubrí indicios de unión seria y duradera, aunque sí adquirí el convencimiento de que los deseos de aquella niña apasionada eran ser de Lotario, a cualquier precio.

»Así estaban las cosas cuando un día mi protectora me hizo una proposición que yo estaba muy lejos de esperar. «Lotario -me dijo- te ofrece su mano y desea tenerte a su lado para toda la vida.» Hizo a continuación un elogio cumplido de mis excelentes cualidades, y añá-

dió que Lotario estaba convencido de que en mí había encontrado la persona que durante largos años venía deseando.

«Había alcanzado la mayor dicha concebible; me ofrecía su mano un hombre a quien apreciaba mucho, un hombre a cuyo lado podría yo emplear con plenitud, libertad, desenvoltura y utilidad mis inclinaciones naturales y los talentos adquiridos por medio de la experiencia. Me parecía que la suma de mi individualidad se había multiplicado hasta lo infinito. Di mi consentimiento, él vino a verme, me habló sin testigos, me tendió su mano, me miró con fijeza y me abrazó y me dio un beso en los labios. Fue el primero y el último. Me confió la verdadera situación de sus bienes, me habló de lo que le había costado su campaña en América, de las hipotecas que pesaban sobre sus propiedades, de la frialdad de relaciones existentes entre él y su tío abuelo, quien, no obstante, no dejaba de ocuparse de él, bien que a su manera: pretendía casarle con una mujer

rica, sin tener en cuenta que lo mejor que puede hacer un hombre sensato es buscar una buena administradora. Me dijo que tenía esperanzas de que su hermana conseguiría modificar las ideas del viejo. Después de haberme expuesto el estado de su fortuna, y me dio detalles completos sobre sus planes y proyectos, solicitó mi concurso, y terminó su discurso indicándome que era preciso guardar el secreto más absoluto hasta que él hubiese obtenido el consentimiento del anciano.

»Apenas se marchó Lotario, me preguntó si me había hablado de ella: contesté que no, y a continuación le referí una historia tan larga como aburrida sobre economía. Ella quedó inquieta y de mal humor, y no fue calmada, ni mucho menos, por Lotario, el día que volvió a nuestra casa.

»Pero observo que el sol se hunde en el horizonte: no tardará en desaparecer, por fortuna para usted, amigo mío, pues de ser más temprano, tendría que escuchar detalles insig-

nificantes de la historia que estoy contando. Abreviemos, porque llegamos a un suceso en cuya exposición no debo detenerme.

»Lotario hizo que yo conociese a su excelente hermana, y ésta consiguió, a fuerza de destreza, presentarme a su tío. No tardé en ganármelo. Accedió a nuestros deseos y yo pude volver a la casa de mi protectora con una noticia agradable. Nuestras relaciones habían dejado de ser un secreto para nadie. Lidia se obstinó en no creer lo que supo, pero cuando vio pruebas que alejaron sus dudas, desapareció súbitamente de nuestro lado sin que nadie supiese qué había sido de ella.

»Ya estaba llegando el día señalado para nuestro matrimonio. Varias veces había yo pedido el retrato a Lotario, y un día, como le recordé la promesa en el momento que montaba a caballo, me contestó: "Has olvidado darme el medallón que quieres que le sirva de marco." Era un regalo de una de mis amigas y le tenía yo en grande aprecio. Bajo el cristal que lo pro-

teoría estaba trenzada con sus cabellos su nombre y en el interior había una planchita de marfil, sobre la cual debía ser pintada su imagen, cuando la muerte vino a arrebatármela. Lotario me declaró su amor por la época en que la pérdida de mi amiga me tenía todavía triste, y yo deseaba que la imagen de mi prometido ocupase el lugar que aquélla me dejara vacío en su regalo.

»Corrí a mi habitación, abrí una gaveta en presencia de Lotario, y al abrirla él reparó en un medallón con un retrato de mujer, lo tomó, miró un momento y me dijo con vivacidad: "¿A quién representa este retrato?" "Es el retrato de mi madre" -contesté--. "Hubiese jurado que era el de una dama de Saint-Alban a quien conocí hace algunos años en Suiza." "Y lo es: sí, es la misma -contesté sonriendo-. Ya ves cómo has conocido a tu suegra cuando menos lo esperabas. Saint-Alban es el apellido novelesco que adopta mi madre en sus viajes. En la actualidad está en Francia bajo este mismo apellido." "¡ Soy

el más desventurado de los hombres!", gritó, arrojando el medallón.

»Se cubrió la cara con las manos, salió precipitado de la habitación y de un salto montó a caballo. Salí a la ventana para llamarle, volvió la cabeza, extendió un brazo y se alejó a rienda suelta... No he vuelto a verle.»

El sol estaba poniéndose. Teresa posó su mirada en el ardiente firmamento y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas.

Ella le dio a su nuevo amigo la mano que él le tomó y besó con ternura. Ella secó sus lágrimas y se puso en pie.

-Vámonos -dijo-. Volvamos a ocuparnos de los nuestros.

Hablaron muy poco durante el regreso. Al llegar a la puerta del jardín vieron a Lidia sentada en un banco, pero, evitándolos, se levantó y entró en la casa. Tenía un papel en la mano y cerca de ella había sentadas dos niñas.

-Su consuelo único es la carta de Lotario, que lleva constantemente consigo -dijo Teresa-.

Su amigo le promete llevarla a su lado tan pronto como se halle en vías de curación, y le ruega que, mientras tanto, continúe tranquila en mi casa. Confía en la promesa, la consuelan los renglones de la carta, pero no quiere oír hablar de los amigos de Lotario.

Las niñas se habían aproximado a Teresa, y la saludaron y contaron todo lo que había sucedido en la casa durante su ausencia.

-He aquí otra de mis ocupaciones -repuso Teresa-. He formado una asociación con la excelente hermana de Lotario y nos dedicamos a educar a cierto número de niñas. Yo educo a las activas y diligentes futuras administradoras, y mi amiga instruye a las de temperamento más tranquilo y delicado, pues es justo velar de todos modos por la dicha de los hombres y el buen orden de los hogares. Si usted conociese a fondo a mi noble amiga, seguro que quedaría encantado. Su hermosura, su bondad, la hacen merecedora de la adoración del mundo entero.

Wilhelm no se atrevió a decir que, para

su desgracia, conocía ya a la bella Condesa, y menos que las pasajeras relaciones que tuvo con ella le causarían eterno remordimiento. Se sintió aliviado porque Teresa no continuó la conversación y hubo de entrar en su casa donde la esperaban algunas ocupaciones. Wilhelm quedó solo, la noticia de que la condesa se veía obligada a sustituir por la práctica de las obras de caridad la felicidad que había perdido le hizo sentirse triste; entendió que aquello sólo obedecía a la necesidad de distraerse y a poner en el lugar de un alegre disfrute de la vida la esperanza de la felicidad ajena. Consideraba que, por el contrario, Teresa era feliz con aquello, pues no tuvo necesidad de cambiar su manera ni siquiera después de aquella experiencia inesperada y triste.

-¡Dichoso aquél que, para ponerse en armonía con el destino, no se ve obligado a arrojar por la borda toda una vida pasada -exclamó.

No tardó en presentarse Teresa en la habitación de Wilhelm, rogándole que le dis-

pensase si le molestaba.

-En ese armario está toda mi biblioteca -dijo-. Lidia me pide un libro piadoso y aquí debe de haber alguno. Las personas que dedican el año entero a las cosas mundanas se consideran obligadas a ser devotas durante sus horas de aflicción; toman lo bueno, la moral, como se toma la medicina cuando uno está enfermo, y ven en el sacerdote al médico a quien se invita a salir de casa tan pronto como han recobrado la salud. Yo, en cambio, concibo la moral como una dieta, y la dieta sólo es tal cuando la tomamos como norma de nuestra vida, cuando no la perdemos en ningún momento del año.

Buscaron entre los libros uno de los que solemos llamar edificantes.

-El recurso a estos libros es algo que Lidia aprendió de mi madre -dijo Teresa-. Mientras su amante le fue fiel, no leyó otra cosa que novelas y comedias, pero en cuanto se alejó estos libros volvieron a gozar de todo su favor.

No puedo concebir que nadie pueda creer que Dios nos habla a través de libros y de historias. A quien el mundo no le revela inmediatamente qué relación tiene con Dios, a quien el corazón no le dice lo que a Él y a los semejantes les debe, es muy difícil que tenga esa experiencia a través de los libros, que realmente sólo son capaces de darle nombre a nuestros errores.

Wilhelm se quedó a solas y pasó la tarde revisando aquella pequeña biblioteca, que había sido reunida de modo azaroso.

Wilhelm encontró estable el ánimo de Teresa durante los días que pasó en su casa. Aquélla le refirió con gran lujo de detalles el resto de la historia de su vida; su memoria conservaba el recuerdo de los días, de las horas, los nombres de las personas y de los lugares. Completaremos aquí lo que conceptuamos que deben conocer nuestros lectores.

Desgraciadamente tiene una explicación muy sencilla la causa del brusco cambio de Lotario. Había encontrado en sus viajes a la

madre de Teresa y se dejó cautivar por sus encantos, ella se mostró no poco dispuesta a concederle sus favores, y aquella aventura pasajera y desdichada le vedaba unirse a la mujer que la misma naturaleza parecía haber configurado expresamente para él. Teresa siguió dentro del estricto círculo de sus ocupaciones y deberes. Se supo que Lidia vivía en secreto en una casa no muy distante; parece que se alegró de la ruptura del matrimonio, aunque desconociera sus causas, y que procuró aproximarse a Lotario, y que éste, por desesperación más que por inclinación, más por sorpresa que por reflexión, más por aburrimiento que por propia decisión, le había otorgado lo que ella quería.

Teresa no se dio por ofendida: no tenía pretensión alguna sobre Lotario, e incluso si hubiera sido la esposa de éste, habría soportado una relación de este tipo, siempre que no hubiese venido a perturbar el orden interior de su hogar. Al menos decía muchas veces que la mujer prudente debe saber cerrar los ojos ante

los pequeños caprichos de su marido, y entonces estará segura de que éste siempre volverá.

La madre de Teresa comprometió en poco tiempo su fortuna, en perjuicio de su hija, cuya herencia disminuyó considerablemente. Falleció la anciana señora, protectora de nuestra amiga, y le dejó una pequeña finca y un capital modesto. Teresa supo acomodar su vida a estas estrecheces. Lotario le ofreció una posesión más considerable, Jarno hizo de intermediario. Teresa se negó.

Quiero demostrar, a pequeña escala, que era digna de compartir con él una vida de más categoría. Sin embargo, si el azar me colocase, a mí o a los míos, en situación grave, me reservo el derecho de recurrir sin problema alguno a la generosidad de mi digno amigo.

Tal fue la contestación que Teresa dio al mediador de Lotario.

Los actos bien dirigidos no pueden quedar envueltos en el misterio ni ser estériles. Apenas había ultimado Teresa la organización

de sus pequeñas propiedades, los vecinos solicitaron su amistad y sus consejos. El nuevo propietario de unas tierras limítrofes le hizo entender con toda claridad que sólo de ella dependía aceptar su mano, y juntamente con ésta, la herencia de la mayor parte de sus extensas propiedades. Teresa había hablado de este ofrecimiento a Wilhelm y bromeado no pocas veces acerca de los matrimonios desiguales

-Pocas cosas dan tanto que hablar -decía- como los matrimonios que el público considera desiguales, y, sin embargo, bien mirado, estos últimos suelen dar mejores resultados que los iguales y proporcionados, que, de ordinario, terminan mal. Las mezclas de condición ocasionadas por el matrimonio únicamente resultan malos matrimonios cuando uno de los casados no puede asimilarse, amoldarse a la existencia natural, habitual y necesaria del otro cónyuge. Las diferentes clases sociales tienen modos de vida diversos, algunos de éstos son difíciles de compartir o de adquirir, de aquí que

sea preferible evitar las uniones de ese género; pero hay excepciones. Es inadecuado el matrimonio de una mujer joven con un hombre entrado en años, y sin embargo, alguno he conocido yo que ha labrado la felicidad de los dos contrayentes. Yo no encuentro más que una clase de unión que me parezca completamente desigual: la de la actividad con la ociosidad, antes de aceptarla me casaría con cualquier hijo de alguno de nuestros aparceros.

Wilhelm pensó volver a la casa de Lotario, y antes suplicó a su nueva amiga que le facilitase la ocasión de despedirse de Lidia. Ésta accedió: Wilhelm le dirigió breves frases llenas de afecto, que contestó la apasionada joven en la forma siguiente:

-He vencido el primer acceso de dolor. Adoraré eternamente a Lotario, pero conozco a fondo a sus amigos y sufro por verlo tan mal acompañado. El clérigo es muy capaz de dejar por puro capricho a cualquier necesitado que se las componga solo, el médico no desea otra

cosa que sopesarlo todo, Jarno no tiene corazón, y usted... usted no tiene carácter. Vuelva usted allá, conviértase en instrumento ciego de aquellos tres hombres y desempeñe las misiones que le encarguen, que no serán pocas. Mi presencia les molestaba hacía tiempo; ya lo sabía yo. Me ocultaban algún secreto: ¿Cuál? no logré descubrirlo, pero no me cabía la menor duda de que algo me ocultaban. ¿Qué objeto tenían aquellas cámaras cerradas a cal y canto, aquellos corredores misteriosos? ¿Por qué nadie podía penetrar en la gran torre? ¿Por qué me relegaban, cuantas veces les era posible, a mi habitación? Confío que fueron los celos los que me condujeron a los descubrimientos mencionados; los celos, sí, porque yo temía que tuviesen escondida en alguna parte una rival afortunada. Hoy no lo creo; hoy estoy persuadida de que Lotario me ama, como también de que le tienen como secuestrado sus falsos y artificiosos amigos. Si usted desea hacerle un favor señalado, si quiere que le perdone lo que

ha hecho conmigo, libérelolo de las manos de esos hombres... ¡Pero qué estoy diciendo! ¡No! ¡Entréguele esta carta! ¡Repítale palabra por palabra lo que contiene! ¡Que le amo, que le amaré siempre, que confío en su palabra! ¡Ah! - gritó, arrojándose bañada en lágrimas al cuello de Teresa-. ¡Le cercan nuestros enemigos! ¡Intentan convencerle de que yo nada le he sacrificado! ¡Pobre de mí! ¡El mejor de los hombres gusta oír decir que es digno de todos los sacrificios y que no está obligado a agradecerlos!

La despedida entre Teresa y Wilhelm fue más serena. Ella dijo que esperaba que se volvieran a ver pronto.

-Usted ya me conoce -dijo Teresa-. Me ha dejado hablar constantemente, cuando nos volvamos a ver espero cumplirá su promesa de hacer los honores a mi sinceridad tributándome con la suya.

Durante el viaje de regreso, tuvo suficiente tiempo como para evocar a su nueva amiga. ¡Qué confianza le había inspirado! Se acordó de

Mignon y de Félix, pensó que serían felices al lado de aquélla, y luego pensó en sí mismo, diciéndose que su dicha sería completa si pudiese vivir siempre junto a una criatura tan pura. Al llegar al palacio, la gran torre y las numerosas galerías, las almenas y los baluartes, le impresionaron más que el día que los vio por primera vez. Se propuso preguntarles por ésta a Jarno o al clérigo a la primera ocasión que se presentara.

CAPÍTULO SÉPTIMO

WILHELM encontró al noble Lotario en franca mejoría. Solamente estaba en el palacio Jarno, el médico y el abate se habían ido ya. Al cabo de algunos días, el herido pudo salir a caballo, unas veces sólo, otras con sus amigos. Su discurso era serio e interesante, su conversación instructiva y reconfortante. Con frecuencia

dejaba entrever rastros de tierna sensibilidad, aunque ponía empeño en disimularla.

Una noche, durante la cena, estaba silencioso, aunque parecía de buen humor.

-Ha debido usted tener alguna aventura -le dijo Jarno- y debió haber sido una aventura agradable.

-¡Qué bien conoce usted a los hombres! -contestó Lotario-. Sí; me ha ocurrido una aventura agradable. En otra época, seguramente me habría parecido menos encantadora que en la actualidad, hoy por hoy me ha impresionado mucho. Recorría a caballo un camino que frecuentaba mucho en mi juventud. Mis padecimientos han debido de debilitarme más de lo que creía, pues, me enternecí y como recién nacido al sentir nuevas fuerzas vivificadoras. Veía todos los objetos tal como los apreciaban mis ojos cuando me encontraba en los años de la adolescencia, más hermosos, más llenos de gracia, más encantadores de lo que me habían

parecido en mucho tiempo. Sin embargo, comprendía que mis sensaciones eran debidas a mi debilidad, pero me agradaban, y comprendía que haya quien desee estar enfermo para poder disfrutar después de tan dulces sentimientos. ¿Sabe por qué, en otro tiempo, recorría yo con tanta frecuencia aquél camino?

-Si no recuerdo mal -contestó Jarno-, te llevaba al camino en cuestión un pequeño asunto amoroso que sostenías con la hija de un aparcerero.

-Gran asunto pudieras haberla llamado -replicó Lotario-, pues nos amamos con intensidad, con mucha seriedad y durante mucho tiempo. No parece sino que el azar se ha complacido en reunirlo hoy todo para recordarme los primeros tiempos de aquel amor. Como entonces, corrían los niños tras los abejorros, y los fresnos comenzaban a vestirse de hojas como el día que la encontré por primera vez. Hacía mucho tiempo que no había visto a Margarita, porque, como sabes, se casó lejos de

aquí. Por casualidad supe que había regresado unas semanas antes para hacer una visita a su padre.

-¿Luego el paseo por el camino a que te refieres no fue fortuito?

-No niego que deseaba encontrarla. Cuando llegué a alguna distancia de su casa, vi a su padre sentado delante de la puerta, a su lado había un niño de aproximadamente un año de edad. Y, al acercarme más vi que una mujer asomaba a la cabeza por una ventana del piso superior y, cuando llegué a la puerta, oí pasos precipitados en la escalera. Pensé que con toda seguridad se trataba de ella, que me había conocido y que corría a mi encuentro. ¡Qué avergonzado me sentí al ver que ella salía apresuradamente de la casa, se apoderaba del niño, al que se habían aproximado los caballos, y se metía con él en casa. Me produjo una impresión desagradable, pero confesaré que mi amor propio quedó satisfecho al observar un rubor intenso en sus orejas y su nuca.

»Quedé en la puerta hablando con el padre, pero mirando con disimulo a la ventana, por si ella echaba una mirada; pero no vi ni rastro. Como yo no deseaba preguntar por ella, continué mi camino. La admiración suavizaba mi despecho, apenas tuve tiempo de verle la cara, en nada había variado, y eso que han transcurrido diez años, los cuales son un tiempo considerable. La encontré más joven, igual de esbelta, igual de delicada, el cuello incluso más gracioso que antes, las mejillas tan predisuestas a cubrirse de un delicioso rubor y sin embargo, es madre de seis hijos, y quizá de más. Su imagen armonizaba tanto con el encantamiento en que estaba sumido, que quise continuar mi paseo a caballo, experimentando un sentimiento rejuvenecido, y sólo emprendí al regreso hasta que en el bosque próximo el sol empezó a ponerse. Aunque el relente me recordó las prescripciones del médico, y no obstante comprender que la prudencia me aconsejaba volver a casa directamente, di un rodeo y volví

a la granja. Vi que una figura femenina paseaba por el jardín rodeado por un seto no muy alto. Me aproximé a éste y me encontré muy cerca de la persona que anhelaba ver.

»Aunque el sol de la tarde me deslumbraba, la veía detrás del seto que apenas la cubría. Creí reconocer a mi antigua amada, hice alto, mi corazón latía agitado. Unos rosales movidos por la brisa me impedían ver con claridad su figura. Le dirigí la palabra preguntándole cómo se encontraba, y me contestó: «muy bien.» Como vi entonces un niño que cortaba rosas detrás del seto, aproveché la circunstancia para preguntar: "¿Dónde están los demás hijos?" "No es hijo mío -contestó-, sería prematuro." Pude distinguir entonces perfectamente su rostro a través de las ramas, y no supe qué pensar: aquella mujer era mi antigua amada y no lo era. Me pareció más joven, más hermosa que diez años antes.

-¿No es usted la hija del dueño de la granja?-pregunté no sin turbación.

-No; soy una sobrina de Margarita -
respondió.

-Se le parece usted de una manera extra-
ordinaria.

-Eso dicen cuantos la conocieron hace
diez años.

Continué haciendo preguntas; me resul-
taba agradable persistir en el error aún después
de haberlo descubierto. Me era imposible sepa-
rarme de aquella imagen viva de una dicha pa-
sada. El niño se había alejado para cortar algu-
nas flores junto al estanque; ella me dijo adiós y
fue tras él.

Me constaba que mi antigua amada esta-
ba en la granja de su padre y yo me preguntaba
si fue Margarita o su sobrina la que se llevó al
niño cuando llegué yo a la puerta de la granja.
Evoqué varias veces en mi espíritu el recuerdo
de la aventura, y no recuerdo, que yo sepa,
haber sentido jamás impresión tan agradable.
Sin embargo, siento todavía que estoy enfermo

y esperemos que el doctor consiga aplacar definitivamente esta sensación.

Las historias de amor se parecen a las de los fantasmas; cuando se narra una, siguen mil ensartadas unas tras otras.

No les faltaban recuerdos de ese género a nuestra pequeña reunión. Lotario los tenía más numerosos que sus compañeros; las que contó Jarno presentaban un carácter particular, y ya todos conocemos las que podía contar Wilhelm. Temblaba al pensar que alguien hiciese alusión a su aventura con la Condesa; pero nadie la recordó, ni directa ni indirectamente.

-Es preciso reconocer -dijo Lotario- que nada proporciona al mundo sensación tan agradable como ver que nuestro corazón se abre de nuevo al amor después de una indiferencia prolongada, y, sin embargo, con toda mi alma habría renunciado para siempre a semejante placer si el destino me hubiese permitido unirme a Teresa. Uno no es adolescente toda la vida, ni debe ser niño siempre. El hombre que

conoce el mundo, el que sabe qué debe hacer y qué puede esperar del mundo, ¿qué mayor aspiración podrá tener que la de encontrar una compañera que colabore siempre con él, que sepa preparárselo todo, alguien cuya actividad complete lo que la de su marido no haya rematado, alguien cuya actividad se extienda en todas direcciones, mientras la del hombre se ve condenada a seguir una vía única? ¡Qué cielo se abría para mí con Teresa! No un paraíso de felicidad quimérica, sino de una vida serena sobre la tierra, de orden en la dicha, de valor en la adversidad, de atención a los detalles y un alma capaz de afrontar las empresas más grandes y abandonarlas, dejándolas avanzar por sí mismas acto seguido. En ella veía yo todas aquellas cualidades que tanto admiramos en las mujeres que han pasado a la historia, esas cualidades que hacen que las valoremos más que a los hombres, esa claridad de visión, esa desenvoltura para cualquier circunstancia, esa seguridad de acción en las cosas aisladas, que

produce sus efectos en el conjunto sin que aquéllas se resientan de ello. No dudo que ha de excusarme usted -continuó, volviéndose hacia Wilhelm con la sonrisa en los labios- si por Teresa abandoné a Aurelia: con la una podía prometerme una existencia tranquila, serena; con la otra, debía renunciar a disfrutar de una hora de paz.

-No le ocultaré -contestó Wilhelm- que vine a este palacio con el corazón lleno de animosidad contra usted, y que estaba dispuesto a afearle enérgicamente la conducta que tuvo usted con Aurelia.

-Merezco esos reproches -dijo Lotario-. No debí nunca mezclar con el amor la amistad que ella me inspiraba; no debí nunca provocar en ella una inclinación que fuera mejor que hubiese continuado dormida. Ella dejaba de inspirar amor en el momento que amaba, y ésta es la mayor desgracia que puede caer sobre una mujer.

-Bien está -contestó Wilhelm-. No siempre depende de nosotros evitar los actos censurables, no siempre podemos evitar que nuestros principios y acciones se desvíen de la dirección natural y buena, pero no podemos perder de vista ciertos deberes. Que las cenizas de nuestra amiga duerman en paz. Depositemos sobre su tumba un puñado de flores, pero no las mezclamos con reconvenciones ni reproches. Mas, sobre la tumba en la que la desgraciada madre descansa, yo le pregunto a usted, ¿por qué no acepta usted a su hijo? Es un niño de quien todo el mundo se enorgullecería de ser su padre, y usted parece dejarlo absolutamente abandonado ¿Cómo teniendo un alma tan noble, tan honrada, no se ha despertado en usted el amor paternal? Desde que estoy aquí, no le he oído pronunciar una sola palabra referente a esa magnífica criatura, cuya gracia tanto da que hablar.

-¿Pero de quién me habla usted? -preguntó Lotario-. ¡No entiendo nada!

-¿De quién he de hablar sino de su hijo de usted, del hijo de Aurelia, de ese bello hijo que tendría todo lo que la fortuna pudiera ofrecerle si no le faltase la ternura de un padre?

-Está usted en un error, amigo mío -respondió Lotario-. Aurelia no ha tenido un hijo, al menos no lo ha tenido conmigo, de haber sido así yo lo habría aceptado con alegría y me hubiera ocupado de su educación. ¿Dijo alguna vez ella, o dio a entender, que ese niño fuese hijo suyo y mío?

-No recuerdo que lo expresase así categóricamente, pero así supuse que era, y no dudé ni por un instante que así fuese.

-Puedo dar algunos datos que aclararán ese asunto -dijo Jarno-. Una vieja, a quien usted ha visto con frecuencia, llevó ese niño a Aurelia, y ésta lo recibió con pasión, y con la esperanza de que el niño suavizaría su dolor; en efecto: me consta que le ha deparado muchas horas de alegría.

El descubrimiento turbó no poco a Wilhelm: se acordó de la bondadosa Mignon y del bello Félix y manifestó deseos de sacarlos cuanto antes de la situación en que se encontraban.

-Nada más sencillo -contestó Lotario-. Confiaremos a Teresa la niña, seguros de que no puede caer en mejores manos, y al muchacho, creo que lo mejor será tenerlo a nuestro lado, porque los niños con quienes vivimos suelen corregir las imperfecciones que en nosotros dejan las mujeres.

-Estimo que lo primero que debe usted hacer es renunciar para siempre al teatro, para el cual no tiene el más mínimo talento -dijo Jarno.

Wilhelm quedó muy afectado. Hubo de dominarse, pues la frase un tanto dura de Jarno había herido profundamente su amor propio.

Me hará usted un favor especial persuadiéndome -replicó con sonrisa forzada-, aunque es favor muy triste despertar a las personas de sus sueños favoritos.

Ya hablaremos de ese tema en otro momento, pero, ante todo, me permitiré aconsejarle que traiga aquí a los niños. Lo demás vendrá por sí mismo -dijo Jarno.

-Estoy dispuesto -respondió Wilhelm-. Siento inquietud y al propio tiempo curiosidad por saber si podré descubrir algo más preciso sobre el niño. También deseo volver a ver a la niña que tan peculiarmente depende de mí.

Se decidió que se pondría en camino en seguida.

A la mañana siguiente tenía hechos todos los preparativos de marcha y el caballo estaba ensillado, no le faltaba más que despedirse de Lotario. Llegada la hora de comer, se sentaron a la mesa sin esperar al dueño de la casa, quien llegó un poquito tarde.

-Apostaría -dijo Jarno a Lotario-, a que usted ha sometido su corazón a otra prueba: no ha podido resistir la tentación de ver de nuevo a su antigua amante.

-¡Exacto! -contestó Lotario.

-Cuéntenos cómo han ido las cosas, que tengo mucha curiosidad.

-Confieso que la aventura me ha afectado más de lo que habría sido de desear. Decidí volver allá, para ver bien a la persona cuya imagen rejuvenecida me había producido tanta ilusión. Desmonté a cierta distancia de la granja, e hice alejar a los caballos, para no molestar a los niños que jugaban ante la puerta. Entré en la granja, y la casualidad hizo que saliese ella a recibirme. Era ella, sí; la reconocí inmediatamente, aunque la encontré muy cambiada. Estaba más robusta, me pareció más alta, su gracia parecía traslucirse a través de una expresión serena y su antigua alegría se había transformado en tranquilidad reflexiva. Hallé un poquito inclinada su cabeza, que en otro tiempo llevaba tan erguida y graciosa, y en su frente se dibujaban algunas arrugas. Bajó los ojos al verme, pero ningún rubor reveló la menor emoción interior. Le tendí la mano, ella me dio la suya. Pregunté por su marido, dijo que esta-

ba ausente, pregunté por sus hijos, ella se acercó a la puerta, los llamó, y poco después, todos hacían corro en torno a ella. No hay nada tan encantador como una madre con un niño en sus brazos, nada tan digno como una madre rodeada de hijos. Por decir algo, pregunté los nombres de los niños. Me suplicó que entrase, para que esperásemos a su padre. Acepté. Me llevó a la sala, donde hallé todas las cosas en el lugar mismo donde tantas veces las viera. Sentada en una banqueta e hilando con la rueca vi a la hermosa sobrina, su vivo retrato, en la actitud misma en que tantas veces encontré a mi amante. Nos había seguido una niña pequeña, que se parecía maravillosamente a la madre, de suerte que, gracias a la reunión de aquellas tres personas, me encontré entre el pasado, el presente y el porvenir. Como en un naranjal en el que al mismo tiempo y de modo progresivo se ven brotes, flores y frutos. La prima salió para traer algunos refrescos, y yo, tomando la mano derecha de aquella mujer, tan adorada en otro

tiempo, le dije: «Es una auténtica alegría volverla a ver.» «Me resulta muy agradable oírle decir eso -contestó-, pero puedo asegurarle que tengo una alegría indecible por verlo. ¡Cuántas veces he deseado verlo de nuevo por una vez en mi vida! ¡Y lo he deseado en momentos que creía serían los últimos!» Me dijo estas palabras con voz segura, sin emoción, con aquella sencillez que tanto me encantaba años atrás. Volvió la prima y a continuación entró el padre... y dejo a la consideración de ustedes adivinar qué sentimientos me embargaban cuando me fui.

CAPÍTULO OCTAVO

DE camino a la ciudad Wilhelm pensaba en las nobles mujeres que conocía personalmente o de las que había oído hablar, sus sin-

gulares destinos poco afortunados le causaban pesar.

-¡Pobre Mariana! -se decía-. ¿Llegaré a saber algo sobre ti? ¡Y tú, magnífica amazona, mi noble espíritu protector a quien debo tanto, tú, a quien espero encontrar en todas partes y no encuentro en ninguna, en qué tristes circunstancias te volveré a ver, si es que vuelvo a verte!

Una vez en la ciudad, no encontró en la posada a ninguno de sus conocidos o amigos. Corrió al teatro, esperando sorprenderlos ensayando. Todo estaba silencioso, el edificio parecía desierto, pero, esto no obstante, halló una contraventana abierta. Cuando llegó al escenario, encontró a la anciana criada de Aurelia ocupada en coser el lienzo de un nuevo decorado. A su lado estaban sentados sobre el suelo Félix y Mignon, ambos sostenían entre los dos un libro. Mignon leía en alta voz, y Félix repetía las palabras de aquélla, mirando su li-

bro y como si también él hubiese estado leyendo.

Los niños se levantaron y saludaron al recién llegado, quien los abrazó con ternura, acercándose seguidamente con ellos a la vieja.

-¿Fuiste tú -preguntó con grave entonación- la que llevaste este niño a Aurelia?

La vieja abandonó su trabajo y lo miró de frente. Al verla a plena luz, se estremeció y retrocedió unos pasos; era la vieja Bárbara.

-¿Dónde está Mariana? -gritó.

-Muy lejos de aquí -contestó la vieja.

-Y Félix...?

-Él es el hijo de aquella desgraciada pero tierna muchacha. Ojalá no caiga usted nunca en la cuenta de los males que nos ha causado. Ojalá proporcione usted tanta felicidad al tesoro que pongo en sus manos como desgracia nos dio a nosotras.

La vieja se levantó con la intención de salir, pero Wilhelm la sujetó por un brazo.

-No es mi intención escaparme -dijo-.

Voy a buscar un documento que le causará a usted alegría y dolor.

La vieja se fue y Wilhelm quedó contemplando al niño con satisfacción inquieta, no podía considerarlo su hijo.

-¡Es tuyo... tu hijo! -exclamó Mignon, arrojando a Félix hacia las rodillas de Wilhelm.

Volvió la vieja con una carta, que entregó a nuestro amigo. -¡Aquí están las últimas palabras de Mariana! -dijo.

-¿Pero ha muerto? -clamó Wilhelm.

-Ha muerto, sí. Y me gustaría evitarle a usted todo reproche.

Wilhelm, emocionado y confuso, abrió la carta, pero apenas hubo leído las primeras palabras, se apoderó de él un amargo dolor: la carta cayó de sus manos, su cuerpo se dobló, cerró los ojos y quedó sobre un banco durante cierto tiempo inmóvil. Mignon corrió a consolarlo. Mientras tanto, Félix había recogido la carta, que puso en manos de Mignon e insistió a su compañera de juegos hasta que ésta cedió,

se arrodilló junto a él y le leyó la carta, mientras el niño repetía lo que oía palabra por palabra y Wilhelm se vio obligado a oír dos veces el contenido de aquélla.

«Si algún día llega a tu poder esta carta, llora a tu desgraciada amante. Tu amor le causa la muerte. El niño, al que veré por poco tiempo, pues voy a morir, es tu hijo. Muero fiel a tu cariño, aunque las apariencias sean otras. Al perderte a ti, perdí todo lo que me retenía en la vida. Muero contenta, porque me aseguran que el niño está sano y que vivirá. Escucha lo que te diga Bárbara. Adiós, y no me olvides.»

Qué carta más dolorosa era aquella, aunque, para su consuelo, tenía algo de enigmática. Se puede decir que no la comprendió bien hasta que los niños la releyeron deletreando y deteniéndose en todas y cada una de las palabras.

-Ya lo sabe usted todo -dijo la vieja, sin esperar a que Wilhelm se recuperara del golpe-. Déle gracias al Cielo, que tras la pérdida de aquella buena muchacha le dejó a usted un

magnífico hijo. Nada igualará su dolor cuando sepa de qué naturaleza fue la fidelidad que le guardó Mariana hasta el día de su muerte, cuando le diga a qué punto llegó su desgracia y que ella lo sacrificó todo por usted.

-Déjame apurar de un trago esa copa de aflicción y alegría! -exclamó Wilhelm-. Pruébame, convénceme de que fue buena, de que merecía mi amor y mi estima, y abandóname luego al dolor de su pérdida irreparable.

-No es este el momento -replicó la vieja-. Tengo que hacer, y, además, no quiero que nos vean juntos. Mantenga en secreto que Félix es su hijo, pues yo tendría que oír demasiados reproches de la compañía por mi fingimiento. Mignon no nos delatará, es buena y discreta.

-Hace tiempo que lo sé y no he dicho nada -respondió la niña.

-¡Será posible! -exclamó la vieja.

-Y cómo lo has sabido? -inquirió Wilhelm.

-Me lo dijo el espíritu.

-¿Dónde? ¿Cómo?

-En el corredor abovedado del jardín.

Cuando el viejo desenvainó el cuchillo, sentí un susurro en mis oídos: «Llama a su padre», entonces tú viniste a mi mente.

-Pero quién te dijo aquello?

-No lo sé... el corazón... la cabeza... Estaba tan asustada; temblaba, rezaba, oí el grito y lo comprendí todo.

Wilhelm estrechó a la niña contra su pecho, le encomendó a Félix y salió. Al salir, observó que Mignon estaba mucho más pálida y delgada que cuando la había dejado. Entre sus amistades, la primera persona a quien encontró fue a la señora Melina, la cual lo recibió y saludó con muestras de extremado afecto.

-Espero que vuelva a encontrarlo todo conforme a sus deseos -le dijo.

-Lo dudo y no tengo muchas esperanzas de ello -contestó Wilhelm-. Confiésemme que entre todos ustedes se las han arreglado para

prescindir de mí.

-¿Por qué nos dejó usted?

Nunca llegamos a comprender a tiempo lo prescindibles que somos en este mundo. ¡Qué importantes nos creemos! Nos figuramos ser lo único que da vida al círculo dentro del cual obramos, nos imaginamos que durante nuestra ausencia quedarán suspendidos la vida, el sustento, y la respiración. Sin embargo, apenas percibido el vacío provocado por nuestra marcha, cualquier otra persona viene a llenarlo al momento, y el cambio, si no siempre es a mejor, es por algo más agradable.

-Y no tiene valor alguno el dolor que por nosotros puedan sentir nuestros amigos?

-Nuestros amigos harán bien si se reúnen cuanto antes para decirse: «Allá donde estés y cualquiera que sea tu compañía, haz lo que puedas, sé activo y complaciente y procura que tu estancia sea lo más dichosa posible.»

Al irse informando con más detalle Wilhelm fue dándose cuenta de lo que ya había

presumido. La ópera ya estaba en marcha y despertaba toda la atención del público. Los papeles de Wilhelm habían sido confiados a Laertes y a Horacio, y ambos atraían a los espectadores mucho más de lo que lo hacía él.

Entró Laertes, y la señora de Melina gritó al verle:

-¡Ahí tiene usted al hombre feliz, llamado a hacer muy en breve un capital y Dios sabe cuánto más!

Wilhelm abrazó a su amigo. Pudo observar que su traje era de paño muy fino. El resto del atuendo era muy sencillo, pero de muy buen género.

-Quieres explicarme el enigma? -inquirió Wilhelm.

-Tiempo tendrás de saber -contestó Laertes- que hoy me pagan bien mis idas y venidas, que el jefe de una gran casa comercial aprovecha mi inquietud, mis conocimientos y mis relaciones, cediéndome una parte de sus beneficios. Sería enormemente feliz si pudiera tener

confianza en las mujeres, la cual perdí y temo que no podré recuperar nunca, porque hay en la casa una sobrina encantadora, gracias a la cual, podría muy pronto, si yo quisiera, ser un hombre muy acaudalado.

-¿A que no sabe usted -dijo la señora de Melina- que también hemos tenido un matrimonio en la compañía? Serlo se ha unido oficial y legalmente con la hermosa Elmira, pues el padre de ésta no estaba dispuesto a tolerar sus relaciones secretas.

Le contaron a Wilhelm todo lo que había pasado durante su ausencia, y Wilhelm vio claramente que, desde mucho tiempo atrás, se sentía ajeno al espíritu y a los objetivos de la compañía.

Esperó con impaciencia a la vieja Bárbara, que le había anunciado una visita a hora avanzada de la noche. Quería aparecer allí cuando todos durmieran y exigió que se tomaran unas precauciones propias de una joven que va a reunirse a hurtadillas con su amante.

Entretanto él leyó más de cien veces la carta de Mariana, deteniéndose con verdadero deleite en la palabra fidelidad escrita por aquella mano adorada, y sintiendo espanto cada vez que leía el anuncio de su muerte.

Ya había pasado la media noche cuando la vieja entró en la habitación, llevando en su mano un canastillo.

-Quiero, ante todo, evocar nuestros sufrimientos -dijo la vieja-. Lo encuentro ahí, sentado tranquilamente, sin más objeto que el de satisfacer su curiosidad, envuelto, como siempre, en su capa de frío egoísmo, sin querer darse cuenta de que nuestro corazón se quebró. ¡Y ya ve usted lo que son las cosas! De la misma manera que aquella noche feliz traje yo en botella de champán, coloqué tres copas sobre la mesa y usted se dedicó a embaucarnos y aburrirnos con sus cuentos de niños, hoy vengo yo a tenerle muy despierto contándole verdades muy tristes.

Wilhelm no supo qué decir cuando Bárbara descorchó la botella, llenó las tres copas, y después de apurar su espumeante copa, dijo:

-¡Beba usted! ¡Beba antes de que el espíritu se disipe! Esta tercera copa debe quedar llena, porque la consagro al recuerdo de mi desgraciada amiga. ¿Recuerda usted cómo eran de rojos sus labios cuando se despidió de usted? ¡Hoy han empalidecido y han quedado rígidos para siempre!

-¡Sibila! ¡Furia! -gritó Wilhelm, dando un puñetazo sobre la mesa-. ¡Qué genio maligno mueve tu lengua? ¿Por quién me tomas?, ¿supones que el relato sencillo de la muerte y de los sufrimientos de Mariana no me herirá lo suficiente como para que recurras a estas artes infernales que acrecientan mi martirio? Si tu avidez es tan insaciable que necesita devorar cadáveres, bebe y habla. Siempre he recelado de ti, y hoy mismo, al mirarte, al acordarme de que Mariana fue tu compañera, me es imposible figurármela inocente.

-Calma, caballero, calma! -replicó la vieja.
. Sepa usted que no conseguirá hacerme perder la paciencia. Me debe usted todavía mucho, y no es justo que el acreedor sea insultado por el deudor. Pero tiene usted razón: para castigarle, basta un relato sencillo. Escuche, pues los detalles de la lucha que mantuvo Mariana y la victoria que obtuvo por ser suya.

-¡Mía! ¿Qué cuento quieres contarme?

-No me interrumpa usted: escúcheme, y crea lo que quiera de lo que oiga. A mí hoy me es indiferente. La noche última que estuvo usted en nuestra casa, ¿no encontró y se llevó un billete?

-Encontré el billete después de habérmelo llevado. Estaba envuelto en un pañuelo que un arrebató me impulsó a guardar.

-¿Qué decía aquel billete?

-Expresaba la esperanza de un enojado amante de ser aquella noche mejor recibido que la anterior. Sus esperanzas se cumplieron: lo vi

con mis propios ojos, pues hacia la madrugada, poco antes del día, salió de la casa.

-Puede que lo viera; pero lo que no va a saber usted ahora es cómo nos fue, lo triste que fue aquella noche para Mariana y lo penosa que fue para mí, y eso es lo que voy a contarle. Seré sincera, no quiero negar que aconsejé a Mariana que se entregase a un tal Norberg y no quiero excusarme por ello. Ella accedió, aunque sería más exacto decir que me obedeció con repugnancia. Norberg era rico, parecía enamorado y yo esperaba que sería constante. Tuvo que emprender entonces un viaje, y, durante su ausencia, Mariana lo conoció a usted.

¡Cuánto hube de sufrir entonces! ¡Qué de reproches tuve que aguantar! «¡Ah! -me decía la infeliz a cada momento-. Si hubieses tenido durante cuatro semanas más lástima de mi juventud, de mi inocencia, yo habría encontrado un objeto digno de mi amor, yo sería digna del suyo, y el amor habría entregado a conciencia lo que ahora ha sido vendido contra mi volun-

tad!»). Se abandonó totalmente al sentimiento que usted le despertaba, y no tengo necesidad de preguntarle si usted se sintió feliz. Yo ejercía un poder ilimitado sobre el espíritu de Mariana, porque conocía todos los medios de satisfacer sus pequeños caprichos, pero ninguno sobre su corazón, pues jamás aprobaba lo que yo hacía por ella, ni lo que yo le recomendaba si eso contradecía su corazón. Sólo cedía en caso de necesidad imperiosa, y ésta no tardó en manifestarse. De niña nunca careció de nada. Reveses repetidos dieron al traste con la fortuna de su familia; la pobre joven sentía toda clase de necesidades, porque, desde que nació, la acostumbraron a satisfacerlas. En su espíritu habían quedado imprimidos ciertos principios morales que la turbaban en extremo sin servirle de nada. No tenía la menor destreza en los asuntos mundanos; era inocente en el sentido más estricto de la palabra; no sabía que en ocasiones se puede comprar sin pagar. Nada la inquietaba más que tener deudas; prefería dar a

recibir, y esta disposición de ánimo propició que se entregara a sí misma para saldar un buen número de pequeñas deudas.-¿No pudiste salvarla tú?

-Sí... resignándome a pasar hambre, zozobra y privaciones, pero nunca he sentido vocación para tanto.

-¡Despreciable y vil alcahueta! ¡Tú sacrificaste a esa desventurada criatura! ¡Tú la inmolaste para tener llena tu panza!

-Creo que debiera usted calmarse, y, sobre todo, evitar esas injurias. Si quiere usted insultar, preséntese en cualquier casa de la alta sociedad de las que usted frecuenta, allí encontrará a madres que no vacilan en entregar a sus delicadas y tiernas hijas al hombre más abominable, con tal de que sea el más rico. Imagínese a la pobre criatura temblando por su destino y no encuentra ningún consuelo hasta que una amiga caritativa le hace comprender que por el matrimonio adquiere el derecho de disponer a su antojo de su corazón y su persona.

-¡Cállate! ¿Crees que un crimen basta para excusar otro? Límitate a contar sin hacer nuevas observaciones.

Entonces escúcheme sin insultarme. Mariana fue suya contra mi voluntad: por lo menos en aquella aventura, fui inocente, nada tengo que reprocharme. Norberg regresó de su viaje y se apresuró a visitar a Mariana que lo recibió con frialdad y no le permitió que le diera un solo beso. Hube de recurrir a todas mis artes para excusar su conducta. Le dije que un confesor había inquietado su conciencia, y que, cuando una conciencia habla, no hay más remedio que escucharla con respeto. Le aconsejé que dejase pasar algunos días sin aparecer por casa y que confiase en mí. Norberg era rico y tosco, pero tenía en el fondo un buen corazón y amaba de veras a Mariana. Me prometió tener paciencia, y yo trabajé con verdadero ardor para no mantener durante mucho tiempo a prueba su confianza. Tuve que luchar duramente con Mariana, y al fin la convencí, es de-

cir, la obligué, amenazándola con abandonarla, para que escribiera a su amante, invitándolo a pasar la noche en nuestra casa. Llegó usted, y casualmente se llevó junto al pañuelo de Mariana la contestación de Norberg. Su inesperada aparición me jugó una mala pasada. Apenas se despidió usted, prosiguió el suplicio; Mariana juró que no podía ni quería serle infiel, se apasionó de tal forma, la sentí tan fuera de sí, que me inspiró lástima. Concluí por prometerle que calmaría a Norberg y que le alejaría con cualquier pretexto. Intenté convencerla de que se acostase, pero desconfió de mí, pero logró dormir al fin sin quitarse la ropa y en aquel estado lloroso y agitado en el que estaba. Llegó Norberg. Intenté contenerlo; le representé con los colores más oscuros los remordimientos de conciencia, el arrepentimiento de Mariana. Él se conformaba con verla y yo entré en su habitación con objeto de prepararla. Norberg me siguió, y poco después estábamos juntos ante su cama. Al despertar y vernos, Mariana de un

salto huyó de nosotros, suplicó, rogó, amenazó, juró que no cedería jamás. Cometió la imprudencia de dejar escapar algunas palabras sobre su auténtica pasión, que el pobre Norberg interpretó, por fortuna, en sentido espiritual. Al fin la dejó sola y ella se encerró. Yo pasé largas horas con Norberg, a quien hablé de la situación de Mariana: le dije que estaba encinta y que necesitaba cuidados excepcionales. Hasta tal punto lo enorgulleció su paternidad, tan feliz le hizo la creencia de que tendría un hijo, que accedió a cuanto le pedí. Prometió emprender un viaje durante algún tiempo a fin de no comprometer con emociones la salud de su amante. Estos eran sus sentimientos cuando, ya de madrugada, salió de nuestra casa. No dudo que usted, que tan admirablemente sabe desempeñar el oficio de centinela, se habría considerado dichoso si hubiese podido leer en el alma de su rival. Pero él parecía tan afortunado y feliz, que al verlo usted cayó en la desesperación.

-¿Es verdad lo que dices?

-Tanta verdad como segura estoy de torturarlo. Sí; no dudo que conseguiré desesperarle si logro representar con alguna exactitud la mañana que aquel día pasamos. ¡Qué radiante de alegría despertó Mariana!, ¡con cuánta alegría me llamó!, ¡con qué ternura me abrazó! «De hoy en adelante -dijo sonriente, mirándose al espejo-, ya podré estar contenta de mí, de mi belleza, porque pertenezco totalmente a mi único y adorado amigo. ¡Qué dulzura me produce haber superado este trance! ¡Qué sensación más celestial la de seguir los dictados del propio corazón! ¡Cuánto te agradezco que te hayas hecho cargo de mí, que hayas puesto tu astucia y tu prudencia a mi servicio! Continúa a mi lado y acuérdate de aquel que puede hacerme completamente dichosa.»

»Cedí; no quería irritarla; lisonjeé sus esperanzas y recibí a cambio tiernas caricias. Si ella se separaba un instante de la ventana,

había de hacer guardia por ella, pues de una u otra manera tenía que pasar usted por allí y al menos quería tener el placer de verle. Así se pasó el día. Por la noche le esperábamos a usted a la hora de siempre. Yo estaba al acecho en la escalera, y como la espera comenzara a hacérseme demasiado larga, entré en la habitación de Mariana. Con sorpresa que no es para ser descrita la encontré vestida con su uniforme de oficial de húsares, estaba más radiante y seductora que nunca.

«-¿Acaso no merezco, hoy más que nunca, vestir el uniforme de los valientes? ¿No me he portado con valor? Necesito que hoy me encuentre mi amante tal como lo recibí en nuestra primera entrevista. Lo estrecharé contra mi corazón con tanta ternura como entonces, pero con mayor sensación de libertad, pues ¿no soy hoy más suya gracias a la noble resolución que me ha liberado? Sin embargo- prosiguió después de un momento de pausa-, todavía no he conseguido vencer de un modo definitivo. Ten-

go que asumir el máximo riesgo, para hacerme digna de él, para tener la seguridad de que es mío. Quiero revelarle todo, quiero que conozca mi condición por completo, y quiero preguntarle luego si se decide a conservarme o a rechazarme. Y ya te he puesto al tanto de la escena que le preparo, de la que me preparo a mi misma. Si después de oírme, sus sentimientos lo inclinan a rechazarme, ya sólo me perteneceré a mi misma, encontraré mi consuelo en mi castigo y sufriré resignada todo lo que el destino me tenga deparado.»

»Con estos sentimientos, llena de estas esperanzas, señor mío, lo esperaba a usted aquella muchacha encantadora. Usted no vino. ¡Oh! ¿Cómo poder describir su estado de inquietud y confianza? ¡Me parece que te estoy viendo, adorable criatura! ¡Con cuánto amor, con cuánto calor hablabas del hombre cuya crueldad de fiera no habías experimentado todavía!

-Mi querida Bárbara -exclamó Wilhelm,

abandonando su asiento y tomando entre las tuyas las manos de la vieja-, ¡basta de disimulo! ¡Basta de manejos! Tu acento tranquilo, tu expresión de alegría, te delatan. Devuélveme a Mariana, pues seguro que ella vive y está aquí cerca. Por algo has escogido para verme esta hora avanzada y solitaria de la noche, por algo me has preparado el relato elocuente que acabas de hacerme. ¿Dónde está? ¿Dónde la tienes escondida? Lo creo todo, te juro creerlo todo, si me la enseñas, si la traes a mis brazos. Quiero caer de rodillas a sus pies, que le pida perdón, que la felicite por el combate que sostuvo, por la victoria que sobre tus consejos alcanzó. Quiero que vea a nuestro Félix... ¿Vamos? ¿Dónde se hurta a mi presencia? Deja que la vea, no me dejes por más tiempo en la incertidumbre. Has alcanzado ya tu objeto... ¿Dónde está oculta? Vamos... a la luz de esta bujía quiero ver su noble rostro.

Había arrancado a la vieja de la silla. Bárbara le miró con fijeza: en sus ojos tembla-

ron dos lágrimas y su arrugada cara reflejó un dolor inmenso.

-Desdichado error éste -exclamó-, que le hace a usted tener un instante de esperanza! ¡Sí, la he escondido, pero bajo tierra! ¡Ni la luz del sol ni la bujía discreta iluminarán nunca su noble rostro! ¡Lleve usted a Félix junto a su sepultura, y dígame: «Aquí descansa tu pobre madre, condenada por tu padre a no escucharla!» Su dulce corazón no late ya movido por la impaciencia de verlo; ella no espera en la habitación contigua el resultado de la historia o de la fábula que acabo de contar. ¡Vive en la sombría cámara adónde no podrá entrar ningún prometido y de dónde no saldrá al encuentro de ningún amante!

La vieja se dejó caer sobre una silla y rompió a llorar amargamente; Wilhelm, quedó al fin completamente convencido de que Mariana había muerto. Su estado inspiraba compasión.

-Nada más tengo que decirle -añadió la

vieja levantándose y arrojando un paquete sobre la mesa-. Este portacartas que le dejó ahí hará que se avergüence de su crueldad. Si le es posible, mantenga los ojos secos al leer.

Salió sin hacer ruido, Wilhelm no tuvo valor para abrir aquella noche el paquete, sobre todo cuando advirtió que era una cartera que él había regalado a Mariana y en la que ella metía hasta la hojita más insignificante que él le dirigía. A la mañana siguiente se sobrepuso, desató la cinta que sujetaba la cartera y encontró dentro todos los billetes escritos por él a lápiz que le hicieron evocar todas las situaciones vividas con su amante hasta la noche de su cruel separación. Pero lo que le destruyó su alma fue leer unas pequeñas misivas dirigidas a su nombre y devueltas por su amigo Werner, según pudo observar por su contenido.

«Ninguno de mis escritos ha llegado a ti. ¿Eres tú el que has dado esas crueles órdenes? ¿Estoy condenada a no verte más? Lo intento una vez más...¡Ven... ven! ¡Te lo suplico! No te retendré si consigo estrecharte una vez más contra mi pecho.»

«En otro tiempo, cuando te veía sentado a mi lado, y tenía entre mis manos las tuyas, te miraba y te decía con todo mi amor y toda confianza: "¡ Querido, querido!" Te gustaba tanto que lo dijera, que tenía que repetírtelas muchas veces. Hoy te las repito una vez más: "¡ Querido, querido!" Sé tan bueno como entonces, ven y no me dejes en mi desolación!»

«Me consideras culpable, y, ciertamente, lo soy, pero no en la medida que crees. Ven, para que haga lo único que puede consolarme: darme a conocer a ti tal como soy, que después ya el destino me deparará lo que disponga.»

«No es solamente por mí, sino también por ti por quien suplico que vengas. Me torturan los insoportables dolores que te torturan a ti desde que me rehuyes. Ven para que no sea tan cruel nuestra separación. ¡Quizá no fui nunca tan digna de ti como en el momento en que me llevaste a una desolación sin límites!»

«¡Por todo lo sagrado, por todo lo que pueda conmover el corazón de un hombre, te reclamo! ¡Está en juego un alma, está en juego una vida, mejor dicho, dos vidas. Y al menos una de ellas debe ser eternamente valiosa para ti. Aunque tu desconfianza hará que no me creas, en la hora de mi muerte declararé que el niño que llevo en mi seno es tuyo. Desde que te amo, ningún hombre ha estrechado mis manos entre las tuyas... ¡Ah, si tu amor, si tu lealtad hubiesen sido los compañeros de mi primera juventud!»

«Te niegas a escucharme? Entonces me callaré si es preciso, pero estos renglones no deben perderse. Tal vez conseguirán llegar a tu alma cuando el sudario cubra mis labios, cuando la voz de tu arrepentimiento no pueda llegar hasta mis oídos... A lo largo de mi triste vida y hasta su último momento mi único consuelo será saber que, aunque todavía me queda alguna deuda que saldar contigo, estoy libre de toda culpa.»

A Wilhelm no le quedaban fuerzas para continuar, dejó que el dolor se adueñara de él, pero su congoja fue mayor cuando Laertes entró en su habitación y se sintió impelido a disi-

mular sus sentimientos. Este último sacó del bolsillo una bolsa llena de ducados, que contó y apiló, asegurando a Wilhelm que la felicidad mayor del mundo consistía en hallarse en camino de ser rico. Entonces nada puede perturbarnos ni detenernos. Nuestro héroe se acordó de su sueño y sonrió. Sin embargo, recordó al tiempo con espanto en que Mariana lo había dejado para seguir a su difunto padre y que las sombras de los dos se cernían alrededor de aquel jardín.

Laertes le sustrajo de sus tristes pensamientos y le llevó al café donde se acercaron a saludarlo varias personas que en otro tiempo gustaban de sus actuaciones teatrales. Lamentaron que tuviera pensado abandonar la escena, y le hablaron con tanto detalle y pormenor del alcance de su talento y de las esperanzas que despertaba en ellos como actor, que Wilhelm, no sin emoción, hubo de exclamar:

-¡Qué valiosos hubieran sido para mí esos elogios hace algunos meses! ¡Qué edifican-

tes y qué satisfactorios! ¡No le habría dado definitivamente espalda al teatro, no habría desesperado de la respuesta del público!

-Pero eso es lo que no debe hacerse nunca -dijo un hombre entrado en años, que acababa de entrar-. El público es numeroso, y el auténtico talento y la fina sensibilidad no son tan raros como generalmente se cree. Sin embargo, el artista no debe exigir un aplauso incondicional para aquello que produzca, porque precisamente lo incondicional es lo que tiene menos valor. Sé bien que tanto en la vida como en el arte quien pretenda producir o crear una obra debe escucharse a sí mismo; pero luego que la obra ha sido elaborada, es necesario escuchar con atención a muchos, y, con cierta práctica, de las distintas opiniones se forma un juicio completo, y esta labor debe hacerla el artista, porque aquellos que podrían librarle de ese trabajo, por regla general se callan

-Que es precisamente lo que no debieran hacer -replicó Wilhelm-. Muchas veces he ob-

servado que los mismos que guardan silencio sobre obras que tienen por buenas, son los que con mayor severidad condenan ese silencio.

-Hoy es día de manifestar nuestra aprobación -terció un joven-. Cenará usted con nosotros, y pagaremos la deuda de placer que tenemos pendiente con usted y con la excelente Aurelia.

Wilhelm, declinando la invitación, fue a visitar a la señora de Melina, con objeto de hablarle de los niños que deseaba retirar de su lado.

No supo guardar el secreto de la vieja Bárbara: tan pronto como vio a Félix, se delató.

-¡Hijo mío! -exclamó-. ¡Hijo querido!

Lo levantó con sus brazos y lo estrechó apasionadamente contra su pecho.

-Qué me has traído, padre? -preguntó el niño.

Mignon les miraba a los dos, como para advertirles de que se estaban delatando.

-Qué significa esta escena? -preguntó la señora de Melina.

Mandaron salir a los niños, y Wilhelm, que no se consideraba obligado a respetar el estricto secreto de la vieja, confesó todo el asunto a su amiga.

Ella lo miró sonriente y exclamó:

-¡Bien por los hombres crédulos! Es muy fácil hacerles cargar con cualquier cosa que una encuentra en su camino, pero no por eso vuelven la cabeza a derecha o a izquierda, y sólo saben apreciar lo que lleva el sello de las pasiones arbitrarias que despiertan.

No pudo reprimir un suspiro al proferir estas palabras. Si Wilhelm no hubiese estado completamente ciego, habría reconocido en esas palabras una inclinación hacia él que aquella mujer no había conseguido superar del todo.

Wilhelm habló de los niños, diciendo que quería llevar consigo a Félix y enviar al campo a Mignon. La señora de Melina manifestó que el proyecto le parecía bueno y hasta necesario,

bien que haciendo constar que le producía vivo pesar separarse de los niños. Félix se estaba asilvestrando a su lado y Mignon parecía necesitar de otros aires y otras compañías; la pobre niña estaba delicada y no lograba reponerse.

-No le moleste a usted -dijo la señora de Melina- que haya yo expresado ciertas dudas sobre si el mucho es o no hijo suyo. Aunque la vieja es poco de fiar, es cierto que quien puede tramar mentiras en su beneficio, puede también decir alguna vez la verdad cuando lo considere de su conveniencia. La vieja hizo creer a Aurelia que Félix era hijo de Lotario, y nosotras, las mujeres, tenemos la debilidad inexplicable de adorar a los hijos de nuestros amantes, aun sin conocer a su madre, y hasta detestándola de todo corazón.

Félix entró entonces saltando y ella lo abrazó con una vivacidad fuera de lo habitual

Wilhelm regresó a su casa y mandó llamar a la vieja. Ésta prometió visitarlo, pero no

antes de que cayera la noche. La recibió malhumorado.

-No hay nada más indigno que vivir del engaño y el cuento -dijo-. Tus mentiras ya han causado mucho daño, y ahora que tu palabra puede decidir la dicha de mi vida, estoy dudoso y no me atrevo a estrechar entre mis brazos al niño, a quien poder llamar hijo seguro de no equivocarme me haría feliz. ¡No puedo mirarte, criatura indigna, sin sentir odio y desprecio!

-Si quiere usted que le hable con franqueza -replicó la vieja- le diré que su actitud me parece insoportable. Aun cuando no fuese su hijo, ¿dejaría de ser el niño más hermoso y encantador del mundo? ¿No es merecedor de que usted se encargue de él? ¿No me he ganado yo por mis cuidados y atenciones hacia él una manutención que me permita llegar sin privaciones hasta el fin de mis días? ¡Ah! ¡Ustedes, los señores, los que de nada carecen, pueden alardear de honradez y sinceridad, pero una pobre criatura que no encuentra con qué satisfacer sus

exiguas necesidades, que en sus enormes apuros no cuenta con amigos, ni con consejos, ni con apoyos... Ésa debe arrastrar una vida miserable en medio de un mundo egoísta ¡Mucho podría decir si usted quisiera y pudiera escucharme! ¿Ha leído las cartas de Mariana? Son las que le escribié en aquellos días desgraciados. En vano intenté llegar hasta usted para hacerle llegar estas misivas. Su cruel cuñado supo disponerlo todo para que fueran inútiles mis astucias y tretas, y finalmente, cuando nos amenazó a Mariana y a mí con llevarnos a prisión, hube de renunciar a toda esperanza. ¿No coincide el contenido de las cartas con lo que yo le he contado? La carta de Norberg, ¿no disipa hasta la última duda?

-¿Qué carta? -preguntó Wilhelm.

-¿No la ha encontrado en la cartera?

-No lo he leído todo.

-Déme la cartera, porque en ese documento está la clave. Un desdichado billete de Norberg produjo la desafortunada confusión,

que sea otro billete de su puño y letra el que desate el nudo si es que todavía vale el hilo.

Ella sacó una hoja de la cartera; Wilhelm reconoció aquella detestada letra y leyó:

-«Dime, muchacha: ¿qué poder ejerces sobre mí? Nunca creí que ni una mujer, ni una diosa pudieran hacer de mí un amante lleno de anhelos. En vez de salir a mi encuentro y abrirme tus brazos, me rehúyes. Por tu trato parece que te inspiro repugnancia. ¿Te parece bonito hacerme pasar la noche sentado sobre un baúl en compañía de Bárbara? ¡Y mientras tanto dos puertas más allá descansaba mi amada! Es una locura, créeme. He prometido dejarte un tiempo para reflexionar, no insistir por ahora, y eso que cada quince minutos de espera duplican mi desesperación. ¿No te he dado cuanto podía darte, cuanto sabía que había de serte agradable? ¿Dudas de mi amor? ¿Qué quieres tener? ¡Dímelo; no deseo que te falte de nada! ¡Ojalá ciego y enmudezca el cura que metió en tu cabeza semejantes ideas! ¿Por qué

precisamente fuiste a dar con ése? ¡Hay tantos que saben ser comprensivos con los jóvenes! En una palabra: es preciso que esto cambie; quiero saber tu decisión dentro de dos días. Voy a emprender un viaje; y si no accedes a ser más amable y complaciente, no volverás a verme más.»

La carta continuaba en estos términos, girando sobre el mismo tema para acrecentar el dolor de Wilhelm y confirmando la veracidad del relato de Bárbara. Otra carta probaba que Mariana no se rindió a las instancias de Norberg, y, no sin dolor, Wilhelm fue recorriendo con ayuda de éste y otros papeles la triste historia de la desgraciada muchacha hasta el día de su muerte.

La anciana fue domando poco a poco a aquel rudo hombre. Al comunicarle a Norberg la muerte de Mariana, le hizo creer que era el padre de Félix: Norberg le envió varias veces dinero, que la vieja guardó para sí, pues del niño se había encargado Aurelia. Por desgracia,

las remesas secretas de dinero cesaron pronto. Norberg disipó la mayor parte de la fortuna entregándose a una vida disoluta y a reiterados amoríos que endurecieron su corazón frente a su supuesto hijo.

Aunque todo esto pareciera verosímil y concordaba perfectamente, Wilhelm todavía desconfiaba y no se abandonaba a la alegría, parecía sentir temor por un imprevisto que pudiera depararle un genio maligno.

-Sólo el tiempo -dijo la vieja, que adivinó su estado de ánimo- aliviará sus recelos. Al tomar a su hijo por un extraño lo observará con atención, y si en sus cualidades, en su naturaleza, en sus facultades, no acaba viendo su retrato, será porque le falla la vista. Y es que le aseguro que, si fuese hombre, no me endilgarían un hijo que no fuese mío. Por fortuna para las mujeres, ustedes, los hombres, no tienen la agudeza necesaria.

Terminada la conversación, Wilhelm se separó de la vieja. Su proyecto era llevar consi-

go a Félix y encargar a Bárbara que acompañase a Mignon hasta la casa de Teresa. Luego que cumpliese el encargo, podría irse a vivir donde le acomodase con la pensión modesta que Wilhelm le ofreció.

Mandó llamar a Mignon y la puso al tanto de los cambios.

-Meister, manténme a tu lado -dijo ella-. Vivir cerca de ti me hará bien y mal.

Él le dijo que ya estaba bastante desarrollada y en disposición de recibir nuevas enseñanzas

-Tengo las precisas para amar y sufrir.

Él le hizo ver la conveniencia de cuidar de su salud, que necesitaba de atención constante y de la supervisión de un médico hábil.

-¿Por qué ocuparse de mí? Hay tantas cosas que exigen nuestra atención.

Después de muchos esfuerzos por convencerla para que no se quedara con él, para persuadirla de que iba a estar en una casa don-

de le vería con frecuencia, parecía como si no hubiera escuchado nada.

-Veo que no quieres tenerme a tu lado. Está bien: en este caso, prefiero acompañar al viejo arpista. ¡Vive tan solo el pobre!

Wilhelm señaló que el anciano estaba bien cuidado.

-Pero yo le echo de menos a todas horas - repuso la niña.

-Nunca noté que sintieras tanto apego por él.

-Le tenía miedo mientras estaba despierto; no podía mirarle a los ojos. Pero cuando dormía, yo velaba a su lado, le espantaba las moscas y nunca me hartaba de mirarlo... Me auxilió en momentos horribles. Nadie sabe lo que le debo. Si hubiese sabido el camino, tiempo hace que habría ido a reunirme con él.

Wilhelm le explicó detalladamente las circunstancias y la instó a que fuera una muchacha razonable e hiciera lo que él deseaba.

-La razón es cruel -replicó la niña-, vale más el corazón. Iré a donde desees, pero déjame a tu Félix.

Después de muchas réplicas y contrarréplicas, la niña no cejaba. Al fin Wilhelm decidió encomendar los dos niños a la anciana para que los llevase a la casa de Teresa. Le resultó más fácil hacerlo, ya que todavía temía que Félix no fuera su hijo. Lo tomó en brazos y lo paseó por la habitación; al niño le agradaba que lo pusieran ante el espejo y, sin confesar sus propias intenciones, Wilhelm accedía a sus deseos para descubrir semejanzas. Si por un momento le parecían éstas muy ciertas, estrechaba al niño contra su pecho. Sin embargo, cuando de pronto temía que tal vez pudiera engañarse, colocaba al niño en tierra y lo dejaba correr.

-Si llegara a considerar mío este valioso tesoro y me fuera luego arrebatado, me sentiría el más desdichado de los hombres.

Cuando los niños se hubieron marchado, Wilhelm quiso despedirse oficialmente del tea-

tro, pero comprendió que ya estaba despedido y no tenía necesidad de volver. Ya no estaba Mariana, sus dos espíritus protectores se habían marchado y sus pensamientos corrían tras ellos. El bello niño flotaba ante su imaginación como una figura vaga y deliciosa. Lo veía de la mano de Teresa corriendo a través de campos y bosques, formándose al aire puro y junto a aquella libre y alegre compañera. Teresa había llegado a ser mucho más valiosa para él desde que imaginaba que el niño estaba en compañía. Hasta cuando se hallaba como espectador en el teatro, se acordaba de ella con una sonrisa. Casi le pasaba como a ella, las representaciones ya no le hacían casi ilusión. Serlo y Melina lo recibieron extremadamente afectuosos, sobre todo cuando percibieron que no pretendía ocupar de nuevo su puesto antiguo. Parte del público deseaba admirarlo en escena, pero en la compañía anhelaban verle lejos, tal vez con la excepción de la señora de Melina.

Se despidió definitivamente de esta amiga. Estaba hondamente conmovido, y le dijo:

-Por qué confiará el hombre tanto en sus fuerzas, y prometerá cosas que luego no ha de cumplir? Si es incapaz de mantener una promesa insignificante, ¿qué sucederá cuando se compromete a algo de importancia? Qué vergüenza siento cuando recuerdo las promesas que hice aquella noche que, robados, maltrechos, heridos, yacíamos amontonados en un mísero tugurio. La desventura exaltó mi valor, y creí ver un tesoro en mis buenas atenciones, pero hoy veo que de todo aquello no ha resultado nada de nada. Me despido de ustedes siendo su deudor, aunque con el consuelo de que nadie dio a mi promesa más valor del que merecía, pues nadie me la ha recordado.

-No sea usted injusto consigo mismo -replicó la señora de Melina-. Si los demás no reconocen que usted ha hecho mucho por nosotros, basto yo para valorarlo. Nuestra situación sería mucho peor de no haber sido por usted.

Pasa con nuestros proyectos y con nuestros deseos: cuando los vemos realizados, cuando los vemos satisfechos, no se parecen ya a lo que fueron, y creemos que nada hemos hecho y que nada hemos obtenido.

-Sus generosas palabras no tranquilizarán mi conciencia: siempre me consideré en deuda con ustedes.

-Y puede que lo esté, pero no de la manera que imagina. Nos parece vergonzoso dejar incumplidas promesas salidas de nuestra boca. ¡Ay, amigo mío! Un hombre honrado promete siempre demasiado con su sola presencia. La confianza que inspira, el afecto que despierta, las esperanzas que hace abrigar son ilimitadas; sin saberlo siempre está en deuda. Adiós, si nuestra posición material no se restablece gracias a usted, su ausencia al menos deja en mi corazón un vacío que no se llenará fácilmente.

Antes de salir de la ciudad, Wilhelm escribió a Werner una carta extensa. Habían mantenido correspondencia durante algún tiempo,

pero como no pudieron ponerse de acuerdo, la suspendieron. Las circunstancias habían variado. Wilhelm estaba a punto de hacer lo que Werner tanto deseaba y pudo decir.

«Abandono el teatro y me acerco a los hombres cuyo trato me conducirá a la realización de una actividad pura y eficaz.»

Le pedía detalles acerca de su fortuna, de la que durante tanto tiempo no se había preocupado y le pareció extraño no haberse ocupado de ella. No sabía que todos los hombres entregados a la formación de su espíritu, olvidan las circunstancias exteriores. En este caso se encontraba Wilhelm. Por primera vez se dio cuenta de que son precisos los recursos exteriores para actuar de forma constante. Empezó el viaje con unos sentimientos muy diferentes a como lo hizo la primera vez; las perspectivas que se le abrían eran atractivas, tenía esperanzas de que siguiendo aquel camino disfrutaría de alegres experiencias.

CAPÍTULO NOVENO

AL llegar a la hacienda de Lotario encontró grandes cambios. Lo recibió Jarno anunciándole que había fallecido el tío de Lotario, y que éste había ido a tomar posesión de los bienes que aquél le había legado.

-Llega usted en el momento justo -le dijo para ayudarnos al abate y a mí. Lotario nos dejó el encargo de adquirir propiedades muy importantes situadas en esta comarca. Todo estaba preparado y encontramos sin dificultad dinero y crédito necesarios. Sin embargo, lo único que hacía dudosa la cuestión era que una compañía comercial tenía pretensiones sobre las mismas propiedades, y, en vista de esto, hemos decidido ponernos de acuerdo con aquella, pues de no hacerlo así, elevaríamos el precio sin razón ni necesidad. Parece que hemos de tratar con un hombre hábil. Estamos ahora haciendo cálculos, ultimando detalles. Necesi-

tamos estudiar, desde el punto de vista económico, la manera de hacer la repartición de los bienes, para que cada una de las partes obtenga una buena propiedad.

Le dieron a Wilhelm los documentos, inspeccionaron los campos, las praderas y las construcciones palaciegas. Aunque Jarno y el sacerdote parecían muy competentes en la materia, Wilhelm hubiese preferido tener a su lado a Teresa.

Emplearon varios días en aquella tarea. Por eso Wilhelm apenas tuvo tiempo para contar sus aventuras y hablarles de su dudosa paternidad a sus amigos, los cuales escucharon el relato de aquel acontecimiento que tenía tanta importancia para él con ligereza e indiferencia.

Wilhelm había observado que Jarno y el sacerdote en diversas ocasiones o bien interrumpían bruscamente las conversaciones que sostenían a la mesa o en el paseo o bien les daban otro giro cuando él se presentaba. De esa manera mostraban que se traían entre manos

asuntos que deseaban mantener ocultos para él. Recordó las palabras de Lidia y las halló muy fundadas, pues le había estado vedado el acceso a un ala entera del palacio. Muchas veces había intentado llegar a ciertas galerías y particularmente a la vieja torre que también conocía desde el exterior.

Una noche le dijo Jarno:

-Como le consideramos uno de los nuestros, sería injusto no iniciarlo más profundamente en nuestros misterios. Es bueno que el hombre recién llegado al mundo tenga un alto concepto de sí mismo, intente conquistar todos los honores posibles y haga todo cuanto esté en su mano; pero cuando su formación ha alcanzado ya cierto grado, conviene que, aprenda a confundirse con la masa, a vivir para otros y a olvidarse de sí mismo entregándose a una actividad regulada. Entonces es cuando aprende a conocerse, porque únicamente la práctica sirve para comparar a unos hombres con otros. Pronto conocerá qué pequeño mundo se mueve en

torno a usted y lo bien que éste lo conoce. Mañana, al salir el sol, esté usted vestido y dispuesto.

Jarno llegó a la hora convenida y lo condujo a través de varias salas del palacio conocidas y de otras desconocidas, luego recorrieron una porción de galerías y llegaron ante una puerta grande, vieja y reforzada con un armazón de hierro. Jarno llamó y se abrió la puerta lo suficiente para dar paso a un hombre solo. Jarno empujó a Wilhelm y cerró la puerta sin seguirlo. Se encontró en un local estrecho y sombrío. Una voz, cuyo timbre no le era extraño, dijo: «Entra.» Vio entonces que los contornos del espacio en el que se encontraba eran tapices a través de los cuales se filtraba una débil luz. «Entra», le repitieron. Wilhelm levantó un tapiz y entró.

La sala donde se encontró tenía aspecto de haber sido una capilla, donde debía haber estado el altar había una mesa cubierta con un tapete verde, y sobre ella una cortina corrida

que parecía ocultar un cuadro. A los lados de la mesa había estanterías de muy buen trabajo de talla, cerradas con tela metálica, semejantes a las que se suelen ver en las bibliotecas, pero las baldas, en vez de libros, contenían un buen número de rollos. En la sala no había nadie; el sol del amanecer penetraba por las vidrieras, dándole de frente a Wilhelm y saludándolo amistosamente.

-«Siéntate» -dijo una voz que parecía llegar desde el altar.

Wilhelm tomó asiento en un sillón colocado cerca de la pared de la entrada. Como en la sala no había otro, tuvo que sentarse en éste aunque el sol matinal lo cegaba.

Se descorrió la cortina dejando ver, en el centro de un marco, un espacio vacío y oscuro. Apareció un hombre, saludó a Wilhelm y dijo:

-¿No me reconoce usted? Entre otras cosas que desearía usted saber, ¿no es verdad que le agradecería que le dijiesen dónde está la colección de arte de su abuelo? ¿Se acuerda de aquel

cuadro que tanto le encantaba? ¿Dónde es posible que languidezca el hijo enfermo del rey?

Wilhelm reconoció fácilmente en aquel hombre al desconocido que, en aquella importante noche, habló con él en la posada de su ciudad natal.

-Tal vez nos resultara más sencillo ponernos de acuerdo en lo tocante al destino y al carácter.

Iba a contestar Wilhelm cuando se cerró bruscamente la cortina.

-¡Qué extraño! -se dijo mentalmente-. ¿Estarán los sucesos fortuitos en relación mutua? ¿Será simple azar lo que nosotros llamamos destino? ¿Dónde puede estar la colección de mi abuelo? ¿Por qué me hablan de ella en este momento solemne?

No tuvo tiempo para continuar pensando, la cortina se descorrió de nuevo y apareció un hombre en quien al punto reconoció al religioso rural que se unió a él y a la divertida compañía en su excursión por el río. Tenía cier-

to parecido con el abate sin ser la misma persona.

Con rostro sereno y digno tono de voz, habló así:

-El deber del que instruye a los hombres no consiste en preservarlos del error, sino en guiar al que se extravía: dejarle que apure la copa del error es el gran éxito del maestro. Aquel que tan solo prueba el error lo mira como inapreciable tesoro y lo conserva, al paso que, aquel que apura hasta la última gota, conoce el error y deja de ser insensato.

La cortina se cerró de nuevo.

-¿De qué error me estará hablando? -se preguntó Wilhelm-. Indudablemente del que me ha venido persiguiendo desde los primeros años de mi niñez: buscar formación para mí allá donde no existía, creerme dotado de un talento para el cual no tenía la menor disposición.

Se descorrió la cortina para dejar ver a un oficial, que se limitó a pasar diciendo:

-Aprende a conocer a los hombres en quienes se puede tener confianza.

La cortina se cerró seguidamente. Wilhelm no necesitó recordar mucho para reconocer en aquel oficial que lo había abrazado a Wilhelm en el jardín de la residencia del conde, que fue causa de que tomase a Jamo por un reclutador. Por qué se encontraba allí era enteramente un enigma para Wilhelm.

-Si eran tantos los hombres que por mí se interesaban -dijo Wilhelm-, tantos los que conocían mi vida, tantos los que sabían lo que yo quería hacer, ¿por qué fomentaron mis locuras en vez de apartarme de ellas?

-¡No discutas con nosotros! -contestó una voz-, te has salvado; caminas hacia tu meta. No te arrepentirás de ninguna de tus estupideces ni tampoco las añorarás, a ninguna persona le espera suerte tan venturosa como a ti.

Se descorrió bruscamente la cortina y apareció en el hueco el viejo rey de Dinamarca con todo su armamento.

-Soy el espectro de tu padre -dijo-. Me alejo consolado de ti, porque se han colmado mis planes para ti, porque la realidad supera mis esperanzas. Es imposible ganar las cumbres de las montañas escarpadas sin dar rodeos. En las llanuras se va de un lado a otro siguiendo caminos rectos. Adiós; acuérdate de mí cuando saborees la dicha que te he deparado.

Wilhelm no sabía qué pensar. Le parecía que acababa de escuchar la voz de su padre y sabía al mismo tiempo que no era la suya. La situación presente y los recuerdos evocados le producían una enorme perplejidad.

No pudo reflexionar mucho tiempo. Vio que entraba en la estancia el sacerdote y que se colocaba detrás de la mesa.

-¡Adelante! -ordenó a su asombrado amigo.

Avanzó Wilhelm hasta llegar junto a la mesa subiendo unos peldaños. Sobre el tapete vio un rollo.

-He ahí su carta de aprendizaje -repuso el

sacerdote-. Léala y medite sobre ella, porque encierra verdades muy importantes.

Tomó Wilhelm el rollo, lo abrió y leyó lo siguiente:

CARTA DE APRENDIZAJE

«El arte es largo, la vida breve, la experiencia engañosa, el juicio dificultoso y la ocasión fugaz. Obrar es fácil, pensar difícil, obrar de conformidad con el pensamiento incómodo. Todo comienzo es agradable, pero el umbral el lugar de la parada. El niño se admira, la impresión lo condiciona, aprende jugando, lo serio le sorprende. Innata es en nosotros la imitación, mas no es sencillo saber qué es lo que debemos imitar. Raras veces nos topamos con lo perfecto, pero más difícil aun es valorarla. Las cumbres nos atraen, no las etapas que nos remontan hacia ellas, por eso caminamos por las llanuras con la mirada puesta en las alturas. Sólo es posible enseñar una parte del arte, pero ser artista precisa del arte en su plenitud. Quien lo conoce

sólo a medias siempre se equivoca y habla mucho, quien lo domina por completo sólo quiere hacer y habla raras veces o tarde. Aquéllos no tienen secretos ni fuerza, su doctrina es como el bizcocho, sabroso y suficiente para saciar el hambre de un día; pero la harina no puede sembrarse y la simiente no puede ser molida. Las palabras son buenas, pero no lo mejor, porque lo mejor no es evidenciable mediante palabras. El espíritu que nos hace actuar es el más elevado. La acción no se comprende ni se reproduce sino por intervención del espíritu. Nadie sabe lo que hace cuando procede rectamente pero siempre tenemos conciencia de lo indebido. El que sólo actúa mediante signos es un pedante, un hipócrita o un chapucero. Su parloteo aleja al discípulo y su terca mediocridad angustia al mejor. La doctrina del verdadero artista revela el pensamiento del arte, porque, cuando faltan las palabras, habla la acción. El discípulo digno de este nombre

aprende a extraer lo desconocido de lo conocido, y de esa suerte se aproxima a la maestría...»

-Es suficiente -interrumpió el sacerdote-. Lo que resta a su debido tiempo. Ahora, examine usted esos estantes.

Wilhelm se acercó y leyó las inscripciones escritas en cada uno de los rollos. Con asombro encontró allí los *Años de aprendizaje* de Lotario, los de Jarno y los suyos entre varios otros correspondientes a personas que le eran desconocidas.

-¿Me será permitida la esperanza de leer algún día estos rollos? -preguntó nuestro héroe.

-Todo cuanto hay en esta cámara está a su disposición desde hoy.

-¿Puedo hacer una pregunta?

-¡Sin el menor escrúpulo! No dude que recibirá una contestación precisa y categórica, si su pregunta se refiere a un asunto que le afecta directamente, que tiene y debe tener para usted mucha importancia.

-He aquí mi pregunta: ¡Hombres singulares, hombres sabios! ¡Hombres cuyas miradas penetran los misterios! ¿Podéis decirme si Félix es realmente mi hijo?

-No se torture más por esa cuestión. Sí: Félix es su hijo. Por el más sagrado de nuestros misterios le juro que Félix es su hijo. También le juro que su difunta madre no fue indigna. Reciba de nuestras manos al amable niño. Vuélvase y no tenga miedo a la dicha.

Wilhelm oyó un ruido a sus espaldas. Se volvió y vio una carita de niño que le miraba con expresión picarona por entre los tapices de la puerta de entrada. El niño se retiró no bien le hubo visto Wilhelm. «¡Adelante!», gritó el sacerdote. Entró corriendo el niño, Wilhelm salió a recibirle, lo tomó en sus brazos y, apretándolo contra su corazón, gritó:

-¡Sí, lo puedo sentir al fin...! ¡Eres mío...! ¡Qué don celestial he recibido por medio de mis amigos! ¿Quién te ha traído, hijo mío? ¿A quién debo el favor de verte en este momento?

-No lo pregunte usted -contestó el sacerdote-. ¡Siéntete aliviado, joven! Tus años de aprendizaje han terminado. La Naturaleza te ha liberado de su yugo.

LIBRO OCTAVO

CAPÍTULO PRIMERO

FELIX había bajado corriendo al jardín, adonde lo siguió Wilhelm lleno de alegría. La mañana más hermosa prestaba a cada objeto un atractivo nuevo y Wilhelm disfrutaba del más delicioso de los instantes. Los encantos de la naturaleza eran para Félix un espectáculo nuevo y su padre no conocía mucho mejor las cosas por las que el niño no cesaba incansablemente de hacer preguntas. Se unieron al fin al jardinero, el cual les enumeró los nombres y los usos de algunas plantas. Wilhelm contemplaba la naturaleza por medio de un órgano nuevo; la

curiosidad y el ansia de saber del niño le hacían comprender qué poco interés le habían inspirado las cosas exteriores a sí mismo y lo limitados que eran sus conocimientos y su saber acerca de ellas. En aquel día, el más gozoso de su vida, le pareció que se iniciaba su formación, pues, al ver que se solicitaban sus enseñanzas, sintió la necesidad de instruirse.

Ni Jarno ni el sacerdote habían vuelto a dejarse ver. Aquella noche reaparecieron acompañados de un forastero. Wilhelm fue con asombro a su encuentro. No dio crédito a sus ojos cuando vio que se trataba de Werner, el cual también titubeó un instante antes de reconocerlo. Se abrazaron con el mayor de los afectos y no pudieron ocultar que se encontraban mutuamente cambiados. Werner afirmaba que encontraba a su amigo más alto, más robusto, más erguido que antes, que su cuerpo había ganado en esbeltez y sus modales en amabilidad.

-Echo de menos algo de su antigua cordialidad -añadió.

-Volverá a aparecer tan pronto como nos hayamos recuperado de nuestra primera sorpresa -contestó Wilhelm.

Werner no causó ni mucho menos la misma impresión favorable a Wilhelm. El buen hombre más que ganar, había perdido considerablemente. Estaba más flaco que tiempo atrás, su cara parecía más angulosa, su nariz más larga y afilada, su frente y su cráneo desprovistos de cabellos, su voz de timbre áspero, duro y chillón y su pecho hundido. Sus hombros encorvados y sus mejillas descoloridas eran indicios de una conducta laboriosa e hipocondríaca.

Wilhelm tuvo la discreción de referirse con frases muy moderadas al cambio que había observado, mientras su amigo daba curso libre a su amistosa alegría.

-¡Aunque hayas empleado mal tu tiempo, y si, como yo sospechaba, no hayas ganado nada, he de reconocer que te has hecho una personita que puede y debe labrar su propia dicha! No vuelvas a desperdiciar y a dilapidar

esas ventajas. Con tu figura tienes que conseguirnos una heredera rica y hermosa.

-¡No puedes negar tu naturaleza! - exclamó Wilhelm sonriendo-. Acabas de encontrar a tu amigo después de mucho tiempo y, acto seguido, empiezas a tratarlo como mercancía, como objeto de especulaciones con el que puede obtenerse alguna ganancia.

Jarno y el abate no parecieron extrañarse de que ambos se conocieran y dejaron que los dos amigos departieran a su gusto hablando del pasado y del presente.

Werner, dando vueltas alrededor de su amigo y examinándolo por todas partes de un modo que casi llegó a intimidarlo, dijo:

-No; te juro que no he visto nunca cosa parecida, y, sin embargo, bien convencido estoy de que no me engaño. Tu mirada es más profunda, tu frente más ancha, tu nariz más fina, tu boca más expresiva y encantadora. ¡Qué porte! ¡Qué armonía! ¡Parece mentira que la holgazanería produzca efectos tan maravillosos! Yo,

en cambio, ¡pobre diablo! -añadió, mirándose a un espejo- no valdría nada si no hubiese hecho entretanto una considerable cantidad de dinero.

Werner no había recibido la última carta de Wilhelm. Trabajaba para la compañía extranjera que deseaba adquirir en copropiedad con Lotario ciertas tierras. Este asunto era el que le había llevado allí a Werner, donde ni sospechaba que fuera a encontrar a Wilhelm.

Vino el escribano, los documentos fueron presentados y Werner halló aceptable la oferta.

-Si ustedes aprecian, como creo, a este joven -dijo Werner- procuren no reducirnos nuestra parte en el negocio, porque sólo de la voluntad de nuestro común amigo depende adquirir parte de esas tierras, empleando en ella una porción de su patrimonio.

Jarno y el sacerdote contestaron que no era necesaria esa advertencia. Una vez que todos estuvieron de acuerdo en lo referente al negocio, Werner propuso jugar una partida de *l'hombre*, lo que aceptaron Jarno y el sacerdote.

Estaba habituado a ello y no podía vivir una noche sin juego.

Cuando, después de cenar, los amigos de la infancia quedaron solos, cambiaron impresiones sobre la infinidad de asuntos que les interesaban. Wilhelm se congratulaba de su situación y de la dicha de ser admitido entre hombres tan excelentes.

Sin embargo, Werner movió la cabeza y contestó:

-Uno no debería creer más que aquello que ve con sus propios ojos. Más de un diligente amigo me había asegurado que vivías con un disoluto noble, a quien procurabas cómicas, ayudabas a dilapidar su fortuna y al que, por tu causa, habías enemistado con toda su familia.

-Por mí y por éstas buenas personas -contestó Wilhelm-, me fastidiarían juicios tan absurdos si mi carrera dramática no me hubiese hecho inmune a todo tipo de murmuraciones. ¿Cómo se atreven los hombres a juzgar las acciones de la gente del teatro si sólo las conocen

de modo aislado y fragmentario, si sólo ven de ellas la mínima expresión? Mientras que el bien y el mal suelen quedar ocultos, sólo la parte indiferente de las acciones sale a la luz. Ante ellos sobre las tablas se presentan cómicos y cómicas, ven que se encienden las candilejas, la función es representada en breves horas, y luego son muy contados los que podrían decirnos lo que se debe sacar en claro.

Después comenzaron las preguntas sobre la familia, sobre los amigos de la infancia y de su ciudad natal. Werner hizo un vivo relato de los cambios, detalló lo que seguía igual y lo que había acontecido.

-Las mujeres de la casa -dijo-, están satisfechas y son felices, pues no falta dinero. La mitad del tiempo la pasan arreglándose y la otra mitad dejando ver el arreglo que se han hecho. En cuanto a la organización de la casa, disponen con acierto cuanto es preciso. Mis hijos se muestran como muchachos inteligentes. Me los imagino sentados en sus escritorios

calculando, ofertando, vendiendo y cambiando. Tan pronto como alcancen la edad suficiente, cada uno de ellos tendrá su propia empresa. En lo tocante a nuestra fortuna, quedarás contento. Cuando hayamos arreglado lo de las tierras, vendrás conmigo a nuestra casa, pues, si no me engaño, hoy estás ya en disposición de ocuparte con suficiente sentido de los asuntos humanos. Hay que agradecerles a tus nuevos amigos que te hayan inducido a emprender el camino correcto. Hoy yo, pobre diablo, advierto hasta qué punto te quiero, pues no me canso de mirarte, de admirar tu noble figura. Tienes un porte muy diferente de aquel que mostrabas en aquel retrato que enviaste a tu hermana, el cual propició grandes discusiones en casa. Madre e hija encontraban encantador a aquel joven de cuello desnudo, de pecho casi descubierto, de gran chorrera, de cabellos que caían sobre los hombros, de sombrero redondo, chaleco muy corto y pantalón holgado, mientras que yo afirmaba que aquella indumentaria estaba a

dos dedos de la de un payaso. Hoy pareces una persona cabal, pero te mego que regojas tus cabellos con una coleta, porque, de lo contrario, en nuestro viaje van a tomarte por un judío, y tendrás que pagar derechos de peaje y de escolta

Félix había entrado en la habitación y, como nadie le hizo caso, se tendió sobre un canapé, donde se quedó dormido.

-Quién es ese mono? -preguntó Werner.

En aquel instante Wilhelm no tuvo valor para decir la verdad. Tampoco tenía ganas de ello, pues suponía contarle una historia más que dudosa a un hombre que era por naturaleza todo menos crédulo.

Todos salieron a recorrer las tierras y a cerrar el trato. Wilhelm no apartándose de Félix, contemplaba las posesiones que le esperaban. El celo con que el niño corría tras las cerezas y bayas, que pronto estarían maduras, le recordaba a Wilhelm los años de su niñez y las obligaciones de un padre de familia, que debe

preparar, crear y conservar la fortuna de los suyos.

¡Con cuánto interés examinaba los viveros y las construcciones! ¡ Con cuánto empeño se proponía reparar lo abandonado y renovar lo ruinoso! Ya no veía el mundo como ave de paso, ya un edificio le parecía algo más que un ramaje trezado que se seca antes de abandonarlo. Todo lo que deseaba emprender debía crecer al mismo ritmo que el niño y lo que construyese tenía que permanecer en pie durante varias generaciones. En este sentido sus años de aprendizaje podían darse por terminados, porque había adquirido, juntamente con los sentimientos de padre, las virtudes de ciudadano. De ello tenía él conciencia clara, y su alegría era inmensa.

-¡Qué inútil es la severidad de la moral! - exclamó-. La naturaleza se encarga de hacernos tal como debemos ser. ¡Extravagantes pretensiones las de la sociedad burguesa, que comienza por turbarnos y extraviarnos, para lue-

go exigir de nosotros aún más que la naturaleza! ¡Reniego de la educación que se nos da, de esa educación que destruye los recursos eficaces de la formación verdadera y nos indica la meta, en vez de intentar ponernos en el camino que nos lleva a aquélla!

Aunque había visto mucho, creía ver por primera vez a la naturaleza humana sin velos al contemplar al niño. El teatro, lo mismo que el mundo, había sido una tirada de dados, cada uno de los cuales lleva en su cara superior una cifra más o menos elevada y cuyo total da una suma cualquiera. Hoy el niño era para él como un dado único, en cuyas diversas caras se mostraban con claridad las cualidades y los defectos de la naturaleza humana.

Cada día era mayor y más vivo en el niño el deseo de distinguir entre sí las cosas. Una vez que supo que los objetos tenían nombres, quiso conocer el nombre de cada cosa. Como estaba persuadido de que su padre lo sabía todo, le abrumaba a fuerza de preguntas, mu-

chas de las cuales lo ponían en un aprieto y lo obligaban a preguntarse por detalles a los que, hasta entonces, apenas si prestara atención. En el niño se desarrolló muy pronto el instinto innato de saber el origen y el fin de todas las cosas. Cuando preguntaba de dónde viene el viento y a dónde va la llama, a su padre se le evidenciaba su propia ignorancia. Deseaba saber hasta qué punto el hombre puede elevarse con ayuda de su pensamiento y qué podría llegar a saber que fueran válidas para él y para otras personas. El acaloramiento del niño cuando veía que se hacía a un ser vivo víctima de alguna injusticia llenaba de júbilo al padre, que veía en ellas la prueba de un corazón excelente. Félix pegó un día a la cocinera porque había matado algunos pichones. Sin embargo, esta impresión se disipó otro día, que sorprendió al niño matando sin piedad alguna a ranas y aplastando mariposas. Aquella contradicción le hizo pensar que son muchos los hombres que dan enormes muestras de equi-

dad cuando valoran desapasionadamente las acciones de otros.

El agradable sentimiento que experimentaba Wilhelm apreciando la feliz influencia que el niño ejercía sobre su propia personalidad fue perturbado durante algún momento al darse cuenta de que el niño lo educaba más a él de lo que él educaba al niño. No podía reprocharle nada a Félix, no se sentía capacitado para imprimirle una dirección concreta a sus acciones que él mismo no había sido capaz de tomar. De ahí que las malas costumbres, contra las cuales tanto luchara Aurelia, reclamaran sus antiguos derechos después de la muerte de aquella.

El niño jamás cerraba las puertas, se resistía a comer en el plato y nada le causaba más placer que poder comer directamente de la fuente y que dejando intacto su vaso, se le permitiera beber de la botella. Con todo, era delicioso verlo sentado en un rincón con un libro en la mano diciendo: «Necesito repasar mis

lecciones», cuando todavía ni podía ni quería reconocer las letras.

Cuando meditaba Wilhelm sobre lo poquísimos que por Félix había hecho hasta entonces, y lo poco que era capaz de hacer, se sentía invadido de una inquietud que le robaba gran parte de su dicha.

«¿Tan egoístas somos los hombres -se preguntaba- que nos es imposible ocuparnos de otra cosa que de nosotros mismos? ¿No estoy en camino de hacer con él exactamente lo mismo que hice con Mignon? Atraje a esa niña amorosa, su presencia me llenaba de gozo, y, sin embargo, me he desentendido de ella del modo más cruel. ¿Qué hice por la formación que tanto ansiaba? ¡Nada! La he abandonado a su suerte, la he entregado a los azares a los que la exponía el trato con gente tosca. En cuanto a este niño, este niño que tanto te llamó la atención antes de quererlo, ¿te ha reclamado el corazón que hicieras lo más mínimo en su favor? Ya acabó el tiempo de echar a perder los años

de tu vida y de vidas ajenas; recógete y qué puedes hacer por tu bien y por el de estas criaturas que el cariño y la naturaleza han ligado tan íntimamente a ti.»

Este monólogo no tenía otro sentido que darle pie a decirse que ya hechas sus reflexiones y pesquisas, había adoptado precauciones y había tomado su decisión. Después de mucho dolor intenso, incesante e inútil por la pérdida de Mariana, comprendía que su deber era buscarle una madre a Félix y que no la encontraba más fiable que Teresa. Conocía plenamente a esta notable dama. No parecía haber otra esposa y colaboradora a quien pudiera confiar su propia persona y las de los suyos. No le importaba el noble amor que sentía por Lotario, pues un destino especial los había separado para siempre. Teresa se consideraba libre y hablaba de casarse, es cierto que sin entusiasmo, pero como de algo natural y lógico.

Después de muchas meditaciones, resolvió contarle a Teresa todo lo que sabía acerca de sí mismo. Ella debía conocerlo tanto como él a ella. Comenzó a repasar mentalmente su propia historia, y la encontró tan pobre de sucesos que consideró poco ventajosa su confesión y más de una vez estuvo a punto de renunciar a su propósito. Al fin decidió pedir a Jar-no el rollo de sus *Años de Aprendizaje* que estaba guardado en la torre. Jarno se lo entregó diciendo:

-Este es el momento justo.

Para una persona noble y con conciencia es un momento terrible aquel en que va a obtener una idea clara de sí mismo. Todas las transiciones son crisis, ¿y acaso no son las crisis enfermedades? ¡Qué poco placer produce a uno mirarse a un espejo después de haber sufrido una enfermedad! Se siente mejor, pero en el espejo sólo suelen apreciarse las secuelas del mal ya curado. Es cierto que Wilhelm estaba ya suficientemente preparado, que las circunstan-

cias habían hablado a las claras y que sus amigos no se habían andado con miramientos al exponerlo todo, por eso, aunque abrió el rollo con cierta excitación, fue recobrando la calma a medida que avanzó en su lectura. En el pergamino encontró la historia detallada de su vida, escrita a grandes pero incisivos rasgos. Nada de sucesos aislados, nada de sentimientos anecdóticos que lo confundieran. Allí no había más que benévolas observaciones generales que lo guiaban sin humillarlo. Por primera vez veía su imagen reflejada fuera de sí, pero no se trataba de un segundo sí mismo proyectado en un espejo, sino de un sí mismo como el que nos ofrece un retrato, el cual, sin presentar todos nuestros rasgos, nos produce la alegría de que un espíritu pensante nos ha sabido comprender, de que un talento excepcional nos haya querido representar y de que hay una imagen de lo que éramos que nos sobrevivirá.

Wilhelm, una vez recordó todas las circunstancias referidas en el manuscrito, se dedi-

có a preparar el relato de su vida que quería hacer a Teresa. Se avergonzaba de no poder presentar frente a las hermosas virtudes de su amiga algo que revelase en él una actividad bien encaminada. Hizo el relato tan detallado como concisa fue la carta con que la acompañó. Pedía a Teresa su afecto, su amor, si le era posible otorgárselo; le ofrecía su mano y esperaba una decisión rápida.

Después de cierta lucha interior durante la que se preguntó si pediría consejo a Jarno y al sacerdote sobre un asunto tan importante, decidió guardar silencio. Era su resolución demasiado inquebrantable y el asunto demasiado importante para que lo hubiera expuesto al juicio ajeno, aun siendo éste el del más intuitivo y mejor de los hombres, incluso tomó la precaución de entregar personalmente su carta al primer correo que iba a partir. Tal vez la idea de que, en tantas circunstancias de su vida en las que él creía haber actuado con libertad y con el mayor secreto, había sido observado y hasta

conducido, acerca de lo cual era viva muestra el manuscrito, le producía una impresión desagradable. Ahora quería que su corazón hablase directamente al corazón de Teresa, y que su suerte dependiese exclusivamente de la decisión y la intención de aquélla. Por eso, sin el menor escrúpulo, en este asunto prefirió mantenerse oculto a sus guardianes y vigilantes.

CAPÍTULO SEGUNDO

APENAS enviada la carta, llegó Lotario. Todos se alegraban al ver arreglados y casi concluidos los importantes asuntos proyectados. Wilhelm anhelaba ver cómo se anudaban muchos hilos y cómo se desanudaban muchos otros, para que su futuro quedase resuelto. Lotario los saludó del modo más cordial posible, estaba completamente curado, respiraba alegría. Tenía el aspecto de un hombre que sabe lo

que debe hacer y no encuentra obstáculos en el cumplimiento de su voluntad.

Wilhelm no pudo corresponder a lo afectuoso de su acogida. «Es el amigo -se decía-, el amado, el prometido de Teresa, el hombre cuyo puesto quieres tú ocupar. ¿Te será posible borrar o extinguir la impresión que ha causado?»

Si la carta no hubiese estado en camino, es posible que Wilhelm no se hubiera atrevido a mandarla. Mas afortunadamente, el dado estaba echado, acaso Teresa se hubiese decidido ya y fuese la distancia la causa única que cubría con su velo una feliz noticia. Su victoria o derrota serían en breve decididas. Procuraba calmar su impaciencia con todas estas reflexiones, pero la agitación de su corazón era casi febril. Sólo pudo prestar muy poca atención al importante negocio del que dependía en cierto modo la totalidad de su patrimonio. ¡Ah! ¡Qué insignificante le parece al hombre en sus momentos apasionados todo lo que le rodea y afecta!

Por fortuna para él, Lotario arregló el asunto con generosidad y Werner con diligencia. Este último, en su amor al lucro, no pensaba más que en la hermosa adquisición que él o, mejor dicho, su cuñado iba a hacer. Por su parte los pensamientos de Lotario al respecto eran muy distintos.

-No es la posesión lo que me entusiasma -decía-, sino su legitimidad.

-¡Por el Cielo! -exclamó Werner-. ¿Acaso no es nuestra posesión suficientemente legítima?

-No plenamente -contestó Lotario.

-¿No la pagamos con nuestro dinero en efectivo?

-Desde luego. Mas, aunque a usted le parecerán ridículos estos reparos que pongo, para mí sólo es legítima, perfectamente legítima, la posesión de los bienes que pagan al Estado lo que deben pagar.

-¡Cómo! ¿Quisiera usted que nuestras tierras compradas como libres fuesen imponibles?

-Sin duda, por lo menos hasta cierto punto -contestó Lotario-. Para mí, únicamente los bienes que tributan dan derecho a considerar segura la posesión. Hoy, que tantos conceptos se tambalean, ¿en qué se funda el labrador para decir que las posesiones de los señores son menos seguras que las suyas? En que sobre las del labrador pesan todos los gravámenes y sobre las de los señores ninguno.

-Qué sería entonces del interés que deben devengar nuestros capitales? No saldrían tan mal librados si el Estado, a cambio de un impuesto equitativo y fijo, nos consintiera disponer libremente de nuestras tierras a cambio de renunciar a tonterías feudales que nos obligan a conservar unidas inmensas extensiones de terreno. Esto nos impide distribuir las con cierta equidad entre nuestros hijos, a quienes no podemos proporcionar los medios necesarios para ejercer una libre actividad, transmitiéndoles en cambio una serie de privilegios molestos e insoportables, de los que para disfrutar hemos de

invocar constantemente a los espíritus de nuestros antepasados. ¡Cuánto más felices serían hombres y mujeres si pudieran mirar libremente en tomo suyo y sin consideración a más prejuicios y obligaciones, les fuese dado elegir como pareja a una digna muchacha o a un buen muchacho! El Estado tendría más y acaso mejores ciudadanos y no toparía con tanta frecuencia con escasez de cabezas y brazos.

-Puedo jurarle -contestó Werner- que en mi vida tuve al Estado en mi pensamiento. He pagado los impuestos, los derechos de aduana y de escolta porque estaba establecido.

-Sin embargo, tengo la esperanza de hacer de usted un buen patriota -dijo Lotario-. De la misma manera que un buen padre es aquel que, cuando se sienta a la mesa, sirve en primer lugar a sus hijos; un buen ciudadano, un buen ciudadano antes de hacer ningún gasto ha de apartar la porción de tributos que le debe al Estado.

Estas reflexiones generales no detuvieron la marcha de sus asuntos, sino que más bien la aceleraron. Cuando todo estuvo casi cerrado, Lotario le dijo a Wilhelm:

-He de enviarlo a un sitio donde su presencia es más necesaria que aquí. Mi hermana le reclama ante ella lo antes posible. La pobre Mignon parece estar consumiéndose y se cree que su presencia podría detener el avance de su enfermedad. Mi hermana me envía este billete para que compruebe usted lo interesada que está en este asunto.

Lotario le tendió el papel. Wilhelm, que ya había escuchado a Lotario dando muestras de la mayor de las turbaciones, reconoció inmediatamente en aquellos ágiles trazos de lápiz la mano de la Condesa y no supo qué contestar.

-Llévese consigo a Félix -dijo Lotario-. Los niños se divertirán mutuamente. Mañana temprano debe ponerse en viaje. Aquí está el carruaje propiedad de mi hermana en el que han venido mis servidores. Yo le proporcionaré

caballos que bastarán para que haga la mitad del trayecto, luego tendrá que cambiar la posta. Tenga usted buen viaje y mande saludos de mi parte. Diga usted a mi hermana que la veré muy pronto y que debe prepararse para recibir a algunos huéspedes. El Marqués de Cipriani, amigo de mi tío abuelo, está de camino hacia acá. Esperaba encontrar vivo al pobre anciano, evocar junto a él vivencias pasadas y disfrutar de la condición que ambos tenían de entendidos en arte. El Marqués era mucho más joven que mi tío y le debía a él la mejor parte de su formación. Debemos ofrecerle todo lo que esté en nuestra mano para ayudarlo a llenar el hueco que encontrará, la mejor forma de conseguirlo es reunir en la casa un numeroso grupo de personas.

Acto seguido, Lotario se encerró en su cuarto con el abate. Jarno ya cabalgaba hacia su destino. Wilhelm corrió a su habitación. No tenía a nadie a quien confiar sus temores, nadie que pudiera evitarle un viaje que temía em-

prender. El joven criado se presentó y lo instó a preparar su equipaje para poder cargarlo aquella noche y así emprender la marcha al amanecer. Wilhelm no sabía qué debía hacer. Al fin se dijo:

«Lo primero es salir de esta casa. De camino decidirás qué es lo que debes hacer. A mitad del trayecto enviarás un mensajero, dirás por escrito lo que no te atreves a decir de palabra y que suceda luego lo que quiera.»

A pesar de su decisión, pasó la noche sin poder conciliar el sueño. Ver a Félix, que dormía plácidamente, lo alivió un tanto.

«Qué nuevas pruebas me esperarán? -se preguntaba-. ¿Qué tormentos habré de apurar por faltas pasadas? ¿Qué suerte correrán mis planes para el porvenir, con tanta atención elaborados? Mas consérvame al menos el tesoro que actualmente poseo, destino propicio o implacable. Si lo mejor que tengo está condenado a ser destruido antes que yo, si ese corazón ha de ser arrancado de mi corazón, entonces idos

razón y prudencia, adiós cuidados y solicitud, toma el camino instinto de conservación. ¡Que desaparezca todo lo que me distingue de las bestias! Y si me está vedado acabar mis días a mi arbitrio, que una demencia precoz borre la conciencia de mí mismo antes que la muerte, que la destruirá para siempre, haga caer sobre mí la prolongada noche.»

Tomó al niño en sus brazos, lo besó, lo estrechó contra su pecho y lo regó con lágrimas. El niño despertó, su clara mirada, su tierna figura conmovieron en lo más íntimo al padre.

«¡Qué escena he de vivir -se dijo- cuando me vea obligado a presentarte a la bella e infortunada Condesa, cuando ésta te oprima contra su corazón, aquel que tu padre lastimó tan profundamente! ¿No he de temer que te rechace lanzando un grito al sentir que tu contacto renueva un dolor verdadero o imaginario?»

El cochero no le dejó más tiempo para pensar y dilucidar, pues le hizo montar en el carruaje antes de que rompiera el día. Con ter-

nura Wilhelm hizo de Félix un ovillo. La mañana estaba fría aunque clara y despejada. Por primera vez en su vida el niño admiró la salida del sol. El asombro que le produjeron los primeros ardores del cielo y la creciente intensidad de la luz, su alegría y sus curiosas observaciones encantaron a su padre y le permitieron penetrar con su mirada en el fondo de aquel pecho, sobre el que, como sobre un lago en calma, se elevaba y se reflejaba el sol.

Llegados a una pequeña ciudad, el cochero desenganchó los caballos y emprendió a lomo de uno de ellos el viaje de vuelta llevándolos consigo. Wilhelm tomó de inmediato habitación y se preguntó si debía quedarse allí o proseguir el viaje. En su indecisión, puso ante sí la hojita que hasta entonces no había tenido el valor de leer de nuevo. Su contenido era el siguiente:

«Envíame inmediatamente a tu joven amigo. Desde hace dos días el estado de Mig-

non se ha agravado. Por triste que sea el motivo, no dejará de alegrarme conocerlo.»

Esta última frase, que le había pasado inadvertida la primera vez que la leyó, llenó de espanto a Wilhelm y lo indujo a no presentarse.

«Cómo? -se dijo-. ¿Lotario, que está al corriente de todo, no le ha dicho quién soy? No es que espere, con el ánimo en calma, a un joven a quien seguramente no quisiera volver a ver, es que espera a un desconocido, y seré yo quien llegue en su lugar. La veo retirarse espantada, la veo enrojecer de cólera. ¡No, me resulta imposible exponerme a protagonizar semejante escena!»

Mientras tanto, habían sido traídos y enganchados los caballos. Wilhelm estaba decidido a deshacer el equipaje y quedarse allí. Se sentía muy agitado. Cuando oyó los pasos de una muchacha que subía la escalera para anunciarle que todo estaba dispuesto, buscó rápidamente un motivo que lo obligase a permanecer en aquel lugar, mas sin advertirlo, su mira-

da se posó en el billete que conservaba en la mano, y exclamó de pronto:

-«¡Santo Dios! ¿Qué es esto? ¡Si no es la letra de la Condesa, es la de la amazona!»

La muchacha entró, le instó a que bajara y se llevó a Félix consigo.

-«¿Será posible? -se preguntaba Wilhelm-. ¿Pero es verdad? ¿Qué hago? ¿Me quedo, espero y pienso lo que tengo que hacer? ¿Marcho allá y busco un desenlace? ¿Pero habiendo encontrado su rastro aún vacilas? ¿Puedes verla esta noche y quieres encerrarte en esta prisión? ¡Ésta es efectivamente su mano! ¡Esa mano te llama, su coche está preparado para llevarte junto a ella! Ya se resuelve el enigma: Lotario tiene dos hermanas. Conoce mis vivencias con una, pero ignora lo que debo a la otra. Tampoco ella sabe que aquel vagabundo herido, que le debe, si no la vida, por lo menos la salud, ha recibido en la casa de su hermano una acogida tan generosa como inmerecida.

Félix, que se balanceaba en el suelo del interior del coche, gritaba:

-¡Ven, papá, ven! ¡Mira qué nubes tan hermosas con sus bonitos colores!

-Sí, ya voy -contestó Wilhelm mientras iba bajando por la escalera-. Todos los fenómenos celestes que tanto admiras no son nada comparados con el espectáculo que espero.

Una vez en el coche, repasó en su memoria todas las circunstancias.

«¡Entonces se trata de Natalia, la amiga de Teresa? -se dijo-. ¡Qué descubrimiento! ¡Qué esperanzas y qué perspectivas! ¡Qué singular! ¡El temor de oír hablar de una hermana me ha ocultado totalmente la existencia de la otra!» Con cuánta alegría miraba ahora a Félix, esperaba tanto para él como para el pequeño la mejor de las bienvenidas.

Se había puesto el sol. Vino la noche, el sol se puso, el camino no era precisamente el mejor y el postillón avanzaba lentamente. Félix

se durmió, y en la mente de nuestro amigo surgieron nuevas inquietudes, nuevas dudas.

«¡Por qué demencia, por qué ilusiones te has dejado engañar! ¡Un vago parecido de letra te tranquiliza súbitamente y pasa a ser base de un cuento verdaderamente extraño!»

Volvió a sacar el billete y a la luz mortecina del día que acababa creyó reconocer la letra de la Condesa; sus ojos no podían ya volver a encontrar aquello que su corazón le había ofrecido de golpe.

«Estos caballos te conducen a una casa donde te espera una escena terrible ¿Quién sabe si dentro de breves horas volverás por el camino que ahora sigues? ¡Si al menos la encontrase sola! Pero tal vez estará su marido y acaso también la Baronesa. ¡Qué cambiada la encontraré! ¿Podré tenerme en pie ante ella?»

Sólo la leve esperanza de ir al encuentro de la amazona se filtraba como un rayo de luz a través de sus sombríos pensamientos. Había anochecido. Las ruedas del coche se dejaron oír

al entrar en un patio y luego se detuvieron. De un lujoso portal salió un criado con una antorcha en la mano, bajó los amplios peldaños de la escalinata y llegó al coche.

-Hace ya tiempo que se le espera -dijo abriendo la portezuela de cuero.

Después de poner pie en tierra, Wilhelm tomó en sus brazos a Félix, que continuaba durmiendo, y siguió al criado de la antorcha, quien dijo al otro:

-Lleva inmediatamente al señor ante la Baronesa.

Como un relámpago recorrió este pensamiento el alma de Wilhelm:

«¡Qué suerte! Ya sea intencionada o casualmente la Baronesa está aquí. Y debo verla antes que a nadie. Probablemente la Condesa duerme ya. Espíritus propicios, haced que no me resulte muy doloroso este instante de enorme apuro.»

Entró en la casa y le pareció encontrarse en el recinto más severo y más santo de cuantos

había estado nunca. Una lámpara deslumbrante suspendida del techo iluminaba una ancha y no muy empinada escalera, que estaba ante él y en el descansillo de arriba se dividía en dos. Había estatuas y bustos colocados sobre pedestales o en el interior de nichos. Alguna de aquellas tallas no le resultaban desconocidas. Las impresiones de la niñez son imborrables, incluso hasta en sus mínimos detalles. Él reconoció una musa que había pertenecido a su abuelo, pero no por su forma ni por su valor, sino por un brazo que le había sido restaurado y por partes de su túnica que le habían sido repuestas. Era como si estuviera protagonizando un cuento. El niño le pesaba, Wilhelm titubeó en cierto momento de la subida y se arrodilló como para sostenerlo mejor con los brazos, pero en realidad lo hizo para reponer su ánimo durante un instante. Apenas pudo ponerse en pie de nuevo. El criado iba iluminándole el camino, se ofreció a llevar al niño, pero él no fue capaz de dejarle al niño. Después entró en la antecámara

y, con gran asombro, vio colgado del muro el cuadro que representaba al Príncipe enfermo, cuadro que tan bien conocía. Apenas tuvo tiempo de dirigirle una mirada, cuando el criado le hizo atravesar algunas habitaciones para llevarlo a un gabinete. Detrás de una pantalla que le daba sombra había una mujer sentada y leyendo.

«¡Si fuera ella!» -se dijo en aquel decisivo instante.

Sentó sobre el suelo al niño, que parecía despabilar y pensó encaminarse hacia la dama, pero el niño cayó desplomado como embriagado por el sueño. La dama se levantó y fue a su encuentro. ¡Era la amazona! Wilhelm no pudo contenerse. Cayó de rodillas y exclamó:

-¡Ella es! -tomó su mano y se la besó enormemente fascinado.

Colocaron a Félix sobre el canapé. Natalia tomó asiento junto al niño y rogó a Wilhelm que ocupase el sillón que estaba al lado de

aquél. Ofreció seguidamente al viajero algunos refrescos, que aquél rehusó, pues no le preocupaba otra cosa que cerciorarse de que era ella, de estudiar los rasgos oscurecidos por pantalla y reconocerla definitivamente.

La dama le hizo una descripción general de la enfermedad de Mignon, explicándole que la niña se iba consumiendo lentamente por una serie de sentimientos profundos y recurrentes. Una gran excitabilidad hacía que su pobre corazón sufriese sacudidas violentas y peligrosas, y que el primer órgano vital se paraba a veces por imprevistas agitaciones del ánimo y, entonces, no se podía advertir ningún latido en el pecho de la bondadosa niña. Mas al pasar aquellas horribles crisis, se volvía a manifestar la fuerza de la naturaleza mediante violentas pulsaciones y entonces la niña se sentía atormentada por exceso después de haberse sentido atormentada por defecto.

Wilhelm recordó un ataque similar y Natalia lo remitió al médico, que le explicaría con

más detalle el caso y le expondría las razones que aconsejaron llamar sin demora al bienhechor de la niña.

-Hallará usted en ella un cambio singular -repuso Natalia-. Hoy viste de mujer, hoy se atavía con los trajes que antes le inspiraban horror.

-Cómo lo ha conseguido usted? -inquirió Wilhelm.

-Aun siendo algo deseable, sólo lo debemos al azar. Le explicaré cómo pasó la cosa. Tal vez ya sabe usted que me rodeo siempre de cierto número de muchachas a quienes procuro formar según lo bueno y lo justo. Nada les dicen mis labios que no tenga yo por rigurosamente cierto, aunque ni quiero ni puedo impedirles que beban en otras fuentes los errores y prejuicios de este mundo. Si me preguntan sobre cuestiones de este tipo, procuro relacionar estas ideas extrañas y falsas con alguna correcta para hacer a aquellas, si no útiles, sí indiferentes. Hace ya tiempo que mis muchachas

habían oído de boca de chicos de la aldea que los ángeles, al siervo Ruprecht y el Niño Jesús se presentaban en persona para traer regalos a los niños buenos y castigar a los malos. Ellas tenían la intención de que se trataban de personas disfrazadas, idea que intenté reforzar en ellas. Por eso, sin adentrarme en explicaciones, me propuse aprovechar la primera oportunidad que se presentase para proporcionarles tal espectáculo. Estando próximo el cumpleaños de dos gemelas que se comportaban muy bien, les prometí que bajaría del cielo un ángel, y que éste les traería los regalitos que sin duda merecían. Esperaban aquello con ansiedad. Para representar aquel papel elegí a Mignon. El día indicado la vestí de blanco. No olvidé la banda de oro que cruzaba su pecho ni la diadema que sujetaba sus cabellos. Mi primer pensamiento fue suprimir las alas, pero las doncellas que la vestían insistieron en hacerle dos alas doradas con las que querían demostrar su habilidad para el arte de la costura. Llevando en una ma-

no un lirio y en la otra un canastillo, se dejó ver en medio de las demás niñas. A mí misma me llenó de sorpresa. «¡Aquí tenéis al ángel!» -grité. Las niñas retrocedieron; por fin exclamaron. «¡Si es Mignon!»-, sin embargo, no se atrevieron a acercarse. «Aquí están vuestros regalos» -dijo Mignon. Todas las niñas se agruparon en torno suyo. La examinaron, la interrogaron. «Eres un ángel?» -inquirió una-. «Quisiera serlo» -respondió Mignon-. «¿Por qué llevas un lirio en la mano?» «Sería muy feliz si mi corazón fuese tan puro como el lirio.» «¿De qué son tus alas?» «Representan otras más hermosas que no se han desplegado todavía.» Todas las preguntas inocentes y ligeras que le dirigieron sus amiguitas fueron contestadas con la misma gravedad. Satisfecha la curiosidad, quisieron desnudar a Mignon, pero ésta se opuso, tomó una guitarra, se subió sobre aquella mesa, y cantó con gracia exquisita la siguiente *lied*:

Quiero aparentarlo
hasta serlo.

No me quitéis el
manto blanco.

Dejo la terrenal be-
lleza;

bajo a aquella celda
sombría.

Después de estar allí
un tiempo,

será nítida mi mira-
da,

dejaré caer ya los ve-
los,

el cinturón y la guir-
nalda.

Y las figuras celestia-
les

no reclamarán hom-
bre o mujer,

ni cubrirán mantos ni
pliegues
a mi cuerpo transfi-
gurado.

Es verdad, viví sin cuidado, pero sentí hondas las tristezas, la pena me hizo pronto vieja. Ahora seré joven por siempre

Decidí inmediatamente dejarle el vestido -prosiguió Natalia-, y hacerle otros similares que hoy viste de ordinario y le dan, a mi parecer, un aspecto muy distinto.

Como era ya tarde, Natalia despidió a Wilhelm, quien se apartó de ella no sin cierta inquietud.

«Estará casada o soltera?» -se preguntaba.

El criado que le acompañó a su dormitorio se fue antes de que Wilhelm se atreviese a interrogarlo. Su inquietud lo mantuvo desvelado varias horas. No se cansaba de comparar la

imagen de la amazona con la de su nueva amiga. Sin embargo, ambas no casaban del todo entre sí. Aquélla se había formado rápida y espontáneamente, ésta parecía querer modificar la imagen de antaño.

CAPÍTULO TERCERO

A la mañana siguiente, mientras todos dormían en la casa, Wilhelm salió de su habitación para observar sus interiores. Se encontraba ante la arquitectura más pura, noble y hermosa que había visto nunca.

«Con el arte verdadero -pensó- ocurre lo que con la sociedad distinguida. Nos induce, por los medios más agradables, a reconocer la medida conforme a la cual y para la cual ha sido formada nuestra naturaleza íntima.»

Fue indeciblemente agradable la impresión que le produjo ver las estatuas y bustos que fueron propiedad de su abuelo. Se dirigió

rápidamente al cuadro del Príncipe enfermo y lo encontró tan lleno de encanto y tan conmovedor como siempre. El criado le fue abriendo las puertas de diferentes cámaras: vio una biblioteca, una colección de historia natural, un gabinete de física. Se sintió ajeno a todos estos objetos. Félix, que entretanto había despertado, llegó corriendo a él. Saber cuándo y cómo contestaría Teresa su carta eran dos extremos que producían a nuestro héroe una pequeña inquietud. Temía también el encuentro de Mignon, y hasta cierto punto, el de Natalia. ¿Qué distinta era la disposición actual de su ánimo que la sentida cuando cerró la carta dirigida a Teresa!, con alegre ánimo se había entregado a aquel noble ser.

Recibió el encargo de Natalia que le anunciaba la hora del desayuno. Wilhelm entró en una estancia, donde vio a unas cuantas niñas pulcramente vestidas. La mayor de las cuales no llegaría a los diez años. Todas ellas estaban

poniendo la mesa, mientras una persona de edad traía diversas bebidas.

Wilhelm observaba con atención un retrato que colgaba de la pared. Tuvo que reconocerlo como una imagen de Natalia por poco que lo satisficiera. Ella penetró en la habitación y la semejanza desapareció por completo. Para su consuelo la representada llevaba en el pecho una cruz de canonesa y Natalia lucía otra semejante.

-Estaba mirando este retrato -dijo Wilhelm-, y me admira que un pintor pueda ser a la vez tan verdadero y tan falso. El retrato se le parece a usted mucho en general y, sin embargo, no refleja ni sus rasgos ni su carácter.

-Mas bien se ha de admirar que haya cierto parecido -contestó Natalia-, pues no es mi retrato, sino el de una tía mía a quien ya me parecía cuando era pequeña. Ella tendría aproximadamente mis años cuando se hizo ese cuadro, y todo el mundo, al primer golpe de vista, cree que es mi retrato. Me habría gustado

que hubiera conocido a aquella magnífica persona. Yo le debo mucho. Una salud quebradiza, una tendencia excesiva al ensimismamiento, una inquietud moral y religiosa demasiado constante, la impidieron ser para el mundo en general lo que habría podido ser en otras circunstancias. Fue una luz que brillaba únicamente para algunos íntimos, pero especialmente para mí.

-¿Será posible...? -preguntó Wilhelm tras breves instantes de reflexión necesarios para poder asimilar tal cúmulo de coincidencias-, ¿será posible que aquél alma hermosa y noble cuyas serenas confesiones me fueron leídas sea su tía?

-¿Ha leído usted el cuaderno?

-Sí; escuché su lectura con el más vivo interés, y crea usted que no ha dejado de influir en el conjunto de mi vida. Lo que más poderosamente llamó mi atención en aquel escrito fue, si se me permite expresarme así, la pureza de su ser, no sólo suya, sino de todo lo que la rodeaba.

Aquella independencia de su carácter y la imposibilidad de admitir nada que no estuviese en perfecta armonía con su noble y afectuoso talante.

-Pues usted demuestra ser más equitativo y más justo que muchos otros a los le ha sido dado a conocer el manuscrito. Todo hombre instruido cuánto ha tenido que luchar contra la rudeza de sí mismo y de los demás, cuánto le ha costado su formación y hasta qué punto, en algunos casos, sólo piensa en sí mismo olvidando lo mucho que debe a los demás. ¿Cuántas veces se reprocha el hombre honrado por no haber obrado con delicadeza! Sin embargo, si una naturaleza privilegiada se forma con excesiva ternura y excesivos escrúpulos de conciencia, cuando esta naturaleza lleva su formación, por decirlo así, más allá de sí misma, a ésta no se le concede ni tolerancia ni indulgencia. Las personas de este tipo son fuera de nosotros lo que un ideal es para nuestro interior: modelos no para imitarlos, sino para que nos esforcemos

por lograr la perfección. Se suele hablar con sorna de la excesiva pulcritud de las holandesas, ¿pero sería nuestra amiga Teresa lo que es si en su administración doméstica no estuviera guiada por una idea semejante?

-Luego encuentro en la amiga de Teresa a aquella Natalia que mereció la predilección de su valiosa tía, a aquella Natalia que mostró desde joven ser tan compasiva, tan cariñosa, tan dulce. ¡Sólo en una familia como ésta pueden encontrarse tales naturalezas! ¡Qué perspectiva se abre ante mis ojos cuando de una sola ojeada abarco a sus antepasados y todo el círculo dentro del cual se mueve usted!

-Sí -contestó Natalia-; en cierto modo no podría haber obtenido una imagen más completa de nuestra familia que a través del manuscrito de nuestra tía. Sin duda el aprecio por mi tía y por mí le ha hecho hablar a usted demasiado bien de aquella niña. Cuando se habla de los niños, no se dice nunca lo que son, sino lo que se espera que serán.

Un razonamiento rápido le permitió comprender a Wilhelm que conocía también el origen y la infancia de Lotario. Se imaginó a la bella Condesa de niña adornando su garganta con el collar de perlas de su tía. Él también había estado cerca de aquellas perlas cuando los labios tiernos y amorosos de la Condesa se habían apoyado sobre los suyos. Trató de alejar aquellos dulces recuerdos y pensar en otro tipo de cosas. Rememoró a todas las personas que dicho manuscrito le había hecho conocer.

-¡Así que me encuentro en la casa de aquel digno tío! -exclamó-. Esto no es casa, es un templo y usted es su sacerdotisa y su genio. Toda mi vida me acordaré de la impresión que recibí ayer noche cuando, al entrar, me encontré frente a las imágenes artísticas que estuvieron ante mí durante la infancia. Me acordaré de las estatuas compasivas de la canción de Mignon. Mas estas estatuas no lloraban por mí, me contemplaban con grave expresión y ligaban los primeros años de mi vida con aquel instan-

te. Aquí encuentro expuesto este antiguo tesoro de mi familia, este objeto que fue el placer de la vida de mi abuelo ha sido encontrado en medio de tantas admirables obras de arte, y yo al que la naturaleza me hizo el favorito de aquel anciano excelente, yo, el indigno, también me encuentro aquí. ¡En qué circunstancias, en qué compañía!

Las niñas habían ido saliendo poco a poco de la sala para entregarse a sus ocupaciones habituales. Wilhelm, que quedó a solas con Natalia, hubo de explicar a ésta con toda claridad el sentido de sus últimas frases. El descubrimiento de que una valiosa parte de aquella colección había pertenecido a su abuelo confirió a la conversación un tono alegre y vivo. Lo mismo que por la lectura del manuscrito conocía todos los miembros de la familia de Natalia, ahora volvía a encontrarse, por así decirlo, con una parte de su herencia. Ahora deseaba ver a Mignon; su amiga le suplicó que tuviese paciencia hasta que regresara el médico, que

habían mandado a buscar por las cercanías. Probablemente el lector habrá adivinado que el médico en cuestión era aquel hombre activo y de no muy alta talla al que también mencionaron las *Confesiones de un alma bella*.

-Ya que me encuentro en el seno de su familia -repuso Wilhelm-, creo adivinar que el sacerdote de quien habla el manuscrito es el hombre singular e inexplicable que encontré en casa de su hermano. Si así es, acaso usted pueda darme algunos detalles sobre su persona.

-Podría hablar mucho sobre el sacerdote -contestó Natalia-, pero de lo que sin duda estoy más informada de él es de la influencia que ha ejercido en nuestra educación. Estuvo convencido, al menos durante algún tiempo, de que la educación debe depender exclusivamente de las tendencias naturales. Sin embargo, no me atrevería a decir qué opina hoy. Afirmaba que lo primero y lo último en el hombre es la actividad, y no se puede conseguir nada sin tener disposiciones a tal efecto, sin tener un instinto

que nos impulse a dicha actividad. «Se acepta - solía decir- que el poeta nace. Lo mismo hay que hacer extensivo a todas las artes, porque hay que reconocerlo así y porque las obras de la naturaleza humana no pueden ser imitadas. Pero, si se observa todo con mayor exactitud, diré que, todas nuestras facultades, incluso las más insignificantes, nacen con nosotros, pues no existen facultades indeterminadas. Sólo nuestra educación ambigua y dispersa hace indecisos a los hombres, despierta deseos en vez de avivar impulsos y, en lugar de fomentar nuestras verdaderas disposiciones, dirige su aspiración hacia objetos que no concuerdan con el carácter natural de quien los persigue. Prefiero ver a un niño o a un joven corriendo alocado, extraviado, por su camino natural, que a cien avanzando en línea recta y con paso firme por caminos que no son los suyos. El primero, bien por su propio esfuerzo, bien conducido por un guía, volverá al camino que perdió, es decir, al que se armoniza con su naturaleza, y no volve-

rá a abandonarlo, pero los últimos estarán siempre en peligro de querer liberarse de un yugo extraño y de entregarse a la libertad sin límites.»

-Es curioso -observó Wilhelm- que ese hombre singular se haya interesado tanto por mí y, según me parece, me haya, si no conducido a mis errores, sí mantenido en ellos. Cómo podrá justificar haber jugado así conmigo con ayuda de otros es algo cuya respuesta espero con paciencia.

-No puedo yo quejarme de sus caprichos, suponiendo que lo sean, pues, entre todos mis hermanos, he sido la mejor librada. Tampoco puedo imaginarme para Lotario una educación mejor de la que recibió. Quizá hubo de tratar de otro modo a mi buena hermana, la Condesa, tal vez tendría que haberle insuflado algo más de gravedad y fortaleza. En cuanto a mi hermano Federico, no me atrevo a pronosticar nada, pero me temo que será víctima de los experimentos pedagógicos de nuestro sacerdote.

-¿Así que tiene usted un hermano más?

-Sí, tiene un carácter alegre y ligero y, como se dedica a correr mundo sin que nadie le ponga trabas, no sé qué será de su persona jugetona y divertida. Hace mucho tiempo que no le he visto, pero me tranquiliza pensar que el sacerdote y las personas que rodean a Lotario saben siempre donde está y qué hace.

Wilhelm estaba a punto de preguntar a Natalia por su opinión acerca de aquellas paradojas y también por aquella sociedad misteriosa, cuando llegó el médico y comenzó a hablar, después de algunos saludos, de la salud de Mignon.

Natalia tomó de la mano a Félix y dijo que iba a preparar a la niña para la aparición de su amigo.

El médico se quedó entonces solo con Wilhelm y prosiguió hablando.

-He de hablar a usted de cosas verdaderamente singulares, que seguramente no sospecha. Al alejarse de nosotros, Natalia nos permi-

te hablar con libertad absoluta de asuntos que sería muy difícil comentar en su presencia, aunque es por su mediación por la que las he sabido yo. El carácter principal de la pobre niña, de quien vamos a hablar, es una languidez extrema. Puede decirse que lo único terreno que en ella hay, se reduce al deseo ferviente de volver a ver a su patria y la querencia que tiene por usted. Pero estos dos objetivos los ve a una distancia infinita, ambos objetivos le parecen inalcanzables a su alma solitaria. Debe ser originaria del Milanesado, y fue robada, siendo muy niña, por una cuadrilla de saltimbanquis. Ha sido imposible averiguar más, en primer lugar, porque era muy niña cuando la robaron para que conserve el recuerdo de los lugares y de los nombres, y en segundo y principal porque ha jurado no revelar su origen a ninguna persona terrenal; pues precisamente aquella gente que la encontró perdida y a las que describió su mansión con el insistente ruego de llevarla a ella, se la llevaron con tanta mayor

diligencia consigo, y por la noche, en la posada, cuando ya la creían dormida a la niña bromearon sobre la presa que habían hecho afirmando que no volvería a encontrar el camino de regreso. Entonces la pobre criatura cayó en un estado de desesperación en el que creyó que se le aparecía la Madre de Dios, quien le prometió su protección. Entonces ella juró que no revelaría su historia y que viviría y moriría esperando un socorro directo de procedencia divina. Esto mismo que le cuento ella no se lo refirió expresamente a Natalia. Nuestra buena amiga ha podido reconstruir la historia que le he contado con las frases aisladas, las canciones y las indiscreciones infantiles que revelan lo que con mayor afán desean ocultar.

Ahora Wilhelm podía explicarse algunos cantos y algunas palabras que había oído de aquella niña. Rogó a su amigo del modo más insistente que no le ocultara nada de cuanto le fuera conocido gracias a las palabras y confesiones de aquel extraordinario ser.

-Prepárese usted ahora -repuso el médico- para una singular confianza que voy a hacerle, prepárese para una aventura extraña, en la que usted tuvo mucha parte sin saberlo, y que, según temo, es decisiva para la vida o la muerte de esta criatura.

-¡Cuéntemela! -exclamó Wilhelm-. Estoy extremadamente impaciente por saberlo.

-Recuerda usted una misteriosa y nocturna visita femenina que recibió después de la representación de *Hamlet*?

-La recuerdo -contestó Wilhelm avergonzado-. Sin embargo, no pensaba que en este preciso instante se me iba a instar a recordarla.

-Sabe usted quién lo visitó?

-¡No...! ¡Me aterra usted! ¡En nombre del Cielo...! ¿No sería Mignon, verdad? ¿Quién fue? ¡Dígamelo!

-No lo sé a decir verdad.

-Luego no era Mignon?

-Desde luego que no. Pero Mignon se disponía a hacer lo que hizo la otra persona, y,

desde el rincón donde se había escondido, hubo de soportar con sufrimiento que una rival se le adelantara.

-¡Una rival! -exclamó Wilhelm-. ¡Explíquese usted!... ¡Me deja totalmente atónito!

Alégrese usted de que pueda yo exponerle las consecuencias de aquel suceso. Natalia y yo, aunque teníamos un interés remoto por el asunto, hemos tenido que padecer no poco antes de conseguir darnos cuenta del estado de turbación profunda de ese pobre ser al que intentábamos ayudar. La liviana conversación de Filina y cierta cancioncilla que oyó le hicieron muy atractiva la idea de pasar la noche junto a su amado, pero sin pensar en otra cosa que en un reposo íntimo y sereno. El cariño que le profesaba a usted, amigo mío, se había hecho muy vivo y violento en su buen corazón. En sus brazos ella encontraba cierto alivio a sus dolores y aspiraba a gozar de aquella dicha en toda su plenitud. Tan pronto quería exponerle a usted

sus deseos con toda franqueza como un secreto temor la hacía callar. La alegría de aquella noche, la disposición de ánimo que le dio el vino que bebió en demasía le dieron valor para intentar la empresa y deslizarse hasta su cuarto. Ya se había apresurado para ir a su dormitorio con la intención de esconderse en aquel cuarto que usted había dejado abierto. Sin embargo, al subir la escalera, oyó un rumor. Se ocultó y vio que una mujer vestida de blanco entraba sigilosa en su alcoba. Minutos después llegaba usted y corría el gran cerrojo. Mignon sufrió un atroz tormento. A los impulsos desconocidos de un deseo vago se unieron los sentimientos vehementes de unos celos apasionados, conmoviendo violentamente su naturaleza inmadura. Su corazón, que hasta aquel instante latía impulsado por la nostalgia y la esperanza, empezó a pararse y oprimió su pecho como el plomo. Le faltaba el aire, no sabía qué hacer. Percibió el sonido del arpa del viejo, subió corriendo a la buhardilla, donde aquél se en-

contraba, y pasó a sus pies la noche, entre horribles convulsiones.

El médico interrumpió la narración durante unos instantes, mas como Wilhelm permaneciera mudo, prosiguió.

-Natalia me ha asegurado que no recuerda haber visto en su vida nada tan aterrador como el estado de la pobre niña cuando le contaba esta historia. Nuestra noble amiga se reprochaba por haberle arrancado esta confesión con sus preguntas e insinuaciones y así haber renovado tan cruelmente los vivos dolores de la buena niña. Según refirió Natalia, apenas Mignon llegó a este punto de su relato o más bien sus respuestas a las preguntas cada vez más insistentes, la niña rodó a sus pies con la mano en el pecho y se quejó de que le volvían los dolores de aquella noche aterradora. Se retorció por el suelo como un gusano y Natalia hubo de apelar a todo su dominio sobre sí misma para recordar y emplear en aquellas circunstancias

los remedios que conocía tanto para el cuerpo como para el espíritu

-Me pone usted en una delicada situación -contestó Wilhelm- haciéndome sentir de un modo tan vivo mis múltiples culpas ante la desgraciada criatura, precisamente en el momento en el que debo volver a verla. Mas si he de estar ante ella, ¿por qué me quita usted el valor para presentarme sin apuro? Además, si el estado de su alma es tal como usted lo describe, no comprendo en qué puede ser útil mi presencia. Si como médico está usted persuadido de que la doble pasión ha minado tanto su naturaleza hasta el punto de amenazar con privarla de la vida, ¿por qué quiere usted con mi presencia renovar su dolor y tal vez apresurar su fin?

Amigo mío, cuando no podemos curar, estamos en el deber de aliviar. Además sé significativos ejemplos de lo mucho que aminora al poder destructor de la imaginación la presencia de un ser amado, transformando la añoranza

en una calmada contemplación. Todo es cuestión de medida y empeño, pues también la presencia puede volver a reavivar una pasión extinguida. Vea usted a la buena y trátela con cariño. Entonces veremos el resultado.

Volvió Natalia para rogar a Wilhelm que la siguiese a la habitación de Mignon.

-Ha recibido a Félix radiante de alegría -dijo-, y es de esperar que dispense idéntica acogida a su amigo.

No sin reticencias, Wilhelm la siguió. Estaba profundamente emocionado por lo que le había sido referido y esperaba presenciar una escena de pasión.

Mignon, vestida con ropas blancas de mujer, con el cabello en parte suelto y en parte trenzado, esperaba sentada con Félix sobre sus rodillas y lo estrechaba contra su corazón. Ella tenía el aspecto de un espíritu separado del cuerpo, mientras Félix era la vida misma. Parecían el cielo y la tierra fundiéndose en un abra-

zo. Tendió sonriente una mano a Wilhelm, y dijo:

-Te agradezco que me hayas traído al niño. Alguien me había privado de él, sabe Dios cómo, y desde entonces me era imposible vivir sin su compañía. Mientras mi corazón tenga necesidad de algo terreno, será Félix quien llenará el vacío.

La calma con que Mignon recibió a Wilhelm llenó de júbilo a todos. El médico le aconsejó que viese con frecuencia a la niña y que procurase mantener el equilibrio necesario entre su espíritu y su cuerpo, y se despidió, prometiendo volver pronto.

Entonces Wilhelm pudo observar a Natalia en su salsa. No se imaginaba nada mejor que vivir con ella. Su presencia ejercía la mejor influencia posible sobre las niñas y las mujeres de edad que habitaban la casa, así como sobre las que, residiendo en los alrededores, la visitaban con frecuencia.

-El curso de su existencia ha debido ser siempre

muy regular -observó Wilhelm-, pues la descripción que hizo de usted su tía cuando usted aún era niña vale también hoy. Basta ver a usted para convencerse de que no ha estado nunca desorientada, ni ha tenido que rectificar nunca un solo paso.

-Debo ese favor a mi tío y al sacerdote -contestó Natalia-, que supieron apreciar tan bien mis disposiciones naturales. Desde que tengo uso de razón, no recuerdo haber recibido impresión tan violenta como las necesidades humanas, que me han provocado un fuerte deseo de remediarlas. Parece como si la naturaleza hubiese hecho mis ojos sensibles para fijarse en el niño que todavía no sabe tenerse en pie, en el viejo que no puede ya hacerlo, en la aflicción de las familias ricas por no tener hijos, en la imposibilidad de una familia pobre para mantener a los suyos, en el deseo de ejercer un oficio, en el impulso para poner en obra un talento. Veía aquello que nadie me había hecho observar, pero, al parecer, yo había nacido únicamente

para ver esto. Los encantos de la naturaleza inanimada que agradan y conmueven a tantos seres humanos y menos aún el encanto de las bellas artes. Mi sensación más agradable era poder aplicar un repuesto, un remedio o un auxilio allá donde descubriría una carencia o una necesidad.

Si veía a un mendigo cubierto de harapos, al punto me acordaba de los vestidos superfluos arrinconados en los armarios de nuestra casa. Si encontraba niños que se consumían por falta de cuidados, en mi imaginación surgía la imagen de la dama que se había visto entregada al aburrimiento en medio de las riquezas y de las comodidades de la vida. Si veía familias que vivían amontonadas en un angosto espacio, pensaba que tendrían que ser alojados en grandes salas de palacios y casas nobiliarias. Y todo este modo de ver la realidad era natural en mí sin necesidad alguna de reflexión, tanto, que siendo niña hice en este respecto las cosas más raras y más de una vez puse en grave

aprieto a no pocas personas con mis proposiciones singulares. Tenía otra rareza, por decirlo así, y es que, hasta muy tarde, no comprendí que el dinero pudiera ser el medio de satisfacer las necesidades. Todas mis limosnas eran en especie y sé que muchas veces se burlaron de mí por ello. Creo que únicamente el sacerdote me comprendía bien. El era quien hacía que me conociera y supiera de mis deseos y mis inclinaciones, enseñándome a satisfacerlas de modo adecuado.

-Entonces, ¿ha adoptado usted los principios de aquellos hombres singulares, en la educación de las niñas recogidas? ¿Deja usted que sus caracteres se formen por sí mismos? ¿Abandona a esas niñas, consiente, cruzada de brazos, que se extravíen, que se engañen, que alcancen la meta o se pierdan miserablemente en el error?

-No; semejante sistema está en contradicción abierta con mis principios. Quien no socorre al punto, no socorrerá jamás. De la misma

manera, quien no aconseja cuando es el momento oportuno, no aconsejará nunca. Considero indispensable exponer algunas leyes y hacer que las respeten los niños para que adquieran respeto por la regularidad de vida. Casi podría afirmar que prefiero que es mejor errar conforme a reglas que extraviarse por los bandazos que de un lado a otro nos obligue a dar nuestra naturaleza. Tal como yo entiendo que son los hombres, me parece que siempre hay un vacío en su carácter que sólo puede ser llenado por una ley expresamente definida.

-Su método, según veo, difiere esencialmente del practicado por nuestros amigos.

-Así es, pero no podrá usted menos de admirar su tolerancia, toda vez que jamás han intentado combatir mi modo de proceder, precisamente porque éste es el camino que he escogido y por ello me complacen en todo aquello que yo quiero realizar.

En otra ocasión hablaremos más por extenso del método seguido por Natalia.

Con frecuencia Mignon solicitaba ser acogida en estas charlas de nuestros amigos y éstos la complacían, y lo hacían cada vez con más gusto, pues comprobaban que Mignon se iba habituando al trato de Wilhelm y a abrirle el corazón, parecía así recobrar la alegría y la animación. Como se fatigaba muy pronto, solía apoyarse en su brazo.

-Ya no corretea Mignon -decía ella-, ya no salta, y, sin embargo, quisiera trepar a por la cima de las montañas y volar de un árbol a otro árbol, de una casa a otra casa. ¡Qué envidia me dan los pájaros, particularmente por lo linda y graciosamente que fabrican sus nidos!

Se estableció la costumbre de que Mignon invitara a bajar al jardín. Cuando las ocupaciones de su protector le impedían acompañarla, Félix ocupaba su lugar. Y si bien es cierto que había momentos en que parecía que la pobre niña no pertenecía a la tierra, otros en cambio se aferraba con fuerza al padre y al hijo, y no se resignaba a separarse de ellos.

Natalia parecía preocupada.

-Hemos deseado -decía- que su presencia volviera a abrir este desdichado y buen corazón, pero quién sabe si hicimos mal.

Calló, esperando al parecer una contestación de Wilhelm. También había reparado en que, dadas las circunstancias, Mignon tendría que sufrir extremadamente al conocer su unión con Teresa. De todas formas, en su incertidumbre no se atrevía a decir nada de su proyecto, ni suponía que Natalia estuviese enterada del mismo.

Tampoco podía seguir el hilo de la conversación cuando su noble amiga le habló de su hermana, ponderando sus buenas cualidades y lamentando su estado. Mas su intranquilidad no fue menor cuando le anunció que muy en breve vería a la Condesa.

-Su marido -dijo- no tiene más intención que ocupar en la Hermandad Morava el puesto que dejó vacante el difunto Conde, y en sostener la institución con su inteligencia y activi-

dad. Viene con su esposa para despedirse de nosotros y visitar luego todos los lugares donde la Hermandad se ha asentado. Parece que todo se hace según sus deseos. Sospecho que proyecta hacer un viaje a América, en compañía de su mujer, para imitar en todo a su antecesor, y como está persuadido de que le falta muy poco para ser santo, no me sorprendería que, en el fondo de su alma, palpite el deseo de conquistar el aura de mártir.

CAPÍTULO CUARTO

CON suficiente frecuencia se había hablado de la señorita Teresa, con suficiente frecuencia la habían mencionado durante sus paseos y casi todas las veces Wilhelm estuvo a punto de confesar a su nueva amiga que había ofrecido a aquella espléndida dama su mano y su corazón. Cierta sentimiento que no acertaba a com-

prender se lo impedía. Vaciló tanto tiempo, que al fin Natalia, con una sonrisa divina en sus labios, con la modestia y tranquilidad que le era habitual, le dijo un día:

-Está visto que habré de romper su silencio y penetrar a la fuerza en su confianza. ¿Por qué hace usted un secreto para mí de un suceso tan importante para usted y que tanto me afecta? Ha pedido usted la mano de mi amiga. Quiero que le conste que no me inmiscuyo indebidamente en sus asuntos; si ahora abordo esta cuestión, es porque se me ha autorizado a ello. He aquí mi credencial: he aquí la carta que Teresa le escribe y envía por mi mano.

-¡Una carta de Teresa! -exclamó Wilhelm.

-Sí, señor mío. Su destino se ha decidido: y éste es afortunado. Permítame que los felicite a usted y a mi amiga.

Wilhelm quedó mudo y pensativo. Natalia lo observó y notó que estaba pálido.

-¡Qué grande es su júbilo! -exclamó-. Tanto que adopta la apariencia del espanto y lo priva a usted de la palabra.

Mas no crea usted que mi participación en su gozo no es cordial y sincera porque mi lengua no haya quedado paralizada. Espero que me quedará usted agradecido, porque mi influencia en la decisión de Teresa no ha sido insignificante. Me pidió consejo cuando un azar feliz lo trajo a usted a esta casa y de esa manera pude vencer algunas dudas que abrumaban a mi amiga. Los correos fueron y vinieron con presteza y aquí tiene usted su decisión, aquí tiene el resultado. Y ahora debe usted leer todas las cartas que Teresa entretanto me ha mandado, porque quiero que su mirada penetre sin trabas en el noble corazón de su prometida.

Wilhelm desplegó la hoja que Natalia había puesto en sus manos, procedente de una carta a la que se le había rasgado el lacre. Esta contenía las siguientes amigables palabras:

«Soy de usted tal como soy, tal como me conoce; usted es mío tal como es, tal como lo conozco. Los cambios que en nosotros mismos y en nuestras relaciones determine nuestro matrimonio nos lo harán soportar la razón, el buen ánimo y valor. Como nos unen, no los lazos de la pasión, sino los de la simpatía y de la confianza, arriesgamos menos que miles de personas. Seguro que usted me disculpará si pienso con frecuencia en mi antiguo prometido, y yo, en reciprocidad, estrecharé contra mi pecho a su hijo y le querré como si fuese su madre. ¿Quiere usted compartir desde hoy mi casita? Desde este instante es usted su dueño y señor. Mientras tanto se puede ultimar la compra de las tierras. Deseo que no se innove nada sin mí, porque quiero demostrarle que soy digna de la confianza que le he inspirado. ¡Salud, querido, muy querido amigo! ¡Querido prometido y admirado esposo! Teresa lo estrecha contra su pecho, llena de esperanza y de alegría. Mi amiga le dirá más, se lo dirá todo.»

Wilhelm a quien esta carta le había presentado enteramente a Teresa, se sintió impulsado a entrar dentro de sí mismo. Mientras la leyó, hicieron irrupción en su alma los pensamientos más diversos. Lo espantó encontrar en su corazón vivos indicios de cierta atracción por Natalia. Consideró que aquellos pensamientos eran un auténtico despropósito. Trajo a su imaginación a Teresa adornándola con todas sus perfecciones, leyó por segunda vez la carta y se serenó o, por lo menos, obtuvo suficiente dominio sobre su alma para aparentar serenidad. Natalia le presentó la correspondencia que había intercambiado con Teresa, de la que extraeremos algunos pasajes.

En una de ellas, Teresa, después de hacer el retrato de su prometido, añadía:

«Así me imagino al hombre que hoy me ofrece su mano. Qué piensa él de sí mismo te lo dirán los pliegos en los cuales se describe con admirable franqueza. Estoy segura de que seré feliz con él.»

«Por lo que respecta a la posición social, ya sabes cuáles son mis ideas. Algunas personas sufren excesivamente el peso de las circunstancias externas y no lo pueden soportar. No quiero persuadir a nadie, pero no puedo dejar de obrar con arreglo a mis convicciones. No quiero poner ejemplos, aunque no dejo de tener en cuenta los ejemplos para obrar en consecuencia. Tan sólo me preocupan los desarreglos *interiores*. Me llena de temor el recipiente que no conviene al líquido que debe contener. Mucho lujo y poco disfrute, riqueza y avaricia, nobleza y grosería, juventud y pedantería, mi-

seria y ostentación, someterme a una de estas uniones me aniquilaría, aunque el mundo pueda clasificarlas y estimarlas como quiera.»

«Cuando tengo la esperanza de que nos convengamos el uno al otro, fundo ante todo esta esperanza en que se parece a ti, mi querida Natalia, a quien quiero entrañablemente de un modo ilimitado. Sí, posee como tú el noble espíritu de búsqueda de lo mejor y de aspiración a ello, por medio de lo cual producimos el bien que creemos descubrir. ¡Cuántas veces te he censurado en silencio porque tratabas de una manera o de otra a este o aquel hombre, porque en tal y cual caso has obrado de manera distinta de como hubiese obrado yo! Y, sin embargo, casi siempre se ha venido a demostrar a la postre que tú, y no yo, eras la que tenías razón. "Si tomamos a las personas tal como son -decías tú con frecuencia-, las hacemos peores de lo que

son. Si las tratamos como si fuesen lo que debieran ser, las conducimos allá donde deben llegar." No puedo ni ver las cosas así, ni obrar así, bien lo sé. La inteligencia, el orden, la disciplina, la autoridad: he aquí mi fuerte. Todavía me acuerdo de la frase de Jarno: "Teresa adiestra a sus discípulas, Natalia forma a las suyas." Un día llegó hasta el extremo de negarme estas tres virtudes: la fe, la caridad y la esperanza. "En vez de fe, Teresa tiene inteligencia, en vez de caridad, constancia, en vez de esperanza, confianza." Te confesaré que, antes de conocerte, en el mundo no encontraba yo nada superior a la sagacidad y a la claridad de ideas. Sólo tu persona me ha persuadido, me ha avivado y me ha hecho sentir que algo me superaba. Por eso otorgo de buen grado el primer rango a tu alma noble y elevada. En el mismo sentido estimo a mi amigo. La historia de su vida es un eterno buscar sin encontrar, mas no por esto es una búsqueda vana. Esta búsqueda tan admirable e ingenua lo caracteriza. Imagina que los

demás pueden darle aquello que sólo puede proceder de él. Ya ves, querida mía, que, por una vez, no me perjudicará mi perspicacia: conozco a mi futuro marido mejor que se conoce él mismo y, como lo conozco, lo aprecio. Lo comprendo, pero no voy más allá. Mi inteligencia no alcanza para llegar a saber lo que llegará a hacer en el futuro. Cuando pienso en él, su imagen se confunde con la tuya y me pregunto si merezco la amistad de dos seres semejantes. Sin embargo, quiero hacerme digna de ésta cumpliendo con mi deber y haciendo todo lo que puede esperarse y aguardarse de mí.»

«Que si me acuerdo de Lotario? Viva-mente y todos los días. No puedo prescindir de él ni un solo momento en el círculo de personas que habitan mi espíritu. ¡Ah! ¡Cuánto com- padezco a ese hombre excelente, desgraciado a quien una falta cometida en la juventud hizo mi

pariente, a quien la naturaleza ha colocado tan lejos de mí como cerca de ti! En realidad, un ser como tú sería más digno de él que yo. A ti podría yo cedértelo. Seámoslo para él lo único que es posible que seamos, hasta que encuentre una esposa digna y, aun entonces, continuemos unidos.»

-Qué dirán nuestros amigos? -preguntó Natalia a Wilhelm.

-¿No sabe nada su hermano de nuestro proyecto? -inquirió Wilhelm.

-Absolutamente nada; el asunto ha quedado entre nosotras, las mujeres. Ignoro las tonterías que Lidia ha introducido en la cabeza de Teresa, pues parece desconfiar del sacerdote y de Jarno. Lidia le ha inspirado cierto recelo a propósito de no sé qué relaciones y proyectos

secretos de los cuales tengo una ligera noción, pero que nunca se me ha ocurrido intentar comprender cabalmente, y, en este paso decisivo, únicamente ha querido concederme su confianza a mí. Desde hace mucho tiempo están resueltos ella y mi hermano a anunciar su matrimonio, llegado el caso, sin pedir consejo.

Natalia escribió una carta a su hermano e invitó a Wilhelm a añadir algunos renglones, atendiendo las indicaciones de Teresa que la había suplicado que así lo hiciese. Cuando iban a cerrar la carta, anunciaron a Jarno. Se le hizo un recibimiento muy afectuoso, él por su parte llegaba también muy alegre y con ganas de bromear.

-Vengo a traerles una nueva tan extraordinaria como agradable, se refiere a Teresa. Algunas veces nos ha recriminado usted, Natalia, por habernos ocupado de asuntos diversos, pero ahora va a convencerse de que es bueno tener espías en todas partes. Adivinen de qué

se trata: déme, una vez más, pruebas de su sagacidad.

La satisfacción con que pronunció las últimas palabras y el ademán malicioso que dirigió a Natalia y a Wilhelm, hicieron creer a éstos que su secreto estaba descubierto.

-Somos más refinados de lo que ustedes creen -contestó Natalia-. Podemos ofrecerles escrita la solución del enigma antes de que nos sea propuesto.

Con estas palabras presentó a Jarno la carta destinada a Lotario encantada de poder adelantarse con una sorpresa a quien parecía traer el propósito de desconcertarla. Jarno tomó la carta, la leyó y quedó pasmado. Dejó caer la carta mirando fijamente a sus dos interlocutores con expresión de profunda sorpresa, casi pudiéramos decir de un espanto poco habitual en él. No despegó los labios.

Wilhelm y Natalia se encontraban no menos afectados. Jarno comenzó a recorrer la estancia con paso agitado y al fin exclamó:

-¿Qué les digo? ¿Me callaré? ¿Hablaré?
¡No! ¡No es posible guardar silencio, estamos
ante un embrollo! Así que: ¡secreto por secreto,
sorpresa por sorpresa! Teresa no es hija quien
pasa por su madre. ¡Ha desaparecido el obstá-
culo! El objeto de mi venida aquí era suplicarle
a usted que le preparara para su casamiento
con Lotario.

Jarno percibió la consternación de los dos
amigos, los cuales clavaron los ojos en la tierra.
Este incidente -añadió Jarno- es de los que nos
mueven a desear la soledad. Las reflexiones
que se tengan que hacer se prefieren hacer en la
intimidad. Yo, al menos, pido a ustedes permi-
so para encerrarme durante una hora.

Sin esperar contestación, corrió al jardín.
Wilhelm le siguió maquinalmente a cierta dis-
tancia.

Una hora más tarde se encontraban re-
unidos de nuevo. Wilhelm tomó la palabra y
habló:

En otro tiempo, cuando yo llevaba una vida

ligeramente, sin plan ni objeto, una vida disipada, la amistad, el amor y la confianza me salían al paso con los brazos abiertos, me acosaban. Hoy que mi vida es seria, el destino parece llevarme por otros derroteros. La decisión que adopté de ofrecer mi mano a Teresa fue tal vez la primera que nació enteramente de mí. He meditado mi plan, mi razón lo aprobó plenamente y el consentimiento de aquella mujer excelente colmó mis esperanzas. Ahora el azar más inesperado me obliga a declinar mi mano ya extendida. Teresa, como en un sueño, me tiende la suya desde lejos. Yo no puedo tomarla y la hermosa visión me abandona para siempre. ¡Adiós, visión encantadora! ¡Adiós imágenes de la más perfecta dicha que os reuníais en torno a ella!

Calló breves momentos, miró a su alrededor. Jarno abrió la boca para contestar, pero sin darle tiempo, continuó Wilhelm:

-Permítame que añada una palabra más, pues en esta ocasión está en juego todo mi futuro. En este instante tengo presente la impresión

que me dejó Lotario el día que lo conocí, la cual continúa indeleble en mí. Ese hombre merece todo mi cariño y toda mi amistad, y la amistad no puede entenderse sin el sacrificio. Para servirle a él pude engañar a una desgraciada muchacha, por él sabré renunciar a la más noble de las prometidas. Vuelva usted a su lado, cuénte-le estos curiosos sucesos y dígame lo que estoy dispuesto a hacer.

-En casos como el presente -contestó Jarno-, opino que todo tiene arreglo si nada se precipita. No demos un solo paso sin antes contar con el asentimiento de Lotario. Vuelvo a su lado; esperen con calma mi regreso o una respuesta suya por carta.

Partió a caballo dejando a nuestros amigos en el mayor de los abatimientos. Tuvieron tiempo para tratar este asunto desde más de un enfoque y hacer sus observaciones sobre el mismo. Sólo entonces se acordaron de que habían escuchado la revelación de Jarno sin haber intentado inquirir detalle alguno. Wilhelm inclu-

so comenzó a abrigar ciertas dudas; pero su confusión llegó al máximo cuando, al día siguiente, llegó un correo de Teresa con una singular carta dirigida a Natalia:

«Por extraordinario que pueda parecer, he de remitirte una nueva carta inmediatamente después de la anterior, para rogarte que me envíes sin tardanza a mi prometido. Es absolutamente preciso que sea mi esposo, adelantándonos a los proyectos que alguien pueda abrigar para arrebatármelo. Dale a leer la adjunta comunicación, pero sin testigos, sean los que fueran.»

La carta a Wilhelm decía lo siguiente:

«Qué pensará usted de su Teresa al ver que de modo apasionado exige se celebre una unión que parecía aconsejar la más serena de las razones? Que nada lo detenga, póngase en camino tan pronto como reciba esta carta. Ven-

ga, querido amigo, triplemente querido, hay quien pretende robarme, o, por lo menos, disputarme su posesión.»

-¿Qué hacer? -exclamó Wilhelm después de haber leído la carta.

-Nunca mi corazón y mi razón estuvieron tan mudos como en este instante -contestó Natalia, al cabo de algunos segundos de reflexionar-. No sabría qué hacer, ni sé qué aconsejarle.

-Sería posible -exclamó Wilhelm con vehemencia- que Lotario no sepa nada o que, si sabe algo, sea, como nosotros, juguete de planes ocultos? ¿No habrá improvisado el mismo Jarno una historia al ver nuestra carta? ¿Nos habría dicho otra cosa muy distinta si nosotros no hubiésemos sido tan ligeros? ¿Qué maquinarán? ¿Qué planes habrán fraguado? ¿Qué proyecto tendrá Teresa? Está claro que Lotario está influido por manejos y relaciones secretas, de ello he podido enterarme yo personalmente. Son activos, se ocupan en cierto sentido de los actos y de la suerte de los individuos, saben

llevar a las personas por donde quieren. No comprendo el fin de semejantes secretos, pero ahora veo muy claro que pretenden arrebatarme a Teresa. Por una parte, nada más que para engañarme, me dicen que la dicha de Lotario depende de mí, por otra, veo a mi amada, a mi noble prometida, cuyo corazón me llama. ¿Qué hago? ¿Qué debo dejar a un lado?

-Un poco de paciencia -contestó Natalia-, un instante de reflexión. En esta extraña e incomprensible confluencia no veo más que una cosa: debemos aplazar toda resolución irrevocable. Contra una fábula, contra una maquinación artificiosa, tenemos a nuestra disposición las armas de la perseverancia y la prudencia. Pronto hemos de saber si estamos ante un cuento o una realidad. Si realmente tiene mi hermano esperanza de unirse con Teresa, sería una crueldad arrebatársela para siempre esa dicha en el momento en que se presenta a sus ojos. Esperemos a que nos diga si sabe algo en concreto, si cree, si sigue teniendo esperanza.

Una carta de Lotario vino a apoyar los razonamientos de Natalia.

«No envío de nuevo a Jarno -escribía-, porque cuatro líneas de mi mano dirán más de lo que pudiera decir un mensajero. Tengo la certeza de que Teresa no es hija de su madre, y me es imposible renunciar a la esperanza de poseerla antes de que ella misma se persuada y, tras reflexión tranquila y detenida, decida entre mi amigo y yo. Te suplico que no permitas a tu huésped que se vaya de tu casa: de ello dependen la dicha y la vida de tu hermano. Te prometo que la incertidumbre no ha de ser muy prolongada.»

-Ya sabe usted cómo están las cosas -dijo Natalia afectuosamente-. Déme su palabra de honor de no abandonar esta casa.

-La doy-contestó Wilhelm tendiendo su mano-. No saldré de esta casa contra su voluntad. Doy gracias a Dios y a mi espíritu propicio por ser esta vez dirigido, nada menos que por usted.

Natalia escribió a Teresa contándole todo lo que había pasado y declarando que no dejaría partir a Wilhelm, incluyendo en su carta la de Lotario.

He aquí lo que contestó Teresa:

«No me extraña poco que Lotario se haya dejado convencer, porque es incapaz de fingir con su hermana. Estoy enojada, muy enojada. Es mejor que no diga nada más. Lo mejor es que vaya a tu lado tan pronto como le haya encontrado alojamiento a la pobre Lidia, a la cual todos tratan con especial crueldad. Temo que nos hayan engañado a todos, pero engañado hasta el extremo de que nunca más renazca la confianza entre nosotros. Si nuestro amigo fuese de mi manera de pensar, burlaría tu vigilancia y vendría a arrojarse en los brazos de su Teresa, que nadie podría ya arrebatarse, pero temo perderlo sin reconquistar a Lotario. A éste le roban a Lidia haciendo brillar ante sus ojos la remota esperanza de que yo sea suya. No diré más, porque lo que diría acaso complicaría más

la situación. El tiempo nos dirá si los compromisos más hermosos no serán aplazados, minados y sacudidos de forma tal, que sea imposible volver a avivarlos cuando todo se aclare. Si mi amigo no se va de allí, dentro de breves días me tendrás en tu casa para buscarlo y atraparlo. Quizás te asombres al ver que la pasión se ha adueñado de tu amiga Teresa. No es una pasión, es una convicción: como Lotario no puede ser mío, mi nuevo prometido será el que dé dicha a mi vida. Díselo así en nombre del muchacho que está sentado junto a mí a la sombra del roble y que disfrutó de su cariño. Díselo en el nombre de Teresa, que con tanta franqueza ha sabido corresponder a sus deseos. Mi primer sueño, la vida de felicidad que hubiese podido disfrutar con Lotario, se ha desvanecido para siempre; pero la vida de dicha que sueño siendo esposa de mi nuevo amigo no se ha borrado, todavía está presente y viva. ¿En tan poco me tienen para creer que ha de serme

tan fácil cambiar de improviso a éste por aquél?»

-confío en usted -dijo Natalia, entregando a Wilhelm la carta de Teresa- y sé que no ha de escapar. No olvide usted que tiene en sus manos la dicha de toda mi vida. Mi existencia está tan íntimamente ligada a la de mi hermano, que no puede sentir él dolores que no me amarguen a mí ni experimentar alegrías que yo no comparta. Puedo decir que gracias a él he podido comprender lo que conmueve el corazón humano y aquello en lo que pueda consistir en el mundo la alegría y el amor. Un sentimiento que, más allá de todas las necesidades, satisface nuestra alma.

Guardó silencio, Wilhelm le tomó la mano exclamando:

-¡Oh! ¡Continúe usted! ¡No se detenga! Es éste el momento de hablamos con franqueza y

con confianza. Nunca hemos tenido necesidad de conocernos bien el uno al otro.

-Sí, amigo mío -continuó Natalia, sonriendo con expresión de dignidad tranquila, reposada, dulce, indefinible-. Aunque acaso le parezca fuera de lugar, le diré que todo lo que los libros y el mundo nos ofrecen bajo el nombre de amor, me ha parecido siempre un cuento.

-No ha amado usted nunca?

-Nunca o siempre -respondió Natalia.

CAPÍTULO QUINTO

HABÍAN paseado por el jardín durante esta conversación. Natalia había cortado varias flores de formas singulares que Wilhelm no conocía y cuyo nombre preguntó nuestro amigo.

-¿No sospecha usted para quién preparo este ramo? -dijo Natalia-. Es para mi tío, a quien vamos a hacer una visita. El sol ilumina ahora tan vivamente la *Sala del Pasado*, que nos encontramos en el momento indicado para llevarlo a usted a ella y yo no voy nunca sin llevar algunas flores de las que mi tío prefería. Era un hombre singular, capaz de las reacciones más peregrinas. Sentía una inclinación manifiesta, difícilmente explicable, por determinadas plantas y animales, así como por ciertas gentes, países e incluso hacia determinadas clases de piedras preciosas. «Si desde mi niñez -solía decir- no me hubiera dominado tanto a mí mismo, si no hubiese puesto empeño decidido en aplicar mi inteligencia en un sentido amplio y general, hoy sería el más mezquino e insoportable de los hombres. Y es que nada es tan insoportable como la singularidad mezquina en el hombre de quien puede exigirse actividad práctica.» Y, sin embargo, él tenía que reconocer que le habría faltado la inspiración y la vida si no se

hubiese permitido alguna expansión, si de tanto en tanto no se hubiera entregado con pasión al disfrute de satisfacciones que no podía alabar ni excusar. «No es culpa mía -decía- si luché con la imposibilidad de poner en perfecto acuerdo mis gustos y mi razón.» En tales ocasiones solía hacerme a mí blanco de sus bromas y decirme: «Podemos considerar a Natalia como muy dichosa en esta vida mortal, ya que su naturaleza no le pide sino cosas que la humanidad desea y necesita.»

En esta conversación, habían vuelto al edificio principal. Natalia condujo a su amigo por una galería espaciosa que terminaba en una puerta guardada por dos esfinges de granito. La puerta, de estilo egipcio, un poquito más estrecha por su parte superior que por la inferior, y sus dos hojas de bronce presagiaban a quien las franqueaba un espectáculo severo, casi pudiéramos decir siniestro. Pero la sorpresa no podía ser más agradable cuando, no bien se penetraba en aquella sala, donde el arte y la vida relega-

ban al olvido más absoluto la muerte y la tumba, desaparecería la impresión de temor para dar lugar a la de una satisfacción purísima. En las paredes habían sido abiertos nichos simétricos que contenían grandes sarcófagos; las columnas ofrecían aberturas pequeñas que aparecían llenas de vasos y de urnas funerarias; el resto de la superficie del muro y de la bóveda estaba dividida en cuadros regulares, orlados de guirnaldas y otras decoraciones, en las cuales habían sido pintadas serenas y expresivas figuras. Los elementos arquitectónicos estaban revestidos de mármol amarillo rojizo, salpicado de toques azules que parecían de lapislázuli merced a la ingeniosa combinación química, los cuales armonizaban y completaban el conjunto y daban al conjunto unidad y armonía. Este esplendor y esta decoración estaban presentados con las proporciones arquitectónicas más puras. El que entraba en la sala, se sentía como elevado sobre sí mismo, porque por primera vez la contemplación de aquellas maravillas

artísticas obligaba a pensar en lo que es y en lo que puede llegar a ser el hombre.

Frente a la puerta, en un espléndido sarcófago, se veía la estatua en mármol de un hombre venerable apoyado sobre un almohadón. En la mano tenía un rollo que parecía contemplar con serena atención. El rollo estaba colocado en forma que pudieran leerse fácilmente las palabras grabadas en él: *Acuérdate de que tienes que vivir.*

Natalia, retiró un ramo marchito colocado al pie de la estatua de su tío y colocó el que acababa de preparar, pues era efectivamente su tío el varón venerable representado en aquella figura. Wilhelm creyó reconocer en la estatua los rasgos del viejo que en una ocasión vio en el bosque.

-Muchas horas hemos pasado aquí, mientras se construía esta sala -dijo Natalia-. En sus últimos años, mi tío se rodeó de artistas hábiles, y su ocupación principal era guiarles en la elec-

ción de los dibujos que sirvieron de modelo a esas pinturas.

Wilhelm no alcanzaba a celebrar de modo conforme a sus méritos los objetos que le rodeaban.

-¡Cuánta vida hay en esta sala del pasado!
-exclamaba-. ¡Se la podría llamar igualmente sala del presente y del porvenir! ¡Así fue todo, y así será todo! No hay nada que perezca o pase, salvo el observador que goza y que contempla. Ese cuadro, esa madre que oprime a su hijo contra su corazón, sobrevivirá a varias generaciones de madres felices. Tal vez dentro de algunos siglos, un padre contemplará enternecido a ese varón de barba blanca, que, renunciando a su gravedad, juega con su hijo. En todo tiempo asomará el rubor a las mejillas de la joven prometida que espera su connubio y, a pesar de sus deseos secretos, tendrá ésta necesidad de que la consuelen y animen. E igualmente siempre el novio esperará anhelante en el umbral de la puerta el momento de fran-

quearla.

Los ojos de Wilhelm admiraban las innumerables obras. Desde los primeros impulsos de la infancia por aprender a servirse de sus propios miembros, hasta la serena gravedad del anciano, se veían allí, en hermosa y viva gradación obras de arte que demostraban que el hombre no atesora ningún talento, ninguna disposición, de los que no sepa sacar partido. Todo lo representado allí estaba dotado de significatividad y fuerza: desde el delicado sentimiento de complacencia que inunda el alma de la doncella al contemplar su propia imagen reflejada en el agua cuando retira el cántaro de la fuente, hasta las altas solemnidades en las que reyes y pueblos postrados al pie del altar ponen a los dioses por testigos de su alianza.

Lo que allí admiraba el espectador era un mundo, era un cielo, y aparte de los pensamientos que suscitaban aquellas imágenes artísticas, irradiaban algo inexplicable que se apoderaba por completo del hombre. Wilhelm expe-

rimentó esta sensación sin que él mismo pudiera explicársela.

--Qué es esto -se preguntaba- que prescindiendo de toda significación precisa, no tomando en consideración la simpatía que nos inspiran los acontecimientos y destinos humanos, obra sobre mí con tanta energía y al propio tiempo tan agradablemente? Me habla por medio del conjunto, me habla por medio de los detalles, sin que me sea posible abarcar el primero, sin que yo consiga asimilarme los segundos. Qué encanto intuyo en esas superficies, en esas líneas, en esas dimensiones, en esas masas, en esos colores. ¿A qué es debido que esas figuras, hasta consideradas superficialmente, produzcan como objetos de decoración un efecto tan grato? Comprendo que podría uno permanecer, descansar aquí, abarcarlo todo con la mirada, considerarse feliz y sentir y pensar cosas muy distintas de las que parece que deberían inspirar los cuadros que se tienen ante la vista

Ciertamente si se pudiese hacer una descripción de la feliz disposición de aquella sala, si acertase a reflejar cuán admirablemente se armonizaba todo, bien por semejanza, bien por contraste, ora por medio de la unidad, ora como resultado de variedad de colorido; si supiese hacer resaltar el efecto tan completo como inteligible que producían todas las cosas, nuestros lectores se verían transportados a un lugar del que no les gustaría alejarse sin permanecer cierto tiempo.

Cuatro gigantescos candelabros de mármol ocupaban las cuatro esquinas de la sala. En el centro había otros cuatro de menores dimensiones que estaban dispuestos junto a los cuatro ángulos de un sarcófago hermosamente tallado, que, a juzgar por sus proporciones, encerraba el cadáver de un individuo de talla mediana.

Natalia se detuvo ante este monumento, colocó su mano sobre el mármol, y dijo:

-Mi buen tío siempre tenía predilección por esta obra de arte de la antigüedad. «No sólo

caen las flores tempranas, que solemos conservar en nichos pequeños, caen también los frutos que, pendientes de la rama, nos hacían concebir las más hermosas esperanzas, cuando un gusano interior les preparaba una madurez precoz y trabajaba con lentitud y sigilo en su destrucción.» Temo que esta profecía pueda aplicarse a la amorosa niña que parece substraerse poco a poco a nuestros cuidados y tender hacia esa morada de paz.

Cuando se disponían a retirarse, Natalia añadió:

-Hay una cosa hacia la cual deseo todavía llamar su atención. Observe usted aquellos dos hemicírculos que hay a los lados. En ellos pueden introducirse y permanecer fuera de la visión coros de cantores. Esos adornos de bronce colocados bajo las cornisas sirven para fijar las colgaduras que, según orden de mi tío, deben cubrir los muros cada vez que se celebra un sepelio. Mi tío no podía vivir sin música, particularmente sin música vocal, pero no quería ver a

los cantores. Con frecuencia decía: «El teatro nos echa a perder, porque la música que allí oímos parece hecha para los ojos, acompaña los movimientos, no los sentimientos. En los oratorios o en los conciertos, la figura del músico nos distrae y turba. La verdadera música es sólo para los oídos. Una voz hermosa es lo más universal que pueda pensarse y, sin embargo, cuando la persona limitada que la produce aparece ante nuestra vista, queda destruido el efecto de universalidad. Tengo necesidad de ver a la persona con quien hablo, porque es un individuo aislado, porque su aspecto y su fisonomía dan valor a lo que me dice, pero el que canta debe permanecer oculto, debe ser invisible, su figura no debe seducirme ni engañarme. El que canta es sólo un órgano que habla a otro órgano, un alma que habla a otra alma, no es un mundo infinito que se ensancha a los ojos ni un firmamento que se ofrece al hombre. En la música instrumental, quisiera que no se viese la orquesta, porque los movimientos mecánicos,

los gestos indispensables, pero raros, de los músicos, nos turban e inquietan. La música no debería oírse sino con los ojos cerrados, a fin de concentrar todo su ser en el goce puro y único del oído.»

En el momento de salir de la sala nuestros dos amigos oyeron a los niños que, a todo correr, avanzaban por la galería. Félix gritaba:

-¡Yo...yo!

Mignon llegó la primera a la puerta. Jaqueante, sin aliento, no podía hablar, Félix, ya desde lejos, gritó:

-¡Madre Teresa está aquí!, ¡ha llegado!

Parece que los niños se habían apostado quién era el primero que transmitía la noticia.

Mignon había caído en los brazos de Natalia. Su corazón palpitaba con mucha fuerza.

-¡Niña mala! -dijo Natalia-. ¿No te han prohibido todos los movimientos excesivos? Mira cómo late tu corazón.

-¡Que se rompa! -exclamó la niña-. ¡Hace ya tanto tiempo que late!

Apenas se habían rehecho de este sobresalto y esta confusión, cuando entró Teresa. Abrazó efusivamente a Natalia y a la niña, y vuelta luego hacia Wilhelm, dirigiéndole una mirada límpida, le dijo:

-¿Qué tal, amigo mío? ¿Se ha dejado engañar ya? Wilhelm dio un paso hacia ella. Teresa entonces se arrojó en sus brazos.

-¡Oh, Teresa mía! -exclamó.

-¡Mi querido, mi adorado, mi esposo! ¡Sí... tu Teresa para siempre! -contestó Teresa en medio de los más ardientes besos.

Félix le tiró del vestido, diciendo:

-¡Mamá Teresa, que también estoy yo aquí!

Natalia asistía a la tierna escena mirando al suelo.

Mignon llevó de improviso su mano izquierda al corazón y, extendiendo con brusquedad el brazo derecho y profiriendo un grito, cayó como muerta a los pies de Natalia.

El espanto fue grande. No se percibían la-

tidos de su corazón ni pulsaciones. Wilhelm la tomó en sus brazos y se la llevó con presteza. El médico dio muy pocas esperanzas. Hicieron esfuerzos sobrehumanos él y el joven cirujano a quien conocemos. Mas no hubo modo de volver a la vida a aquella tierna criatura.

Natalia hizo una seña a Teresa, y ésta tomó a Wilhelm de la mano y lo sacó de la estancia. No podía hablar ni alzar los ojos para mirarla. Se sentaron los dos en el sofá donde, el día de su llegada, había encontrado a Natalia. Pensó con gran celeridad en todos los acontecimientos que se habían sucedido, o más que pensar en ellos dejó que actuaran sobre su alma sentimientos a los que no pudo sustraerse. Hay momentos en la vida en que las circunstancias, semejantes a misteriosas lanzaderas, tejen una trama que más o menos hemos hilado y tejido nosotros mismos.

-Mi amigo, mi amado -dijo Teresa, rompiendo al fin el silencio y tomando una mano a Wilhelm-; mantengámonos unidos y firmes en

este instante, como con frecuencia habremos de hacerlo en circunstancias análogas. Este es uno de los acontecimientos que no se pueden soportar sino en compañía. Ten presente y siente, amigo mío, que no estás solo. Demuestra que amas a Teresa principiando por compartir tu dolor con ella.

Ella lo abrazó y lo estrechó tiernamente contra su pecho.

-¡Pobre niña! -exclamó él-. ¡En sus momentos de tristeza venía a buscar abrigo y protección en mi inseguro corazón! ¡Deja que en estos instantes horrorosos me refugie yo en la firmeza del tuyo!

Se estrecharon con fuerza, el corazón de Wilhelm recogía los latidos del corazón de Teresa, pero en el alma del primero reinaban el vacío y la soledad. En su imaginación flotaban como sombras las imágenes de Mignon y de Natalia.

Entró Natalia.

-Danos tu bendición -exclamó Teresa-. En es-

te triste momento queremos aparecer unidos ante ti.

Wilhelm había doblado la cabeza y ocultado el rostro hundiéndolo en el hombro de Teresa; al fin podía llorar. No había oído llegar a Natalia, no la veía, pero el sonido de su voz redobló su llanto.

-No quiero separar lo que Dios ha unido -dijo Natalia sonriendo-, pero tampoco seré yo quien os una, ni tampoco puedo aceptar que el dolor y la ternura del amor expulsen de vuestros corazones el recuerdo de mi hermano.

Estas palabras hicieron que Wilhelm se separara bruscamente de los brazos de Teresa.

-¿Adónde va usted? -clamaron las dos jóvenes.

-Voy a ver a la niña a quien he asesinado. El horror de la desgracia es menor cuando la presencian nuestros ojos que cuando la imaginación la imprime violentamente en nuestro corazón. ¡Vamos a ver al ángel que se ha marchado! La plácida serenidad de su rostro nos dirá que

es dichoso.

Las dos amigas, viendo que les era imposible detener al excitado joven, lo siguieron, mas no tardó en cerrarles el paso el médico, quien, con ayuda del cirujano, les prohibió acercarse a la muerta.

-Aléjense de tan triste espectáculo -les dijo-, y permítanme que, dentro de los límites de mi arte, dé alguna duración a los restos de la extraña criatura. Quiero emplear hoy un procedimiento admirable que consiste, no sólo en embalsamar el cadáver, sino conservarle una apariencia de vida. Previendo su muerte, lo tengo todo dispuesto, y contando como cuento con la valiosa cooperación del cirujano, espero conseguir mi objeto. Concédanme ustedes algunos días, y no intenten ver a la querida niña hasta que haya sido transportada a la *Sala del Pasado*.

El cirujano tenía en sus manos el famoso estuche.

-Dónde lo habrá adquirido? -preguntó

Wilhelm a Natalia.

-Puedo satisfacer su curiosidad, porque lo conozco muy bien -contestó Natalia-. Ese estuche perteneció antes a su padre, que fue quien le curó a usted en el bosque.

-¡No me había engañado! -exclamó Wilhelm-. Reconocí la cinta apenas la vi. ¡Cédamela usted! ¡Esa cinta me puso sobre los rastros de mi bienhechora! ¡A cuántos males y a cuántos bienes ha sobrevivido ese objeto inanimado! ¡Cuántos sufrimientos, cuántos dolores ha debido ver esa cinta y, sin embargo, todavía perduran los hilos que la forman! ¡A cuántas agonías ha debido asistir sin que sus colores se hayan debilitado! Estuvo presente en uno de los días más hermosos de mi vida, el día en que, herido y prostrado en tierra, se me apareció su auxiliadora presencia, el día en que la niña cuya muerte lloramos hoy velaba con sus cabellos manchados de sangre y el más externo de los cuidados por mi vida.

Nuestros amigos no pudieron continuar

durante mucho tiempo sus comentarios sobre los tristes sucesos que lamentaban ni poner a Teresa al corriente de la causa probable de la muerte de Mignon, porque en aquel momento fue anunciada la llegada de personas desconocidas. Pronto se vio que, por el contrario, eran personas sobrado conocidas. Los que acababan de llegar eran Lotario, Jarno y el sacerdote. Natalia fue al encuentro de su hermano; entre los demás se hizo un silencio generalizado. Teresa dijo sonriendo a Lotario:

-Seguramente no esperaba usted encontrarme aquí. Acaso sea poco razonable procurar aproximarnos en estos momentos; sin embargo, sea usted bien hallado después de una ausencia tan larga.

Lotario tomó su mano y dijo:

-Si estamos condenados a renunciar y a sufrir, que sea al menos en presencia del objeto deseable y querido. Lejos de mí la idea de ejercer influencia en su decisión. Tengo mucha confianza en su corazón y en su razón para

poner confiado en sus manos mi suerte y la de mi amigo.

La conversación giró muy pronto, hasta versar sobre cosas generales y, por así decirlo, de poca importancia. Luego se separaron los reunidos para pasear por parejas: Natalia con Lotario, Teresa con el sacerdote y Wilhelm quedó en el palacio con Jarno.

La llegada de los tres amigos en circunstancias en que Wilhelm sentía un fuerte dolor que le oprimía el pecho, en lugar de distraer a nuestro amigo, excitó y acentuó su mal humor. Estaba enojado y lleno de sospechas, y ni quería ni podía tomarse el trabajo de disimularlo. De aquí que, cuando Jarno le preguntó por la causa de su mohíno silencio, Wilhelm contestó:

-¿Cómo quiere usted que esté? Llega Lotario con sus asesores, y sería raro que los poderes misteriosos de la torre, siempre tan diligentes, no actúen esta vez ejerciendo no sé qué influencia sobre nosotros. El conocimiento que tengo de estos santos hombres me ha permitido

ver que su loable fin consiste en separar lo que está unido y en unir lo que está separado. La red que preparan sus manos será probablemente un enigma para nuestros ojos profanos.

-Parece usted enojado y lleno de amargura -respondió Jarno-, me parece muy bien. Si montase en cólera creo que sería preferible.

-Tal vez siga su consejo -repuso Wilhelm- y es que esta vez sospecho que se tiene la intención de agotar la paciencia que debo a mi carácter y a mi educación.

-Mientras vemos en qué vienen a parar estas historias, podría yo darle a conocer algo acerca de la torre que, por lo visto, le inspira a usted tal desconfianza.

-Como usted guste si, a pesar de mi distracción, quiere hacerlo. Sin embargo, quiero que le conste que son tantas las ideas que luchan en mi espíritu, que no sé si me será posible conceder a esas dignas historias la atención que merecen.

-Su benévola disposición no me asusta ni

me impedirá aclarar un punto. Usted me tiene por un tipo astuto y no tardará el tiempo en que me tendrá por un hombre honrado. Además en esta ocasión tengo el encargo de lograrlo.

-Me gustaría que hablara usted de modo espontáneo y con voluntad esclarecedora, mas, como me es imposible escucharle sin desconfiar de sus palabras, ¿a qué molestarnos, usted hablando y yo oyendo?

-Aún cuando no tuviera propósito mejor que el de contarle cuentos, creo que no perdería nada prestándome alguna atención. Quizá sea usted más propicio a ello si comienzo diciéndole lo siguiente: cuanto usted vio en la torre no es en realidad otra cosa que las reliquias de una empresa de jóvenes, que los iniciados miran con seriedad extremada y de la cual nos reímos nosotros.

-Conque todos aquellos signos, todas aquellas frases llenas de dignidad, son juegos? Nos introducen solemnemente en un lugar que

nos inspira respeto, hacen pasar ante nuestros ojos las apariciones más extraordinarias, nos dan rollos llenos de sentencias pomposas y misteriosas, de las cuales, es verdad, entendemos poco o nada, nos revelan que hasta entonces no hemos sido más que pobres aprendices, nos dan la libertad, y salimos sabiendo exactamente lo mismo que antes sabíamos.

-¿No conserva usted el pergamino? Tiene mucho bueno; las máximas generales que encierra han sido objeto de serias meditaciones. Únicamente las encuentran oscuras y vacías de sentido aquellos que no conservan el recuerdo de ninguna de sus experiencias. Déme usted su carta de aprendizaje si es que la tiene a mano.

-¿Cómo no? -exclamó Wilhelm-. Semejante amuleto se ha de llevar siempre junto al pecho.

-Pues bien -replicó Jarno sonriendo-, tal vez su contenido encontrará alguna vez lugar en su cabeza y en su corazón.

Jarno recorrió con la vista la pri-

mera parte de la carta.

-Ésta se refiere al cultivo del sentimiento artístico -dijo-; de ello le hablarán otros. La segunda trata de la vida, y esa es mi especialidad.

Seguidamente principió a leer pasajes, interrumpiendo de tanto en tanto la lectura para comentarla.

-La afición de la juventud a lo misterioso, a las ceremonias, a las palabras altisonantes, es prodigiosa, y revela, en muchas ocasiones, cierta profundidad de carácter. Se suspira a esa edad porque las emociones se enseñoreen de todo el de uno, aunque sea de un modo oscuro e indeterminado. El joven que tiene muchos presentimientos cree encontrar mucha riqueza en el misterio y no pocos medios de acción. El sacerdote procuró inculcar tales ideas a un grupo de jóvenes, ideas que, en parte por los propios principios que profesaba, en parte por gusto y costumbre, pues en tiempos pasados había sido miembro de una sociedad que tenía que actuar mucho en secreto. A mí era al que

menos le agradaban esos misterios. Tenía más años que mis compañeros, era más clarividente que ellos desde mi juventud y exigía la claridad en todo. Lo único que me interesaba era conocer el mundo tal como es. Comuniqué esta manía mía a nuestros mejores compañeros y faltó poco para que con ello imprimiese una dirección falsa a nuestra educación, porque comenzamos a no ver sino las faltas y debilidades del prójimo y a considerarnos a nosotros dechados de perfección. El sacerdote vino a socorrernos, enseñándonos que no es lícito observar a los hombres sin interesarse por su formación y que únicamente la actividad nos pone en condiciones de observarnos y de conocernos a nosotros mismos. Nos aconsejó que no nos separásemos de las formas primitivas de la sociedad. De allí nació la disciplina que reinaba en nuestras reuniones. Se mantuvo pues algo sometido a ley en nuestras reuniones, se percibía la impronta de misticismo de la primera forma de nuestra organización, después se tomó como símbolo la

forma de un oficio que se eleva a la categoría de arte. Ya tiene usted explicado el origen de las denominaciones de aprendices, auxiliares y maestros. Aspirábamos a ver con nuestros propios ojos, a formar un archivo de nuestro conocimiento del mundo. Esto dio lugar a las numerosas confesiones, que, en parte, hemos escrito nosotros, y en parte recibido escritas de otros, y que, andando el tiempo, nos sirvieron para formar nuestra colección de años de aprendizaje. No todos los hombres dedican su tiempo a mejorar su formación, pues son muchos los que no piden más que los medios de conseguir su bienestar y recetas para adquirir la riqueza y toda clase de satisfacciones. A las personas que no querían andar por sus propios pies, las echábamos de nuestro seno sometiéndolas a mistificaciones o haciéndolas objeto de bromas pesadas. Sólo otorgábamos libertad a los que sentían vivamente, a los que comprendían con claridad el fin para el cual habían nacido y tenían experiencia bastante para continuar su ca-

mino con alegría interior y sin dificultad.

-Entonces conmigo se precipitaron ustedes demasiado, pues precisamente desde el día que me declararon libre y emancipado, sé menos que nunca lo que conozco, lo que digo y lo que hago.

-No es culpa nuestra haber ido a caer en este enredo. Escuche bien mis palabras: aquel en quien quedan muchos principios activos sin desarrollar tardará más en conocerse a sí mismo y al mundo en que vive. Son muy contados los capaces de hacer y pensar al mismo tiempo. La reflexión amplía, pero paraliza; la acción dinamiza, pero restringe.

-Le ruego que deje ya las frases extrañas que me han perturbado bastante.

-Me limitaré, entonces, a referirle hechos -contestó Jarno, dirigiendo de vez en cuando miradas al pergamino-. Soy un mal maestro, muy poco útil a la sociedad y a los hombres. Para mí es un suplicio ver a mis semejantes haciendo tentativas torpes. Si un hombre equi-

voca el camino, me es imposible dejar de advertírsele de inmediato, aunque sea un sonámbulo que camina hacia el precipicio por donde caerá y se romperá el cuello. Éste ha sido mi constante motivo de discusiones con el sacerdote, para quien el error únicamente puede curarse por medio del error. Sobre usted hemos tenido infinidad de discusiones. Él le había tomado a usted especial estima y, la verdad, ya significa algo importante atraer en tal medida su atención. En cuanto a mí, al menos tendrá usted que concederme algo: siempre que lo he encontrado le he dicho la verdad.

-No ha tenido usted muchos miramientos conmigo y parece que ha sido usted fiel a sus principios.

-¿Qué miramientos quería usted que tuviera con un joven de buenas disposiciones a quien veía avanzando por una ruta completamente falsa?

-Perdone usted, señor mío. Me negó hasta la menor de las aptitudes para la profesión de

actor y yo le confieso que, aún cuando he renunciado por completo a ese arte, me es imposible reconocerme incapaz de ejercerlo.

-Y yo le replicaré que, para mí, no es ni puede ser actor quien únicamente sabe interpretarse a sí mismo, que no merece el nombre de actor quien no sabe transformar su espíritu y su persona amoldándolos a otro espíritu y a otra persona distintos o contrarios a los suyos. Así, por ejemplo usted representó bien el papel de Hamlet y algunos otros que se armonizaban con su carácter, con sus condiciones físicas, con las disposiciones de espíritu del momento. Esto podrá satisfacer a un aficionado o a quien forzosamente ha de dedicarse al teatro porque no puede escoger otra carrera. «Hay que estar en guardia ante un talento -tomó el rollo y empezó a leer- que no permite abrigar esperanzas de alcanzar la perfección. Se puede avanzar con él todo lo que se quiera, pero, por último, cuando reconozca que todo su mérito es de su maestro llorará amargamente por la pérdida de tiempo

y de fuerzas empleadas en una chapuza.»

-Deje de leer -interrumpió Wilhelm-. Le insto a que siga hablando, a que me cuente y que me lo esclarezca todo. ¿Fue el sacerdote el que me favoreció en la representación de *Hamlet* enviándome un espectro?

-En efecto: él fue. Pretendía que era el único medio de curarle, si es que la curación no era ya imposible.

-¿Y con ese objeto me dejó el velo y me aconsejaba que huyese?

-Sí. Esperaba que después de la representación de *Hamlet* le repugnaría el teatro. Él afirmaba que usted abandonaría la escena. Yo sostuve la opinión contraria, y los hechos vinieron a darme la razón. La noche misma de la representación, apenas terminada ésta, tuvimos una discusión interminable.

-¿Me vio usted representar?

-Claro que sí.

-¿Quién hizo el papel de espectro?

-No puedo asegurarlo: fue el sacerdote o un hermano gemelo suyo. Creo que este último, que es un poquito más alto que aquél.

-¿Tienen, pues, secretos entre ustedes?

-Los amigos pueden tener secretos entre sí, pero nunca un amigo es un secreto para otro amigo.

-Sólo la evocación de este enredo basta para confundirme, para enredarme. Hágame conocer mejor al hombre a quien soy deudor de tantos favores y a quien puedo hacer objeto de tantos reproches.

-El motivo de que lo apreciemos tanto, lo que le da sobre todos nosotros cierta jerarquía es el golpe independiente y penetrante que le es peculiar, y que le permite descubrir las facultades que atesora cualquier hombre, y al mismo tiempo los medios de desenvolverlas de conformidad con el carácter de quien las posee. La inmensa mayoría de los hombres, aún los más distinguidos, son limitados: ni en sí mismos ni en los demás saben apreciar más que algunas

cualidades y todos sus esfuerzos los encaminan a desarrollar las aptitudes que conocen. El sistema de nuestro sacerdote es el polo opuesto: le sobra inteligencia para descubrirlas todas y arrostros para fomentar el desarrollo de todas. Pero continuemos con el pergamino: «Sólo la totalidad de los hombres configura la humanidad, el mundo es la resultante del conjunto de las fuerzas. Con frecuencia están estas fuerzas en oposición, y mientras buscan su destrucción mutua, la naturaleza las sostiene y pone de nuevo en juego. Desde el trabajo mecánico más simple y animalizado hasta la expresión más elevada del arte espiritual, desde el balbuceo y los gritines del niño hasta los acentos del orador más elocuente o del cantor más perfecto, desde las querellas de los mozalbetes hasta las enormes desgracias que dan por resultado la conquista de imperios, desde la benevolencia más ligera y más leve amor hasta la pasión más vehemente y el más grave compromiso, desde el sentimiento más sencillito de la presencia sen-

sual hasta el presentimiento más indefinible del porvenir espiritual más remoto, todo, absolutamente todo, está contenido en el hombre, y todo exige ser cultivado, pero no en un individuo aislado, sino en el conjunto de los individuos. Toda facultad es importante y tiene que ser desarrollada. Si éste no se ocupa más que de lo bello, y aquél únicamente tiende a lo útil, entre los dos forman un hombre completo. Lo útil se alienta por sí mismo, porque la muchedumbre lo produce y nadie quiere prescindir de ello, pero lo bello necesita que le alienten desde fuera, porque son pocos los que lo crean y muchos los que lo necesitan.»

-No siga usted! ¡Todo eso lo he leído!

-Unas líneas más, que reflejan a nuestro sacerdote tal como es. «Una fuerza domina a otra fuerza, pero una fuerza no puede desarrollar otra fuerza. La aptitud lleva en sí misma la fuerza necesaria para su desarrollo. Esto es lo que no comprenden los hombres, y, sin embargo, pretenden enseñar y obrar».

-Tampoco yo puedo entenderlo.

-Con mucha frecuencia oirá usted repetir a nuestro sacerdote este texto y así nos hacemos cargo de lo que hay en nosotros y lo que podemos cultivar. «Seamos justos con los demás, porque no merecemos la estimación sino en la medida que sepamos apreciar.»

-¡Por Dios santo, acabe usted de una vez con las sentencias! No son el mejor remedio para un corazón herido. Prefiero que me diga con su cruel exactitud lo que espera de mí y de qué manera quiere sacrificarme.

-Estoy seguro de que con el tiempo nos pedirá usted perdón por las sospechas que abraza. Su cometido consiste en examinar y escoger, el nuestro en auxiliarle. El hombre no es feliz hasta que no ha puesto límites a sus aspiraciones indefinidas. No me haga caso a mí sino al sacerdote. Aprenda usted, por ejemplo a conocer las cualidades excelentes de Lotario; observe cómo su perspicacia y su actividad aparecen íntimamente ligadas, cómo progresa

constantemente, cómo hace que todos los que le conocen a fondo sigan sus pasos. Donde él está hay siempre un mundo; su presencia dinamiza y aviva. Vea usted, por el contrario, a nuestro buen doctor: su carácter parece el polo opuesto. Lotario aplica su actividad al conjunto y sobre objetos alejados, el doctor pone su mirada penetrante en objetos más próximos y proporciona medios de actividad, pero ni provoca ni despierta la actividad. Su misión la comparo yo a la de un buen administrador: su influencia es secreta, porque se contenta con colocar a cada uno en su lugar; su ciencia es una cosecha y una distribución constante: recoge y reparte con minuciosidad. Lotario destruiría acaso en un solo día lo que aquél habría tardado diez años en edificar, pero también podría comunicar en un instante las fuerzas necesarias para reconstruir cien veces lo que hubiese destruido.

-¡Es triste ocupación la de ponderar los méritos de los demás en momentos en que no existe la armonía en nosotros! Estas reflexiones

podrán ser excelentes para el hombre sereno, pero no para el agitado por la pasión y la incertidumbre.

-Nunca perjudica reflexionar con calma y discurrir razonablemente. Si nos habituamos a meditar sobre los méritos de nuestros semejantes, sin darnos cuenta los nuestros vienen a colocarse en el lugar que les corresponde y, sin darnos cuenta, nos despojamos de esa falsa actividad hacia la cual nos empuja nuestra fantasía. ¡Expulse usted de su espíritu, si le es posible, toda sospecha, toda inquietud! El sacerdote viene hacia aquí; recíbalo usted con amabilidad hasta que se persuada de lo mucho que le debe y aprenda a tratarlo con agradecimiento... ¡Ah, picarón! ¡Véalo usted! ¡Viene entre Teresa y Natalia! ¡Apostaría a que medita algo! Le gusta representar el papel de destino, y a veces hasta le da el capricho de formalizar matrimonios.

Wilhelm, cuya excitación y cuyo mal humor no habían calmado ni mucho menos las

prudentes y benévolas palabras de Jarno, recibió muy mal las últimas frases de su amigo y contestó con sonrisa no exenta de amargura:

-Yo creía que el capricho de formalizar matrimonios era privativo de aquellos que se aman.

CAPÍTULO SEXTO

NUESTROS amigos hubieron de interrumpir su conversación al reunirse a ellos los demás. Poco después anunciaron la llegada de un correo encargado de entregar una carta en mano a Lotario. Lo hicieron entrar: era un hombre de aspecto agraciado y vestía una librea rica y de excelente gusto. Wilhelm creyó reconocerle, y no se equivocaba, era el individuo a quien en otro tiempo envió en persecución de Filina y de la supuesta Mariana y a quien no había vuelto a ver. Iba a dirigirle la palabra, cuando

Lotario, después de haber leído la carta, le preguntó con mucha seriedad y expresión casi enojada:

-¿Cómo se llama su señor?

-No ha podido hacerme pregunta más difícil de contestar -contestó el mensajero con acento respetuoso-. Creo que la carta debe decir a usted todo lo que desea saber, no he recibido instrucción verbal alguna.

-Sea quien sea -repuso Lotario sonriendo-. Puesto que tiene confianza para escribir estas tonterías, sea bien venido entre nosotros.

-No se hará esperar mucho tiempo -contestó el correo, saliendo después de hacer una reverencia.

Van ustedes a oír ahora el mensaje loco y absurdo que acabo de recibir -dijo Lotario-. He aquí lo que me escribe el desconocido:

«Como no hay huésped que sea tan bien recibido como el buen humor, y yo lo llevo siempre conmigo, porque es mi compañero inseparable de viaje, espero que la visita que he

decidido hacer a Vuestra Señoría no será mirada con malos ojos. Abrigo la seguridad de llegar para plena satisfacción de esa alta familia y retirarse en ocasión oportuna, el que es, etc.,

etc., CONDE DE PATA DE CARACOL.»

-No conozco ese título -dijo el sacerdote.

-Tal vez sea un conde vicarial -observó Jarno.

-El secreto es fácil de adivinar -dijo Natalia-. Yo apostaría a que es nuestro hermano Federico el que, al saber la muerte de nuestro tío, nos amenaza con su visita.

-El mismo, mi querida, hermosa y espiritual hermana -contestó una voz.

Casi inmediatamente apareció un joven de aspecto agradable y risueño.

-¡Cómo! -exclamó Wilhelm, sin poder contenerse-. ¡Si es nuestro rubio pillastre!

Federico vio reclamada su atención, conoció a Wilhelm y exclamó:

-Realmente me habría asombrado menos tanto encontrar en el jardín de mi tío las famosas pirámides que tan sólidamente se asientan

en Egipto, o la tumba del rey Mausolo que, según se me ha asegurado, dejó de existir hace mucho tiempo, que a mi antiguo amigo, a mi bienhechor, a mi protector constante. ¡Reciba usted mis saludos más vivos y afectuosos!

Después de haber saludado y besado a todos, dirigiéndose de nuevo a Wilhelm, exclamó:

-¡Aquí tienen ustedes el héroe, al general en jefe y filósofo dramático! El día que nos conocimos le peiné de la manera más infame, como se peina al cáñamo, y esto no obstante me libró de una tanda buena de palos. Es generoso como Escipión, magnánimo como Alejandro, enamorado cuando se tercia, pero incapaz de odiar a sus rivales. No sería él quien pusiera carbones encendidos sobre las cabezas de sus enemigos, servicio que es el peor que puede prestársele a alguien. Prefiere enviar a los amigos que le robaron a su bella servidores que le aparten las piedras, a fin de que sus pies no tropiecen con ninguna.

Continuó bromeando de esta suerte sin que nadie fuera capaz de detenerlo.

-No os sorprenda mi inmensa erudición en autores sagrados y profanos. Es preciso que sepan de qué manera he adquirido tan hermosos conocimientos.

Todos hubiesen deseado saber de dónde venía y qué había sido de él durante el largo período de su ausencia, pero de las historias y cuentos que refirió, no fue posible obtener una explicación satisfactoria.

Natalia dijo en voz muy baja a Teresa:

-Su alegría me hace daño, apostaría lo que fuera a que no es dichoso.

Como Federico observó que sus chistes no encontraban eco en la reunión, aparte de que en algunas ocasiones Jarno lo replicó, acabó diciendo:

-No tengo más remedio que ponerme serio con mi seria familia. Para ello, teniendo en cuenta que, en estas graves circunstancias, el peso de mis pecados gravita como losa de plomo sobre

mi alma, me decido a hacer una confesión general, de la que nada sabrán ustedes, dignas damas y nobles caballeros. Únicamente puede oírla completa este amigo excelente, que conoce ya parte de mi vida; puede oírla, y debe oírla, porque él, y sólo él, tiene derecho a exigirme cuentas de mis actos. ¿No desea usted saber - continuó, volviéndose hacia Wilhelm-, dónde, cómo y quién? ¿Cuándo y por qué? ¿Por dónde anda la conjugación del verbo griego *phileo*, *philó*, así como también los *derivativis* de este verbo encantador?

Tomó a Wilhelm por el brazo, y lo sacó de aquella sala mientras lo abrazaba y besaba de todas la maneras. Apenas entraron en la habitación de Wilhelm, Federico vio la navajita con la inscripción *¡Piensa en mí!*

-Conserva usted bien sus efectos de valor -dijo-. Es la navajita de Filina, la conozco bien; se lo regaló el día que le tiré con verdadera furia de los cabellos. Supongo que se habrá acordado muchas veces de aquella mujer, que por

su parte no lo ha olvidado a usted. Si no fuese porque hace mucho tiempo que decidí borrar de mi pecho hasta las huellas de los celos, lo envidiaría, amigo mío.

-No me recuerde usted a aquella mujer! - exclamó Wilhelm-. Confieso que perduró en mí durante algún tiempo la impresión que me produjeron sus encantos, pero eso fue todo.

-¿No le da a usted vergüenza? ¿Cómo se atreve a renegar de una amante? Porque usted la amó con frenesí, no me lo niegue. No pasaba día sin que usted enviase algún regalito a la señorita, y cuando un alemán regala, es porque ama. Un solo remedio me quedaba: birlarle a la dama. En efecto: llegó el húsar de uniforme encarnado y se la llevó.

-¡Cómo! ¿Era usted el oficial con quien sorprendimos a Filina, y en cuya compañía escapó ella?

-El mismo; el oficial a quien usted tomó por su Mariana. ¡Cuántas veces nos hemos reído los dos de su error!

-¡Qué crueldad! -exclamó Wilhelm-. ¡Tener valor para dejarme presa de tan cruel incertidumbre!

-Y de tomar a nuestro servicio el correo que envió usted en nuestra persecución -replicó Federico-. Es un muchacho que vale mucho, desde entonces no nos ha abandonado en ningún momento. Y en cuanto a ella debo decir que la amo tan locamente como el primer día. Me ha hechizado de tal manera, que temo encontrarme en una situación mitológica y a todas horas temo una metamorfosis.

-Explíqueme dónde ha adquirido tanta erudición. Me maravilla la extraña costumbre de hablar refiriéndose constantemente a las fábulas e historias de los tiempos antiguos. Me he hecho erudito de la manera más divertida posible. Filina vive conmigo. Hemos alquilado a un colono un viejo castillo de una heredad feudal, donde pasamos alegremente la vida, como los coboldos. Allí encontramos una biblioteca poco numerosa, pero muy escogida,

entre cuyas obras citaré una Biblia infolio, la crónica de Gottfried, dos volúmenes del *Theatrum Europaeum*, los *Acerra Philologica*, los escritos de Griphyus, y muchos otros libros de menor importancia. Como quiera que, en medio de nuestras distracciones, siempre nos quedaba tiempo para aburrirnos, se nos ocurrió leer, pero nos sucedía que, las horas que pasábamos en la biblioteca, el aburrimiento nos acometía con mayor furia que antes. Entonces Filina tuvo la ida ingeniosa de colocar todos los libros abiertos sobre una gran mesa; nos sentábamos uno frente al otro, y leíamos en voz alta, mas no capítulos enteros, sino pasajes sueltos, tomados al azar, ora de un libro, ora de otro. La lectura así es una delicia. Nos hacíamos la ilusión de que nos encontrábamos en los salones de la alta sociedad, donde se tiene por alguien de poca educación a quien se extiende demasiado sobre un tema cualquiera o intenta profundizarlo, o bien creíamos en una reunión animada, donde nadie está dispuesto a ceder la palabra a los

demás. Todos los días nos entregábamos a esta ocupación, gracias a la cual, insensiblemente adquirimos una ciencia que nos maravilló a nosotros mismos. Nada encontrábamos nuevo bajo el sol, en nuestra erudición hallábamos argumentos y razones para todos los casos y circunstancias. Variábamos nuestro sistema a cada paso, pero lo corriente era regular nuestras lecturas sometiendo su duración a la regla inflexiva de un reloj de arena que se vacía en pocos minutos. Dábamos vuelta al reloj, y uno de nosotros principiaba a leer en un libro; cuando la arena había pasado al cuerpo inferior, lo invertíamos y el otro continuaba la lectura en un libro distinto. De esta manera estudiábamos con sujeción a un plan perfectamente académico, con la única diferencia de que hacíamos las horas más reducidas y nuestras lecciones extremadamente variadas.

-Comprendo esa locura en una pareja feliz que acaba de unirse; pero lo que no cabe en mi cabeza es que dos personas tan atolondra-

das puedan continuar juntas mucho tiempo.

-¡Ahí están -exclamó Federico- la dicha y la desgracia. Filina no se atreve a dejarse ver, ni ella misma es capaz de verse. Está embarazada. No ha visto nada en el mundo tan deforme y tan ridículo, Breves días antes de mi marcha, se miró por casualidad a un espejo. «¡Oh, qué horror! -exclamó, volviendo la cara-. ¡La señora de Melina en persona! ¡Qué imagen más espantosa! ¡Es absolutamente repugnante!»

-Confieso que será altamente cómico veros juntos como padre y madre -observó Wilhelm sonriendo.

-Es una verdadera locura pretender hacerme pasar por padre. Ella se obstina en atribuirme la paternidad y los tiempos concuerdan con su afirmación. Al principio me sentía un poco confuso por la visita que le hizo a usted después de la representación de *Hamlet*.

-¿Qué visita?

-No creo que la haya usted olvidado. Si no la sabe usted, le diré que el delicioso y palpable

espectro que le visitó aquella noche era Filina. Este asunto me produjo amargura, pero el que carece de valor para tolerar semejantes contradicciones no debe amar. La paternidad tiene como base principal la convicción, y como yo estoy convencido, aunque convencerme me cuesta trabajo, padre soy. Ya ve usted que también sé aplicar a tiempo las leyes de la lógica. Si el niño que venga al mundo no se muere de risa nada más nacer, yo le aseguro que será con el tiempo un ciudadano, sino útil, por lo menos agradable.

Mientras los amigos pasaban agradablemente el tiempo con la narración de estos sucesos un tanto frívolos, los demás habían comenzado una conversación muy seria. No bien se alejaron Wilhelm y Federico, el sacerdote habló de esta suerte:

-Hemos afirmado que la señorita Teresa no es hija de su madre, y es necesario que el hecho sea demostrado con detalles y pruebas convincentes. He aquí la historia, que yo me

prometo a demostrar a satisfacción del más exigente. La señora de*** vivió, durante los primeros años de su matrimonio en la mejor de las armonías con su esposo. Tuvieron la desgracia de ver que los hijos que por dos veces esperaron nacieron muertos. Cuando nació el tercero, el médico estuvo a punto de dar por muerta a la madre, prediciéndole que no sobreviviría al cuarto. Era preciso decidirse. Los esposos no querían separarse a fin de no chocar contra las conveniencias sociales. La señora de" buscó en el cultivo de su espíritu, en las representaciones teatrales, en las satisfacciones del amor propio, algo que la compensase por la pérdida de la dicha maternal que le era negada. Con tranquilidad ejemplar sufrió la inclinación que advirtió en su marido hacia una mujer que gobernaba la casa, una mujer hermosa y de carácter muy sensato. La señora de*** prestó al fin su conformidad a un arreglo, en virtud del cual la doncella en cuestión se entregó al padre de Teresa, conservando el gobierno de la casa, y mos-

trándose más servicial y más respetuosa que nunca con la señora. Quedó encinta al cabo de algún tiempo, y los esposos, aunque por motivos distintos, coincidieron en un deseo único. El señor de*** deseaba hacer legítima a la criatura de su amante, y ésta, no resignada con la humillación a que la condenó su médico, que había cometido la indiscreción de publicar que no podía tener hijos, creyó que aceptando como suyo un hijo supuesto, restablecería su fama y reconquistaría en la familia una influencia que había perdido o temía perder. Más reservada que su marido, adivinó sus deseos y, sin hacerle ofrecimientos, supo facilitarle una explicación. Ella impuso sus condiciones, y huelga decir que consiguió cuanto pidió. De ahí que el testamento tratara con tan poco favor a la hija. Había muerto el médico antiguo. Buscaron uno joven, activo y diestro, le pagaron bien, y consiguieron que se prestase a todo. Por añadidura pudo atribuirse el honor de haber reparado los daños causados por la torpeza y precipitación

de su difunto colega.

La verdadera madre prestó su conformidad sin problema alguno. La comedia fue representada admirablemente: vino al mundo Teresa y fue atribuida a su madrastra, mientras que la verdadera, la víctima de la comedia, murió breves días más tarde de resultas del parto, dejando desconsolado a aquel buen hombre. La señora de*** había alcanzado su objetivo. A los ojos del mundo, era madre de una niña preciosa, a quien mostraba exageradamente orgullosa. Al mismo tiempo se había librado de una rival de la que estaba celosa y cuya influencia temía, secretamente para el porvenir. Acariciaba a su hijo y consolaba a su marido, llorando con él la dolorosa pérdida sufrida, que consiguió que él pusiera en las manos de ella su suerte y la de su hija. Hasta poco antes de su muerte y en cierta medida gracias a su hija no volvió a ser el señor de su casa. Esto fue, sin duda, hermosa Teresa, lo que su padre enfermo quiso revelar y no pudo, esto lo que deseaba

exponerle yo, y para ello he aprovechado la momentánea ausencia de ese excelente amigo nuestro que, a consecuencia de un encadenamiento singular de circunstancias, es hoy su prometido. Aquí están los documentos que prueban lo que acabo de manifestar de la manera más irrefutable. También verá usted en ellos que hacía tiempo que yo perseguía este descubrimiento. Sospechaba la verdad, pero nada quise decir hasta poseer la certidumbre absoluta, a fin de no hacer concebir a Lotario esperanzas de dicha que podían desvanecerse, ocasionándole un sufrimiento cruel. Ahora se explicará usted los recelos de Lidia, la prevención que siempre me testimonió; prevención fundada, pues no quiero ocultar que procuré oponerme a la inclinación de nuestro amigo hacia aquella buena muchacha, sobre todo desde que vislumbré la posibilidad de que, al fin, Lotario se uniese con Teresa.

Nadie puso en tela de juicio el relato. Las damas devolvieron los documentos algunos

días después, sin volver a hacer mención de ellos.

No faltaban a nuestros amigos medios de distracción: la comarca ofrecía suficientes encantos como para recorrerla solo o acompañado, a caballo, a pie o en coche, Jarno aprovechó uno de los paseos junto a Wilhelm para cumplir el encargo que se le había hecho de darle a leer los documentos, pero sin querer darle a entender que le exigía una decisión.

-En la situación especial en que me encuentro -dijo Wilhelm-, me limitaré a repetirle lo mismo que dije al principio, en presencia de Natalia y con franqueza absoluta: Lata-no y sus amigos pueden exigir de mí toda clase de renuncia. En sus manos entrego todas mis pretensiones al corazón de Teresa, y lo único que solicito a cambio es que me procure usted una despedida formal. No tengo necesidad de una larga reflexión para decidirme. Vengo notando hace algunos días que Teresa tiene necesidad de violentarse para conservar las apariencias de

vivacidad que al principio me había manifestado en su cariño. Me ha retirado su amor, o, mejor dicho, no he poseído nunca su amor.

-Situaciones como en la que usted se encuentra se resuelven mejor a fuerza de silencio y paciencia que por medio de palabras, que necesariamente han de producir momentos de agitación y efervescencia.

-Yo más bien sería partidario de resolverla con toda la calma imaginable y con toda la claridad posible. Si con tanta frecuencia me han echado en cara mi indecisión, mi carácter irresoluto, ¿por qué ahora, que estoy firmemente resuelto, se me quiere hacer víctima de un defecto que hasta aquí se me censuraba? ¿Se toma el mundo tanto trabajo para formarnos sólo para hacernos comprender que él no desea formarse?. Sí, amigo mío: proporcióneme cuanto antes la satisfacción de estar libre de una falsa situación en la que me coloqué con las mejores intenciones del mundo.

A pesar de esta súplica, pasaron muchos

días sin que nadie comentase el asunto y sin que Wilhelm observase el menor cambio en sus amigos. Las conversaciones versaban exclusivamente sobre asuntos generales o sin importancia.

CAPÍTULO SÉPTIMO

UN día, estando reunidos Natalia, Jarno y Wilhelm, dijo la primera: -Lo veo a usted pensativo, Jarno. Vengo observando este estado desde hace algunos días.

-Lo estoy, es cierto -contestó Jarno-. Tengo ante mí un asunto importante, que venimos preparando hace algún tiempo y que ahora es necesario tratar en este momento. Usted ya sabe algo a grandes rasgos, y no me importa hablar del tema delante de nuestro amigo, porque en su mano está tomar parte en el mismo si ese es su gusto. Tardarán ustedes tiempo en verme, pues estoy a punto de embarcar para

América.

-¿Para América? -preguntó Wilhelm sonriendo-. Verdaderamente me sorprende verlo a usted emprender ese viaje y más todavía que me haya escogido por compañero.

-Cuando conozca usted nuestro plan, es posible que le conceda una más alta valoración y se sienta seducido por él. Escuche. Basta tener un conocimiento no muy detallado del comercio mundial para prever que nos vemos amenazados de cambios muy profundos, y para persuadirse de que, de hoy en adelante, la propiedad dista mucho de estar asegurada en ningún lugar.

-Confieso que no poseo una idea clara del comercio mundial -contestó Wilhelm- debido, tal vez, a que hace muy poco tiempo que me ocupo de mis propiedades. Tentado estoy de añadir que siento haber principiado a prestarles alguna atención, porque he observado que el anhelo de conservarlas engendra la hipocondría.

-Entonces escúcheme usted con atención y hasta el final, amigo mío -continuó Jarno-. La preocupación es propia de la edad madura, a fin de que los jóvenes puedan vivir, durante un plazo de tiempo más o menos largo, libres de cuidados. El equilibrio de los negocios humanos se mantiene desgraciadamente sólo por medio de los contrastes. Hoy sería lo menos aconsejable posible tener propiedades en un solo lugar, colocar todos los capitales en una sola empresa y, por otra parte, sería muy difícil mantener la atención a negocios asentados en distintas regiones a la vez. Nosotros hemos ideado un plan nuevo: de nuestra vieja torre va a salir una sociedad que se extenderá por todas las naciones y regiones del mundo y que estará abierta a gente de todas estas regiones. Colocaremos nuestra existencia bajo el régimen del seguro mutuo, en previsión de que una revolución política viniese a arrebatar los bienes a cualquiera de nuestros asociados. Yo voy a América, donde utilizaré las excelentes relacio-

nes que supo formarse allí nuestro amigo Lotario, durante su permanencia en aquel país. Nuestro sacerdote se dirigirá a Rusia, y usted queda en libertad de ir a Rusia con el sacerdote, de hacer el viaje a América conmigo, o de quedarse en Alemania acompañando a Lotario. Supongo que le halagará más venir conmigo, porque un viaje largo es algo de inapreciable valor para un hombre joven

-La proposición merece ser examinada con calma -contestó Wilhelm, tras un momento de reflexión- aunque desde luego puedo anticiparle que, dentro de muy poco, mi divisa será: *Cuanto más lejos, mejor*. Supongo que no tendrá usted inconveniente en detallarme minuciosamente su proyecto. Tal vez sea consecuencia de mi ignorancia absoluta en las cosas del mundo, pero es cierto que la asociación que ustedes meditan me parece que ha de tropezar con dificultades infranqueables.

-La mayoría de ellas sólo podrán ser parcialmente superadas -contestó Jarno-, pues hasta

ahora somos unos pocos hombres honrados, hábiles y resueltos a los que nos anima el espíritu de la universalidad, que es el único que produce el espíritu de asociación

Federico, que se había unido al grupo y se había limitado a escuchar hasta entonces, intervino de pronto en el debate.

-A poco que me animen, emprendo el viaje con ustedes -dijo.

Jarno movió negativamente la cabeza.

-¿Por qué no? -continuó Federico-. Para fundar una colonia nueva, se necesitan colonos jóvenes. Yo me comprometo a llevarlos y no colonos cualquiera, sino gente alegre y animada; lo puedo garantizar. Sé también de una excelente muchacha, que no tiene lugar aquí y pudiera tenerlo allí. Me refiero a la dulce y encantadora Lidia. ¿Qué será de esa desdichada, sumida en el dolor y el lamento, si no aprovecha la ocasión para arrojar éstos al mar y si un buen galán no se hace cargo de ella? Yo confío, mi querido amigo Wilhelm, que usted, que se

ha impuesto la misión de consolar a las mujeres abandonadas, se decidirá a tomar a Lidia. Cada uno de nosotros dará el brazo a su bella e irá detrás del viejo caballero.

La proposición desagradó extraordinariamente a Wilhelm, quien contestó con fingida tranquilidad:

-En primer lugar, ignoro si Lidia es libre, y en segundo, como la experiencia me ha demostrado que soy poco feliz en asuntos de matrimonio, no estoy dispuesto a afrontar los riesgos de una tentativa de ese género.

Natalia intervino.

-Federico, hermano mío, como siempre te has conducido con ligereza, crees que todos han de comulgar con tus principios. Nuestro amigo merece un corazón femenino que le pertenezca por entero, un corazón que no lata a impulsos de recuerdos extraños a él. Únicamente tratándose de un carácter razonable y puro como el de Teresa podría él hacer una tentativa tan aventurada.

-¡Una tentativa aventurada! -exclamó Federico-. En el amor todo es una tentativa aventurada. Se formalice bajo las copas de los árboles o al pie de los altares, lo confirme un abrazo o un intercambio de anillos de oro, lo acompañen los cantos de los grillos o el resonar de trompetas y timbales, se someterá siempre a la ley del azar, porque el azar y la casualidad lo domina todo.

-He podido observar que nuestros principios no son otra cosa que un suplemento de nuestra existencia -repuso Natalia-. Nos gusta tender sobre nuestros defectos el velo de una ley que los justifique. Sólo deseo que prestes alguna atención al camino que recorres con la mujer que te ha seducido y que te tiene sólidamente encadenado.

-Esa mujer -replicó Federico- no puede encontrarse en mejor camino, puesto que ha entrado en el de la santidad. Es verdad que ha tomado un rodeo, pero no importa. Cuanto más largo es el camino, tanto más alegre y seguro es tam-

bién. Por el camino más largo llegó a la santidad María Magdalena, y Dios sabe cuántas más. Por otra parte, hermana mía, cuando se habla de amor, no debieras mezclarte en la conversación. Creo que no te casarás nunca, a no ser que un día haga falta una novia y no la encuentren en ninguna parte, y por tanto, que con tu bondad habitual, estás condenada a ser el suplemento de una existencia cualquiera. Deja que arreglemos nuestros asuntos con estos mercaderes de almas y que nos pongamos de acuerdo sobre nuestros compañeros de viaje.

-Sus proposiciones llegan demasiado tarde -contestó Jarno-. Lidia está ya bajo protección.

-¡Cómo! -exclamó Federico-. ¿Quién se la brinda?

-Le he ofrecido yo mi mano -respondió Jarno.

-Maduro caballero -dijo Federico-, ha tenido usted un rasgo por el que, si se tomara a usted por un sustantivo, podrían aplicársele

diferentes adjetivos, y diversos predicados, si fuera tomado por sujeto.

-Con sinceridad confieso que es una empresa peligrosa casarse con una joven cuando está desesperada y desechada por el amor de otro -observó Natalia.

-Afronto todos los riesgos -replicó Jarno-. Lidia será mía, bajo ciertas condiciones. Créanme ustedes: en el mundo nada hay tan precioso como un corazón que es capaz de amor y de pasión. Si amó o ama todavía es lo de menos. El amor con el que amó a otra persona casi me resulta más atractivo que el que me prodigaré a mí. En Lidia veo la fuerza, la energía de un corazón hermoso, sin que mi amor propio venga a turbar esta contemplación.

-¿Ha hablado usted estos días con Lidia? -inquirió Natalia.

Jarno contestó sonriendo con un movimiento afirmativo.

-No sé qué pensar de ustedes -murmuró Natalia levantándose-, pero espero que no me de-

cepcionen.

Iba a retirarse cuando entró el sacerdote con una carta en la mano.

-Ruego a usted que no se vaya -dijo-, porque he de hacer una proposición y me harán falta sus consejos. El Marqués, amigo de su difunto tío, a quien esperábamos para dentro de algunos días, debe de llegar de un instante a otro. Me escribe que, como conoce poco la lengua alemana, necesitará un compañero que, además de poseer el alemán, domine otros idiomas. Siendo el objeto de su viaje entablar relaciones más bien científicas que políticas, le resulta indispensable un intérprete. Nadie más indicado pues que nuestro joven amigo. Conoce varios idiomas, su instrucción es tan variada como extensa, y le será muy conveniente recorrer Alemania en tan buena compañía y en condiciones tan favorables. Quien no conoce su patria carece de punto de comparación para juzgar a países extranjeros. ¿Qué les parece mi proyecto, amigos míos? ¿Qué dice usted, Nata-

lia?

Nadie puso objeciones a la proposición. Jarno no consideró que aceptarla fuera un obstáculo para el proyectado viaje a América, sin duda porque debía tardar algún tiempo en llevarlo a cabo. Natalia calló, y Federico citó varias máximas acerca de la utilidad de los viajes.

La propuesta produjo a Wilhelm tal irritación, que ni pudo ni quiso disimularla. Vio que había el claro empeño de deshacerse de él cuanto antes, y que, y esto era lo peor, nadie se tomó la molestia de disfrazar sus intenciones. Renacieron con mayor fuerza que nunca las sospechas que Lidia le inspirara y hasta la explicación sincera y natural que Jarno le había dado a todo sólo le pareció un artificio más.

-Su proposición merece ser examinada con detenimiento -dijo.

-Es de absoluta necesidad una rápida decisión -replicó el sacerdote.

-Y yo no puedo darla por el momento -insistió Wilhelm-. Esperemos ante todo la lle-

gada del Marqués, y luego veremos si nos ponemos de acuerdo. Desde luego puedo adelantar una condición que impondré, caso de decidirme, con carácter irrevocable: si acompaño al Marqués, llevaré conmigo a Félix.

-Difícilmente le será admitida -dijo el sacerdote.

-¿Pero usted cree que he de tolerar que nadie me imponga condiciones? -preguntó Wilhelm-. ¿Qué necesidad tengo yo de la compañía de un italiano para recorrer mi patria?

-Un joven tiene siempre motivos poderosos para depender de alguien -respondió el sacerdote con seriedad imponente.

Comprendiendo Wilhelm que le sería imposible contenerse por más tiempo, porque ni la presencia de Natalia bastaba ya para calmarle, dijo con precipitación:

-Exijo que se me conceda algún tiempo, y abribo la esperanza de saber decidir muy pronto si me conviene respetar los lazos que me sujetan o bien si el corazón y la prudencia me aconsejan que rompa de una vez lo que me amenaza con

una esclavitud eternamente mísera.

Había pronunciado las palabras anteriores con viva emoción. Una mirada de Natalia lo calmó un poco. En sus momentos de agitación, la hermosura y el mérito de aquella joven ejerció sobre él una impresión profunda.

«¡Sí! -se dijo al encontrarse solo-. ¡Confiesa que la amas, confiesa que vuelves a sentir lo que es amor con toda la fuerza que un hombre puede imprimir a ese sentimiento! ¡Así amé

a Mariana, víctima inocente de tu espantoso error; así amé a Filina, a quien hube luego de despreciar. A Aurelia la estimé, pero sin llegar a amarla. Admiré a Teresa y puse en ella un amor paternal que se transformó en atracción amorosa, y ahora, ahora que tu corazón se abre a todos los sentimientos que hacen feliz a una persona, te ves obligado a huir. ¿Por qué ha de asociarse a esos sentimientos el invencible deseo de la posesión? ¿Y por qué esos sentimientos, sin la posesión, entrañan la ruina de la felicidad?. ¿Me será posible gozar en lo sucesivo

del sol, del mundo, de la sociedad, de ningún bien? ¿No te dirás a cada instante: Natalia se encuentra lejos de ti? Y, sin embargo, la imagen de Natalia te perseguirá, por desgracia, a todas partes. Si cierras los ojos, la imaginación te la evocará, si los abres, la verás flotando ante ti, semejante a una aparición que deja en la retina una imagen deslumbradora. ¿No ha estado siempre presente en tu pensamiento la figura de la amazona? Y eso cuando sólo la habías visto, cuando ni la conocías. Hoy que la conoces, que has vivido junto a ella, que has recibido de ella pruebas de interés, sus hermosas cualidades quedan tan profundamente grabadas en tu mente como quedó entonces su imagen en tus sentidos. Es pavoroso buscar y no encontrar, pero lo es mil veces más encontrar y verse obligado a abandonar. ¿Qué puedo pedir ahora al mundo? ¿Hacia dónde me orientaré? ¿Qué nación, qué ciudad encierra un tesoro comparable al que aquí dejo? ¿Estoy condenado a viajar eternamente para conseguir

sólo lo mínimo? ¿Es la vida una plataforma en la que el hombre debe reanudar su carrera cuando ha llegado al extremo? ¿Y lo bueno, lo excelente no se alza en ella como una meta firme e invariable, de la que es preciso alejarse con ayuda de unos briosos caballos cuando se creía haberla alcanzado? Por el contrario, cualquiera que aspira a los bienes terrenales se los puede procurar bajo cualquier lugar del firmamento en una feria o incluso en el mercado. ¡Ven, hijo mío, ven! -exclamó para sí, viendo que Félix corría hacia él-. Tú lo eres todo para mí y lo serás siempre. Me ha sido concedido para reemplazar a tu madre querida, reemplazarás de hoy en adelante a la segunda madre que te había destinado y todavía tendrás que llenar un vacío mucho mas grande. ¡Ocupa mi corazón, ocupa mi alma, con tu hermosura, con tu gracia, con tu deseo de aprender, con tus capacidades!»

El niño se entretenía con un juguete nuevo. Su padre intentó disponerlo de mejor modo,

más ordenadamente, más conforme a su finalidad, pero apenas lo vio el niño así dispuesto y ordenado, perdió las ganas de jugar con él.

-¡Magnífico! -gritó Wilhelm-. ¡Eres un hombre! ¡Vamos a jugar por el mundo, pero sin tino, sin objeto! ¡A jugar, hasta que caigamos rendidos!

Se había decidido de pronto a alejarse, a llevarse al niño, a distraerse recorriendo el mundo. Escribió a Werner que le enviase dinero y letras de cambio, y envió la carta por conducto del correo de Federico, a quien recomendó expresamente que regresase cuanto antes. Si se había enojado mucho con sus amigos, sus buenas relaciones con Natalia no habían empeorado lo más mínimo. Confió a ésta sus proyectos; ella estaba de acuerdo en que podía y debía partir. Aunque a él no dejó de afligirle la aparente indiferencia con que Natalia escuchó sus razones, la presencia y la amabilidad de su amiga bastaron para tranquilizarle por completo. La joven le indicó varias ciudades en las

cuales debería detenerse para visitar a personas amigas suyas. El correo enviado a Werner volvió oportunamente, con todo lo que Wilhelm había pedido a su cuñado, quien no parecía estar satisfecho con aquella nueva huida.

«Está visto que habré de renunciar, al menos momentáneamente, a la esperanza de que te conviertas en un hombre razonable. ¿Qué camino vais a tomar? ¿Qué se ha hecho de la mujer sobre cuyas magníficas capacidades administrativas hiciste concebir tantas esperanzas? Se han ido todos, me han dejado solo, para la resolución del asunto no somos competentes más que el juez y yo. Menos mal que éste entiende de leyes tanto como yo de negocios y ambos tenemos costumbre de llevar los asuntos a buen puerto. ¡Adiós! No hay más remedio que perdonarte tus extravagancias, ya que, sin ellas, nuestra posición en este país sería incomparablemente menos ventajosa de lo que es.»

Desde el punto de vista externo, nada se oponía a la marcha de Wilhelm, pero en su co-

razón había aún obstáculos. No quería en manera alguna emprender el viaje sin ver el cadáver de Mignon, y opusieron a su petición una negativa terminante diciéndole que nadie lo vería hasta después de celebrados los solemnes funerales que se preparaban, y cuyos preparativos no estaban terminados. Por otra parte, el médico había sido llamado con urgencia por el pastor rural en cuya casa se hallaba el arpista. Era por un asunto relacionado con éste, y Wilhelm quería tener noticia de lo que hubiese podido ocurrirle.

Dada su disposición de ánimo, ni de día ni de noche podía proporcionar un momento de descanso a su cuerpo ni a su espíritu. Cuando todos dormían, vagaba como alma en pena por la casa. Los antiguos objetos de arte que aquél encerraba lo atraían y repelían. No le era posible ni asir lo que le rodeaba ni abandonarlo. Cualquier cosa le hacía evocar todas las demás, una sola mirada le bastaba para abarcar todo el círculo de su existencia, lo veía hecho

añicos a sus pies y tenía la desoladora convicción de que la destrucción era para siempre irreparable. Las obras de arte vendidas por su padre le parecían un símbolo que le decía que también él quedaría excluido de la posesión tranquila y segura de los bienes más deseables, porque estaba condenado a ser despojado de todo lo que amase, por su culpa o por la de otros. Hasta tal punto le extraviaron sus reflexiones tristes y extrañas, que llegó a imaginar que era una sombra del otro mundo, y ni siquiera cuando palpaba los objetos exteriores podía convencerse de que continuaba en el mundo de los vivos

Sólo el vivo dolor que a veces se apoderaba de él ante la idea de tener que abandonar de modo violento y sin embargo preciso, todo lo hallado y vuelto a encontrar, sólo las lágrimas le devolvían a veces el sentimiento de la existencia. En vano evocaba en su memoria la feliz situación en la que realmente se encontraba. Por ello se decía: «¡Nada tiene valor cuando

falta aquello que se lo confiere a todo lo demás!»

El sacerdote anunció al grupo la llegada del Marqués.

-Lo veo a usted decidido a partir solo en compañía de su niño -dijo a Wilhelm-, pero me permito aconsejarle que conozca, por lo menos, a un hombre, que le sería muy útil allá donde pudiera encontrarlo.

Llegó el Marqués. Era un hombre de edad no muy avanzada, apostura elegante y de figura lombarda bien formada y agradable. Siendo joven, entabló relaciones de estrecha amistad con el tío de nuestros amigos, con quien visitó gran parte de Italia. Las obras de arte que el Marqués volvió a ver habían sido adquiridas en su mayor parte en su presencia y en circunstancias que no había olvidado.

El italiano posee en grado más elevado que los individuos de las demás naciones el sentimiento de la dignidad del arte. Todo el que ejerce un oficio quiere ser llamado artista,

maestro y profesor, y reconoce que para obtener esos títulos no basta adquirirlos por tradición o por el mero desempeño de una actividad, sino que hay que ser capaz de pensar acerca de lo que se hace, establecer los fundamentos y causas de por qué se procede de este o aquel modo explicándolo a sí mismo y a los otros.

El extranjero se sintió conmovido al ver todas aquellas posesiones sin su poseedor, mas se alegró al oír que el espíritu de su antiguo amigo hablaba por boca de sus herederos. Examinaron las diversas obras y disfrutaron mucho entendiéndose entre sí. El Marqués y el sacerdote llevaban el peso de las conversaciones. Natalia, que se sentía otra vez como en presencia de su tío, sabía expresar muy bien sus opiniones y juicios. Wilhelm tenía que traducírsele todo a terminología teatral si quería entender algo. Costaba poner coto a las bromas de Federico. Jarno casi nunca estaba presente.

Como alguien dijera que las obras verda-

deramente buenas son muy raras en los tiempos presentes, dijo el Marqués:

No es fácil imaginarse y considerar lo que deben hacer las circunstancias por el artista. Además incluso para el mayor genio, incluso para el talento más rotundo, son infinitas las exigencias que tiene que hacerse y enorme la diligencia que necesita para su formación. Mas, si las circunstancias lo ayudan poco, si observa que el mundo se contenta con poco y sólo pide a sus obras apariencia ligera, agradable y placentera, sería sorprendente que aspirase a salir de medianía. Sería sorprendente que no prefiriese cambiar por dinero y reputación mercancías a la moda, evitando seguir un camino recto que, en grado mayor o menor, le conduciría a un doloroso martirio. Por eso los artistas de nuestro tiempo ofrecen siempre y no dan jamás. Quieren seducir siempre para no satisfacer nunca, en sus obras todo está indicado, mas en ningún momento se encuentra profundidad ni ejecución. Basta pasar algunas horas en una

galería y observar qué obras atraen a la generalidad de las gentes, cuáles son alabadas y cuáles despreciadas para perder el gusto artístico y, con él, las esperanzas en el porvenir.

-Cierto -contestó el sacerdote-. Así es como el aficionado y el artista se influyen recíprocamente. El primero busca un goce general y vago; la obra de arte debe agradarlo como una obra de la naturaleza, y los hombres imaginan que los órganos a través de los cuales se siente el arte se forman espontáneamente, como se forma la lengua y el paladar, y pretenden juzgar las obras de arte como se juzga un guisado. No comprenden que es precisa una cultura especial para elevarse hasta el verdadero goce del arte. A mi entender, lo más difícil es la especie de abstracción que el hombre necesita operar sobre sí mismo si quiere formarse en general. Por eso abundan los individuos desarrollados parcialmente, que, sin embargo, no renuncian a emitir sentencias sobre el conjunto.

-No he comprendido bien lo que usted acaba

de decir -dijo Jarno que había entrado momentos antes.

-No me admira, porque es realmente difícil explicarse en forma clara y breve a la vez. Me limitaré a decir lo siguiente: desde el momento en que el hombre aspira a una actividad múltiple, o a un goce múltiple, debe ser capaz de desarrollar en sí mismo órganos múltiples, independientes unos de otros. Aquel que pretende hacerlo todo y saborearlo todo con la plenitud de sus sentidos, aquel que quiere asimilarlo todo a su personalidad para llegar a semejante goce, perderá lastimosamente el tiempo en esfuerzos estériles. ¡Qué difícil es, aunque parezca tan sencillo, contemplar un cuadro por el cuadro, escuchar un canto por el canto, admirar a un actor en el actor, apreciar un edificio por su armonía y solidez! Pero la inmensa mayoría de los hombres tratan las obras de arte cual si fuesen frágil arcilla. El mármol esculpido debe volver a transformarse inmediatamente de conformidad con sus pasio-

nes, sus prejuicios, sus fantasías; que el edificio de sólidos muros debe ensancharse o encogerse; un cuadro debe instruir, una comedia corregir y todo debe ser de otro modo. Pero como los hombres en su mayor parte carecen de carácter y como son incapaces de dar figura a su persona y a su existencia, trabajan por quitarle su forma a las cosas, a fin de que todo se asemeje a la materia vaga e incoherente a la que pertenecen. Concluyen por reducirlo todo a efectos: todo es relativo, y de esta suerte, todo concluye por tomarse relativo, excepción hecha de la necedad y la falta de gusto, que reinan de la manera más absoluta.

-Ahora comienzo a comprender -dijo Jar-no-, o mejor dicho, a adivinar que las doctrinas que acaba usted de exponer se armonizan con los principios a que tan aferrado está, pero me permitirá que le diga que no me atrevo a sentar afirmaciones tan absolutas acerca de los pobres diablos que llamamos hombres. Mas es cierto que conozco a muchos que, puestos delante de

las obras de arte más maravillosas, se acuerdan de sus necesidades más insignificantes, que llevan consigo a la ópera su conciencia y su moral, que no renuncian a sus amores y a sus odios cuando contemplan una columnata, y que procuran nivelar con su pobre concepción las grandes y bellas cosas que les son presentadas.

CAPÍTULO OCTAVO

AL caer la tarde, el sacerdote los invitó a los funerales de Mignon. Todos se dirigieron a la *Sala del Pasado*, que encontraron profusamente iluminada y adornada de la manera más extraña. Colgaduras color azul celeste vestían los muros de arriba abajo sin dejar ver más que los zócalos y los frisos. Gigantescos cirios ardían en los cuatro candelabros de los ángulos y otros tantos más en los que rodeaban el sarcófago del centro. Cuatro niños vestidos de seda azul celeste bordada en plata escoltaban el sarcófago

central y parecían dar aire con anchos abanicos de plumas de avestruz a una figura que había sobre el sarcófago. Luego tomaron asiento los invitados. Coros invisibles comenzaron a preguntar con un canto melodioso:

-LA quién traéis a nuestra pacífica reunión?

Los cuatro niños respondieron con voz dulce:

-Traemos a un compañero fatigado. Dejad que repose entre vosotros hasta que ahuyenten su sueño los clamores de sus hermanos celestiales.

El coro

-¡Primer fruto de la juventud que buscas nuestra compañía, se bienvenido con duelo! ¡Que no te siga ningún muchacho ni ninguna muchacha! ¡Que sólo busque este lugar la vejez tranquila y resignada, y que la niña, la querida niña rendida, repose en esta sala silenciosa!

Los niños

-¡Ay! ¡Con cuánto dolor os la traemos!
¡Ay! ¡Debe descansar aquí! ¡Acompañémosla, y
lloremos, lloremos sobre su féretro!

El coro

-¡Contemplad esas alas poderosas! ¡Ved
ese velo puro y sutil! ¡Ved cómo brilla la dia-
dema que ciñe su cabeza! ¡Admirad su sueño
dulce, su sueño hermoso!

Los niños

-¡Sus alas, ¡ay!, no se despliegan ya! ¡Su
velo no se agita formando pliegues graciosos!
¡Cuando coronábamos con rosas su cabeza, nos
miraba, ¡ay!, con expresión dulce y afectuosa!

El coro

-Mirad el cielo con los ojos del espíritu.
¡Que se ejerza sobre nosotros la fuerza formati-
va que lleva más allá de las estrellas lo más
hermoso y más elevado: la vida!

Los niños

-¡Pero la echamos mucho de menos! ¡Ya
no corre por el jardín, ya no corta las flores de
la pradera! ¡Lloremos porque la dejamos aquí!
¡Lloremos y quedémonos a su lado!

El coro

-¡Niños, volved a la vida! El fresco aire
que juguetea junto al serpenteante arroyo seca-
rá vuestras lágrimas. ¡Huid, alejaos de la noche!
El día, el aire y la duración son el patrimonio de
los vivos!

Los niños

-Volvamos a la vida. Que el día nos depara trabajo y bienestar hasta que la noche nos brinde el reposo, y el sueño y la noche restauren nuestras fuerzas.

El coro

-¡Niños! ¡Recorred con rapidez el camino de la vida! ¡Que salga a recibirnos el amor engalanado con sus celestes miradas y la corona de la inmortalidad!»

Los niños se retiraron. El sacerdote abandonó su asiento, se colocó detrás del féretro, y dijo:

-Quiso el hombre que construyó este lugar de reposo que cuantos en él entrasen fuesen recibidos con solemnidad. Después de él, el fundador mismo de este edificio, la primera persona que entra en este lugar mortuario es una niña extranjera, así que, este recinto reducido encierra ya dos víctimas muy diferentes de la severa, caprichosa e inexorable diosa de la

muerte. Leyes fijas regulan nuestra entrada en la vida, están contados los días de nuestra formación hasta que llegamos a contemplar la luz, pero no hay ley para la duración de la experiencia. Los hilos más débiles se extienden indefinidamente en longitud, mientras que los más sólidos son cortados violentamente por una parca que parece gozar con las contradicciones. Muy poco podemos decir acerca de la niña que hoy recibe aquí sepultura. No conocemos el lugar de su nacimiento, sólo presu- mimos el número de años que alcanzó. Su cora- zón profundo y concentrado nos impidió pene- trar los secretos que encerraba. En ella nada vimos claro, nada definido, salvo el cariño que profesaba al hombre que la libró de las manos de un bárbaro. Parece que su tierno y acendra- do afecto, su ardiente gratitud, han sido la lla- ma que consumió el aceite de su vida. La des- treza del médico no pudo conservar su hermo- sa existencia, la solicitud de sus amigos fue impotente para prolongarla. Pero si la ciencia

no bastó para encadenar a la tierra un alma que quería volar al cielo, el arte ha puesto a contribución todos sus recursos para preservar al cuerpo de los estragos del tiempo. Un bálsamo poderoso llena sus venas y colorea sus mejillas. ¡Aproximaos, amigos míos, y contemplad las maravillas del arte y la solicitud!

El sacerdote alzó el velo tras el que apareció Mignon vestida con su traje de ángel. Parecía dormida en una bonita postura. Todos se aproximaron al féretro y admiraron aquella apariencia de vida, todos menos Wilhelm, que se encontró sin fuerzas para levantarse. No podía dominarse, no sabía lo que sentía y cada pensamiento le desgarraba su pecho.

En atención al Marqués, el discurso había sido pronunciado en lengua francesa.

El sacerdote continuó así:

-Ese corazón, invariablemente cerrado para los hombres, permaneció siempre vuelto hacia su Dios. La humildad, la inclinación al rebajamiento exterior, parecían innatos en ella.

Profesaba con celo la religión católica, en la que nació y fue educada. Como manifestó repetidas veces deseos de reposar en lugar consagrado por la Iglesia, hemos colocado dentro del sarcófago que encierra sus restos una almohada llena de tierra consagrada, y sobre ella descansa su cabeza. ¡Con qué fervor besaba, en los días últimos de su existencia, la imagen del divino crucificado que tiene tatuada en su delicado brazo!

Así hablando, levantó la tela que cubría el brazo derecho de Mignon, y apareció sobre su blanca piel un crucifijo tatuado en azul y rodeado de letras y de signos diversos.

El Marqués, cuya ansiedad era intensísima desde algunos momentos antes, exclamó de pronto:

-¡Dios santo! ¿Qué es lo que veo? ¡Pobre niña! ¡Desventurada sobrina mía! ¡He tenido que encontrarte aquí! ¡Júbilo y dolor embargan mi corazón al volver a verte cuando menos podía esperarlo, al hallar sin vida pero bien

conservado aquel cuerpecito querido que creíamos que había sido alimento de los peces del lago! ¡Quién había de decirme que asistiría a tus funerales, estos funerales tan solemnes, tan grandiosos, más que por los ritos externos, por la calidad de las nobles personas que te han acompañado hasta tu postrera morada! Señores... si pudiera hablar -terminó con voz sollozante-, les daría las gracias.

Las lágrimas le impidieron continuar. El sacerdote, oprimiendo un resorte, hizo que el cadáver desapareciese en el interior del sarcófago. Cuatro mancebos, vestidos como los que hemos oído cantar, salieron de detrás de las colgaduras, colocaron sobre el monumento la pesada cubierta, y cantaron:

Los mancebos

-Bien guardado queda el tesoro, la bella imagen del pasado. Duerme intacto en este

mármol, vive, obra todavía sobre vuestros corazones. ¡Volved, volved a la vida, infiltrad en ella la santa gravedad, porque sólo lo severo y lo santo hace a la vida eterna!

El coro invisible repitió las última palabras, aunque nadie les prestó la atención que merecían. Estaban embargados por la admiración producida por el inesperado incidente del reconocimiento de Mignon. El sacerdote y Natalia salieron con el Marqués. Teresa y Lotario sacaron a Wilhelm. Sólo cuando dejaron de resonar en sus oídos los cantos, volvió a declararse en sus corazones toda la violencia del dolor, toda la fuerza de las reflexiones, toda la intensidad de los pensamientos, y anhelaron volver al estado en el que se encontraban anteriormente.

CAPÍTULO NOVENO

EL Marqués evitó tratar el asunto en público, pero mantenía largas y frecuentes conversaciones íntimas con el sacerdote. Cuando estaban todos reunidos, pedía música. Se la procuraban gustosos porque así evitaban tener que conversar. Vivieron así durante algún tiempo hasta que se notó que hacía preparativos para su marcha.

-No quiero turbar el descanso de los restos de nuestra querida niña -dijo un día a Wilhelm-. Que duerma donde amó y sufrió. Mas yo quisiera que sus amigos me hicieran la promesa de visitar en la patria de aquella pobre criatura el lugar donde nació y fue educada. Quisiera que viesen las columnas y las estatuas de las cuales su memoria conservó hasta el fin un recuerdo vago. Quiero llevar a ustedes a los ríos en cuyas orillas le gustaba recoger piedrecitas. No puede usted, mi querido joven, substraerse al reconocimiento de una familia que es tan profundamente deudora de usted. Yo me voy mañana. Le he comunicado toda la historia al sacerdote,

el cual se la referirá a ustedes. Si usted desea acompañarme en mi viaje por Alemania, venga usted conmigo, me resultará muy agradable. No deje usted aquí a su hijo, en todas las incomodidades que nos produzca, tendré presente el empeño que usted puso en cuidar a mi querida sobrina.

Aquella misma noche fueron sorprendidos por la llegada de la Condesa. Todos los miembros de Wilhelm temblaron al encontrarse en su presencia, y ella, aunque esperaba el encuentro, y estaba preparada, hubo de buscar apoyo en su hermana, la cual se apresuró a buscarle un asiento. ¡Qué extraordinariamente sencillo era su atuendo y qué cambiada estaba! Wilhelm, sin osar alzar los ojos hasta ella, la saludó con amabilidad, pero aquellas frases corteses no podían ocultar su estado de ánimo. El Marqués se retiró temprano, pero como la reunión no parecía dispuesta a disolverse, el sacerdote sacó del bolsillo un manuscrito, y dijo:

-He mandado inmediatamente que me pusieran por escrito esta historia singular tan pronto como me fue comunicada. Donde menos se debe economizar pluma y papel es cuando se trata de recordar, con todas sus circunstancias, unos notorios acontecimientos.

Pusieron a la Condesa en antecedentes del asunto, y el sacerdote leyó lo siguiente:

«Cuanto más a fondo conozco el mundo, tanto más me afianzo en la creencia de que mi padre fue el hombre más singular que vi jamás. Su carácter era noble y recto, sus ideas amplias y se puede decir que grandes. Fue siempre severo consigo mismo, sus proyectos llevaron invariablemente el sello de una lógica irreprochable y sus actos el de una medida constante. Por ello, cuanto mejor, por una parte, podría tratarse con él y arreglar cualquier asunto, con menor facilidad se acomodaba mi padre al mundo, a causa, precisamente, de las cualidades mencionadas, porque él exigía del Estado, de sus vecinos, de sus hijos, la observancia

estricta de todas las leyes que a sí mismo se había impuesto. Su severidad exageraba sus exigencias, aun las más moderadas, y llegó a no hallar gusto en nada, porque nada seguía el proceso que él había imaginado. Mientras estaba construyendo un palacio, plantaba un jardín y compraba vastos dominios admirablemente situados. Lo vi muchas veces convencido íntimamente de que la suerte lo había condenado a vivir sin recursos. Jamás perdió la compostura exterior. Si hacía chistes, era para demostrar la superioridad de su inteligencia. Las censuras le resultaban insoportables. No le he visto incomodado más que una vez, y fue un día que oyó que alguien ridiculizaba una de sus construcciones. Este mismo trato dio a sus hijos y a su fortuna. Mi hermano mayor recibió la educación que conviene al hombre destinado a ser dueño de inmensas riquezas, a mí me destinó al sacerdocio, y mi hermano menor debía ser militar. Yo era de temperamento vivo, fogoso, ardiente, arrebatado, y desde niño me adiestré en

todos los ejercicios corporales. Mi hermano menor parecía más inclinado a la vida de calma soñadora, aficionado a las ciencias, a la música, a la poesía. No sin luchas violentísimas, y hasta después de haberse convencido mi padre de la imposibilidad de poner en ejecución sus proyectos, se resignó, de mala gana, a que cambiásemos mi hermano menor y yo nuestras respectivas vocaciones. Debo advertir que, aún viéndonos satisfechos y contentos a ambos, siempre dijo que los resultados de la alteración de sus proyectos serían desastrosos. Con los años, aumentaba su retraimiento de la sociedad, llegando a vivir completamente solo, o poco menos, pues su única compañía era un antiguo amigo suyo que había prestado sus servicios en el ejército alemán y perdido a su esposa durante la campaña, y vivía con su hija, que tendría diez años aproximadamente. Había comprado una propiedad hermosa en las cercanías y venía a visitar a mi padre a horas fijas y en determinados días de la semana. Con mucha frecuencia

lo acompañaba su hija. Jamás contradecía a mi padre, quien concluyó por habituarse a él y por tolerarle como al compañero único que podía soportar. A la muerte de nuestro padre, pudimos observar que aquel hombre no había perdido el tiempo. El viejo misántropo lo había tratado muy bien. Ensanchó considerablemente sus dominios y su hija podía contar con una dote muy respetable. Creció la niña, llegó a ser una hermosura, y mi hermano mayor me decía con frecuencia bromeando que yo debía solicitar el honor de ser su esposo.

 Mi hermano Agustín, mientras tanto, había pasado sus primeros años de convento en un estado de ánimo verdaderamente singular. Se abandonó por completo a los goces de una santidad exaltada, a esas sensaciones mitad espirituales mitad físicas que, después de haberle elevado hasta el tercer cielo, poco después lo sumían en un abismo de debilidad y miseria intelectual. Mientras vivió nuestro padre, hubiese sido inútil pretender modificar la

situación, pero después de la muerte del anciano, Agustín vino a visitarnos con alguna frecuencia. Su estado, que al principio nos había alarmado y afligido, mejoró de día en día, y a medida que mejoraba el cuerpo, la razón volvía a ocupar el puesto que le correspondía. Mas además de la razón, también la naturaleza se recuperó e hizo sus demandas y Agustín empezó a desear que lo liberáramos de sus votos y al fin nos confesó que estaba enamorado de Sperate, nuestra linda vecina.

Mi hermano mayor había sufrido demasiado la severidad de nuestro padre como para que no le produjera lástima la situación de Agustín. Hablamos al confesor de la familia, anciano venerable, le descubrimos la doble decisión de nuestro hermano menor y le rogamos que facilitase su realización. Contra su costumbre, el anciano titubeó, se resistió, y cuando nosotros, hostigados por Agustín, insistimos al sacerdote, éste se vio en la necesidad de revelarnos el secreto más extraño.

Sperata era hermana nuestra, y hermana de padre y madre. La pasión y los sentidos del viejo despertaron a una edad en que todo el mundo cree prescritos los derechos del marido. Un suceso idéntico, ocurrido poco antes, había dado que reír a toda la región, y mi padre, temiendo el ridículo, decidió ocultar aquel fruto tardío y legítimo de su amor, con el mismo celo con que suelen ocultarse los frutos precoces y accidentales de la pasión. Nuestra madre dio a luz en secreto, la niña fue llevada al campo, y el amigo antiguo y único de la casa, que junto con el confesor era el único en quien mi padre depositó el secreto, no tuvo inconveniente en hacer pasar por suya a la hija de mi padre. El confesor se había reservado el derecho de descubrir el secreto en caso de necesidad extrema. Mi padre había muerto: nuestra hermana vivía confiada a la vigilancia de una vieja. Nosotros sabíamos que el canto y la música habían introducido a nuestro hermano en su casa. Como él nos había instado a que rompiéramos sus viejos

lazos para anudar unos nuevos, nos apresuramos a advertirle del peligro que corría.

Agustín nos lanzó una mirada de furor y de desprecio.

"Guardad vuestras desatinadas fábulas para los niños y los locos -gritó-. Es inútil que intentéis arrancar a Sperata de mi corazón: ¡es mía, mía por completo! Y ahora exijo que ahuyentéis de mí ese terrible fantasma que me torturaría inútilmente. Sperata no es mi hermana: es mi mujer." Él nos describió acto seguido cómo la muchacha lo había conducido de su situación de aislamiento antinatural de la humanidad a la vida verdadera, cómo sus dos almas, lo mismo que sus dos gargantas, armonizaban plenamente y cómo bendecía todos sus sufrimientos y extravíos porque hasta ahora lo habían mantenido alejado de toda mujer y ahora le habían permitido entregarse a la más deliciosa de las doncellas.

La revelación nos espantó: no sabíamos qué hacer, la situación de nuestro desventurado

Agustín nos desolaba, sobre todo cuando éste nos juró que Sperata llevaba en su seno un hijo suyo. Nuestro confesor hizo lo que le inspiró su deber, pero con ello el mal fue peor. Nuestro desdichado hermano atacó con violencia y pisoteó todos los lazos de la naturaleza y de la religión, todos los derechos de la moral y todos los deberes sociales. Para él nada había santo fuera del amor que a Sperata profesaba, nada noble y respetable más que los nombres de esposo y de padre.

"Sólo ellos son conforme a la naturaleza; todo lo demás son manías y prejuicios. ¿No ha habido nobles pueblos que aprobaban el matrimonio entre hermanos? No invoquéis a vuestras deidades, pues sólo utilizáis su nombre para desorientarnos, para llevarnos fuera de los caminos de la naturaleza y convertir en crímenes los más nobles impulsos mediante inmundas coacciones. A las víctimas que enterráis vivas las sometéis a los más vergonzosos desórdenes corporales. Yo puedo hablar bien de

esto, pues he sufrido como nadie al viajar desde las más altas y dulces plenitudes de la ensoñación hasta los más pavorosos desiertos del desfallecimiento, del vacío, de la desesperación, del anonadamiento. He viajado desde los más sublimes presagios de lo sobrehumano hasta la más absoluta carencia de fe, la de la incredulidad en la existencia de mí mismo. He bebido hasta sus más amargas heces aquel cáliz de bordes incitantes y todo mi ser se envenenó hasta lo más profundo de su contenido. Ahora que la bienhechora naturaleza ha vuelto a curarme brindándome sus mayores dones, los del amor... Ahora que en el pecho de una muchacha celestial vuelvo a sentir que existo, que ella existe, que somos una sola persona y que de esta unión viva va a surgir una tercera que se aproxima a nosotros... Ahora abrís paso a las llamas de vuestro infierno, de vuestro purgatorio y las oponéis al vivificador, auténtico e indestructible disfrute del puro amor. Encontradnos bajo aquellos cipreses que apuntan

hacia el cielo, visitadnos en aquellos emparra-
dos junto a los cuales florecen los limoneros y
los naranjos, donde los vistosos mirtos nos pre-
sentan sus flores delicadas y, entonces, aventu-
raos a traer con vosotros las siniestras, turbias y
grisáceas redes tejidas por el hombre."

Durante algún tiempo se negó obstina-
damente a dar crédito a nuestro relato, y cuan-
do le demostramos la veracidad del mismo,
como el propio confesor se lo aseguró, lejos de
desconcertarse, dijo:

"No interroguéis a los ecos de vuestros
claustros, a vuestros carcomidos pergaminos, a
vuestras circunstanciadas y complejas tonterías
y disposiciones. Interrogad a la naturaleza y a
vuestro corazón. Ellos os enseñarán de qué de-
beís horrorizaros, os mostrarán con un severo
gesto de su índice qué condena la naturaleza de
forma eterna e inapelable. Mirad los lirios, es-
poso y esposa, ¿no nacen del mismo tallo? No
los une la misma flor que dio origen a ambos?
No es el lirio la imagen de la inocencia? No es

fecunda esa unión? Cuando la naturaleza reprueba, lo afirma en voz alta, la criatura que no debe existir no puede nacer, la criatura que vive falsamente es pronto destruida. La esterilidad, la existencia miserable, la precoz decadencia son sus maldiciones, los signos de su debilidad. Ella sólo castiga por medio de consecuencias inmediatas. Mirad en torno vuestro y os quedará de manifiesto lo que está prohibido y es maldito. En el silencio del claustro y en el tumulto del mundo hay miles de acciones santificadas y veneradas sobre las cuales pesa su maldición. Considera con tristes miradas tanto el cómodo ocio como el trabajo excesivo, tanto la arbitrariedad en la adquisición de lo superfluo como la miseria y la carencia. Ella invita a la moderación, todas sus relaciones son verdaderas y son pacíficos todos sus efectos. El que ha sufrido lo que yo, tiene derecho a ser libre. Sperata es mía, y sólo la muerte podrá arrebatármela. ¿Cómo podré conservarla y cómo podré ser feliz es lo único que os preocupa? ¡Voy

a correr a su lado para no separarme más de ella!"

Quiso tomar una barca para atravesar el lago. Procuramos contenerle, suplicándole que se abstuviese de lo que podía acarrearle las consecuencias más terribles, que reflexionase, que no vivía solo ni en el libre mundo de sus pensamientos y concepciones, sino sometido a una constitución social, cuyas leyes tenían toda la fuerza incoercible de leyes naturales. Prometimos al confesor que no perderíamos de vista a nuestro hermano ni le permitiríamos salir del palacio. El se despidió de nosotros, prometiendo volver algunos días después. Sucedió lo que teníamos previsto. La razón había hecho fuerza en nuestro hermano, pero su corazón era débil. Las primeras impresiones religiosas se reavivaron en él y crueles dudas azotaron su alma. Como pasara dos noches verdaderamente horribles, acudió en su socorro el confesor, mas en vano. La razón libre, independiente, lo absolvía, sus sentimientos, la reli-

gión, todos los conceptos que habitualmente había manejado, lo declaraban culpable. Una mañana encontramos vacía su habitación. Sobre la mesa había dejado una carta en la que nos declaraba que, retenido prisionero por nosotros, hacía uso de su derecho de recobrar la libertad; se escapaba e iba a reunirse con Sperata, su propósito era huir con ésta y estaba decidido a todo si se intentaba separarles.

Nuestra consternación fue terrible, pero el confesor no dijo que no nos inquietásemos. Nuestro pobre hermano estaba sometido a una vigilancia estrecha y continua: los bateleros, en vez de conducirlo a la casa de Sperata, lo habían llevado al convento. Fatigado por una vigilia de veinticuatro horas, se durmió no bien tomó asiento en la barca, y cuando despertó encontróse entre sus hermanos de comunidad. Cuando hubo recobrado el sentido, las puertas del convento se habían cerrado para él.

Dolorosamente afectados por la suerte de nuestro desgraciado hermano, dirigimos al

confesor los más encendidos reproches, pero aquel varón venerable nos demostró, apoyándose en los razonamientos a que suelen apelar los cirujanos, que nuestra compasión era mortal para el pobre enfermo. Además nos añadió que al obrar como lo hizo, no siguió su propia inspiración, sino que obedeció órdenes expresas del obispo y del consejo superior. Era preciso evitar el escándalo y ocultar el triste suceso bajo el velo de la disciplina eclesiástica. Sperata debía ser tratada con miramientos, no debía saber que su amante era su propio hermano. Fue encomendada a un sacerdote a quien ella ya había revelado su estado. Se supo ocultar su preñez y su parto. Como madre fue muy feliz con aquella pequeña criatura. Sperata, como la mayor parte de nuestras doncellas, no sabía leer ni escribir, y no pudiendo relacionarse directamente con su amante, encargaba de ello al sacerdote. Éste se creía en el deber de ser cómplice de un fraude piadoso, y daba a la pobre madre noticias de Agustín, a quien no veía nunca,

y la exhortaba a tener paciencia y resignación, a cuidar personalmente de su hijo y a poner en Dios toda su confianza.

Sperata estaba predispuesta naturalmente a la religiosidad, su posición, el aislamiento en que vivía, cultivaron y aumentaron la fuerza de su inclinación natural. Por otra parte, el sacerdote la preparaba poco a poco para la separación definitiva. Cuando destetó a la hija y apenas creyó el clérigo que la madre contaba con fortaleza bastante para soportar los sufrimientos morales más angustiosos, comenzó a pintar su falta con los colores más sombríos, le hizo ver que entregarse a un hombre consagrado a Dios era un crimen horrendo, un crimen contra la naturaleza, un verdadero incesto. El objetivo que el sacerdote perseguía era inspirar a Sperata un remordimiento igual al que habría experimentado si aquella hubiese conocido las verdaderas circunstancias de su falta. Supo inspirar en el corazón de nuestra hermana tanto dolor y pena, exaltó hasta tal extremo la idea de

la Iglesia y de su cabeza visible, le mostró las espantosas consecuencias que tendrían para la salvación de todas las alma un perdón otorgado en casos como el suyo y los culpables pudieran ser recompensados con una unión legítima, le demostró tan bien la necesidad de expiar sin pérdida de momento su falta en lo temporal para ceñir un día la eterna corona reservada a los hijos de Dios, que finalmente, como una pobre pecadora, concluyó por ofrecer su cuello al hacha de aquel verdugo y suplicó encarecidamente que la alejasen para siempre de mi hermano. Obtenido de ella un resultado tan importante, se le permitió, con sujeción a determinadas condiciones, vivir unas veces en su casa y otras en el convento, a su voluntad.

La niña crecía y pronto mostró una extraña naturaleza. Desde muy pequeña supo correr y moverse con mucha agilidad. Aprendió pronto a tocar la cítara, por decirlo así, sin maestro. En cambio no sabía expresarse por medio de palabras, siendo de advertir que la dificultad

parecía nacer más bien de su inteligencia que de sus órganos del habla. La madre experimentaba tristes sentimientos en relación a la niña, aquel cura había trastornado tanto su ánimo, que, sin estar loca, se encontraba cada día en situación más extraña. Su falta le parecía de día en día más horrible y más merecedora de castigo. Desde que el clérigo la calificara de incesto, Sperata sentía tanto horror como si supiera las circunstancias reales del hecho. Era pavoroso ver al amor maternal, regocijado de alegría por la existencia de la niña, luchando con el pensamiento horrible de que aquella niña no debería existir. Estos dos sentimientos tan pronto combatían entre sí, como el espanto vencía al amor.

Hacía ya tiempo que se había quitado a la niña de su lado, confiándosela a unas gentes honradas que vivían a orillas del lago. Gracias a la libertad de que gozaba, se desarrolló en ella una afición singular por trepar. Escalar las cimas de las montañas más elevadas, correr sobre las bordas de los barcos, imitar las volteretas de

los saltimbanquis que con frecuencia pasaban por el país era en ella un impulso natural.

Para facilitar esos movimientos, le gustaba cambiar de traje con los niños, y, aunque esto le parecía inconveniente e indecoroso a los individuos de la familia encargada de hacer las veces de padres, nosotros se lo consentimos, pues le consentíamos todo lo que era posible. Con frecuencia los paseos que daba caminando y saltando la llevaban lejos. Alguna vez se perdía y pasaba días enteros sin que nadie la viese, pero volvía siempre. La mayor parte de las veces, cuando regresaba, se sentaba entre las columnas del pórtico de una casa de campo de las cercanías. Era algo tan habitual, que ya no se la buscaba, se la esperaba. Parecía quedarse allí dormida sobre la escalinata. Después corría a la gran sala, contemplaba las estatuas, y si no la retenían de un modo especial, se volvía corriendo a casa.

Finalmente nuestra esperanza fue engañada y nuestra indulgencia recibió al fin un

severo castigo. Un día la niña desapareció y no volvió. Encontraron su sombrerito flotando sobre las aguas, a corta distancia del sitio donde un torrente vertía su caudal en el lago. Todo el mundo supuso que le había sobrevenido una desgracia, que trepando por las rocas había caído al lago, pero no se encontró su cadáver, no obstante haber puesto todos los medios para hallarlo.

El charlataneo imprudente de las compañeras de Sperata hizo que ésta no tardara en tener noticias de la desgraciada muerte de su hija. Parecía tranquila y calmada, dio a entender muy claramente que estaba satisfecha de que Dios hubiese llamado a la criatura, evitándole así sufrir o producir mayores desgracias en el futuro.

Con motivo del accidente se volvieron a evocar las fábulas que solían contarse sobre nuestro lago. Se decía que cada año sus aguas necesitaban tragar un niño inocente. Se decía que aquellas aguas no querían albergar cadáve-

res y que más pronto o más tarde los arrojaban a la orilla haciendo salir hasta el huesecillo más pequeño. Se contaba la historia de una madre inconsolable cuyo hijo se había ahogado en el lago. La madre suplicó a Dios que le enviase, ya que no a su hijo, sus huesos por lo menos, a fin de darles sepultura. La primera tempestad que agitó las aguas del lago arrojó a la orilla la calavera de la criatura, la segunda el tronco y, después de estar juntos todos los huesos, la madre los llevó a la iglesia. ¡Y, oh milagro! A medida que se acercaba al templo, el fardo aumentaba en peso, y en el momento en que cayó de rodillas sobre las gradas del altar, el niño comenzó a llorar y, con asombro de los presentes, se des- embarazó del sudario. Sólo faltaba en su cuerpo un huesecillo de su dedo meñique. La madre, habiéndolo encontrado, lo conservó en la iglesia junto con otras reliquias.

Estas historias impresionaron vivamente a la pobre Sperata. Su imaginación, sintió un nuevo impulso y favoreció los sentimientos de

su corazón. Se persuadió de que la niña había expiado su falta y la de sus padres, de que la maldición y el castigo que sobre ella habían pesado hasta entonces quedaban levantados, y de que, si conseguía reunir todos los huesos de su hija y llevarlos a Roma, aquélla recuperaría su piel y resucitaría ante el pueblo y sobre las gradas del altar mayor de la Basílica de San Pedro. Entonces ella reconocería a su padre y a su madre, y el Papa, convencido del consentimiento de Dios y de los santos, perdonaría a los padres su pecado en medio de las aclamaciones populares, les daría su absolución y los uniría con lazos legítimos e indisolubles.

Desde entonces su vista y su atención estuvieron siempre en el lago y en su orilla. Cuando por la noche las olas rompían a la luz de la luna, ella creía ver en cada uno de los destellos que hacía la espuma, la forma vaga del cuerpo de su hija, y alguien tenía que bajar a buscarlo.

De este modo, se mantenía también infatigablemente todo el día allí donde la orilla pedregosa se hundía suavemente en el lago, recogía en una canastilla todos los huesos que podía encontrar. Nadie se atrevía a decirle que eran huesos de animales. Los más grandes los enterraba y conservaba los pequeños. Esta ocupación la absorbía plenamente. El eclesiástico que por el esforzado ejercicio de su deber la había conducido a aquel lamentable estado se encargó de protegerla. Gracias a la influencia, no fue considerada una loca, sino tan sólo una iluminada. Las personas mayores se detenían ante ella y juntaban las manos al verla y los niños le besaban la mano.

La vieja amiga y compañera sólo había sido absuelta por el confesor de la culpa que pudiera haber tenido en la desdichada unión de ambas personas, con la condición de que había de acompañar, con incesante fidelidad, todo el resto de su vida a aquella desgraciada, y con

admirable paciencia y escrúpulo cumplió hasta el último momento sus deberes.

Por nuestra parte, nosotros no habíamos perdido de vista a nuestro hermano. Ni el médico ni el superior del convento nos autorizaron para visitarlo, pero, con objeto de que nos convenciésemos de que su estado era el mejor posible, nos permitían que lo viésemos cuando paseaba por el jardín, en las galerías y hasta dentro de su celda, utilizando como observatorio un vano que se había abierto en el techo de aquélla.

Tras muchas rachas espantosas y singulares cuya descripción omitiré, había llegado a un estado verdaderamente singular de calma espiritual e intranquilidad de cuerpo. No se sentaba nunca, como no fuese para tañer el arpa, instrumento que utilizaba para acompañar su canto. Por lo demás estaba en movimiento constante y daba pruebas de una docilidad maravillosa, cual si todas sus pasiones se hubiesen fundido en un sentimiento único: el temor a la

muerte. Se conseguía de él todo con sólo amenazarle con la muerte o con una enfermedad grave.

Además de esta singularidad de su vagar infatigable por el convento y de dar a comprender que prefería errar por montes y valles, tenía la de hablar a todas horas de una visión que le perseguía. Aseguraba que todas las noches y a todas las horas se presentaba a pie de su lecho un hermoso mancebo y lo amenazaba con un cuchillo centelleante. Lo trasladaron a otra habitación, pero en ella al igual que en todas las dependencias del convento, el muchacho del cuchillo permanecía en su acecho. Sus paseos eran de día en día más inquietos y hasta observaron en el convento que, por aquella época, se asomaba a la ventana con más frecuencia que antes y llevaba sus miradas al otro lado del lago.

Entretanto el pensamiento fijo se iba adueñando de nuestra desventurada hermana y la ocupación única la consumía. Su médico

propuso la idea de sustituir los restos de animales, que ella había coleccionado, por un esqueleto de niño, a fin de reanimar sus esperanzas. La tentativa era muy aventurada, pero, ya que no otra cosa, se conseguiría, una vez que tuviera recompuesto el esqueleto, alejarla de sus eternas pesquisas y darle esperanzas de ir a Roma. El proyecto fue puesto en ejecución. Su compañera fue haciendo desaparecer los huesos encontrados por ella y colocando en su lugar los que nosotros hacíamos llegar a sus manos. La alegría de nuestra pobre enferma no es para ser descrita. Poco a poco se fueron juntando las partes y se iba pudiendo distinguir las que aún faltaban. Había ordenado los huesos, y fijándolos en el lugar correspondiente por medio de cintas y cordones. Como suele hacerse con los cuerpos de los santos, había llenado los huecos intermedios con sedas y bordados.

De este modo, llegó un día en que había conseguido unir todos los miembros, sólo faltaban algunas terminaciones en las extremidades.

Una mañana, mientras ella aún dormía, vino a visitarla el médico para preguntar cómo estaba. La anciana que estaba a su cuidado sacó de su cajita, que estaba en su dormitorio, los restos venerados, para mostrarle al médico cuál era la ocupación de la enferma. Poco después se le oyó saltar del lecho, se dirigió a la caja donde guardaba el esqueleto, levantó la sabanilla que lo cubría, y halló que el esqueleto había desaparecido. Inmediatamente cayó de rodillas y, desde fuera, se le oyó pronunciar con acentos de fervor la siguiente plegaria:

¡No es sueño! ¡Es realidad! ¡Regocijaos conmigo, amigos míos! ¡La he visto llena de vida, hermosa, angelical! ¡Había resucitado, había arrojado la sabanilla, su cuerpo irradiaba un resplandor que iluminaba toda la cámara, su hermosura era radiante, no quería, sin duda, tocar el suelo! Alzó el vuelo sin poder tenderme una mano. Quiere que la siga, me ha mostrado el camino que debo tomar. ¡Voy a seguirla, voy a correr tras ella, me lo dice el corazón! ¡Ah!

¡Qué consuelo siento! ¡Mi aflicción ha desaparecido, ver a mi hija me ha permitido gozar por adelantado de las delicias celestiales!"

Desde aquel momento su mente estuvo ocupada con las esperanzas más alegres. Los objetos terrenos no la llamaban la atención. Apenas comía y su alma se desligaba poco a poco de los lazos que la unían al cuerpo. Un día la encontraron pálida y privada de movimiento y de sentido. No volvió a abrir los ojos. Estaba muerta.

Se difundió por todo el país el eco de su visión, y esto, unido a la consideración y al respeto de que gozó durante su vida, fue bastante para que, después de muerta, se la considerase como bienaventurada y luego como santa.

Cuando la llevaban a enterrar, una muchedumbre inmensa se precipitaba en torno del féretro con increíble violencia. Todos querían tocar sus manos o por lo menos sus vestidos. En esta enorme exaltación, muchos enfermos

dejaron de sentir los dolores que les afligían, se consideraron curados y proclamaron el milagro, bendiciendo a Dios y a la nueva santa. El clero hubo de colocar el cuerpo en una capilla; el pueblo quería dirigirle sus devociones; la afluencia era muy grande; los habitantes de la montaña, inclinados a los sentimientos piadosos, acudían en grandes masas, el fervor, los milagros y la adoración aumentaban de día en día. Fue imposible cumplir las disposiciones de los obispos encaminadas a poder delimitar aquel culto y poco a poco ir haciéndolo desaparecer. Los obstáculos sólo servían para encender más y más el entusiasmo popular y a enardecer al pueblo contra los violentos. ¿No vivió San Carlos Borromeo -decían-, entre nuestros abuelos? ¿No tuvo su madre la dicha inefable de asistir a su beatificación? ¿No se alza sobre la roca de Arona su estatua colosal, para que todos admiremos su grandeza espiritual? ¿No ha prometido Dios renovar sus milagros en favor de un pueblo creyente?

Como transcurridos varios días no presentase su cadáver síntoma alguno de descomposición, sino que más bien se tornase más blanco y como transparente, la confianza del pueblo arraigó hasta lo infinito. Se citaron varias historias de curaciones extraordinarias, que los médicos más competentes no acertaban a explicar y que era imposible atribuir a imposturas. Toda la comarca estaba agitada. Durante algún tiempo, los que no acudieron a visitar el cadáver, no oyeron hablar de otra cosa.

El rumor de los milagros penetró en el convento donde estaba recluido mi hermano. Nadie pensó en adoptar precauciones para que no llegase a sus oídos, en primer lugar, porque, de ordinario, a nada prestaba atención, y en segundo y principal, porque, en el convento, nadie conocía su relación con la difunta. Mas esta vez habiendo escuchado con mucho interés los relatos, supo preparar su evasión con tal astucia, que nadie ha conseguido explicarse cómo logró escapar del convento. Algunos días

después se supo que había atravesado el lago confundido entre una muchedumbre de peregrinos y que sólo les había rogado a los bateleiros, que por lo demás no encontraron nada extraño en él, que tuvieran cuidado de que no diera la vuelta la barca. A hora bastante avanzada de la noche entró en la capilla donde estaban expuestos los restos mortales de su amante. Sólo algunas personas piadosas rezaban arrodilladas en un rincón. Nuestro hermano conoció a la vieja compañera de Sperata; se acercó a ella, la saludó, y le preguntó cómo estaba su amiga. «Véala usted» -contestó la criada, presa de terrible turbación-. Nuestro hermano contempló el cadáver, vaciló, y al fin se resolvió a tomar su mano, pero, asustado al sentir la impresión de frío, la dejó caer en el acto. Dirigió en derredor una mirada inquieta, y dijo a la vieja: "Me es imposible acompañarla un instante más. Tengo que hacer un viaje largo, pero volveré a tiempo. Cuando despierte, dígaselo de mi parte."

Se fue. De este incidente no tuvimos noticia hasta mucho tiempo después. Se investigó para averiguar qué había sido de él, pero fue en vano. No parece posible que pudiera franquear montes y valles. Mucho tiempo más tarde hallamos algunos indicios de su paso por Griesones, pero no tardamos en perderlos. Supusimos que había pasado a Alemania, pero la guerra borró totalmente los leves rastros que debió dejar de su paso.»

CAPÍTULO DÉCIMO

EL abate dejó de leer y nadie había quedado sin echar una lágrima durante el relato. La Condesa no apartaba el pañuelo de sus ojos, se levantó y abandonó la estancia acompañada por Natalia. Los demás oyentes callaron y el abate dijo:

Ahora se trata de saber si debemos dejar marchar al Marqués sin descubrirle nuestro secreto.

No puede quedarnos sombra de duda de que Agustín y nuestro arpista son la misma persona. Reflexionemos antes de decidirnos, no perdiendo de vista el interés de ese desventurado y el de su familia. Soy de la opinión de que no debemos precipitarnos, de no hacer nada hasta recibir las noticias que nos traerá el médico, el cual debe llegar pronto de allá.

Todos compartieron la opinión del abate, quien continuó así:

-Se presenta al mismo tiempo otra cuestión que exige una rápida resolución. El Marqués está agradecidísimo por la acogida cariñosa que su sobrina encontró entre nosotros, y, particularmente, por la protección que le prestó nuestro joven amigo. Ha hecho que le cuente repetidas veces la historia con todos sus detalles, y su reconocimiento es inmenso. «Cuando ese joven -me dijo- se negó a ser mi compañero de viaje, desconocía los lazos que nos unen; pero hoy no soy para él un desconocido del que ignora manera de ser y costumbres. Hoy soy su aliado e

incluso su pariente. El obstáculo principal que le impedía acompañarme era su hijo, de quien no quería separarse y cuya compañía no me convenía a mí, pero hoy ese obstáculo puede y debe ser el lazo que nos una más estrechamente. Ya que tantos favores le debo deseo que quiera serme útil en este viaje y que vaya después conmigo a mi patria. Mi hermano mayor lo recibirá con los brazos abiertos y le rogaré que no desdeñe la herencia de su hija adoptiva, pues, según un convenio secreto de nuestro padre con el amigo que ejerció de padre putativo de nuestra hermana, la fortuna legada a ésta debe volver a la casa, y nosotros no hemos de ser avaros con el bienhechor de nuestra sobrina, que tan acreedor se ha hecho a nuestra gratitud.»

Teresa, tomando la mano de Wilhelm, dijo:

-Prueba una vez más este ejemplo que quien obra desinteresadamente siempre es pagado con los réditos mejores y más altos. Acce-

da a sus deseos, amigo mío, sea doblemente acreedor al Marqués, y visite en su compañía el bello país que con frecuencia tanto atrajo su imaginación y su corazón.

-Me pongo por completo bajo la guía de mis amigos -respondió Wilhelm-. En este mundo, es trabajo inútil pretender seguir los impulsos de la propia voluntad. He de abandonar lo que tan ardientemente deseaba poseer, y en cambio, me es concedido un honor que nunca he merecido.

Soltó la mano de Teresa, no sin estrecharla afectuosamente, y dirigiéndose al sacerdote, añadió:

-Disponga usted lo que guste, haga de mí lo que considere conveniente. Desde el momento en que no me obligan a separarme de Félix, dispuesto estoy a ir a todas partes y a hacer lo que me indiquen que haga.

Después de esta manifestación, el sacerdote propuso el plan siguiente: dejarían marchar al Marqués; Wilhelm esperaría la llegada

del médico, y entonces, después de haber decidido lo que tenía que hacer, podría marchar con Félix tras el italiano. Por eso aconsejó al Marqués que no esperase a que su amigo terminase los preparativos de marcha, porque le convenía aprovechar el intervalo para admirar las curiosidades de la capital. El Marqués se despidió, no sin prodigar a todos frases de agradecimiento y dejándoles como recuerdo de su estancia entre ellos numerosos regalos: joyas, camafeos y brocados.

Wilhelm estaba ya plenamente dispuesto para emprender la marcha, pero en la casa reinaba la perplejidad, toda vez que estaban pendientes de la llegada del médico, de quien no se tenían noticias. Se empezaba a temer que hubiese sobrevenido alguna desgracia al pobre arpista en el momento en que brillaba la esperanza de mejorar su situación. Decidieron enviar un correo, pero hacia el atardecer, llegó el médico acompañado de un extranjero de exterior grave, serio e imponente y a quien nadie

conocía. Los recién llegados guardaron silencio durante algunos instantes, y al fin, el desconocido se adelantó hacia Wilhelm, le tendió la mano y preguntó: -¿Ya no conoce usted a su antiguo amigo?

Era la voz del arpista, pero no parecía haber quedado huella de su figura de otrora. Vestía limpia y decorosamente un traje habitual de viaje, su barba había desaparecido, su cabello estaba peinado con esmero y lo que le hacía prácticamente irreconocible era que en su rostro expresivo no quedaban vestigios de los años que tenía.

Wilhelm lo abrazó con viva alegría y le presentó a todas las personas presentes. Nuestro arpista se condujo de un modo razonable, sin sospechar que todas las personas allí reunidas lo conocían a fondo.

-Habrán de emplear su paciencia con un hombre -dijo con gran calma- que, aun cuando por los años parezca viejo, vuelve a este mundo, tras dolorosos y largos dolores, como un

niño inexperto. A este excelente hombre es a quien debo poder presentarme en sociedad.

Tras las frases de bienvenida, el médico propuso dar un paseo para cortar la conversación personal y llevarla a temas generales o indiferentes.

El médico dio a Wilhelm, en la primera ocasión en que se encontraron solos, las siguientes explicaciones:

-La curación de este hombre se debe a la casualidad más singular. Lo teníamos sometido a un tratamiento físico y moral que estaba dando cierto resultado, aunque su terror a la muerte continuaba siendo extremado y no quería renunciar a su barba y su túnica. De día en día le interesaban más las cosas exteriores, y progresivamente sus cantos y conversación se parecían acercar más a la vida. Recordarán ustedes que recibí aquí una carta de nuestro pastor, que me reclamaba allí apresuradamente. Pues bien, al llegar encontré a nuestro enfermo completamente cambiado. Había renunciado volun-

tariamente a su barba, había consentido que le cortasen el cabello, había pedido que le proporcionasen trajes ordinarios y parecía haberse convertido en un hombre nuevo. Como comprenderá usted, deseábamos descubrir la razón de aquel cambio, pero no nos atrevimos a abordar el tema. La casualidad vino en nuestro auxilio. Del botiquín del pastor había desaparecido un frasco lleno de una disolución de opio. Se hicieron indagaciones, cada cual intentó librarse de las sospechas y eso dio lugar a escenas violentas en la servidumbre de la casa. Al fin el arpista nos confesó espontáneamente que el frasco lo tenía él. Le preguntamos si había tomado parte de su substancia, y contestó negativamente. «Debo a la posesión de este frasco - nos dijo- mi retorno a la razón. En manos de ustedes está retirarme el frasco, pero si de él me privan, me verán volver a mi antiguo estado para no salir de él nunca más. La conciencia de que sería para mí un favor precipitar el momento de mi muerte, porque ésta pondría tér-

mino a mis sufrimientos, fue el primer paso dado en el camino de mi curación. Poco después se me ocurrió la idea de recurrir al suicidio y el deseo de ponerla en práctica me decidió a apoderarme del frasco. La certeza de que podía, en un instante dado, poner fin a mis dolores, me dio fuerza para soportarlos, de este modo, desde que poseo el talismán me siento impulsado a vivir por la misma proximidad de la muerte. No teman ustedes que haga uso del frasco, sino como concedores del corazón humano, permítanme que sea independiente de la vida para estar sujeto a ella.» Después de mucho reflexionar decidimos no volver a hablarle del frasco que hoy lleva en el bolsillo. Lo que para los demás sería veneno mortal, para él es un sorprendente contraveneno.

Informaron por extenso al médico de cuanto había sucedido durante su ausencia, y por unanimidad se convino no decir palabra de ello a Agustín. El sacerdote se propuso no apar-

tarse de su lado, dirigiendo sus pasos por el buen camino en el que acababa de entrar.

Wilhelm, mientras tanto, haría su viaje con el Marqués por Alemania, y si el sacerdote conseguía despertar en Agustín el deseo de volver a su patria, revelarían el secreto de su existencia y de su estado a sus hermanos, y nuestro héroe se encargaría de llevarlo con los suyos.

Wilhelm había ultimado los preparativos de su marcha. Y si al principio se sorprendió cuando vio que Agustín se alegraba cuando supo que su amigo y bienhechor no tardaría en alejarse, el sacerdote fue quien adivinó cuál era el fundamento de una alegría difícilmente explicable. Agustín no había podido dominar el espanto que siempre le había inspirado Félix, y ansiaba verle todo lo lejos posible de su persona.

Eran tantos los huéspedes que sucesivamente habían ido llegando al palacio, que costaba trabajo alojarlos, debido, no a la insuficien-

cia del local, sino a que, como nadie esperaba aquella afluencia, no se habían hecho de antemano las disposiciones necesarias. Almorzaban, comían y cenaban juntos, la armonía era completa, pero lo cierto era que todos deseaban, por decirlo así, aislarse de los demás. Teresa salía a caballo en compañía de Lotario muchas veces, pero con más frecuencia sola. Conocía ya a todos los labradores y labradoras de las cercanías, y con ellos pasaba muchas horas, fiel a uno de sus principios de economía doméstica, según el cual es preciso mantener cordiales relaciones con todos los vecinos sin excepción. Nadie hubiese dicho que existiesen proyectos de matrimonio entre ella y Lotario. Las dos hermanas tenían muchas cosas que decirse, el sacerdote parecía buscar el trato del arpista, Jarno celebraba frecuentes conferencias con el médico, Federico se juntaba con Wilhelm y Félix estaba en todos los lugares donde le placía. De ordinario, cuando salían a pasear, los huéspedes se diseminaban, haciendo el paseo por

parejas, y las horas que pasaban reunidos, se recurría a la música, medio excelente de aislarse, aun en medio de una reunión numerosa.

Inesperadamente llegó el Conde. Venía a buscar a su esposa y a despedirse de los parientes terrenos que le quedaban. Salió a recibirle Jarno, y como el Conde le preguntase por las personas que en el castillo iba a encontrar, Jarno, cediendo a uno de los accesos de buen humor que le sobrevenían siempre que veía al Conde, contestó:

-En este castillo encontrará reunida a toda la nobleza del mundo. Tenemos marquesas y marqueses, lores y barones: no nos faltaba más que un Conde.

Subieron juntos la escalinata y la primera persona con quien se toparon fue Wilhelm.

-Milord -dijo el Conde en inglés, después de haberle examinado durante algunos segundos-; me agrada en extremo reanudar mis relaciones con usted, pues, si no me engaño, me cupo el honor de hospedarlo en mi palacio, en

ocasión en que formaba usted parte del séquito del Príncipe.

-Tuve la dicha de ser huésped de Vuestra Excelencia -contestó Wilhelm-, pero me hace un honor demasiado alto al tomarme por un inglés, e inglés de distinción. Soy alemán, y...

-Un muchacho excelente -interrumpió Jarno.

El Conde contempló sonriente a Wilhelm. Se disponía a contestarle, cuando llegaron todos los demás y lo saludaron del modo más afectuoso. Se excusaron por no poder poner a su disposición en aquel momento una habitación digna de su persona, pero le aseguraron que le proporcionarían sin pérdida de tiempo el espacio conveniente.

-¡Hola! -exclamó riendo-. Viendo estoy que confieron al azar la misión de distribuir las boletas de alojamiento. ¡Cuánto se puede hacer con orden y concierto! Sin embargo, no consentiré que por mí se mueva ni una zapatilla. Al-

terar el orden acarrearía molestias a todo el mundo y eso es, precisamente, lo que quiero evitar. Usted fue testigo -le dijo a Jarno- y usted mister -añadió volviéndose hacia Wilhelm-, del número de personas que alojé con comodidad en mi palacio. Denme una relación de todos los huéspedes y de todos sus criados, que se me muestre qué habitaciones ocupan y garantizo que presentaré un plan de recolocación que me permitirá, con la menor molestia, obtener espacio y dejar habitaciones para los huéspedes que puedan presentarse.

Jarno se convirtió de inmediato en ayudante del Conde, a quien se suministró los datos necesarios, mas se divirtió mucho también haciéndole muchas indicaciones falsas. A pesar de esto, el triunfo del gran señor fue completo. La nueva disposición estaba acabada, mandó colocar en cada una de las puertas una tarjeta con el nombre de la persona que debía ocuparla, y nadie pudo negar que, a costa de cambios insignificantes, y casi sin molestia de nadie, el

fin había sido obtenido. Jarno había tenido cuidado de hacer las indicaciones de manera que todos resultasen alojados junto a aquellos con quien desearan reunirse.

Una vez se hubo ordenado todo, el Conde le dijo a Jarno: -Ayúdeme a recordar a este joven, a quien usted llama Meister y que pretende ser alemán.

Jarno guardó silencio. Sabía bien que el Conde era una de esas personas que sólo hacen preguntas cuando quieren aleccionar a los demás. En efecto, él prosiguió su discurso sin demandar respuesta alguna:

-Usted me lo presentó recomendándome lo eficazmente en nombre del Príncipe. Si tal vez su madre fuera alemana, aseguro que su padre era inglés y además de la nobleza. ¿Quién es capaz de calcular la cantidad de sangre inglesa que en los últimos treinta años ha entrado en venas alemanas? No insistiré más, siempre tiene usted esos secretos de familia. Si

he dado estas explicaciones, es para demostrarle que tengo buena memoria y que en este tipo de asuntos usted no puede engañarme.

Continuó recordando infinidad de cosas que suponía habían ocurrido con Wilhelm en su palacio. Jarno no despegaba los labios, aunque vio que el Conde estaba equivocado y con frecuencia confundía a nuestro amigo con un joven inglés que formó parte del séquito del Príncipe. El buen señor había tenido en sus tiempos una memoria privilegiada y estaba orgulloso de recordar hasta los menores detalles de su juventud. Pero ahora daba por verdaderas, con la misma certidumbre, singulares combinaciones y fábulas que, ante la debilidad de su memoria, le iba presentando su imaginación. En cambio, había ganado mucho en dulzura y amabilidad y su presencia ejerció muy buena influencia en la sociedad allí congregada. Deseó que leyeran juntos algo útil, organizaba juegos y pasatiempos en los cuales, cuando no participaba, llevaba escrupulosamente la direc-

ción. Cuando notaba que se admiraban de su sencillez, decía que prestarse a cosas pequeñas e intrascendentes era un deber para quien se aparta del mundo con la intención de consagrarse a asuntos trascendentes.

A Wilhelm no le faltaban motivos de inquietud y enojo, pues el bromista de Federico aprovechaba cualquier ocasión para aludir a la inclinación de Wilhelm por Natalia. ¿Cómo se le podría haber ocurrido aquello? ¿Quién le había informado? ¿No pensaría la sociedad allí congregada que era el propio Wilhelm quien había hecho aquella imprudente y desafortunada confidencia.

Un día en que las bromas le habían resultado a Wilhelm más llevaderas de lo habitual, Agustín abrió la puerta con violencia haciendo gestos aterradores; estaba lívido y su mirada era siniestra; parecía querer decir algo, mas le fallaba el habla. Todos se levantaron asustados. Lotario y Jarno, temiendo un acceso de locura,

se lanzaron sobre él. Con voz sorda, que no tardó en hacerse estruendosa y de furia, gritó:

-¡No me sujetéis! ¡Dejadme! ¡Corred...!
¡Salvad al niño...! ¡Félix está envenenado!

Lo soltaron; corrió en dirección a la puerta de salida, y la reunión, llena de espanto, se precipitó tras él. Llamaron al médico. Agustín encaminó sus pasos a la habitación del sacerdote y allí encontraron al niño. Este pareció asustado y confuso cuando le gritaron desde lejos:

-¿Qué has hecho?

- ¡Querido padre! He bebido del vaso, no de la botella. Tenía mucha sed.

Agustín juntó las manos, las elevó hacia el cielo, y gritó:

-¡Está perdido!

Seguidamente se abrió paso entre los concurrentes y huyó a toda prisa.

Sobre la mesa había un vaso lleno de leche de almendras y una pequeña garrafa. Llegó el médico; le refirieron lo que sabían y como vio

con espanto el frasco de opio líquido vacío sobre la mesa, pidió vinagre y llamó en su auxilio todos los recursos de su arte.

Natalia mandó transportar a Félix a otra habitación, donde se ocupó llena de angustia de él. El sacerdote había salido en persecución de Agustín para que le diera algunas explicaciones. El atribulado padre hizo lo mismo en vano, y cuando regresó, encontró los demás rostros consternados. El médico, mientras tanto, había examinado la leche de almendras del vaso y comprobado en ella la presencia de una mezcla fuerte de opio. El niño, tendido en el lecho, parecía muy enfermo: lloraba y suplicaba a su padre que no le obligasen a tomar nada más y que lo dejaran tranquilo. Lotario había enviado a sus criados en persecución de Agustín y él mismo había tomado el caballo con ese objeto. Natalia estaba sentada junto al niño, quien buscaba refugio en su regazo suplicándole que lo protegiera y le diese un terrón de azúcar, porque el vinagre era muy áspero. El médi-

co dispuso que dejaran descansar a la criatura, porque se hallaba en la agitación más espantosa y que se había hecho todo lo conveniente, y que se iba a hacer todo lo posible. El Conde entró, su rostro reflejaba cierta desgana; con ademán grave, solemne, impuso las manos sobre la cabeza del niño, alzó al cielo los ojos y permaneció algunos instantes en esa posición. Wilhelm, que se había dejado caer desconsolado en un sillón, dirigió una mirada de desesperación a Natalia y salió.

Poco después el Conde dejó la habitación.

-No acierto a explicarme que no se haya declarado hasta aquí ningún síntoma alarmante -dijo el médico un intervalo después-. Aunque no hubiera tomado más que un solo trago, ha debido ingerir una dosis espantosa de opio, y, sin embargo, no observo en su pulso ninguna aceleración más que la que puede imputarse al susto que le hemos causado.

Momentos después vino Jarno a anunciar que habían encontrado a Agustín en los desvanes, nadando sobre un charco de sangre, junto a su mano había una navaja barbera; probablemente se había degollado.

Corrió el médico y encontró en la escalera a los que bajaban con el herido. Fue éste colocado en cama, se reconoció la herida, se comprobó que la incisión había sido en la tráquea, un desmayo había seguido a una hemorragia violenta, pero quedaba vida y había esperanza. El médico colocó el cuerpo en la posición debida, suturó lo separado y colocó un vendaje. Nadie pudo dormir aquella noche, todos estaban llenos de preocupación. Félix no quería separarse de Natalia; Wilhelm hubo de sentarse en un taburete, frente a Natalia, para que descansasen sobre sus rodillas las piernas del niño cuya cabeza y tronco reposaban sobre las de aquélla. Hasta que vino el nuevo día, compartieron el peso y los cuidados. Natalia había puesto su mano entre las de Wilhelm; estaban

callados; miraban al enfermo y luego se miraban ellos. Lotario y Jarno sentados en el otro extremo de la estancia sostenían una conversación al parecer muy interesante, que hubiésemos comunicado con gusto a nuestros lectores si la precipitación con que se sucedían los acontecimientos no nos robase el tiempo necesario. El niño durmió plácidamente: por la mañana despertó muy alegre, y pidió en el acto una rebanada de pan con mantequilla.

Tan pronto como Agustín se hubo re-
puesto mínimamente, procuraron obtener de él aclaraciones. Con mucho trabajo y poco a poco, se supo que, de resultas de la malhadada nueva organización de alojamiento dispuesta por el Conde, Agustín quedó en la misma habitación del sacerdote, donde encontró y leyó el manuscrito que contenía su historia. Sintió horror y decidió que no debía beber más. Se acordó del opio, lo mezcló en un vaso de leche de almendras, pero, en el momento de acercar el brebaje a sus labios se abstuvo de beber, dejó el vaso

sobre la mesa y salió al jardín para contemplar por última vez el mundo, y, al volver, halló al niño llenando de nuevo el vaso que acababa de vaciar.

Le rogaron que se tranquilizase, asió con fuerza convulsiva la mano de Wilhelm y dijo:

-¡Ah! ¿Por qué no huí de ti hace mucho tiempo? ¿Sabía yo muy bien que mataría a tu hijo, o que tu hijo me mataría a mí!

-El niño vive -contestó Wilhelm.

El médico, que escuchaba la conversación, preguntó a Agustín si estaba envenenado también el líquido de la botella.

-No -respondió Agustín-, solamente el del vaso.

-Por una casualidad feliz -dijo el médico-, el niño bebió de la botella. Un buen genio guió su mano para que no abrazara a la muerte que lo acechaba ya dispuesta.

-¡No, no! -gritó Wilhelm, rompiendo a llorar-. ¿Esto es horrible! Félix dice terminantemente que bebió del vaso y no de la botella.

¡Su salud es una apariencia, va a morir, va a morir en nuestros brazos!

Salió corriendo hacia donde estaba el niño; el médico lo siguió y después de acariciar a Félix, le preguntó:

-Dime, ¿verdad que bebiste de la botella y no en el vaso?

El niño rompió a llorar. El médico le contó secretamente a Natalia lo que acababan de saber. Redoblaron los esfuerzos para arrancar a Félix la verdad pero fue en vano. El niño continuó llorando tanto tiempo, que acabó rendido y se durmió.

Wilhelm lo veló durante la noche, que pasó tranquila.

A la mañana siguiente, Agustín fue encontrado muerto en la cama. Parece que había burlado la vigilancia de sus guardianes fingiéndose dormido, arrancó el vendaje sin hacer ruido y se había desangrado.

Natalia salió a pasear con Félix, que estaba tan alegre como en sus días mejores.

-A ti, que eres muy buena y no me reñirás -le dijo el niño- te lo confesaré todo: bebí de la botella. Mamá Aurelia me pegaba cuando yo bebía de las botellas, y mi padre me ha puesto tan mala cara, que creía que me iba a pegar.

Natalia volvió corriendo al palacio. Wilhelm, todavía lleno de angustia, le salió al encuentro.

-¡Padre afortunado! -exclamó Natalia, alzando a Félix en sus brazos y arrojándole en los de su padre-. Aquí tienes a tu hijo sano y libre de peligro. Ha bebido de la botella; su mala educación le ha salvado.

Contaron al Conde el feliz suceso, quien escuchó con esa sonrisa de complacencia con que se tolera el error cuando viene de labios de personas cándidas. Jarno, a cuya mirada nada escapaba, no acertaba a explicarse el motivo de aquella satisfacción personal, pero al cabo de algunas horas, consiguió averiguar, a fuerza de rodeos, que el Conde estaba persuadido de que el niño había bebido el veneno, pero que sus

plegarias y la imposición de sus manos le habían salvado milagrosamente la vida. Entonces decidió emprender sin dilación su viaje. Según su costumbre empleó contados minutos en la preparación de sus maletas. En el momento de la despedida, la bella Condesa tomó la mano de Wilhelm sin soltar la de su hermana y estrechó una contra otra entre las suyas, dio una rápida media vuelta y subió al coche.

Tantos acontecimientos espantosos y extraordinarios que se habían sucedido con rapidez vertiginosa habían dado lugar a un género de vida no habitual por el que reinaba en todas partes el desorden y la confusión que determinaron una agitación nerviosa en la casa. Ya no existía la regularidad de antes en las horas de comida, de acostarse, de leer, de reunirse. Excepción hecha de Teresa, todo el mundo había perdido la orientación. Los hombres apelaban a los licores para recobrar el buen humor perdido, pero como la alegría que encontraban era artificial, por momentos se alejaba más la ale-

gría natural, la única que nos proporciona la verdadera serenidad.

Wilhelm estaba agitado y conmovido por las más violentas pasiones, y los asaltos horribles, inesperados de aquellas, habían puesto su corazón en un estado en el que ya le era imposible resistir la ola de amor que le había invadido. Félix estaba bien, no corría peligro alguno, había recibido las cartas de Werner con giros, todo lo tenía dispuesto para el viaje, nada le faltaba, nada más que el valor para marcharse. Y sin embargo, razones poderosas le impulsaban a marchar. No necesitaba hacer grandes esfuerzos para adivinar que Lotario y Teresa no esperaban más que su ausencia para casarse. Jarno, contra su costumbre, estaba taciturno, parecía haber perdido mucha parte de su serenidad habitual. Afortunadamente vino el médico a sacar, en cierta medida, de apuros a nuestro amigo diagnosticándole una enfermedad y prescribiéndole algunos medicamentos.

Todas las noches los huéspedes se reunían, y el extravagante Federico, que generalmente había bebido más vino del conveniente, se apoderaba de la palabra, alegraba a los reunidos citando mil anécdotas y haciendo mil alusiones chabacanas, o bien ponía en compromiso a alguno permitiéndose pensar en voz alta.

Parecía no creer en la enfermedad de su amigo. Un día, estando todos reunidos, exclamó:

-Sí, doctor, ¿qué nombre da usted a la dolencia que aflige a nuestro amigo? ¿No podría aplicarle cualquiera de las tres mil denominaciones con que los médicos acostumbran a enmascarar su ignorancia? Por lo menos debe haber casos análogos. Ya se presentan algunos casos -prosiguió en tono enfático- en la historia egipcia o babilónica.

Todos se miraron riendo.

-¿Cómo se llamaba aquel rey? -continuó, haciendo una pausa-. Si se empeñan ustedes en

no ayudarme, me obligarán a que yo mismo busque la manera de salir del paso.

Abrió de par en par las puertas del salón, extendió el brazo hacia un gran cuadro que había en la antecámara, y repuso:

-Cómo se llama ese tipo coronado con barba de chivo, que sufre desolado en la cabecera del lecho donde yace su hijo enfermo? ¿Cómo se llama la belleza que entra en la cámara y lleva en sus ojos picarones y discretos a la vez el veneno y el contraveneno? ¿Cómo se llama el chapucero del médico, en cuya cenada mollera acaba de penetrar en este instante un rayo de luz que le permite, por vez primera en su vida, redactar una receta racional, prescribir un remedio que curará radicalmente, y que, al tiempo que saludable, resultará muy placentero?

No pararon aquí las bromas. Los reunidos procuraban poner buena cara, los aludidos trataban de disfrazar su turbación con sonrisas forzadas. Un ligero rubor apareció en las mejillas

llas de Natalia y reveló las emociones de su corazón. Felizmente en aquel momento estaba deambulando de un lado a otro con Jarno, pero en cuanto llegó junto a la puerta salió precipitada y se dirigió a su habitación. Callaron todos. Federico, en medio del silencio general, se puso a bailar y a cantar:

«Milagros contem-
plaréis,
lo debido ya ocurrió,
lo adecuado dicho
está.
Al alba,
milagros contempla-
réis.»

Teresa había seguido a Natalia. Federico llevó a viva fuerza al doctor hasta colocarle

ante el cuadro, le hizo un elogio burlesco de la medicina y desapareció.

Lotario había permanecido en el hueco de una ventana contemplando el jardín sin moverse. Wilhelm estaba en una situación tremenda, y aunque entonces estaba sólo en compañía de su amigo, permaneció durante algún tiempo en silencio. Recorrió con su pensamiento rápidamente su pasado, se fijó con espanto en su situación presente, y, levantándose bruscamente de su asiento, se aproximó a Lotario y dijo: soy culpable de lo que pasa, de lo que nos sucede a usted o a mí, castígueme! ¡Añada a todos los dolores que me afligen el retirarme su amistad y déjeme vagar errante y sin consuelo por el mundo, en el que desde hace mucho tiempo debería haberme perdido! Mas si ve usted en mí la víctima de una complicación casual y cruel y fortuita a cuya influencia me es imposible escapar, déme usted la seguridad de que su afecto y de su amistad me acompañarán durante este viaje que ya no puedo diferir. Lle-

gará un día en el que podré confesarle lo que me ocurre en este momento. Tal vez en este momento recibo un castigo merecido, tal vez sufro las consecuencias de no haberme mostrado tal cual soy, pues en ese caso es posible que usted me hubiera tendido una mano protectora, usted me habría ayudado a liberarme a tiempo. Pero, una vez y otra vez, siempre es demasiado y siempre en vano cuando se me abren los ojos. ¡Qué merecidas eran las críticas de Jarno! ¡Y yo que creía haberlas comprendido! Pretendí sacar provecho de ellas y comenzar una vida nueva! ¿Podré hacerlo? Deberé hacerlo? Es inútil que los hombres nos acusemos a nosotros mismos y que acusemos al destino. Somos unos desgraciados y estamos condenados a continuar siendo unos desgraciados. ¿Qué importa que lo debamos a culpas nuestras, o que de nuestra miseria sea responsable el azar o una influencia superior, la virtud o el vicio, la prudencia o la locura? ¡Adiós! No puedo continuar en una casa cuya hospitalidad, a mi pesar, he violado

escandalosamente. La imperdonable indiscreción de mi hermano lleva mi desgracia a sus cotas máximas; me lleva a la desesperación.

-¿Y si yo le dijese -respondió Lotario, to-mándole la mano- que su unión con mi herma-na es la condición secreta bajo la cual se decidió Teresa a darme su mano? La noble muchacha quiere ofrecerle esta compensación y ha jurado que el día que nos casemos serán dos parejas las que irán al altar. «Su entendimiento me eligió a mí -me decía-, pero como su corazón se inclina hacia Natalia, será mi entendimiento el que corra en auxilio de su corazón.» Nos pusimos de acuerdo para observarlos a usted y a Natalia, hicimos luego la confidencia al sacerdote, pero exigiéndole que no daríamos ningún paso para forzar la unión, sino que dejaríamos que todo siguiese su curso. La naturaleza obró, produjo su fruto y, nuestro hermano, con sus locuras, no ha hecho otra cosa que sacudir el árbol y dejar caer la fruta ya madura. Puesto que circunstancias tan singulares nos han uni-

do, no nos entreguemos a una existencia vulgar, desarrollemos juntos una actividad noble. Es maravilloso lo que un hombre instruido puede hacer por sí y por los otros cuando, sin intentar dominar, se ve convertido en tutor de muchos. Él los induce a éstos a hacer en su debido momento todo lo que son capaces de hacer y los guía hacia su objeto, que casi todos saben ver bien, pero sin encontrar el camino que conduce al mismo. Formemos una alianza con este propósito: no se trata de una fantasía, sino la ejecución de una idea perfectamente realizable, una idea que, más de una vez sin tener conciencia clara de lo que hacían, han llevado a la práctica hombres de mérito. Mi hermana Natalia es una viva muestra de ello. La actividad que en su alma bella ha impreso la naturaleza no tiene parangón. Sí; merece este título más que nadie, más que nuestra noble tía, y cuentan que ésta, por la época en que el buen doctor ponía a su manuscrito el título que usted conoce, era el alma más hermosa que conocía-

mos. Desde entonces, Natalia se ha desarrollado sin cesar y la causa de lo humano encuentra en ella una sólida razón para gozar.

Quería seguir hablando, pero Federico entró en aquel momento en la cámara lanzando exclamaciones y gritos.

-¿Dónde está la corona que merezco? ¿Con qué me vais a recompensar? ¡Tejed mirtos, laureles, hiedra y las ramas de roble más frescas que podáis encontrar! ¡Son tantos y tan variados los méritos que tenéis que coronar en mí! ¡Natalia es tuya! ¡Yo soy el encantador que ha descubierto este tesoro!

-¡Está delirando! -exclamó Wilhelm-. ¡Me voy! -¿Tienes poderes para hablar así? -preguntó Lotario, reteniendo a Wilhelm.

-Tengo los poderes que me confiere mi propio poder y mi fuerza -replicó Federico-, obro también por la gracia de Dios si así lo queréis. Hace un momento era acechador, ahora soy embajador. He escuchado tras la puerta y ella lo ha

confesado todo al sacerdote.

-¡Descarado! -exclamó Lotario-. ¿Quién te manda escuchar detrás de las puertas?

-¿Y quién les mandó a ellos cerrarlas? -replicó Federico-. He escuchado y lo he oído todo: no he perdido palabra, te lo aseguro. Natalia estaba hondamente conmovida. Aquella noche, cuando el niño parecía gravemente enfermo y descansaba sobre sus rodillas y las tuyas, aquella noche que compartías la querida carga, ella juró que te confesaría su amor si el niño moría, juró que te ofrecería su mano, ahora que vive el niño ¿por qué habría de variar sus sentimientos?

Cuando se promete algo de ese modo, se cumple sin condición. Dentro de un momento llegará aquí el clérigo creyendo que nos trae noticias espléndidas.

En efecto: minutos después entraba el sacerdote.

-Abrevie usted, porque lo sabemos todo -dijo Federico-. Usted viene sólo para que se cum-

plan las formalidades, otra cosa no se les exige a señores de su talla.

-Ha escuchado tras la puerta-dijo Lotario.

-¡Qué incorrecto! -exclamó el sacerdote.

-¡Al grano! -repuso Federico- ¿A qué se reducen las ceremonias necesarias? Seguro que los pasos precisos que se deben dar pueden contarse con los dedos. Tenéis que viajar y la invitación del Marqués os viene que ni pintada. Una vez haya franqueado usted los Alpes, todo se arreglará en la familia; las gentes os estarán agradecidas si ofrecéis algo fuera de lo normal; les proporcionáis una diversión que no necesitan pagar. Será como si dierais un baile público; en él tienen cabida todas las personas, prescindiendo de categorías sociales.

-Es cierto que ya ha adquirido usted ante el público muchos méritos con sus fiestas populares -replicó el sacerdote- y por lo visto, ya no puedo decir aquí una palabra más.

-Y si no es todo como yo digo, enséñenos algo mejor -dijo Federico-. ¡Síguenme ustedes! Vamos a verla y a regocijarnos.

Lotario abrazó a su amigo y lo condujo a la estancia donde se hallaba su hermana. La encontraron con Teresa. Todos guardaron silencio.

-¡Vayamos a lo que importa, y viva la alegría! -gritó Federico-. Dentro de dos días podéis emprender el viaje de novios. ¿Qué le parece a usted esto, amigo? Cuando nos conocimos, aquel día memorable que fui a pedirle el ramo de flores, ¿podía usted imaginar que, pasado el tiempo, recibiría de mis manos una flor como ésta?

-¿No me recuerde aquellos tiempos en un momento de tan gran dicha?

-No debe avergonzarse de aquella época. El hombre no debe avergonzarse de su origen. Aquellos eran tiempos felices y no puedo mirarte sin romper a reír. Me recuerdas a Saúl,

hijo de Cis, que salió en busca de las pollinas de su padre y se encontró con un reino.

-Ignoro cuál es el valor de un reino - contestó Wilhelm-, pero sé que he conseguido una dicha que no merezco y que no cambiaría por nada del mundo.